

Molly Night

UN AMOR

OSCURO Y

PELIGROSO

Almas
eternas

MOLLY NIGHT

UN AMOR OSCURO
Y PELIGROSO.
ALMAS ETERNAS

Traducción de
Patricia Valero

 Planeta

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Acerca del autor
Créditos

La muerte.

Algunos la desean, otros le temen y otros se debaten entre ambas opciones. Es extraordinario cuán poderosa resulta.

En sus más de dos milenios de vida, Atticus había aprendido que incluso los más valerosos guerreros temen a la muerte. Pero no porque les dé miedo que ésta suponga el final, no se trata de eso. Temen a la muerte por la incertidumbre que implica, por el vacío que puede que se extienda más allá de la misma, porque en realidad no saben nada o casi nada de ella.

Una eternidad sumida en el caos o una eternidad totalmente vacía, ¿cuál escoger?

Cuando Atticus empujó a Evelyn para que cayera al vacío desde la azotea del edificio, se fijó con atención en la expresión de su rostro. En silencio, analizó cada movimiento de cada músculo facial y lo que le comunicaba su lenguaje corporal. Escuchó el tono de su grito y la frecuencia de los latidos de su corazón, pero sobre todo se centró en su mente y en sus pensamientos.

Su propia sangre iba siendo eliminada del cuerpo de la chica y estaba perdiendo la capacidad de leerle la mente, pero aun así todavía podía recabar grandes cantidades de información valiosa si se concentraba. Además, la mente humana reacciona de forma distinta cuando cree que ha llegado el final de la vida; cuando no hay secuelas de las que preocuparse, consecuencias que afrontar o amenazas abalanzándose sobre ella, la mente queda totalmente expuesta a los carroñeros con la habilidad de picotear su cadáver.

La muerte es como las primeras lluvias de primavera: llegan y arrastran consigo toda preocupación, todo miedo. Todo se atenúa cuando uno se enfrenta a su final. Se podría aprender más de alguien observándolo en esos últimos minutos que haciéndolo toda la eternidad.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo Atticus.

Observaba a Evelyn y escuchaba lo que ella creía que eran sus últimos pensamientos. Una parte de él temía lo que la mente de la joven le revelaría,

pero la otra se moría de curiosidad.

«Por favor, no hagas que tu último pensamiento sea para otro hombre. Mi dulce Evelyn, no me rompas el corazón, no destroces mis esperanzas y mis sueños —pensó—. Por favor, haz que yo sea el último en quien pienses. Por favor, di mi nombre, di mi nombre, Eve, mi querida y adorada Eve. Déjate llevar por tus deseos más oscuros y profundos y haz de mí el hombre más feliz de la Tierra al concederme un lugar en tu corazón. ¿Es eso tanto pedir?».

En el fondo, sabía que sí lo era.

Y sabía que nunca sucedería.

Aun así, la había empujado para probar su suerte de todos modos.

Evelyn pensó en el día en el que había saltado desde aquel otro precipicio, la primera vez que Hansel la salvó. Mientras Atticus observaba cómo se repetía la escena en la mente de la chica, no pudo evitar pensar que resultaba irónico que Hansel fuera su ángel, cuando quien lo había enviado era el mismo demonio para que salvara a la muchacha inocente de quien se había enamorado.

Era gracioso que fuera ése el motivo por el que se hubieran conocido Evelyn y Hansel. Y ahora este último tenía algo de lo que él, el todopoderoso rey, carecía. Estos pensamientos provocaron que se despertara en su interior un instinto asesino.

«Hansel Alexander, ¡maldito bastardo! ¿Cómo te atreves a robarle a tu creador, a tu rey? Yo te salvé de la calle, yo te di la inmortalidad, yo te di una oportunidad en esta vida. ¡Sin mí no habrías sido nada más que un triste y patético huérfano muerto en una esquina que no le habría importado a nadie!

»Le importas, a mi dulce Evelyn le importas mucho, y, aun así, ¿te aliaste con Venecia para que Ethan se cogiera a mi chica? ¿A qué jugabas, niño estúpido? ¿Por qué ayudaste a Venecia? ¿Qué tenía de especial aquella noche? ¿Por qué rescataste a Ethan de su cautiverio sólo por una noche? ¿Qué demonios...?».

De repente, todas las piezas del rompecabezas encajaron.

«¡No! ¿Por qué...? Pero...».

Atticus se sintió idiota por no haber conectado todos los puntos antes. Se habría abofeteado por no haberse dado cuenta de algo tan obvio, tan a la vista. Aunque sabía que Venecia había planeado que Evelyn y Ethan disfrutaran de una noche juntos, no había deducido por qué el motivo era tan especial.

Pero nada de eso importó en el momento en que oyó a Evelyn susurrar el nombre de Hansel.

«Hansel».

Una simple palabra que no significaría gran cosa en otro contexto, pero, tratándose de la mente de Evelyn, y tras todo lo sucedido, la palabra volvió a romperle a Atticus el corazón por enésima vez desde que la conociera. La inocente humana había asestado otra puñalada a su ya maltrecho cuerpo inmortal, le había proporcionado otra cicatriz, otro recuerdo doloroso, otro recordatorio atroz de que ella no era suya.

Debería haberle dolido más, mucho más, si no hubiera sido porque ya había previsto que Hansel sería uno de sus últimos pensamientos. Por mucho que hubiera deseado que no fuera así, él era Atticus Lamia y lo sabía todo. Eso solía encantarle, pero en los últimos tiempos habría dado el mundo por no saber algunas de las cosas que sabía.

Nada escapaba a sus ojos siempre atentos y a los de sus leales secuaces. Después de todo, era el rey y gobernaba el mundo con mano de hierro. El conocimiento era poder, y él era el monarca más poderoso que el planeta Tierra había conocido.

«A lo mejor es que disfruto cuando me hacen daño —se dijo, y quiso reírse de sí mismo mientras la veía caer y oía el nombre de su propio protegido, el hombre a quien había asignado la tarea de protegerla a ella, resonando en la mente de la chica—. A lo mejor me gusta recordarme a mí mismo que, aunque te tenga aquí, en carne y hueso, jamás tendré tu corazón, tu alma, tu amor. Nunca dejarás que un monstruo como yo tenga acceso a tu preciosa alma intacta. Mi dulce Evelyn..., ¿me darás alguna vez un pedazo de tu corazón?».

Era doloroso pensar que, aunque tanto él como Hansel eran vampiros, Evelyn había conseguido hacer una excepción con este último, había superado todos sus prejuicios y había aprendido a amarlo.

Atticus se aguantó las lágrimas mientras saltaba, él también, edificio abajo.

No iba a permitir que su querida Evelyn muriera. ¡Claro que no! Por mucho que rompiera su corazón en mil pedazos cada vez, nunca dejaría de amarla, nunca se rendiría en su batalla por conquistarla.

Y es que ella era su razón de ser, era todo lo que él quería. Sacaba lo mejor y lo peor de sí mismo. Ángeles y demonios le cantaban melodías encantadoras al mismo tiempo, cada facción intentaba tentarlo, ganarlo para su bando. En secreto, defendía a los demonios, pero delante de Evelyn hacía ver que luchaba del lado de los ángeles.

La conversación que habían mantenido hacía un rato aún resonaba en su cabeza. Su dulce sabor no se había desvanecido todavía. Todas las promesas de cambio hechas por ambos hacían que los sueños de futuro llenos de idealismo y

perfección de Atticus le parecieran más posibles de realizar que nunca.

No renunciaría a Evelyn. Incluso aunque Hansel se la hubiera arrebatado, no se daría por vencido.

Era suya.

Y si Hansel seguía siendo un obstáculo entre ambos, encontraría la forma de deshacerse de él. Si no podía matar a Hansel para no herirla a ella, entonces encontraría otro modo de eliminarlo. Y lo mismo haría con Ethan. Al fin y al cabo, el diablo era temido sobre todo por encontrar crueles y despiadadas formas de forzar la realidad para conseguir sus propósitos.

Ella era todo cuanto quería conseguir. ¿Qué sentido tenía tener el universo a tus pies si no podías compartirlo con nadie?

Atticus cazó a Evelyn al vuelo. Había pasado poco más de un segundo desde que la había tirado cuando lo hizo.

Canalizó la vieja magia que corría por sus venas para colocar el anillo en el dedo de ella y luego utilizó la telequinesis de su amigo Duncan. Ambos quedaron flotando en el aire, desafiando la ley de la gravedad. Un campo de fuerza invisible rodeaba sus cuerpos y los mantenía a flote.

La mente de Evelyn estaba hecha un lío, pero, por suerte, mientras Atticus exploraba sus pensamientos no halló ni rastro del tema que más temía encontrar.

«No tiene ni idea de los milagros que están teniendo lugar en su cuerpo... todavía», pensó, y ese pensamiento lo hizo feliz porque eso quería decir que aún tenía tiempo de arreglar las cosas, de destruir lo que los destrozaría antes de que ella se percatara. «No te voy a perder. No te voy a compartir. Con nadie. Eres mía, tu cuerpo, tu alma, tu amor y todas tus emociones me pertenecen».

Evelyn caía. Notaba el flujo de aire rodeándola, el poder de la gravedad arrastrando el peso de su cuerpo hacia abajo y la fricción entre ella y el aire.

Al principio estaba asustada, incluso aterrada, pero al cabo de poco superó el miedo momentáneo a la muerte.

La idea de morir la asustaba, claro, pero había algo agradable en la sensación de caer: se sentía liberada de la presión constante de Atticus. Por fin se sentía fuera de su control, libre de ataduras.

Ahora, su destino estaba en manos de otra fuerza muy distinta: la gravedad.

Se alegraba al pensar que había fuerzas más poderosas que Atticus, que había cosas que escapaban a su control.

Se preguntaba si existiría otra vida después de la muerte. Y, si la hubiera, ¿vería allí de nuevo a la gente que conocía? ¿Vería a su madre, a su padre, a Alice, a Nora, a Ethan y a Hansel? ¿Tendrían los vampiros otra vida más allá de su muerte? ¿Estaría Hansel allí? Si él muriera, ¿volvería a verlo?

Una imagen de sus fascinantes ojos verdes y su pelo rizado y oscuro le pasaron por la mente. Su agradable sonrisa y su naturaleza amable... «Por favor, por favor, que Hansel esté allí, que tenga una vida después de la muerte», pensó. Se lo merecía.

La idea de un cielo sin Hansel la aterraba.

Por favor, que estuviera allí.

No quería estar allí sin él.

Cuando la intensa corriente de aire se detuvo y Evelyn notó que su torso colisionaba con algo sólido, creyó que era el fin.

Creyó que había encontrado su destino aciago y que de su cuerpo humano no quedaría más que sangre y carne salpicando el asfalto. «A lo mejor incluso asusto a algún vampiro... ¿Les asustará la sangre a los vampiros, o se comerán mis restos directamente sobre la banqueta? —se preguntó en un momento de

euforia—. Buena suerte, Atticus, si quieres tomar todos esos trocitos de mí y convertirme en vampiro». Casi quiso reírse al pensarlo.

No quería morir, claro que no. Por primera vez en mucho tiempo, las cosas parecían avanzar, y tenía la impresión de que Atticus estaba a punto de sufrir una revolución, que era posible que las cosas cambiaran para él, y que él mismo cambiara a su vez.

Deseaba que Atticus cambiara.

No, más bien lo *necesitaba*.

Necesitaba que se deshiciera de sus demonios y se convirtiera en un hombre mejor por el bien de la humanidad y el futuro del planeta. En un mundo gobernado por un tirano la mayoría siempre sufriría.

Evelyn quería cambiar eso, deseaba hacer del mundo un lugar mejor. Y si eso significaba que debía librarse al mismo diablo, que así fuera.

«Soy tan estúpida... —pensó—. Eres un asesino y un psicópata. Eres incapaz de cambiar, maldito bastardo», se dijo con amargura. Odiaba cómo, en el mismo momento en que ella había creído que él podría cambiar, tragándose sus mentiras y sus promesas de futuro, Atticus había hecho algo totalmente estúpido e imperdonable para avivar de nuevo su odio hacia él.

Por suerte —o por desgracia— para ella, en vez de en el frío y sucio suelo de hormigón, Evelyn aterrizó en los brazos de Atticus Lamia.

Esperaba notar el dolor del impacto del asfalto contra su piel, el dolor inimaginable que pondría fin a su vida..., pero éste nunca llegó.

—Deberías confiar en mí —dijo él con voz dulce y amable—. Y recuerda que sigo siendo capaz de oír lo que piensas, querida. Puede que sea un asesino y un psicópata, pero nunca caería tan bajo como para matarte. Si ese día llega alguna vez, entonces será mi fin. Eso sólo consolidaría del todo mi maldad.

Atticus apretó el cuerpo de la chica contra el suyo con todas sus fuerzas. Su abrazo la protegía y la apresaba a la vez, como los irrompibles barrotes de hierro de una jaula.

Apoyó la mejilla contra el pelo de ella mientras la conducía hasta la planta del hotel en la que se encontraba su suite con la intención de entrar por el balcón.

Evelyn había esperado notar un dolor que nunca llegó. Cuando oyó la voz de Atticus, creyó que la había imaginado, pensó que eran alucinaciones provocadas por su muerte inminente.

Confundida, abrió los ojos con cautela.

Al ver la silueta de la ciudad de Utopía y notar el cuerpo de Atticus contra el suyo, tardó un rato en entender lo que había pasado.

—Deberías haber confiado en mí —la provocó él chasqueando la lengua mientras se aproximaban al balcón de la suite.

Le encantaba estar así, con ella entre sus brazos, en el aire. Atticus era, de forma literal, la única cosa que la mantenía con vida en esos momentos. Sin él, caería y moriría en cuestión de segundos.

Eso le dio la sensación de poder sobre ella que necesitaba.

—¿Qué carajos? —murmuró Evelyn—. ¡Eres un jodido imbécil!

Atticus se echó a reír e intentó besarla en los labios, pero ella, sin tener en cuenta de que estaban a muchos metros por encima del suelo y que él era lo único que la mantenía a flote, le clavó el codo en la nuez para empujarlo. Acto seguido, lo abofeteó con fuerza.

—¡Jodido imbécil! —repitió mientras luchaba en sus brazos sin dejar de pegarle—. ¡Eres un ser enfermo y retorcido! Crees que es divertido jugar con la vida de alguien, ¿no? ¡Eres un hijo de perra! ¿Te parece normal empujarme desde la azotea de un maldito edificio, puto tarado? —gritó casi sacando los pulmones por la boca.

Tanto, que los vampiros que había en la calle la oyeron. Se le había olvidado que llevaba un vestido y que podrían ver lo que llevaba debajo. Aunque estaban bastante alejados, podían ver su ropa interior.

En otras circunstancias, Atticus se habría puesto furioso al oír que lo insultaba así. No era un hombre que tolerara las faltas de respeto precisamente. Y si ella hubiera sido otra persona, sin duda la habría dejado caer y habría contemplado tan feliz cómo se estrellaba contra el suelo.

Pero se trataba de Evelyn, su Evelyn, su adorada, su amor, la mujer que le había robado el corazón desde el mismo momento en que la había visto. El amor que sentía hacia ella era irracional y antinatural, y por eso él se comportaba de una forma irracional y antinatural.

Además, Evelyn estaba diciendo groserías. Normalmente no solía pronunciar palabras malsonantes, así que era algo nuevo oírlo hacerlo. Atticus sonrió. Oír esas palabras de boca de una chica tan angelical le pareció muy gracioso, y le dio un par de ideas para la siguiente vez que decidiera poseerla. Quería oírlo proferir ese tipo de insultos la próxima vez que se la cogiera.

Porque... ¿y una sesión de sexo en el aire?

—¿De qué carajo te ríes? —preguntó Evelyn.

De lo furiosa que estaba, seguramente se mostraba más franca con él de lo que nunca lo había sido.

A Atticus le gustaba verla así porque eso significaba que estaba perdiendo el

control de su mente racional. Deseaba que ella fuera tan irracional como él. Deseaba conquistar su corazón, no su mente.

—¡Me das asco! —le soltó ella volviendo a abofetearlo—. ¿Qué es esto? ¿Algún tipo de jodido ejercicio de confianza, maldito psicópata? ¿Crees que es esto lo que debes hacer para conquistarme? ¿Crees que así te voy a odiar menos, jodido pendejo? ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué carajos has hecho eso? ¿Es que has perdido la jodida cabeza?

«Conjuga el verbo *joder* una vez más y te joderé aquí y ahora, en el aire. Vamos, nena, hazlo una vez más y te levantaré el vestido y tendrás mi verga dentro de tu dulce cuerpo en segundos. Vamos, Evelyn, hazlo, dilo una vez más y serás la primera mujer en ser cogida mientras está suspendida en el aire».

Como si hubiera leído su mente o descifrado su expresión lasciva o se hubiera dado cuenta por fin de que estaban a muchos metros del suelo y no era el mejor momento ni el mejor lugar para hacer berrinche, Evelyn dejó de gritar y, con torpeza, le rodeó la cintura con los brazos. No quería morir, había demasiadas cosas que quería hacer antes de estar lista para decir adiós a la vida.

Resultaba extraño porque tan sólo unas semanas antes, tras el incidente del motel, estaba deseando morir. Era curioso que la muerte te rechazara cuando la deseabas con todas tus fuerzas y, en cambio, te persiguiera cuando más querías evitarla.

—¿Así que resulta que puedes volar? —gruñó con la cara contra la camisa de Atticus.

«Las estúpidas habilidades de los Siete..., ¿por qué no podrán ser vampiros normales? ¿Qué otras cosas raras puede hacer Atticus que otros vampiros no pueden? Estúpidos. Con sus estúpidos anillos... Menudos estúpidos».

Atticus rio de nuevo y le pellizcó el trasero, travieso.

—Todavía puedo leerte la mente, querida. Y hacer muchas cosas; viene en el pack de pertenecer a la primera edición de los de mi especie. Eso me hace especial, ¿no?

«Oh, cierra el pico, maniático».

—Me encanta esta faceta de ti tan maleducada. Es muy sexi.

«Todo te prende, pareces una jodida adolescente con las hormonas revolucionadas».

Atticus rio a carcajadas.

—¡Debería haberte empujado desde una azotea mucho antes!

Evelyn reprimió las ganas de abofetearlo de nuevo.

«Resiste a la tentación. Tienes que ser amable con este hijo de puta hasta que

estés en tierra firme. Sí, bien firme, no sobre malditas partículas de aire».

—Tienes que seguir bebiendo de mi sangre, ¡tu mente se vuelve tan divertida y tan maravillosa! No sabía que eras capaz de decir todas esas palabrotas, ¿qué ha hecho emerger esa parte de ti?

—Has intentado asesinarme. Pensaba que iba a morir. Desearía matarte ahora mismo, Atticus —replicó ella.

Él la acercó más hacia sí y se echó a reír de nuevo.

—¿Podemos quedarnos así un ratito? ¿Quedarnos en el aire contigo insultándome y pegándome? Es que me encanta.

«Te voy a dar una patada donde más te duele si no me sueltas sobre algo firme y duro», pensó Evelyn, sin darse cuenta de la obvia connotación sexual de su amenaza.

—Oh, no tengo ningún problema en encontrarte algo firme y duro, querida —dijo él sonriendo de oreja a oreja. No obstante, decidió hacerle caso y se dirigió hacia el balcón.

De todos modos, tampoco podía quedarse suspendido en el aire mucho más tiempo. Le daba miedo distraerse demasiado por el calor del cuerpo de ella contra el suyo y perder la concentración necesaria para usar la telequinesis.

En cuanto Evelyn notó sus pies desnudos —había perdido los tacones al caer y tocar suelo firme— empujó a Atticus lejos de su lado. Sin embargo, quizá no fuera buena idea, ya que su propio cuerpo estaba reponiéndose todavía del *shock* de todo lo ocurrido en los últimos dos minutos.

Sintió una tensión incómoda en las cervicales y las lumbares. Le dolía el cuello; seguramente se habría contracturado algún músculo al caer. «Estúpido rey con sus estúpidos poderes...».

—¿Así que vas y me apartas de tu lado cuando ya no me necesitas? ¿Sólo me querías por mis poderes? ¿Me estabas utilizando? —rio él.

Evelyn puso los ojos en blanco e intentó cruzar las puertas del balcón para entrar en la suite. El suelo de la terraza era demasiado frío y rugoso para sus delicados pies. Pero Atticus la cazó por la cintura antes de que pudiera moverse un centímetro.

—Quería demostrarte que puedes confiar en mí pase lo que pase —explicó el vampiro—. Te quiero. Estaré ahí para recogerte cada vez que te caigas, incluso si soy yo quien te empuja. No soy Ethan ni Hansel. No soy tan comprensivo ni tan compasivo como ellos. A lo mejor tienes razón y soy un psicópata que disfruta más de lo que debería haciendo daño a la gente. Tengo una faceta sádica que es tan malvada que me da miedo hasta a mí, pero te prometo que siempre te

protegeré. No puedo prometerte que no te haré daño, pero siempre te protegeré de cualquier otra amenaza que no sea yo. —Le rozó los labios con el pulgar—. Soy el demonio, pero tú eres mi ángel. A lo mejor puedes cambiarme. Pero, si no es así, sé que me harás menos perverso. Soy la Oscuridad y tú eres la única luz que tiene poder sobre mí. Te necesito. Llevo demasiado tiempo viviendo en esta Oscuridad. —Atticus se inclinó para unir sus labios con los de ella—. Sé que hay otros hombres en tu corazón, y quiero matarlos a todos por ocupar un espacio donde yo no lo tengo. Aun así, los dejaré vivir si prometes amarme, si prometes que dejarás de huir de mí, que me abrirás tu corazón y me permitirás entrar en él. Acéptame, por favor. No puedo estar sin ti.

—Es la segunda vez esta noche que me declaras tu amor. ¿Por qué estás tan ñoño de repente, Atticus? —replicó ella entre nerviosa y confiada, entre sarcástica y seria.

Él sonrió.

—Por fin te estás abriendo. Tengo la sensación de que he derribado tus muros. Y de que ya no somos extraños.

«¿Cómo puedes amar a alguien sin conocerlo? ¿Sin entenderlo de verdad?».

—No tienes que conocer a alguien para amarlo. A veces quieres a alguien simplemente porque lo quieres. —Atticus la besó con delicadeza y dulzura para no asustarla. Por fin parecía que estaban haciendo algún progreso, y quería ver más de aquella faceta sarcástica y adorable de Evelyn—. ¿Quieres que te dé un masaje en el cuello? Hace mucho tiempo aprendí algunas técnicas increíbles de monjes de Filipinas y Tailandia.

Ella asintió dubitativa, aunque no pudo evitar preguntarse si en realidad querría romperle el cuello, o los brazos, o las piernas, durante el masaje.

—No te haré daño —rio él—. Al menos, no esta noche.

Si alguien le hubiera dicho a Evelyn que el rey de la Nación Vampírica le daría un día un masaje en la espalda y el cuello no se lo habría creído ni en un millón de años. Seguramente se habría reído hasta desarrollar unos abdominales bien definidos.

—¿Lavanda o almendras dulces? —le preguntó Atticus mientras le desabrochaba despacio y de forma seductora la cremallera del vestido.

«En un momento estás cayendo desde un rascacielos y, al siguiente, tienes a un rey masajeándote la espalda... Lo normal, vamos», se dijo ella.

Estaba tumbada en la cama, boca abajo sobre las suaves sábanas de seda y con los brazos algo temblorosos doblados bajo la frente para apoyar la cabeza en ellos.

Se encontraba un poco nerviosa; se sentía vulnerable y como si fuera el objeto de una broma cuando él le apartó el vestido para dejarle al descubierto la espalda, el trasero y luego las piernas. Se lo bajó hasta que la tela ya no tocaba su piel y estaba casi desnuda en la cama.

«Dios... —Notó un escalofrío—. Por favor, no intentes estrangularme en otro de tus ejercicios de confianza».

Atticus no dijo nada.

—Oye, ¿me estás escuchando? —le preguntó ella.

—¡Si no has dicho nada! —respondió él riendo.

Evelyn notó cómo le tapaba la parte inferior del cuerpo con la mullida colcha.

—Pensaba que podías leerme el pensamiento —dijo.

«Pensaba que no tenía escapatoria, que no podía librarme de ti ni en mi mente».

—Esta mañana no te he dado mucha sangre; tu cuerpo la está absorbiendo poco a poco y se está deteriorando dentro de tus células humanas. Cuando mis células se unen a las tuyas durante demasiado tiempo, mi sangre pierde su magia. Uno es sólo igual de bueno que sus compañeros, y eso es aplicable

también a la sangre.

Evelyn estuvo a punto de echarse a reír al oírlo: hablaba de su sangre como si fuera algún tipo de organismo. Pero el alivio y el *shock* superaron a la diversión.

—Así que, ahora mismo, ¿no tienes acceso a mi mente? —preguntó sonando demasiado contenta por ello. No pudo resistirse a voltearse un poco para mirarlo a la cara.

La mirada que él le dirigió no fue muy agradable; era su típica mirada de eres-mía-y-de-nadie-más-y-soy-tu-rey-y-tu-superior-y-puedo-darte-mi-sangre-a-la-fuerza-cuando-me-dé-la-gana.

—No olvides nunca con quién estás —dijo con severidad en lo que casi parecía una amenaza. Colocó su mano sobre la colcha, a la altura del trasero de Evelyn—. Te tapo porque sería demasiado tentador tenerte desnuda en mi cama y no saltarte encima.

«Me pregunto si alguna vez te cansarás de tener sexo conmigo...».

—Nunca. Eres la persona más exquisita que he conocido en la vida, y el placer que puedes darme es indescriptible.

«Pensaba que ya no podías leerme la mente con ese pervertido cerebro tuyo...».

—Puedo si lo intento con las suficientes ganas —dijo él con una sonrisa arrogante. Evelyn puso los ojos en blanco—. Todavía no me has respondido: ¿lavanda o almendras dulces?

—No lo sé... No sé nada sobre masajes —respondió sumisa. Su anterior confianza y el subidón de adrenalina habían desaparecido, y su cuerpo los había sustituido por su habitual miedo hacia Atticus—. ¿Puedes escoger por mí? —preguntó con voz dulce.

Él sonrió y recorrió con un dedo la curvatura de su espalda.

—Te pasas la mitad del tiempo recriminándome que no te doy la suficiente libertad y, por una vez que te dejo elegir, ¿me haces escoger a mí? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Evelyn? A ver...

—¡Calla! —No pudo evitar reírse ante el sarcasmo que encerraban sus palabras. Luego hizo una pausa y, al cabo, habló de nuevo—: Atticus..., ¿estás dispuesto a demostrarme que... que me quieres de veras y que soy mucho más que un juguete para ti?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que mis sentimientos por ti son genuinos?

—Es que no me fío de tus palabras, lo siento. Necesito que me lo demuestres con tus actos. Mantén tu celibato esta noche para demostrarme que tienes en

cuenta mis sentimientos y mis deseos —dijo ella intentando reafirmarse.

Él se echó a reír y se inclinó hacia delante, de modo que su cara inmaculada quedó a apenas unos centímetros de la de ella, los ojos oscuros de deseo.

—Puedo cogerte cuando quiera y así lo haré. Tus reglas no significan nada para mí. Soy tu amo y señor, y soy la ley. En términos de autoridad, estoy muy por encima de ti. Aun así..., por ti..., lo intentaré.

Su mirada bajó hasta los pechos de Evelyn, desnudos y turgentes. Ella vio su expresión de deseo y se acomodó con rapidez, de modo que éstos quedaron apretados contra la sábana. «Oh, Dios, dale fuerzas —pensó con amargura—. ¿Tan difícil es pasar una sola noche sin sexo?».

Oyó cómo Atticus echaba un chorro de aceite en sus manos y unos segundos más tarde notó la frialdad de su piel aceitosa en su espalda. Tembló y rio a la vez cuando él le tocó en un punto en el que tenía cosquillas.

«Uf, parece que el demonio sabe dar un buen masaje...».

Atticus dejó escapar un leve gemido mientras le pasaba las manos por los costados, presionando en los lugares en los que acumulaba tensión. Incluso simplemente tocar la piel de Evelyn provocaba algo en él. Era como si los dioses la hubieran creado especialmente para tentarlo.

El rey tenía la habilidad de sacar de ella lo que quería, pero la joven estaba intentando resistirse. Si deseaba obtener placer de su cuerpo tendría que usar la fuerza, y eso podría destrozarla de nuevo.

Ya la había destrozado tanto que Atticus no quería volver a hacerlo. Se había aprovechado de ella demasiadas veces. Pero, aun así, su entepierna la necesitaba, necesitaba tener su dulce y suave piel alrededor, acariciándolo hasta el clímax.

Agitó la cabeza para intentar librarse de sus sucios pensamientos.

—No sabes lo doloroso que es para mí darte este masaje —dijo riendo mientras con los pulgares intentaba deshacer un nudo de tensión.

—Da la impresión de que lo único que tienes en esa cabeza tuya es sexo y más sexo —rió ella a su vez, nerviosa y casi reprobatoria—. Me haces sentir como un objeto, como si no fuera más que tu juguete.

Atticus se tomó bien el comentario y siguió trabajando en su espalda.

—Bueno, la verdad es que después de más de dos mil años de vida, incluso las experiencias más placenteras se vuelven aburridas. A lo largo del tiempo, mi interés por casi todo ha muerto y revivido montones de veces. Las únicas dos cosas que nunca lo han hecho son el sexo y ver sufrir a los demás cuando los castigo.

Evelyn notó un escalofrío bajo su tacto. «¿En serio? Menudo psicópata... Yo que creía que querías conquistarme, y vas y me dices que las dos cosas por las que nunca has perdido interés son coger y matar, como si eso fuera a hacerme sentir más confiada cuando estoy contigo. ¿No tendrías que ser un poco más listo después de tanto tiempo?».

—Tus gustos son bastante siniestros y repulsivos —replicó mientras ponía los ojos en blanco.

Lo oyó reír. Su pulgar había encontrado uno de sus músculos contracturados y lo estaba masajeando poco a poco para liberar la tensión.

Ella dejó escapar un gemido. Era doloroso, pero también agradable. Atticus notó su miembro agitarse dentro del pantalón.

—Siempre tengo el sexo y la violencia en la cabeza porque son las dos únicas cosas que pueden proporcionarme placer. Pero cuando estoy a tu lado, la segunda se convierte en una opción mucho menos atractiva. Todo cuanto quiero hacer cuando estoy contigo es cogerte hasta que pierdas el sentido para poder devolvarte un poco del placer que me das sólo por estar junto a mí.

—¿Tanto te afecta mi presencia?

Atticus asintió.

—Desde aquella noche en el balcón, tú has sido lo único en lo que he pensado. Eres como un virus que hubiera entrado en mi cuerpo y se negara a abandonarlo. Cada día ansío tenerte, ansío todo lo que tiene que ver contigo. Como ya te he dicho, mi vida antes de conocerte era en blanco y negro, y tú eres el color que tan desesperadamente necesitaba. Me has devuelto la alegría. Eres capaz de hacerme el hombre más feliz de la Tierra y la única persona que puede romperme el corazón. No tienes ni idea de lo mucho que significas para mí. —Se inclinó y le plantó un dulce beso en la espalda, entre los omóplatos—. Puede que me resulte un poco difícil expresar mi amor por ti, pero, por favor, nunca lo pongas en duda.

Las palabras de Atticus causaron a un tiempo una extraña sensación de pena y alegría en el corazón de Evelyn. Una parte de ella se alegraba de saber que lo hacía feliz, pero otra todavía se moría de miedo al recordar el incidente del motel.

«¿Que te resulta un poco difícil? No sabrías cómo amar, aunque alguien escribiera un libro de instrucciones para *dummies* como tú. Me quieres tanto como la vida quiere jodernos a ambos», pensó con sarcasmo. Seguía amargada por todo lo ocurrido hasta la fecha, y no sabía si alguna vez sería capaz de olvidarlo o de perdonarlo. La noche del motel seguía ocupando sus pesadillas, la

noche que había cimentado su terror hacia él.

«Intentalo, Evelyn, dijiste que lo harías —se dijo—. Hazlo, no te recrees en el pasado. Él te ha prometido que lo intentaría, y eso quiere decir que tú debes hacerlo también. Evita los comentarios sarcásticos. Deja atrás el pasado y concéntrate en el futuro, en el contexto general, en la gente que vive en granjas y que precisa tu ayuda. Necesitas que Atticus se convierta en alguien benevolente, por ellos».

Respiró hondo y dejó que su furia se calmara. Estaba tentada de empezar una discusión con él y decirle exactamente cómo se sentía, pero no quería arruinar los pequeños progresos que él había hecho. Suspiró.

—Todavía no me puedo creer que me empujaras desde la azotea sin avisarme.

—Deberías haber confiado en mí —replicó él—. Ahora ya sabes que, pase lo que pase, siempre estaré ahí para atraparte. Puede que sea un hijo de puta con el resto del mundo, pero mis sentimientos hacia ti son reales.

—Pensé que iba a morir, que acabaría despachurrada en la banqueta, una mancha de sangre, carne y huesos. —Puso los ojos en blanco—. Menos mal que al menos tú te lo has pasado bien con tu maldito ejercicio de confianza.

Se movió un poco mientras las manos de él seguían deslizándose por su espalda y, al hacerlo, percibió un ligero brillo con el rabillo del ojo.

Era su anillo.

«Debe de habérselo quitado cuando no miraba —pensó—. No sería muy cómodo darme un masaje con un anillo tan voluminoso».

Como hipnotizada, Evelyn alargó la mano hacia la mesita para tocar la maravillosa y antigua joya. Debía de ser más vieja que cualquier otra cosa que hubiera visto nunca, aparte del propio Atticus, claro. Aun así, el anillo de plata no había perdido su brillo, y la luz de la luna que entraba por la ventana se reflejaba en él como en un espejo.

Por mucho que Evelyn quisiera tocarlo, su brazo era demasiado corto para alcanzarlo. O eso, o la cama era demasiado grande.

—¿Te gusta?

La voz de Atticus hizo que se sobresaltara.

—Es muy bonito —murmuró, incapaz de apartar la vista del anillo.

Observó con detenimiento sus delicados grabados.

—A Duncan siempre le gustaron las cosas sofisticadas. Ése era su anillo favorito. Pensé que sería buena idea que contuviera su alma.

—¿Siguen vivos? —preguntó Evelyn—. Los Siete, quiero decir. Ya sé que

me dijiste que ya no estaban, pero ¿qué quiere decir eso exactamente? ¿Es posible que mueran? ¿No son más inmortales que los inmortales?

—¿Más inmortales que los inmortales? —Atticus se echó a reír—. ¿Qué clase de comparación estúpida es ésta?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—En cierto modo, sí, están muertos. Pero tienes razón, es difícil matar a cualquiera de los Siete, casi imposible. Pueden herirnos o dejarnos en coma, pero no eliminarnos por completo.

Los ojos de Evelyn se le salieron de las órbitas.

—Entonces ¿dónde están? ¿Qué les pasó? ¿Por qué ellos están prácticamente muertos y tú no?

Atticus tenía las manos sobre los hombros de ella y la zarandeó un poco, con delicadeza.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que tienes planeado asesinarme?

—Puede.

Le dio un beso en la nuca.

—Me gustaría verte intentarlo, Eve... Imagino que el sexo en ese momento sería magnífico.

—Como todos..., ¿no están todos nuestros encuentros sexuales alimentados por el odio?

—Eso es cierto... Tiendo a canalizar mi odio por ti cuando te estoy cogiendo por detrás, penetrando tu inocente cuerpo y haciéndote mía.

—Te odio, Atticus Lamia.

—Pero yo te quiero, Evelyn Blackburn.

Sus manos seguían masajeándole los hombros. Besó de nuevo su espalda desnuda.

Ella suspiró.

—¿Y si no funciona? ¿Y si no encuentro el modo de aceptarte, de quererte? ¿Y si no puedo superar las cosas que me has hecho y todo lo que me has arrebatado?

—Funcionará —le prometió él—. Porque yo haré que funcione. No aceptaré una vida sin ti. Y si te pesco de nuevo con otro hombre entre las piernas, o incluso intentando huir de nuevo..., te prometo que seré la única persona que te quede: mataré a todos a cuantos quieres o has querido. A tu madre, a tu padre, a tu hermana, a Ethan, a Hansel, a Alice, al bebé de Alice...

—¿Ni siquiera dejarías vivir a una criatura inocente? —lo interrumpió ella.

—Ponme a prueba.

«Bastardo retorcido y enfermo. ¿Cómo es que todas las conversaciones contigo pasan de banales para convertirse en promesas oscuras y malignas? ¿Acaso disfrutas amenazándome?».

—Disfruto recordándote que no soy ningún cobarde como Hansel o como Ethan y que soy muy posesivo con lo que es mío.

Evelyn se volvió para mirarlo. Esperó encontrar una expresión sombría y lasciva en su rostro, pero en su lugar se topó con la cara inocente de un hombre destrozado.

Parecía que estaba a punto de llorar.

—Te lo he dicho: ya he perdido demasiado en la vida. No te perderé a ti también.

Y, así, su ira remitió. Atticus manejaba los hilos de la voluntad de Evelyn a su antojo y ella no podía resistirse. Al evocar su lado apasionado, la joven no pudo sino sentir compasión hacia él.

—Atticus, no quería desalentarte. Sólo preguntaba... Yo... lo siento.

Pese a estar desnuda, estuvo a punto de abrazarlo.

Aunque era un monstruo, a Evelyn le había parecido sincero cuando había dicho que ya había perdido demasiado. Y ella era demasiado buena persona para enojarse con alguien tan roto y dolorido.

«¿Es así como las seduces a todas? ¿Siendo un imbécil y luego contándoles la historia más triste del mundo poniendo ojos de perro apaleado?».

Iba a levantarse de la cama cuando empezó a sonar el celular de Atticus. Él gruñó molesto y dispuesto a gritarle a quien fuera que hubiera arruinado un momento tan perfecto, hasta que vio quién llamaba.

Su expresión cambió de golpe.

—Tengo que contestar.

Evelyn frunció el ceño cuando vio a Atticus salir de la habitación, pero no intentó detenerlo. Levantó una ceja; ¿en serio había pasado por alto una oportunidad de abrazarla desnuda?

—Jonah, espero que recuerdes que te dije que sólo me llamaras si era absolutamente necesario —susurró Atticus alejándose de la suite. Miró arriba y abajo por el pasillo. Odiaba a los curiosos. No parecía haber nadie, pero, aun así, el rey siguió hablando bajo por si se trataba de una emergencia militar, social o política—. Habla, pedazo de idiota...

—Guau, ¿te he tomado en mal momento? —preguntó Jonah.

—Todo cuanto voy a decirte es que espero que esto sea importante o te vas a pasar mucho tiempo bajo el látigo y hasta un par de meses sin probar la sangre —gruñó él.

No tenía previsto hacer realidad sus amenazas, pero en ese instante nada le habría gustado más que asestar unos cuantos latigazos a Jonah hasta que tuviera la piel hecha trizas.

«Ahora que Evelyn empezaba a mostrar signos de simpatía hacia mí, a sentir lástima por mí, a creer que hay buenas razones tras mi horrible comportamiento, vas tú y arruinas el momento, jodido bastardo. Si no fueras tan bueno en tu trabajo ayudándome a gobernar este puto planeta, te juro que no sobrevivirías a esta noche, hijo de puta».

—Vaya, veo que es mal momento entonces —rio Jonah—. No me digas que te he llamado a medio acostón, porque, si es así, esto puede esperar...

—¡Cierra el pico! —rugió Atticus sin querer porque Evelyn podría oírlo desde la suite. Corrió hacia el otro extremo del pasillo para asegurarse de poner un poco de distancia entre él y la habitación. No quería que ella lo oyera—. Habla de una vez, ya echaste a perder el momento, así que espero que sea algo por lo que merezca la pena llamarme.

—¿Tienes una erección? —Jonah rio desde el otro lado de la línea. Obviamente, la situación le parecía la mar de graciosa.

—¿Quieres morir? —respondió Atticus en su habitual tono intimidatorio y amenazador—. Porque, si no me dices de qué va esto de una vez, te mataré. Lo prometo.

—Perdona, es que pensaba que sería un poco raro hablar contigo sabiendo que estabas excitado y lo tienes duro. —Jonah soltó una carcajada y Atticus casi pudo ver cómo su propia cara se le ponía cada vez más roja—. Sólo dime que no estabas a media faena con ella, porque, si lo estabas, vuelve y acaba...

—Te lo juro, Jonah, o vas al grano o te despellejaré vivo.

—Lo siento, viejo —dijo él soltando una carcajada de nuevo sin poder contenerse—. Lamento decirte que quizá esto no sea tan importante como para que dejes a tu querida diosa sola y cachonda en la cama... Sólo te llamaba para asegurarme de que el plan seguía en pie, porque tendría que ponerle a la perra algunos guardias más para que controlaran cada uno de sus movimientos.

«¿Cachonda, Evelyn? ¡Ojalá! —fue lo primero que pensó Atticus—. Jodido imbécil, ¿arruinaste el momento sólo para asegurarte de que el plan sigue adelante? Te dije que únicamente me llamaras si se producía una emergencia», fue su segundo pensamiento. Y el tercero y único que su mente transformó en palabras fue:

—¡Ni se te ocurra volver a llamarla perra! ¡No te permito que hables de ella así!

—Perdona..., es sólo que cuesta abandonar los viejos hábitos. Además, sólo porque sea buena para tu verga no quiere decir que tenga que gustarme —se quejó Jonah—. Aun así, intentaré evitarlo la próxima vez, lo prometo.

Atticus lo ignoró y se apoyó en la pared blanca del pasillo del hotel con el ceño fruncido. «¿Debería seguir con el plan? ¿Quiero hacerlo? Parece que por fin Evie y yo estamos haciendo algún progreso... Después de todo este tiempo, da la impresión de que está viendo la luz y empieza a abrirme su corazón. Si seguimos así, puede que al final hasta ocupe un lugar en él. Quizá consiga verme como algo más que un tirano y un monstruo despiadado al que no le importa nada ni nadie además de sí mismo. Pero, si sigo con el plan, no sólo estaré castigando a Ethan y a Hansel, sino que también la castigaré a ella, rodeándola de los hombres a los que quiere, pero haciéndole saber que, si muestra cualquier tipo de afecto hacia ellos, morirán...».

—Recuerda todo el dolor que te han causado, Atticus. Hansel te traicionó, y ese humano... Si no fuera por él interponiéndose entre tú y Evelyn, las cosas serían muy diferentes a estas alturas. A lo mejor ya se habría enamorado de ti y no estarías permitiendo que la Oscuridad posea tu cuerpo y tu mente para paliar

el dolor. No lo olvides —añadió Jonah. Su voz sonaba honesta. Lo único que deseaba era la felicidad y el bienestar de su creador.

Puede que fuera tan enfermizo y retorcido como Atticus, tan sarcástico e igual de inmisericorde, pero realmente a Jonah le importaba el hombre que le había salvado la vida y le había concedido el mayor regalo que alguien podía ofrecerle a uno: la inmortalidad. Quería vengar todo el dolor que Atticus había sufrido por culpa del amor que Ethan y Evelyn se profesaban.

No tenía ninguna intención de herir a Hansel, pero Jonah sabía que el vampiro de pelo rizado sería un daño colateral en esa guerra. Había intentado valorar todas las opciones y las posibilidades para que la situación mejorara para su amigo, pero no había forma de que éste expiara sus culpas sin sufrir un poco antes. Jonah creía que Hansel debía demostrarle a Atticus que seguía siéndole leal y que su obsesión por Evelyn había desaparecido, y todo volvería a ser como antes.

Venganza o amor, ésas eran las opciones de Atticus. ¿Dejaría que sus deseos más oscuros vengaran a su maltrecho corazón y a su dañado ego o, por el contrario, permitiría que su amor por Evelyn, la luz de su vida, ganara la batalla?

Pensó en la chica entre sus brazos, mirándolo con admiración, con amor infinito en sus ojos. Luego pensó en Hansel y en Ethan sufriendo el mismo dolor que él había soportado durante tanto tiempo. El padecimiento acuciante y agonizante de tener la única cosa que has querido delante de ti y saber que nunca será tuya. Deseaba que ellos también pasaran por eso.

Quería que Ethan y Hansel vieran a Evelyn delante de sus narices, tan cerca, pero sin poder tocarla nunca, sin poder abrazarla, hablar con ella o incluso mirarla sin atenerse a las consecuencias.

Atticus estaba listo para castigarlos a los dos, estaba preparado para dar el pistoletazo de salida a aquel juego macabro. ¡Le había excitado tanto pensarlo...!

Hasta hoy.

Su mente volvió a la noche que acababa de pasar con Evelyn hasta el momento. Había sido tan agradable, tan dulce, tan bonita... No había sido la cita perfecta que habría tenido cualquier pareja de enamorados, de acuerdo, pero es que Evelyn y él no eran *cualquier* pareja de enamorados.

Le encantaba la noche que habían pasado. Pese a algún que otro comentario desagradable, había sido perfecta. En realidad, incluso le habían gustado los comentarios de ella, le había gustado verla decir groserías, ser sarcástica, que le pegara... Todo ello avivaba su fuego, la hacía brillar aún más, y a Atticus le encantaba.

La amaba.

Lo amaba todo en ella.

Era inocente, compasiva, preciosa, comprensiva, empática, valiente, decidida y mucho más.

Era frágil como la porcelana por fuera, pero por dentro tenía el alma de una luchadora, de una guerrera, y eso era exactamente lo que él quería, lo que necesitaba.

«¿Sigo con el plan o no? ¿La quiero lo suficiente como para doblegar mi ego por ella?», se preguntaba el rey.

Se sentía como si estuviera frente a una encrucijada que no sólo determinaría su propio destino, sino el de muchos otros.

—Atticus, no voy a intentar empujarte ni manipularte para que hagas algo que no quieras, pero recuerda —la voz de Jonah era amable y comprensiva al otro lado de la línea—: Evelyn sólo se ha acostado contigo por el bienestar de esas dos ratas, estuvo dispuesta a sacrificar su orgullo y su honra entregándose a ti por ellos. ¿Y si está tratando de utilizarte, de engañarte para poder salvar a Hansel y al humano? —Calló un momento para dejar que él asimilase la información—. ¿Ha ido bien la cita de hoy? ¿Has seguido mis consejos?

—La cita ha ido bien, sí —dijo Atticus chasqueando la lengua contento, intentando aferrarse a su lado más humano—. De hecho, estaba en el séptimo cielo antes de que llamas y lo estropearas todo.

—Lo siento, mi rey, pero ¿y si Evelyn ha estado fingiendo todo este tiempo? ¿Y si es más lista de lo que creíamos y ha sido ella quien ha llevado las riendas hoy, quien ha movido los hilos y te ha hecho ser su marioneta durante toda la cena?

Atticus cerró los ojos al notar un aluvión de pensamientos oscuros inundar su mente. Las palabras de Jonah habían despertado a sus demonios.

«No —se dijo—. Ella no me haría algo así, nunca lo haría...

»¿O tal vez sí?».

«¿Por qué tendrá tanta ropa en una habitación de hotel?», se preguntó Evelyn al encender las cegadoras luces blancas del vestidor de Atticus. Era del mismo tamaño que la habitación que tenía en casa de sus padres.

Había armarios modernos y lacados empotrados en las paredes. Tantos, que la única superficie visible que fuera parte de la estructura del hotel era el techo. Todos los armarios tenían las paredes interiores de color negro. Algunas puertas estaban abiertas y otras cerradas.

Evelyn empezó a deambular por el vestidor, echando un vistazo a cada armario, en busca de algo que ponerse. Su vestido, abierto, le colgaba tan sólo del brazo izquierdo. Supuso que Atticus querría que durmiera en su cama, con él. Después de todo, era Atticus, y la joven había visto la lascivia en sus ojos y el bulto en su pantalón.

No era la clase de hombre que aceptaba un no por respuesta, así que dudaba que aquella noche fuera a ser una excepción, pese a que le hubiera prometido intentarlo. No obstante, aún albergaba esperanzas de que él le demostrara que había algo más que deseo entre ellos. Había prometido intentarlo, sí, y ella necesitaba desesperadamente creer que cumpliría sus promesas para que lo suyo funcionara.

Estaba dispuesta a olvidar todas las cosas malas que le había hecho en el pasado por el bien de un futuro mejor para su raza. Estaba dispuesta a olvidar a Ethan, a olvidar a Hansel y a empezar de nuevo con Atticus. Todo cuanto quería era salvarlo y hacer de él un hombre mejor. No deseaba otra cosa.

Una nación bajo el gobierno de un tirano sufriría para siempre la pobreza, y ella estaba cansada de ver sufrir a la gente, de dejar que las injusticias y los prejuicios campasen a sus anchas entre ambas razas, e incluso entre los individuos de la misma raza.

Estaba decidida a cambiarlo.

Encontró algunas prendas que podrían ser cómodas para dormir. Sacó un par de calzoncillos nuevos, todavía en su caja, de uno de los cajones y una camisa

marrón oscuro de un armario. Se quitó el vestido y se puso la ropa sin darse cuenta de la presencia masculina que se hallaba de pie junto a la puerta.

—No sé qué me gusta más —oyó decir a Atticus—, si verte con mi ropa o desnuda. Desnuda estás fabulosa, pero verte con mis prendas me acaricia el ego y el orgullo.

Lo sintió detrás de ella.

—Hola... ¿Ya has acabado de hablar por teléfono? —preguntó con voz temblorosa.

«Qué bien huele —pensó al inhalar su perfume—. Huele tan bien...».

—Sí. Te diría quién me ha llamado y de qué hemos hablado, pero... después tendría que matarte —bromeó él.

—¿No has dicho que nunca me matarías? Siempre estás diciendo cosas ñoñas, como que no puedes vivir sin mí, así que, ¿de verdad quieres que crea que eso es una amenaza real?

Atticus se echó a reír.

—Parece que estás espabilando. —Evelyn notó su mano en la cintura—. ¿Quién ha dicho que el masaje había terminado?

—Yo —respondió ella volviéndose con la cabeza bien alta y una sonrisa en los labios.

Los ojos del vampiro brillaron llenos de ternura al verla desafiarlo en broma. Le entraron ganas de besarla, de protegerla, de regalarle todas las rosas del mundo y todas las estrellas de la galaxia. Quería adorarla con todo su ser.

Incapaz de contener su desbocado corazón, levantó una mano y le acarició la mejilla.

—En ese caso, seguiré sus órdenes, mi reina.

Se agachó y acercó los labios a los de ella. Pero, antes de que se tocaran, la miró a los ojos como pidiéndole permiso para besarla. Estaba resistiendo sus deseos primarios de empujarla contra la pared y penetrarla con su pene erecto una y otra vez.

Quería verla venirse de nuevo, oír sus jadeos, ver cómo se movían sus senos turgentes. Quería su cuerpo caliente, sudoroso, listo para él. Quería estar en su interior, llenarla por completo, convertirse en uno solo con ella.

Una fantasía oscura de ambos cogiendo como locos, cubiertos de sudor, con los brazos y las piernas de Evelyn alrededor de su cuerpo, suplicándole que no parara, llenó su mente.

La deseaba tanto que resultaba hasta doloroso.

Se sentía como un yonqui, ansioso por conseguir el subidón que sólo el

cuerpo de ella podía proporcionarle.

Quería sentir su apetitosa piel alrededor de su verga dura, llevándolo al orgasmo.

Necesitó todo su autocontrol para no poseerla como un animal salvaje.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

«Dime que sí, por favor, por el amor de Dios, necesito algún tipo de contacto contigo o perderé el control».

Ella se lo quedó mirando lo que le pareció una eternidad.

«Por Dios bendito, Evelyn, eres la viva imagen de la tentación. ¿Por qué tienes que parecer tan inocente, tan sorprendida y tan jodidamente sexi? ¿Es que no sabes las cosas sucias que quiero hacer contigo? Podría hacerte sentir tan bien... Los orgasmos que yo puedo proporcionarte harían palidecer a Ethan y a Hansel. Te lo haría tan bien, te llenaría tanto que nunca querrías a otro hombre dentro de ti. Por favor, reconoce esta atracción sexual no sólo por mi parte; tú también me deseas, igual que yo a ti. Quieres cogerme tanto como yo a ti, ¿a que sí, preciosa? Me deseas, seguro que estás mojada y que soy yo la causa. Deja que te bese antes de que pierda el control. Quieres esta verga, ¿verdad? Será mejor que la quieras, porque me voy a asegurar de que sea la única que te coja. Eres mía, me perteneces».

De mala gana, Evelyn asintió.

Todavía luchando por mantener sus demonios bajo control, Atticus se inclinó y la besó con delicadeza y dulzura, ejerciendo la mínima presión posible.

No se atrevió a hacerlo con más pasión porque no se fiaba de sí mismo. Un beso más apasionado lo llevaría por el camino de la perdición.

Además, sabía que, sin ningún tipo de afrodisíaco o sin tomar alcohol, a Evelyn le vendrían de nuevo imágenes de aquella noche en el motel. La primera vez que la penetró.

No lo sorprendería que aquella noche siguiera atormentándola, que continuara en un rincón de su mente cada vez que se acostaban.

«Dios, necesito tanto estar dentro de ti...».

Mientras esos pensamientos poblaban la mente de Atticus, la de Evelyn, en cambio, estaba mucho más serena. Se había sorprendido cuando él le había pedido permiso para besarla. Casi había hecho que su corazón diera un vuelco, porque quería decir que finalmente había decidido respetarla, dejarla escoger, dejarla tener algún control sobre su propio cuerpo.

Y se sentía agradecida por ello.

Apreciaba esos pequeños detalles con todo su corazón. Le daban esperanzas

y hacían que poco a poco se fuera ablandando.

El beso fue dulce y amable, y Evelyn se sorprendió a sí misma disfrutando de los labios sensuales de Atticus. Eran tan tiernos... Se movía con tanta cautela que pensó que debía de estar conteniéndose para no hacerle daño.

Notó un cosquilleo que le bajaba por la espalda.

Quería a ese Atticus.

«Por favor, no te transformes en el monstruo que has sido otras veces. Por favor, que esto no sea una pantomima. Por favor, que sea la cara de ti que nunca he visto, porque es la que me gustaría conocer mejor. Por favor, no me des esperanzas para hacerlas morir la próxima vez que me tomes por la fuerza. Por favor... Deja que vea esta faceta de ti, deja que brille. Sé un hombre bueno, un hombre que ama a su gente y trata a los humanos y a los vampiros con la misma misericordia. Sé el rey que sé que eres capaz de ser. Por favor, por favor, por favor, muéstrame la luz que hay debajo de toda esa Oscuridad. Si intentas ser mejor por mí, yo intentaré perdonarte e incluso amarte, de la forma que pueda».

Fue él quien primero se apartó tras el sensual beso.

—Si seguimos haciendo esto, seguramente perderé el control y te haré algo que no quieres que te haga —dijo retrocediendo. Tenía los puños tan apretados que los nudillos se veían blancos—. El baño está detrás de esa puerta, puedes refrescarte allí. Yo me voy a ir a otro lado a darme un baño de agua fría.

Evelyn lo observó con los ojos muy abiertos mientras él se apresuraba a salir y se percató del prominente bulto de su entrepierna.

«Bueno, supongo que Roma no se hizo en un día, y que le costará un poco cambiar», pensó sonriendo.

Su corazón daba saltos de alegría.

Después de que Atticus saliera corriendo como una bala para escapar de Evelyn y evitar así hacer algo que ella no le perdonaría, algo que destruyera los frágiles progresos que habían hecho, la muchacha colgó su vestido en uno de los armarios. Luego se dirigió al baño que le había indicado él, se quitó la ropa interior y se bañó.

Los chorros de agua caliente y celestial la libraron de todo el maquillaje y los productos que la estilista le había aplicado en el pelo. Era agradable refrescarse y deshacerse de todos esos productos químicos.

Permaneció en la regadera más tiempo del necesario, para disfrutar de las gotas de agua cayendo sobre su piel. Su cuerpo seguía un poco trastornado por la caída desde la azotea.

«¡Menudo psicópata! ¿Qué clase de demente empujaría a alguien de un edificio como ejercicio de confianza? A veces creo que debe de ser bipolar o estar loco de remate», pensó.

Pero luego recordó la expresión de su cara siempre que recordaba el pasado. Se enternecía cuando lo oía decir que había perdido demasiado en su vida.

«Casi tres mil años... Qué vida tan larga», pensó sintiéndose culpable. Seguro que en todos esos años habría sufrido lo indecible.

Cuando Evelyn salió del baño, se vistió y volvió al dormitorio, vio a Atticus tendido en la cama, sin camisa, con el pelo y el cuerpo aún húmedos. Tenía la espalda apoyada en el cabecero de la cama y los ojos cerrados, pero, por silenciosa que intentó ser, sabía que él se percataría de su presencia.

—¿Por qué no te has secado? —le preguntó acomodándole el pelo con la toalla con la que ella había envuelto su melena.

—Quería volver rápido y asegurarme de que no intentabas escaparte de la habitación —respondió Atticus sin abrir los ojos—. Como te he dicho antes, en este hotel hay algunos huéspedes muy peligrosos y poderosos. No quiero que deambules por ahí sola. No sobrevivirías ni un minuto en los pasillos del

Shangri-La.

—¡No seas tan dramático! —rio ella—. Ya estuve aquí y no me pareció tan salvaje.

—Ya, pero esa vez todos los huéspedes estaban avisados de que no podían atacar a nadie de tu familia o los castigaría con severidad.

—De acuerdo. ¿Puedo irme a mi habitación? Podrías escoltarme hasta ella.

—¿Por qué no vienes y te tumbas aquí conmigo? Deja que me duerma contigo entre mis brazos hoy, Evie. ¿Es eso tanto pedir?

«No, pero meterse en una cama contigo es como hacerlo con un león. Me pasaré todo el tiempo preocupada por si me atacas», pensó ella.

—¿Por qué no me acompañas a mi cuarto? —insistió—. Estoy cansada. Necesito dormir...

—¡Métete en la cama, Evelyn! —saltó de pronto Atticus. Había ira en su voz y tenía la colcha agarrada con una mano y la mandíbula apretada.

Su repentino cambio de humor la hizo dar un salto. Vio cómo, de nuevo, su actitud había dado un giro de ciento ochenta grados. A veces se preguntaba si había dos Atticus, uno amable y el otro perverso.

Le gustaba más el primero.

—Evie, no me hagas pedírtelo otra vez: por favor, ven a la cama —ordenó él con la mandíbula apretada aún.

—¿Qué pasa si me niego? —preguntó la joven con un hilo de voz.

Tenía un nudo en el estómago y el corazón le iba a mil por hora. No quería volver a enfrentarse a ese Atticus; no quería meterse en la cama con un monstruo que seguro que la forzaría en el mismo momento en que la tuviera junto a él.

El vampiro era más peligroso cuando estaba enojado, como en ese momento.

«¿Por qué se comporta así? —se preguntó ella—. Si no he hecho nada. ¿Es porque he tardado mucho en el baño? Estábamos bien hace media hora. Estaba siendo tan amable, tan atento, tan paciente y cariñoso... ¿Por qué vuelve a comportarse como un monstruo de nuevo? ¿Qué lo ha causado?».

—¿No piensas venir a la cama? —gruñó él, y de repente abrió mucho los ojos y dejó ver la Oscuridad que rodeaba su aún más oscura pupila. Había algo aterrador en la forma en que la miraba, su rostro carente por completo de expresión.

Evelyn sintió como si estuviera instándola a desafiarlo de nuevo, provocando que desobedeciera a su majestad una vez más. La respiración de la chica se hizo más pesada. Quería salir de esa habitación. La inmensa estancia de repente le pareció minúscula, como si las paredes estuvieran cediendo para atraparla allí

junto a Atticus.

De repente, él le dedicó una sonrisa.

—De acuerdo, si no quieres pasar la noche conmigo, te acompañaré a tu habitación para que duermas sola, lejos de mí. Pero cuando salga el sol tendré el corazón de alguien a quien amas en una cajita esperando junto a tu puerta para que lo veas cuando despiertes.

Ella se quedó con la boca abierta al oír la espantosa amenaza.

«¡Serás hijo de perra! —pensó—. Maldita sea, si las estacas pudieran matarte, te clavaría ahora mismo cualquier objeto puntiagudo que encontrara, monstruo enfermo y malnacido. ¿Cómo se te ocurre decirme algo así? ¿Qué ha pasado con lo de intentar cambiar?».

—¿Por qué te comportas así? —preguntó reafirmando su postura y negándose a doblegarse a su voluntad tan fácilmente, aun a sabiendas que, por mucho que quisiera tomar sus propias decisiones, siempre estaría a la merced de Atticus.

Evelyn no tenía ningún as en la manga, nada con lo que poder chantajearlo. Nada de nada. Su cuerpo era lo único que podía utilizar como moneda de cambio, pero en realidad ya ni siquiera le pertenecía. Él la trataba como si fuera de su propiedad, y, en cierto modo, lo era.

No había nada que pudiera ofrecerle que él no pudiera conseguir por la fuerza.

«Por favor, no vuelvas a convertirte en el monstruo de siempre, empezaba a pensar que eras capaz de cambiar. Por favor, vuelve a ser el hombre que eras hace media hora, el hombre que me ha respetado y me ha pedido permiso para besarme, y no este tirano que no acepta un no por respuesta. Por favor... Tengo fe en ti, Atticus. Nunca podré quererte si te empeñas en comportarte de forma tan fría y despiadada cada media hora».

Los grandes ojos azules de la chica miraban fijamente los ojos castaños del vampiro, suplicándole mentalmente que volviera a ser el hombre que había sido hacía apenas un rato, antes de que ambos se dieran un baño.

«Atticus, por favor, ¿por qué te comportas así otra vez? ¿Es que ya no quieres intentarlo? Yo estoy haciendo esto por ti», pensó Evelyn.

«No, haces lo que haces por Hansel, por Ethan y por tu preciada raza humana —respondió él mentalmente al haber oído los pensamientos de ella—. No soy otra cosa para ti más que el hombre que destrozó tu vida, el hombre que necesitas para salvar a los hombres que amas, a la raza que tanto te importa, el único que puede conseguir la justicia y la igualdad que tanto deseas».

Atticus se guardó su pena para sí. Habría querido aplacar el dolor con el dulce y confortable éxtasis que la Oscuridad podía proporcionarle, o con el placer eufórico que podía brindarle el cuerpo de Evelyn..., pero no se rindió ante sus instintos más básicos.

Respiró hondo.

«¿Por qué te quiero tanto cuando sé que otros ocupan tu corazón y que no soy nada para ti? Aun así, no puedo evitar que toda mi vida se ilumine cuando estás cerca, ¿por qué?».

—¡Ven a la cama! —ordenó, esta vez en un tono mucho más firme e intransigente—. No tengo miedo de hacerte daño, Evelyn. Podría atarte y poseerte de todos los modos imaginables, ¿es eso lo que quieres? Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, y ambas opciones serán placenteras para mí.

Ella asintió sin ganas. No quería poner en peligro la vida de nadie. Sabía que Atticus era capaz de hacer realidad sus amenazas y había demasiada gente que le importaba, demasiadas vidas en juego y todas ellas inocentes.

«Nadie merece morir por mi culpa», pensó.

Con cautela, se acercó hacia él. La mullida toalla seguía sobre su cabeza a modo de toga, envolviendo su cabellera mojada. Subió a la enorme cama y se quedó en el lado opuesto al de Atticus, a propósito.

—¿Te has cansado de ser amable? —lloriqueó. Temblaba de pies a cabeza. Si dijese que no estaba aterrorizada, mentiría—. ¿Vas a volver a comportarte como el tirano despiadado que no acepta un no por respuesta?

Se sentía traicionada.

Había puesto todas sus esperanzas en él.

Había creído que él podía cambiar.

Estaba dispuesta a sacrificar todo por cuanto había luchado durante tanto tiempo para salvarlo, para rescatar lo que quedaba de su humanidad y su compasión.

La expresión de Atticus se relajó un poco.

—Pensaba que querías cambiar, que querías que te quisiera, que lo nuestro funcionara. No podré perdonarte por lo que me has hecho si no dejas de amenazarme no sólo a mí, sino a la gente a la que quiero, Atticus. No vuelvas a ser ese tipo. Quiero al hombre que me ha besado antes, al que me ha pedido permiso para hacerlo, al que me respeta y no me trata como un objeto de su propiedad. ¿Es eso pedir demasiado?

«Sí, lo es —se respondió a sí misma para sus adentros—. Es Atticus Lamia y nunca cambiará, y tú eres tan estúpida como Jonah si crees lo contrario. Él es

quien puso fin al reinado de la raza humana sobre la Tierra y gobierna el mundo con mano de hierro. Es adicto al poder. Nunca cambiará porque sabe que puede tener todo lo que quiera, tiene el poder para conseguirlo. ¿Por qué iba a molestarse en cambiar por una mera humana como tú? ¿Por qué iba a tomarse la molestia? No lo necesita. Es el rey. La persona más poderosa del mundo».

Evelyn estaba inmersa en sus propios pensamientos cuando notó la fría mano de él sobre su hombro, acercándola hacia sí.

Retrocedió de inmediato y se puso de pie.

Lo miró con los ojos humedecidos. La expresión de su cara era parecida a la de un cervatillo asustado, paralizado por los focos de un vehículo.

«Otra vez, no, por favor. No quiero repetir la noche del motel. No me hagas esto de nuevo. Si me amaras de verdad, me respetarías, no me tomarías una y otra vez. No tienes derecho a utilizarme como si fuera un animal. Atticus, lo juro, si me pones la mano encima, no te daré una segunda oportunidad. Si me fuerzas de nuevo, pondré fin a tu juego. Tendrás que pasar por encima de mi cadáver si me fuerzas esta noche».

—Evie... —dijo él con un hilo de voz—. No me temas, por favor. Lo siento, he estado pensando demasiado y mi mente está hecha un lío ahora mismo... Perdóname, no debería haber sido tan mezquino contigo.

Sus palabras no sonaban nada sinceras.

Tenía casi tres mil años, era un vampiro que había vivido en multitud de épocas diferentes y obviamente había aprendido el arte de la mentira.

«No confíes en él —le dijo su conciencia—. No confíes en Atticus Lamia. Te está manipulando».

Él dio una palmadita en el sitio vacío a su lado.

Evelyn no se movió.

Deseaba seguir teniendo el fuego que había mostrado después de que él la empujara azotea abajo.

Ojalá fuera más valiente, ojalá Atticus no la aterrorizase tanto.

Quería ser capaz de defenderse, de luchar contra él, de ser fuerte e independiente y que sus chantajes no la afectaran. Quería ser tan tóxica y dura como él. Pero no lo era, y se odiaba cada vez más por ello a cada segundo que pasaba.

Odiaba cómo la hacía sentirse.

—Evie... —Atticus pronunció su nombre y volvió a indicarle que se acercara—. Juro que te quiero, no voy a hacerte daño. Siento el arrebató de hace un momento. Como he dicho, he estado dándoles demasiadas vueltas a las cosas.

Tengo tanto miedo, tanto miedo de perderte...

«Si tiene miedo de perderte, ¿por qué no para de hacerte daño?».

Sabiendo que no tenía otra opción más que obedecer a su rey, Evelyn se subió a la cama, pero se quedó lo más lejos de él que pudo.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Qué clase de secreto?

—¿Quieres saber cómo matarme?

Palacio real

—¡Au! —exclamó Hansel mientras el sastre le medía la cintura—. Todavía tengo heridas sin curar, ten cuidado.

—No seas chillón —le dijo Jonah desde el otro extremo de la habitación. Sostenía una tableta en la mano e iba leyendo por encima varios informes militares—. Juraría que esa perra humana te ha vuelto blando.

—¡No te atrevas a llamar perra a Evelyn! —gruñó Hansel. Era la vez que había hablado más alto desde que Jonah lo había revivido hacía unas horas—. No la conoces.

—Todos los humanos son iguales, sucios y asquerosos. —Chasqueó la lengua—. Esa putita los tiene a Atticus y a ti comiendo de la palma de su mano. Seguro que está planeando algo. Las mujeres son la peste. Para lo único que sirven es para hacer mamadas y para cogérselas.

—Hablas igual que Atticus.

—Llevo a su lado más tiempo que tú, Hansel. Me salvó de la esclavitud, de la vida de gladiador. Me concedió la inmortalidad, mis poderes, mi fortuna, mi estatus, e incluso me dio un nombre. Es un padre para mí en todos los sentidos.

—Pero no es tu padre de verdad, y tú no eres su hijo, Jonah. No pienses igual que él. Kainsius lo hizo y mira cómo terminó.

—Será mejor que cierres el pico o nunca acabarán de hacerte el maldito uniforme a medida.

—¿Para qué demonios necesito un uniforme a medida? ¿De verdad que Atticus quiere que sea su guardián? ¿Es que ahora le ha dado por viajar? Pensaba que no tomaba drogas...

Jonah sonrió con suficiencia.

—Estás siendo castigado, igual que Ethan y Aaran. Pero no te preocupes, amigo, me aseguraré de que puedas resarcirte cuando acabe todo este embrollo.

—¿Debería preocuparme?

Hansel puso los ojos en blanco. Jonah siempre había sido ladino, y sus planes eran a menudo siniestros y retorcidos.

Jonah era como un mini Atticus, malvado y completamente despiadado. Hansel sabía que, fuera lo que fuera lo que había planeado, no acabaría bien.

—Si le pasa cualquier cosa a Evelyn, te mataré con mis propias manos —amenazó a su mejor amigo—. Si le haces daño, juro que te mataré, Jonah.

—No puedo prometerte nada, colega.

«¿Quieres saber cómo matarme?». Evelyn jamás habría esperado oír semejante pregunta de boca de Atticus, ni en un millón de años, ni aunque el sol decidiera un día salir por el oeste y no por el este.

Se le quedó mirando sin habla. «¿Es que se ha vuelto loco? —se preguntó—. ¿Qué demonios le pasa a este hombre por la cabeza? ¿Es normal que se muestre tan agresivo en un minuto y al siguiente se ofrezca a desvelarme el secreto de cómo matarlo? Él mismo dijo que no quería pasarse todo el tiempo que estaba despierto desconfiando de su compañera de cama, así que, ¿para qué quiere contarme cómo podría acabar con él?».

«Si muriera, no sería por ti, Evelyn —le dijo su conciencia—. Eres demasiado blanda y compasiva, no serías capaz de matar, ni siquiera a un monstruo como Atticus».

«Claro que sería capaz».

«No, Evelyn, no lo serías».

«¡Cállate! Vuelve a tu rincón y ponte a leer un libro o lo que sea —pensó enojada con su conciencia por dudar de sus capacidades—. Si se me presentara la oportunidad, sería capaz de matarlo, estoy segura. Soy suficientemente fuerte para hacerlo».

Sin embargo, sus pensamientos no eran más que pensamientos.

Matar parecía muy sencillo cuando lo imaginaba, pero, llegado el momento, ¿podría hacerlo? ¿Podría ir en contra de todo lo que defendía, de los principios que hacían que Evelyn fuera Evelyn, y matar al hombre que le había hecho tantas cosas terribles?

¿Podría poner fin a una vida?

En realidad, no tenía las respuestas a todas esas preguntas.

Atticus seguía sentado frente a ella, esperando a que le contestara. Su expresión era indescifrable. Observaba a la muchacha humana como un depredador a su presa. Si lo que intentaba era intimidarla, estaba funcionando.

—¿Es una pregunta trampa? —preguntó ella con un hilo de voz. Sus manos

formaban dos puños minúsculos que reposaban sobre su regazo, con la piel tirante dejando entrever los blancos huesos—. ¿Es éste otro de tus ejercicios de confianza o intentas comprarme con información que crees que quiero?

—¿La quieres? —preguntó él testarudo, y Evelyn supo que su cara de póquer encerraba muchas más emociones, pensamientos y dilemas de lo que parecía—. Si te ofrezco esto, ¿podrás olvidar todo lo sucedido anteriormente y empezar de cero conmigo?

—Nada puede borrar el pasado, Atticus. No importa lo poderoso que seas: ni siquiera tú, mi rey, puedes cambiar lo que has hecho. Que no tengamos poder sobre el enigma del tiempo es lo que nos hace a todos mortales, es lo que nos diferencia de los dioses —dijo Evelyn con la cabeza alta.

No toleraría que él la dominara, por muy bien que se le diera. Atticus le lanzó su típica sonrisa arrogante y terriblemente atractiva.

—Yo soy inmortal en todos los sentidos de la palabra, incluso los dioses deberían tener miedo de lo que soy capaz: soy un dios por derecho propio.

—Hace un rato has dicho que querías cambiar, expiar tus pecados, ¿y ahora? ¿Qué ha pasado?, ¿por qué te comportas así? ¡Cuéntamelo, Atticus! Puede que no hayas sido honesto al decir que estabas dispuesto a cambiar las cosas, pero yo sí.

—¿Porque quieres salvar a Ethan, a Hansel y a toda la raza humana de mi tiranía? —se burló él con expresión vengativa.

Por un momento, Evelyn lo vio como una criatura distorsionada, sin ningún rasgo humano. Dejó escapar un grito antes de volver a apoyar la espalda en el cabecero de la cama. Tenía el corazón desbocado y lo veía todo tergiversado, temblaba de miedo de la cabeza a los pies.

Por muy valiente que intentara parecer no sólo ante todo el mundo, sino principalmente ante sí misma, seguía siendo una simple humana, y formaba parte de su naturaleza que le entrara el pánico y llorara cuando se sentía atacada o amenazada.

Ella no era más que una humana, y él un vampiro.

Sus poderes eran muy distintos.

Aunque le habría gustado que no fuera así, Evelyn era inferior a Atticus, una criatura que rozaba la omnipotencia y que tenía mucho poder para un hombre de carne y hueso, demasiado.

Vio la sed de sangre en su mirada, pero él mantuvo las distancias. Evelyn sabía que sus demonios interiores debían de estar susurrándole palabras tentadoras al oído y que la Oscuridad lo estaría animando a que la atacara, pero

no lo hizo.

Se resistía. Se estaba controlando, a duras penas, pero al menos lo intentaba. Se aferraba a la consideración que le tenía, la estaba protegiendo de sí mismo, de su lado oscuro, que tanto deseaba tocarla.

Ella era una mujer sencilla y él un hombre muy complejo. Podrían haber sido los amantes más perfectos e icónicos si no hubiera sido porque los separaba todo un mundo.

Él era viejo, sabio y sabía lo que quería.

Ella era joven, inocente y no tenía ni idea de lo que deseaba, aparte de ser libre como el viento, seguir los dictados de su propio corazón y descubrir quién era en realidad.

—Atticus —dijo en un tono tranquilo y dulce, como una mano amable intentando calmar a la bestia—. Atticus, lo siento... Siento si yo... —Su voz se quebró en el preciso instante en que el rey apartó la vista.

El cuerpo de Atticus se agitó con violencia y Evelyn se acercó más al cabecero de la cama, como si éste pudiera protegerla del hombre sentado a unos centímetros de ella.

—Pensabas que no me daría cuenta, ¿verdad? Pensaste que podrías engañarme, que podrías manejarme como a una marioneta... Pensaste que podrías derribar mis muros ofreciéndome sexo, abriéndote de piernas para mí por tu propia voluntad una sola vez...

—¡Hice lo que tenía que hacer para salvar a la gente a la que quiero, gente inocente que no se merece que los arrastre hasta este pútrido pantano! —exclamó Evelyn—. Juguemos a esto tú y yo, nadie más. Saca todos los ases que tienes en la manga, todo con lo que me chantajeas, y concentrémonos en nosotros. Eso es lo que quieres, ¿no? Te he prometido que intentaría amarte si tú estabas dispuesto a comprometerte a convertirte en un hombre mejor. Ya lo he dicho antes y volveré a decirlo: nunca amaré a un monstruo que cree que está bien jugar con las vidas de la gente. Aunque seas el hombre más poderoso y rico de la Tierra y puedas tener las cosas más tangibles e intangibles con tan sólo chasquear los dedos, no conseguirás amor, al menos, no amor verdadero, si no te lo ganas. No te veneraré únicamente porque me lo exijas.

«Está dolido —pensó Evelyn—. La entristeció darse cuenta, pero también se indignó por ello—. Después de todo lo que me has hecho, ¿de verdad creías que te perdonaría por propia voluntad y que milagrosamente decidiría que quería construir un futuro contigo? ¿Cómo puedes ser tan arrogante y tan crédulo? ¿Cuántas veces debo repetírtelo? Me has hecho cosas que van más allá de

cualquier explicación y posibilidad de redención. Podría aprender a olvidar lo que me has hecho a mí, pero no lo haré hasta que me demuestres que lo mereces. ¿Cómo hago para que te quede claro? ¿Cuándo dejarás de ser como eres y tendrás algo de compasión por la gente que habita este mundo?».

—Podría enviar a Ethan, a Hansel y a toda tu familia a Australia, estarían seguros con los humanos, los hombres lobo y las brujas que viven allí. ¿Eso te gustaría? —dijo Atticus entre dientes; aunque su ira iba amainando, seguía furioso.

—¡Claro! —respondió ella ilusionada, con los ojos llorosos llenos de esperanza, creyendo que por fin veía la luz, que por fin podría dormir en paz sin tener que volver a preocuparse por el bienestar de los suyos—. Sí, por favor, eso me gustaría mucho. Atticus, deja que estén a salvo. Seré tuya si los eliminas de este juego macabro. Haz que tú y yo seamos los únicos implicados, nadie más.

El vampiro no sonrió ni emitió sonido alguno. Su rostro era impasible. Sus ojos no reflejaban ninguna emoción más allá de la pena y el dolor.

—Puede que lo haga, pero dejaré que decidan ciertos factores. —La miró—. Si sucede o no, dependerá de ti, mi dulce Evelyn.

«¿De mí? ¿Qué?», pensó ella confundida.

—Entonces ¿me dejarás decidir si van a Australia o no?

—No, dejaré que tus actos determinen *mi* decisión. Tú no vas a decidir nada.

«¿Que no voy a decidir nada? ¿Qué quieres decir con que no voy a decidir nada? ¡Estamos hablando de la gente a la que quiero! ¡Están en este embrollo por mi culpa! ¿Mis actos determinarán tu decisión? ¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Es que se supone que debo arrodillarme ante ti y comportarme como una especie de esclava? ¿Es eso lo que tengo que hacer para salvar a los míos? Porque, si es así, ¡maldita sea, lo haré!», pensó Evelyn mientras las lágrimas se precipitaban por sus mejillas.

—Bien —dijo—, ¿qué quieres que haga?

Se acercó a él en la cama, lista para hacer cualquier cosa que le pidiera. Estaba dispuesta a todo para que Hansel, Ethan y su familia vivieran largas y prósperas vidas llenas de felicidad.

«Se lo debo. Por mi culpa, Atticus los tiene en el punto de mira, corren peligro día tras día. Es lo mínimo que puedo hacer».

—¿Quieres que te lo diga? —preguntó él. Evelyn asintió—. ¿Dónde estaría la diversión, entonces?

Se volvió y la miró a los ojos. La Oscuridad seguía presente, estaba claro, pero conseguía mantenerla a raya. Estaba haciendo un trabajo excelente guardando la compostura. Le sonrió, pero Evelyn no le devolvió la sonrisa.

—Atticus, no se supone que tiene que ser divertido. ¿Es que no te das cuenta de lo serio que es esto?

—Sí.

—Y ¿por qué hablas de ello como si fuera un juego? ¡Esto no es ningún juego, Atticus! Es importante, al menos para mí. No sé cuánto te importarán a ti mi familia y el resto de la gente a la que aprecio, pero sé que yo sí te importo, y, si eso es cierto, ¿no prefieres verme feliz? Si me quieres como dices, mi felicidad debería ser una de tus prioridades. Si me quieres de verdad, no utilices las vidas de la gente a la que quiero para chantajearme. ¡Déjalos ir, Atticus! Deja que vayan a Australia y vivan en paz. Por favor, ¡te lo suplico!

«No juegues con algo tan importante y precioso como sus vidas. Las

criaturas que viven y respiran no son tus juguetes, Atticus. Déjalos ir, sálvalos, te lo suplico. Yo seré tu muñeca, tu amante, tu juguete, tu amiga, tu enemiga, cualquier cosa que quieras que sea. Te lo daré todo. Sólo deja que se vayan. No puedo permitir que les hagas daño. Son inocentes».

—Esperas demasiado de mí. Te quiero, pero deberías saber a estas alturas que no soy ningún príncipe azul, no soy el bueno de la película, Evelyn. Has vivido mi ira de primera mano, deberías saber que no soy el compasivo caballero de brillante armadura que ves en Hansel y en Ethan. Soy un ser muy superior a ti, al resto de los vampiros y a las brujas y los hombres lobo. No tengo que cumplir las órdenes de nadie. Tomo mis propias decisiones.

—Dime qué quieres que haga, por favor. Prometiste que lo intentarías... Hazlo por mí. Elimina todos esos factores innecesarios y concentrémonos en nosotros. Si quieres mi amor, no deberías estar prestando atención a otra cosa que no fue-se yo.

Los ojos de Atticus se posaron en las sábanas, como si tuviera un repentino interés por el material del que estaban hechas.

—Quiero abrazarte. Quiero dormir contigo entre mis brazos esta noche. Quiero que pases la noche conmigo y mañana decidiré.

Estaba cambiando de tema, ignorando sus súplicas, Evelyn lo sabía. Se le cayó el alma a los pies. Había estado tan cerca de la victoria... Suspiró y se movió sobre la cama.

—Prefiero dormir en el lado izquierdo —dijo.

—Bien. Yo dormiré en el derecho.

Atticus la observó moverse, fascinado y lleno de adoración, con sus ojos oscuros y depredadores mientras ella se acomodaba en su lado del colchón.

Evelyn esperaba que él se metiera bajo las sábanas y la agarrara por la cintura para hacer lo que llevaba planeando todo el rato. Pero no lo hizo.

En lugar de moverse hacia ella, se levantó de la cama despacio y se dirigió hacia la puerta del balcón, que seguía abierta, dejando entrar una ligera y fría brisa que llenaba la habitación.

Al hacerlo, echó un vistazo a las lejanas luces púrpuras del edificio en el que Hansel tenía su departamento.

—¿No habría sido divertido que hubiera calculado mal y hubiésemos acabado aterrizando en otro balcón? —dijo riendo para intentar aligerar la tensión que él mismo había creado.

—Habría sido un poco vergonzoso —murmuró Evelyn. No quería darle la satisfacción de mostrarle toda su atención. Atticus cerró la puerta del balcón.

No estaba enojada porque hubiera destrozado sus esperanzas, por mucho que le hubiera dolido su cambio de tema. Simplemente estaba dolida porque él la tuviera tan poco en cuenta.

Evelyn se sentía ninguneada. ¡Atticus le exigía tanto! Pero él no podía hacer a cambio ni la más mínima cosa.

«Cuando salga el sol tendré el corazón de alguien a quien amas en una cajita esperando junto a tu puerta para que lo veas cuando despiertes...». Sus palabras le resonaban en la cabeza, retumbaban en las paredes de su cráneo, destrozándolo todo a su paso. La brutalidad de las mismas había sido un golpe bajo e inesperado, la había descolocado.

«Puedes sacar a la bestia de la jungla, pero no puedes sacar la jungla de la bestia», recordó que solía decir su padre. En el contexto actual, la frase cobraba sentido.

—Me imagino sus caras —dijo Atticus chasqueando la lengua, y el repentino sonido hizo que Evelyn diera un respingo, y la sacó de sus pensamientos—. ¿Qué hacen esos dos? ¿¡Están volando?! —exclamó imitando exageradamente la voz de alguien sorprendido ante sus poderes, que desafiaban todo tipo de certidumbre científica.

Evelyn le dedicó una sonrisa falsa mientras él se le acercaba con una sonrisa de oreja a oreja.

«De verdad que tus cambios de humor son impredecibles... En un momento eres violento, al siguiente estás triste y ahora te da por bromear, y todo ello en el mismo cuarto de hora. Primero te molesta que sea compasiva y comprensiva, y ¿ahora quieres mi compasión y mi comprensión? Atticus Lamia, tienes más capas que las partículas organizadas que forman un diamante».

Al llegar a la altura de la mesa de noche, él tomó el anillo y se lo puso.

—¿Estás cansada?

Evelyn afirmó con la cabeza. Atticus se metió en la cama con cuidado de no tocarla o acercarse ni un centímetro de más en su dirección.

—¿Ya no estás enojado? —preguntó la joven refiriéndose al tema de que ella había fingido que sentía algo por él para salvar a Ethan y a Hansel.

—He dejado que mis emociones me superaran por un instante, pero no volvamos a ello, Evie. Es un tema que prefiero evitar.

—Si esquivamos los problemas por toda la eternidad, nunca solucionaremos nada —protestó ella, pero su tono no era defensivo, sino simplemente enunciativo.

—Entonces ¿planeas estar conmigo por toda la eternidad? Porque a mí no me

importaría pasarme la eternidad discutiendo contigo.

Atticus se inclinó hacia delante para acercarse a ella con su habitual sonrisa pícara. Había algo adorable y casi angelical en aquella expresión.

El Atticus que ella había visto antes del baño había vuelto, y el demonio de hacía unos minutos había desaparecido.

Evelyn lo miró sin fiarse de él e ignoró su pregunta. Su cara era seria, no como la del rey.

«¿Era ese demonio amenazador la Oscuridad, y no Atticus? ¿Es éste, en cambio, el Atticus real? ¿Un hombre capaz de ser sarcástico, de sonreír, de hacer comentarios amables? ¿Cómo espera que lo quiera con lo poco que sé de él? No es más que una cara bonita que tiene todo el poder del mundo para controlarme. No sé nada de Atticus, y él se niega a mostrarme su faceta más íntima. De acuerdo, he visto algunos destellos aquí y allá, pero tras esos momentos siempre pasa algo y...», suspiró.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua, y su curiosidad era un picor al que no podía resistirse.

—Quiero preguntarte algo... —dijo de repente—. ¿Me darás una respuesta sincera?

—Depende de la pregunta.

—Dices que esta Oscuridad es algo real, que es como un demonio que reside en el interior de todos nosotros, pero ¿por qué tiene tanta fuerza dentro de ti? ¿Cómo puede dominarte tanto? Es como si siempre estuviera ahí, al acecho, jugando contigo para hacerte actuar de manera irracional y violenta cada vez que tiene la oportunidad. ¿Por qué?

—Porque la Oscuridad se alimenta del caos y del dolor, y supongo que yo soy capaz de generar mucho caos y mucho dolor. En realidad, no sé mucho más acerca del tema. Todo lo que sé es que esa Oscuridad provino de Venecia. Ella es quien la entiende. Y tiene un montón de teorías al respecto, claro, la mayoría bastante estrambóticas, pero algunas bastante plausibles.

—Cuéntame algunas.

Atticus le sonrió.

—Así que ¿estoy perdonado por lo de antes?

—¿Te estás disculpando?

—No he hecho nada malo, no tengo por qué disculparme. Tú tendrías que estar disculpándote, pero por ahora me conformaré con una Evelyn feliz.

—Nunca seré feliz contigo.

Atticus dejó escapar una carcajada genuina y luego le puso la mano bajo la

barbilla.

—Ten cuidado, querida, podría hacerte cosas terribles... Pero no quiero dañar algo de mi propiedad, así que, si deseo castigarte, tendré que pasarles tu castigo a los dos hombres a los que amas, ¿qué dices a eso?

Evelyn apretó los dientes.

«Parece que la violencia no es sólo cosa de la Oscuridad...».

Atticus seguía enojado, pero estaba comportándose. Sonrió.

—Bien, una de las teorías con más sentido, en mi opinión la más probable, es la que te he contado y la que afirma que la Oscuridad me utiliza para propagar el sufrimiento por nuestro mundo. Pero Venecia también cree, idiota y tercamente si me lo permites, que la Oscuridad me quiere a mí. La Oscuridad es un ser real, pero invisible e intocable. Es como un aura que lo rodea todo y tiene poder sobre todo ser consciente y capaz de pensar. Venecia cree que quiere un cuerpo hecho de carne y huesos.

—¿Y Venecia cree que la Oscuridad quiere que tú seas su cuerpo? —preguntó Evelyn con terror en la mirada.

La idea de que el ser más maligno que existía anidara en la criatura más poderosa de la Tierra era impensable. No podía ni imaginar la clase de destrucción que conllevaría que Atticus uniera fuerzas con la Oscuridad.

«La pena agonizante del mundo se multiplicaría por diez y la Tierra se vería sumida en una eternidad de opresión y aflicción. Si las cosas son malas ahora, entonces...». Evelyn no quiso ni acabar de pensar en ello.

Atticus notó su expresión de pena y de horror y se acercó a ella. Le rodeó los hombros con el brazo sin dudarle, acercándola hacia sí.

—Venecia cree que la Oscuridad me quiere, sí. Cree que quiere usarme para conquistar más mundos, más planetas. En su opinión, la Oscuridad quiere tomar mi cuerpo para invadir las galaxias e infligir la desolación en la mayor cantidad de seres posible, de diferentes especies, en las próximas generaciones.

Evelyn notó un escalofrío.

La mano fría de Atticus le acariciaba el brazo por encima de la camisa. Sin avisar, se acercó más y la besó en el cuello. Con la punta de la lengua le tocó las venas bajo la piel.

Ahora tenía ambos brazos alrededor de la cintura de ella y estaba disfrutando de los besos que le daba. El contacto sensual era más placentero para él que para ella, aunque Evelyn no podía negar que el cosquilleo que notaba era tanto de asco como de lujuria.

—¿Crees que eso es posible? —preguntó inquieta—. ¿Podría la Oscuridad

invadir tu cuerpo y usarlo a su antojo?

—Espero que no —rio Atticus, y la vibración de su reacción divertida le hizo cosquillas a ella en la garganta—. La Oscuridad está tan enamorada de ti como yo. Te desea tanto como yo, si no más. Sea lo que sea lo que tienes que me atrae debe de tener el mismo efecto en la Oscuridad. Eres nuestra obsesión. Nuestro ángel. El objeto de nuestros deseos. ¿Cómo te sientes al saberlo?

La miró a través de su ejército de negras pestañas antes de levantar los labios de su cuello e incorporarse junto a ella.

La forma en que la miraba inquietaba a Evelyn. Notó que estaba a punto de aterrorizarla de nuevo. Lo miró alarmada y respondió:

—Asustada.

—Bien, deberías estarlo.

Una de sus manos se movió de su cintura a su coronilla y le acarició el pelo oscuro, todavía algo húmedo.

La tensión entre ambos aumentó. Los ojos de él, inundados de una pasión cegadora, se negaban a apartarse.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella molesta.

—Porque te quiero.

—Tu amor es la cruz de mi vida —dijo ella con amargura.

—¿Iba en serio cuando has dicho que olvidarías a Ethan y a Hansel si yo intentaba por todos los medios ser un hombre mejor por ti?

—¿Eres capaz de ser mejor? ¿O me estás dando falsas esperanzas de nuevo?

—No respondas a mis preguntas con preguntas, Evie —dijo él severo. Tenía la mandíbula apretada.

Evelyn suspiró.

«No puedes luchar contra el fuego con fuego a no ser que seas ignífuga —pensó—. Estúpido vampiro con sus estúpidos poderes...».

—Sí, pero mi fe en ti es prácticamente inexistente en estos momentos.

Sonrió y la besó en la frente. Luego volvió la mirada hacia los paneles de cristal de la puerta del balcón. El edificio de la luz púrpura se apreciaba en la distancia, desafiante.

«Depende de ti ahora, Evelyn. No me decepciones».

Ella exhaló con fuerza y luego se volvió, de modo que su cuerpo quedó frente al de Atticus. Cerró los ojos, le echó las manos al cuello y lo acercó hacia sí para darle un beso inesperado.

No era un beso apasionado ni de amor. Sólo era un beso, sus labios contra los de él. Aun así, lo había tomado desprevenido.

Había conseguido sorprender al hombre que lo sabía todo, al hombre que iba siempre cientos de pasos por delante en el juego, al hombre que tenía todas las cartas.

Ese beso sencillo y mundano fue como la chispa que enciende una pira llena de dinamita. Atticus reaccionó al instante, la tomó por la nuca y convirtió el beso en algo mucho más sexual. Ella abrió la boca dejando que la desesperada lengua de él la explorara. Las lenguas de ambos se acariciaron y Evelyn le succionó los labios con dulzura, haciéndolo gemir.

Notó su erección a través de sus calzoncillos. Se extendía hacia ella como una rama, y ella era la gravedad, atrayéndola hacia sí.

«Esto es lo que quiere, esto es lo que tienes que hacer para salvar a la gente que amas, para apartarlos de la zona de peligro», se recordó antes de alargar la mano para tocar su miembro.

El beso había sido inesperado, pero que Evelyn por propia voluntad intentara excitarlo estaba fuera de toda consideración.

Con un gruñido, Atticus la apartó, sabiendo que algún día se arrepentiría de ello, pero antes había accedido a su petición de una noche sin sexo y quería cumplir su promesa.

—Pensaba que habías dicho que no querías sexo esta noche, que deseabas que te demostrara que siento algo más por ti que deseo carnal y lascivia, ¿no? —preguntó con voz ronca y la respiración irregular.

«Pero, Atticus, ¿qué carajos haces? ¡Se te está ofreciendo en charola de plata! ¿No quieres sentir su piel rodeando tu miembro? ¿No quieres oírla jadear cuando se venga? ¡Serás imbécil!».

—Pensaba que era esto lo que querías..., que mis actos determinaran tu decisión. Como ya hemos acabado de hablar, pensaba que preferirías pasar a la acción... —dijo Evelyn con unos ojos como platos a causa de la sorpresa.

—¿De verdad crees que todo lo que quiero de ti es sexo? —preguntó Atticus ofendido porque ella pensara que él era tan superficial.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tú eres tú y, cuando estamos juntos, cuatro de cada cinco veces acabas por hacer algo sexual.

—Por una vez que decido ser bueno, vas tú y me tientas... Buenas noches, Evelyn —dijo él riendo, y se tumbó acomodándose en la cama—. Acuéstate aquí conmigo. Todo cuanto quiero esta noche es abrazarte. Estoy cumpliendo con tu petición de pasar una noche de *celibato*.

La boca de la chica se abrió de par en par.

—Creo que será mejor que llamemos a un médico. Deberíamos asegurarnos de que no sufres un trastorno bipolar o algo por el estilo... Después de todo lo que me has dicho, ¿no piensas ponerme la mano encima? ¿Todo el tiempo tenías en mente no tocarme? Y ¿por qué me has amenazado y me has hecho creer que me ibas a atacar?

—Porque quería hacerlo, iba a hacerlo... —murmuró él—. Ahora tumbate, necesitas dormir. Yo debo irme dentro de un par de horas, cuestiones militares, pero tengo un chófer reservado para ti, para que puedas salir a explorar Utopía por tu cuenta mañana. Para que no te quejes de que no te doy suficiente libertad.

—¿Me vas a dejar explorar la ciudad sola?

—Sí, y sin guardaespaldas. No me decepciones, ¿de acuerdo?

Por una fracción de segundo, los ojos de Evelyn se posaron en las luces púrpuras visibles en la distancia.

«Hansel...».

Utopía, edificio de apartamentos Royal Lilac

—¿Ya has vuelto, Samuel? ¿Tan pronto? —dijo un joven humano de pelo rubio oscuro, apoyado en una mesa llena de fotos, informes, listas de códigos y otros papeles iluminados por las luces fluorescentes del techo—. ¿Alguna pista sobre el paradero de Kainsius?

—No.

—¿Se te ha ocurrido dónde podría estar? —preguntó de nuevo el humano mientras su asociado vampiro se apresuraba desde la puerta hacia la mesa junto a la que se hallaba.

—No.

—¿Por qué no, Samuel?

—Cierra el pico —gruñó el vampiro mientras se dirigía hacia el tablero de cristal del otro extremo de la sala y tachaba varias opciones.

—¿Crees que simplemente está siendo Kainsius? A lo mejor está en Bora-Bora, entre las piernas de alguna rubia. No es tan raro en él desaparecer del mapa, como tú mismo has dicho.

—Esta vez es diferente, Aspen —replicó Samuel, el vampiro.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Es mi creador, puedo notar ese tipo de cosas.

—Entonces ¿por qué no utilizas el vínculo que los une para encontrarlo?

—Ese vínculo no funciona como una línea telefónica; es unidireccional: él puede encontrarme a mí, pero yo a él, no.

—Si está metido en algún lío, entonces te encontrará, así que para de comportarte como si lo hubieran secuestrado. —Aspen puso los ojos en blanco—. A lo mejor se ha ido a Australia a ver a su amiga..., ¿cómo se llamaba? ¿Venecia?

Samuel se volvió de pronto y lo miró con dureza.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hables de Australia ni de lady Venecia? Eres humano, se supone que no sabes nada de todo eso.

—¿Para qué me lo has contado entonces?

—Porque no parabas de preguntar...

Aspen rio.

—Kainsius siempre ha alabado mi perseverancia.

—Pues eres muy molesto.

—A ti siempre te parece que todo el mundo es molesto, Lu-Lu —lo provocó Aspen riendo, mientras su amigo seguía mirándolo con el ceño fruncido—. Si tanto te molesta que sea humano y sepa cosas sobre Australia y sobre Venecia, ¿por qué no me conviertes en vampiro?

—No puedo, morirías.

—Pero Kainsius te convirtió a ti, y su sangre es la más cercana a Atticus, como es biológicamente posible, ¿no?

—Kainsius no es vampiro al cien por cien, su sangre no es de fiar, y la mía tampoco.

—Pero te convirtió igualmente...

—Tuvo que hacerlo, estaba a punto de morir.

Aspen puso de nuevo los ojos en blanco.

—¿Cuánto crees que tardaremos en dar con él?

—Lo que tardemos.

—¡Pero si a lo mejor no le pasa nada!

—No voy a correr el riesgo. Es mi creador, y mi propósito en esta vida es protegerlo.

Aspen suspiró.

—Y ¿no podemos pedir comida china al menos? Me muero de hambre...

Samuel frunció el ceño otra vez.

—Ustedes, los humanos y sus estómagos...

Atticus cumplió su promesa.

Durante toda la noche, mantuvo sus manos alejadas de Evelyn. Bueno, no de forma literal, porque su torso estuvo todo el tiempo pegado a la espalda de la camisa de ella, su propia camisa, de hecho.

Se había quedado dormida en *sus* brazos, con *su* camisa puesta. Pensarlo lo hizo sonreír cuando se despertó temprano esa mañana. También estaba indescriptiblemente orgulloso de sí mismo, y muy sorprendido al mismo tiempo, de haber podido pasar la noche sin intentar nada, teniendo el cuerpo de ella tan cerca y en una posición tan íntima. Pensó que era imposible que no acabara por sucumbir a la tentación, pero no lo hizo, y se sentía excepcionalmente bien por ello.

El sol asomaba por los perfiles de los rascacielos de Utopía cuando Atticus se deslizó entre las sábanas sin hacer ruido y se sentó al borde de la cama. Su sonrisa se agrandó aún más al echarle una mirada a Evelyn, que seguía durmiendo plácidamente.

Su ángel de cabello oscuro, a quien había abrazado toda la noche, dormido en su cama. Era la segunda noche seguida que se levantaba con ella entre sus brazos. Aunque debía admitir que prefería cómo se habían levantado la mañana anterior, sin ningún tipo de material separando sus cuerpos, con su piel desnuda brillando a la luz del amanecer.

«Me ha pedido una noche sin sexo y eso es lo que le he dado», pensó sorprendido y satisfecho de sí mismo.

Había creído que la tentación sería demasiado difícil de evitar. Había pensado que la noche le resultaría insoportable y dolorosa, pero no lo había sido. Había transcurrido de forma pacífica y relajada, incluso placentera. Y todo porque la había estrechado entre sus brazos.

Disfrutaba durmiendo abrazado a Evelyn más de lo que había anticipado, y haberlo hecho dos veces seguidas le preocupaba por si después no conseguía acostumbrarse de nuevo a la inmensidad de su gran cama vacía. Normalmente

no dejaba que sus fulanas se quedaran en su habitación tras una sesión de sexo, y mucho menos a dormir.

Pero Evelyn era diferente.

Miró el despertador: las 6:12.

Era hora de irse. Tenía que revisar con Jonah los últimos informes de defensa, aunque en realidad no eran tan urgentes. Nunca nada sería tan urgente como para que tuviera que apartarse del lado de Evelyn y dejarla aventurarse sola en una ciudad peligrosa que no conocía...

Salió de la habitación y, como había pedido, en la mesa junto a la entrada vio que habían dejado una cajita rectangular envuelta en exuberante papel negro y dorado, con un bloc y un bolígrafo con tinta dorada junto a ella.

Tomó el bolígrafo y empezó a escribir en letra elegante.

Mi querida Evie:

Pásalo bien hoy en Utopía. Cuando te levantes, verás una cajita en la cama, debajo de esta carta. Deberías encontrarla sin problemas, y, si no la encuentras, sí que tendremos un problema... Verás que dentro hay un regalo para ti (no, no es el corazón de ningún ser querido, no temas), y junto a éste hay una tarjeta de crédito de color negro. El crédito es ilimitado. Cómprate cualquier cosa que quieras, come donde quieras, haz lo que quieras. Hay un chófer en la puerta esperándote para llevarte a la ciudad, adonde quieras ir.

No tengo ningún problema con que te diviertas, sólo recuerda que Utopía es una ciudad peligrosa y nada segura para los humanos. Sé que quieres experimentar algo de libertad, pero tu seguridad es muy importante para mí. Hay guardias abajo que te acompañarán si así lo deseas, y sugiero que se los pidas.

No quiero que te pase nada, pero si prefieres que no vayan contigo, lo entenderé. Siempre dices que debería darte más libertad, pues aquí la tienes. No me decepciones.

Todo cuanto te pido es que te quedes en el centro de Utopía. No salgas de él y no hagas nada que yo no aprobaría.

Cuídate y disfruta de tu día, mi amor. Si necesitas más tiempo o simplemente deseas ampliar tu estancia, podemos hablarlo.

Te quiero, y espero con impaciencia el día en que tú puedas decirme también esas dos palabras con sinceridad.

No había firmado la nota. No lo necesitaba.

Evelyn sabía que era suya. Atticus decapitaría a cualquiera que se atreviera a enviarle una carta de amor. No, lo torturaría hasta que estuviera a las puertas de la muerte mil veces o más y después pondría fin a su desafortunada vida con una decapitación. Y luego usaría su cabeza para jugar al fútbol o algo por el estilo.

Evelyn sostenía el papel rígido y refinado de color marfil decorado con la elegante escritura de Atticus. No pudo evitar notar una punzada de miedo al leerlo. La noche anterior le había dicho que podría explorar la ciudad sin guardias pisándole los talones, pero se había dormido pensando que era otra de sus promesas vacías, como cuando le había prometido que cambiaría por ella, que quería ser un hombre mejor, pero las había incumplido una por una.

No era que la joven no quisiera confiar en él, era sólo que, después de tantas falsas esperanzas, sus palabras habían perdido toda credibilidad.

«Utopía...», pensó, la ciudad que nunca dormía, la ciudad de la aventura. Utopía era legendaria. Era la capital de los vampiros. Un lugar al que los humanos tenían acceso restringido y sólo se les permitía entrar con un salvoconducto aprobado por las autoridades.

La idea de estar entre millones de vampiros no le hacía mucha ilusión, pero debía reconocer que ser libre de hacer lo que quisiera, aunque fuera sólo por un día, en un lugar con tantas atracciones como Utopía la excitaba un poco.

En realidad, bastante más que un poco.

El corazón le latía tan deprisa que se sintió sin aliento, como si no tuviera suficiente oxígeno en los pulmones para transportar sus galopantes glóbulos rojos.

«Bien, Atticus, si estás buscando formas de resarcirte, esta dosis extra de libertad y confianza en mí es un paso en la dirección adecuada», pensó al leer su carta.

No podía creerlo, ¡estaba cumpliendo una de sus promesas! Iba a dejarla salir sola y hacer lo que quisiera, e incluso la dejaría quedarse algún día más si lo deseaba. No recordaba la última vez que le había concedido tanto poder, tanto control, y la idea de no tener que seguir sus órdenes y pasar cada segundo preocupada por lo que le haría, teniendo que mesurar sus palabras, la hacía muy feliz.

Sin embargo, esa felicidad se desvaneció tan pronto notó una oleada de miedo. Miró la cajita envuelta con manos expertas, esperando a ser abierta.

«Es Atticus —se recordó—. Es un hombre de negocios. No hace cosas por los demás por pura bondad. Siempre actúa esperando recibir algo a cambio. —

Miró de nuevo la carta y la cajita—. ¿Qué precio deberé pagar por este día de libertad? ¿Qué ganará él con esto?».

«¿Tu felicidad?», apuntó su conciencia esperanzada. Pero Evelyn negó con la cabeza. «Por mucho que proclame que mi felicidad es muy importante para él, no lo dice en serio. La suya será siempre más importante. No me dejaría hacer algo tan arriesgado y nada beneficioso para él si no consiguiera nada a cambio... No, debo confiar en él. Me ha prometido que intentaría cambiar y debo concederle el beneficio de la duda», pensó.

«¿Cuántas veces le has concedido el beneficio de la duda y te ha decepcionado? Es el demonio. Es incapaz de cambiar», insistió la terca voz de su conciencia.

«Todo el mundo es capaz de cambiar».

«¿Y las cosas horribles que te ha hecho? Es egoísta, no haría esto si no fuera a conseguir algo a cambio».

«Pero...».

«Él...».

«No, debo tener fe...».

«Tener fe en Atticus es como confiar en que un tiburón no te morderá, aunque estés cubierta de sangre».

Apoyó la frente en las manos, frustrada y confusa. Cientos de pensamientos cruzaban por su cabeza, todos ellos defendiendo un punto de vista válido, todos contradiciéndose, haciendo que se sintiera dividida. No sabía qué pensar, a qué hacer caso... Su corazón rezaba desesperado porque Atticus hiciera eso por pura bondad y porque su tiempo en Utopía fuera el primer paso hacia algo tan ideal que parecía casi imposible.

Pero, mientras su corazón abogaba por la redención de Atticus, su mente le decía lo contrario. Le avisaba que debía de estar tramando algo, algo que ella no veía, cegada como estaba en su voluntad de tener fe en él. Se avecinaba una gran tormenta, y su cabeza prácticamente le estaba gritando que por culpa de su inocencia iba a calarse hasta los huesos.

«¿Tiene o no tiene un motivo para dejarme vagar por Utopía? —se preguntó. Sinceramente, no conocía la respuesta—. Ojalá pudiera meterme en su cabeza y leer sus pensamientos, aunque fuera por un día. ¡Aprendería tanto sobre él! A lo mejor si supiera la mitad de lo que él sabe no me sentiría tan desamparada e impotente en este juego de ajedrez».

Suspiró y miró la cajita que tenía al lado.

«Sería divertido intentar dejar su cuenta bancaria sin fondos... Me pregunto si

podría llevar a la bancarrota al hombre más rico del mundo, ¿sería todo un logro! Sería una de las pocas formas en las que podría vengarme. Ya que no puedo herirlo físicamente, ¿por qué no asestar unos cuantos golpes a sus finanzas?».

«Sí, claro, seguro que el rey del mundo se daría cuenta de que le faltan unos cuantos cientos de miles de dólares —rechistó su conciencia sarcástica—. ¿Es ésta la peor venganza que se te ocurre? ¿No podrías pensar en algo un poco más despiadado?».

«¿Como qué? ¿Darle un puñetazo en la cara? Será mejor que te calles y te vuelvas a dormir, es demasiado temprano».

Evelyn tomó la cajita. Le sorprendió lo pesada que era, teniendo en cuenta de que sólo contenía una tarjeta de crédito, pero luego se acordó de que él le había dicho que había un regalo también. Llena de curiosidad, empezó a desenvolver el elegante papel negro y dorado. Se sintió culpable de deshacer algo tan bonito; le parecía que estaba arruinando algo precioso y elaborado con mimo, pero su corazón la apremiaba a hacerlo.

Cuando quitó la última capa de papel y apareció el contenido de la caja forrada de ante negro, frunció el ceño. La palabra *Ares* estaba grabada en el ante en oro líquido solidificado.

«Ares, el nombre del dios griego de la guerra —pensó mientras retiraba la pesada tapa. Notó que en su interior se movían lo que le parecieron pequeños objetos rodantes—. ¿Qué hay aquí dentro?».

Evelyn frunció el ceño un momento, desconcertada por lo que podían ser esos objetos rodantes.

Estaba acostumbrada a que Atticus fuera impredecible. Si sus cambios de humor tomaran la forma de un caballo, ni el máspreciado de sus sementales, *Sombra*, podría seguir su ritmo. No obstante, pese a la costumbre, no estaba preparada para lo que la oscura caja contenía.

Dejó escapar un grito ahogado al levantar la tapa.

Sobre el regalo estaba la tarjeta de crédito negra, pero no era eso lo que la había hecho quedarse muda.

Se había preparado mentalmente para recibir un reloj, un collar, unos pendientes, anillos, cualquier tipo de joyería, pero no para eso.

Dentro de la caja había una pistola negra, elegante y resplandeciente, con grabados en oro que recordaban a las figuras descritas por un viento imparable. El arma era sorprendentemente hermosa, tanto que cortaba la respiración.

Le recordó a Atticus: oscura, peligrosa, encantadora, atractiva y deslumbrante más allá de lo imaginable, pero, al mismo tiempo, letal y capaz de poner fin a una vida inocente sin dudarlo.

Los dedos de Evelyn temblaron al sacarla de la caja. Notó tensarse todos los músculos de su cuerpo, y su corazón siguió latiendo a una velocidad casi sobrehumana, pero esta vez no de alegría, sino de miedo.

«Una pistola... ¿Por qué demonios me ha regalado una pistola?».

Dejó la pesada arma en su regazo y acarició el cañón. Lo notó robusto y frío contra su piel desnuda. Volvió a mirar la caja.

Ninguna nota.

Ninguna instrucción.

Ninguna explicación.

La única palabra que vio fue *Balas*, escrita en el centro de la tapa. Tardó unos segundos en percibir los casi invisibles bordes del rectángulo que rodeaba la palabra y la pequeña ranura en la parte superior.

Metió la uña y, sorprendentemente, ésta se levantó, revelando un compartimento secreto en el que había media docena de brillantes balas. Evelyn notó un nudo en el estómago.

Una pistola y balas. Todo lo necesario para poner fin a una vida estaba allí, en su regazo. Jamás había estado tan cerca de algo que pudiera matar en una fracción de segundo.

Las armas les estaban estrictamente prohibidas a los humanos, era ilegal que las tuvieran, y estaba penado con la muerte. Evelyn dudó de que la arrestaran si llevaba encima un arma que el mismísimo rey le había regalado, pero la idea de estar cerca de un objeto tan siniestro la hizo dar un respingo.

Estaba asustada.

«¿Por qué? ¿Por qué me ha dado una pistola? ¿No le preocupa que intente matarlo mientras duerme?», se preguntó.

«Nena, es Atticus Lamia. —Su conciencia volvía al ataque—. Dudo que, por muy bonitas que sean el arma y las balas, consiguieran hacerle ni un rasguño. Es el rey de los vampiros. ¿Qué te ha hecho pensar que se puede matar a una criatura así? Si es un semidiós... Y, aunque hubiera una forma de hacerlo, ¿por qué te la iba a brindar en charola de plata? Tenemos que informarnos un poco más, somos unas ignorantes».

Evelyn gruñó.

—¿Para qué demonios me has regalado una pistola, Atticus? ¿Quieres entrenarme como a uno de tus asesinos o qué? —exclamó—. Porque, si es así, te digo que seguro que se me dará fatal...

No obstante, asustada como estaba, no pudo evitar sentirse también peculiarmente viva al poseer algo tan peligroso. Miró las fascinantes y relucientes balas del interior de la caja y otras dos que habían aterrizado junto a su pierna, sobre la cama.

Pensó en la noche del incidente del motel, cuando se quedó largo rato bajo aquel baño de agua hirviendo, dejando que este levantara ampollas en su piel, quemándola viva. Ese día había deseado morir. Morir de verdad.

Y, ahora que tenía una pistola a mano, se percató de que finalmente podría hacer lo que había deseado hacer desde el anuncio de que el rey quería que se trasladara a vivir con él al palacio real, apartándola de todo cuanto conocía y de todos a los que quería. Su vida había acabado aquel día. Desde entonces, se había sentido aletargada, como falta de energía.

Llevaba tanto tiempo experimentando aquella desdicha, y ahora por fin podría poner fin a su miseria, acabar con todo y librarse de Atticus, del dolor, de

todo cuanto la atrapaba allí, en el mundo de los mortales, de las preocupaciones y del miedo.

Por fin sería libre, libre de todo.

Sus ojos seguían mirando las centelleantes balas, suplicando por ser introducidas en el tambor. Sin pensarlo, Evelyn tomó las seis y cargó la pistola. Con cada una que metía, el arma se volvía más y más pesada. La tomó con las dos manos y se le quedó mirando.

«Un regalo —pensó—. Atticus la ha llamado “regalo”. ¿Significa eso que quiere que use la pistola y me conceda a mí misma lo que he querido todo este tiempo? ¿Quiere decir que me deja ir? ¿Que me da mi libertad? ¿Que me ofrece ser libre?».

Con un dedo, acarició las bellas incrustaciones doradas del arma cargada.

«Con apretar el gatillo una vez, estaría muerta. Escaparía de este mundo y ya no tendría que temer a Atticus, su violencia y sus tormentos. La muerte es mucho más tranquila que la vida. La vida está llena de dolor, de miseria, sufrimiento y todo tipo de cosas negativas. La vida es complicada, en cambio, ¿la muerte? La muerte es sencilla, pacífica y eterna. Por fin sería libre —pensó sin poder apartar los ojos de la gloriosa pistola que tenía entre las manos—. Ya no tendría que volver a sufrir más torturas, ni debería soportar ser responsable de las vidas de los demás, nunca más. La muerte sería tan placentera..., sería como el cielo, sería... sencillo. Muy sencillo».

«Pero la muerte es la salida fácil del cobarde —replicó la voz de su conciencia—. Por lo que sabes, sólo se vive una vez, ¿por qué malgastar la vida? ¿Por qué no exprimir todo su potencial y encararte a los problemas con la cabeza bien alta? Nacimos para morir en este mundo, no importa lo que hagamos, quiénes seamos, cómo de ricos...».

Evelyn la cortó en seco: «Si vas a decir que no importa lo que hagamos, quiénes seamos, cómo de ricos y poderosos hayamos acabado siendo y bla, bla, bla, da igual, porque todos morimos al final, déjame que te recuerde que hay una excepción a esa regla: se llama Atticus».

«¿Podrías dejar de ser tan sabelotodo? Atticus es uno de los no sé cuántos miles de millones de seres del mundo que pueden ser una excepción a esa regla. Y, por poderoso que sea, no olvides que todos tenemos un talón de Aquiles, y él seguro que tiene algún punto débil también, nadie es completamente inmortal».

Evelyn puso los ojos en blanco al pensarlo. Realmente creía que era imposible que Atticus muriera. Había sobrevivido más de tres mil años después de todo, durante los cuales seguro que se había ganado un montón de enemigos.

Fuera lo que fuera lo que podía matar a Atticus, debía de estar ahí fuera, pero al mismo tiempo tenía que ser algo muy raro y especial, o, de lo contrario, alguien ya lo habría utilizado contra él.

Pensó en el mundo antes de la hegemonía vampírica, cuando humanos y vampiros estaban en guerra, antes de que Atticus hubiera oprimido al noventa por ciento de su raza. Los gobiernos humanos debían de ser muy fuertes, debieron de intentar eliminar a Atticus y, al final, se dieron cuenta de que no podían matarlo. Aun así, era imposible que alguien saliera indemne ante el ataque de todos los elementos presentes en el universo.

Debía de haber algo que hiciera a Atticus vulnerable, algo que lo asustara. Evelyn recordó entonces que la noche anterior él se había ofrecido a contarle cómo era posible matarlo. Aunque al final habían cambiado de tema y se había quedado sin saberlo, ¿no era demasiada coincidencia que hubieran estado hablando de ello y que esa mañana le hubiera hecho un regalo tan extravagante a la par que mortífero?

Los ojos azules de la chica casi se le salieron de las órbitas.

—No, no puede ser... —Ansiosa, levantó la pistola a la altura de su pecho y la examinó con atención. Con las uñas, resiguió cada pequeño contorno y recoveco—. Sea lo que sea lo que pueda matarlo, tiene que ser muy antiguo —se dijo—. De unos tres mil años.

Su corazón empezó a desbocarse al inspeccionar el arma con detenimiento, dispuesta a descubrir cualquier rasgo que pudiera darle una pista de la edad de la misma. Aunque estaba hecha con gran maestría y parecía lisa y perfecta, Evelyn tenía esperanzas de encontrar algo. Le pareció que era un buen punto de partida, al menos.

Su mente no paraba de elaborar teorías, a cuál más loca, y cuando ya estaba convencidísima de que Atticus le había dado la única arma capaz de matarlo, lo vio: «*Made in Italy*».

Al leer las tres palabras impresas en la base de la empuñadura fue como si un muro de ladrillo se hubiera derrumbado de repente ante sus narices. Su corazón desbocado y sus esperanzas desmesuradas se precipitaron contra ese muro.

La adrenalina la abandonó.

«A lo mejor el rey del mundo teme las pistolas italianas...», se dijo, en broma, antes de volver a dejarla sobre su regazo.

Se preguntó si no debería tomarla, llevársela a la sien y apretar el gatillo para usar el regalo que Atticus le había hecho para lo único que sabía que él no aprobaría.

Si se matara con su regalo, como Mira había hecho al estrangularse con el collar que él le había regalado, ¿afectaría a Atticus de forma drástica? ¿Funcionaría como un jarro de agua fría que lo hiciera ver que para querer a alguien no debías poseerlo, que el amor tenía que ver con apreciar y con dar, más que con poseer y con tomar?

Le pareció que, en realidad y en el fondo, él ya lo sabía. Sabía que lo que hacía estaba mal, pero no conseguía cambiar porque no acababa de superar el dolor que había sentido al perder a Mira.

Una pequeña parte de su corazón sentía cierta simpatía y pena por él, aunque a la mayor parte ya todo le daba igual.

—Lo ha causado todo él solito. Estoy aquí por su culpa. ¿Por qué debería sentirme culpable por sus errores? ¿Por qué debería permitirle que abuse de mí y luego dejar que se comporte como si él fuera la víctima?

Evelyn gruñó de nuevo, frustrada, y se tapó la cara con las manos. El arma seguía en su regazo, fría y pesada.

Sabía que no lo haría, que no podía hacerlo. Sólo unos meses antes había deseado con todas sus fuerzas poner fin a su vida. Se acordó del día que había decidido arrojararse por el precipicio, el día que conoció a Hansel. Ese día quiso morir, saltar al vacío. Creyó que no se arrepentiría, pero se equivocaba.

Había comenzado a tener dudas cuando no llevaba ni un cuarto del camino recorrido en su caída libre, cuando había empezado a pensar que, por mucho que deseara tomar una salida fácil y rápida, también deseaba seguir viva, seguir adelante.

Era cierto, sólo se vivía una vez, y no tenía ni idea de lo que el futuro le deparaba. Tenía dieciocho años, era tan joven..., casi una niña. Le quedaban varias décadas de su vida humana por vivir. Mucho podía suceder en aquellos años, y, sí, todo el mundo moría al final, pero Evelyn no quería acortar su vida por culpa de Atticus. No quería concederle ese poder. Quería demostrarse a sí misma que era fuerte.

Sabía que tenía el potencial para hacer algo grande, para cambiar el mundo, y, por pequeña que fuera la posibilidad de conseguirlo, no era imposible.

Se preguntó si finalmente lograría cambiar a Atticus para mejor y liberar a la raza humana. ¿Cómo de milagroso sería eso? Cambiaría la vida de millones de personas. ¡Haría historia!

«El futuro del mundo es más importante que tu dolor —se dijo—. Tienes que seguir adelante, no puedes escaparte como una cobarde. No importa lo difícil que te parezca tu vida, tienes que continuar. Nunca se sabe lo que el futuro puede

depararnos. Puede que algún día vuelvas a ver a Ethan. A lo mejor en el futuro pueden ser felices juntos».

Levantó la vista y miró el edificio rodeado de luz púrpura. Atticus había dicho que Hansel estaba allí. Las luces no se veían ni la mitad de brillantes que durante la noche, pero su color lila en una ciudad mayoritariamente negra, blanca y gris resultaba muy estimulante.

«Atticus dijo que hoy podía hacer lo que quisiera...».

«No lo hagas —intervino la voz de su conciencia—. Dijo que podías hacer cualquier cosa que quisieras, pero también que no hicieras nada que él no aprobaría. ¿Es que crees que quiere que vayas a ver a Hansel? ¿De verdad piensas que Atticus, con su historial de celos, te permitiría algo así? ¡Piénsalo bien! Tanto tú como Hansel acabarán pagando un precio muy alto por ello...».

A Evelyn le pareció que hacía meses, o incluso años, desde la última vez que había visto a Hansel.

Su corazón se aceleró.

«Atticus dijo que Hansel estaba allí, pero ¿será cierto?».

¿Escuchar al corazón o a la cabeza? Es una vieja pregunta que la humanidad se ha estado haciendo desde el principio de nuestra civilización.

Una pregunta sin una única y legítima respuesta correcta. ¿Por qué? Porque los humanos son humanos.

Los humanos son incapaces de predecir lo que no ha sucedido, y el curso del futuro está en manos del destino y de la voluntad del universo. La raza humana es un fragmento incompetente que existe en un ingente volumen de la creación.

Las posibilidades de saber si será nuestra cabeza o nuestro corazón el que tome la decisión correcta, la decisión que más nos beneficiaría, son del cincuenta por ciento. No importa con cuánto cuidado analicemos una situación, habrá incontables factores externos que deberemos incluir si queremos predecir con exactitud absoluta el futuro... Y eso es algo que los humanos son capaces de hacer.

Un dije de oro macizo. Un círculo dorado perfecto con las letras AL en su interior, las iniciales de Atticus Lamia, aunque colgado de una delgada cadena de oro, parecía muy pesado alrededor del cuello de Evelyn.

Le caía en el centro del pecho, al mismo nivel que su corazón, justo sobre el busto. El metal precioso contrastaba con su piel blanca como el marfil de temperatura inusualmente fría. Evelyn se sentía como si la hubieran marcado o etiquetado. Las letras AL eran una especie de advertencia para avisar a todo el mundo de que ella era propiedad del rey y nadie podía tocarla ni hablarle, a no ser que esa persona quisiera morir.

Se sentía como una mercancía: el dije la hacía sentirse como un objeto material. Al principio quiso rebelarse contra ello, tirar el collar lo más lejos que pudiera, pero no lo hizo.

La joya era la forma que tenía Atticus de decirle que seguía siendo de su propiedad y que ello debía ser tenido en cuenta durante cada uno de sus movimientos ese día. Era un objeto para recordarle que fuera cauta, para advertirle de que, si deseaba escapar de nuevo, él la atraparía. Puede que él le

estuviera dando una oportunidad para saborear la libertad, pero seguía siendo Atticus Lamia, y no era un hombre que se diera por vencido fácilmente.

Bajó la vista al dije mientras el elegante vehículo negro corría. «AL... —Puso los ojos en blanco al pensarlo—. Aunque la mona se vista de seda...», se recordó.

Cuando el recepcionista del hotel Shangri-La le había dado el collar esa mañana, Evelyn no montó ninguna escena ni luchó desesperadamente por preservar su dignidad o salvaguardar su orgullo. Aunque no la hacía muy feliz tener que llevar algo que haría creer a todo el mundo que era la puta del rey, lo tomó y se lo colocó alrededor del cuello sin rechistar.

«Está mejorando —se había dicho a sí misma—. Ambos prometimos cambiar e intentar hacer que las cosas funcionen. Por el bien de la humanidad y el futuro de incontables vidas aún no nacidas, soy un insignificante sacrificio para su mejora. Él lo está intentando y yo debo hacer lo mismo».

Poco a poco, Evelyn iba convenciéndose a sí misma de que debía aceptar su destino, y estaba funcionando. Casi había perdido toda esperanza de poder escapar de Atticus, y sabía que, a no ser que éste decidiera liberarla, nunca lo conseguiría por sí misma. Por eso intentaba hacer de tripas corazón y utilizar su posición para mejorar el futuro de su gente. Todo un acto de valentía, aunque la valentía no siempre era eficaz.

Respiró hondo y apoyó la cabeza contra la fría superficie de la ventanilla del coche. Todo el trayecto se hizo en el más absoluto silencio. El conductor le había preguntado al principio si quería escuchar música, pero su mente era un caos tan grande que no podía soportar la idea de añadir más ruido todavía.

«Señorita, ¿seguro que no desea que la acompañe ningún guardia en el día de hoy? —La pregunta del recepcionista seguía retumbando en su cabeza, cada palabra alta y clara como una alarma estridente—. No sería mala idea contar con protección al adentrarse en una ciudad como Utopía. Al fin y al cabo, es el crisol de los ricos y poderosos. Los guardias podrían evitar que se metiera en problemas o que hiciera algo que podría acabar lamentando, señorita Blackburn».

«Evitar que se metiera en problemas o que hiciera algo que podría acabar lamentando...», pensó Evelyn. Al repetir las palabras del recepcionista mentalmente, éstas le sonaron aún más amenazadoras que cuando las había pronunciado él.

Era como si hubiera querido advertirla de algún peligro. «¿Sería un mensaje de parte de Atticus?», pensó mientras intentaba adivinar si había algo más tras las palabras del recepcionista aparte de la simple motivación de no dejar que le

ocurriera nada malo ese día, porque, de suceder, seguro que Atticus buscaría a los responsables.

De pronto cayó en la cuenta de que los guardias no sólo resultarían útiles para protegerla y asegurarse de que no le pasaba nada malo, sino que también se asegurarían de que no hacía nada que a Atticus no le gustaría que hiciera. Como encontrar la torre de luces color púrpura, y quizá, sólo quizá, echar un vistazo por si Hansel se encontraba allí.

La tentación de ver al vampiro de pelo rizado iba aumentando a cada segundo que pasaba. Todo cuanto quería era verlo, puede que incluso decirle unas pocas palabras. Eso era todo.

No lo tocaría, no diría nada inapropiado. Lo único que quería era ver su cara unos instantes. Aun así, le pareció que no debía hacerlo. Le preocupaba lo que Atticus haría si se enteraba.

Evelyn no quería herir al rey. No obstante, su corazón le estaba ganando la batalla a su cabeza, y por eso había rechazado la oferta del recepcionista. Quería ir a ver a Hansel, pero hacerlo de un modo que no pusiera en peligro la vida de su amigo. Si los guardias la veían yendo a visitar a Hansel, seguro que se lo dirían a Atticus. Además, tampoco quería desaprovechar la primera oportunidad de vivir algo de libertad al ponerse bajo la mirada de los guardias del rey.

Aun así, a una parte de ella le habría gustado tener a un guardia allí para no tener que plantearse si era lo suficientemente fuerte como para resistirse a caer en la tentación. ¿Se habría equivocado al no dejar que los guardias la acompañaran? ¿Y si Atticus había querido que los llevara consigo? ¿Y si se enojaba al enterarse de que no lo había hecho?

«No —se dijo discutiendo consigo misma—. Ha sido él quien me ha dado la oportunidad de explorar Utopía y disfrutar de un día en libertad. Si hubiera querido que esos guardias me hicieran de cámara de seguridad para grabar todos mis movimientos, entonces me habría ordenado que los llevara conmigo. Se trata de Atticus, y si quiere algo no toma en consideración la opinión o el deseo de nadie más. Si quiere que algo suceda, hace que suceda; sea sin resistencia o por la fuerza, siempre consigue lo que quiere. Es Atticus».

«Pero ¿y si luego cambió de parecer? Su opinión cambia más deprisa que el tiempo, después de todo. Tal vez lo pensó mejor después de escribir la carta y dejó dicho en recepción que quería que adoptara algún tipo de precaución. A lo mejor el recepcionista me estaba comunicando sus órdenes...».

«Creo que le estoy dando demasiadas vueltas a esto...».

«¿Estás segura?», insistió la voz de su conciencia.

Evelyn dejó escapar un profundo suspiro y se tapó la cara con las manos.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó el conductor nervioso, desde su asiento—. ¿Necesita algo? ¿Se siente mal? ¿Ha decidido ya adónde quiere ir? Si no, ¿le gustaría que le recomendara algún lugar?

Al chófer, un vampiro, igual que al recepcionista del hotel, le daba miedo Evelyn, o, mejor dicho, le daba miedo Atticus y lo que haría si alguno de ellos se atrevía a hacerle algo malo a la joven.

—No, gracias, señor —respondió ella educadamente—. ¿Podría seguir conduciendo por la ciudad o dejarme en algún parque? Necesito pensar.

—Mejor seguiré conduciendo por la ciudad, si no le importa —respondió él con voz temblorosa—. Hay muchas atracciones que al rey le gustaría que conociera.

—Gracias —añadió ella sin apartar las manos de la cara.

Tenía muchas cosas en la cabeza, pero casi todas tenían que ver con un vampiro de pelo rizado y ojos verdes...

Hansel.

Hansel.

Hansel.

Necesitaba saber que estaba sano y salvo.

Hansel Alexander. El hombre que había sido su puntal durante tanto tiempo.

El único al que podía abrirle su corazón, el único con el que se sentía a gusto, el hombre que le había salvado la vida, y, a la vez, el leal protegido del monstruo que la tenía esclavizada porque estaba obsesionado con ella.

Evelyn nunca había visto a Hansel como un amante potencial. Siempre que pensaba en el amor, era Ethan quien le venía a la cabeza, con su cabello rubio oscuro, sus preciosos ojos verdes y su sonrisa cautivadora. Él era todo cuanto ella había querido desde que era una niña, su primer amor, y siempre pensó que el único. Era tan amable, tan paciente, tan comprensivo y dulce...

Le había enseñado tanto acerca del mundo... Sin él, ahora no sería la mujer en la que se había convertido. Pero ¿y si Ethan no era más que eso? ¿Un amor de la infancia? ¿Alguien que la había cautivado con su conocimiento y su corazón compasivo? En realidad, Ethan era tan... misterioso...

A menudo guardaba muchos secretos de los que no la hacía partícipe, lo sabía. Desde que se habían conocido, hacía muchos años, Evelyn sabía que él estaba destinado a grandes cosas, que acabaría siendo *alguien*. Lo admiraba con todo su corazón, pero ¿eran la admiración y el amor la misma cosa?

Todavía quería estar con él, cerca de él, oírlo hablar, escuchar sus

pensamientos y sus teorías, dejar que saciara su sed de conocimiento. Seguía enamorada de su carisma y de su aura, pero... no era Hansel.

Hansel era diferente. La hacía sonreír, la hacía sentirse segura, feliz, contenta, viva... Y la lista continuaba. No es que Ethan no hubiera sido capaz de hacerla sentir de todas esas maneras, pero Hansel lograba hacerle sentir las cosas con mayor intensidad.

Y, pese a que anteriormente no había sentido lo mismo por él, en ese momento, sentada en la parte de atrás de aquel vehículo, con todos aquellos pensamientos sobre Hansel inundando su mente, su corazón empezó a latir de un modo que nunca había creído posible.

Todo cuanto quería era estar cerca de él, tocarlo, verlo...

Jamás había sentido un dolor igual quemándole el pecho de ese modo.

Necesitaba ver a Hansel. Tenía que verlo.

Evelyn no estaba segura del motivo por el que no podía apartarlo de su cabeza, pero allí estaba, y no podía hacer nada por evitarlo en ese momento.

«¡Para! —se ordenó mentalmente—. ¡Para, para, para, para! ¡No puedes hacer esto! ¡No puedes! No pongas a Hansel en peligro. Si de verdad lo quieres, debes dejarlo ir. No le vas a causar nada más que...».

De repente, su mente frenó en seco al darse cuenta de lo que había pensado hacía unos instantes: «Si de verdad lo quieres...».

«Hansel...

»¿Lo quiero?

»¿Quiero a Hansel?

»No, por favor, Dios... No..., no puedo..., no, por favor, no, no, no... ¡No puedo!».

Palacio real

Ethan y Aaran estaban sentados el uno al lado del otro, esposados y atados a unas sillas de metal individuales. Una larga mesa rectangular separaba a los dos primos de un robusto vampiro con los brazos el doble de anchos que los de ambos. Llevaba un uniforme rojo y negro, los colores de la guardia real.

La estancia era sombría, con cuatro paredes grises que ascendían orgullosas hasta el alto techo de hormigón. En la pared más cercana a Ethan había un espejo de cristales oscuros que la recorría de punta a punta. Sabían que en realidad se trataba de un cristal desde el que seguramente Atticus, Jonah y cualquiera de sus secuaces observaban con atención a los Redfern.

Ethan sonrió con suficiencia cuando el musculoso vampiro empezó a hablar para explicarles a ambos el reglamento. Miró a su compañero de batallas desde que ambos habían aprendido a andar, al tiempo que su primo lo miraba a él, devolviéndole la sonrisa.

Como Ethan había predicho, el guardia había empezado a explicarles en qué consistiría su deber como guardias reales, lo que deberían hacer y lo que no, sus necesidades y aquello que tenían prohibido. El vampiro hablaba enfatizando las palabras y advirtiéndoles de que jamás debían dirigirse a sus superiores a no ser que éstos se dirigieran a ellos primero; nunca debían tocar nada que fuera propiedad del rey ni acostarse con sus mujeres... Bueno, con *su* mujer. Ethan y Aaran sabían que a Atticus le daría absolutamente igual si los atrapaba con alguna de las doncellas.

De hecho, seguramente estaría encantado de pescar a Ethan manteniendo relaciones con cualquier otra mujer y utilizarlo como una forma de alejarlo de Evelyn.

Además, los primos sabían que esas reglas se aplicaban principalmente a Ethan. Éste se preguntaba lo que haría Atticus si en algún momento Aaran y Alice se encontraban solos en una habitación. Ella ya estaba embarazada de él, y

si el rey había mantenido este hecho en secreto y no se lo había contado a Marcus, seguro que no le molestaría que intercambiaran un par de besos, ¿no?

«Podría hacer un montón de cosas para mantener ocupados a Atticus y a sus secuaces mientras Aaran y Alice comparten unos breves instantes de intimidad —se dijo—. Valdría la pena. No debería ser nada demasiado osado, nada que pusiera a Eve en peligro, sólo algo sospechoso que pusiera en alerta a todos esos chupasangres».

—¿Podemos saltarnos toda esa mierda e ir al grano? —preguntó Aaran después de que el guardia empezara a explicarles los castigos que sufrirían si se saltaban las normas. Miró en dirección al espejo—. Jonah, sé que estás ahí, te huelo desde aquí —miró al vampiro que tenía delante—, ¿por qué no acabamos con esto y vienes tú a hablar con nosotros directamente? No nos degrades a Ethan y a mí haciéndonos tener que soportar la presencia de este imbécil despreciable e insignificante.

El vampiro que tenían sentado enfrente se levantó de la silla de inmediato con la cara colorada y los músculos en tensión.

Ethan puso los ojos en blanco, aburrido, y se preparó para oír una retahíla de amenazas e insultos que tenían que ver con los hombres lobo. Comprobó sus cadenas. No le costaría mucho romperlas si se desatara una pelea, así que supuso que a Aaran tampoco le resultaría complicado hacerlo. Aunque Ethan quería poner sus poderes en práctica, no podía hacerlo todavía. Tenía que fingir que seguía siendo un humano cualquiera, por el bien de Evelyn y del plan de Venecia.

O, al menos, creía que Venecia tenía un plan. De lo contrario, ¿por qué le había concedido aquellos poderes tan espectaculares, si no era para enfrentarse a Atticus?

Por suerte, el mastodonte que tenían delante se abalanzó sobre Aaran. De pronto, se oyó una risotada oscura y gutural y Jonah apareció en la sala, aplaudiendo y riendo.

—Aaran Redfern, muchacho, te llaman el Lobo Verdadero, ¿no? —le preguntó al entrar totalmente solo en la sala. A continuación, con un gesto, le indicó al guardia que saliera—. ¿Te llaman así porque eres tan valiente como un lobo de verdad?

El guardia se alejó con un gesto de insatisfacción y salió por la puerta. Era raro ver a alguien del tamaño de Jonah, de altura media, dar órdenes a una criatura tan monstruosa. A Ethan le pareció que debía de medir casi dos metros y medio. ¿Podría vencer a una cosa así? Sabía que sí, y sin ayuda.

—Me llaman el Lobo Verdadero porque soy tan mortífero como un lobo de verdad —respondió Aaran con los ojos ardiéndole de odio al ver a Jonah Lamia.

Los caminos de ambos ya se habían cruzado en muchas ocasiones, y Aaran nunca había conocido a nadie tan rápido, tan imposible de derribar o de herir.

Jonah sonrió como si tal cosa antes de sentarse en la silla que había ocupado el guardia que acababa de irse. Se acomodó en la misma y apoyó los pies sobre la mesa, poniéndose cómodo.

—Vamos —dijo—, pregúntenme lo que quieran. Ardo en deseos de satisfacer la curiosidad de sus estúpidas mentes con mis amplios conocimientos.

Aaran se echó a reír.

—En serio te crees que eres la bomba, ¿no, Jonah?

—Hombre, no es que me guste presumir, pero... soy más que la bomba. Soy una leyenda.

Ethan y Aaran pusieron los ojos en blanco a la vez. A ambos les habría encantado borrar la sonrisa arrogante de la cara del vampiro a puñetazos.

—Sabemos lo que quieres que hagamos y por qué nos quieres aquí —dijo Aaran—. Para que Evelyn y Alice sufran el dolor de tener lo que desean delante de sus narices sin poder conseguirlo nunca, para que sepan cómo sufren por ellas Atticus y Marcus.

—Muy listos, sí... Pero no es mi intención hacerles daño a esas dos. —Jonah le sonrió a Ethan con malicia—. Tú, muchacho, eres mi principal objetivo. Voy a hacer que veas cómo Atticus se coge a Evelyn varias veces en una noche, y que veas lo mucho que le gusta a esa zorra que mi creador la toque, mientras tú lloriqueas como el humano insignificante que eres.

La sonrisa de suficiencia de Ethan desapareció en el momento en que oyó a Jonah insultar a Evelyn.

—¡No te atrevas a llamarle así! ¡Evelyn no es ninguna zorra! No es más que una chica inocente atrapada en el juego retorcido y enfermizo del amo y señor al que tanto aprecias.

Jonah chasqueó la lengua.

—Me pregunto qué tendrá una chica tan estúpida y vulgar como ella para volver locos a Atticus y a Hansel y hacer que parezcan dos cachorrillos enamorados. No me sorprende que un humano idiota como tú se enamore de esa zorra. Los humanos no son más que cerdos ignorantes. Y al menos la carne de cerdo tiene mejor sabor.

Ethan dejó escapar un gruñido.

—No es culpa suya ser la obsesión enfermiza de Atticus, o el hecho de que

Hansel y yo moriríamos por protegerla. ¿Quieres saber qué la hace tan especial?

Jonah asintió, interesado en lo que había llamado tanto la atención de su creador y de su mejor amigo.

—No hay nada especial en Evelyn —dijo Ethan—. No es más que una chica humana como cualquier otra. Puede que sea bonita, adorable y angelical, cautivadora en todos los sentidos, pero es como cualquier otra chica humana: imperfecta, terca, indecisa, confundida por cómo funciona el mundo, pero nada de eso es culpa suya. Sólo tiene dieciocho años, es joven y es normal que sea indecisa y que no sepa lo que quiere, ni siquiera quién es realmente a tan tierna edad. Yo amo a Evelyn porque la amo, y Hansel la ama porque la ama. El amor no tiene lógica ni concierto. El amor es el amor, es algo que no podemos controlar, algo que es capaz de controlar nuestras vidas. El amor puede ser icónico y precioso, y una vez amas a alguien no puedes dejar de amarlo. La amamos porque sí, por nuestro instinto primario, que lleva ahí desde que el mundo es mundo.

—Tanto Hansel como tú hacen que me entren ganas de vomitar cuando comienzan a hablar de amor. —Jonah puso los ojos en blanco e hizo un gesto como si tuviera náuseas—. En serio, dime qué tiene de especial esa zorra, si no es más que una puta que ha engañado a Atticus, que tiene a Hansel comiendo de la palma de su mano y que cree que tú eres mejor que el rey... Si pudiera hacerlo sin herir a mi creador, haría del mundo un lugar mejor matando a esa hija de perra.

Ethan tuvo que aplacar las ganas de romper las cadenas y arrancarle a Jonah el corazón del pecho.

—Un día voy a hacer que te arrepientas de todas las veces que te has referido a ella de forma tan desagradable y luego te mataré. Y voy a hacer que sufras el mismo dolor insoportable que Atticus y tú me hicieron sufrir cuando me torturaron —le prometió, y era una promesa que haría todo lo posible por cumplir.

—Me encantaría verte intentarlo, niño. —Jonah bajó los pies y se quedó sentado en la silla con los brazos apoyados sobre la mesa que lo separaba de los Redfern—. También me gustaría que supieras que tarde o temprano mi creador conseguirá lo que quiere. Evelyn será una gatita obediente a sus pies, Hansel ocupará de nuevo el lugar que le corresponde como miembro de la realeza vampírica cuando se le pase la tontería por la zorra humana, y... ¿ustedes dos? —Le dedicó a Aaran una mirada de asco—. Ustedes dos estarán muertos o encadenados en las mazmorras, sufriendo torturas por toda la eternidad, lo que

prefieran Atticus y Marcus. Australia será destruida, y esa perra de Venecia también, o les hará compañía en las mazmorras. La Nación Vampírica se extenderá no sólo por toda la Tierra, sino también por la galaxia. El universo pertenece a los vampiros. Cuando reinemos sobre él, ustedes no serán más que ceniza o criaturas dementes viviendo al filo de la vida y de la muerte, suplicando por ser liberados de su sufrimiento.

Aaran sonrió.

—Si caigo, tú caerás conmigo, escoria.

Ethan rio a su vez.

—¿Por qué nos cuentas todo esto, Jonah? ¿No te da miedo que volvamos a Australia y avisemos a los hombres lobo y a Venecia? —se burló, y antes de acabar la frase, Jonah ya estaba de pie, gruñendo.

—¡Imbéciles! ¡Tendrían que estar muertos de miedo! ¡Se van a cagar! ¡Me aseguraré de que sus vidas sean un verdadero infierno a partir de hoy!

Ethan sonrió contento.

—¡Claro, de acuerdo, vamos, viejo!

Los nudillos de Jonah golpearon la mandíbula del chico. El impacto derribó su silla y la hizo chocar, con Ethan encima, contra el suelo metálico con gran estruendo.

—Hasta aquí su instrucción. ¡Guardias! —rugió a continuación, y media docena de vampiros vestidos con uniformes rojos y negros se apresuraron a entrar en la sala antes de que la última sílaba saliera de la boca de Jonah—. ¡Llévense a estos dos al cuartel y no los dejen beber ni comer nada a no ser que lo pidan de rodillas!

—¡Sí, señor! —respondieron todos al unísono.

—Les voy a enseñar quién es aquí la escoria...

Aaran e Ethan sonrieron.

Amar a Atticus era la elección lógica; la única elección posible. Él era el despiadado rey que incluso cambiaría el mundo para conseguir tener a Evelyn a sus pies.

Amar a Ethan era el destino, él era aquel para quien ella estaba predestinada, era la persona de quien la providencia había querido que se enamorara, con quien compartía un vínculo inquebrantable. Ambos estaban destinados a estar juntos, sus almas estaban conectadas, y la conexión entre ellos era eterna.

Amar a Hansel era... ilógico, irresponsable, temerario, y lo opuesto a lo que el destino había planeado para Evelyn. Pero, en realidad, el fuego que sentía cuando pensaba en él la consumía con una pasión desmedida.

Se odiaba por desear a Hansel. No sabía por qué. No podía explicarlo, pero ¿es que las emociones podían explicarse? ¿Había alguna lógica tras las emociones humanas? Al fin y al cabo, las emociones eran instintos, sensaciones inconscientes. Y el amor no se podía forzar. Simplemente, era algo que sucedía.

Evelyn odiaba todo lo que le pasaba por la mente. Odiaba sentirse tan ligada a Hansel de pronto. Quizá el sentimiento siempre había estado ahí, latente, por culpa de lo que sentía por Ethan o por su miedo a dejar que Hansel acabara siendo el objeto de la ira de Atticus. A lo mejor siempre lo había llevado en su corazón, pero se había resistido a reconocerlo porque se aferraba tercamente a la idea de Ethan.

Había tantas teorías que podían aplicarse a su situación...

No tenía ni idea de lo que le pasaba. En un minuto estaba decidida a conseguir hacer de Atticus un hombre mejor, a intentar quererlo, y al siguiente, tan pronto había visto la posibilidad de volver a estar cerca de Hansel, se sentía dividida e incapaz de llevar a cabo su deber.

Sabía lo que tenía que hacer. Pero lo que tenía que hacer no era lo que quería hacer. Y, al pensarlo, se sentía totalmente confundida con respecto a lo que quería hacer en realidad.

Evelyn gritó contra las palmas de sus manos, frustrada. Tenía la sensación de

que se estaba ahogando con el peso de tantas opciones sobre sus hombros.

«¿Por qué? —pensó—. ¿Por qué tiene que ser tan complicada la vida? ¿Por qué no puedo ser mayor y más sabia y saber exactamente lo que debería hacer y lo que quiero hacer? ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué debo escoger? ¿Por qué tuve que conocer a Atticus y a Hansel? ¿Por qué no puedo volver a los días felices y sencillos en los que Ethan era el único a quien quería? ¡Mi amor, lo que teníamos era tan perfecto...! Nuestro amor era como el de los cuentos de hadas, y si no hubiera sido por Atticus, a estas alturas ya estaríamos prometidos y hasta casados. ¿Por qué han tenido que cambiar tanto las cosas? ¿Por qué siento lo que siento por Hansel?».

Las lágrimas empezaron a caer.

«¡Odio esto! ¡Lo odio! —gritó para sus adentros—. ¿Qué ha pasado con los días en los que lo único que me preocupaba era el tono de azul con el que me gustaría colorear el cielo y lo único que me hacía llorar era una rodilla lastimada?».

Evelyn se sentía muy joven, demasiado para tener que lidiar con todo con lo que se había encontrado en los últimos meses. Sólo tenía dieciocho años, casi no sabía quién era y qué quería antes de conocer a Atticus, únicamente lo que se suponía que debía querer. La sociedad empujaba a las personas a encontrar el amor, a trabajar por dinero, a ser amables, educados, cariñosos y compasivos y todo tipo de cosas imposibles de conseguir. Ésa era la vida ideal, la vida que la sociedad quería que la gente viviera, y Evelyn lo sabía.

Mientras el elegante Bentley negro se abría paso por la calzada, el resto de los vehículos se apartaban al ver las banderitas que ondeaban sobre su capó, señalando la importancia de la persona que viajaba en su interior.

Pero en el asiento trasero, Evelyn no podía parar de llorar. Veinte años: era tan inocente y sabía tan poco del mundo... Era una adolescente que se había visto forzada a madurar antes de estar lista, como les había pasado a muchos otros antes que ella. El peso de la vida ejercía una presión indescriptible.

La vida había interpuesto en su camino cosas que no sabía cómo manejar, que no sabía si eran bendiciones o maldiciones.

—Señorita, ¿seguro que está bien? —preguntó el conductor preocupado.

Ella no logró responder.

No podía respirar.

Le pareció que el interior del vehículo se estaba quedando sin oxígeno y notó una enorme presión que le oprimía el pecho, como el peso de una mano colosal e invisible que la empujara, asfixiándola.

—¡Pare el coche! —gritó de pronto boqueando—. ¡Necesito salir! ¡Necesito salir! ¡No puedo respirar! —Estaba sufriendo un ataque de pánico.

El vehículo se detuvo de forma tan repentina en mitad de la calle que el coche deportivo de detrás habría colisionado contra él si el conductor no hubiera sido un vampiro y, por tanto, poseedor de reflejos sobrehumanos. Por suerte, pudo apartarse a tiempo para evitar un terrible accidente.

Evelyn ni siquiera se dio cuenta de que podía haber muerto de haberse producido el choque, mareada como estaba al salir y con las extremidades casi incapaces de sostener su peso. Los demás vehículos la esquivaban para no convertirla en un amasijo de carne, sangre y huesos en mitad de la avenida, pero ella no era capaz de ver lo que sucedía a su alrededor. Todo cuanto sabía era que necesitaba aire, necesitaba respirar. La cabeza le martilleaba y notaba náuseas y mucho calor por todo el cuerpo.

El frío viento invernal la golpeó como un chorro de agua helada, alertando sus sentidos y sacándola de su burbuja de ansiedad. La muchacha medio gateó hacia la banqueta, con los pulmones quemándole y a punto de desmayarse. Tenía las manos y las rodillas cubiertas de gravilla y de suciedad, pero le dio igual. La gente la miraba como si fuera un animal de circo.

—¡Señorita Blackburn!

El chófer corrió hacia el lugar donde se encontraba Evelyn. La preocupación y el miedo eran evidentes en su expresión. Pero no le importaba la chica, sino lo que Atticus podría llegar a hacerle a él si ella tenía un ataque al corazón. ¿Podían los humanos sufrir ataques al corazón a esa edad tan temprana?, se preguntó, y su poco cultivado cerebro luchó por dar con la respuesta. Nadie le había enseñado nada al respecto mientras era humano. Había sido un pobre huérfano que se ganaba la vida en las calles. No había recibido ningún tipo de educación.

—Estoy bien —murmuró ella con la cabeza contra las rodillas, colocándose en posición fetal y meciéndose hacia delante y hacia atrás con suavidad. En realidad, no se sentía mejor, pero no quería que el conductor se preocupara.

No quería hablar, sólo quería seguir allí, con la cabeza sobre las rodillas. Quería que la dejara sola unos instantes. El peso del mundo era demasiado sobre sus hombros, y no conseguía detener las lágrimas.

«¡No pienses en él! —se gritaba mentalmente—. ¡No pienses en Hansel! ¡Ya has destrozado la vida de Ethan! ¿Por qué encima tienes que meter a Hansel en todo esto? Jonah mintió cuando dijo que a Hansel le gustabas, ¡en realidad, no le importas lo más mínimo! Es un vampiro y tú eres humana. Sólo se comportó bien contigo porque Atticus se lo ordenó. ¡Supéralo ya, Evelyn! ¿Por qué iba a

quererte Hansel? Deja de imaginar que alguien como él te miraría dos veces. ¡Para ya! No te quiere, no le gustas, ¡seguramente hasta te odia!».

Evelyn se insultaba mentalmente para poder desviar su atención de Hansel. Cada una de aquellas exclamaciones era como un cuchillo afilado que se clavaba en la tierna carne de su corazón, destrozando el órgano que la mantenía con vida.

«¿Es así como se siente Atticus cada vez que piensa en mí, sabiendo que estoy tan cerca, a su alcance, pero sin poder tenerme..., al menos no de la forma que él quiere, en cuerpo y alma? ¿Se dice él cosas así? ¿Se dice que lo odio con la esperanza de alejarme de su mente?», se preguntó.

—Señorita Blackburn, ¿preferiría volver al Shangri-La? —le preguntó el chófer ansioso. Quería llevarla de vuelta al hotel, donde dejaría de ser su problema.

—No, no, gracias —respondió ella—. ¿Podría darme agua?

«No voy a echar a perder mi día de libertad —pensó ella—. Puede que sea mi única oportunidad».

—Por supuesto, señorita —dijo el conductor antes de desaparecer en busca de agua.

Evelyn no se movió del lugar que ocupaba en el suelo. La gente que pasaba seguía mirándola con cara rara, como si fuera una atracción de feria, y el Bentley continuaba aparcado allí al lado, a unos metros del centro de la avenida.

Los conductores de los coches que pasaban le dirigían miradas de odio. En silencio, pidió disculpas a cada uno de ellos por haber montado aquel número en el lugar menos indicado.

A medida que su corazón empezó a calmarse y su cuerpo comenzó a recuperar sus funciones normales, Evelyn se tomó un momento para mirar a su alrededor y observar la belleza de Utopía, el patio de juegos de los ricos y los poderosos, como lo llamaban algunos.

Fiel a su nombre, la ciudad era un paraíso en la Tierra, al menos, para aquellos que podían permitirse su lujoso estilo de vida. Las calles estaban llenas de gente que vestía prendas de marca; cada pocos metros había una boutique de firma que vendía ropa a precios desorbitados; cada uno de los coches aparcados o circulando costaba una pequeña fortuna. Quedaba claro quiénes eran ricos y quiénes no, o, mejor, quiénes eran vampiros y quiénes humanos.

Los vampiros eran espectacularmente atractivos y siempre iban elegantísimos. Los humanos no tanto, claro. A Evelyn le pareció que los más sucios, poco saludables y pálidos, vestidos con harapos y con las miradas vacías eran humanos.

Y no se equivocaba.

Se sintió asqueada al ver las drásticas desigualdades presentes en una ciudad que llevaba por nombre Utopía, pero intentó no pensar mucho en ello. En ese momento no podía. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza como para añadir aún más preocupaciones a la pila.

Sin embargo, aunque intentaba evitar analizar mentalmente los componentes sociológicos de la ciudad, sus ojos no podían dejar de seguir observando.

Era un lugar realmente precioso.

Bonito, limpio e impecable, más allá de lo que había imaginado. Estaba claro que se había empleado a los mejores arquitectos para diseñar cada uno de aquellos magníficos rascacielos...

De repente, unas luces color púrpura destellaron en contraste con el gris del asfalto, y el corazón de Evelyn volvió a desbocarse y sus barreras se desplomaron.

«¡No!», gritó para sus adentros, incapaz de quitarle los ojos de encima al edificio.

Estaba tan cerca...

A unos diez minutos andando, como mucho.

Hansel estaba tan cerca...

A apenas unos minutos.

«¡No!».

«Podría ir y decirle hola...».

«Evelyn, ¡no lo hagas!».

«Sólo quiero ver si está bien...».

«Evelyn, ¡no!».

De nuevo, se encontró en medio de una batalla entre su mente y su corazón. Pero, esta vez, el objeto de su afecto se hallaba mucho más cerca, y no pudo negar sus deseos por más tiempo.

«Sólo unos minutos —se dijo—. Unos pocos minutos. No lo tocaré, sólo apareceré, le diré hola, charlaremos un poco y luego me iré».

Miró hacia el coche, a unos metros de ella, con la puerta trasera aún abierta, y vio el pequeño bolso negro que había traído consigo.

La tarjeta de crédito de Atticus y la pistola estaban ahí.

«Iré a ver a Hansel unos minutos. Todavía tengo que comprobar si consigo enviar a Atticus a la bancarrota de todos modos».

«Si lo haces, cometerás una grave equivocación».

«A Atticus no le importará... Sólo unos minutos. Hansel es mi amigo. Un

amigo. Sólo somos amigos. Lo nuestro no es más que un amor platónico».

«Sabes que eso no es cierto...».

«¡Cierra el pico!».

Evelyn estuvo tentada de salir corriendo antes de que el conductor volviera, pero sabía que el pobre se asustaría si desaparecía sin más, sin darle una explicación. No quería que acabara teniendo problemas, así que esperó a que regresara con su agua.

Notaba el corazón desbocado en el pecho. Se moría por ver a Hansel, por oír su voz. Despacio, se incorporó. Le temblaban las piernas, pero consiguió llegar hasta el coche, tomar el bolso y cerrar la puerta trasera.

Por suerte, el chófer no tardó en volver con el agua. La joven le sonrió educadamente cuando éste le alcanzó la botella.

—Gracias —le dijo—. Creo que iré a hacer algunas compras. ¿Podría recogerme por aquí dentro de unas horas?

—Por supuesto, señorita. La esperaré aquí.

—No, tranquilo, puede ir a dar una vuelta... —protestó ella sintiéndose mal al pensar que el amable vampiro acabaría pasándose varias horas dentro del coche parado, esperándola.

—No, el rey me pidió que me quedara en el último lugar en que la había visto, así que la esperaré aquí, es mi trabajo.

—Bien, de acuerdo, gracias.

Evelyn se alejó. Y se aseguró de ir parándose ante varios escaparates para que su coartada resultara creíble...

—No voy a comprarte un helado —gruñó Samuel a través de su celular—. Ash, es invierno, te vas a resfriar.

—Pero ¡se me antoja un helado de fresa! —Samuel colgó antes de que Aspen siguiera lloriqueando.

—Estúpidos humanos... —murmuró—. ¿Por qué insiste Kainsius en mantener a esta molesta criatura cerca de nosotros? ¿Por qué no podemos encadenarlo como haría cualquier otro vampiro con su humano? ¿Por qué tratarlo como si fuera uno de los nuestros?

Alzó la vista al ver que estaba cerca de su casa, en el bloque de apartamentos Royal Lilac. Resultaba extraño llamarlo *casa* sin Kainsius. Samuel suspiró al pensar en su creador. Hacía meses que notaba aquella extraña sensación: no sabía por qué se había ido, ni dónde estaba, pero sabía que debía de ser por algo

importante.

—Siempre me dice adónde va... —murmuró para sí—. Kainsius nunca me oculta nada. Soy su protegido, sabe que puede confiar en mí.

En su cabeza, el plan era la mar de simple. Todo cuanto tenía que hacer era llegar a la torre, encontrar el departamento de Hansel (suponía que no le costaría mucho) y verlo por última vez hasta que el destino decidiera volver a juntarlos, o no. Unas pocas palabras y un adiós para siempre, probablemente.

Pero no fue tan sencillo. Evelyn no había previsto encontrarse con seguridad en forma de cuatro vampiros altos y anchos como montañas que le partirían el cuello antes de poder pronunciar siquiera una sílaba. No había esperado que la detuvieran cuando se acercó a los escalones de la entrada.

—Aquí no queremos escoria —le dijo, o más bien le escupió uno de los guardias, mirándola con una amenazadora sonrisa que hizo que su estómago diera un vuelco.

«Sé valiente, no te echés atrás», se dijo ella haciendo acopio de todo su coraje. Les dirigió a los tipos una sonrisa dulce a la par que confiada y retadora. Notó el peso de la pistola en el bolso y al instante se arrepintió de no haberla llevado en la mano o el cinturón, o donde demonios fuera que la gente colocaba sus pistolas.

No obstante, entonces recordó lo rápidos que eran los reflejos de los vampiros y cayó en que no tendría ni siquiera tiempo de apretar el gatillo antes de que uno la derribara, la estrangulara o le arrancara el corazón de raíz.

«A lo mejor no era tan buena idea...».

—He venido a ver a lord Hansel Alexander —les anunció con la cabeza bien alta—. Tengo un mensaje urgente para él de parte del rey.

Señaló el dije que llevaba en el cuello y esperó que los vigilantes retrocedieran al ver la marca de Atticus. No sabía qué lo hacía tan especial al llevar sólo las iniciales AL, pero si él se lo había dado debía de ser por algo.

Uno de los guardias miró a Evelyn y chasqueó la lengua.

—¡Que te jodan, perra! —saltó casi escupiéndole a la cara—. Llévate el falso sello de la casa real a otra parte, zorra estúpida. Como ya te he dicho, en el Royal Lilac no queremos basura de tu calaña.

Le arrancó el dije de la cadena de oro y lo tiró al suelo, sonriendo con suficiencia.

—¡Quítate! —gritó Evelyn, la sangre hirviéndole de la rabia—. Si no te quitas ahora mismo te juro que las cosas se van a poner bastante feas...

Antes de que pudiera acabar la frase, otro de los guardias ya la había tomado por el cuello y la contemplaba divertido.

—¿Qué carajos eres tú? ¿Otra de esas putitas de sangre que buscan una fortuna fácil acostándose con un miembro de la realeza? Perra, da igual cómo de rico esté tu conejito, ninguno de los lores querría acostarse con algo tan feo como tú. ¡Así que hazme un favor y lárgate ya!

Los otros tres guardias se echaron a reír al oír las palabras del compañero que abusaba verbalmente de Evelyn, pero ella apretó la mandíbula. Estaba harta de que todo el mundo la humillara.

Primero Atticus y luego Jonah habían decidido que su misión en la vida consistía en destrozarse su dignidad por todos los medios. Ambos eran hombres a los que jamás podría vencer debido a que, física, social y metafóricamente, sus poderes excedían los suyos con creces. Pero ¿aquellos guardias de seguridad? No les iba a permitir que la pisotearan así.

Le temblaba la mano por las ganas que tenía de sacar la pistola y apuntar al estúpido individuo que tenía delante. Quería ver el miedo en sus ojos y ser testigo de cómo corría para esconderse como un cobarde, igual que ella hacía cada vez que Atticus era poseído por la Oscuridad. No obstante, no pudo.

Aunque el deseo de hacerlo sufrir estaba ahí, Evelyn no era capaz de entregarse con tanta facilidad a sus deseos malignos e inmorales. Sabía que la Oscuridad la estaba tentando, animándola a seguir las directrices de su lado más perverso, pero sabía que era mejor no dejar una puerta abierta para que ésta acabara consumiéndola como a Atticus.

Empujó al vampiro con ambas manos, con todas sus fuerzas. El factor sorpresa jugó a su favor y, sorprendentemente, consiguió apartar la mano de aquel mastodonte de su propio cuello al forzarlo a dar un paso atrás.

—Los humanos no somos basura. Tú fuiste humano una vez. No olvides de dónde vienes —dijo Evelyn.

—Yo era humano —rio él—. Yo era basura. Pero ahora soy un jodido vampiro, así que será mejor que me hables con un poquito más de respeto, puta. ¿Por qué no vas a vender tu carne y tu sangre a otro lado? Ningún miembro de la realeza querrá tu mierda, de todos modos.

Evelyn apretó los dientes.

—¡No soy ninguna furcia, así que no me trates como a una! —le espetó—. ¡Los humanos somos criaturas con emociones, conciencia y derechos, igual que ustedes! —Imitó la forma en que él la había observado, con asco—. Pero ¿sabes qué? ¡Empiezo a dudar que monstruos como tú tengan ninguna de las dos primeras!

El guardia rompió a reír a carcajadas y miró a sus compañeros.

—¡Tenemos a una putita testaruda por aquí, amigos!

Evelyn sintió ganas de abofetearlo. Estaba cansada de que la degradaran así; sólo porque fuera humana y una mujer, no quería decir que sus aptitudes se limitaran a abrir las piernas y a reproducirse.

Intentaba combatir la Oscuridad que cada vez se hacía más fuerte en su interior y que la llenaba del deseo de infligir dolor físico al brutal vampiro que tenía delante cuando notó el puño de éste colisionar contra su mejilla.

El impacto fue tan fuerte que la hizo perder el equilibrio y caer al suelo, y casi perder la conciencia. También la hizo gritar de furia y de frustración. Iba a incorporarse sobre piernas y brazos cuando oyó una voz de hombre profunda y desconocida:

—¿De quién es esto?

En condiciones normales, a Samuel no le habría importado ver a alguien siendo apaleado, robado o amenazado. Si no conocía ni a la víctima ni al verdugo, si de todos modos no lo iba a beneficiar en nada meterse en el meollo, ¿para qué molestarse?

No tenía por qué inmiscuirse en una situación así. Era algo que había aprendido a lo largo de los difíciles años que había vivido como humano. Esa forma de pensar lo había convertido en un tipo duro y lo había ayudado a sobrevivir, pero también lo había vuelto egoísta, insensible y despiadado.

La lista de gente que le importaba era muy corta, y en el número uno de la misma estaba Kainsius, su creador. Podía ser que Aspen estuviera en ella, pero también podía ser que no.

Así que, cuando vio a uno de los guardias de seguridad pegar a una chica, al principio no hizo otra cosa más que reír y pensar en el ingente número de mujeres que intentaban acceder al Royal Lilac para acostarse con uno de sus ilustres habitantes.

«Asquerosos humanos, siempre intentando encontrar una salida fácil», pensó Samuel para sí, pese a que hacía unos pocos cientos de años él también había sido uno de aquellos «asquerosos humanos». Si no hubiera sido por Kainsius, Samuel habría sufrido los mismos prejuicios en la jerarquía del siglo xxv, y la suya habría sido una vida breve y miserable.

—¡Esto es lo que se merece la escoria como tú! —le gritó el bruto a la chica, caída en el suelo, su cuerpo humano intentando reaccionar ante el impacto del puñetazo—. ¡Basura! ¡Eso es lo que son! ¡Basura y nada más! ¡Tendrían que encerrarlos en jaulas a todos y cada uno! ¡Malditos imbéciles!

Samuel no prestó mucha atención a la muchacha y al guardia, y habría proseguido su marcha de no ser porque notó un objeto metálico bajo la suela del zapato cuando estaba subiendo los escalones de entrada.

No supo qué lo hizo detenerse y mirar brevemente el objeto que había pisado. Pero unas horas más tarde desearía no haberlo hecho.

AL. Reconoció el dije de inmediato: era el sello del rey. Las iniciales de Atticus. No tuvo ni que agacharse a tocarlo para saber que se trataba del original y no una de aquellas copias metálicas baratas que vendían en la calle. La artesanía de calidad era algo que podía detectar a la legua.

Fuera una bendición o una maldición, su capacidad para poder valorar un objeto a simple vista era una de las cosas que le habían permitido ganarse la vida como huérfano en las calles de Utopía cuando era humano. Aunque también le había granjeado muchas palizas. Los ojos de un ladrón no eran nada si no iban acompañados de las manos y la agilidad de un ladrón.

—¿De quién es esto? —preguntó con voz profunda y autoritaria mientras se agachaba poco a poco para recoger el dije del suelo.

Pese a haberlo conocido tan sólo por un breve período de tiempo y haber intercambiado únicamente unas pocas palabras con aquel tirano, Samuel sabía que Atticus Lamia no era un hombre generoso y no se prodigaba a la hora de repartir sus colgantes de protección, ni a gente que había pasado la vida defendiéndolo, ni a muchos de sus protegidos, como Kainsius. Aunque, en realidad, el creador de Samuel tampoco es que necesitara la protección del rey.

Kainsius era capaz de protegerse a sí mismo, y llevaba haciéndolo miles de años. Nunca había dependido de Atticus, al contrario que otros protegidos de éste, como Jonah o Marcus.

Kainsius y Samuel habían tenido vidas desdichadas, aunque en diferentes épocas, claro.

—Señor Hemmings.

El guardia dio automáticamente un paso atrás al ver al famoso vampiro. Su mirada arrogante y cruel desapareció para dar paso a una de mucho, mucho miedo.

El hombre que Samuel Hemmings tenía enfrente parecía ahora otra persona distinta que la que había abusado verbal y físicamente de Evelyn.

Samuel siguió sin prestar atención a la chica que estaba en el suelo mientras sostenía el dije en su mano, sopesando sus quilates, asegurándose de que era real. Y supo que lo era.

—¿Y bien? —le dijo al guardia en un tono que parecía indicar que creía que era estúpido—. ¿Quién carajos es el dueño de esto?

—S-s-señor... —murmuró el vigilante, temblando como un chihuahua aterrorizado—. Es... es...

—¡Para de balbucear y dímelo! —rugió Samuel con la cara roja de furia debido a lo mucho que estaba tardando aquel cretino en responder a su sencilla

pregunta.

¿Cómo era posible que Kainsius hubiera contratado a aquellos atontados?, pensó muy enojado, y decidió que era hora de reevaluar el sistema de seguridad del Royal Lilac.

—Es... de ella... —lloriqueó el guardia separándose de Samuel.

El vampiro de rango superior volvió la vista hacia la pequeña muchacha humana que luchaba por incorporarse sobre sus débiles extremidades. Lo primero que pensó fue que le resultaba vagamente familiar. Cabello oscuro, piel pálida, el sello de protección de Atticus... Samuel no tardó más de una fracción de segundo en darse cuenta de quién era, y en sus labios apareció una sonrisa torcida.

Había oído hablar de Evelyn Blackburn, la chica que supuestamente había conquistado el corazón de Atticus Lamia. Los medios afirmaban que era la primera a la que había amado desde el albor de los tiempos. Samuel la miró asqueado. Aunque apenas conocía a Atticus, había escuchado a Kainsius lo suficiente como para formarse una buena idea de su carácter, y hervía la sangre al pensar que el rey se hubiera enamorado de alguien tan débil y patético.

«Una humana», pensó con desdén. Su odio hacia ella se incrementó al verla luchar por levantarse con las piernas temblorosas. Había algo en ella que le recordaba a un cervatillo indefenso. El modo en que trataba de enfrentarse a los vampiros con valentía se parecía al intento desesperado de una presa por parecer que era algo más de lo que era: algo con lo que no se debía jugar.

Su aspecto era vulgar. Una cara bonita, los ojos de un azul inusualmente brillante, pero, aparte de eso, no había nada especial en Evelyn Blackburn en cuanto a su físico. Se la veía demasiado delgada con aquellos *jeans* negros y un sencillo suéter blanco.

¿Aquella era la chica de la que se había enamorado Atticus? ¿La chica por la que había traicionado a su amor eterno, Mira? Había tardado casi tres mil años en enamorarse de nuevo, y ¿ésta era la chica que había escogido? Su ya de por sí poco respeto hacia Atticus disminuyó aún más.

—¿Es esto tuyo? —le preguntó a Evelyn, su voz desprovista de toda emoción, intentando esconder su odio hacia ella.

—Sí —respondió ella con la cabeza bien erguida. Una de sus mejillas estaba hinchada, y pronto le saldría un buen moretón.

—¿Eres Evelyn Blackburn? —preguntó Samuel, pese a saber ya que estaba delante de la legendaria seductora que le había robado el corazón al rey.

La miro de arriba abajo. «Debes de ser un hacha en la cama para que Atticus

haya perdido la cabeza por alguien como tú».

—¿Qué quieres? —le preguntó ella desafiante.

Samuel señaló el dije.

—¿Atticus te ha dado esto?

—¿Lo conoces?

—Poco, pero sí —respondió él—. ¿Qué haces aquí, en Utopía, y en el Royal Lilac?

—He venido a ver a un amigo.

—¿A quién?

—Me temo que eso no te incumbe.

Samuel vio el bolso que se le había caído a Evelyn cuando el guardia le había dado el puñetazo, y estaba a punto de agacharse para tomarlo cuando ella se le adelantó. La muchacha lo miró sin fiarse de él, y Samuel se volvió hacia el vigilante.

—¿Qué quiere?

—V-v-ver a lord Hansel Alexander, señor —tartamudeó el guardia, y Samuel tuvo que contenerse para no arrancarle la cabeza al muy cobarde. No había nada que odiara más que la gente que no podía dar respuestas claras cuando se las pedían.

—¿Por qué quieres ver a Hansel? —le preguntó a Evelyn.

—¿También conoces a Hansel?

«Como vuelvas a responder a mis preguntas con otra pregunta, juro que pondré fin a tu miserable vida. Sólo porque seas el último capricho de Atticus, eso no te hace igual a mí ni te da poder para ignorar mis preguntas...», pensó Luk, furioso por dentro pero frío e impassible por fuera.

—Puede —replicó.

Ambos se quedaron mirándose unos instantes, cada uno intentando calibrar al otro. A Samuel casi le entró la risa al ver las agallas de la chica.

«Una humana que se cree capaz de ser valiente y de desobedecer a sus superiores —se dijo—. Estúpidas criaturas, se suponen iguales que los vampiros, cuando no son más que una pérdida de espacio y de oxígeno».

Evelyn fue la primera en apartar la vista. En realidad, giró sobre sus talones dispuesta a alejarse porque no quería pasar más rato jugando al inútil juego de ver quién era capaz de sostener más tiempo la mirada del otro.

Ni siquiera se molestó en pedirle que le devolviera el dije porque, para ser sincera, le daba igual si el tipo se lo quedaba o no.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó Samuel.

Ella no respondió al pasar por delante de los guardias. Esta vez, ninguno se atrevió a decirle nada, ni a mirar en su dirección siquiera.

Nunca habían visto a Samuel Hemmings meterse en asuntos que no tuvieran que ver con él.

—Si has venido a ver a Hansel, ¿no está aquí! —dijo siguiendo a Evelyn escaleras arriba.

—Si no está aquí, lo esperaré.

—¡Pues ármate de paciencia! Me temo que vas a tener que esperar bastante —rio—. Quizá tengas más suerte intentando chantajear a Atticus dejándolo sin sexo para que libere a Hansel que sentándote en su puerta a esperar como una estatua —le soltó Samuel—. Aunque supongo que Atticus no se tomaría muy bien el chantaje.

—¿Qué?! —Evelyn dejó escapar un grito ahogado.

—Oh, ¿ya lo has intentado? Y supongo que lo que hizo fue ir a aliviarse con una de las muchas sirvientas del palacio, ¿no es así?

—¡No! ¡Me refiero a lo que has dicho antes! —gritó ella. Su tono era frío—. Sobre Hansel... —Pero, en este punto, la voz se le quebró.

—Está preso en las mazmorras —dijo Samuel, como si fuera algo que todo el mundo sabía y que había esperado que ella supiera también—. ¿Lo ignorabas?

—Yo... Pero si... Atticus no puede... —Evelyn no sabía qué decir. Se sentía como si el mundo se hubiera derrumbado de repente y todo lo que había creído que era real no fuera más que una fantasía ilusoria—. ¡Me dijo que Hansel estaba aquí! ¡Estás mintiendo!

—Y ¿para qué demonios iba yo a molestarme en mentirte a ti? —respondió él en tono cruel echándose a reír.

Dulces mentiras o verdades que te romperían el corazón, ¿tú qué escogerías?

«¡No, no, no! ¡No puede haberme hecho esto! ¡Me dijo que Hansel estaba aquí! ¡El tipo rubio miente!», gritaba Evelyn para sus adentros mientras corría escaleras arriba hasta el profusamente decorado vestíbulo.

—¿Señorita? —La voz de la recepcionista resonó lejana en su oído, como si proviniera de un túnel de un kilómetro de longitud—. Señorita, ¿adónde va?

Evelyn corrió tropezando hasta el elevador, ignorándola.

«¡No! ¡Atticus no me mentiría de nuevo!». Seguía intentando razonar con su sentido común. No quería creer que el rey hubiera vuelto a engañarla. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera el vampiro de pelo rubio el que le hubiera mentido y que Hansel estuviera allí, en el bloque de apartamentos, bebiendo champán tan tranquilo. Incluso con una bonita chica de rodillas a punto de darle placer. En esos momentos no le habría importado en absoluto: todo cuanto quería era que él fuera feliz, que estuviera a salvo, allí, y no cautivo en las sádicas mazmorras de Atticus.

Sin embargo, inconscientemente sabía que era cierto. A lo mejor por eso había querido tanto ver a Hansel, porque quería comprobar con sus propios ojos que estaba bien, porque en el fondo siempre había dudado de las palabras, las promesas y las aseveraciones de Atticus. Era un mentiroso profesional sin ningún sentido de la ética o la moral, y no le costaba nada convencerla con sus subterfugios. Al fin y al cabo, contaba con miles de años de experiencia.

—¡No, por favor, no! —gritó entrando a la carrera en el elevador más cercano y trastabillando al hacerlo. Le pareció que estaba a punto de tener otro ataque de pánico y que iba a desmayarse.

Su mente iba a mil, pensando cosas terribles. Quería creer a Atticus, pero ya no podía. Por mucho que fingiera que seguía haciéndolo, le resultaba imposible convencerse a sí misma. Sabía que Hansel no estaba allí. Había estado mintiéndose a sí misma, censurando lo que ya sabía que era cierto para no tener que lidiar con ello.

—¡No, Atticus, por favor...! No me mentiste cuando dijiste que Hansel estaba vivo, intacto y bien, ¿verdad? ¡Ha sido ese vampiro rubio y vengativo! ¡Él me ha mentido! —gritaba para consolarse, tratando por todos los medios de proteger su ya demasiado debilitada psique.

Pero no era verdad.

Lo sabía.

Aun así, aquellas palabras eran como música para sus oídos y aplacaban sus demonios internos. Como las dulces mentiras que se había dicho a sí misma cuando Atticus le había contado que Hansel estaba en ese mismo bloque, sano y salvo.

Era increíble lo que la mente humana podía llegar a hacer para protegerse del ataque de emociones insoportables, y las mentiras que podía llegar a decirse uno mismo cuando era necesario.

¿No era maravilloso?

Mentiras.

Las mentiras piadosas no eran tan malas, ¿no?

—Atticus te ha dejado fina... —oyó decir al hombre que metafóricamente había hecho añicos con un martillo las paredes protectoras de cristal que su mente había creado para preservarla de la dura verdad—. Mírate: pareces una loca. Ninguna cara es suficientemente bella como para soportar con éxito esa expresión de locura.

Evelyn se deslizó hasta el suelo del elevador y se quedó sentada.

—¡Mientes! —murmuró—. Estás mintiendo. ¡Eres un mentiroso! Hansel está aquí. Está a salvo. ¡No está en peligro por mi culpa! Está vivo. Y está bien, está bien, está bien... ¿Hansel? ¡Hansel está bien! Sí, está perfecto. Perfectamente. Vivo y feliz. Y todo está bien.

Samuel bajó la vista hacia ella, que se rodeaba las rodillas con los brazos y se mecía adelante y atrás. La cara le brillaba de tanto llorar.

«¿Siempre habrá estado así de loca, la pobre, o son los efectos secundarios de pasar tanto tiempo con Atticus?», se preguntó el vampiro. Había oído decir a Kainsius que la personalidad de Atticus era contagiosa, y que cuanto más tiempo se pasaba con él, más probable era que su lado oscuro y su mente retorcida causaran estragos irreversibles en cualquiera.

—Mientes. Atticus te ha contratado para que me mientas y juegues conmigo, ¿verdad?

Evelyn seguía parloteando, meciéndose en posición fetal mientras se abrazaba las rodillas. Parecía tan frágil...

«¡Patéticos humanos!», se dijo Samuel preguntándose si la chica iba a quedarse allí para siempre hecha una bola en el suelo o si lo iba a dejar llegar a su departamento tranquilamente por fin.

—¿En qué planta está el departamento de Hansel? —preguntó ella de repente en un tono de voz frío y vacío, como un zombi o un robot.

—Y ¿por qué iba a decírtelo? —rió Samuel.

Se dio media vuelta dispuesto a salir de nuevo del elevador cuando notó en la espalda el extremo frío, redondeado y familiar de un objeto que había notado innumerables veces cuando era humano.

Su cuerpo inmortal era inmune a los daños causados por las armas de fuego, era consciente de ello. Aun así, eso no impidió que los dolorosos recuerdos de su infancia volvieran a aparecer en su mente. Oyó los insoportables gritos de su madre resonar en su cabeza, el sonido de las balas y los chillidos de gente inocente. Las desagradables imágenes de las que había sido testigo durante su existencia en los peores suburbios de Utopía hicieron que su frío corazón se enterneciera a causa de la pena y el dolor.

«Ni se te ocurra hacerlo, perra», pensó. Hacía siglos que nadie se había atrevido a apuntarlo con una pistola. La cosa no había acabado demasiado bien para el último idiota al que se le había ocurrido amenazar a Samuel Hemmings.

—Dímelo o te obligaré a hacerlo —lo amenazó Evelyn—. Por las buenas o por las malas, tú eliges.

—¡Si hasta hablas como Atticus! —Samuel chasqueó la lengua—. ¿No se suponía que eras una chica angelical y casi santa y todo ese rollo? Hansel me dijo que eras como un ángel con apariencia humana, demasiado buena para este mundo cruel...

—A veces los ángeles pierden las alas. Deben adaptarse al frío y despiadado mundo en que les ha tocado vivir si quieren sobrevivir y proteger a aquellos a quienes aman —replicó ella.

Samuel intuyó que la chica estaba poniendo una voz impostadamente fría para que él no notara el miedo que tenía en realidad. Estaba tratando de imitar a Atticus. Y lo habría conseguido de no ser por el ligero temblor de la mano que sostenía la pistola, y que hacía temblar a su vez el arma contra la espalda de Samuel.

¡Habría sido tan fácil para él volverse, quitarle el arma y romperle el cuello! Pero no pudo hacerlo. Y todo porque sabía que el mismísimo demonio volvería a por él si se enteraba de que se había atrevido a hacerle daño a Evelyn Blackburn.

Lo sabía.

Y ella lo sabía también.

—Llévame hasta Hansel, por favor —pidió ella en un tono más amable esta vez.

—No está aquí.

—Por favor, necesito ver la realidad con mis propios ojos.

—¿Tanto te importa Hansel? —preguntó Samuel.

Evelyn no respondió.

Pero el silencio habló con más claridad que las palabras. Samuel supo de inmediato que había un motivo por el que la chica estaba allí para ver a Hansel y por el que quería comprobar la realidad de la ausencia de éste con sus propios ojos. Esperó por el bien de Hansel que se tratara de un amor platónico.

«Si vas a enamorarte de alguien que no sea Atticus, mejor elige a Jonah —pensó con amargura—. Por el bien del mundo, será mejor que te mantengas alejada de Hansel Alexander».

—¿Crees que puedes matar a un vampiro con una pistola? —preguntó a continuación echándose a reír—. ¿Acaso no sabes que somos inmortales?

—Tiene que haber algo que pueda matar a los chupasangres —respondió Evelyn con un tono de voz igual de sarcástico y poco amistoso que el de él—. Si Atticus me la ha dado, será por algo. ¿Quieres que la ponga a prueba?

—Muy valiente eres tú —replicó Samuel molesto—. Parece que se te han pegado muchas cosas de Atticus porque, ahora mismo, no te pareces en nada a la chica que Hansel me describió.

—Entonces ¿eres amigo de Hansel y de Atticus?

—Sólo de Hansel.

Evelyn apretó el arma aún más contra la espalda del vampiro.

—Muy bien, entonces seguro que sabes dónde está su departamento.

Samuel puso los ojos en blanco. «Perra testaruda...».

Alargó el brazo y pulsó el botón del piso cuarenta y cinco. «Igualita que Atticus».

—Hansel no está ahí. Lo único que vas a conseguir es hacerte todavía más daño al forzarme a que te lleve hasta un departamento vacío y cerrado.

Evelyn no respondió, pero él notó que estaba temblando. Podía oír lo deprisa que latía su corazón, oler su miedo y el aroma de sus lágrimas en el aire.

—Soy Samuel Hemmings, por cierto. Aunque supongo que te da lo mismo.

—Evelyn Blackburn. Es un placer conocerte.

—Lo sé.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, apareció ante Samuel y Evelyn un espacio de altas paredes color crema. El relativamente pequeño vestíbulo estaba poco decorado, con tan sólo dos taburetes y dos macetas de rosas marchitas puntuando la elegancia minimalista de la estancia. Las macetas estaban colocadas sobre los taburetes, y cada taburete se hallaba a un costado de una puerta doble de dos paneles de un material negro y reluciente.

—El departamento de Hansel —anunció Samuel con los brazos extendidos, de espaldas a Evelyn y con la pistola todavía apuntándolo, como si le estuviera presentando una especie de escena majestuosa—. Mi querida princesa, ahora que ya he hecho realidad tus jodidos deseos, creo que va siendo hora de que dejes en paz a tu hada madrina. Puede que tenga que conceder algún que otro deseo a otras personas hoy. ¿Podrías bajar el arma ya?

Evelyn ignoró sus comentarios sarcásticos.

—Abre la puerta —le ordenó.

—¿Por qué iba a hacer eso? —refunfuñó Samuel. Se estaba enojando cada vez más.

Evelyn tenía el arma contra él, a bocajarro. Mentiría si dijera que notar la pistola en la mano y ver a alguien obedecerlo no le estaba gustando. Era excitante, como poco. Y era agradable, para variar, no tener que ser la víctima entre seres superiores que no tenían en consideración su bienestar ni sus deseos.

Jamás habría imaginado que algún día sostendría una pistola y amenazaría a alguien con ella. La escena había sorprendido tanto a Samuel como a Evelyn, que ignoraba que fuera capaz.

Empezaba a dolerle el brazo de sostener el arma tanto rato, pero resistió la tentación de relajarlo. En su lugar, siguió manteniendo la pistola en alto contra la espalda de él.

—Estás jugando con fuego, y nunca mejor dicho —le advirtió Samuel—. El hecho de que hayas tenido a ese tirano entre las piernas unas cuantas veces no te convierte en nada más que lo que eres: una patética chica humana. En este juego

de ajedrez, no eres más que un peón. No, ni siquiera eso: eres una mota de polvo sin poder ni influencias. Eres algo que Atticus mantiene a su lado para distraerse.

—¿De qué demonios hablas? —le preguntó ella confundida. ¿A qué juego de ajedrez se refería?

—¿Ves? No sabes nada de nada. Para que veas lo mucho que Atticus confía en ti. —Samuel soltó una carcajada—. Y pensar que Kainsius creyó que eras especial, más que una inútil humana —rio de nuevo—. ¡Kainsius pensó que tenías el mismo poder que Atticus! Pensó que podrías ser un buen rival para él y que por eso prefería tenerte en su bando. ¡Cuánto se equivocaba!

—¿Quién es Kainsius? —preguntó ella con desespero. Cada vez se sentía más perdida—. ¡Cállate y abre la maldita puerta!

—¡No tienes ni puta idea de na...! —La frase de Samuel se vio interrumpida cuando notó que una pequeña pero firme mano lo tomaba por el hombro, lo hacía volverse y luego colisionaba contra su cara en forma de puño.

La fuerza de la chica era mucho mayor de lo que el vampiro había anticipado, y el factor sorpresa lo tomó desprevenido. La Evelyn que tenía ahora delante no se parecía en nada a la frágil muchacha humana descrita por Hansel.

—Abre-la-jodida-puerta —le dijo despacio, pronunciando cada sílaba. Su mirada era mortífera.

Durante una fracción de segundo, Samuel notó algo, algo indescriptible, fuerte e intenso, presente bajo la piel humana de Evelyn.

Retrocedió. Una expresión de miedo cruzó su rostro.

—Abre la puerta —repitió ella, pero esta vez en un tono menos agresivo.

Samuel la vio tragar saliva nerviosa. Su cara representaba con claridad sus pensamientos ante lo que acababa de hacer: parecía en estado de *shock*. Ni ella misma podía creer que acabara de pegar a Samuel de aquella forma, como si nada. Por un momento, Evelyn bajó el arma y él pensó que estaba a punto de pedirle disculpas. Vio a la chica humana abrir la boca, sólo para cerrarla de inmediato. Se acercó a la puerta.

—Abre, por favor.

—¿Por qué no abres tú? —preguntó Samuel—. ¡Vamos! ¡Usa tu puño de hierro y arranca la puerta de las bisagras!

Su provocativo sarcasmo no le hizo ninguna gracia a Evelyn, pero tampoco provocó que volviera a pegarle. Simplemente, no reaccionó.

—Bien —añadió él—, como me lo has pedido «por favor»... —Miró la pistola—. Por cierto, aún tienes el seguro puesto, ¿sabes?

«¿Que qué? Oh, mierda...». Evelyn se permitió abandonar su personaje de

chica dura por un momento mientras Samuel se volvía para dirigirse a la puerta del departamento de Hansel. «¡Mierda! —Se acercó la pistola a la cara, examinándola—. ¿Qué demonios es el seguro?», pensó toqueteando el arma por todas partes.

—¡ATTICUS! —gritó Samuel, unos metros más allá.

El repentino grito hizo que Evelyn diera un respingo y tomara la pistola con más fuerza, pensando que había una amenaza cerca. No se dio cuenta de que seguía teniendo el índice colocado en el gatillo, y que sólo necesitaba un pequeño movimiento para desbloquear la pistola y disparar una bala increíblemente poderosa y valiosa que cruzó el espacio hasta colisionar con las baldosas oscuras de mármol antes de desaparecer en su interior.

Mientras el extraño cuerpo metálico salía disparado por el largo y estrecho cañón de la pistola como un caballo ganador, la chica notó el arma retrocediendo en el sentido inverso, hacia ella.

Era la primera vez en su vida que disparaba un arma. Nadie le había enseñado cómo funcionaba y, por tanto, no sabía nada de las reacciones brutales que conllevaba.

Todo había ido demasiado rápido. Demasiado rápido para que su cerebro humano lo procesara antes de que la empuñadura del arma, en parte cubierta por su mano, se le clavara en el pecho y ella misma cayera a causa del impacto.

Samuel intentó reprimir la risa, pero la escena era demasiado divertida. Mentiría si dijera que no había esperado que ocurriera algo similar cuando había gritado el nombre del rey, aunque no pensó que su pequeña broma tuviera consecuencias tan hilarantes.

—Así que Atticus no pensó en enseñarte a usar un arma antes de entregártela, ¿no? —dijo antes de estallar en sonoras carcajadas. Luchaba por mantener la compostura, pero le estaba costando—. ¡Carajo, si eres más tonta que Aspen! ¡Todos los humanos son iguales! ¡Son tan ineptos, estúpidos e ignorantes...!

«No sería así de ignorante si Atticus no ordenara a todo el mundo que me mantuviera al margen de todo», pensó Evelyn con amargura mientras se levantaba.

—Tú abre la jodida puerta —gruñó frotándose el pecho. No se sentía muy bien. Aún tenía náuseas.

—Menuda idiota. —Samuel seguía riendo—. Atticus y tú son igual de idiotas.

—Hablas de él como si lo conocieras —repuso Evelyn—, ¿lo conoces o no?

—¿Si conozco a Atticus? —Samuel repitió la pregunta mientras se acercaba

a una de las macetas—. No.

—Entonces ¿por qué hablas de él como si lo conocieras?

—Eso no es de tu incumbencia.

El vampiro levantó la maceta del taburete que estaba situado a la derecha de la puerta. Debajo había una pequeña llave metálica. Evelyn dejó escapar un suspiro cuando vio lo que Samuel estaba haciendo: había esperado que destrozara la puerta con su fuerza sobrehumana, no se le había pasado por la cabeza que quizá Hansel hubiera dejado la llave tan a mano.

—«Guarda las cosas más valiosas en los lugares más insospechados», solía decir Hansel. Y Kainsius también —dijo Samuel—. Si decidieras usar tu estúpido cerebro, verías que funciona.

—¡Deja de llamarme estúpida! —susurró ella entre dientes al tiempo que le arrebató la llave. Sin querer, lo golpeó con el hombro e hizo que el vampiro tropezara con el taburete—. ¡No soy estúpida, carajo!

Samuel puso los ojos en blanco mientras pensaba: «¡Menuda imbécil!», al ver a Evelyn meter la llave en la cerradura.

—Sabes que estás echando sal en tus propias heridas, ¿no?

—Me da igual, necesito verlo con mis propios ojos. Estoy cansada de vivir de la información y las mentiras de los demás. Me pone enferma que todo el mundo me oculte cosas, todos los que saben más que yo. No soy una niña. Me niego a ser tratada como una niña. Ya va siendo hora de que me deshaga de las ilusiones que me he hecho para protegerme.

—Por última vez, ¡yo no te he mentado! ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a tomarme la molestia siquiera? ¡Si no eres nadie! Sólo un pedazo de carne que a Atticus le gusta cogerse en sus ratos libres.

—No hablaba de ti.

Evelyn giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió con facilidad.

—No digas que no te he avisado.

Samuel chasqueó la lengua de forma siniestra detrás de la muchacha.

Ella suspiró hondo antes de empujar la puerta para que se abriera del todo y entrar en el departamento. Quizá la escena no la habría impresionado tanto si las cortinas no hubieran estado corridas y hubiera entrado más luz, pero lo estaban, y todo quedaba medio a oscuras.

El departamento estaba revuelto: lámparas caídas, cristales hechos añicos cubriendo todo el suelo, paredes destrozadas...

Ropa.

Libros.

Aparatos electrónicos.

Porcelana.

Cajas de terciopelo vacías que puede que contuvieran algo importante.

Todas las pertenencias de Hansel, de todo tipo, estaban diseminadas por el que debía de haber sido un bonito y ordenado departamento. La mayoría de ellas, rotas e inservibles.

—Los hombres de Atticus vinieron la semana pasada —dijo Samuel—, siguiendo sus órdenes, y dejaron el departamento hecho un caos. Buscaban cualquier cosa sospechosa. Esos hijos de perra se llevaron todos los objetos valiosos, excepto la caja fuerte, que era demasiado pesada e infranqueable gracias a una tecnología demasiado avanzada para sus cerebros de mosquito. Pero el resto ha desaparecido.

Samuel observaba a Evelyn con sus ojos de halcón. Esperó que ella llorara. Evelyn había esperado echarse a llorar. Pero no lo hizo. No le quedaban lágrimas. Ni una.

—¡Maldito bastardo! —gritó a pleno pulmón antes de lanzar el arma con violencia hacia el otro lado de la inmensa estancia.

Para sorpresa de ambos, de nuevo, la pistola se desplazó mucho más lejos de lo previsto antes de chocar con un cristal antibalas.

—¡Jodido bastardo! ¡Atticus! ¡Hijo de perra! —gritó Evelyn tomando lo primero que tenía a su alcance, un grueso volumen de cubiertas de cuero, y arrojándolo contra la ventana de nuevo.

Samuel la miraba con preocupación y también algo de miedo. No esperaba que la chica reaccionara de forma tan violenta al contemplar el destrozado departamento de Hansel.

Australia

—¿Seguro que funcionará? —preguntó un apuesto hombre de cabello rubio oscuro—. ¿Estás segura de que el plan funcionará, Venecia? ¿Y si las cosas no salen como has predicho y algún factor externo lo echa todo a perder? Hay demasiado en juego. Ya no conoces a Atticus tanto como antes.

—Correré el riesgo. Por el bien de la raza humana, estoy dispuesta a correrlo.

La preciosa bruja de pelo blanco recorrió con la mano la pintura de la galaxia que tenía delante. Sus inservibles ojos no podían proporcionarle la imagen de la misma, pero Venecia podía ver por otros medios: a través de la mente.

El hombre rubio miró hacia la mesa, cubierta de antiguos hechizos y fórmulas que calculaban distancias.

—Tengo un mal presentimiento acerca de esto. No podrás vencer a Atticus. Nadie puede.

—¿Quién ha dicho que intente vencerlo? No tengo planeado hacerle daño, ni siquiera un poco —sonrió Venecia—. De hecho, necesito su ayuda.

Libros, botellas rotas, cajas vacías, cubiertos y pedazos de quién sabía qué volaban por la habitación para acabar estrellándose contra las ya maltrechas y sucias paredes o los cristales antibalas de las ventanas.

Evelyn estaba desquiciada, como en trance, incapaz de percibir el paso del tiempo. Su cerebro era un embrollo gigante, y lo único que le importaba en ese momento era descargar su ira con violencia.

La sensación de lanzar objetos tangibles y verlos hacerse pedazos al entrar en contacto con las diversas superficies provocaba en ella una excitación que desconocía. Era lo más estimulante que había probado en su vida. La excitaba y la aterraba al mismo tiempo.

Sin embargo, al cabo de un rato, el reloj caído al pie de la chimenea marcó la hora, el subidón de adrenalina pasó y Evelyn cesó en sus agresiones.

—¿Ya? —oyó preguntar a Samuel desde unos metros más allá.

Seguía apoyado en el marco de la puerta —no se había movido ni un ápice durante la patalota de la chica—, mirando con cara de aburrimiento lo que quedaba del departamento de Hansel.

Después de observar la escena con detenimiento, le pareció que el lugar tenía ahora mucho mejor aspecto que antes de que Evelyn hubiera decidido arrasar con los restos. Se echó a reír al ver que ella no contestaba a su pregunta.

—Por si los guardias de Atticus no habían hecho un buen trabajo destruyendo el lugar, tú los habrás ayudado a aprobar con nota cuando el tirano de su jefe envíe a alguien a inspeccionar el resultado...

Evelyn seguía en silencio. Se preguntaba qué hacía Samuel todavía allí. Había esperado que se fuera a la primera oportunidad. No se había molestado mucho en esconder la repulsión que Evelyn le provocaba desde el mismo momento que le había puesto los ojos encima.

Echó un vistazo a la habitación que quedaba a unos metros de la sala de estar y se puso a deambular por el departamento vacío buscando algo que a Hansel le hubiera gustado que tuviera.

—Ni te molestes —dijo Samuel. Había adivinado lo que pretendía hacer—. Aspen y yo ya entramos ahí hace unos días. Confía en mí si te digo que esos malnacidos se llevaron todo lo que valía la pena llevarse. Cada objeto de valor tanto sentimental como material fue saqueado. Todo menos lo que había en la caja fuerte, claro.

—¿La caja fuerte? —repitió Evelyn.

—No esperarías que un miembro de la realeza como Hansel tuviera todas sus pertenencias de valor en cualquier parte, ¿no? Aunque el muy idiota siempre deja el dinero y muchas cosas valiosas por ahí tiradas, para que cualquiera que entre se las lleve. Pero no así aquello que no puede comprarse con dinero.

—¿Por qué sabes tantas cosas sobre Hansel? —preguntó ella al darse cuenta de que Samuel debía de haber estado en el departamento muchas veces antes.

Miró sus elegantes zapatos de cuero, su gabardina de ante oscura y el caro traje que asomaba por debajo. Interpretó que Samuel debía de ser alguien con una fortuna considerable, y posiblemente con mucho poder. Los guardias de la puerta lo habían llamado «señor». «Tiene que ser alguien importante, y es amigo de Hansel —pensó Evelyn—. Si no su amigo, al menos sí una especie de socio. Por cómo habla de Hansel y de Atticus, tiene que ser alguien que se mueve por Utopía y por la corte. Aun así, no será tan ilustre, si no, Atticus me habría hablado de él alguna vez». Entonces recordó que Atticus no era muy pródigo a la hora de hablarle de sus asuntos. ¿Quién debía de ser?

Por enésima vez, Evelyn deseó que Atticus no tratara de ocultarle siempre todo lo que sucedía a su alrededor para que sólo se centrara en él y en nada más. Quería aislarla, tenerla sólo para él.

—No es asunto tuyo por qué sé tantas cosas sobre él —contestó Samuel con dureza—. Pero quiero que sepas que da igual el vínculo que nos una a Hansel y a mí, eso no hará que te trate mejor porque seas su amiga.

—No te he pedido que lo hagas —replicó Evelyn.

Se dispuso a buscar la caja fuerte, pero, de nuevo, Samuel la detuvo.

—No te molestes en hacerlo. Si todos esos vampiros no han podido encontrar el modo de abrirla o moverla, dudo que alguien tan inútil como tú tenga ninguna oportunidad —se burló.

—Entonces ¿para qué me has hablado de ella?

—Porque yo tengo una llave de repuesto... —presumió Samuel—. ¿Quieres saber qué esconde la preciosa caja fuerte de Hansel?

—¿Cuál es el precio? —preguntó Evelyn casi sin pensar, por instinto.

Había llegado demasiado lejos como para ser tan inocente de suponer que la

gente hacía las cosas por pura bondad, sin esperar nada a cambio.

No en Utopía.

No en su mundo.

Todos deseaban conseguir algo. A no ser que les ofrecieras algo de su interés a cambio, para ellos era como si no existieras.

—Eres más lista de lo que pensaba. —Samuel rio con suficiencia.

Esa sonrisa le recordó a Evelyn las de Atticus y Jonah. Aunque la de Samuel era mucho menos siniestra, había cierto parecido. «¿Es que tienen una academia vampírica especial en la que les enseñan a sonreír así?», se preguntó mientras seguía mirándolo con la cabeza bien alta. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar por otro vampiro arrogante.

No había nada que Evelyn pudiera hacer contra Jonah o contra Atticus, pero Samuel era otra historia. Quiquiera que fuera, sabía que no podía tener ni la mitad del poder y la influencia que ellos. En realidad, sí que había algunas cosas que podía hacer para oponerse a Jonah, pero le pareció que tenerlo como archienemigo podía ser casi peor que tenerlo como enemigo a Atticus.

Se hizo un largo silencio mientras la chica esperaba que Samuel le dijera lo que quería a cambio de mostrarle el contenido de la caja fuerte de Hansel. Observó su rostro con detenimiento y vio cómo sus cejas y sus labios se movían de forma casi imperceptible, como si se estuviera librando una batalla en su interior.

—Estoy buscando a alguien... Alguien muy importante para mí —dijo Samuel—. Creo que le ha pasado algo malo, o que podría pasarle, y necesito saber cuanto antes si está o no en peligro.

Ella levantó una ceja confundida.

—Me encantaría ayudarte, pero dudo que pueda hacer nada, Samuel, lo siento. Para serte sincera, pareces un tipo poderoso, y dudo que te falte dinero o cualquier cosa material para dedicar a la búsqueda de tu amigo. Y eso es todo cuanto yo podría ofrecerte: dinero.

Se dirigió hacia donde habían aterrizado su bolso negro y su pistola. En un momento de su arrebato, los había lanzado por los aires como si no tuvieran ningún valor. No había sido muy inteligente, pero nadie es capaz de serlo cuando su cuerpo se ve invadido por la ira o cuando nota la mano del mismísimo diablo acariciarle la cabeza como un dueño a su mascota.

—No quiero dinero —repuso Samuel—. Necesito información.

—Y ¿qué clase de información podría proporcionarte yo? Atticus no me cuenta nada, nunca. Créeme, si lo hiciera, no sería tan ignorante sobre todo lo

que pasa a mi alrededor.

Echó un vistazo al departamento de Hansel y una sombra de odio y amargura cruzó su rostro.

—A lo mejor sabes más de lo que crees —le sonrió Samuel.

En realidad, no fue exactamente una sonrisa, sino que más bien tensó los músculos faciales alrededor de su boca. Aun así, a Evelyn le pareció lo más cercano a una sonrisa que le había dedicado hasta el momento y que Samuel le dedicaría nunca.

—Vamos.

—Pensaba que me ibas a enseñar la caja fuerte...

Evelyn se agachó para recoger la pistola.

—Está arriba, en mi departamento.

—Dijiste que los guardias de Atticus no pudieron acceder a ella.

—He dicho que no pudieron abrirla —la corrigió Samuel—, ni moverla, pero yo no soy tan estúpido como ellos. No soy un vampiro cualquiera.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿Por qué debería fiarme de ti?

Recogió la pistola del suelo y Samuel puso los ojos en blanco. Seguramente sería mejor que la noqueara y le quitara el arma antes de que se hiciera daño, pero le dio pereza. No le apetecía tener que cargar con ella hasta su departamento sólo para poder hacerle unas cuantas preguntas.

—¿No te gustaría saberlo? —rio—. Vamos, niña, no tenemos todo el día.

—No me llames niña —protestó Evelyn con la pistola en la mano. La hacía sentir segura. Tomó el bolso, donde tenía guardada la tarjeta de Atticus—. Dame un motivo para seguirte. ¿Cómo sé que no tienes malas intenciones?

Samuel se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—Cariño, no tienes ninguna otra opción. Si quieres ver lo que Hansel esconde en su caja fuerte, entonces tendrás que venir conmigo. Y, además, dudo que tu precioso Atticus se pusiera muy contento si alguien le dijera que estás aquí, visitando al chico que tiene preso por acercarse demasiado a ti...

—¡No te atreverías!

—Por supuesto que sí. —Samuel dejó escapar una carcajada—. No todo el mundo es bueno. Tengo mis prioridades. Pese a que Hansel es un buen hombre a quien admiro y un buen amigo, tengo mis propios intereses. Y ahora mismo, el bienestar de Kainsius es mucho más importante que el tuyo o el de Hansel. De hecho, siempre lo será.

—Pero ¿quién es ese Kainsius? —gritó Evelyn molesta porque Samuel no paraba de referirse a un hombre de quien ella no sabía nada y, además, no le

explicaba nada tampoco.

Levantó el arma.

No tenía intención de atacar a Samuel, era sólo para protegerse. Aunque la verdad era que un objeto capaz de causar consecuencias letales nunca iba mal a la hora de pedir información.

Miró a Evelyn como si fuera una chiquilla estúpida. Su mirada reflejaba los prejuicios que sentía hacia ella.

—No voy a hacerte daño, chica. Si te pasara algo, tendría a ese tirano de Atticus encima de mí en menos de cinco minutos, estoy seguro. Y no se me antoja mucho hoy. Así pues, te prometo que conmigo estarás bien. Sólo métete en el jodido elevador de una vez. No soy tan idiota como para hacerte nada, no te preocupes.

Evelyn tragó saliva nerviosa. Seguía agarrando la pistola con las manos, ahora sudorosas.

—Vamos —insistió Samuel. Ella entró en el elevador—. En serio, no tenemos todo el día. Te doy mi palabra de que no te voy a herir. Te lo prometo. Ya he abierto la caja fuerte de Hansel. Encontré allí su diario. Seguramente querrás leerlo... —añadió él sabiendo que con esa última frase la convencería del todo.

Australia

El hombre rubio sostenía entre las manos un gran libro encuadernado en cuero con las páginas amarillentas a causa de los años. Leía. En aquellas páginas se encontraban los hechizos y las leyendas más antiguas. Venecia había dicho que los contenidos del libro eran tan antiguos como el propio universo, y en esas páginas estaba la solución a todos sus problemas, el conocimiento que ayudaría a salvar a la raza humana.

—No entiendo la mitad de las lenguas utilizadas aquí —murmuró él—. ¿Es que son siquiera terrestres?

Venecia sonrió.

—La galaxia es un lugar muy grande. No finjas que no sabes que vivimos en un gran abismo. El universo es demasiado extenso como para contar solamente con un planeta habitado.

Él puso los ojos en blanco.

—Aun así, todavía no entiendo qué tiene todo esto que ver con Atticus, con

esa muchacha, Evelyn, con el chico humano y con toda su raza. ¿Por qué no me lo cuentas de una vez, Venecia? ¿Es que no confías en mí? Si no lo haces, ¿para qué me has pedido que viniera aquí a ayudarte? ¿Qué quieres que haga? Haré cualquier cosa que me pidas, ¡cualquiera!

Ella suspiró.

—No te va a gustar el plan que tengo en mente. Para que tenga éxito, pasarán cosas que no te gustarán, y lamento mucho todo el dolor que voy a causarte.

—Venecia, mi dolor me da igual. ¡He sufrido todo tipo de dolores inimaginables! ¡Ya tengo una edad! No necesito que me protejas más, haré y puedo hacer todo lo que me pidas.

—No, Kainsius. Las torturas que experimentarás no serán físicas, sino emocionales. No importa lo fuerte que seas, siempre tendrás una debilidad. — Venecia alargó la mano y la puso sobre el libro.

—¿Tiene esto que ver con Atticus? —quiso saber él—. Te lo he repetido una y otra vez. No me parezco en nada a Atticus. Y no tendré ningún problema en matarlo llegado el momento, si es eso lo que quieres que haga.

—No, no podría pedirte eso ni lo haré nunca. No importa lo fuerte, lo frío, lo despiadado y lo valiente que creas ser: nunca serías capaz de hacerle daño al hombre que te creó.

Querido diario:

No estoy seguro de que Atticus haya tomado la decisión adecuada al desterrar a Kainsius. Le ha sido leal durante miles de años y seguramente es el único en el mundo capaz de enfrentarse a él y con las agallas necesarias para hacerlo, pese a que la mayoría del tiempo lo único que busca es complacerlo y ganarse su respeto y su afecto.

Me da pena el pobre Kainsius. Haga lo que haga, Atticus nunca se muestra orgulloso de él. Es como si le tuviera manía por algo. Me parece que hay algún tema no resuelto entre ambos, algo que debió de pasar hace mucho y que desconozco. He intentado preguntarle a Marcus, porque quizá sea el único que lo sepa, llevando como lleva al lado de Atticus mucho más que nosotros, pero se niega a contarme nada. Jonah también intentó sonsacarle, pero sin éxito...

Querido diario:

Está ocurriendo. El apocalipsis ha llegado.

Odio esto.

Odio todo lo que tiene que ver con esta guerra.

Los humanos se equivocan, sí.

Atticus está haciendo lo correcto al luchar por gobernar el único planeta que tenemos, es cierto. Nos salvará a todos, no sólo a los vampiros, también a los humanos y a los cientos de especies animales y vegetales del planeta, y las vidas que están por llegar. Si los humanos siguen destruyendo la Tierra a este ritmo, no sé qué pasará. No creo que lleguen a aprender de sus errores y consigan cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Sé que Atticus hace lo correcto, pero es..., no sé.

Se trata de la violencia. No sé qué pensar de toda esa violencia. ¿Es absolutamente necesario asesinar de forma tan despiadada? Jonah mató a una niña pequeña ayer, en la batalla de París. No tenía más de seis años. No pareció

sentir ningún remordimiento cuando le cortó el cuello.

Tantos hombres y mujeres, viejos y jóvenes, vampiros y humanos, han perdido la vida por esta guerra... ¿Era necesario que murieran?

Atticus lo llama justicia. No sé... Yo no quiero matar. Tengo suerte de estar en la misma sección que Jonah y Alejandro. Son más viejos que yo. El tiempo parece haber borrado sus principios morales. Matar a inocentes no les molesta.

Pero a mí sí.

Yo tan sólo mato a soldados con armas.

¿Soy estúpido por llorar por todas las vidas perdidas, sin importar su especie, raza, edad y género? ¿Es malo que no sea capaz de asesinar a inocentes? No todos los humanos son malos.

Querido diario:

Me odio.

Odio este mundo.

Odio todo.

Hoy he matado a un chico joven en Berlín. Era un soldado, pero aun así era muy joven, apenas lo suficientemente mayor como para llevar un fusil. No tenía experiencia. Estaba asustado. ¡No quería luchar! ¿Por qué lo habré atacado? ¿Por qué?

No me he dado cuenta de que era un chiquillo hasta que ya estaba hecho. Pensaba que era mayor. No me importa matar a soldados, a los secuaces de los dictadores del mundo humano. Pero ¡no tenía más de catorce años! ¿Qué hacía allí? Jonah y Alejandro llevan una semana metiéndose conmigo por ser demasiado débil.

¿Soy un débil? Me siento como un cobarde. ¿Lo soy?

Están pensando enviarme a algún país donde la lucha sea menos intensa. ¿Debería ir? Estoy confundido. Quiero ayudar a Atticus, quiero ser de utilidad en su ejército, es el único modo que tengo de devolverle el favor por haberme hecho inmortal. Pero yo no soy como Jonah y como Alejandro. Ellos ven a los humanos como seres sin valor alguno, sólo buenos como comida. Aparte de algunas mujeres, que son buenas también para el sexo.

Soy el único de mi división que todavía no ha violado a nadie. ¿Soy un cobarde por no querer forzar a una mujer? He intentado razonar sobre el tema con Jonah y con ellos, pero siempre se burlan de mí. Dicen que Atticus se equivocó al querer tener a alguien tan joven y cobarde como yo cerca de él.

¿Soy un cobarde? ¿Qué hace de alguien un cobarde?

—No, Hansel, no lo eres. Eres mucho más valiente y más hombre de lo que ellos lo serán nunca —murmuró Evelyn mientras seguía pasando páginas del diario.

Querido diario:

Atticus va a enviar a Alejandro a los países más rebeldes de África. Alejandro Magno, el mejor líder, el gran luchador, el mayor conquistador de entre todos nosotros. Ojalá yo le fuera tan útil a Atticus como él.

Evelyn siguió leyendo:

Querido diario:

No sé cuánto más voy a poder aguantar. El continuo olor a sangre en el aire ha empezado a darme náuseas. Espero que la guerra acabe pronto. Sólo quiero que las cosas sean apacibles, pacíficas, tranquilas. ¿Por qué no podemos simplemente atacar a los dictadores y acabar con ellos, si son los tipos malos? ¿Por qué tenemos que acabar con tantas vidas inocentes en nuestro camino para derrocar a los gobiernos humanos?

Querido diario:

Hoy he matado a una niña de trece años. Le arranqué la cabeza de los hombros. Estoy esperando que lleguen los remordimientos. Están tardando más de lo habitual.

Querido diario:

Hoy he vuelto a matar.

Querido diario:

Atticus quiere crear campos de prisioneros humanos. Quiere tenerlos en ciudades rodeadas de altos muros. Por los planos, parecen más bien prisiones de alta seguridad. Servirían para suministrarnos sangre cuando termine la

guerra. Dice que ya no queda mucho. Espero que tenga razón.

A todo el mundo le ha parecido genial la idea de los campos. No sé... Yo no he querido votar a favor. Me parece cruel criar humanos y recolectar su sangre como si se tratara de animales sin alma y sin conciencia. Quise votar en contra, pero habría sido el único. El resto están entusiasmados.

No quería ser el único en oponerme a la idea. No quería parecer cobarde, o débil.

De todos modos, sólo habría sido un voto, así que tampoco habría cambiado nada, ¿no?

Evelyn tuvo que parar de leer en ese punto. Le pareció que el corazón se le derretía. En parte, se sentía culpable por estar leyendo el diario de Hansel: algo tan privado y personal no tenía que ser leído por terceros. Aun así, se alegraba de poder hacerlo.

Nunca se había percatado de lo honesto y bondadoso que era Hansel en realidad. Siempre había sabido que era distinto de Jonah y Atticus, pero al leer su diario se había dado cuenta de que de verdad le importaba la raza humana y no la veía como inferior, al contrario que Samuel o Jonah.

—Éste es el más reciente —le dijo Aspen poniendo una libreta de tapas de cuero marrón junto al diario más grande, de color azul marino—. Tengo que confesar que he leído algunas páginas... —murmuró—. Samuel me dijo que no lo hiciera, pero no pude resistir la curiosidad. Hansel es tan bueno... Espero que no te importe.

—Gracias —dijo ella.

Aspen parecía un buen tipo, mucho más que Samuel. Era humano, así que no demostraba ningún prejuicio por el hecho de que ella también lo fuera.

—De nada —respondió Aspen con una sonrisa, y se sentó en una silla junto a Evelyn. Se le formaban unos hoyuelos que le recordaron a los de Hansel, y también a su propia expresión cuando era más joven—. Me alegra poder ayudarte. No tengo muchas oportunidades de conocer a otros humanos. Hacía mucho que no veía a nadie de mi raza. Kainsius nunca me deja apartarme de Samuel.

Evelyn frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Kainsius es como mi salvador: me sacó de la calle. Yo era muy pequeño, hace unos quince años, creo, y mi madre y mi hermana habían muerto a manos

de uno de los protegidos de Kainsius. No sé por qué decidió quedarse conmigo y protegerme durante tanto tiempo. A lo mejor porque, en parte, se sentía culpable de que su creación hubiera destruido a mi familia. Y también porque me parezco un poco a él, supongo. Los dos tenemos el pelo rubio. —Aspen sonrió aún más.

—Lo siento.

—Oh, tranquila, me gusta pensar que mi madre creía en el cielo y que, por tanto, debe de estar ahí con mi hermana, en un lugar mejor. A veces la echo mucho de menos. Me gustaría recordar más cosas de ella, haber podido pasar más tiempo juntos. Pero en la vida no siempre consigues lo que quieres. —Le dio una palmadita a Evelyn en la cabeza como si fuera una especie de mascota—. Me recuerdas a mi hermana, ella también tenía el cabello oscuro. Aunque no tenía los ojos azules; los suyos eran marrones como los míos.

Aspen tenía un aura infantil, y Evelyn no pudo evitar sonreír. Era tan inocente, tan dulce, tan luminoso, y parecía tan feliz...

«Espero que sigas siendo siempre tan feliz —pensó—. No dejes que la crueldad del mundo te cambie».

—¿Fue ese protegido... el que mató...? —Evelyn no sabía cómo preguntar lo que quería. No estaba segura de que Aspen quisiera contárselo.

—¿El que mató a mi madre y a mi hermana? —sugirió, y ella asintió.

—Sí... ¿Fue... fue Samuel?

—¡Oh, no! ¡Samuel es buen chico! —Aspen se inclinó un poco para susurrarle algo al oído—. Entre tú y yo, creo que no ha matado a nadie en su vida. Se hace el duro, pero es muy amable. Si finge que te odia, no te lo creas. Se comporta como si odiara a todo el mundo menos a Kainsius, ¡incluso a mí!

—¿Cómo podría alguien odiarte a ti? —rio Evelyn.

Pese a que Aspen era mayor que ella, tenía la sensación de que era como un hermano pequeño. Se preguntó si, en el caso de que Atticus lo conociera algún día, el rey decidiría que Evelyn era demasiado aburrida, complicada y estaba tan acabada como todos decían y la reemplazaría por él.

«¿Le atraerán a Atticus ambos sexos? Tiene miles de años después de todo, habrá tenido sus experiencias con hombres, ¿no?», pensó antes de sacudir la cabeza para apartar ese pensamiento de su mente.

—Así que, ¿estás leyendo lo que Hansel escribió en su diario durante el Apocalipsis? —preguntó Aspen mirando el libro que tenía ella en la mano.

—Bueno, he leído algunas anotaciones. No quiero entrar mucho en detalles. Me siento como si estuviera invadiendo su privacidad.

—No se enterará nunca. —Aspen se encogió de hombros—. Yo lo he leído.

Buscaba información sobre Kainsius y Samuel, pero no encontré nada. No sabía lo honesto que era Hansel hasta que leí sus diarios.

—Yo tampoco. Y eso que he pasado bastante tiempo con él.

Aspen sonrió.

—Ya... En el diario más reciente tu nombre aparece constantemente. Le gustas mucho. Eres una chica muy fuerte, lista, amable y valiente.

—En realidad, no soy nada de eso —replicó Evelyn—. Puede que antes lo fuera, pero ya no.

—¡No digas eso! Los humanos siempre nos juzgamos a nosotros mismos tan duramente... —Aspen le dio una palmadita en la espalda—. Además, algunas de las cosas por las que te ha hecho pasar Atticus son terribles. Eres muy fuerte y muy valiente por haber sobrevivido a todo ello.

—¡Me da igual si Alejandro está ocupado buscando un maldito diamante! —oyeron entonces que gritaba Samuel en la cocina.

Llevaba veinte minutos al teléfono. Evelyn seguía esperando que le hiciera las preguntas que quería hacerle a cambio de dejarle leer el diario de Hansel.

—Estoy confundida sobre lo que se supone que debo hacer —dijo la joven negando con la cabeza—. No sé lo que quiero, todo es muy complicado.

Aspen rio.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? ¿En serio esperas saber lo que quieres cuando te has pasado la vida protegida por tu padre, un amor atento pero sobreprotector y un amante compulsivamente agresivo?

Evelyn frunció el ceño y se preguntó cómo podía Aspen saber tantas cosas de ella. Su pregunta fue respondida cuando él señaló el diario de Hansel.

—Es normal que estés confundida. —El joven suspiró—. Yo también lo estoy. Acerca de dónde demonios está Kainsius, sobre si Samuel encontrará el amor y llegará a ser feliz alguna vez, si Kainsius conseguirá la aprobación de Atticus, si corresponderás el amor que te profesa Hansel, si salvarás a Atticus... Muy confundido, la verdad.

—¿Cuánto sabes de mí? —preguntó Evelyn tomando otro de los diarios de Hansel—. ¿Cuánto escribió Hansel sobre mí?

—Ahí hay un montón de cosas sobre ti. —Aspen chasqueó la lengua—. Casi todo va sobre ti. Te quiere, ¿lo sabías?

—No creo que Hansel le dijera eso a alguien a quien acabara de conocer hace veinte minutos —respondió ella divertida.

—¿Lo sabías? —insistió Aspen.

—Me lo habían dicho, pero no confiaba mucho en la palabra de Jonah.

—¿Tú lo quieres?

—*Querer* es un término muy fuerte.

—Pero... ¿lo quieres?

—No lo sé.

—¿Qué piensas de Hansel?

—Es agradable. Mucho más que Atticus. Es considerado y muy dulce.

—¿Qué piensas de Atticus?

—Es Atticus. —Evelyn puso los ojos en blanco—. Aterrador, brusco, maligno, despiadado, sin corazón, desconsiderado, egoísta... Aun así, al mismo tiempo, está roto y maldito. Quiero ayudarlo. Si lo ayudo a ser mejor, entonces puede que logre construir un futuro mejor para la raza humana.

—Pero ¿no estás lista para perdonarlo por todo lo que te ha hecho?

Ella negó con la cabeza.

—Una relación verdaderamente complicada. —Aspen volvió a reír—. ¿Y Ethan? Hansel cree que en realidad no quieres a Ethan, sino que estás enamorada de la idea de libertad y él te da seguridad. Te aferras a él porque quieres aferrarte a la vida que llevabas antes de conocer a Atticus.

—Ethan... Ethan es Ethan. Es tan bueno, valiente, listo, cariñoso y abnegado... Es la razón de que yo sea como soy. Es mi mejor amigo y lo quiero mucho. Antes, cuando pensaba en el amor, pensaba en Ethan. Lo he querido desde que éramos niños, pero...

Evelyn no pudo acabar la frase porque una voz la interrumpió:

—Guárdate las lágrimas y la charla a corazón abierto para luego, no tenemos todo el día —le soltó Samuel sentándose frente a Aspen y ella.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, les acercó una foto rectangular.

—¿Has visto a este hombre alguna vez?

Evelyn tomó la instantánea. Vio a dos hombres, uno de los cuales era Samuel, y el otro... El otro no tenía ni idea de quién era. Tenía la piel bronceada, los ojos de un azul que bajaba de intensidad a medida que se alejaba de la pupila, el pelo rubio oscuro, los pómulos pronunciados y las cejas anchas. Era muy apuesto.

—No —respondió.

—Es Kainsius.

—¿De verdad me vas a hacer preguntas acerca de un hombre al que no he visto jamás?

Samuel la ignoró.

—¿Has oído a Atticus mencionar a Kainsius alguna vez?

—No.

—¿Ese bastardo nunca te ha hablado de Kainsius?

—No, ¿quién es Kainsius en realidad? Y ¿quién eres tú? ¿Qué relación tienen con Atticus? Porque me parece a mí que no forman parte de la realeza...

—Bueno, más o menos sí —replicó Samuel siniestramente—. Y ya sabes quién soy: soy Samuel. Eso es todo cuanto necesitas saber acerca de mí.

—¿Qué relación tienen Atticus y Kainsius?

—Es un secreto... —rio él—. ¿Qué sabes de Venecia?

—Algo, ¿por? —inquirió Evelyn.

—¿Crees que tiene en marcha algún plan para rebelarse contra Atticus?

—Ethan me dijo hace un tiempo que había una guerra a punto de estallar. Pero creo que Venecia ha cambiado de parecer.

Samuel asintió.

—¿Qué sabes de los Redfern de Australia?

—¿Por qué quieres saber cosas sobre la familia de Ethan? —preguntó ella—. Sé que Ethan pertenece a la rama humana de la familia, es totalmente humano. No tiene mucha relación con sus parientes lobos.

—Pero conoces a Aaran Redfern, ¿no? El Lobo Verdadero. Es un hombre con estatus y poder. ¿Qué sabes de él?

—No mucho.

—No me mientas, chiquilla, ¿qué sabes de Aaran Redfern?

—¿Por qué quieres saberlo? Él no tiene nada que ver con todo esto.

—Escúchame bien, niña: hemos hecho un trato. Yo te dejaba ver lo que había en la caja fuerte de Hansel y tú... —Samuel se detuvo a media frase.

De repente, se quedó pálido como el papel y casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué pasa? —preguntó Evelyn.

—¡Lárgate! —gritó él mirándola—. ¡Vete! ¡Ahora!

—¿Qué? ¿Por qué?

Samuel se puso a su lado, pero no la tocó.

—¡Sal de aquí de una vez! ¡Lárgate! ¡No debería haberte ayudado!

—¿Qué? —Evelyn se lo quedó mirando confundida—. Pensé que querías hacerme unas preguntas...

—¡VETE! —chilló Samuel con la cara roja de furia. Parecía enojado, asustado y sorprendido, todo a la vez.

Aspen retrocedió al verlo, confundido también. Evelyn tomó el diario azul

marino y el marrón más pequeño de la barra de la cocina. Quiso quejarse por no haber podido ver el resto del contenido de la caja fuerte de Hansel, pero parecía que Samuel quisiera matarla de un momento a otro, así que no dijo nada. De hecho, la sorprendió que el vampiro no rechistara al verla tomar los diarios.

—No debería haberte ayudado... —murmuraba Samuel cuando ella salió del departamento—. Me matará... Me matará...

—¿Quién va a...? —Evelyn no pudo acabar la frase antes de notar una forma blanda y rectangular empujándola por la espalda y sacándola del departamento.

La puerta se cerró de golpe. Miró al suelo. Lo que había notado en la espalda era su bolso.

«Pero ¿qué demonios...? —Evelyn recogió el bolso. Por el peso, supo que la pistola también estaba dentro. Contempló los diarios que sujetaba en la mano—. Qué tipo tan raro...».

—¡Vete! —gritó Samuel de nuevo antes de cerrar la puerta.

La muchacha puso los ojos en blanco, cruzó el descanso y se metió en el elevador. Apretó el botón que la llevaría a la planta baja. Poco podía imaginarse la desgracia que caería en breves instantes sobre Samuel y Aspen. Si hubiera sabido lo que les iba a pasar, se habría quedado y los habría protegido con todas sus fuerzas. Pero no podía saberlo...

Dolor.

Atticus estaba familiarizado con el dolor.

Pensaba que había padecido todos los tipos de dolor posibles en sus casi tres mil años de vida. Durante mucho tiempo, antes de conocer a Evelyn, pensó que estaba tan acostumbrado a sufrir que se había vuelto inmune al dolor, del mismo modo en que se había vuelto inmune a los remordimientos.

Tres mil años.

Tres mil malditos años.

Agarró con fuerza el volante de su Maserati. Su corazón muerto, pero a la vez palpitante, bombeaba sangre por todo su cuerpo a un ritmo frenético. La expectación y la ansiedad lo estaban asfixiando, pese a que ya sabía de antemano todo lo que iba a pasar.

No quería llorar, no quería derramar lágrimas por cosas que no podía cambiar—los deseos de Evelyn—, no quería mostrarse débil. Sin embargo, también era consciente de que ni siquiera los guerreros más fuertes eran inmunes al dolor provocado por un corazón roto. Pese a todo, Atticus conducía su Maserati con semblante tranquilo, haciendo lo posible por controlar la ira, por evitar presentarse en el departamento de Samuel Hemmings.

Escuchaba la conversación entre Evelyn y el chico humano y, por el animado tono de voz de ella, se había dado cuenta de lo feliz que era al charlar con aquel desconocido. Cada vez que él se reía con ella, al monarca sediento de sangre le entraban más ganas de matarlo.

Quería arrancarle el corazón de raíz y sostenerlo en un puño y luego lanzarlo al suelo y pisotearlo hasta que no fuera más que un charco de sangre y carne. Quería tomar la cabeza del chico entre sus enormes manos y oír el sonido de su cráneo al fracturarse bajo su fuerza sin igual. Quería infligirle un dolor inimaginable, a él y a cualquier otro hombre que se atreviera a hacer sonreír a Evelyn, a cualquiera que osara hacerla sentirse a gusto, a cualquiera que intentara ganarse su corazón.

—¿Tú lo quieres? —oyó que le preguntaba el chico humano refiriéndose a Hansel.

—*Querer* es un término muy fuerte.

—Pero ¿lo quieres?

—No lo sé.

—¿Qué piensas de Hansel?

—Es agradable. Mucho más que Atticus. Es considerado y muy dulce.

Cada sílaba pronunciada por Evelyn atravesaba el corazón inmortal del rey como un millón de afiladas cuchillas, aniquilando su amor por ella y sus esperanzas de ser feliz.

Se agarró al volante con más fuerza todavía. Sus dedos estaban empezando a marcarse en el cuero del mismo, y los ojos habían comenzado a arderle, pero no estaba listo para dejarse llevar todavía.

—¿Qué piensas de Atticus?

El rey tragó saliva nervioso mientras seguía escuchando la conversación desde la distancia. El mundo continuaba girando, la gente seguía caminando y Utopía seguía con su habitual ajeteo mientras él ahogaba sus penas sentado al volante de un coche valorado en un millón de dólares.

—Es Atticus —oyó decir a Evelyn—. Aterrador, brusco, maligno, despiadado, sin corazón, desconsiderado, egoísta... Aun así, al mismo tiempo, está roto y maldito. Quiero ayudarlo. Si lo ayudo a ser mejor, entonces puede que logre construir un futuro mejor para la raza humana.

—Pero ¿no estás lista para perdonarlo por todo lo que te ha hecho?

Evelyn no le dio una respuesta audible. Atticus quiso creer que habría asentido con la cabeza o hecho cualquier otro gesto para indicar que sí, que estaba lista para perdonarlo, pero en realidad sabía demasiado como para caer en la tentación de dejarse engañar por ese tipo de fantasías.

Sabía... sabía que era casi imposible que el amor de su vida lo quisiera, pero, aun así, allí estaba, intentándolo y dándole oportunidades para que lo convenciera de que tenía motivos para aferrarse a su amor por ella durante aquellos momentos de dolor, pena y soledad.

El antiguo poder de la Oscuridad merodeaba a su alrededor, ofreciéndole el dulce consuelo de la venganza, urgiéndolo a que apagara el último resquicio de luz que quedaba en su interior.

Atticus quería abandonarse a ella y olvidarse de todas sus preocupaciones, de todo el dolor y el sufrimiento. Quería abandonar sus últimos vestigios de humanidad, de compasión, de amor y de lo poco que lo separaba de convertirse

en un verdadero monstruo sin corazón y sin alma.

Pero despojarse de todo aquello quería decir también abandonar toda esperanza de estrechar a Evelyn entre sus brazos, de verla sonreír, de que ella lo besara por propia voluntad y le dijera las dos palabras que de bien seguro lo harían postrarse a sus pies: «Te quiero». Dos simples palabras que le ofrecerían al torturado rey una razón para vivir, para ser feliz de nuevo.

La quería más de lo que nunca había querido a nadie.

Su amor por ella era incondicional e imperecedero.

Su amor por ella era eterno.

Su amor por ella era tan intenso, tan imposible y tan absolutamente insaciable que resultaba peligroso: no era sólo una amenaza para la vida de Evelyn, sino también para la de todos los que ocupaban un espacio en su corazón.

Atticus Lamia no era la clase de hombre que aceptaba un no por respuesta.

Era el rey. Y siempre conseguía lo que quería. Siempre.

Tenía el mundo a sus pies, y Evelyn no era ninguna excepción. Atticus estaba decidido a hacerla suya en todos los sentidos de la palabra, sin importar las consecuencias, sin importar los daños colaterales.

Evelyn seguía charlando con el chico humano. Otra voz se había unido a la conversación —Samuel Hemmings; el rey lo recordaba como protegido de Kainsius—, pero Atticus había decidido dejar de escuchar. No creía ser capaz de soportar las sinceras palabras de Evelyn mucho más.

—Si la amas, déjala ir. Si vuelve, entonces es tuya para siempre, de lo contrario es que no lo ha sido nunca... —Atticus murmuró las palabras que le había dicho una vez Hansel. Sintió un amargo resentimiento al hacerlo—. Que la dejara ir, eso era lo que tú querías, ¿no? ¡Que la dejara ir para que tú pudieras interponerte en mi camino! ¡Hansel, creía que podía confiar en ti! ¡Creía que me eras leal!

La furia ardía en sus ojos al pensar en Hansel y en el afecto que Evelyn le profesaba al vampiro de pelo rizado: un afecto que él haría cualquier cosa por obtener. Los celos lo consumían.

—¡Yo confiaba en ti! —gruñó apretando tan fuerte el volante que el metal de debajo del suave cuero empezó a deformarse—. ¡Confiaba en ti, maldición! ¡Eras mi amigo! ¡Te lo di todo! ¡Te salvé! ¡Soy tu creador! ¡Soy tu amo! ¿Cómo te atreves a conspirar para robarme lo que más me ha importado? ¡Evelyn es mía! ¡Es mía! ¡Siempre ha sido mía y siempre lo será!

Sus propias palabras eran como un bálsamo reparador para su corazón roto,

suficientes para amortiguar parte del insoportable dolor, pero incapaces de combatir las infecciones profundas y cortar el problema de raíz. Evelyn era lo único en todo el vasto universo capaz de curar sus heridas y aplacar a sus demonios.

«No te la mereces. ¿Por qué un ángel como ella iba a enamorarse de alguien tan roto, egoísta, despiadado, desalmado y cobarde como tú? ¿Es que acaso sabes cómo amar de verdad? —le susurró una voz desde lo más profundo. Una voz que hacía mucho tiempo que no oía—. Déjala ir. ¡Deja ir a la pobre muchacha! ¡Deja de hacerla sufrir de una vez, hazla libre! Sabes que eso es lo que debes hacer. Aferrarte a ella así es como intentar aferrar el agua. Tarde o temprano, se te escapará entre los dedos. No tiene sentido intentar evitar lo inevitable, y cuanto más te aferres a ella, más distancia querrá».

—¡Cierra la boca! —susurró Atticus. Tragó saliva asustado, incapaz de aguantarse las lágrimas por más tiempo—. ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! —recitó como un mantra—. ¡Es mía! ¡Me pertenece! ¡Nunca podrá irse de mi lado sin mi permiso! ¡Perder un puñado de agua no es nada cuando puedes tener el océano entero! Es mía y, se escape a donde se escape, la encontraré. ¡No podrá huir de mí! ¡El mundo me pertenece!

La voz no respondió, pero Atticus casi pudo oírla chasquear la lengua.

—Soy el rey —dijo para sí—. Soy inmortal. Soy Atticus Lamia. Soy el hombre más poderoso que la Tierra ha conocido, y Evelyn es mía. Es mía, en la vida y en la muerte, es mía.

«No, no lo es. No te quiere. Acabe con Ethan, con Hansel o sola, nunca será tuya. Ni todo el dinero ni todo el poder del mundo podrían hacer disminuir el odio que siente hacia ti. Eres incapaz de amar. Somos incapaces de amar. Estamos condenados, malditos. Si la quisiéramos de verdad, la dejaríamos ir. Debes permitir que Evelyn se quede con Hansel, con Ethan o con quien ella escoja...».

Atticus apoyó la frente sobre el volante. Oía voces representantes del bien y del mal batallando en su cabeza. Aunque intentaba escuchar la voz de la razón, la escasa bondad que quedaba en él, la Oscuridad seguía siendo la voz predominante.

Imágenes del futuro poblaban su mente y lo torturaban, derrumbando sus muros defensivos. Imágenes de los cuerpos de Hansel y de Evelyn bajo unas sábanas de satén blanco. Sus dedos entrelazados, sus cuerpos unidos bajo el dulce sonido y el aroma de la pasión. Evelyn abrazando a Hansel con fuerza, jadeando mientras él entraba y salía de ella, sus labios lamiendo la tierna piel de

sus pechos. Las piernas de ella rodeando su cintura, sus uñas arañando la espalda de Hansel al perderse en el placer que éste le proporcionaba. Las caderas de ambos moviéndose al unísono, al ritmo de un deseo y una necesidad incontenibles.

«¡Hansel!», Evelyn gritaba el nombre del protegido del rey, el nombre de la persona en quien éste había creído poder confiar ciegamente, a quien había colocado a su lado para protegerla, para consolarla.

A Atticus se le escapó una lágrima y luego, tras un alarido de dolor, no pudo contener el llanto y empezó a sollozar.

Sentía rabia, miedo, frustración, remordimiento, culpa, pena, disgusto, exasperación, indignación..., emociones de todo tipo, incluso algunas que nunca había experimentado. Al menos, no con esa intensidad.

Hacían que, en comparación, el dolor que había sentido al descubrir a Evelyn con la espalda contra aquel cerezo y las piernas rodeando la cintura de Ethan pareciera un día en el parque de atracciones.

Ninguno de los momentos de dolor agónico que había experimentado en su vida se le parecía. Ni siquiera ver el cuerpo sin vida de Mira en el suelo de su casa, con el collar que le había regalado alrededor del cuello, estrangulándola.

Si Evelyn acabara con Ethan, quizá Atticus podría, de algún modo, por algún tipo de milagro, tras varias vidas de luto, superarlo. Pero no si acababa con Hansel.

No con el chico que Atticus había rescatado de la calle, el chico al que le había concedido la inmortalidad, el chico que había visto crecer, al que había criado y querido como a un hijo, el chico a quien le había pedido que se hiciera amigo de Evelyn y la protegiera porque sabía que ella necesitaría algún tipo de compañía para poder sobrevivir en palacio, la presencia de alguien a quien ella no odiara. Atticus lo había escogido por el bien de la salud mental de Evelyn.

—Y ahora, el chico al que crie y eduqué tiene el corazón de la mujer que amo —gruñó Atticus.

Tenía sed de sangre, sed de venganza.

Contempló el edificio de apartamentos Royal Lilac con mirada amenazadora.

—Te he dado la oportunidad de cambiar las cosas, de salvar a los hombres a los que amas, y a ti misma de sufrir un dolor inconmensurable. Te he dado una oportunidad..., pero me has fallado.

Todo cuanto Atticus deseaba en esos momentos era pisar el acelerador y conducir de vuelta al palacio real tan rápido como su Maserati pudiera llevarlo y, una vez allí, arrancarle el corazón a Hansel.

Pero no lo hizo.

Sabía que no podía matar a Hansel, al menos, no todavía.

A veces, seguir con vida no era ninguna bendición.

—¡Vete! —gritó Samuel por última vez después de empujar a Evelyn para que saliera y cerrar de un portazo.

Durante su corta vida humana, Aspen había sido testigo del poder de la Oscuridad, de cómo ésta podía invadir el cuerpo de hombres y mujeres inocentes y con almas nobles. A veces había sido él el objeto de su ira, a veces el objeto de su ira habían sido otras personas: hombres y mujeres de todas las edades, siempre que fueran menos ricos y poderosos que quien cometía los abusos.

Las iracundas palabras de Samuel habían rebotado contra las paredes mientras éste sacaba a Evelyn del departamento a empujones. Pese a haber sido testigo de los males del mundo durante toda su vida, Aspen no pudo sentirse apenado al ver la escena. Había algo extraño en los ojos de Samuel cuando había echado a la muchacha del departamento, algo distinto de la habitual ira, la agresión, la ferocidad y la furia.

—¿Samuel? —pronunció en voz baja el nombre de su no siempre amable amigo—. Pensaba que querías hacerle algunas preguntas... ¿Por qué la has echado? ¡Nos iba a ayudar a encontrar a Kainsius! Pensaba que querías sacarle información... —Aspen se vio interrumpido antes de poder acabar la frase.

—¡Cállate!

Samuel se volvió hacia él con los ojos llorosos y se sacó del bolsillo lo que este último percibió como un trozo de roca. Cruzó la habitación y le puso el objeto en la mano

Era una reluciente bala de color negro. Quemada y deformada, pero una bala, al fin y al cabo.

«Alguien tiene que haber usado esta bala», pensó Aspen tocando el pequeño objeto metálico que tenía en la mano.

—No sé si tiene ningún valor o no —dijo Samuel apresuradamente, cambiando el peso de una pierna a la otra. Le temblaban ligeramente las manos, sólo un poco, pero le temblaban—, pero la perra dijo que Atticus se la había dado para protegerse, así que puede que tenga algún tipo de valor.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Aspen examinando la bala—. ¿Qué pasa, Samuel? ¿No querías hacerle unas preguntas a Evelyn y averiguar dónde está Kainsius?

—Es demasiado tarde para eso. No debería haberla ayudado. Debería haberla dejado morir. ¡No me puedo creer que haya sido tan estúpido! Esa chica es la niña de los ojos de Atticus, era imposible que la dejara sola por ahí sin algún tipo de vigilancia, de mecanismo de control para asegurarse de que estaba bien. ¿Cómo he sido tan estúpido?

—¡Samuel! —exclamó Aspen—. ¿Qué demonios pasa? ¡Dímelo!

—Cuanto menos sepas, mejor. Ve a la habitación de Kainsius. Sabes el código de su cámara acorazada, ¿no? Escóndete ahí, escóndete y no salgas. Pase lo que pase, ¡no salgas! —le advirtió su amigo—. Este lío es culpa mía. Yo he cometido el error, tú no tienes por qué sufrir por mi culpa. ¡Vete!

Empujó a Aspen con fuerza en dirección a las habitaciones.

—¡No! —protestó éste—. Si va a pasar algo malo, quiero ayudar. ¡No voy a dejarte solo si algo malo... —Pero antes de poder acabar su valiente discurso de heroísmo, moral, justicia y amistad, notó el impacto del puño de Samuel contra la mejilla.

—¡Escúchame bien, tonto! No es momento de que me vengas con tu filosofía barata, ¡largo! ¡Si lo que te da miedo es que te deje morir aquí mientras yo salgo corriendo, estás en lo cierto, lo haría sin pensar! Pero resulta que Atticus debe de haberme visto entrar cuando Evelyn estaba abajo. Estoy muerto y enterrado. Me encantaría arrastrarte conmigo en estas arenas movedizas, pero necesito que alguien siga buscando a Kainsius y se asegure de que no le pasa nada malo. — Samuel empujó a Aspen de nuevo—. ¡Vamos, muévete, sucio humano!

Pese a ser consciente de que estaba casi a las puertas de la muerte, el vampiro no perdió su expresión fría.

—Samuel... —murmuró Aspen—. No voy a dejarte morir...

—¡Santo cielo, no tenemos tiempo para tu jodida terquedad! —gritó él antes de tomarlo por sus rizos rubios y arrastrarlo hacia la habitación de Kainsius—. ¡Estúpido niño desobediente!

Samuel tenía razón: no tenían tiempo.

Mientras él y Aspen se enfrentaban, Atticus observaba a Evelyn salir del Royal Lilac. Oyó los alterados latidos de su corazón y su respiración entrecortada antes de verla. Vio a los guardias de seguridad mirar a su ángel mientras ésta bajaba los escalones de la entrada. No tenía ni idea de que estaba siendo observada por el rey, de que él llevaba todo el día espiándola. La había

seguido en todo momento a cierta distancia y Evelyn no se había percatado. Casi la había atropellado y todo esa mañana cuando ella había salido de repente del coche.

Desde el momento en que la vio caer del elegante coche negro, Atticus supo que ella no podría resistirse a lo que su corazón le pedía, a sus más fervientes deseos. Se preguntó cuánta de su motivación serían sentimientos genuinos hacia Hansel y cuánta simple curiosidad y necesidad de asegurarse de que lo que Atticus le había contado era cierto.

El rey conocía a Evelyn, sabía que era demasiado lista para tragarse sus mentiras, demasiado cauta para creerlas. El único motivo por el que a veces no las detectaba era por su tendencia a mentirse a sí misma para protegerse.

La fría verdad era más dura que las mentiras piadosas.

La observó.

Quiso salir del coche, agarrarla del cuello y amenazarla con destrozar la vida de todos aquellos a quienes amaba, chantajearla como había hecho cientos de veces antes. Pero el chantaje y las amenazas no eran más que eso: chantaje y amenazas. No es que Atticus tuviera miedo de llevarlas a cabo, claro que no. Pero sabía que la violencia y la agresividad no le harían ganarse su corazón.

Lo sabía, pero eran las únicas armas de que disponía. Su crueldad era lo único que lo distinguía de un cachorrillo enamorado, de ser su sirviente, su esclavo, de arrodillarse ante ella, de convertirse en un hombre sin voluntad dispuesto a morir por ella.

Agarró con fuerza el volante. El desengaño le quemaba los ojos y caía en forma de lágrimas. Cada fibra de su cuerpo gritaba y perecía en silencio a causa de la desconocida y agonizante emoción que parecía asfixiarlo.

Ahogó un sollozo.

—¿Por qué...? —No pudo acabar la pregunta. Se le rompió la voz, igual que se había roto él por completo.

La vio andar en su dirección. Sus ojos humanos no podían ver a través de las lunas tintadas del coche y no percibieron al hombre destrozado dentro del Maserati, al hombre que lloraba por ella.

Atticus se alegró de que no pudiera verlo.

No quería que ella lo viera nunca así.

Nunca..., porque no podía arriesgarse a que lo viera como el hombre débil, frágil y patético que era cuando se trataba de Evelyn. Si ella dejaba de tenerle miedo, entonces Atticus sabía que habría perdido su as en la manga, el fino cordón que tenía alrededor de su cuello: lo único que la mantenía a su lado.

Una vez ese cordón se rompiera, su corazón sería libre por fin. Le saldrían alas y volaría lejos, muy lejos de él. Podría mantenerla físicamente a su lado por toda la eternidad, pero su corazón, su alma y su mente siempre estarían en otra parte.

—No te perderé —se prometió al verla pasar por su lado con cara preocupada.

Observó a su amor pasar de largo y tuvo que resistir la tentación de abrazarla y llevársela lejos, a algún lugar donde nadie pudiera encontrarlos nunca, y encerrarse los dos en una jaula. Un lugar en el que nunca vieran la luz del día, un lugar en el que su cara sería la única que ella vería, su voz la única que oiría, su tacto el único que sentiría...

Atticus vio a Evelyn irse. Se aseguró de que estuviera lo suficientemente lejos, fuera de su campo de visión, antes de salir del coche dispuesto a curar sus propias heridas con sangre inocente.

Palacio real

—Te quedan fatal el rojo y el negro —comentó Jonah observando a Hansel de arriba abajo.

—Pero qué dices, todo el mundo dice que tengo mucho estilo—respondió él divertido.

—Vaya, todavía con ganas de broma... Pensaba que Evelyn se habría quedado con tu labia, igual que con tus pelotas, y que la tendría escondida en el fondo de su bolso —rió Jonah dándole palmaditas en la cabeza como si fuera un perro—. ¡Muy bien, Hansel, te rascaré la panza si lo haces bien en tu primer día como guardia!

—¡Oh! ¿Nos rascarás la panza a nosotros también? —Aaran interrumpió la conversación entre ambos. Ethan y él estaban a la derecha de Hansel. Apenas unos centímetros separaban a los tres hombres de uniforme rojinegro—. Porque, si no nos la rascas, eso quiere decir que tienes algún tipo de favoritismo con Hansel. No querrás que te acusen de ser un comandante injusto, ¿no? —Aaran hizo pucheros.

A Jonah le habría gustado darle un puñetazo, pero se contuvo.

—No te preocupes, H. Me aseguraré de que te destinan a un lugar lejos, muy lejos del lobo. Puede que ahora mismo estés en la lista negra de Atticus, pero, por sus cientos de años de amistad, me encargaré de que no tengas que pasar tus

días con escoria como ésta.

—Los lobos somos criaturas majestuosas, ¿a quién llamas escoria? —Aaran fingió que ahogaba un grito.

Ethan seguía firme en su posición, luchando por contener la risa.

Jonah le ofreció una sonrisa de suficiencia.

—Esa novia tuya, Alice, creo que se llama... ¿Sabes quién te digo? Alice Valerio, la mujer de Marcus. Si no cierras la maldita boca, le haré una visita a esa zorra adúltera. Créeme, lo único que evita que no haga que la vida de Evelyn se convierta en un infierno es Atticus. Marcus es un buen amigo, pero no es Atticus. No tengo por qué mostrar ningún tipo de cortesía hacia su mujer. Además, dudo que quiera que lo haga cuando se entere de lo que la muy zorra ha estado haciendo a sus espaldas.

—¡Mantente alejado de Alice! —gruñó Aaran.

—Si te callas la sucia boca, dejaré que esa humana siga con vida. —Jonah miró a Ethan—. Pero no te prometo nada. Créeme, chico, no soy alguien con quien quieras tener problemas. Su vida no es ni la mitad de valiosa que la de Hansel y la de este humano. Podría matarla en cualquier momento, dudo que a Atticus le importara. Supongo que Evelyn no estaría muy contenta, pero ¿te crees que a mí me importa lo que piense esa zorra? Por mí como si se pasa el resto de la vida llorando.

—Ponle la mano encima a Alice y te mataré.

La sonrisa de Jonah se ensanchó.

—Vaya..., ¿te atreves a amenazarme? Chico, estás haciendo que cada vez me interese más meterme en la habitación de Alice. A lo mejor la encuentro desnuda y todo. Las embarazadas siempre están cachondas, ¿no? Si es capaz de abrirse de piernas para escorias como tú, seguro que no tiene problemas con abrirse de piernas para mí.

Aaran levantó el brazo para golpearlo, pero Jonah lo detuvo como si nada y se echó a reír.

—No me toques los huevos.

Había pocas cosas en el mundo con las que Atticus disfrutara más que matar y vengarse de gente que lo merecía.

Le encantaba la visión y el aroma de la sangre fresca en el aire, tanto de humanos como de vampiros, descendiendo por sus dedos. Le encantaba oír a sus víctimas suplicarle clemencia, oír sus últimos gritos de dolor antes de que los enviara al infierno. Oh, sí, a Atticus lo volvía loco una buena carnicería, y en tres mil años había tenido mucho tiempo para perfeccionar el arte del asesinato.

Aparte del sexo, matar era su manera favorita de librarse del estrés.

Los guardias de seguridad del Royal Lilac no reconocieron al apuesto rey cuando éste bajó de su Maserati y se acercó a los cuatro vampiros que un rato antes se habían reído de su chica y la habían humillado.

Atticus tenía los puños apretados a los costados. Sabía muy bien quién de ellos le había puesto las manos encima a Evelyn y cuáles se habían limitado a quedarse mirando y disfrutar del dolor de la chica. Quería llevárselos a los cuatro al palacio, arrancarles la ropa, colgarlos del techo de una de las cámaras de tortura por los pies como los cuatro cerdos gordos que eran y hacer que les dieran de latigazos varias veces al día hasta el fin de los tiempos. Sí, al rey le habría gustado muchísimo eso. Pero, por suerte para los cuatro vigilantes, en ese momento necesitaba un golpe rápido de adrenalina, así que sus muertes llegarían más temprano que tarde.

Antes de que éstos tuvieran tiempo de procesar lo que ocurría, antes de que ninguno pudiera reaccionar o gritar, dos cuerpos sin vida se desplomaron sobre el suelo frío y duro, y uno de los dos que estaban en lo alto de los escalones de entrada cayó rodando. Atticus dejó para el último, a propósito, el que le había hecho más daño a Evelyn.

Ninguno de ellos gritó y tampoco ninguno vio aparecer al atractivo hombre en *jeans* negros y americana. Atticus era muy rápido. Acabó con las vidas de los tres vampiros en un instante porque no eran prioritarios. Tampoco era su preocupación principal el hombre que le había pegado a Evelyn. Su máxima

prioridad estaba unos cuantos pisos más arriba.

—Hola.

Atticus le dedicó al guardia que se había atrevido a golpear a Evelyn una amplia sonrisa.

Arrojó, uno por uno, los corazones de los otros tres al suelo. Los órganos golpearon la superficie de hormigón con tres ligeros *bum*, salpicándola de sangre, pero ninguno ensució la ropa o los zapatos de Atticus. Era como si supieran que no debían hacer enojar aún más a su asesino.

El guardia dejó escapar un grito ahogado. Abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno, como una patética carpa. El monarca sonrió.

—Hace un rato has tocado algo que es mío. No me gusta que toquen mis cosas. —Pasó un dedo ensangrentado por la piel rugosa de la cara del hombre que tenía delante—. No es nada personal, es sólo que nadie tiene permiso para hacerle daño a mi chica, aparte de mí.

Antes de que el aterrorizado vampiro entendiera lo que estaba pasando, las puntas de los dedos de Atticus atravesaron la ropa, la carne y los músculos del hombre y agarraron su corazón. La sonrisa del rey se ensanchó mientras apretaba con fuerza el órgano del desesperado infeliz.

—¿Q-q-quié eres? —fueron las últimas palabras de aquel hombre insignificante.

—Soy tu rey, tu peor pesadilla —respondió Atticus despacio antes de arrancarle el corazón con una risotada. Los ojos le brillaban de alegría al saber que había vengado los abusos sufridos por Evelyn—. No deberías haber tocado a mi chica.

Atticus jugueteó con el corazón en sus manos unos segundos mientras el cuerpo de su anterior dueño caía al suelo. Luego lo tiró por encima de su hombro sin mucho interés mientras subía los escalones y entraba en el vestíbulo del Royal Lilac con las manos aún cubiertas de sangre caliente. Un par de gotas rebeldes le habían manchado las mangas, pero Atticus no les hizo caso, del mismo modo que la recepcionista y el hombre que esperaba el elevador no hicieron caso de Atticus.

El pez grande se come al pez pequeño. No hay nada significativo que una hormiga pueda hacer al toparse con un león. Aunque el león decida aplastar a la hormiga con su garra, es inútil que el resto de las hormigas decidan vengarla.

Atticus oyó la voz de su principal objetivo mientras Samuel y Aspen discutían acerca de si este último debía o no esconderse en la cámara acorazada, pensando que el rey no lo encontraría allí.

—Estúpidos —suspiró—, siempre subestimándome...

Por los altavoces del elevador sonaba una agradable melodía mientras Atticus subía al piso de Samuel.

—¡No! —gritó Aspen.

El humano luchaba por deshacerse de las manos de su amigo mientras éste le golpeaba la cabeza contra la puerta de hierro de la cámara acorazada de Kainsius.

—¡Abre la jodida puerta antes de que te mate yo mismo! —exclamó Samuel—. Créeme, Aspen, esto es por tu bien, tú no conoces a Atticus Nocturne Lamia como yo: ¡es la encarnación del mal! ¡Correrás mejor suerte si abres esa maldita puerta y te escondes ahí dentro!

—¡No! —gritó de nuevo Aspen, obstinado—. ¡No dejaré que mueras solo!

—¡Es mejor que muera yo solo y no que muramos los dos! —chilló Samuel como un maniaco—. ¡Abre la puerta, Aspen!

—No.

—¡Pedazo de mierda inútil! —exclamó Samuel, presa de la ira, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Pero, pese a su furia, soltó a Aspen de su agarre con un último empujón y retrocedió.

El cuerpo del humano chocó con el suelo de madera, medio asfixiado. Luchar contra Samuel siempre era muy cansado. A menudo, el vampiro usaba la violencia contra él, pero casi siempre era Aspen quien ganaba sus peleas.

—Ahora que te has calmado, ¿podrías decirme qué demonios pasa? —gruñó el chico frotándose la cabeza con una mueca de dolor. Pese a no haber perdido nunca una pelea contra Samuel, al final de cada disputa siempre era él quien acababa herido y amoratado.

—¿Que qué pasa? —rio el vampiro—. Que el día del Juicio Final ha llegado, eso es lo que pasa, muchacho. Atticus está abajo... Bueno, puede que ya no esté abajo, quizá esté aquí arriba en este mismo instante.

—¿Qué? —exclamó Aspen atragantándose—. ¿Atticus? ¿Atticus Lamia? ¿El rey Atticus?

—¡Sí! —gritó Samuel—. ¡Atticus, ese Atticus! Y ahora, si has pensado mejor lo de quedarte aquí como un valiente, ¡abre la maldita puerta de la cámara y escóndete! Seguro que debía de estar ya abajo cuando llegó Evelyn; habrá visto a los vigilantes atacarla y a mí hablar con ella. ¿Sabes lo que le hizo al chico Redfern y lo que le hizo a Hansel, su protegido favorito después de Jonah, por involucrarse demasiado con esa chica? Aspen, estoy muerto. No quiero arrastrarte al infierno conmigo. Así que, por el amor de Dios, por primera vez en

tu vida, ¡escucha lo que te digo y piensa con la cabeza!

—¿Por qué iba Atticus a querer matarte? —Aspen frunció el ceño—. No le has hecho nada a Evelyn, sólo has hablado con ella unos minutos. ¿Desde cuándo eso merece la muerte? Y ¿cómo estás tan seguro de que está aquí? ¿Lo sabe Evelyn?

—¡No tengo tiempo para responder a veinte preguntas! —replicó Samuel con un gruñido, pero las contestó de todos modos—. Lo he oído. He oído su voz dar un grito de furia que no sonaba como el feroz rugido de Atticus Lamia, sino como el grito distorsionado de un animal a punto de morir —suspiró Samuel—. Y si he aprendido de Kainsius algo sobre ese hombre, sé a ciencia cierta que lo que ahora querrá es venganza para compensar su desengaño.

—¿Qué?

Samuel puso los ojos en blanco.

—De verdad, los humanos son muy estúpidos... ¿En serio necesitas que te lo explique todo? —suspiró de nuevo—. Atticus está furioso. Creo que todo tiene que ver con que Evelyn haya venido aquí. Se habrá saltado sus normas escapándose para ver a Hansel, o quizá él le haya proporcionado la oportunidad de venir para ponerla a prueba. Sea lo que sea, ella le ha fallado. Por suerte para esa chica, es demasiado preciosa en su corazón para que la mate, así que hombres como yo tendremos que sufrir las consecuencias de sus actos irresponsables. Y, respondiendo a tu última pregunta, no, no creo que ella supiera que Atticus estaba aquí. —Samuel miró hacia la puerta—. Tienes diez segundos para decidir si quieres vivir o morir...

—No me esconderé como un cobarde —respondió Aspen orgulloso.

—Chico estúpido —dijo Samuel con cara de asco antes de sujetar al humano por el cuello de la camisa y darle un puñetazo en la barbilla, dejándolo inconsciente—. Sé bueno, querido amigo.

Un segundo después, se oyó un estruendo.

Era Atticus. Samuel pudo oler la sangre fresca en el aire y notar el aura escalofriante del famoso rey. Con un último suspiro de pena, se volvió, despojado por un instante de su máscara de hombre incapaz de sentir cualquier tipo de emoción. En ese instante pareció que estuviera a punto de derrumbarse y llorar, pero no lo hizo. Mantuvo sus emociones a raya.

—Atticus Nocturne Lamia —dijo con expresión carismática y falsa alegría mientras se dirigía a la habitación principal—. ¿Qué trae a mi querido rey aquí, al Royal Lilac?

Atticus torció el gesto al ver a Samuel acercarse.

—Corta el rollo, chico. No te hagas el tonto.

La sonrisa de Samuel se desvaneció de inmediato.

—Así que has venido a matarme, ¿no? ¿Me vas a matar porque he hablado con tu chica?

—¿A ti? ¿Quién ha dicho que quiera matarte *a ti*?

Samuel miró a Atticus un momento con una ceja enarcada, momentáneamente confundido por su respuesta.

—¿Cómo? Pero... ¿No has venido a...? ¿Sabes que Kainsius ha desaparecido? ¿Es por eso...? —El tono de voz de Samuel denotaba emoción; no por él, sino por Kainsius.

Sabía que a Kainsius le encantaría saber que su preocupación había sido motivo de alarma para Atticus.

—¿Kainsius...? —El rey pronunció su nombre casi como si no supiera de quién se trataba—. ¿Por qué iba a importarme una mierda dónde está ese tipo? Tiene más de tres mil años, ya no es una criatura, sabe cuidarse solo.

Samuel dejó escapar un gruñido, un acto impulsivo valiente y estúpido a la vez.

Atticus rio.

—Lo siento, muchacho, pero tu creador no es la especie de semidiós que te ha hecho creer, ni por asomo. Kainsius es un maldito cobarde y le haría un favor al mundo si decidiera desaparecer de la faz de la Tierra.

—¿Cómo puedes decir algo tan insensible y cruel de alguien que te ha venerado desde que nació? ¿Es que no tienes corazón, Atticus Lamia? ¿Eres tan despiadado como has hecho creer al mundo entero? ¿Eres incapaz de sentir? ¿No hay ni una gota de compasión ni de amor bajo esa máscara?

—¿Qué máscara? —El rey chasqueó la lengua y negó con la cabeza, sin creer lo que oía, antes de que la hilaridad se convirtiera en furia—. ¿Una máscara? ¿Te crees que esto es una máscara? Y ¿por qué iba yo a llevar una máscara? ¿Por qué iba yo, Atticus Lamia, el rey del jodido mundo, a necesitar llevar una máscara? ¿Es que eres tan estúpido como tu creador? No tengo ningún motivo para llevar una máscara y fingir que soy algo que no soy. Lo que ves es lo que soy. El maligno y monstruoso tirano que ves no es una máscara. Eso es lo que soy, jodido imbécil. —En un abrir y cerrar de ojos, Atticus cruzó la habitación y se colocó a unos centímetros de Samuel. Lo agarró por la garganta con sus largos

dedos y sonrió—. ¿Tienes miedo?

—No —respondió Samuel con la misma furia en sus ojos que la que había en los de Atticus.

Sabía que no tenía sentido someterse a la voluntad del rey y suplicar por su vida como un cachorrillo asustado cuando éste ya había decidido matarlo. Prefería desaparecer como una supernova, consumiéndose gloriosamente en una explosión. Quería herir el ego de Atticus, infligirle todos los cortes profundos que pudiera.

—¿Por qué no tienes miedo? —rió el monarca apretando con más fuerza los dedos alrededor del cuello de Samuel. Siempre había sido el tipo de asesino que juega con sus víctimas antes de acabar con sus vidas. No había nada más entretenido y agradable que escuchar las desesperadamente halagadoras divagaciones de un hombre ante la muerte. A Atticus le encantaba ver a sus víctimas luchar, llorar, suplicar por sus vidas, aferrándose a la última esperanza —. ¿Crees que tengo miedo de matarte por tu relación con Kainsius, porque eres uno de sus protegidos? ¿Crees que eso te hace especial?

Samuel le escupió en la cara.

—¿Quién crees que eres para entrar en mi departamento y amenazarme e intimidarme así? Puede que seas el rey, Atticus, pero ¡no eres ningún dios! Por muchos poderes que tengas, ¡no tienes derecho a tratarnos a gente como Kainsius y como yo como si fuésemos barro en la suela de tus zapatos!

Crac. Samuel oyó su mandíbula romperse antes de notar el dolor del puñetazo que Atticus le había propinado.

—Has escogido el peor día para hacerte el valiente, niño. Había venido con la intención de perdonarte la vida, pero la opción de acabar con tu patética vida aquí y ahora se está volviendo más y más atractiva a cada minuto que pasa.

Samuel lo miró con suficiencia.

—Adelante. ¿Por qué perder el tiempo cuando puedes hacerlo ahora mismo? ¿Qué ganas con enrollarte a hablar así? ¿Acaso esperas que te invite a una cerveza mientras me cuentas tus patéticos problemas de faldas? —rió Samuel, sus dientes blancos como perlas asomando por un momento—. Me encantaría que los medios se enteraran de algunas de las cosas que pasan entre Evelyn y tú. Vamos, colega, ¿cuántas veces te ha rechazado ya y te ha dicho que es imposible querer a alguien tan despiadado y echado a perder como tú? No le gustas, a ver si te lo metes en la cabe... —Su discurso se vio interrumpido cuando el puño de Atticus volvió a golpearlo en la mandíbula.

Lo normal a esas alturas habría sido que la víctima de Atticus estuviera ya de

rodillas suplicando clemencia: la valentía de Samuel había excedido todas las expectativas del rey. Sin embargo, la desafiante forma en que el vampiro más joven había decidido encararse con él no hacía más que incrementar la rabia de Atticus, y eso no jugaba a su favor.

—Como ya te he dicho, has escogido el peor día para poner a prueba tu bravura —gruñó el rey, levantando el cuerpo de Samuel del suelo.

—¡Mírate! —se burló este último—. ¡Mira lo patético que te has vuelto! ¡Lo débil que te ha hecho ser! ¿Qué ha pasado con el Atticus que no aceptaría un no por respuesta, el Atticus que no temía nada, el Atticus que mataba a poblaciones enteras sólo para entretenerse? ¡No tienes derecho a llamarte a ti mismo rey, no tienes derecho a hacer que los demás te vean como un dios cuando no eres nada más que un tipo sin voluntad, enamorado de una chica que no te soporta! ¡Mírate bien, Atticus! ¡Eres tan patético!

La sonrisa del monarca desapareció y en su lugar le mostró a Samuel los colmillos. Con cada uno de sus comentarios, el vampiro más joven había dado en la llaga, y el rey tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no arrancarle la cabeza de raíz.

—¿Débil, yo? ¿Sabes con quién estás hablando? —rugió Atticus—. No tomes lo clemente que me he mostrado con Evelyn por debilidad. No soy débil, ni un cobarde, y no voy a permitir que escoria como tú me insulte. ¿Sabes lo fácil que me resultaría matarte? Si quisiera, de hecho, podría hacer que Kainsius apareciera aquí de inmediato y te matara él mismo. —Soltó una carcajada—. Dime, Hemmings, ¿te gustaría que fuera tu propio creador quien acabara contigo?

—Subestimas a Kainsius. Ya no es aquel chiquillo que hace siglos se postraba ante ti como una especie de mascota. No tienes poder sobre él, igual que no tienes poder sobre Evelyn, o sobre mí, o sobre Hansel. —Samuel dejó escapar una risa cruel—. Admítelo, Atticus, te has vuelto blando. Eres un chiste. Que tu propio protegido... —De nuevo, las puñaladas de Samuel, en forma de palabras, se vieron interrumpidas. Pero esta vez no por la fuerza de Atticus, sino por su ausencia.

Antes de que Samuel se diera cuenta de sus intenciones, el rey se dirigió corriendo a la habitación de Kainsius y sacó a rastras al chico inconsciente de pelo rubio enmarañado.

—Te he dicho que no había venido a matarte a ti —dijo Atticus, y su habitual sonrisa siniestra apareció en su rostro—. He venido a matar a este pobre muchacho inocente.

Samuel tragó saliva nervioso, y luego dejó escapar una risa como si nada.

—Déjalo ir. Aspen no tiene ninguna importancia en esta partida de ajedrez. Es inocente y no tiene ningún valor. Matarlo sería un acto inconsecuente. ¿Tan desesperado estás que hasta matarías a alguien tan indefenso como él? —Lo dijo todo en un tono relajado, casi aburrido. Incluso podía apreciarse un atisbo de burla. Pero, por muy buen actor que fuera Samuel, incluso su mejor actuación no conseguiría distraer a Atticus de su reacción inicial.

Había hecho algo que un vampiro, o un criminal, nunca haría: mostrar su debilidad. Sólo había sido un instante, pero había sido suficiente.

—Vaya, si es tan poco importante, ¿por qué está aquí? —lo provocó Atticus—. ¿Por qué está aquí, Samuel? Nunca me habías parecido del tipo de hombre que disfruta de la compañía y la atención de otros hombres... No sabía que habías cambiado de banqueta.

—¡No es mi amante! —saltó Samuel con una carcajada—. No es más que alimento. Lo mantengo aquí porque resulta que produce unos glóbulos sanguíneos enormemente satisfactorios. Adelante, Pruébalo tú mismo.

La sonrisa torcida de Atticus se ensanchó aún más antes de abofetear con violencia la mejilla de Aspen.

—¡Despierta, guapito!

—¡Ya te he dicho que él no tiene ninguna importancia en esta partida de ajedrez!

—A mí no me lo parece —rio Atticus—. Kainsius decidió que se quedara aquí, ¿no? No me tomes por idiota, Samuel. El hecho de que los asuntos personales de Kainsius no me interesen lo más mínimo no quiere decir que vaya a ser tan estúpido como para dejar que el tipo haga lo que le dé la gana sin asegurarme de que sigue siendo leal a la Nación Vampírica.

Samuel dejó escapar de nuevo un gruñido. Se había dado cuenta de que seguir poniendo a prueba los límites de la indignación de Atticus no era muy inteligente en esos momentos, con la vida de Aspen literalmente en sus manos. Por eso, cambió de estrategia.

—Kainsius mantiene a Aspen aquí porque el chico le da pena, porque le recuerda a él mismo cuando era un niño, por nostalgia, por su deseo de mantener la ilusión de tener una familia, por su necesidad de sentirse amado. Kainsius y tú son bastante parecidos en eso, los dos desean intensamente ser amados —declaró Samuel con honestidad. Se aseguró de pronunciar bien cada sílaba, muy despacio, con emoción, para tratar de enternecer al rey, si es que le quedaba algo de empatía bajo aquella Oscuridad.

—Y ¿quién iba a querer a un fracasado como Kainsius? —rio Atticus mientras Aspen empezaba a despertar y a volver del reino de la inconsciencia.

—¿Sabes? En lugar de buscar el amor de una chica que no quiere amarte, ¿por qué no lo buscas en alguien que siempre te ha admirado, la única familia que te queda en este mundo? —medio suplicó Samuel—. ¿Por qué insistes en pintar a Kainsius como si fuera una especie de abominación, como un criminal? ¿Es que no sabes lo mucho que te adora? ¡Eres la única familia que tiene! ¡Ten piedad de él!

—¿Que tenga piedad de Kainsius o de este chico? —lo provocó Atticus—. Porque no se me antoja ni una cosa ni otra. —Apretó la nariz contra el cuello de Aspen—. ¿Qué tiene este chico que lo hace tan especial?

—¡Ya te lo he dicho, maldición! —gritó Samuel—. ¡A Kainsius le gusta tener a Aspen cerca porque le recuerda a él mismo cuando era más joven! ¿Por qué no me crees?

—Porque sería tan fácil para Kainsius mentirte a ti como para ti mentirme a mí. Tú ves a Kainsius como a un dios. Pero yo no soy tan idiota como tú, yo sé cómo es en realidad, y no mantendría a un humano a su lado por un motivo tan estúpido como el que te ha hecho creer ni en un millón de años. —Atticus escaneó el cuerpo de Aspen—. Hace siglos, desde el último brote del gen dreyno... Supongo que tendré que comprobarlo por mí mismo.

Atticus clavó los colmillos a bastante profundidad en el cuello de Aspen, que dejó escapar un grito ahogado.

Era increíble, verdaderamente, cómo la información genética podía pasar de generación en generación a través de unidades tan simples como nucleótidos formando una estructura de doble hélice.

No hay nada tan simple y a la vez tan complejo como el ADN. Había una vez, mucho antes de que Atticus naciera, dos civilizaciones que habían descubierto el secreto escondido en el núcleo de sus células.

La civilización drejana y la civilización atlante eran ambas increíblemente avanzadas, aunque las dos se habían extinguido hacía milenios. Algunos argumentan que fue debido a su exceso de sabiduría, invenciones y creaciones; otros, que fueron castigados por un poder supremo por haber descubierto secretos sagrados del universo e intentado romper las leyes de la naturaleza haciendo mutar sus genes.

La historia no es algo preciso, y la desaparición de ambas civilizaciones situadas en dos puntos geográficos cercanos y mucho más avanzadas que sus contemporáneas ocurrió hace demasiado tiempo como para tomar cualquier tipo de información al respecto como precisa, pese a los datos proporcionados por los testigos de la destrucción de las mismas todavía vivos.

Los drejanos descubrieron el secreto del ADN antes que los sabios de la Atlántida. Técnicamente, los atlantes no lo descubrieron después, sino que más bien obtuvieron dicha información de los cadáveres de los drejanos. Sin embargo, los atlantes supieron dar un mejor uso a este secreto que los drejanos. Al fin y al cabo, fueron ellos los que crearon la raza vampírica.

En cuanto Samuel oyó mencionar el «gen drejano» pensó que qué demonios era eso. No obstante, la pregunta desapareció de su mente en el momento en que vio a Atticus clavarle los colmillos a Aspen.

Lo que hizo después fue puramente instintivo. No en vano, Aspen era seguramente lo más parecido a un hermano o un hijo para él. Lo conocía desde que era un niño y lo había visto crecer y convertirse en un hombre en los últimos quince años.

Puede que quince no fueran demasiado para un vampiro como Samuel, que había vivido cientos de años, pero en los instintos primarios de paternidad y el amor fraternal que Aspen le había despertado al entrar en su vida, las leyes temporales eran irrelevantes.

Aspen chilló.

—¡No! —rugió Samuel. El grito no provenía del frío e impasible vampiro tras el que había estado escudándose, sino del chico humano asustado que había perdido a demasiada gente durante demasiados años—. ¡Para!

Sin darse cuenta, corrió hacia Atticus a velocidad vampírica y con los colmillos extendidos para hacer cualquier cosa que pudiera por ayudar a su amigo.

Pese a que solía tratar a Aspen con frialdad, Samuel no era inmune al afecto y a la ley natural que hace que sintamos apego hacia aquellos que nos importan. Como muchos antes que él, pensó que había conquistado el inmortal obstáculo de las emociones cuando, en realidad, era tan esclavo de sus sentimientos como Atticus, Hansel, Ethan, Aaran, Alice o Jonah, como todo el mundo que luchaba toda la vida por conquistar sus emociones.

Samuel no sabía si se había embarcado en una misión imposible para salvar a Aspen o si creía que realmente podía distraer a la criatura más poderosa de la Tierra para prolongar la vida de su amigo un poco más, pero, fuera como fuera, eso dejó de tener sentido en el momento en que osó ponerle la mano encima a la brutal fuerza de la naturaleza que era Atticus Lamia.

Atticus no era la criatura más poderosa de la Tierra porque fuera un vampiro muy viejo, porque tuviera tanto dinero como para construir rascacielos con pilas de billetes de cien dólares, porque su físico fuera arrebatador o porque tuviera los anillos de sus antiguos amigos.

No.

Atticus sonrió con arrogancia al ver a Samuel con el rabillo del ojo correr hacia él. Alargó un brazo en su dirección, con la mano muerta, como si estuviera a punto de dar limosna a un mendigo en la calle. Juntó el pulgar y el anular ligeramente y, con un sutil chasqueo de dedos, una fuerza invisible colisionó contra el pecho de Samuel, haciendo que saltara hacia atrás. Su cuerpo habría atravesado el tabique si Atticus no hubiera curvado el meñique para fortalecer la energía que unía las partículas que formaban la pared.

Ni siquiera se molestó en hacer disminuir la velocidad a la que se desplazaba Samuel. El impacto habría sido suficiente como para matar a un humano mil veces, y lo suficientemente fuerte como para afectar a todos los órganos vitales

de un vampiro. A Samuel le costaría una buena hora recuperarse.

—La verdad es que su sangre sabe divina —dijo el monarca sacando los colmillos de Aspen. De las minúsculas incisiones del cuello de éste salían unos pequeños regueros de sangre—. El gen dreyno activo siempre hace algo espectacular con las células humanas: su sangre es mucho más dulce que la de los que simplemente tienen el gen latente o los que ni siquiera lo tienen.

—¿Qué demonios es el gen dreyno? —preguntó Samuel, y tosió para expulsar parte de la sangre que encharcaba sus pulmones. Tendría que consumir la sangre de un montón de humanos para recuperarse del todo.

—Vaya... —rio Atticus—. ¿No es increíble que el creador al que tanto idealizas ni siquiera confíe en ti lo suficiente como para contarte algo tan importante como qué es el gen dreyno? ¡Te compadezco! Kainsius te tiene comiendo de la palma de su mano, ¿verdad?

—¿Sabe algo Evelyn del gen dreyno? —preguntó Samuel.

—No.

—Eso hace que me sienta mucho mejor.

Atticus chasqueó la lengua.

—Hay muchas cosas que no le cuento.

—Y, aun así, dices que la quieres con cada átomo de tu alma inexistente. No me extraña que te odie.

—Ten cuidado, muchacho —le avisó Atticus señalando al asustado humano que tenía al lado, tan aterrado ante la situación que se había quedado mudo—. Tengo tu vida y la de tu amigo en mis manos, literalmente.

Los ojos de Samuel se posaron en el pecho de Aspen, que se movía con dificultad a causa de su respiración entrecortada, y luego miró su propio cuerpo. El insoportable dolor iba disminuyendo segundo a segundo, pero la extrema agonía hacía que no pudiera moverse mucho. «Es increíble lo rápido que el karma me la ha devuelto», pensó con amargura.

—Mátame —pidió—. No mates a Aspen, mátame a mí, por favor. Es demasiado inocente, demasiado precioso para morir. Las almas buenas como él son raras, difíciles de encontrar, lo sabes. Se merece vivir, yo no. Sea lo que sea el gen dreyno, y sea lo que sea lo que haya hecho Aspen para molestarte, págalo conmigo. No mentía cuando te he dicho que él es del todo inútil e inofensivo, no es más que un cordero inocente que, para su desgracia, ha acabado en este campo de batalla. No tiene culpa de nada.

—Su existencia me molesta, como has dicho —rio Atticus—. ¿Inútil? —Señaló a Aspen—. No lo creo. Kainsius te tiene totalmente engañado, por lo que

veo. —Miró al chico, cuyos ojos mostraban terror—. Te llamas Aspen, ¿no?

Él no dijo nada. No podía hacer otra cosa que no fuera observar a Atticus con la boca medio abierta, jadeando, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, incesantes. Atticus sostenía su cuerpo al seguir teniéndolo agarrado por la nuca.

—¡Respóndeme! —rugió el rey.

—S-s-s-s... —tartamudeó Aspen.

El rey lo agarró por la barbilla.

—Mira, chico, será mejor que respondas a mis preguntas y que lo hagas rápido, porque podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Y debo admitir que hoy no estoy de buen humor, así que, por tu bien, y si quieres seguir con vida, espero que escojas hacerlo por las buenas. Si no, no llegarás a la noche.

Atticus miró el cuerpo inmóvil de Samuel.

—Sí —respondió Aspen de inmediato.

El monarca sonrió y dijo mirando todavía a Samuel:

—¿Ves? Ejercer un poco de presión siempre funciona. Ahora —volvió su atención a Aspen—, dime, ¿cuál es tu don?

—¿D-don?

—Sí, tu maldito don. ¿Qué puedes hacer?

—Yo... N-n-no lo entiendo...

Atticus puso los ojos en blanco.

—Está bien, puede que Kainsius no te lo haya explicado. No me sorprendería que te hubiera escondido la verdad, igual que ha hecho con Samuel, pero tienes que ser consciente de que hay algo diferente en ti. ¿Qué te enseña Kainsius cuando están juntos?

—K-Kainsius no me enseña nada... M-me lleva de pesca y de c-caza... No sé qué quieres de m-mí...

—¿Has oído hablar alguna vez del gen dreyno?

—No...

—Y ¿te ha hablado Kainsius de sus dones?

—Kain es un vampiro...

Atticus puso los ojos en blanco de nuevo.

—¿Te ha dicho Kainsius alguna vez que eras especial?

—S-s-supongo...

—¿Se te da bien encontrar cosas?

—Sí, en realidad, sí. No sé, Kainsius me deja que rastree la pista de los

animales cuando cazamos.

Atticus sonrió.

—Así que eres un rastreador... Un talento inútil hoy en día, pero difícil de encontrar —murmuró antes de dirigirse a Samuel—: ¿Cuánto llevan buscando a Kainsius?

—Dos meses, puede que más.

—¿Han tenido suerte?

—No.

—Menudo imbécil. Tienes a un rastreador dreyno delante de tus narices y no has sabido cómo utilizarlo —suspiró Atticus al tiempo que soltaba el cuello de Aspen. Sonrió al fijarse en el color de pelo del chico—. Es verdad que tu rubio es como el de Kainsius cuando era pequeño. Hace tanto tiempo de eso... Ahora es rubio ceniza, casi castaño.

—Has dicho que soy d-dreyno... ¿Qué es eso?

—Un dreyno es alguien muy afortunado, alguien bendecido con un don innato. Eres un chico con suerte al poseer el gen dreyno, y más aún al tenerlo activo. —Atticus le puso una mano en el hombro para que no perdiera el equilibrio, y con la otra le acarició el pelo—. Eres un chico muy especial. Hacía siglos que no aparecía alguien como tú. Eres uno entre un millón. Pero supongo que tu don podría considerarse a la vez una bendición y una maldición.

—¿Por qué?

—Tus genes hicieron que Kainsius se interesara por ti. Verás, él no es el buen hombre que crees que es. Es mucho más sibilino y maligno de lo que imaginas. Lleva buscando a portadores del gen dreyno desde hace siglos para organizar su propio ejército. —Atticus miró a Aspen con pena—. ¿Kainsius nunca te había hablado de una chica llamada Evelyn?

—¿Evelyn Blackburn? —preguntó el chico.

El rey asintió.

—¿Qué sabes de ella?

—Sé que es humana. Que proviene de una familia humana, que tiene un novio llamado Ethan. Que su prima es la mujer de lord Marcus. Kainsius dijo que ella era especial, que era un enigma por qué había llamado tu atención. Tiene el pelo oscuro, la piel pálida, los ojos azules...

Aspen se detuvo al ver a Atticus asentir de nuevo.

—¿La has visto hace un rato? —La voz del rey era toda amabilidad.

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Me matarás si digo que g-guapa?

Atticus chasqueó la lengua divertido.

—Te mataré si no lo dices, seguramente.

—Es guapa y simpática.

—Simpática... —repitió el rey sonriendo para sí. Su mano bajó lentamente del hombro de Aspen a la parte central de su espalda—. Bien.

La habitación quedó en silencio. Sin avisar, las sonrisas de todos desaparecieron y un tremendo crujido seguido del ruido de piel desgarrándose inundó el aire.

Samuel dejó escapar un grito.

A continuación, Atticus sacó algo largo, blanquecino, rígido y ensangrentado de la espalda de Aspen.

Era una espina dorsal: la espina dorsal del muchacho.

Su cuerpo humano cayó al suelo con un ligero sonido.

Estaba muerto.

Atticus le dedicó a Samuel su habitual sonrisa siniestra.

—¿Todavía crees que soy débil y patético, poco más que un cachorro enamorado?

Samuel no dijo nada. No lloró. No movió ni un músculo facial. Por fuera se mostraba impassible, pero ¿por dentro? Dejó escapar un grito silencioso de pena.

—No te atrevas a retarme a jugar a juegos en los que perderás. Estás jugando con fuego.

—No te atrevas a retarme a jugar a juegos en los que perderás. Estás jugando con fuego.

Samuel se había quedado sin habla. No sabía qué le había dolido más, si la fuerza invisible que Atticus había utilizado contra él o ser testigo de la muerte repentina y espantosa de una de las únicas dos personas en el mundo que le importaban.

—¿P-p-por q-q-qué...? —preguntó. Le costaba formar las palabras.

—Es una pena —suspiró Atticus con aire dramático—. Es un buen chico..., ay, quiero decir, *era* un buen chico. Había mucha luz en él. Me recordaba un poco a Evelyn.

—Y ¿por qué demonios lo has matado? —gimoteó Samuel. El sonido de su voz contrastaba con la dura expresión de su rostro—. ¡No era ninguna amenaza para ti! ¿En serio lo has matado sólo porque le parecía que Evelyn era guapa y simpática? ¿Vas a matar a cualquier hombre que tenga la más mínima posibilidad de apartar a Evelyn de ti? ¿Estás tan loco como para asesinar a un chico inocente por una muchacha que te odia a muerte?

—No lo he matado porque le gustara Evelyn, sino porque era un dreyano. Aspen era mi objetivo desde el principio. ¿Acaso querías que me quedara de brazos cruzados mientras veía a Kainsius criar a un chico que potencialmente podría participar en mi asesinato algún día? —explicó Atticus.

—Entonces ¿no has venido aquí por Evelyn?

—Bueno, ella me ha traído hasta aquí, pero no esperaba encontrarme con que Kainsius tenía escondido a un dreyano, a mis espaldas. Ha sido mala suerte para Aspen que tú decidieras traer a Evelyn aquí. Si no la hubieras traído, yo no habría sabido de la existencia del muchacho y probablemente ahora estaría vivo. —Atticus le dirigió una sonrisa de falsa simpatía—. Cada día muere gente buena, así es la vida. Que Aspen fuera inocente no era motivo suficiente para que le perdonara la suya.

—¿Qué es un dreyano?

—Pregúntaselo a tu querido amo y creador. Él es el responsable de darte lecciones de historia, no yo.

Samuel quería gritar, quería saltarle encima a Atticus y ahogarlo para vengar a Aspen, pero no podía. Su cuerpo seguía recuperándose del trauma de fuera lo que fuera lo que Atticus le había hecho hacía un rato.

—A Evelyn le ha caído bien Aspen... —murmuró tras un momento de silencio.

—A Evelyn le cae bien mucha gente. ¿En serio esperas que les perdone la vida a todos los hombres, mujeres, niños, perros y gatos con los que Evelyn se encariñe? Por favor, no seas absurdo.

—Te odiará por esto.

—Ya me odia. —Atticus se encogió de dolor al decirlo, pero escondió sus emociones chasqueando la lengua. A veces, las palabras resultaban aún más dolorosas cuando las pronunciaba uno mismo. Miró la espina dorsal que seguía en su mano y añadió—: No me quedan muchas esperanzas. Nunca me querrá, nunca me mirará del modo en que mira a Ethan y a Hansel.

—¿Por qué será? —preguntó Samuel con sarcasmo.

Intentó levantarse del suelo, pero no pudo. Su cuerpo seguía hecho polvo tras el ataque de Atticus. Gruñó frustrado.

—Yo no me molestaría. Pasará más de media hora aún hasta que puedas moverte con normalidad —dijo el rey sacando trocitos de carne de la espina dorsal de Aspen.

Samuel miró el cuerpo sin vida de su amigo. Del espacio donde había estado la columna salía sangre que cubría su ropa y el suelo a su alrededor. Reprimió las ganas de vomitar. Se sentía asqueado, enfermo. Apartó la vista, incapaz de soportar el dolor.

Le ardían los ojos, pero no lloró. No podía hacerlo, no con Atticus todavía allí. Sin embargo, se puso a temblar y no pudo evitar que se le escapara un leve sollozo. Su frío semblante se había roto.

—Kainsius nunca te perdonará por esto, ¿sabes? Quería a Aspen como a un hijo, nunca te lo perdonará, jamás te verá con los mismos ojos. Bien..., acabas de perder a la única familia que te quedaba en este mundo.

—Puede que no sea la única familia que me queda —murmuró Atticus en un tono demasiado bajo como para que Samuel lo oyera—. ¿Crees que me importa lo que piense Kainsius? Lo odio. No me importa una mierda. No es más que una pérdida de tiempo y espacio. Llevo tres milenios intentando hacérselo entender.

—¡Sigue siendo tu única familia biológica en el mundo! —murmuró Samuel

—. ¿Es que no te importa nada de nada? ¿Que por sus venas corra la misma sangre no significa nada? ¡Es tu hijo, Atticus! ¡Kainsius es tu hijo! ¿Estás tan consumido por la Oscuridad que incluso has dejado de tener sentimientos hacia tu propio hijo? —Samuel no sabía de dónde le venía toda aquella energía, pero se vio a sí mismo gritándole al rey—. Él te quiere, te adora y te venera, y lo único que tú haces es herirlo, apartarlo de ti y castigarlo por cosas que no son culpa suya, ¿por qué, Atticus? ¿Por qué odias a tu único hijo?

Silencio.

Al ver que él no respondía, Samuel siguió hablando:

—¿Cuándo dejarás de luchar por el amor de una chica que jamás te amará y aceptarás el amor del hijo que lleva toda su vida luchando por ti, pese a todo lo que le has hecho? Ha estado trabajando por ti y haciendo todo lo que le pedías toda su vida, y sin esperar a cambio ni las gracias ni una sonrisa. Y tú, ¿cómo lo recompensas por todo ello? Con tormentos, lágrimas y, ahora, matando a su mejor amigo en el bloque de apartamentos que tú creaste para cobijar a tus secuaces.

—Kainsius se ha aliado con Venecia —declaró de pronto Atticus—. Planean derrocar me.

—¿Qué? —Samuel se había quedado de piedra.

—Te lo he dicho: tu creador no es el santo varón que crees que es.

—No. Es mentira. Kainsius nunca haría nada contra ti, es tu hijo, ¡te quiere!

—Subestimas su capacidad para manipular a la gente —sonrió Atticus—. De tal palo, tal astilla, dicen, ¿no? Si crees que yo soy despreciable, no sé qué pensarías del verdadero Kainsius. ¿Te ha contado alguna vez que mató a tu madre y seguramente a los familiares que tuviera Aspen antes de adoptarlo?

Samuel dejó escapar un grito.

—¡Ja! Buen intento, pero mi madre ya estaba muerta cuando él me sacó de la calle. ¡Yo era huérfano y él me crio como a un hijo!

—¿No se te ha ocurrido nunca que quizá fue él quien te dejó huérfano? —rio Atticus caminando lentamente hacia donde se encontraba Samuel.

El vampiro más joven no quería creer nada de lo que decía el rey. Intentó centrar su atención en cualquier otra cosa que no fuera Atticus y la rígida espina de huesos que tenía en la mano. De ésta emanaba una especie de vapor que se movía elegantemente, como una bailarina. Aún seguía caliente después de haber sido arrancada del cuerpo de Aspen. Samuel deseaba que Atticus se fuera. Necesitaba tiempo para llorar su pérdida y no podía hacerlo con el hombre que lo había matado todavía presente. ¿Por qué no se iba? Ya había hecho lo que había ido a hacer.

Por suerte, ocurrió algo que lo hizo distraerse por completo de la visión de su amigo muerto. Atticus chasqueó los dedos y una silla cruzó la habitación para colocarse junto a Samuel. A continuación, una botella de bourbon hizo lo mismo.

Los ojos del vampiro más joven se abrieron como platos. Sabía que los Siete tenían habilidades especiales, Kainsius se lo había contado, pero nunca le había especificado cuáles eran las de Atticus exactamente.

De hecho, no había oído a nadie mencionar la clase de poderes que tenía el misterioso monarca. Samuel le miró las manos y vio que no llevaba ningún

anillo.

«¿Será ése su poder? ¿Mover cosas con la mente? —se preguntó—. No, no puede ser algo tan simple. Es Atticus Lamia. Incluso Venecia lo teme. No puede ser que su poder se limite a la simple telepatía, tiene que ser algo mucho más poderoso para que lady Venecia le tenga tanto miedo».

—Kainsius está obsesionado con los dreyanos —dijo Atticus—. Desde que era un niño, desde que Venecia le contó por primera vez la historia de los Siete y todos los acontecimientos que precipitaron nuestra creación.

—¿Es que hay algo más aparte de que los Ancianos y los hombres lobo planearan invadir la Atlántida?

Atticus asintió. Se sentó en la silla y abrió la botella de bourbon.

—Mucho más. ¿Alguna vez te has preguntado por qué los griegos querían invadir la Atlántida? ¿Cómo aprendió Venecia la magia que utilizó para crearnos y por qué nadie desde entonces ha sido capaz de crear una nueva especie? ¿Eh? ¿Nunca te has hecho esas preguntas?

Atticus le dio un trago a la botella.

—No —respondió Samuel, casi avergonzado.

—Toda historia tiene un principio y un final, y el conocimiento siempre es poder. La curiosidad puede matarte, pero también hacerte el hombre más poderoso del mundo.

—Deja de citar el refranero popular y ve al grano —gruñó Samuel—. ¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Qué quieres que sepa? Ya has matado a Aspen, ¿por qué sigues en mi departamento provocándome y contándome cosas que no sé? Si quieres decirme algo o matarme, ¡hazlo ya! ¡No me hagas perder el tiempo con adivinanzas!

Atticus sonrió.

—Si Kainsius hubiera demostrado tener la mitad de tu fuego y tu honestidad mientras crecía, las cosas habrían sido muy diferentes entre él y yo. Tu madre no habría muerto y la familia de Aspen puede que siguiera viva.

—¡Kainsius no mató a mi madre y a la familia de Aspen! ¡Él nunca haría algo así! Nos crio como si fuésemos sus hijos. Todo cuanto quería era recibir amor, que alguien lo reconfortara cuando estaba triste, que alguien lo alabara cuando hacía algo bien. Tú le arrebataste su infancia, y no soportaba la idea de ver a otros niños...

—¡Yo estaba allí cuando mató a tu madre! —exclamó de repente Atticus cortándolo—. Lo vi asesinar a la perra de tu madre por lo que tú eras. Y ni siquiera dudé de que mataría a la familia de Aspen también por la misma razón.

Tu creador no es ningún santo. Es calculador y retorcido. Te lo quitó todo para que cuando te diera algo lo vieras como a un dios. ¿Nunca te dijo que eras un dreyno? ¿Y a Aspen tampoco? No, claro que no. Tiene muchos secretos, Samuel. Que no te engañen las manipulaciones de mi hijo.

—No te creo —replicó él casi escupiendo las palabras—. ¿Qué demonios es un dreyno de todos modos?

—Un dreyno es una especie muy especial. Los dreynos viven entre el resto de los humanos, y la única forma de identificarlos es bebiendo su sangre. Pueden desarrollar capacidades y aptitudes particulares al crecer si sus genes dreynos están activos. —Atticus hizo una pausa—. Kainsius nunca te contó toda la historia de los Siete, así que supongo que no te habrá dicho que, técnicamente, él es medio dreyno, igual que yo.

—Antes has dicho que los dreynos eran escoria.

—Los dreynos humanos son escoria. Los dreynos vampiros, como Kainsius, Venecia y yo, somos dioses, estamos hechos para que los demás nos veneren —se jactó Atticus—. Cuando le pedí a Venecia que nos hiciera más poderosos para luchar contra los griegos, utilizó los métodos que los dreynos habían descubierto para manipular sus genes, pero lo hizo a su modo. —Atticus tomó otro trago de la botella de bourbon—. ¿Te dijo algo Kainsius alguna vez sobre los poderes que tenías antes de que te convirtiera en vampiro, sin saber que mataría los genes mutados?

—¡No soy un dreyno! De haber sido distinto del resto de los humanos, lo habría sabido. ¡Nunca tuve ningún poder!

Atticus puso los ojos en blanco y bebió más licor.

—¿Te contó algo acerca de sus poderes?

—No.

Samuel no lo dijo muy convencido. Para él, las palabras del rey no tenían ningún valor. No se fiaba de nadie que no fueran Aspen y Kainsius. Bueno, ahora Kainsius solamente, claro.

—Y ¿acerca de los míos? ¿Te dijo ese hijo de perra lo que puedo hacer, lo que me convierte en el hombre vivo más peligroso?

—No.

Atticus sonrió.

—¿Nunca te has preguntado por qué o cómo la Atlántida, posiblemente la civilización más gloriosa que haya existido jamás, se hundió en un solo día?

—¿Venecia?

El rey se echó a reír.

—¿Venecia? ¿Crees que la adorable Venecia sería capaz de matar a miles de personas, aunque fuera en un momento de pura rabia? Venecia... —Atticus reía por la estupidez de Samuel—. Fui yo, idiota. Yo hundí la Atlántida. Yo solito. Fui yo quien provocó que la tierra a sus pies se abriera e hizo que el océano tragara mi patria y la de los Ancianos que me habían maldecido.

Samuel lo miró como si estuviera loco.

—Kainsius insinuó que eras más listo...

Poco a poco, Atticus inclinó la botella, de forma que el alcohol empezó a moverse hacia el cuello de la misma. El líquido salió, pero no cayó al suelo. En su lugar, generó una especie de charco flotante a media altura entre el suelo y la botella.

—¿Te ha contado alguna vez Kainsius algo de mis anillos, de cómo conseguí preservar el poder de mis amigos en dichos anillos y de cómo conseguí utilizarlos?

—No.

—¿Qué es la cosa más poderosa del mundo?

Samuel no respondió.

—La energía. Todo está compuesto de energía. La energía está presente en todas partes. ¿Ves este líquido? —Atticus señaló el charco flotante de bourbon—. La energía es lo que mantiene unidas las partículas que componen esta deliciosa bebida. La energía está en ti, está en mí, está en todo. Si puedes controlar la energía, puedes controlar el universo... ¿Todavía no estás asustado?

—¿Ése es tu poder? ¿Por eso la gente te teme? —Samuel parecía poco impresionado.

Atticus asintió.

—¿Cómo es que no le tienes miedo a alguien que podría matarte sin tocarte siquiera? —Le dio una palmadita a Samuel en la cabeza casi con afecto—. Será mejor que vigiles lo que dices la próxima vez, porque nunca me verás venir cuando decida arrancarte el corazón del pecho. La energía está en todas partes, y tú no tienes ni idea de lo que soy capaz —añadió con una risa siniestra—. Sé que estás buscando a Kainsius, y como he matado a tu amigo el rastreador, quizá será mejor que te diga dónde se encuentra.

—¿Crees que si me dices dónde está Kainsius te perdonaré por haber matado a Aspen?

—Kainsius está en Australia, con Venecia. —Atticus ignoró por completo la pregunta de Samuel—. Y, amigo, ¿verdad que me has preguntado antes por qué quería mantenerte con vida?

—Que te jodan...

—Quiero que sigas vivo para que me hagas de mensajero —dijo Atticus—. Quiero que le digas a Kainsius que no se sobrevalore y que no me subestime. Yo le di la vida, así que también podría quitársela... —Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta del departamento—. Oh, por cierto —se detuvo—, y dile a esa zorra que ya va siendo hora de volver a casa.

—¿Te vas a llevar mi bourbon? —le gritó Samuel, pero ya era demasiado tarde. El rey se había ido—. Hijo de perra... ¡Era de los caros!

Jonah oyó el sonido de dos cuerpos golpeando rítmicamente el uno contra el otro, los jadeos desesperados de una mujer al borde del orgasmo, y notó el olor de las endorfinas liberadas durante el sexo. Se apoyó en la puerta y se preguntó si debía abrirla o no. Decidió hacerlo. Entonces oyó el gruñido de frustración de Atticus, que miró a la chica y le ordenó:

—Vente hasta que yo te diga.

Ella no respondió.

Como Jonah había esperado, Atticus estaba entre las piernas de una preciosa pelirroja con unos pechos enormes.

—¿Qué quieres? —preguntó el rey, todavía ocupado con la chica, que tenía las piernas rodeándole con fuerza la cintura y no paraba de temblar y de gemir.

Jonah miró por la habitación con rapidez y contó un total de doce cuerpos sin vida. Entre ellos descubrió unas facciones conocidas: una muchacha de piel tostada con los labios carnosos y los pechos hinchados. El vampiro suspiró: era la que hacía las mejores mamadas.

—Colega, ¿a cuántas mujeres del palacio planeas matar? Llevas aquí un día, y la cuenta asciende ya a treinta y una.

El rey ignoró a su asesor favorito. Apartó una mano de las caderas de la pelirroja y la puso en su mejilla.

—¿Quién es tu rey? —le preguntó.

—¡Tú! —respondió ella entre gemidos.

Sus pechos rebotaron con violencia cuando Atticus aumentó la velocidad con que la penetraba. Los gemidos de la chica se aceleraron también, y Atticus supo que estaba a punto de alcanzar de nuevo el orgasmo.

—¿A quién perteneces? —rugió penetrándola con más fuerza.

—A ti..., te pertenezco a ti, mi... —Antes de que pudiera terminar la frase, en un momento de furia, Atticus le arrancó la cabeza de los hombros y la lanzó al otro lado de la estancia.

—Me parece que el sexo no te está poniendo de mejor humor —rio Jonah,

esquivando por poco la cabeza de la muchacha—. A ver, ¿te has cogido a treinta y dos doncellas con ésta y todavía no has podido venirte?

Atticus sacó su miembro del cuerpo de la pelirroja y se cubrió con una bata antes de que Jonah acabara de hablar.

—No —respondió en un tono que denotaba un profundo malestar.

Cruzó la habitación hasta el minibar y se sirvió un vaso de whisky.

—Sexo, alcohol y asesinatos en masa, tus tres cosas favoritas, ¡vamos..., ánimo! Tengo una botella de Dalmore de trescientos años escondida en la habitación, ¿y si la abro y te pido a una putita con un buen culo del burdel de Sanguis Puella?

—No necesito ninguna puta —gruñó Atticus.

—¡Oye, que el mío es un negocio de calidad! Sanguis Puella es un bar sofisticado que ofrece a los vampiros mujeres y hombres humanos para beber de ellos y, en ocasiones, mantener sexo también. Siempre que puedas permitirte, claro, porque mis precios no son para todos los bolsillos.

Atticus no dijo nada. Se bebió el whisky de golpe, y el licor le proporcionó una agradable y conocida sensación. Se relajó un poco y consiguió apartar su mente de Evelyn y del agujero que ésta le había dejado en el pecho.

—¿Cuándo va a volver? —preguntó Jonah.

—Cuando quiera.

—¿Así que la vas a dejar deambular por la ciudad mientras tú estás aquí sufriendo? ¡Ordénale que vuelva! ¿Por qué dejas que esa perra te hiera así? ¡Tráela de vuelta y alíviate con ella! —gritó Jonah—. ¡No puedes seguir torturándote así por una mujer! ¡Ella no es nadie, y tú eres el rey de este mundo!

—Necesita libertad —dijo Atticus—. Tengo que dejarla respirar, darle espacio.

—Su felicidad es a costa de tu dolor.

—Y mi felicidad a menudo es a costa del suyo. No puedo ser tan egoísta, debo darle aire. También merece ser feliz.

—¡Es humana! ¡No se merece nada, Atticus!

El rey no respondió. En su lugar, se sirvió un vaso de vodka.

Jonah lo observó preocupado. Nunca había visto así a su creador. No era así como debía comportarse el hombre que tenía el mundo a sus pies. Casi le entraron ganas de darle unos cuantos puñetazos para ver si el afligido monarca reaccionaba, pero se abstuvo de hacerlo.

—Deberías decirle a Evelyn que vuelva, ¿no te preocupa que vaya de nuevo al departamento de Samuel? Le contará que has matado a Aspen.

—He dado órdenes a los guardias de que la sigan dondequiera que vaya. Si sabe que la vigilan no se atreverá a aparecer por el Royal Lilac. Además, Samuel no estará allí para contarle nada. Mis espías me han dicho que ha salido para Australia, en busca de Kainsius, sin duda.

—¿Seguro que se enterará de que la siguen? Es bastante tonta, la pobre... —
rio Jonah, lo que hizo que Atticus reaccionara con violencia.

En un segundo, el rey estaba junto al minibar, bebiéndose un vaso de vodka, y al siguiente había tirado el vaso al suelo y tenía la mano alrededor de la garganta de su asesor.

—¿Te atreves a hablar así de Evelyn? Puede que sea humana, ¡pero es tu reina!

—No es mi reina todavía —murmuró Jonah.

Nunca había escondido el odio que sentía hacia ella. Sabía desde el primer día que la chica traería problemas, y su instinto no se equivocaba.

Por su culpa, Hansel estaba encerrado en la mazmorra y había caído en desgracia. Atticus vivía en un infierno constante e intentaba reparar su maltrecho corazón a base de sexo, alcohol y masacres. Jonah odiaba a Evelyn por todo lo que les había hecho a sus dos mejores amigos. «Todas las mujeres de la familia Blackburn son basura —pensó—. Tanto Evelyn como esa perra de Alice. ¡Infieles, desagradecidas y estúpidas!».

Atticus lo soltó, pero su ira no aminoró.

—Un día lo será, y ese día llegará muy pronto. Será tu reina, me aseguraré de ello.

—Bien, pero no esperes que le muestre respeto hasta que ella aprenda a mostrártelo a ti.

—Aprenderá —dijo Atticus—. Tengo toda la eternidad para enseñarla a que me respete. Con violencia o por amor, la elección es suya.

Jonah suspiró.

—El amor causa tantos problemas... Menos mal que nunca me he enamorado.

—Una vida sin amor no merece la pena ser vivida —susurró Atticus, y mentalmente añadió: «Créeme, llevo toda la vida viviendo en soledad. Ni todo el dinero del mundo puede eclipsar la belleza del amor».

—En fin, te he traído un regalo.

—No lo quiero.

—¡Si no sabes lo que es!

—Otra puta, sin duda. Ya te lo he dicho: no quiero ninguna de tus putas

pescadas de la calle que dormirían con cualquiera por medio penique.

Jonah sonrió.

—¡Ésta es gratis! Pasa, Nora, muéstrale al rey tus respetos.

Atticus se quedó helado por un momento.

—Como la chica que quieres prefiere no tener sexo contigo, ¿por qué no aliviar tu frustración con su hermana? Se parecen bastante... ¡De nada!

Nora Blackburn. Atticus sabía poco de la hermana mayor de Evelyn. Se acordaba de haberla visto cuando había visitado la mansión de la familia aquella vez.

Recordaba que ambas se parecían. Compartían rasgos similares: el pelo oscuro, la piel pálida y los ojos azules. Pero ahí acababa el parecido. Aparte de los rasgos físicos, Nora no tenía nada que ver con su hermana. Aquella chica interesada, cruel y manipuladora no se parecía en nada a su Evelyn.

El rey reprimió el gruñido que se le acumuló por instinto en la garganta cuando la muchacha entró en su despacho. Sabía cómo trataba a Evelyn, cómo la acosaba y usaba la culpa para manipularla. El rey despreciaba a Nora, y si no hubiera sido la hermana de Evelyn seguramente la habría matado hacía tiempo. Pero no acababa con ella porque eso crearía una distancia infranqueable entre él y su amada. Por si Evelyn no lo odiaba ya lo suficiente, la muerte de su hermana acabaría de asestarle el golpe de gracia.

Estuvo a punto de ordenarle a Nora que se fuera, no quería a alguien tan mezquino y desagradecido en su despacho. Pero entonces vio su cara.

Por un momento, reconoció en su rostro un destello de Evelyn. Por un momento, dolor y alegría recorrieron su cuerpo a la vez. La muchacha desagradable, vengativa y repelente que tenía delante se transformó en su ángel, y el corazón de Atticus dio un vuelco.

—Mi rey...

Nora le sonrió seductora.

La ilusión que la había convertido en Evelyn se desvaneció en el mismo instante en que abrió la boca.

«No es Evelyn», se recordó Atticus.

—Bien, Nora. —Jonah le puso la mano en la parte baja de la espalda—. Tu hermana se ha estado portando mal y ha hecho enojar bastante al rey. Creo que lo más apropiado sería que lo compensaras por ello...

Atticus lo interrumpió:

—Jonah, no necesito ningún tipo de preliminares narrados.

—No, tiene razón —intervino Nora—. Yo pagaré por los errores de mi hermana.

Y, sin previo aviso, se despojó de la capa que llevaba y dejó al descubierto su cuerpo desnudo.

Le sonrió a Atticus. Nora siempre había estado orgullosa de su cuerpo, de cintura estrecha y curvas en los lugares donde debían estar. Siempre había creído que su cuerpo era mucho más seductor y atractivo que el de Evelyn. La muchacha se irritó al pensar en su hermana. Todavía no entendía por qué Atticus había escogido a la cabezota de su hermana, cuando lo habría tenido todo mucho más fácil y con menos complicaciones si no lo hubiera hecho.

«Por fin ha llegado mi hora de brillar —pensó Nora. Vio cómo el miembro de Atticus se endurecía bajo la bata—. Serás mío. Te tendré a ti y todas tus posesiones en la palma de la mano. Me harás tu mujer y, mientras paso mis días en un yate, rodeada de riqueza, me aseguraré de que Evelyn se pudre en una oscura mazmorra acompañada de nadie más que de las sucias ratas».

—Los dejo solos.

Jonah le guiñó un ojo a Atticus antes de salir del despacho.

El monarca quiso echar a Nora de allí a empujones, hacerla pagar por todo lo que le había dicho y hecho a Evelyn. Pero no pudo.

Se parecía demasiado a su hermana, y, pese a ser consciente de que en realidad no eran la misma persona, en ese momento quiso abrazar a la chica que tenía delante con todas sus fuerzas y decirle lo mucho que la quería, lo mucho que la necesitaba.

Sólo hacía un día que no estaba con ella, pero echaba de menos a Evelyn. Su cuerpo y su mente anhelaban la presencia de la mujer que tanto amaba. Pero no podía tenerla: tenía que darle espacio, dejarla que asimilase todo lo que había descubierto el día anterior.

Una parte de él se arrepentía de haberle mentido con respecto a Hansel, pero otra se sentía satisfecha de haber podido usarlo para poner a prueba la profundidad de los sentimientos que ella albergaba hacia el adorable lord.

—Mi rey —dijo Nora con una caída de pestañas.

Era obvio que estaba esforzándose por parecer atractiva y seducir a Atticus, ignorando que éste no tenía ningún interés en ella.

Él sabía que lo que sucedería a continuación no estaba bien. En el fondo lo sabía, sabía que era lo peor que podía hacer en esas circunstancias. Su relación con Evelyn ya estaba muy deteriorada. Pese a sus promesas de cambiar, de

intentar que las cosas funcionaran, Atticus sabía a ciencia cierta que su mentira acabaría por destruirlo todo. No debería haberle mentado a Evelyn, debería haberle dicho la verdad y no fingir que era alguien que en realidad no era.

Pensó en sus planes de venganza, en el daño que le haría a Evelyn, y también a Hansel y a Ethan, y al imaginarse a la joven afligida, infeliz, sintió una punzada en el corazón como si se lo hubiera atravesado un cuchillo afilado. Odiaba pensar en ello siquiera.

No obstante, al mismo tiempo, imaginarla infeliz y afligida le proporcionaba gran satisfacción y alegría...

Atticus no quería a Nora; la deseaba, pero no la amaba. Fue la sombra de Evelyn que había visto en ella lo que lo motivó a hacer lo que sucedió después. No podía evitar desear a la chica que tenía delante.

Sin pensar, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. La besó con desespero, con hambre, como si ella fuera lo único que pudiera mantenerlo con vida, como si su vida dependiera de ello.

Sus labios asaltaron los de Nora con violencia, pero el cuerpo de ella no tardó en reaccionar. Se abrió a él sin dudar, y lo besó. Su lengua acarició los labios y la lengua del vampiro. Le rodeó la cintura con los brazos.

Notó cómo a él se le ponía más dura y eso la excitó. Pensaba que era ella quien lo excitaba, cuando en realidad era la imaginación del rey al pensar que era Evelyn lo que lo estaba excitando. Al besar a Nora pensaba en Evelyn, su ángel, su adorada.

La chica deslizó las manos por debajo de la bata de seda de Atticus y se la quitó despacio para que quedara tan desnudo como ella. Tuvo que reprimir un grito al contemplar al rey en toda su belleza. Nunca había visto a nadie tan inhumanamente perfecto. Su cuerpo desnudo quitaba el aliento.

—Uf —suspiró, lo que provocó una sonrisa arrogante por parte de Atticus.

No pudo resistir relamerse cuando su mirada bajó hacia su miembro y vio su inmenso tamaño. Sólo al verlo notó una oleada de deseo invadir el lugar sensible entre sus piernas. Lo deseaba. Lo deseaba con desespero. Una imagen de él penetrándola, con los brazos rodeándola para atraerla más hacia sí, llenó su mente.

Necesitó de todo su autocontrol para evitar empujar a Atticus y montar a horcajadas sobre él. Quería que el rey la poseyera como se merecía. Quería que viera sus pechos rebotar arriba y abajo mientras la hacía suya y llevaba su cuerpo hasta el éxtasis.

Por suerte para ella, Atticus no tardó mucho en caer en la tentación de dejarse

llevar por los dictados del placer carnal. La levantó con facilidad y la llevó al otro lado del despacho para colocar su cuerpo caliente boca abajo sobre su mesa.

—Oh, Atticus —gimió Nora mientras los dedos de él se deslizaban entre sus muslos en dirección a su sexo. Notar cómo la tocaba hizo que casi se viniera.

—Evelyn...

Atticus susurró el nombre de su hermana.

Nora dejó escapar un grito ahogado al notar el pulgar del rey penetrando la sensible carne. Lo necesitaba tanto...

—Evelyn... —repitió él.

Decir que al susurrar el nombre de su hermana Atticus había herido el orgullo de la muchacha sería decir poco. Nora Black-burn no estaba dispuesta a que la degradaran de ese modo. En su mente, estaba muy por encima de Evelyn: era mayor, superior en todo y mucho más atractiva. Era la guapa de las dos, la más lista, la que el rey debería haber elegido. Evelyn apenas merecía tener a alguien tan acomodado y con tantas influencias como Ethan Redfern, y mucho menos al rey de los vampiros.

Nora pensaba que el hecho de que Atticus se hubiera enamorado de ella era una pérdida para el mundo entero. Un hombre tan rico y poderoso como Atticus no debería haberse fijado en alguien así. Un hombre de tanto prestigio sólo debía aspirar a lo mejor de lo mejor, y Nora sabía que ella era la mujer adecuada para él. Sabía que podía hacerle sentir cosas que él nunca había sentido. Cuando el nombre de Evelyn salió de sus labios, Nora estaba a punto de arrodillarse para chuparle el miembro erecto. Iba a darle el mejor orgasmo que había tenido nunca, pero oír el nombre de su hermana arruinó el momento.

Pasó de estar excitada y lista para coger a ponerse nerviosa e irritable en apenas segundos, y estaba a punto de salir de la habitación hecha una furia cuando él se le acercó y le besó la zona erógena del lóbulo de su oreja. Sentir sus labios sobre su piel la hizo gemir, casi venirse allí mismo. Atticus volvió a tocar su sexo. Estaba tan mojada, tan lista para él...

El rey le tomó la mano y la puso sobre su pene para que ella lo acariciara, algo que Nora hizo con gusto, casi con demasiadas ganas. La expresión de su cara era la de un perro al que acabaran de dar un hueso.

—¿Lo quieres? —le preguntó él.

—¡Sí! —exclamó ella, que empezó a acariciarse el clítoris. Estaba tan cachonda, tan desesperada por llegar al orgasmo, tan desesperada porque Atticus la penetrara...

Él sonrió y le apartó la mano de entre las piernas, inmovilizándola detrás de

su espalda.

—¿Te he dado permiso para tocarte? —preguntó—. Estás en presencia de un rey, y cuando estás en la misma habitación que el rey, tu cuerpo y tu mente ya no te pertenecen, me pertenecen a mí.

Atticus apartó la mano con la que la había tocado, ganándose la desaprobación de ella, y agarró sus pechos generosos y turgentes. Toqueteó uno de sus pezones con el pulgar y a Nora le temblaron las piernas.

«Si sigue tocándome así, me voy a venir antes de que me penetre siquiera», pensó desesperada porque el rey la acariciara más, preferiblemente con otra parte de él que no fueran las manos.

—Estás mojada —dijo Atticus—. ¿Me deseas? ¿Quieres que te coja como la pequeña zorra que eres? Veo cómo flirteas con mis colegas... Te has ofrecido a cada uno de los miembros de la realeza que has conocido. ¿Quieres montar ahora al caballo ganador?

Nora levantó la cabeza y sus ojos azules miraron los ojos castaños de Atticus, desafiantes.

—Cógeme —le dijo—. Ponme en esa mesa dura y sólida tuya y cógeme como me merezco. Cógeme y cógeme bien. Te enseñaré que soy mucho más mujer de lo que esa beata de mi hermana será nunca. Has estado persiguiendo a la hermana Blackburn equivocada. Yo soy la que quieres de verdad.

Nora notó el suelo desaparecer bajo sus pies y su cuerpo ser movido a gran velocidad. Todo le pareció borroso, hasta que notó de nuevo la superficie fría del escritorio bajo su estómago. Él le tiró del pelo y la forzó a levantar la cabeza.

Y entonces, la notó, notó la verga de Atticus contra su entrada. Agarró el borde de la mesa con anticipación.

—Por favor, mi rey, cógeme, cógeme, cógeme...

Con una sonrisa de satisfacción y un empujón brutal, Atticus introdujo su miembro en el sexo mojado y dilatado de Nora. La agarró más fuerte del pelo. Estaba de espaldas a él y no podían verse la cara, como Atticus prefería. Él cerró los ojos y empezó a entrar y a salir del cuerpo de la zorra sin valor que tenía delante.

Imaginó que la piel pálida y perfecta y el cabello sedoso y moreno que veía pertenecían a Evelyn. Penetró el cuerpo de Nora con violencia. La fricción entre ambos cuerpos era muy placentera, y se encontró a sí mismo jadeando al notar la familiar presión que hacía que sus testículos se hincharan.

El sonido y el aroma del sexo llenaron la habitación mientras Atticus penetraba a la hermana de Evelyn con agresividad. Le daba igual tirarle tanto del

pelo hasta casi arrancárselo, le daba igual apretarla tanto contra la mesa hasta clavársela. En lo único en que podía pensar era en su verga dentro de su coño y en lo maravilloso que se sentía.

Sus testículos golpeaban el culo de Nora mientras él seguía cogiéndosela a gran velocidad. Le apretó un pecho y ella gritó de placer. Por mucho que Atticus odiara la mente dentro de aquel cuerpo, no podía negar el placer que éste le proporcionaba, con su sexo abrazando su verga, que no dejaba de endurecerse y crecer más y más.

—¡Atticus! —gimió ella—. ¡Sí! ¡Cógeme, Atticus! ¡Sí, sí!

Las caderas de Nora se movían al ritmo de las de él con lujurioso entusiasmo. Llevaba tanto tiempo deseando eso, lo había imaginado tantas veces, y al final estaba resultando ser tanto mejor que a Nora le dio igual que el nombre que el rey gritara fuera el de su hermana y no el suyo.

El sexo con Atticus Lamia era... indescriptible. Nora no había conocido a ningún hombre que pudiera hacerla sentir como el rey. Cada vez que la tocaba, cada vez que la besaba, cada vez que la lamía, cada vez que gemía, se excitaba más y más.

Nunca se había sentido así antes, no sabía ni que fuera posible sentirlo, no sabía que fuera posible que una persona experimentara tanto placer, tanto gozo, tanto éxtasis.

—¡Atticus! —gritó al notarse al borde del orgasmo.

Temblaba descontroladamente. Sus piernas y sus pechos seguían rebotando arriba y abajo. Lo sentía expandirse aún más dentro de ella. Era tan grande... Le sorprendía que su propio sexo pudiera albergar algo tan exquisitamente enorme y delicioso.

—¡Atticus, oh, sí...! —siguió gimiendo, todo su cuerpo agitándose por el placer de tener al rey cogiéndosela con tanta brutalidad.

Nora no podía creérselo. Ningún otro hombre había conseguido que se viniera antes. Nunca había estado tan excitada en toda su vida. Ningún hombre la había hecho sentir así. Ninguno de los lores vampiros, ninguno de los aristócratas humanos que se habían metido entre sus piernas.

La hizo tan feliz oír los gruñidos de placer de Atticus y notarlo acelerar sus penetraciones... Estaba a punto de llegar al orgasmo, lo sabía. Esperó, excitada, a que se viniera dentro de ella.

Pero, de repente, sin previo aviso, él se apartó, y Nora notó las gotas de esperma caer sobre su espalda. Aun así, quería asegurarse de que Atticus recibía su servicio completo, así que iba a volverse, arrodillarse y chupársela hasta

limpiársela toda cuando notó la mano de él en su hombro.

—Vete —le dijo el rey con frialdad.

Nora se echó a reír. Pensó que era algún tipo de broma... Pero entonces notó cómo la mano de él colisionaba contra su mejilla con gran fuerza. No la suficiente como para hacer saltar ninguno de sus dientes, pero sí para hacerla tambalear.

—Eso iba por Evelyn. Ahora, sal de aquí —repitió alejándose para tomar su bata.

—Pero... —lloriqueó Nora. No podía creerse lo que pasaba—. Yo... Nosotros... Tú...

—¡Guardias! —rugió Atticus, y en menos de un segundo aparecieron cuatro hombres con el uniforme de la guardia real—. Llévensela —ordenó.

Atticus estaba sentado a la mesa de su despacho, con los codos apoyados en la misma y la cabeza reposando sobre los nudillos de sus puños cerrados.

Hacía un día que había tenido sexo con la hermana de Evelyn en un intento desesperado por apartar de su mente a la chica que le había robado el corazón durante unos segundos, pero no había funcionado.

Tres días. Sólo hacía tres días que Atticus había tomado la estúpida decisión de darle a Evelyn algo de espacio, algo de libertad, algo de tiempo alejada de él. Había esperado que la distancia la haría echarlo de menos, pero parecía que su lógica sólo había funcionado para uno de los miembros de la pareja.

Tres días... En esos tres días, no había podido quitarse a Evelyn de la cabeza. No soportaba el dolor atroz que lo había perseguido cada segundo de ese tiempo.

Miró los papeles esparcidos por el escritorio. Algunos eran misivas de miembros de la realeza que le pedían más poder, sobornándolo con objetos exquisitos; otros eran informes de algunos de los gobernadores que tenía por todo el planeta, cada uno a cargo de distritos del tamaño de un país.

Estaba intentando distraerse.

Le reportaban información sobre un par de revueltas en áreas del sur de Europa y le pedían permiso para ajusticiar públicamente a los rebeldes. Atticus firmó su petición.

También le pedían que abriera unas cuantas granjas de humanos más en el norte de Asia, y que autorizara una masacre en Egipto: se habían registrado más de una docena de transformaciones ilegales de vampiros.

El monarca firmó ambas peticiones para dar su permiso. Anotó mentalmente que había llegado la hora de diezmar un poco la población vampírica. Odiaba a todos aquellos convertidos en vampiros de forma ilegal. Por ley, un humano sólo podía ser transformado en vampiro con el permiso del gobernador del distrito, de un lord o del propio Atticus.

Nada lo asqueaba más que los vampiros que no merecían la inmortalidad. Cada año hacía decrecer la población que no tenía nada que ofrecer a la

sociedad. Su deseo de control era algo inigualable. Atticus necesitaba gobernar el mundo con mano de hierro y no dudaba en asesinar a quien se opusiera a sus deseos o a su forma de pensar.

Reconocía que el modo en que trataba a los humanos o a los vampiros de baja calaña era inhumano e inmoral, pero no se había ganado la corona siendo bondadoso y cobarde.

Sabía cuándo era hora de matar, masacrar, torturar, y no tenía problema en hacerlo. Además, estaba comprobado que su manera de gobernar era efectiva: los índices de criminalidad eran los más bajos de la historia. La desigualdad era la mayor de la historia, eso sí, pero a él le importaba un rábano la igualdad.

Creía fervientemente en la supervivencia del más fuerte, eso era lo que el mundo le había enseñado. Se había pasado media vida en campos de batalla y había sido testigo de los sufrimientos de la gente durante siglos. Había visto demasiadas escenas de dolor, pena o injusticia como para que siguiera importándole nada.

Hubo un tiempo en el que habría luchado con fiereza por la igualdad para todas las razas, los géneros, las edades... Hubo un tiempo en el que había abogado porque la bondad, la felicidad, el amor y la justicia prevalecieran sobre todo en el sueño de un mundo utópico. Había pasado casi un siglo de su vida luchando por ello.

Era irónico cómo habían acabado las cosas: al final, su sueño de un mundo perfecto había resultado ser inalcanzable. Al final, se había dicho que no había motivo para contravenir las leyes del universo, que había que dejar que el mundo funcionara como debía. Aceptó que la luz sólo existía en presencia de la Oscuridad, y que su sueño de un mundo mejor era simplemente imposible. Se dio por vencido. Dejó de creer que valía la pena malgastar su inmortalidad en gente que no iba a cambiar.

Las amenazas de la guerra nuclear, la contaminación, la extinción de demasiadas especies inocentes, el modo en que los humanos habían sido capaces de evolucionar tecnológica pero no moralmente, todo había contribuido a que Atticus perdiera la fe en su sueño.

Ahora creía que la ecuanimidad y la igualdad eran mitos, objetivos que los humanos se habían planteado por pura estupidez. Creía que no tenía ningún sentido combatir la injusticia. El mundo era un lugar cruel, y no veía necesidad de esconder dicha crueldad con campañas sin sentido para conseguir un mundo que era demasiado perfecto para ser cierto.

Atticus se preguntó si valdría la pena construir una ciudad en la que vivieran

humanos felices sólo para llevar allí a Evelyn y mostrarle que la felicidad era posible bajo su gobierno. Se preguntó si podría ocultarle la pobreza y la hambruna que azotaban a los de su raza por todo el mundo. ¿Tendría entonces más oportunidades de ganarse su afecto? ¿Haría eso que se enamorara de él al no creer que era tan malo como imaginaba?

Se preguntó si podría cambiar realmente, si era posible. Deseaba tanto ser un hombre mejor para ella...

Pero Atticus se había pasado la vida aprendiendo a ser frío, cruel y despiadado para poder sobrevivir. Se puede apartar al tigre de la jungla, pero no se puede apartar la jungla del tigre. La violencia y la muerte eran su jungla.

Se preguntó si podría llegar a ser el hombre compasivo y amable que ella quería que fuera.

Atticus sabía que su modo de vida no era visto con buenos ojos por parte de activistas, socialistas y gente igual de débil. Pero sólo porque supiera que algo no estaba bien no quería decir que no disfrutara haciéndolo. Aunque su forma de vida no lo hiciera del todo feliz, no era capaz de vivir de otra manera por mucho que lo intentara, por mucho que quisiera.

Oyó abrirse la puerta y entrar a uno de los guardias a quienes había pedido proteger y seguir a Evelyn.

—Mi rey —lo saludó éste formalmente.

—¿Cómo está?

—La señorita Blackburn está bien —respondió el guardia—. Ayer estuvo en la ciudad, y hoy también.

—¿Qué hizo?

—Hay guardias protegiéndola y atendiendo a cada una de sus necesidades durante cada momento del día, así que no ha vuelto al Royal Lilac ni a ningún otro sitio que no sean atracciones turísticas, tiendas de marca o restaurantes de cinco tenedores. Se ha estado portando bien.

—¿Ha dicho en algún momento que echara de menos su casa?

—¿Su casa...?

—¡El palacio! —replicó el rey—. Su casa, estar aquí, conmigo.

—No, señor.

—¿Se ha hecho la señorita Blackburn amiga de alguno de los guardias?

—Ninguno de los guardias se atreve siquiera a mirarla, señor, y mucho menos a hablar con ella, a no ser que haga alguna pregunta.

—Bien —contestó Atticus, y se quedó en silencio unos instantes. El guardia hizo lo mismo, esperando instrucciones—. El chico humano, Ethan, el lobo y el

traidor de mi protegido..., ¿están ya listos para tomar sus posiciones en el cuerpo de la guardia real?

—Sí, señor.

Atticus tamborileó con los dedos sobre la fría superficie de la mesa. Todavía dudaba si seguir adelante con el plan o no. ¿Qué prefería: el amor o la venganza?

No recordaba la última vez que había sido tan indeciso y que se había planteado tanto las consecuencias de sus actos.

Había un dicho humano que conocía de hacía tiempo: el amor es un campo de batalla. Nunca había entendido el verdadero significado de la frase hasta que supo que la única persona que quería en el mundo lo encontraba insoportable.

Pero Atticus era un soldado. Era un comandante, un conquistador. Y estaba decidido a ganar aquella guerra. No perdería lo único que hacía la vida tolerable para él.

—Tráeme al chico humano. Hace mucho que no lo veo y no charlamos —ordenó—. Y tráele algo de comer. Puede que sea escoria, pero ahora es también un guardia real, así que no lo vamos a matar de hambre, ¿no?

—Bien, majestad.

Los integrantes de la guardia real eran como perros bien amaestrados: se desvivían por complacer a su amo y señor.

En un minuto, dos a lo sumo, se habían colocado ya en el despacho de Atticus dos sofás oscuros y una mesa entre ambos con media docena de platos llenos de deliciosos dulces.

—Mi rey —oyó decir el monarca a uno de sus guardias. La voz lo sacó de su ensoñación.

Ethan, vestido con el uniforme rojo y negro de la guardia real, estaba de pie entre dos vampiros más altos que llevaban exactamente el mismo uniforme. Pero los guardias mantenían las manos de Ethan a su espalda, como si el humano fuera una especie de prisionero, lo que, en cierta manera, seguía siendo.

—Ésa no es forma de tratar a nuestros invitados —dijo Atticus con sarcasmo—. Vamos —ordenó a los dos vampiros que tenían sujeto a Ethan con una sonrisa arrogante—, dejen al señor Redfern. Adelante, muchacho, toma asiento.

Ethan miró en todas direcciones con recelo antes de centrar la vista en Atticus.

—¿Tu despacho? —preguntó, y se dirigió al sofá colocado enfrente del rey. Mantenía la cabeza bien alta y había algo majestuoso en su caminar.

Atticus asintió.

—Correcto.

—Esperaba cadenas, rehenes colgados boca abajo, esclavos atados en una esquina para cuando te entra hambre —los ojos de Ethan observaban los colores neutros, las altas estanterías y las elegantes antigüedades que decoraban la estancia—, pero no esto.

—Me gusta trabajar en un entorno limpio.

El muchacho tomó asiento frente a Atticus, acomodándose y sin un atisbo de miedo en la mirada. El monarca estaba sorprendido: había esperado que temblara de terror. Después de todo, se encontraba en presencia del rey de los vampiros, a quien había traicionado, además.

Los ojos verdes de Ethan aguantaban con valentía la mirada de los ojos oscuros de Atticus. Su sonrisa era igual de confiada que la del rey.

—¿Por qué estoy aquí?

—Directo al grano, ¿eh? —rio Atticus—. Esperaba que antes pudiésemos hablar de cosas intrascendentes. ¿Quieres probar mis dulces? ¿Un té?

—No, gracias.

—¿Seguro?

Ethan tomó un trozo de pan y se lo comió.

—¿No te da miedo que haya pedido que los envenenen?

—Ya vivo a tu merced: si quieres matarme, puedes hacerlo cuando quieras. Eres una bomba de relojería que podría explotar en cualquier momento. No tiene sentido vivir alarmado por lo que podría pasar. Casi mejor disfrutar de los pocos placeres de la vida de los que puedo disfrutar hasta que llegue el momento —dijo Ethan educadamente, pero en sus ojos Atticus pudo leer el tremendo odio que sentía hacia él.

—Supongo que te preguntarás qué haces con ese uniforme. —Ethan no dijo nada, sólo esperó que Atticus prosiguiera—. Te he llamado para darte algunas indicaciones, humano. —El rey escupió la última palabra, como si se tratara de un insulto—. Felicidades, escoria. Eres miembro de la guardia real. El primer humano en servir en palacio..., ¿estás orgulloso de ti mismo?

Ethan apretó los labios. Le ardían los ojos de odio al mirar al despiadado rey, sentado allí, tan seguro de sí mismo, como el rey del mundo que era.

—Lo estaría si estuviera al servicio de un monarca amable y bondadoso.

Atticus rio.

—¿Quieres saber por qué te he hecho llamar? —Ethan asintió y aguardó de nuevo a que el rey hablase—. Quería que vinieras para hacerte una advertencia. Supongo que ya has entendido que si te he dado un uniforme es porque quiero que cumplas con tus deberes como guardia, ¿no? —preguntó el rey, pero no esperó la respuesta de Ethan antes de continuar—: Uno de esos deberes consiste en seguir mis órdenes al pie de la letra. Mis órdenes pueden consistir en cosas sencillas como hacer recados, llevar mensajes, ir a buscarme una copa o dos cuando tengo sed, hacerte cargo de cosas que me importan, vigilar el palacio... Si haces algo que no debes, entonces te castigaré.

—¿Algo como acostarme con Evelyn? —lo provocó Ethan con una sonrisa inocente—. Y ¿cómo me vas a castigar? Ya estoy al servicio de la persona que más odio en el mundo. Dudo que las cosas pudieran ir a peor.

Atticus rio bajito.

—Chico listo... Pero tus limitaciones no acaban aquí. Si te atreves siquiera a tocar algo que me pertenece sólo a mí, te cortaré las manos. Y no te olvides de que tienes familia, gente que te importa. Te he llamado para darte indicaciones básicas. Puedes ver a Evelyn, tocar sus cosas, oler sus cosas, pensar en ella, incluso masturbarte pensando en ella cuando te encuentres solo, pero no puedes tocarla a ella. Puedes hablarle, pero tu vocabulario se limitará a decirle sí o no. Si rompes cualquiera de esas normas, habrá consecuencias.

Ethan rio.

—¿Sabe ella que estoy aquí? No lo sabe, ¿verdad? —Atticus no respondió—. Así que ésta es tu venganza. Sabes que no puedes matarme sin que Evelyn te odie el resto de su vida y torturarme ya no te proporciona el mismo placer que antaño, así que has decidido optar por otra estrategia. Sabes que ella quiere que viva, le importan mi vida y mi felicidad. Así que pensaste que qué mejor para castigarnos a ambos que ponerme a su lado, en este palacio. Nos mantienes juntos, pero sin poder consumir nuestro amor con tus espías observando cada uno de nuestros movimientos, cada mirada. Tener a lo que más quieres en este mundo tan cerca, pero no poder poseerlo duele, ¿verdad? —sonrió Ethan.

Irónicamente, ese gesto asociado a la amabilidad penetró en el corazón de Atticus como un cuchillo. Tras las formas corteses, las palabras de Ethan eran como dagas, listas para matar.

El vampiro le dedicó otra sonrisa igual de falsa.

—No sabría decirte. Soy el rey y puedo tener todo lo que quiera, cuando quiera y como quiera.

—Menos el amor de Evelyn. Ni la fuerza, ni la violencia ni las amenazas conseguirán que te quiera. Cuanto más en corto la ates, menos querrá entregarse a ti. —Ethan se acercó al rey y apoyó los codos sobre las rodillas—. ¿Es por eso por lo que estoy aquí?, ¿porque querías advertirme de que debo mantenerme alejado de ella?

Atticus asintió.

—Supongo que había sobrevalorado tu estupidez.

—Esto le va a doler a ella tanto como a mí, si no más, lo sabes, ¿no?

—Merece ser castigada.

—Supongo que Hansel debe de sentir algo por Evelyn y por eso se ha visto despojado de su título de lord y servirá a la guardia real de palacio con Aaran y conmigo, ¿no?

Atticus asintió.

—Un perro no debe morder nunca la mano de su amo, y eso es lo que hizo

Hansel cuando Venecia y él organizaron aquel encuentro entre Evelyn y tú.

De pronto, el ambiente se volvió intenso y cargado. Pero al colocar juntos a dos hombres que amaban a la misma mujer, dos hombres separados por un abismo de poder, igual de apasionados y decididos a ganar, ¿qué más se puede esperar?

—No puedes seguir hiriendo a todo el mundo que le importa —dijo Ethan—. Puede que la quieras, pero lo haces de la forma más aterradora imaginable.

—No necesito recibir consejos de pareja de ti.

—Evelyn y tú no son una pareja. Lo que hay entre ustedes no tiene nada que ver con una relación, ni con el amor. Es una guerra. —Ethan suspiró. Había algo de pena en su tono de voz cuando volvió a hablar—: Deberías haberme dicho que estabas enamorado de ella. Deberías haberme amenazado a mí en vez de a ella.

—¿Por qué? —rio Atticus siniestramente—. Eso no habría cambiado las cosas.

—Te equivocas, lo habría hecho. Si hubiera sabido que lo que sentías era amor, me habría apartado, te habría ayudado. Eres idiota por haber llevado las cosas de esta forma, porque ahora, la persona que más sufre de todas es Evelyn. ¿Es que todavía no la conoces? Ella es como un pájaro: cuanto más la aíslas encerrándola en una jaula, más deseará escapar para desplegar las alas y echar a volar lejos de ti. Has orquestado todo esto de la peor forma posible.

—Te he dicho que no necesitaba que me dieras consejos de pareja.

—En realidad, sí lo necesitas, Atticus.

Atticus se echó a reír, más fuerte esta vez. No había previsto que su reunión con Ethan fuera por esos derroteros, pero pensó que no perdía nada escuchando lo que el humano creía que debía decirle.

—Bien, entonces ¿qué opinas de Evelyn y yo como marido y mujer? ¿Qué consejos me darías al respecto?

—Que son la peor pareja de la historia. El universo nos la jugó a todos cuando hizo que te enamoraras perdidamente de alguien como Evelyn. Admítelo, Atticus, las palabras no llegan a describir lo incompatibles que son, lo imposible que resulta que vivan felices por siempre. Ella es como la luna, y tú el lobo que aúlla por ella en la noche. Siempre la tendrás a la vista, pero nunca podrás poseerla.

—Soy la clase de lobo que mataría a cualquier otro que osara mirarla.

Ethan suspiró y negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—Tu necesidad de poseerla viene de su incapacidad para quererte; su incapacidad para quererte viene de la violencia que empleas contra ella y del miedo que te tiene. La violencia y el miedo son producto de su posesividad. Es un círculo vicioso y eterno. Si no intentas cambiar, esto acabará de forma trágica.

A Atticus le tembló el labio al decir:

—Lo estoy intentando.

—No lo suficiente.

—Y ¿qué quieres que haga? ¡He hecho todo lo que me ha pedido! ¡Te he perdonado la vida a ti, a Aaran, a Alice e incluso a Hansel, cuando debería haberlo descuartizado! No quiere que la toque, por eso me aparto. Quiere libertad, dejo que se quede sola en la ciudad para que saboree un poco de libertad. ¿Qué más espera de mí? Intento cambiar, y ella me prometió que cambiaría también, pero ¡ni siquiera lo ha intentado!

—El hecho de que siga viva es una prueba de que lo está intentando. Quiere salvarte a ti y quiere salvar la humanidad, ¿no lo ves? Lo está intentando. Se ha quedado a tu lado y ha dejado de luchar contra ti. Ha sacrificado mucho para

ayudarte, ¿no te das cuenta? Pero no puedes esperar que sea ella la que haga todo el trabajo. ¡Su estabilidad mental no aguantará muchas más agresiones por tu parte!

Atticus gruñó.

—¿Dices que quiere una vida mejor para su gente? También sabe que, si se entrega a mí, podría conseguirlo. Tengo el poder de cambiar el mundo, pero, aun así, no me quiere. Si le importara tanto el destino de la humanidad, ¡entonces no se habría quedado en Utopía! Estaría aquí, a mi lado, ¡eso es lo que debería haber hecho!

Ethan estaba abrumado al comprobar cómo funcionaba la mente de Atticus.

—No tienes ni idea de lo que significa amar. Ella no es propiedad tuya, ¡no tiene que hacer nada! El amor no va sólo en una dirección. Evelyn no vive para complacerte, por mucho que intentes convencerla de que lo haga.

—Tendrá que hacerlo si quiere un futuro mejor para los de su raza —rio Atticus con crueldad. Su corazón seguía sangrando tras haberse enterado de que Hansel también ocupaba un lugar en el de ella—. Quizá esa perra no sea tan inocente como nos ha hecho creer. A lo mejor le gusta alimentar a la Oscuridad haciéndome desearla para hacer sufrir a la gente que ama.

—Tú deliras —replicó Ethan.

La forma en que el vampiro se refería a Evelyn y cómo esperaba que ella corriera a sus brazos sólo porque él era el rey acabaron de convencer al chico de que Atticus estaba loco.

Deseaba que al menos hubiera mostrado cierta debilidad hacia Evelyn, algo que él hubiera podido alimentar y desarrollar. Ethan la amaba y quería que fuera feliz. No, *necesitaba* que lo fuera.

—¡No te atrevas a comparar tu compasión con la de ella hacia todo el mundo que tienes esclavizado! Si dependes de ese factor para extorsionarla y lograr que te quiera, entonces eres más tonto de lo que pensaba. Sabía que no tenías corazón, pero no puedes ser tan ignorante como para creer que te perdonará por lo que le has hecho así, sin más. Sé que la violaste en el motel después de secuestrarme. Ambos sabemos que está sufriendo. Atticus, tú eres quien tiene todos los ases en la manga, tienes todo el poder en esta partida de ajedrez. ¡Controlas todos los factores en esta carrera por conquistar su corazón! No es su deber cambiar por ti. ¡Es tu deber cambiar por ella!

Ethan hizo una pausa, cerró los ojos y suspiró hondo.

Parecía muy dolido. No se creía que estuviera haciendo eso. En el fondo, quería combatir contra Atticus. Sabía que debía enfrentarse a él. Pero luchar

contra el ser más poderoso del mundo no tenía ni pies ni cabeza.

Pese a los nuevos y fenomenales poderes que Venecia le había conferido, Ethan sabía que no era lo suficientemente poderoso como para retar a alguien como Atticus. Necesitaba tiempo. Necesitaba practicar, entrenarse para llegar a dominar sus poderes. En realidad, no había tenido tiempo siquiera de comprobar sus límites para saber exactamente de lo que era capaz gracias a Venecia.

Ethan maldijo a la bruja de pelo blanco por no haberle dado también un libro de instrucciones.

Era inevitable que Evelyn acabara con Atticus. Sabía lo decidido que estaba el rey a ser feliz con la mujer que amaba por toda la eternidad. Si hacía falta, la mantendría a su lado por la fuerza, Ethan lo sabía. Lo último que quería era que ella se pasara el resto de su inmortal vida consumiéndose por el dolor y la pena.

El muchacho quería a Evelyn, y su amor era tan incondicional, tan puro y tan poderoso que estaba dispuesto a renunciar a su propia felicidad para que ella tuviera una oportunidad de ser feliz. Si eso quería decir que debía apartarse de su lado, romperle el corazón y hacerla vulnerable para que Atticus se aprovechara y la consolara, lo haría.

—Vamos, guapito —lo provocó el vampiro—, ¿te has quedado sin palabras inspiradoras que decirme?

Ethan rio.

—No voy a permitir que hagas a Evelyn desgraciada eternamente.

Atticus esbozó una sonrisa siniestra.

—Nunca será desgraciada. Es mi reina. Será querida y adorada mientras yo viva.

—Ahora mismo, eres su infierno particular —replicó Ethan—. Si la quisieras de verdad, estarías dispuesto a sacrificarte por ella. Si la quisieras de verdad, su felicidad sería la tuya. Si la quisieras de verdad, harías cosas por ella sin esperar nada a cambio. Atticus Lamia, no sabes amar. Pero, afortunadamente para ti y para Evelyn, yo sí sé.

El rey levantó una ceja y le lanzó una mirada matadora.

—¿Intentas decir que quieres a Evie más que yo?

—Exactamente.

—¿Cómo te atreves...?

Ethan sonrió.

—Puedes castigarme, puedes castigarla a ella, pero la venganza no reparará ese agujero que sientes en el pecho. El odio no llenará el vacío de tu corazón desesperado por amar. Dime, alteza, ¿te gustaría jugar a un juego?

—¿Qué clase de juego?

—Un mes. Te doy un mes. A partir de hoy mismo. Soy el principal obstáculo para que tú y Evelyn vivan felices, ¿no?

Atticus asintió dubitativo.

—Supongo...

—Bien. Un mes. En un mes conseguiré que Evelyn me odie. Le romperé el corazón en mil pedazos. Durante ese mes necesitaré desesperadamente que la amen y la consuelen, y tú tendrás la oportunidad perfecta para hacer que se enamore de ti. Si consigues que ella se enamore de ti en un mes, ganas. Te amará y yo desapareceré. Para siempre. Y lo haré muy feliz, siempre que sepa que ella es feliz y está dispuesta a pasar el resto de su vida con un monstruo como tú.

—¿Y si no se enamora de mí?

—Entonces se irá conmigo —dijo Ethan—. O conquistas su corazón o renuncias a ella por completo, de una vez por todas. Ésas son tus dos únicas opciones.

—No estás en la mejor posición para darme órdenes —suspiró Atticus—. Pero tu propuesta resulta muy tentadora... Trato hecho.

Evelyn se sentía rara al tener que volver después de tanto tiempo. En realidad, cuatro días no eran exactamente una vida, pero se lo parecieron después de haberse pasado una larga temporada encerrada en el palacio, vigilada por Atticus.

El vampiro le había negado sus necesidades básicas durante tantos meses que ahora ella había atesorado cada segundo de libertad como si fuera el último.

Durante aquellos cuatro días, apenas había dormido. Quería aprovechar al máximo cada momento. No sabía cuánto iban a durar sus minivacaciones, así que no se había atrevido a malgastar preciosas horas en la cama cuando podía estar haciendo otras cosas que le apetecían más.

Quería negárselo a sí misma, pero en esos cuatro días le había parecido que estaba en el paraíso. Sentía el corazón acelerándose en el pecho cada vez que el chófer le preguntaba adónde quería ir.

Aventurarse por la ciudad sola era algo emocionante. Sí, había guardias siguiéndola, pero se mantenían a cierta distancia y nadie se atrevía a decirle nada acerca de adónde quería ir o lo que deseaba hacer en cada momento.

Era muy agradable.

Utilizó las reticencias de los guardias a decirle que no en su propio beneficio. Durante aquellos días había hecho algo de lo que sabía que un día se arrepentiría, pero no había podido evitarlo. Tenía que hacerlo.

No sabía si era porque aún estaba con la adrenalina al máximo gracias a aquella dulce sensación de independencia o si el cambio de escenario había refrescado su mente y su capacidad intelectual se había visto incrementada gracias a las cosas que había visto en aquellos cuatro días, pero el palacio le pareció distinto.

Por algún motivo, los colores daban la impresión de ser más vibrantes, las caras de los sirvientes más amables, más humanas. Antes no les había prestado mucha atención. Eran como fantasmas, escondiéndose entre sombras, atendiendo sus órdenes y sus necesidades, y ahora le pareció que los veía por primera vez.

Algunos eran vampiros y otros humanos.

Apretó con fuerza el regalo que llevaba en la mano. Hizo el esfuerzo de dedicarles sonrisas a los guardias que la conducían a su habitación. Supuso que ahora que estaba de vuelta en el palacio seguiría en cuarentena, aislada de todos menos de Atticus. Pensar en ello la entristeció, pero también sintió una punzada de esperanza.

Todavía se sentía furiosa. Se sentía traicionada, en parte. Recordaba cómo Atticus le había asegurado que trataría de corregirse cuando ella le había dicho que intentaría quererlo. Juntos podrían hacer del mundo un lugar mejor, o al menos eso creía ella. Evelyn lo ayudaría a combatir su lado oscuro, y él la ayudaría a ella a combatir la injusticia del planeta.

Una parte de la chica culpaba a Atticus por haberle mentido.

Pero otra se echaba la culpa a sí misma.

¿A lo mejor había sido demasiado dura con él? Ciertamente, Atticus le había hecho cosas espantosas e imperdonables, nunca podría olvidar del todo la noche del motel. Y, pese a sus promesas, aquella noche siempre la hacía echarse atrás. No conseguía aceptar su amor por ella, pero ahora se había dado cuenta de que no le quedaba más remedio.

En esos cuatro días, Evelyn había llegado a la conclusión de que la relación entre ella y Atticus afectaba a más gente aparte de ellos dos. Afectaba al mundo entero. Le pareció que la deshonestidad de Atticus provenía de su incapacidad de confiar en ella completamente, de mostrarle su verdadero yo, porque sabía que a ella la asquearía.

El vampiro sentía que debía esconderle ciertas cosas a Evelyn porque quería que ella lo amara, y si eso implicaba que debía mentirle, chantajearla y amenazarla, entonces no dudaba en hacerlo.

Evelyn quería encerrar a Hansel en algún lugar profundo de su corazón y cortar los lazos que previamente la habían atado a Ethan. No podía prometerle a Atticus su amor exclusivo, no podía prometerle que dejaría de querer a aquellos que habían ocupado su corazón con anterioridad, pero podía intentarlo.

A lo mejor, algún día, él la comprendería y la dejaría ir. Era poco probable, pero, aun así, Evelyn prefería probar.

«Lo ayudaré —se dijo—. Cueste lo que cueste...».

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta de que los guardias estaban siguiendo una ruta diferente de la habitual, llevándola a otro lugar.

—Señorita Blackburn —dijo uno de ellos. Su voz destruyó su ensoñación y

la devolvió al mundo real—. Ésta es su nueva habitación.

Evelyn se quedó atónita.

—¿Cómo?

—El rey le ha asignado esta nueva habitación. Se comunica con la suya. Ha habido noticias de una rebelión en Asia y quiere asegurarse de que está usted segura a todas horas bajo su protección.

Acto seguido, Evelyn oyó la desagradable voz de Jonah detrás de ella:

—Después de todo, eres la niña de sus ojos, su alma gemela y cualquier otra ñoñería que quiera llamarte.

La chica notó la mano del vampiro en su hombro y dio un respingo. Miró a los guardias que la rodeaban.

—¡Llévense a este hombre y cuélguenlo! —dijo en el tono más imponente y amenazador del que fue capaz. Había estado practicando ser más autoritaria los días que había estado fuera.

A Evelyn le pareció que había sonado terrorífica, pero los guardias ni siquiera se movieron. Normal, a todos los aterraba Jonah. Puede que Atticus fuera el hombre más poderoso del mundo, pero Jonah era mucho más retorcido. Algunos de los guardias preferirían ofender al rey antes que a su asesor, porque sabían que no había forma más cruel de morir que hacerlo a manos de este último. Nadie correría el riesgo por alguien tan insignificante como Evelyn.

Jonah se echó a reír, presuntuoso.

A ella le dieron náuseas.

—Bienvenida a casa, princesa. Disfruta de tu nuevo cuarto. Seguro que Atticus se meterá en él por la noche para tomar un pequeño tentempié o para una sesión de sexo duro con la que liberar sus tensiones. —Le dio a Evelyn una palmadita en la espalda. Notar su tacto hizo que la joven sintiera un escalofrío recorrerle la espina dorsal—. Si te atreves a jugar con él como si fuera un tonto o una marioneta una sola vez, te arrepentirás.

La joven notó una ráfaga de viento frío contra su cuerpo. Jonah se había ido. Miró la habitación que tenía frente a sí y luego el pasillo, donde vio la custodiada puerta de los aposentos del rey, un poco más abajo.

De repente perdió toda la confianza que parecía haber ganado aquellos días. Tragó saliva, nerviosa.

«No —se dijo—. No te sientas insegura. No vuelvas atrás, nada de regresar a la casilla de salida. Tienes que hacer algo, tienes que cambiar o perpetuarás el mismo ciclo desgraciado, ¡no puedes dejar que eso suceda! No puedes y no debes darte por vencida, ¿me oyes, Evelyn Blackburn?».»

—Mierda... —murmuró entre dientes. Uno de los guardias le lanzó una mirada, extrañado de oírla decir palabrotas—. ¿Por qué tiene que quererme ese bastardo? ¿Es que no puede encontrar el amor eterno entre el 99 por ciento de la población que se moriría por ser querida por el rey? —Se dirigió a uno de los guardias—: ¿Podrías traerme algo de alcohol? Cuanto más fuerte, mejor.

Un aroma divino y sensual inundaba el espacioso baño. Las paredes y los suelos estaban cubiertos de piedra lisa de color beige, y el techo era de mármol oscuro con luminosos destellos dorados.

Mientras las delicadas doncellas llenaban la tina de Evelyn de pétalos, espuma y aceites perfumados con gran esmero, ella contemplaba el techo: centelleos de luz contra un fondo de oscuridad le recordaron al cielo nocturno. Era precioso.

Todo el baño era una maravilla, igual que el resto de su nueva habitación. Si sus anteriores aposentos ya le habían parecido lujosos y extravagantes, sencillamente no tenía palabras para describir los nuevos.

—Señorita Blackburn, su baño está listo —le dijo una de las doncellas con una reverencia.

Más que una tina, parecía una piscina pequeña o un jacuzzi gigante. En una esquina había también un cubículo de tres por tres metros, rodeado de una mampara de cristal. Evelyn supuso que se trataba de una regadera. ¿Quién en el mundo necesitaba una regadera tan grande?, se preguntó.

—¿Desea algo más, señorita Blackburn? —le preguntó otra de las muchachas.

—No, gracias —se apresuró a responder ella.

Intentó sonreírles a todas, pero ninguna le devolvió la sonrisa.

Se fueron sin decirle adiós siquiera. Por su falsa amabilidad, Evelyn se dio cuenta de que no les gustaba.

—Y ¿por qué ibas a gustarle a nadie? —dijo para sí dejando escapar una risa amargada—. Eres la perra que les ha robado al hombre de sus sueños.

De repente se echó a reír ante la ironía de la situación. Evelyn había visto el modo en que las mujeres miraban a Atticus. Todas ellas lo observaban con lujuria. Y no podía culparlas.

El vampiro era tan atractivo como un dios, más allá de cualquier posible descripción. Incluso ella misma, en el primer momento que lo vio, había sentido

una punzada de deseo.

Pero el deseo no era amor; no era la única base necesaria para construir una relación y una vida conjunta. El deseo no le hacía sentir a Evelyn querer pasar el resto de su existencia con un hombre al que odiaba.

Necesitaba algo más que simple deseo. Necesitaba a alguien a quien poder considerar su amigo, alguien que la entendiera, alguien en quien pudiera confiar, con quien bromear, con quien ser ella misma.

«¿Alguien como Hansel?», oyó preguntar a su subconsciente.

«No —respondió para sí—. No como Hansel, cualquiera menos Hansel».

«Niégalo cuanto quieras, pero sabes que en el fondo sientes algo por ese hombre».

«No, no es cierto».

«Mentirosa...».

«¡Vete a la mierda!», pensó antes de dirigirse al minibar y a una mesa con fruta que habían instalado especialmente para ella.

El espacio estaba inundado por una abundante nube de vapor que se condensaba sobre las botellas de champán, vodka, whisky, bourbon y el resto de la variada selección de bebidas alcohólicas.

Evelyn no era una gran bebedora. Así que, en realidad, no sabía ni de qué eran la mitad de las botellas, ni siquiera las había probado nunca. Pensó en servirse dos dedos de whisky para ver cómo sabía. Se suponía que el alcohol mitigaba las emociones, y le pareció que sería buena idea adormecer algunos de los sentimientos que no quería experimentar.

«El alcohol no soluciona los problemas —oyó decir a su subconsciente, de nuevo al ataque—. El alcohol te ayuda a escapar de ellos, pero seguirán ahí de todos modos. ¿Por qué evitar un problema que sabes cómo resolver?».

Evelyn puso los ojos en blanco, tomó una uva morada y se la llevó a la boca. Estaba fresca y sabía deliciosa.

«Me parece que necesito un psiquiatra... Tanto tiempo con Atticus está empezando a hacer mella en mi mente».

Sus ojos volvieron a posarse en la botella de whisky. La tomó y desenroscó el tapón. Su intenso aroma le llenó las fosas nasales de inmediato y casi le dieron náuseas.

«Uf..., no. Va a ser que no. No voy a beber de esta cosa asquerosa para poder ahogar las penas unas pocas horas».

Cruzó el baño para comprobar que la puerta estaba bien cerrada. No había pestillo por dentro. Ni allí, ni en el vestidor ni en el resto de las estancias que le

correspondían. Todo podía cerrarse únicamente desde el exterior. En parte le irritaba la necesidad que tenía Atticus de querer controlarla en todo momento, de tenerla prisionera en un lugar donde debía sentirse segura, pero la verdad era que ya empezaba a acostumbrarse a sus manías.

«¿Qué más da? Si quisiera entrar echaría la puerta abajo de todos modos», pensó frustrada, y se quitó la bata. La tina tenía una pinta muy apetecible, y al entrar en él se sintió mejor.

En el momento en que el agua caliente tocó su piel, dejó escapar un gemido. Poco a poco fue bajando los escalones y se dirigió a la parte más profunda. Como en una piscina, el suelo era inclinado, y a medida que se alejaba de los escalones, el agua iba cubriéndola cada vez más.

En el centro de la enorme tina encontró una superficie sobre la que podía tumbarse, mantener el cuerpo caliente y la cabeza fuera del agua.

Sonrió.

Era agradable poder relajarse.

Cerró los ojos y dejó que aquel placer simple pero eufórico a la vez llevara su mente a otro lugar, un lugar feliz en el que poder dar rienda suelta a sus deseos más ocultos, un lugar sin las manos de Atticus rodeándole la garganta, controlando todo lo que hacía.

Evelyn no se quedó dormida, pero estuvo en una especie de limbo entre la conciencia y la inconsciencia durante unos minutos. No tenía prisa por asearse, simplemente quería mimarse con aquella sencilla forma de evasión tanto como pudiera. Pero, como es natural, todo lo bueno se acaba...

—¿Evelyn?

Su estado se vio interrumpido por una voz grave y masculina. La voz que oía en sus peores pesadillas. El mero timbre de la misma hacía que se le pusiera la carne de gallina.

Tragó saliva.

—¿A-A-Atticus? —preguntó con un hilo de voz.

Aun así, él la oyó.

En el mismo momento en que Atticus vio el cuerpo desnudo de Evelyn bajo la espuma y los pétalos de flores, que apenas cubrían su piel, notó chispas de deseo invadir todo su ser. Las chispas pronto se convertirían en llamas desesperadas, y esas llamas serían el catalizador que probablemente haría que Atticus llevara a cabo actos diabólicos de los que se arrepentiría a la mañana siguiente.

«Compórtate», se exigió. Se puso a pensar en cosas poco atractivas, cosas que lo repugnarán. Quería apartar la vista de ella, pero no podía. Se le hacía agua la boca al contemplar la imagen que tenía delante. Estaba totalmente cautivado, el corazón le latía con fuerza en el pecho y la entrepierna le ardía.

«No le hagas daño —se dijo—. Por el amor de Dios, ¡no te atrevas a hacerle daño!».

Sabía que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era irse y dejar a Evelyn en paz. Podría encontrar con facilidad a cualquiera para saciar el apetito sexual que hacía que la cabeza le diera vueltas y le temblaran las rodillas. Debería haberse ido, pero no lo hizo...

Miró las curvas que ascendían y descendían formando sus deliciosos y cremosos pechos y sus adorables pezones rosados. No deseaba otra cosa más que acariciarlos con los labios, con la lengua...

Quería a Evelyn, quería sus piernas alrededor de su cintura y que ella le clavara las uñas en la espalda.

«Atticus, para», se ordenó. Intentó apartar esas fantasías de su mente, pero no lo consiguió. Si su cuerpo no conseguía saciar su sed con el cuerpo de ella, entonces no había nada de malo con fantasear al menos, ¿no?

Se relamió. Quería cruzar la estancia, sacarla del agua y hacerla suya sobre el suelo de baldosas hasta que ella se viniera una y otra vez en su verga. Quería sentir su cuerpo temblar y tener convulsiones de puro placer. Quería oír a Evelyn gritar su nombre, que lo besara con desespero. Quería penetrarla, forzarla, montarla con tanta violencia que olvidara su propio nombre y se diera cuenta de que él era su único mundo... «¡BASTA!», se gritó mentalmente.

Por un momento perdió el equilibrio: toda su sangre se estaba concentrando en una parte de su anatomía en la que sería mejor que no se concentrara.

—Evelyn... —murmuró.

El corazón le latía con fuerza, estaba terriblemente excitado y necesitaba aliviarse. Alargó la mano y se apoyó en el marco de la puerta respirando con dificultad. Al alzar la vista, divisó los ojos azules de ella.

Evelyn vio a Atticus de pie a la entrada del baño. Su primera reacción fue acumular espuma y pétalos encima de ella para cubrir su desnudez.

Él enarcó una ceja con incredulidad. Luego se echó a reír.

—No hay nada que no haya visto ya, Evie. No necesitas esconder tu cuerpo de mí.

Comenzó a acercarse hacia ella. Por instinto, la joven se apartó antes de que él hubiera dado dos pasos, pero al instante y al ver la decepción en su rostro, se arrepintió.

«Ayúdalo —se dijo—. Sé su motivación para corregirse y así lograr que la vida de la raza humana mejore».

—No voy a hacerte daño —aseguró él—. Por favor, ya sé que te he hecho daño muchas veces, pero dame la oportunidad de demostrarte que soy capaz de comportarme.

Ella se encogió de hombros.

—Es difícil despojarse de los viejos hábitos.

Atticus rio.

—Cierto...

Poco a poco, paso a paso, avanzó hacia la tina, colocada en el centro de la estancia. Evelyn apretó los puños al ver cómo se le acercaba. Luchó contra su impulso de huir. «No tienes escapatoria —se dijo—. Te atraparía de todos modos. Ya es hora de dejar de correr, dejar de esconderte y encajar tu derrota». A su lado orgulloso le hervía la sangre. Pero se tragó el orgullo. «Esto no es sólo por mí —se recordó—. Mis acciones tienen el potencial de afectar el futuro y el destino de millones de personas».

Con la mayor parte del cuerpo bajo el agua y sólo la cabeza sobresaliendo por encima de la espuma y los pétalos, trató de forzar una sonrisa. Entonces se percató del bulto en su entrepierna y se puso nerviosa. Se le formó un nudo en el estómago a causa del miedo, pero consiguió disimularlo.

—¿Qué tal tus minivacaciones? —preguntó él al tiempo que se sentaba junto a la tina sin que le importara mojarse, pocos centímetros más allá de donde ella estaba—. ¿Lo has pasado bien?

Los zapatos de oscuro cuero italiano de Atticus y su aura igual de oscura contrastaban con el ambiente relajado del baño. Evelyn se sentía inquieta. Tenerlo tan cerca la estaba poniendo de nervios.

—Sí —respondió.

—Bien.

—Ha sido muy amable por tu parte dejarme pasar unos días en Utopía. El cambio de escenario me ha ido bien. Es una ciudad muy bonita. Lo he pasado fenomenal durante mi estancia —contó ella con timidez.

Estaba muy nerviosa. Antes de volver al palacio se había estado preparando mentalmente para abrirle su corazón y dejarlo entrar para que Atticus se lo abriera también a ella. Tenían que aprender a confiar el uno en el otro, al menos intentar construir una especie de amistad o una relación de camaradería, y no que ésta se limitara a tener sexo violento y a cometer actos que hirieran a uno y a otro.

Vio a Atticus relamerse. Sus ojos estaban muy oscuros, y observó en ellos la misma expresión lujuriosa de otras veces. No obstante, de repente, aquella mirada desapareció dando paso a una amable sonrisa. El rey metió una mano en el agua.

—Mis guardias me han dicho que has estado en algunos sitios de Utopía que no son exactamente atracciones turísticas...

«Oh, no... —pensó ella—. Allá vamos».

—Bueno, quise ir a los barrios menos favorecidos —dijo bien alto. Había estado practicando ese discurso muchas veces durante su ausencia. Conocía la naturaleza controladora de Atticus, así que ya esperaba que estuviera irritado a su vuelta al saber que había ido a sitios donde no debía—. Pero me acompañaron los guardias, así que estuve a salvo. Quería ver cómo vivía la gente allí, en qué condiciones..., eso es todo. La mayoría de ellos son humanos, así que supongo que es normal que sintiera curiosidad por saber cómo viven los de mi raza.

—No me refería a los barrios pobres —rio Atticus—, pero ya que sacas el tema, supongo que podemos hablar de ello más adelante. Por primera vez has visto las condiciones en las que viven los demás humanos con tus propios ojos, por lo que supongo que tendrás muchas cosas que decirme al respecto. Pero al destino poco convencional al que me refería era otro: el bloque de apartamentos Royal Lilac —dijo con una sonrisa que era toda dulzura—. Supongo que también tendrás mucho que contarme sobre eso.

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé, Evelyn. Yo lo sé todo.

Ella bajó la vista y la posó en la espuma que tenía delante.

—No quiero discutir.

—Yo tampoco, pero no deseo que añadas eso a la gran montaña de razones que ya tienes para odiarme. Tenemos que comunicarnos más. Si vas a ser mi reina, entonces necesito saber lo que te pasa por la cabeza todo el tiempo. Te quiero, y mucho, y lo único que deseo es que me devuelvas una pequeña fracción de ese amor.

El corazón de Evelyn se encogió al oír que quería hacerla su reina. Aun así, decidió ignorar el comentario.

—Me mentiste —dijo de pronto—. Hansel no estaba allí. No estaba en el Royal Lilac.

—Claro que no estaba. ¿Te dijeron Samuel y Aspen dónde está?

El ambiente había cambiado de repente. Evelyn notó un deje de arrogancia en su tono de voz e inmediatamente levantó la vista.

—¿Qué les has hecho a ellos?

—Nada —respondió con una expresión inocente—. No les he tocado un pelo, lo prometo.

—No les hagas daño. Fueron amables conmigo, y de todos modos sólo hablamos un rato. Fui yo quien obligó a Samuel a que me dejara entrar en...

—Lo sé, Evie. Lo sé todo —repuso Atticus, y luego chasqueó la lengua y añadió algo que ella no esperaba oír—: Soy un idiota, ¿verdad?

Evelyn apretó los dientes.

—¿Por qué me mentiste?

—¿Que por qué te mentí? —Atticus repitió la pregunta de Evelyn con expresión divertida.

Su atractiva sonrisa hizo que ella frunciera el ceño como si acabara de oler algo repugnante. Él se dio cuenta y dejó de reír. Suspiró y empezó a desatarse los zapatos.

—¿Qué haces? —preguntó Evelyn nerviosa.

Era una pregunta tonta. Sabía perfectamente lo que hacía Atticus y lo que estaba a punto de hacer. Pero las palabras habían salido de su boca antes de pensar, de forma impulsiva.

—El agua tiene una pinta estupenda —dijo él—. No me he bañado desde que te fuiste. Creo que ya toca que me mime con un buen baño.

Evelyn puso cara de asco.

—¿No te has bañado desde que me fui? —preguntó mientras él se quitaba los zapatos—. ¿En serio?

—¿Sabes lo difícil que le resulta bañarse a un hombre con el corazón roto? —bromeó él. Empezó a desabotonarse la camisa—. Sólo tengo medio corazón cuando tú no estás. Mis necesidades básicas, como la de asearme, disminuyen cuando no estás cerca. —Se despojó de la camisa—. Me baño para ti. Si no estás para oler mi maravilloso aroma, entonces no tengo motivos para hacerlo.

Atticus le guiñó un ojo, pero ella no lo vio porque apartó la vista de su cincelado torso.

Él rio.

Era cierto: su cuerpo era capaz de hipnotizar a cualquiera. Era glorioso, musculado, tonificado, bronceado e increíblemente delicioso, pero Evelyn no se sentía cómoda viendo su torso desnudo mientras ella estaba desnuda también. Pese a que ya había tenido sexo con el hombre que tenía junto a ella, seguía sintiéndose incómoda.

El pulso se le aceleró y con los brazos se rodeó los pechos para cubrirse. Se puso colorada y se negó a sostenerle la mirada al rey o a mirar ni un centímetro

de su cuerpo.

—Evie —dijo Atticus con delicadeza—, si aún llevo los calzoncillos puestos. —Se echó a reír—. No soy tan feo como para que apartes la vista horrorizada al contemplar mi cuerpo, ¿no?

Ella no contestó, pero empezó a retroceder para apartarse de él.

—¿No tienes un baño para ti solo que puedas usar?

—Sí, pero es más ecológico que nos bañemos los dos en el mismo —replicó él chasqueando la lengua. Ella oyó un sonido metálico cuando la hebilla del cinturón de él cayó al suelo—. Me dejaré la ropa interior puesta si eso te hace sentir mejor. Aunque... recuerdas que has tenido mi pene en tu boca muchas veces y que hemos cogido muchas veces también, ¿no?

Evelyn lo oyó meterse en el agua. Volvió la cabeza y cerró los ojos. Le temblaba todo el cuerpo. Estar desnuda con un hombre que no era ni su marido, ni su novio, ni su amante le hacía sentir vergüenza. En el siglo xxv, a los humanos se les enseñaba a mantener las formas más arcaicas de relaciones sexuales para evitar la transmisión de enfermedades venéreas.

Que un hombre y una mujer tuvieran sexo antes del matrimonio estaba mal visto, a no ser que llevaran mucho tiempo siendo novios. El sexo era visto como algo sagrado. Era irónico cómo Atticus, el rey, iba en contra de algo que ordenaba cumplir a sus súbditos.

Evelyn notó la mano de él en su hombro. Con las puntas de los dedos, le acarició la suave piel.

—Me encanta ver cómo te sonrojas —dijo—. A veces se me olvida lo inocente y pura que eres. Pero no tienes por qué sonrojarte así. Eso hace que me entren más ganas de hacerte cosas malas.

De repente, Evelyn cayó en la cuenta de la cercanía del cuerpo de Atticus y se alejó de prisa. Se le abrieron mucho los ojos y su cara mostró el miedo que sentía por dentro. Él reparó en sus carnosos labios. ¡Tenía tantas ganas de besarla! Por un momento, una expresión de enojo cruzó su rostro.

—Ya sé que soy un egoísta —confesó—. Soy despiadado. Soy desconsiderado. Soy codicioso. Soy irracional. Soy despreciable. Soy todas esas cosas y muchas más. Soy malo y lo sé. Pero ten en cuenta de que también soy inseguro. Me asusta, me aterroriza no ser merecedor de tu amor. Soy un mentiroso. No soy de fiar. A veces me das pena, cuando pienso que vas a tener que soportarme por toda la eternidad, aguantar mi naturaleza celosa. Te mentí porque sé que lo que le hice a Hansel está mal, y sabía que me odiarías por ello, a no ser que te dijera lo contrario, y por eso te mentí. Y siento haberlo hecho.

Debería haberte contado la verdad. Sé que, cuanto más miento, menos confías en mí y más te alejas.

Evelyn reculó un poco más. Escogió bien las palabras antes de formular la frase en voz alta.

—Si sabías lo que estabas haciendo, y que lo que estabas haciendo estaba mal, entonces ¿por qué lo hiciste de todos modos?

—Porque soy un egoísta —rio él—. Siento cómo te he tratado, Evelyn, de veras. Debería haber hecho las cosas de otro modo. Haberte hecho daño y haberte forzado serán siempre las cosas de las que más me arrepentiré. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo para cambiar lo sucedido aquella noche en el motel.

Ella miró al vampiro a los ojos. Quería ver arrepentimiento tras aquellas cuencas oscuras. Sabía que en el fondo lo había, pero estaba escondido bajo otras capas de dolor, alegría, bondad y maldad.

—Ya te has disculpado por eso antes —dijo—. ¿Qué hace esta ocasión diferente de las demás?

—Esta vez voy a conseguir ganarme tu amor —contestó Atticus dando un paso hacia ella—. Mi único objetivo en la vida es obtener tu amor, estrecharte entre mis brazos y poder decir que eres mía.

—Soy una persona y no debería pertenecerle a nadie más que a mí misma. No soy ninguna posesión que puedas tener. Soy una criatura con alma. Soy mía.

La feminista y la activista por los derechos humanos que había en su interior empezaban a salir a la superficie. Sabía que no era inteligente dejarlas emerger, pero las palabras de Atticus la estaban poniendo demasiado nerviosa.

Algo olía mal en aquella situación, y no se trataba de las axilas de Atticus. De hecho, no olían. De él emanaba su habitual fragancia a océano y vainilla.

El rey dio otro paso al frente y le tocó el pelo.

—Si me dejas hacerte mía, yo te dejaré que me hagas tuyo —declaró—. Había planeado algo más romántico para esto, pero... Imagino que esta noche es tan buen momento como cualquier otro.

—¿De qué estás hablando?

Atticus se alejó hacia el lugar donde había dejado su ropa.

—Supongo que he tenido suerte de que Alejandro consiguiera el diamante que yo quería, que acabaran el anillo y que me lo enviaran a mi despacho hace menos de media hora. Quería esperar, pero, ya me conoces, soy un impaciente.

Evelyn tragó saliva nerviosa. «Oh, no...».

En el mismo momento en que vio a Atticus sacar aquella cajita roja y

aterciopelada supo que su destino estaba sellado.

—Me va a costar lo mío arrodillarme... —dijo Atticus. Volvió a acercarse a donde estaba Evelyn, a paso lento, como para hacer la escena más dramática. Se detuvo a unos centímetros de su amada. Sus cuerpos estaban cerca, pero no se tocaban—. Evelyn Blackburn —empezó a decir. Y a ella el alma se le cayó a los pies.

«Oh, no, cielos, por favor, no, no lo hagas...».

—¿Quieres...

«Ay, Dios...».

—... casarte conmigo?

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Atticus, y sus ojos oscuros miraron intensamente los de Evelyn.

Su respiración era entrecortada, con el pecho inflándose y contrayéndose con más rapidez de la habitual. Ella casi pudo ver el fuerte músculo del centro de su torso latiendo con fuerza.

Atticus le presentó la cajita roja y la abrió. El interior estaba forrado de seda de color azul oscuro y éste brilló bajo las cuatro lámparas exquisitas de cristal ahumado que había en las esquinas del baño.

«Se me está declarando —pensó Evelyn—. En la tina..., y estamos desnudos... ¡Carajo!».

El poco convencional, e increíblemente poco romántico también, método escogido por Atticus no la sorprendió tanto como debería haberlo hecho. Después de todo, ambos formaban una pareja poco convencional e increíblemente poco romántica. Aun así, eso no quitaba que se sintiera abrumada ante aquel inesperado gesto de declaración de amor.

La joven observó el inmenso diamante de color azul claro engastado en un fino anillo de plata, con una banda de pequeños diamantes incrustados. La alianza era sencilla, pero también extravagante y glamurosa. La piedra le recordó al océano, tan claro, tan puro y tan... bello.

—¿Es un diamante? —preguntó.

Atticus asintió.

—Es el diamante azul natural más grande jamás extraído —afirmó. Le tocó el cuello con la mano y la fue bajando hacia el pecho de la chica. Se detuvo cuando notó que a ella se le cortaba la respiración—. Me recuerda a ti. A tus ojos, a tu inocencia, a tu capacidad de soportar la presión y el dolor. Desearte como te deseo tendría que estar prohibido. Soy imperfecto, lo sé. A menudo me odio a mí mismo por haberme convertido en el monstruo en el que me he convertido desde que te conozco, desde que me has mostrado lo erróneo de mi comportamiento. Antes de ti, vivía inmerso en mi propio ego, pensaba sólo en

mi propio placer, en mi corrupto y desolado corazón. No te merezco, pero si me das una oportunidad y me concedes el honor de darme tu mano, te prometo que me pasaré toda la eternidad intentando merecerte.

Dio un paso más para acercarse a su aterrorizado amor, que temblaba de la cabeza a los pies. Los ojos de Evelyn iban de Atticus al anillo, del anillo a Atticus, y luego de vuelta al anillo. La mano del rey subió por su cuello y se posó en su palpitante yugular.

—Yo, yo... —tartamudeó ella. Se había quedado sin habla.

Era valiente, osada, pero sabía que no era buena idea rechazar a Atticus. Sus depredadores ojos castaños la observaban con intensidad. ¿Estaba asustado? ¿Nervioso? Evelyn no conseguía adivinarlo.

Por un instante se preguntó el tipo de tortura que el rey usaría contra ella cuando rechazara su declaración y quién sería esta vez el damnificado como consecuencia de sus actos. Le habría gustado creer que ningún inocente sería castigado, pero ya no era tan naíf.

—Yo... —trató de empezar de nuevo.

Atticus se agachó y le rozó el cuello con los labios. Sus mejillas se tocaron y el rey se sintió intoxicado por el contacto con su piel. Sabía exactamente cómo utilizar los deseos instintivos del cuerpo de Evelyn, y su atractivo sexual natural por ser un vampiro, en su propio beneficio.

«Sí... Tengo que decir que sí, no me queda otra», pensó ella.

—Yo...

Se atragantó. Se había quedado muda, y por mucho que lo intentaba no conseguía pronunciar palabra. Empezó a llorar de pura frustración. Ni siquiera se dio cuenta de que las lágrimas habían comenzado a caer; pero Atticus sí.

A Evelyn le pareció que estaba a punto de perder el equilibrio y sumergirse en el agua caliente. Notaba las piernas tan débiles que una suave brisa habría conseguido derribarla.

—Está bien, lo entiendo —dijo él acercando el cuerpo de ella hacia sí—. No tienes que tomar una decisión hoy mismo, ¿sabes? Puedes... Yo... entiendo que hay muchos factores que debes tener en cuenta antes de tomar una decisión tan importante como ésta. —Con una mano, le rodeó la cintura. Lo hizo para sostenerla, porque parecía que fuera a caerse en cualquier momento—. Puede que sea la decisión más importante que tomes en tu vida. Escoge sabiamente, porque no me responsabilizo de lo que podría llegar a hacer si...

El brazo de Atticus era lo bastante largo como para rodear la cintura de ella por completo. Le acarició el vientre. Evelyn vio que tenía la mandíbula apretada.

—¿Matarías a alguien a quien quiero si digo que no?

—No quiero hacerlo.

—Sí, sí querrías. A lo que te refieres es a que no deberías quererlo.

—Te amo, Evelyn.

—Eso ya me lo has dicho.

—Lo sé, pero deseo recordarte lo mucho que te amo y lo incondicional que es mi amor por ti. Puede que Ethan te deje algún día por una más joven con un coñito más estrecho y las tetas menos caídas. Puede que Hansel decida un día que no eres su chica, que su enamoramiento no era más que algo pasajero. Pero yo siempre, siempre te querré. Siempre serás la única para mí. —Se le humedecieron los ojos al decirlo—. Entiéndelo: soy la opción correcta. Soy el hombre al que deberías querer, al que deberías amar. Nadie te tratará nunca como yo, nadie será tan fiel y sumiso como yo.

Atticus miró los labios de Evelyn. Quería demostrarle lo mucho que la quería, necesitaba tanto hacerlo... Deseaba besarla para eliminar todo el dolor que le había causado y reemplazarlo con un espectacular placer sensual.

Y eso fue lo que hizo.

No pudo resistir la tentación de besarla, así que se inclinó y juntó los labios con los de ella. El contacto entre ambos hizo que las terminaciones nerviosas de Atticus se excitaran al máximo. Muy pronto, el simple roce de labios se convirtió en algo más, mucho más apasionado y urgente.

Atticus empujó el cuerpo de la chica hacia el borde del baño y la besó con ferocidad. Deseaba demostrarle lo mucho que la quería, cómo de ardiente era su amor.

Estaba tremendamente excitado, pero no permitió a sus manos que la tocaran, no dejó que su cuerpo actuara sólo siguiendo su instinto y sus deseos. No obligó a Evelyn a hacer nada que no quisiera hacer.

Al principio, ella puso las manos contra el pecho de Atticus, intentando que se apartara. Pero, al ver que no lo hacía, dejó de luchar. Entonces, como por arte de magia, abrió la boca voluntariamente y le permitió darle un beso más profundo.

Atticus se sorprendió por su reacción, pero no esperó a meter la lengua por la suave entrada de la boca de Evelyn. Ella le devolvió el beso. Sus labios se movían al unísono, se masajaban, se acariciaban. El cuerpo del vampiro parecía que ardía de júbilo.

Eso podría haber durado mucho más, debería haber durado mucho más, pero la humanidad de Evelyn se interponía entre el deseo de Atticus y la única cosa

que podía satisfacerlo. Tuvo que apartarse para tomar aire, a lo que él accedió.

—Te... te he traído un regalo —le soltó de pronto.

—¿Está ese regalo entre tus piernas?

—N-no...

—Entonces no me interesa. Mi cuerpo se muere de deseo por ti, no por un estúpido regalo. Lo único que quiero ahora mismo es que tus piernas me rodeen la cintura y meterte la verga hasta el fondo.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera tomarse un momento para pensarlas y evaluar el impacto que podrían tener en la situación, en los pequeños progresos que habían hecho.

A Evelyn casi se le salieron los ojos de las órbitas. Sabía que debía disimular, pero estaba boquiabierta por la vulgaridad de las palabras de Atticus.

No podía creerlo. Apenas unos segundos antes se había mostrado dulce, comprensivo, amoroso más allá de sus expectativas, y... ¿ahora? Parecía que volvía a ser el vicioso rey de siempre.

La joven apartó la vista y se mordió el labio inferior. Se hundió un poco. Había tomado aquel gesto de ternura como una señal de que una revolución estaba en camino y eso le había hecho bajar la guardia un momento.

«Soy tan idiota...».

Aquel beso había sido su primer intento real de explorar otras posibilidades. Había estado luchando para convencerse de que debía darle a Atticus el beneficio de la duda, y justo cuando había perdido el buen juicio por una vez en la vida, no creía lo que había pasado. Qué típico. En parte quiso reírse de su propia estupidez.

«No olvides todo lo que te ha hecho. Un monstruo así no cambia nunca. Corre, Evelyn. Corre mientras te quede aliento y tengas las muñecas libres de cadenas».

—Lo-lo siento —dijo él en un susurro, pero no se apartó. Puso ambas manos sobre los hombros de ella. Su tacto no era brusco, pero seguía ejerciendo presión contra el cuerpo de la joven—. Evie, lo siento. No debería haber dicho eso.

Ella fingió reír, pero el sonido se parecía más al de alguien que se ahogaba que una carcajada divertida. No levantó la vista.

—Supongo que me deseas más de lo que me quieres —dijo con calma, y se tapó los pechos con el brazo. La espuma y los pétalos flotantes no le parecieron suficiente protección.

La mandíbula de Atticus se abrió de par en par y su respiración se tornó pesada.

—Eso no es verdad. ¡No te atrevas a degradar lo que siento de esa forma! Sabes lo mucho que me importas, Evelyn. Si no te quisiera, estaría metiéndome

entre tus piernas por la fuerza ahora mismo. Si no te quisiera, te habría sacado del baño y te habría cogido en el mismo momento en que he visto tu cuerpo desnudo reluciendo bajo el agua. No tienes ni idea de lo mucho que me estoy conteniendo porque te quiero, tanto que no sé qué demonios hacer conmigo mismo la mitad del tiempo que no paso contigo.

—Pensaba que el hecho de que te hubiera traído un regalo te haría más feliz que el sexo —dijo ella asustada—, pero supongo que me equivocaba.

—Evie...

—No, por favor. Necesitas tiempo para acostumbrarte y cambiar. De momento, como no soy nada más que una puta para ti, cumpliré con mis deberes como se supone que debo hacerlo —dijo ella con voz monótona.

Anduvo por el agua hasta la esquina de la tina en la que había una pequeña cesta con geles y esponjas. Al estar de espaldas a Atticus no vio su expresión de dolor cuando dijo que no era más que su puta.

—No eres mi puta —gruñó el rey.

Sus ojos se estaban oscureciendo peligrosamente y presagiaban la presencia del mal.

—Pero me tratas como si lo fuera.

Él apretó los labios. Estaba enojado, pero no podía discutirle lo que había dicho. Evelyn notó el agua golpear contra su espalda. Resultaba agradable. Atticus se le acercó por detrás. Ella tomó una esponja. El agua seguía estando caliente, pero sus músculos ya no estaban tan relajados como hacía unos minutos. El rey puso su mano sobre la de ella justo cuando empezaba a frotarse con la esponja.

—Te demostraré todo el placer que puedo darte, Evie. Te haré experimentar cosas que no creías posibles. Haré que disfrutes de cada segundo tanto como yo —le aseguró. A continuación, colocó la cajita roja ante los pechos desnudos de ella. La había tenido en la mano durante todo el tiempo que se habían besado. La colocó al borde de la tina—. Pero no te forzaré, lo prometo.

—No creo en tus promesas.

—Yo tampoco, pero al menos lo intentaré —dijo él riendo, y le dio un beso en la espalda—. Soy un vampiro. Me resultaría muy fácil seducirte. Puedo conseguir que me desees si quiero.

—Ya lo sé.

—Puedo proporcionarte más placer que Ethan y Hansel juntos. —Le besó la zona erógena del lóbulo de la oreja—. Llevo más tiempo vivo y conozco mejor las necesidades del cuerpo de una mujer que ese par, incluso mejor que tú

misma. —Tomó agua con ambas manos y la echó por encima del pelo de la chica—. Dime lo que quieres. Soy guapo, rico y poderoso. Soy el sueño de toda mujer y sé que puedo conseguir hacerte adicta a que te toque. Dime por qué eres tan reticente a la hora de entregarte a mí.

Lo que Atticus había dicho era cierto. Al tocarla, Evelyn notaba un cosquilleo de placer por todo el cuerpo, no podía negarlo. Era guapo más allá de lo imaginable, rico, poderoso... Era el rey.

—El sexo no lo es todo. No puedes basar el amor simplemente en la atracción sexual.

—Entonces ¿admites que te sientes atraída por mí? —le preguntó dándole un golpecito con el codo a modo de provocación.

—Sí, claro —aceptó ella despacio.

—¡Lo sabía! —rio él—. Así que lo que pasa es que estás asustada por lo brusco que he sido durante nuestros encuentros previos, ¿es ésa la razón por la que no dejas que te bese ni te seduzca? —Había humor en su tono de voz, pero a Evelyn no le parecía un tema en absoluto gracioso.

—Es una de ellas.

—A partir de ahora, seré delicado —dijo él.

—No te creo.

Notó una sustancia caer sobre su cuero cabelludo y dio un respingo antes de darse cuenta de que era champú. Con cuidado, Atticus empezó a masajear el cabello de Evelyn con el líquido verde pálido.

—Un paso cada vez —murmuró mientras con los dedos masajeaba su pelo. Le aplicó champú en toda la melena con mucho esmero, deshaciéndole cada enredo con paciencia—. He cometido errores. Cuando te conocí fui demasiado arrogante. Pensaba que serías como las demás chicas. Esperaba que cayeras a mis pies, y cuando me di cuenta de lo abominable que te resultaba, perdí la cabeza. Recuerdo aquella vez en casa de tus padres, cuando te pedí que fueras a la habitación en la que yo estaba y casi te asalté... Lo siento.

—¿De verdad?

—Sí. —Le besó el cuello—. He esperado casi tres mil años a encontrarte, Evelyn. Perdóname por ser egoísta, pero no puedo pasar otros tres mil años más sin ti. Quiero casarme contigo, quiero que seas mi todo. Quiero dormirme cada noche a tu lado y también despertarme cada día contigo. Cásate conmigo, Evelyn Blackburn, hazlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—A veces eres tan ñoño... Pareces un cachorrillo loco de amor.

Atticus le mordisqueó suavemente el cuello y le hizo un chupetón. Ella dejó escapar un grito ahogado y notó un cosquilleo recorrerle la espalda.

—Es que soy un cachorrillo loco de amor —rio. Era una risa genuina. Una risa que casi hizo sonreír a Evelyn. Hasta que notó que él le tiraba del pelo—. Pero sólo cuando quiero serlo. Si vuelves a jugármela como hace unas semanas, cuando te viste con Ethan, seré lo más alejado posible de un cachorrillo loco de amor de lo que puedas imaginar. Seré tu peor pesadilla.

—¿Es una amenaza?

—No —gruñó él—. Es sólo un recordatorio para que no hagas nada que pueda molestarme.

—Si es lo que mejor se me da... —repuso ella haciendo pucheros para aligerar la tensión.

—No iba en serio lo que he dicho antes, por cierto. Sí quiero ver el regalo que me has traído, sólo que no ahora. Ahora quiero disfrutar de este baño contigo —rio Atticus—. Y... ¿Evelyn?

—¿Sí?

—Gracias.

—No me las des. Lo he comprado con tu dinero.

—No me refiero al regalo. Hablo de ti, de mí, de nosotros, de esto. Gracias por morderte la lengua y mostrarte tolerante conmigo.

Ella se giró para poder mirarlo a los ojos.

—Prometí que lo intentaría —susurró antes de acercarse a él y besarlo—. Si me respetas, trataré de respetarte yo a ti.

Atticus se mordió la lengua y se contuvo para no tomarle las piernas, colocarlas alrededor de su cintura y dar rienda suelta a sus oscuros deseos.

Atticus y Evelyn estaban en la cama. El torso desnudo de él y el cálido y delicado cuerpo humano de ella separados solamente por el fino camisón de seda que llevaba.

Él estaba desnudo.

Ella estaba en la cama con el vampiro tal y como había venido al mundo. Sólo pensarlo la aterrorizaba. Pero, contra todo pronóstico, la noche había sido del todo... civilizada.

Había habido momentos de besos apasionados, momentos que Evelyn había esperado que acabaran mal, momentos que habían hecho que reconsiderara su plan. En silencio dudaba de sus habilidades para hacerle cambiar, de su poca capacidad de mostrarse benevolente, de usar su amor para infundir un poco de calor en su helado corazón. El objetivo que se había marcado iba mucho más allá de las competencias de la pobre chica. Aun así, nunca se sabía: la determinación y la dedicación conseguían a veces superar todo tipo de dificultades.

Las manos de Atticus habían recorrido su cuerpo. Su tacto era delicado, pero Evelyn sabía demasiado bien que podía pasar de hombre amantísimo a bestia agresiva e implacable en cuestión de segundos. Ella había resistido su primer impulso de apartarlo y echarse a correr tan rápido como sus pies la llevaran.

Necesitaba sentir sus piernas correr todo lo rápido que podían, escuchar sus pasos reticentes y repetitivos. Necesitaba sentir la fricción del aire contra su cuerpo mientras ponía más y más distancia entre ella y Atticus.

Deseaba estar lejos de él, a salvo, pero no se atrevía a mover ni un músculo. No podía hacerlo.

El rey la acercó todavía más hacia sí. Tenía ambos brazos alrededor de la cintura de ella y colocó su cuerpo de modo que Evelyn apoyara la cabeza sobre su pecho. La abrazó con fuerza y con el pulgar acarició la piel de su nuca.

Oyó el corazón de la chica latiendo fuertemente, más deprisa de lo normal. Estaba nerviosa y asustada, lo sabía. Lo había estado desde el momento en que él se había metido en el baño con ella.

Lavarle el pelo y luego el resto del cuerpo le había proporcionado un placer indescriptible. Le había encantado notar sus miembros temblorosos al deshacer los nudos de tensión de sus cervicales y su espalda. Había admirado la forma en que había mantenido los brazos a los costados y la boca cerrada mientras él le pasaba la esponja por los delicados pechos.

Se había sentido totalmente hipnotizado por su cuerpo cálido y glorioso. Y lo había sorprendido haber sido capaz de sufrir la larga y atormentadora experiencia sin dejarse llevar por la lujuria y penetrarla allí mismo. Había tenido momentos de debilidad, pero había conseguido superarlos, aunque fuera por los pelos.

Ahora la cabeza de Evelyn reposaba sobre su pecho, y la muchacha oía el ritmo de los latidos de su corazón y el pulso de sus venas bajo su piel y sus músculos. Se preguntaba qué estaría pensando el rey, qué estaría tramando.

La noche no había hecho más que empezar, y Evelyn se preguntó si Atticus dormía por las noches, si es que dormía alguna vez. Se preguntó si tener su propio cuerpo tan cerca de él, con tan poca ropa, no añadiría más leña al fuego de su deseo. Se preguntó si él podría pasar toda la noche sin sexo.

Cometió el error de levantar la vista: de inmediato, sus ojos azules se encontraron con los ojos castaños de él. Atticus se relamió seductor. Su expresión indicaba claramente su deseo. De hecho, no sólo pudo *ver* deseo y lujuria en su rostro, sino que casi los notó como algo físico, sólido entre ambos.

Atticus estaba excitado, duro, caliente de pura necesidad.

La mente de Evelyn viajó a hacía apenas unos minutos, cuando había decidido que ambos estaban lo suficientemente limpios y que no podía soportar quedarse allí, en el baño, los dos desnudos y rodeados de aquel vapor sofocante sin acabar desmayándose. La temperatura del baño había empezado a empañar y a embotar sus sentidos y a dificultarle la respiración.

Sin embargo, ésa no había sido la única razón.

Al acabar de divertirse lavando su cuerpo con esmero, Atticus había decidido que sería justo que ella hiciera lo propio con él y le devolviera el favor. Se volvió y puso la esponja en la mano de Evelyn con una sonrisa más oscura y siniestra de lo habitual. Su respiración era entrecortada, y la joven notó cómo se le empezaba a acumular el miedo en la boca del estómago.

Tenía los ojos de Atticus clavados en ella, pero apartó la mirada hacia un lado. Quería evitar contemplar su atractivo cuerpo y el miembro erecto que tenía entre las piernas, demasiado cerca de su propio sexo.

Ella lo lavó mucho más rápido que él a ella. Estaba demasiado asustada como

para tocarlo del modo tan sensual en que él la había tocado a ella. El rey no mentía cuando afirmaba que sabía exactamente dónde tocarla y cómo maximizar su satisfacción sexual. Rara vez la acariciaba con los dedos, casi siempre lo hacía con la palma, o la rozaba gentilmente con los nudillos. El modo en que su piel frotaba la suya hacía que a Evelyn le hirviera la sangre.

Atticus era un maestro de la seducción. Tres mil años eran suficientes como para que incluso una monja aprendiera a darle placer a un hombre hasta llegar al orgasmo sin tocarlo siquiera. El rey sabía lo que hacía. Puede que Evelyn fuera terca, recta, y que tuviera un alma demasiado pura como para que Atticus la corrompiera, pero seguía siendo una mujer. Él sabía que el cuerpo de ella sería incapaz de resistirse a sus encantos del modo en que lo hacía su mente. No había criatura en la Tierra capaz de mostrarse insensible ante su adictivo tacto.

—Tócala —oyó que decía Atticus.

Su mano estaba peligrosamente cerca de su entrepierna, y con cada movimiento de la esponja, su inmenso pene crecía y se endurecía aún más. Con una mano, él le rodeó la cintura y con la otra empezó a trazar círculos alrededor de su pezón.

A Evelyn le pareció inevitable que él se levantara y empezara a frotarse contra ella. Pensó que sin duda acabaría por introducir su pene en su tierna entrada y penetrarla con una pasión desmedida como ya había hecho en varias ocasiones.

Creyó que eso sería lo que sucedería y se preparó para ello. No se podía ganar la guerra sin víctimas y daños colaterales.

Hizo lo que él le había dicho. Frotó su enorme miembro con la esponja rápidamente, con cuidado de no tocarlo con la mano en ningún momento. La sorprendió que su lado más controlador y combativo no emergiera, reclamándola de la forma violenta y combativa habitual.

Su nueva capacidad de contención la había maravillado. Ni en un millón de años habría pensado que Atticus conseguiría tratar una situación tan íntima de una forma tan discreta.

Pero ahí no acababa todo.

Evelyn estuvo a punto de desmayarse a causa de la sorpresa cuando él accedió a su petición de dejar el baño ahí. Recordaba haber pensado qué demonios le había entrado al rey.

Deseó que no fuera ningún tipo de trampa. Con desesperación, rezó para que ello significara que Atticus estaba intentando cambiar de veras, para que fuera un primer paso en su camino hacia la recuperación, hacia convertirse en un

hombre mejor.

«Por favor...».

Se había mostrado tan paciente, tan dócil, tan considerado, y su comportamiento se había trasladado al ambiente de la estancia. Por primera vez en mucho tiempo, Evelyn se había sentido cómoda junto a él. Por eso, se había limitado a asentir levemente cuando él había sugerido que pasaran la noche juntos en su habitación, que durmieran abrazados.

Pese a todas las señales de alarma que se habían disparado en su mente, la chica había aceptado voluntariamente que el rey se metiera en su cama. Habría preferido que durmiera con algo tapándolo de cintura para abajo, algo que cubriera su enorme erección, pero Atticus había insistido en dormir en plan comando.

—¿En qué piensas? —le preguntó él de repente con una sonrisa de chiquillo. Tenía una mano sobre la de ella.

—En nada —respondió Evelyn.

Los ojos de la joven se desplazaron de los de Atticus a la moderna y elegante decoración de su cuarto. Era increíblemente espaciosa, pero incluía pocos muebles aparte de la cama, un par de estanterías y roperos en un lado. Había varios cuadros colgados de las paredes. Uno, a la izquierda de la cama, a unos metros de ella, le llamó la atención.

Era una pintura al óleo de una preciosa mujer vestida de blanco coronada por un gran halo, con un niño sonriente de preciosos rizos rubios mirándola. Al sonreír, al chico se le formaban unos divertidos hoyuelos. Era absolutamente bello.

—Puedes hacer lo que quieras con ella —dijo Atticus—. Es tu habitación, así que puedes redecorarla y cambiarle los muebles si quieres. Considéralo tu cielo personal, tu reducto de libertad. El único pero es que se comunica con la mía...

—La besó en la frente—. Tú haces algunos sacrificios y yo otros, es justo, ¿no?

—Darme una de los cientos de habitaciones del palacio no me parece muy sacrificado —rio ella—. No es nada justo.

—Oh, vaya... —Atticus se hizo el ofendido, siguiéndole la corriente—, a la señorita no le parece justo. Entonces, amor mío, ¿qué crees que debería hacer para equilibrar la balanza?

Evelyn se tragó el miedo. Sí, la noche avanzaba sin imprevistos, y sería estúpido por su parte provocarlos, pero necesitaba intentarlo, quería tratar de hacer las cosas bien.

—Sabes que fui a ver los suburbios de Utopía durante mi ausencia, ¿no? —

Atticus asintió—. ¿Has estado allí?

—No pierdo el tiempo en agujeros como ése.

—La mayoría de la gente que vive allí son humanos. Yo... hablé con algunos de ellos. Me contaron lo dura que era su existencia como humanos sin dinero y sin educación u oficio. ¡Viven en la pobreza dentro de la ciudad más rica y extravagante del mundo!

Atticus sonrió al comprender qué era lo que ella quería conseguir.

—Y ¿qué esperas que haga? ¿Construirles a todos y cada uno una mansión de lujo y asegurarme de que viven bien el resto de sus días? Sé realista, Evelyn: son humanos. Sus vidas son cortas e insignificantes. Morirán dentro de unos años, ¿a quién le importa cómo vivan? Sería costoso, ineficaz e injusto para el resto del mundo que hiciera su vida más fácil porque has oído una o dos de sus historias trágicas.

A Evelyn se le abrió la boca de par en par. Los prejuicios que Atticus albergaba contra la gente de su raza resultaban obvios. Casi parecía olvidar que ella también era humana, y eso le sentó como una patada en el estómago.

—No es eso lo que te pido —replicó la joven, haciendo lo posible por mantener el tono de voz calmado—. No te pido que rescates a todos esos humanos de la pobreza. Lo que quiero es que les des la oportunidad de prosperar en este mundo. Para ti, un par de millones de dólares no son nada. Así que, ¿por qué no dedicarlos a los humanos que viven en las peores condiciones? No es todo el mundo, simplemente en Utopía. Al menos, para empezar. ¿No crees que sería beneficioso para el mundo que los humanos pudieran trabajar para ganarse la vida? Nunca sabrás qué clase de talentos se hallan ocultos entre ellos si no lo haces.

—¿Así que quieres que les dé una educación?

Evelyn asintió.

—No saben leer ni escribir, y algunos a duras penas saben hablar. Para la mayoría de ellos, su vocabulario se limita a las palabras más básicas. Por favor, Atticus...

El rey le acarició el pelo con la mano y en su cara apareció una sonrisa.

—Millones de dólares tirados por el desagüe, destinados a descuadrar mis presupuestos..., y todo a cambio de que duermas en una habitación contigua a la mía. —Atticus chasqueó la lengua—. Amor mío, no me parece muy justo que digamos, la verdad.

Evelyn suspiró. Sabía que debía intentarlo por otros medios. Apartó su dignidad y su orgullo y besó el pecho desnudo de Atticus. Si el razonamiento y

la lógica no lo convencían, quizá tendría que optar por un enfoque más *físico*...
Bajó la mano hasta su entrepierna.

Atticus sabía que debería haber hecho que Evelyn parara, apartarla en el mismo momento en que notó sus dulces labios contra su piel. Aquel simple beso había hecho que millones de chispas estallaran en lo más profundo de sus músculos, haciendo que todas las terminaciones nerviosas se le pusieran de punta.

Sabía que debería haberse plantado, siguiendo con su plan, y no dejarse llevar por el deseo. Quería demostrarle a Evelyn que lo que sentía por ella no era solamente sexual, que su afecto iba mucho más allá de lo físico.

Aunque en el mismo momento en que ella empezó a tocarlo, perdió toda su fuerza de voluntad. ¡Lo había estado haciendo tan bien! ¡Había hecho tantos progresos esa noche! Pero era tan raro que Evelyn lo tocara voluntariamente y de aquella forma tan seductora que se llevó por delante sus aspiraciones y su autocontrol como un tornado metafísico.

Notó su mano, ligera como una pluma, dirigirse provocativa hacia su pene erecto. Quería acariciarla desesperadamente. Ella siguió dándole besos en el torso desnudo. Eso hizo que las fantasías más oscuras de Atticus empezaran a poblar su mente. Soñaba con Evelyn gimiendo y restregándose contra él, suplicándole que la hiciera suya. Al imaginarlo, estuvo a punto de venirse.

Por instinto, una de sus manos descendió para tocar el sexo de ella. La deseaba tanto... Necesitaba sentirla, notar sus caderas contra las suyas, sus labios contra los suyos, su sexo contra el suyo..., le daba igual, fuera lo que fuera. La necesitaba.

—Entonces ¿tenemos un trato? —preguntó Evelyn.

Su voz sacó a Atticus de su ensoñación.

—¿Eh? —murmuró. Su mente no había vuelto del todo al mundo real. Los besos de ella fueron descendiendo por el cuerpo de Atticus, que dejó escapar un gemido de placer. Tentativamente, la joven acarició el largo y duro pene con sus pequeñas manos. Estaba claro que no tenía mucha experiencia, pero tampoco era una completa principiante: había aprendido algunas cosas durante su breve romance antes de que ellos se conocieran.

Sus labios seguían bajando, y Atticus se sintió como flotando. Parecía que nada más allá del contacto entre la piel de ambos importaba ya. Se perdió en el momento, y su mente se elevó hasta el cielo.

«Dios», pensó. Los labios de Evelyn estaban a apenas unos centímetros de su zona más erógena. Cometió la equivocación de mirar hacia abajo y vio a su precioso ángel de cabello oscuro arrodillada entre sus piernas. Su piel pálida contrastaba con los muslos bronceados y musculosos de Atticus. Su cuerpo estaba cubierto en parte por la sábana y por el camisón de seda color champán. Todo cuanto el rey quería hacer en ese momento era darle una patada a la sábana y arrancarle el camisón.

Deseaba ver a Evelyn tal y como era, no quería ninguna parte del cuerpo de la criatura que tenía delante cubierta. Quería ver y poseer cada centímetro de ella. Tragó saliva y reprimió la sobrecogedora urgencia que lo invadía. No quería hacer nada que la asustara. No quería mostrarse violento, sólo deseaba amarla y que ella lo amara. Con una mano, le acarició el pelo afectuosamente.

«Moriría infinitas veces y esclavizaría al universo entero por ti. Te quiero tanto, Evelyn... Te quiero. Eres mía y yo soy tuyo, mi reina, mi alma gemela, mi brújula en esta vida... Lo eres todo para mí».

—¿Tenemos un trato entonces? —le preguntó ella.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Atticus. Se tragó el orgullo, cada gramo de autoestima. Vacilante, besó la punta oscura de su pene.

La respiración del vampiro se detuvo y sus dedos se cerraron en puños, agarrando la sábana a sus costados. Quería tocarla con todas sus fuerzas.

—¿Dejarás que los humanos que viven en los barrios pobres de Utopía consigan una educación a cambio de lo que yo voy a ofrecerte? —murmuró ella en voz dulce y baja.

Sus ojos azules estudiaban la expresión de Atticus, nerviosos.

Sabía lo mucho que lo enfurecía que regateara con él de ese modo, pero después de ver las horrorosas condiciones de vida de los suburbios, no le quedaba más opción.

Atticus apretó la mandíbula y una expresión de enojo cruzó por su cara, pero duró tan sólo unos segundos. De nuevo, Evelyn había clavado un cuchillo en su ya maltrecho corazón, apenas vivo gracias a las pocas esperanzas depositadas en los últimos avances. Con cada nueva puñalada que ella le atestaba, su interior se volvía un poco más monstruoso y retorcido; con cada corte, Atticus experimentaba un dolor aún mayor.

—Sí —respondió entre dientes con los ojos llenos de furia. Su mano agarró

con más fuerza el pelo de la joven. Aun así, su expresión seguía siendo cariñosa —. Sí, de acuerdo, construiré escuelas para que esa escoria humana tenga una educación.

—Gracias —dijo ella antes de bajar la boca e introducir el miembro de Atticus en ella.

Recordaba perfectamente su tamaño, cómo la llenaba por completo. Recordó las veces en las que él la había tratado con gran violencia, para satisfacer sus deseos sexuales. Dio un respingo, pero apartó los pensamientos y se dedicó a la tarea que tenía entre manos.

«Todavía puedes hacer que cambie —se dijo—. Puedes ayudarlo a salir de la Oscuridad y salvar los millones de vidas que tiene en la palma de la mano».

Intentar meterse en la boca todo el miembro de Atticus no era tarea fácil, pero, aun así, lo intentó. Lo notó suave y, a la vez, duro y caliente.

Tomó cada uno de sus gemidos como si fueran palabras que la animaran. Con la lengua siguió el trazo de sus prominentes venas y empezó a desplazar la boca arriba y abajo por aquella cosa monstruosa. Tenía ambas manos a su alrededor, que movía también arriba y abajo, tratando de maximizar su placer. Quería satisfacerlo, quería que él disfrutara...

—Dios, Evelyn... —murmuró él agarrándola con fuerza del pelo.

Se movía delicadamente arriba y abajo al ritmo de los labios de ella, pero la chica notó que se estaba reprimiendo, no se dejaba llevar para no hacerle daño.

Casi la hizo sonreír. Había empujado todo su odio y su asco al fondo de su mente para poder negociar con calma. Y no podía negar que sentir la piel de él dentro de su boca la excitaba.

Notó un agradable calor formarse en la boca de su estómago.

—Tócate —le dijo Atticus de pronto.

A Evelyn se le salieron los ojos de las órbitas mientras seguía chupando su miembro.

—¡Hazlo! —le ordenó él al ver que no paraba—. ¡Evelyn, hazlo!

No le hizo caso. Siguió succionando con más fuerza y moviendo las manos más deprisa. Con los labios y la lengua, trabajaba los centímetros que le cabían en la boca sin ahogarse o que le dieran náuseas, que no eran demasiados.

Miró hacia arriba y los ojos de ambos se encontraron. Mientras lo miraba, él le tiró del pelo y gruñó furioso. De pronto, su semblante sereno y amable había desaparecido, y Atticus empezó a meter con fuerza su pene dentro de la boca de la joven.

Evelyn intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Entraba y salía con

violencia de sus preciosos y carnosos labios, con una necesidad feroz, sin importarle que sus dientes lo rozaran; al contrario, eso parecía excitarlo aún más.

—Carajo... —gimió al sentir que estaba próximo al clímax.

Continuó introduciéndose todavía más adentro de la boca de Evelyn, y en el momento en que la punta de su pene le tocó la garganta y notó cómo ésta se cerraba, se vino.

El vampiro soltó un gruñido.

No estaba satisfecho.

Quería más.

Necesitaba estar dentro de ella.

Antes de que el cerebro de la joven hubiera tenido tiempo de procesar lo que estaba pasando, notó cómo él la agarraba por los hombros y la tumbaba de espaldas en la cama. Pese a que acababa de venirse, su expresión era oscura y de incontenible deseo.

—Te he dicho que te toques —le susurró, y bajó la mano hacia la entrepierna de ella.

Con pericia, le abrió las piernas y se posicionó entre ellas. Le acarició el sexo. Introdujo un dedo y notó que estaba caliente. Mojada no, pero sí caliente.

Se recordó a sí mismo que debía ser delicado y cortés.

—Atticus... —dijo ella en un susurro—. ¿Qué estás...?

—¿Puedo? —preguntó él antes de que ella pudiera acabar la frase. Mientras tanto, comenzó a masturbarse. Pronto recuperaría su erección—. Te necesito tanto..., por favor. Te necesito, Evelyn.

Con la mano libre, le agarró un pecho. Los pezones, excitados, se le marcaban a través del camisón. A Atticus le habría encantado arrancárselo. Siguió tocándose y pronto volvió a estar listo. En realidad, al rey siempre le habían gustado los pechos grandes —era una de las cosas que lo había atraído de Mira—, pero, como siempre, Evelyn tenía un efecto especial sobre él.

No le importaba si sus pechos eran del tamaño de su cabeza o tan pequeños como picaduras de abeja: quería sentirlos todo el tiempo, lamerlos, succionarlos, jugar con ellos.

—Por favor... —suplicó.

Con el pulgar, encontró su clítoris y empezó a rozarlo con suavidad. Evelyn dejó escapar un gemido, y él sonrió. Lo tomó como un signo de que le daba permiso y le rasgó el camisón. Acto seguido, dirigió sus labios a sus deliciosos pechos y comenzó a lamer sus pezones en círculo.

—Déjame poseerte, Evelyn, deja que te dé el placer que me has dado tú —le

suplicó.

Esperó su respuesta y deseó que fuera un sí, porque, de lo contrario, no tenía ni idea de cómo iba a poder detenerse a esas alturas.

Siguió masajeándole el clítoris y le introdujo un par de dedos en su hendidura. Ella dejó escapar un grito ahogado.

—Te necesito —volvió a decirle Atticus.

No estaba húmeda todavía, pero los dedos de él conocían perfectamente la anatomía femenina y en poco tiempo consiguieron su propósito.

—Oh, Dios... —susurró Evelyn.

—Entrégate a mí —le suplicó el rey—. Por favor, Evie, déjate ir.

—Yo-yo... —tartamudeó ella.

Atticus la penetró con sus dedos expertos, acertando en su punto G todas las veces. Al sentirlos, la chica notó un fuego que le recorría todo el cuerpo.

El rey siempre había sabido que le resultaría fácil usar el cuerpo de Evelyn contra su voluntad si se tomaba el tiempo necesario.

—Evie —susurró su nombre una última vez y se posicionó sobre ella, desesperado por penetrarla—. Por favor, dime que sí, ¡maldición, dime que sí!

—S-sí... —accedió ella con los ojos cerrados y las mejillas ardiéndole.

Estaba sonrojada porque no sabía si era la decisión adecuada, pero algo dentro de ella lo quería, quería estar cerca de Atticus, sentirlo, inhalar su poder...

Sin necesidad de que se lo dijeran dos veces, él sacó los dedos e introdujo su verga en su cuerpo caliente, húmedo y acogedor.

Gimió al notar los músculos de ella alrededor de su verga endurecida. Le besó el cuello como un loco, acertando en todas sus zonas erógenas para hacer aún más placentera la experiencia. Las caderas de ambos se frotaban la una contra la otra. Su pene la llenaba por completo y hacía que su inexperto cuerpo se expandiera poco a poco. Con sus muscudos brazos, la sostuvo y la atrajo aún más hacia sí. Sentir sus pechos desnudos contra su torso debía de ser una de las cosas más excitantes que había experimentado en la vida. Le tocó un muslo para indicarle que le rodeara la cintura con las piernas. Quería notarlas a su alrededor y cogerla tan profundamente como pudiera.

Quería hacer de aquella noche la mejor de la vida de Evelyn.

Con cautela, la joven hizo lo que Atticus quería: le rodeó la cintura con las piernas mientras él la penetraba rápido y con furia. El rey sabía lo que se hacía, y la colocó de forma que podía introducir su pene más y más adentro. Sentir su cuerpo caliente tan cerca era algo sublime. Estaba en el cielo.

Él no era un amante delicado. Era un conquistador tanto en el campo de

batalla como en la cama.

—Maldición —gimió Evelyn echando la cabeza hacia atrás.

Por mucho que odiara admitirlo, le estaba encantando. Atticus la llenaba por completo. En el fondo de su mente no pudo evitar que apareciera una imagen de Ethan, de aquella noche en la cabaña. Lo echaba mucho de menos..., pero intentó apartar los pensamientos. El suyo era un amor imposible. Ahora debía concentrarse en Atticus.

Él apartó la mano del muslo de la chica y le tocó la mejilla para que lo mirara.

—¿Te hago daño? —preguntó de repente, tomándola desprevenida. Era la última cosa que ella había pensado que le preguntaría...

—No —respondió.

Atticus sonrió y apoyó la frente en la de ella.

—Te quiero.

«Te quiero». Evelyn recordó lo que Atticus le había dicho durante el clímax de su encuentro.

No era la primera vez que se lo decía —de hecho, era algo que le salía tan natural como respirar desde que se habían conocido—; en cambio, era la primera vez que una parte de ella lo había creído.

Sus ojos habían mirado en lo más profundo de los suyos y, por un breve instante, ella había sentido algo en la boca del estómago. Una conexión, el inicio de una emoción.

Las dos palabras jugaron en la mente de Evelyn toda la noche. Ella no le había respondido. Lo ignoró mientras sentía una explosión de placer invadir su cuerpo. Fingió que no lo había oído.

El sol entraba en la habitación por un resquicio entre las cortinas. Un rayo de luz dorada iluminaba la madera del suelo e iba desvaneciéndose a medida que cruzaba toda la habitación.

Evelyn estaba despierta, pero no se movió. Con los ojos entreabiertos, miraba el día soleado detrás de la ventana. Era raro que hiciera tanto sol estando como estaban casi en diciembre. El invierno no tardaría en llegar.

Notó los brazos de Atticus alrededor de su cuerpo, abrazándola. El resto de la noche había sido... agradable, más de lo que nunca habría imaginado. No hubo toqueteos lujuriosos ni besos forzados. Tras hacer el amor, Evelyn y el vampiro... hablaron.

Mantuvieron una dulce conversación sin importancia, como cualquier pareja de enamorados. En cierta forma había sido muy refrescante, y la chica agradeció el modo en que estaban cambiando las cosas.

Su mente volvía a recordarle cómo había reído entre sus brazos mientras él le narraba historias del pasado. Le había contado la historia de un hombre que no estaba bien de la cabeza y creía que era un vampiro porque se había quemado al sol. Vlad, *el Hijo del Dragón*, era su nombre; más tarde, un escritor lo adaptó y lo llamó *Drácula*. Recordó lo mucho que había reído Atticus al contarle que

Drácula iba por ahí bebiendo sangre, creyendo que eso era lo que debía hacer. Parecía muy divertido al recordar la historia.

Además de hablarle de Vlad, Atticus le había contado anécdotas y hazañas de sus días de gloria, en los que había conquistado el mundo con su amigo, Alejandro III de Macedonia, más conocido como Alejandro Magno. Viajar por el mundo conquistando nuevos territorios y explorando rincones del planeta que no sabía ni que existían le había cambiado la vida.

Evelyn escuchó sus historias boquiabierta, completamente hipnotizada por su voz carismática. Lo oyó recordando su pasado, desde los años dorados con Alejandro hasta las protestas por la liberación y la igualdad de todas las razas con Martin Luther King o las batallas para salvar a los judíos de un horrible dictador llamado Hitler... ¡Tenía tantas cosas que contar! De un modo u otro, Atticus había participado en todos los acontecimientos relevantes de la historia de la humanidad.

Sin embargo, pese a que a Evelyn le encantó oír sus hazañas, seguía siendo humana y no era inmune a la necesidad de dormir. Escuchó y escuchó hasta que empezaron a pesarle los párpados y fue incapaz de mantener los ojos abiertos mucho más. Se durmió con la voz de Atticus retumbándole en los oídos.

Recordó haberse dormido planteándose si todas aquellas historias serían ciertas. Se preguntó si un hombre como él habría sido bueno alguna vez, alguien que había luchado por la igualdad, por liberar a gente que había sido condenada por la sociedad. En parte quiso creer que había bondad debajo de toda aquella maldad suya, pero por otro lado reía ante su propia credulidad.

No se atrevió a pronunciar sus dudas en voz alta; no quería destrozar la noche más perfecta que había pasado con Atticus hasta la fecha.

Había sido una noche encantadora.

La presión de los labios del rey contra su piel la sacó de su ensoñación. Sus brazos, que habían estado abrazándola toda la noche, la atrajeron aún más hacia él, que apretó la punta de la nariz contra el cuello de la chica y empezó a mordisqueárselo.

Evelyn notó unas punzadas. A veces era fácil olvidar que Atticus era un vampiro. Si la memoria no le fallaba, sólo había bebido de su sangre en una ocasión. Tragó saliva nerviosa y esperó que no fuera a producirse una segunda en ese instante.

La violencia de aquella noche seguía aterrorizándola casi tanto como la noche del motel. En las dos ocasiones, Atticus se había mostrado igual de violento, insistente y siniestro en su deseo por ella. La única diferencia entre

ambas ocasiones había sido la presencia de Hansel.

Hansel había estado allí para salvarla el día que Atticus la atacó en casa de sus padres, pero no había conseguido rescatarla la noche del motel.

Evelyn se estremeció.

—¿En qué piensas? —le preguntó él mientras seguía acariciándole el cuello, los hombros y la nuca. Parecía que disfrutaba teniéndola entre sus brazos.

—En nada —respondió ella en voz baja.

Poco a poco, se volvió para quedar frente a Atticus y permitió que él la besara.

—Dijiste que querías que nos comunicáramos mejor, así que dime la verdad —le pidió el rey.

—En serio, no es nada —le aseguró ella con una leve sonrisa. Era mejor que algunos secretos siguieran siendo eso, secretos.

Atticus no parecía convencido, pero no intentó sonsacarle más información. Seguía entusiasmado tras la noche que habían tenido. Había sido su noche más perfecta hasta la fecha.

Tanto física como mentalmente, Evelyn había experimentado breves momentos de placer, y cada vez que ella reía al oír alguna anécdota divertida de sus historias, Atticus había notado cómo se le hinchaba el pecho de puro orgullo. La atrajo más hacia sí.

—¿Has tomado ya una decisión? ¿Te casarás conmigo, mi reina? —le preguntó.

En ese mismo instante, llamaron a la puerta.

A lo largo de la vida, dejarás pasar algunas oportunidades y elegirás mal.

Es parte inevitable de la vida.

Tus decisiones no harán que tu futuro se consolide, porque el futuro cambia constantemente.

No será el fin del mundo, aunque en ese momento te lo parezca.

La mayoría de las oportunidades perdidas y las malas elecciones son irreversibles, pero no imposibles de arreglar.

Los daños puede que se curen con el tiempo, aunque su cicatriz sea inevitable.

Cada vez que Atticus se detenía a analizar el pasado y pensaba el modo en que había perseguido a Evelyn, cómo había intentado poseer su corazón inaccesible, se daba cuenta de todas las oportunidades que había perdido, de todas sus equivocaciones.

Deseaba ser capaz de volver atrás en el tiempo y cambiar la historia.

Pero no lo era.

Elegimos siguiendo buenas y malas razones y no importa cuánto se desvíe la realidad de las circunstancias planeadas, vivimos según lo que hemos escogido.

Atticus abrazaba a Evelyn con fuerza, su mente todavía confusa y a la vez llena de luz y de arcoíris cuando oyó llamar a la puerta.

Había olvidado su plan.

La noche había sobrepasado tanto sus expectativas que ahora se daba cuenta de que el plan que había ideado con Jonah, algo que había pensado inicialmente que jugaría en su favor, alejaría más aún a Evelyn en lugar de acercarla.

Debería haber sido más inteligente, debería haber dejado a un lado todo el dramatismo, debería haber revisado sus propósitos con la cabeza fría... Pero ahora ya era demasiado tarde.

Acababa de proponerle matrimonio a Evelyn y le estaba besando el cuello con delicadeza cuando oyó de nuevo cómo llamaban a la puerta.

—¿No vas a responder? —rio ella.

Atticus se encogió de hombros. Seguía absorto en la noche pasada y había enviado el plan a lo más hondo de su mente.

—Seguro que Jonah quiere que lea más peticiones, menudo aburrimiento... ¿Por qué iba a malgastar el día leyendo todas esas estúpidas cartas de gente que quiere besarme el culo cuando puedo pasarlo en la cama contigo?

Movió el cuerpo de ella para poder besarla en los labios. Le encantaba notar su piel contra la suya.

—¿Y si es importante?

—No puede ser tan importante como mi apremiante deseo.

Atticus chasqueó la lengua. Luego le tomó la mano y se la colocó sobre su erección.

Dormir junto a ella era como estar en el cielo y, a la vez, una tortura. Llevaba toda la noche deseándola locamente. Debería haber sido suficiente estrecharla entre sus brazos, pero cuanto más le daba ella, más quería. En ese instante no deseaba otra cosa más que meterse entre sus piernas. La puso boca arriba sobre la cama. Miró con lujuria sus pechos, tiernos y pequeños. Se moría de ganas de acariciar su piel sensible con los labios, de notar su calor bajo la lengua.

Evelyn lo miró y murmuró:

—Es un poco pronto, ¿no crees?

Él se echó a reír.

—¡Nunca es demasiado pronto para esto!

La besó en los labios, pero no intentó profundizar en su boca ni en su cuerpo, pese a lo mucho que lo anhelaba.

La noche que acababan de pasar había sido demasiado perfecta como para que un momento violento la echase a perder.

Aunque aquel día estaba destinado a echarse a perder de todos modos.

De nuevo llamaron a la puerta, esta vez con mayor furia.

Atticus gruñó y apartó los labios de Evelyn.

—¡Por el amor de Dios...! ¡Adelante! —rugió muy disgustado porque los molestaran de aquella forma.

Las puertas se abrieron al otro lado de la gran habitación y en ella penetró el aroma de pan recién hecho, *hot cakes*, jugo de naranja acabado de exprimir y chocolate caliente.

Evelyn cerró los ojos y saboreó el delicioso olor.

—Huele delicioso —dijo, y de repente notó cómo el cuerpo de Atticus se ponía tenso.

Cuando abrió los ojos y le vio la cara, se encontró con una expresión afligida

que ensombrecía sus atractivas facciones. Miró hacia el lugar donde él estaba mirando como si la obligase a hacerlo una poderosa fuerza magnética y se encontró con la persona que menos esperaba ver.

Aquellos deslumbrantes ojos verdes pertenecían a un caballero que había puesto su vida en peligro por ella más de una vez.

Eran los ojos del hombre que la había mantenido cuerda durante su estancia en palacio, quien la había salvado una y otra vez, su ángel guardián, su salvador... El hombre a quien no había visto en semanas, el hombre con una embriagadora sonrisa coronada por dos divertidos hoyuelos... Sólo recordarla hizo que a Evelyn comenzara a latirle el corazón a cien por hora.

¡Lo había echado tanto de menos!

En el rostro de la chica apareció una sonrisa una vez procesó la información y se dio cuenta de quién era. Notó un cosquilleo por todo el cuerpo; sus músculos empezaron a temblar a la vez de incredulidad y alegría. Creía que le habría pasado algo malo, pero allí estaba, de pie ante ella, con la espalda bien recta, la cara intacta, las extremidades exentas de cualquier signo de tortura.

Pero el mero hecho de que su aspecto físico fuera impecable no significaba que estuviera bien. Era un vampiro, y los vampiros sanaban muy rápido.

Hansel... Casi murmuró su nombre, pero recordó a tiempo en brazos de quién estaba su cuerpo desnudo bajo las sábanas en esos momentos.

El vampiro de pelo rizado la miró. Al principio, su expresión pareció igual de sorprendida y dichosa que la de ella, pero muy pronto su mirada se oscureció y se tornó intensa y extrema, tan poderosa que a la muchacha le pareció que sus ojos la perforaban.

Se sintió confundida. No entendía aquella ferocidad en la mirada. Pero lo comprendió todo al notar el brazo de Atticus rodearla con más fuerza y acercarla hacia sí. El rey la besó en el brazo. El acto no tenía nada de afectuoso: era un acto de dominación, de posesión.

De repente, Evelyn se percató de la posición comprometida en la que se encontraba, de con quién estaba y de lo que habían hecho unas horas antes.

Hansel apretó los dientes.

Atticus no tardó en recuperarse de su confusión. No permitió que se notara que la entrada en la habitación de Hansel y de Ethan lo había tomado por sorpresa. Maldijo para sus adentros, pero su orgullo le impidió traslucirlo.

De alguna forma había sabido que esa noche acabaría durmiendo con Evelyn. Inicialmente había esperado más resistencia por su parte, menos actividad sexual y algo más de ropa cubriéndolos. Había querido que Hansel y Ethan la vieran en la cama con él para recordarles a quién pertenecía, con quién estaba destinada a quedarse.

Pero ni en un millón de años habría predicho el curso que habían tomado los acontecimientos y lo prometedor que había acabado resultando ser la noche anterior. Aunque ahora ya daba igual.

«Jamás permitas que vean tus puntos débiles», se recordó con la mandíbula encajada. Hizo lo que le pareció lo mejor, dadas las circunstancias. Escondió su lado más dócil y se puso la máscara de Atticus Nocturne Lamia, rey de la Nación Vampírica.

Apretó a Evelyn contra sí como si fuera un trofeo. Una parte de él se sintió mal por el modo en que estaba a punto de tratarla, pero no podía arriesgarse a que Hansel y Ethan, sus mayores rivales en el amor, lo percibieran como un hombre débil.

Era Atticus Lamia y nunca perdía. Si debía ser despiadado para conseguir lo que quería, que así fuera.

Besó a Evelyn en los labios apasionadamente, sosteniéndole la cabeza con una mano para inmovilizarla, mientras con la otra le toqueteaba los pechos. Notó las manos de ella contra su torso, dándole inútilmente golpecitos con sus diminutos puños. Aun así, sus acciones no evitaron que Atticus hiciera lo que tenía que hacer. Colocó el cuerpo de la chica contra el colchón y con una rodilla la obligó a separar las piernas.

Si todo estaba echado ya a perder, ¿qué más daba? ¿Para qué usar la delicadeza y explicárselo educadamente, punto por punto? Su orgullo había

destruido la noche mágica que acababan de compartir, ¿por qué no arruinar también el día?

«¿Qué más puedes perder? —le susurró una poderosa voz al oído—. Te ve como a un monstruo de todos modos, así que, ¿por qué no forzarla, cogértela hasta que no recuerde ni su nombre y mantenerla a tu lado con amenazas y chantajes? Si empieza a verte como un cobarde sin voluntad no te querrá, ¡te dejará! ¿Vas a dejar que eso suceda? Imagínate la vida sin ella, Atticus. Sufrirías durante toda la eternidad mientras Ethan o Hansel se cogen a la mujer que nació para ti. Tu mujer se abrirá de piernas para otro. ¿Estás dispuesto a dejar que eso ocurra?».

«¡No!», respondió Atticus mentalmente.

«Un ángel como Evelyn Blackburn nunca querrá a un ser destrozado, atormentado y maligno como tú. No eres el héroe en este cuento: eres el villano. Eres el obstáculo entre su coño y la verga de Hansel. ¿Es que no has visto cómo se miraban a los ojos? La desea y ella lo desea a él. El corazón de Evelyn nunca te pertenecerá. Pero puedes hacer que su cuerpo sea tuyo. Cogétela, Atticus. Cogétela con Hansel y Ethan mirando. Haz que vean cómo fuerzas al amor de su vida, igual que tú has visto a Evelyn suspirar por ellos durante tanto tiempo. Eres el rey. ¿De qué sirve dominar el mundo si no puedes tener lo que deseas? Eres el rey, el hombre más poderoso sobre la faz de la Tierra, y mereces ser feliz. Ella es la felicidad. Evelyn es la felicidad. Cogétela, Atticus. Tómala. Humilla a Hansel mientras metes tu miembro en su dulce y estrecho coñito. Lo quieres. Sabes que quieres hacerlo...».

Atticus besó a Evelyn en los labios con mayor violencia.

«¡No! ¡No puedo hacerle daño! ¡Tengo que parar! ¡La quiero! ¡Ya le he hecho demasiadas cosas monstruosas! ¡No puedo volver a atacarla! No puedo... No se lo merece. ¡No merece ser tratada así! ¡No lo haré!», gritaba su subconsciente, pero su cuerpo no obedecía a sus instrucciones.

«Oh, Atticus, claro que lo harás, quieres hacerlo. ¿No recuerdas cómo es notar sus piernas alrededor de tu cintura, su cuerpo caliente contra el tuyo? La amas, ¿no? Una noche no ha sido suficiente para satisfacerte. Quieres más. Sabes que sí. Tómala. Hazlo».

—¡Atticus! —gritó Evelyn con las manos contra su pecho, intentando por todos los medios librarse de él—. ¡Atticus, para!

«Ella no es nadie. No vale nada. ¿Quién se cree que es para pedirte que te sometas a su voluntad como si fuera algo más que una humana patética? Es humana, Atticus, nada, ¡escoria! Su único propósito es servirte. Haz que lo

cumpla. ¡Tómala! ¡Hazlo!», le gritaba la Oscuridad al oído.

«¡No! ¡No puedo! —respondía él en silencio—. Por favor, no me obligues a hacerlo...».

Sus súplicas eran inútiles, su cuerpo ya no estaba bajo su control. La Oscuridad había hincado sus fauces en su orgullo, en su pena, en su soledad, en sus inseguridades y en cualquier otra emoción que pudiera usar para su propio beneficio.

Atticus bajó la cabeza y acercó su erección a su sexo. Con las manos la mantenía firme sobre la cama, y notó las lágrimas saladas descendiendo por la cara.

—No me hagas esto... —le suplicó ella.

Por un momento, la Oscuridad se debilitó, pero fue sólo un instante.

—¡Ethan!

La Oscuridad se echó a reír.

—¡Ethan!

Atticus la apretó contra sí y, justo cuando estaba a punto de penetrarla, notó una mano fuerte sobre su hombro que tiraba de él y lo enviaba volando al otro lado de la estancia como si fuera una muñeca de trapo.

El vampiro sintió dos emociones contrarias mientras su cuerpo chocaba con la pared.

Una era furia.

La otra, alivio.

Hubiera sido quien hubiera sido, agradeció que alguien lo hubiera detenido. Dejando a un lado el orgullo y la arrogancia, el vampiro dio las gracias por no haber hecho que la historia se repitiera, no haber permitido a su cuerpo hacer algo que destrozara los pocos progresos que él y Evelyn habían hecho.

Sin embargo, era muy posible que aquellos progresos ya hubieran sido destruidos por sus viles acciones.

Ella lo odiaría. No podía ser de otra forma.

Y ¿por qué no iba a hacerlo? La pobre había comenzado a apostar por un futuro juntos, empezado a vislumbrar un poco de esperanza de ser feliz, a considerar su propuesta de matrimonio, a dudar de su anterior visión de Atticus, y justo entonces, el notorio tirano le había demostrado lo estúpida que era al pensar que él podría llegar a cambiar.

Atticus dejó que su cuerpo se estrellara contra el muro. Necesitaba sentir dolor físico. Necesitaba algo que lo distrajese de la agitación que notaba en su interior.

«Lo siento, Evie».

Todo había sucedido muy deprisa, demasiado para que el cerebro humano de Evelyn lo comprendiera.

Cuando notó las manos de Atticus sobre su cuerpo, usando toda su fuerza para inmovilizarla de espaldas sobre el colchón, separándole las piernas con las suyas, la mente de la joven todavía estaba intentando sobreponerse al *shock* de ver a Hansel.

En un momento estaba aturdida y confundida y, al siguiente, luchando bajo el peso del desquiciado rey, tratando de liberarse por todos los medios. Los ojos del vampiro la miraban, vacíos de conciencia y llenos de oscuro deseo.

Evelyn gritó.

Luchó.

Era un *déjà vu*.

Le pareció que la historia volvía a repetirse.

Notó cómo la furia empezaba a acumularse en la boca de su estómago.

Abofeteó al rey, pero él ni siquiera lo notó.

—No lo hagas... —le suplicó.

Miró por encima del hombro de Atticus buscando los ojos de Hansel, pero en su lugar se topó con los de Ethan. No se había dado ni cuenta de que él también estaba en la habitación. Era la primera vez que lo veía. No perdió tiempo en preguntarse qué hacía allí ni cómo había entrado. Notó una ráfaga de esperanza.

—¡Ethan! —gritó.

Él no se volvió.

Se quedó inmóvil, rígido.

Su cara era inexpresiva.

No le prestó la más mínima atención.

Era como si ella no le importara, como si no la quisiera, como si no creyera que merecía la pena arriesgar su vida por ella.

—¡Ethan! —volvió a gritar Evelyn.

No hubo respuesta.

El corazón de la joven se encogió. Más lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, pero su cerebro estaba demasiado embotado para entender nada. Reprimió un sollozo. Sintió a Atticus cerca de su sexo, a punto de penetrarla. Se preparó para lo peor, pero no llegó.

En lugar de notar al rey introduciéndose en su interior, lo que percibió fue una ráfaga de aire frío y una mano amable sobre su hombro. Después, la suavidad de las sábanas cubriendo su cuerpo desnudo y un abrazo familiar.

Los fuertes bíceps alrededor de su cuerpo pertenecían a alguien que ya la había salvado antes. Eran los brazos de un hombre al que Evelyn le debía mucho.

Se apoyó en el acogedor pecho de Hansel. Él le acarició el pelo con delicadeza, consolándola, mientras que ella no se atrevía a abrir los ojos por sí, en lugar de en los brazos de él, se encontraba en los de Atticus. Por si todo aquello no había sido más que un mero producto de su imaginación.

—Shhh —oyó que murmuraba la voz ronca que tanto había anhelado oír. La voz que enviaba escalofríos de dicha por todo su cuerpo, la voz que la hacía sentirse segura, protegida, feliz.

Evelyn empezó a sollozar y se abrazó instintivamente a la cintura de Hansel. Su desnudez era lo último en su mente en aquellos instantes. ¡Lo había extrañado tanto, muchísimo...!

—Shhh —repitió él.

La sostenía con fuerza, como si fuera la única cosa que pudiera evitar que la frágil muchacha humana se desmoronara. Su abrazo era como una infranqueable barrera protectora que la mantenía a salvo de Atticus.

Evelyn empezó a recordar escenas de la noche anterior y se echó a temblar. Hansel sabía lo que le pasaba por la mente, pero no dijo nada. Simplemente se quedó allí, abrazándola.

Su momento de afecto se vio interrumpido por una siniestra risa que provenía del otro extremo de la habitación. La muchacha se agarró con más fuerza a Hansel con los ojos aún cerrados. No quería ver la dolorosa realidad.

—¡Dijiste que no le harías daño! —gruñó el vampiro de pelo rizado.

—Suéltala —replicó Atticus—. No es tuya.

—¡Tampoco es *tuya*! —gritó Hansel furioso.

Quería a Atticus, pero su amor hacia él había sido eclipsado por todas las cosas horribles que había hecho en las últimas semanas. Y no podía creer que ahora hubiera estado a punto de violar a Evelyn con él y con Ethan en la misma estancia.

El monarca rio de nuevo.

—Hansel, no es tu chica, así que no tienes que protegerla. Es mía. Ahora, suéltala. Recuerda quién eres y quién soy yo. ¿Te atreves a desobedecer a tu rey? Soy tu amo y señor. Soy quien te concedió la inmortalidad. Te di la vida y, por tanto, también podría arrebátártela. No te olvides de ello, estúpido —dijo con una sonrisa torcida—. Evelyn estaba muy linda esta mañana con la boca llena de mi esperma... A lo mejor también está guapa con toda la cara cubierta de tu sangre.

Esas palabras hicieron reaccionar a Evelyn y salir de su estupor.

—¡No! —chilló—. ¡No le hagas daño!

Sus ojos se enfrentaron a los de Atticus. La mandíbula del rey se abrió de par en par. Siguió con la mirada fija en ella y ordenó a Hansel y a Ethan que se fueran:

—Lárguense.

—¡Maldito bastardo! —gritó Hansel—. ¿No te acuerdas de lo que te dije? Con cada una de tus amenazas, de tus chantajes, de tus acciones para ejercer control sobre ella, la alejas más y más. Pensaba que ella conseguiría salvarte, apartarte de las puertas del infierno. Pero ahora veo lo mucho que me equivocaba. Haría falta un milagro para salvarte. Eres un sádico. Dudo que lo que sientes por ella sea amor verdadero. Lo único que amas es destrozando vidas y torturar a todos a cuantos puedes ponerles las manos encima.

Atticus se encogió de hombros y, lentamente, se dirigió de nuevo hacia la cama.

—Di lo que quieras, nada cambiará el hecho de que yo soy el rey y todos me pertenecen. Cada uno de ustedes. Lárgate, Hansel, no me hagas repetirlo otra vez. —Se metió en la cama y alargó la mano hacia Evelyn—. Es mía y sólo mía.

A Hansel le quemaban los ojos de odio. Miró a Evelyn y consiguió dedicarle una sonrisa de pesar.

—Lo siento. Debería haberte dejado morir aquel día en el precipicio. Hice mal en salvarte. Habría sido mejor no interferir en tu destino. Siento mucho que te veas forzada a soportar los abusos de este horrible... —Se interrumpió cuando Atticus lo agarró por la garganta.

—Hansel, te estás pasando. Si crees que no te mataré porque eso haría que esta perra se pasara unos días lloriqueando, te equivocas.

La expresión de Hansel se endureció. El ambiente de la habitación se tornó más pesado aún. Un movimiento equivocado del vampiro de ojos verdes y todos pagarían el precio.

Hansel estaba a punto de abrir la boca y responder a Atticus con un comentario igual de desagradable que los suyos cuando se oyó otra voz.

—Hansel, compórtate —dijo Ethan. Había estado callado todo el tiempo.

A continuación, apoyó la palma abierta sobre el pecho de Hansel, empujándolo para que se separara de Evelyn.

El corazón de la joven se rompió en mil pedazos.

—Escucha al humano —dijo Atticus con una sonrisa de suficiencia—. Compórtate, escoria.

Dio la impresión de que Hansel estaba a punto de saltar por encima de Evelyn para abalanzarse sobre él y matarlo, pero Ethan lo sostuvo con mano firme para evitarlo. La joven se dio cuenta de lo mucho que había crecido el contorno del bíceps de Ethan desde la última vez que se habían visto.

—¡Guardias! —gritó este último, y automáticamente aparecieron más hombres con el mismo uniforme rojo y negro que llevaban ellos—. Ha intentado asaltar al rey y a la señorita Blackburn.

Evelyn casi se quedó sin habla.

—¿Ethan...? —consiguió murmurar, pero no recibió respuesta—. Ethan, ¿qué...? Tú...

Atticus se echó a reír mientras varios hombres de tres veces el tamaño de Hansel se llevaban a este último, que no luchó. Sabía que no tenía sentido intentar enfrentarse a los guardias del rey. Puede que en uno de sus días buenos consiguiera vencer a media docena, pero habría docenas y docenas más esperando a reemplazarlos.

Evelyn iba a decir algo, pero Atticus le tapó la boca con la mano y la inmovilizó.

—Bien hecho, Redfern —rio el monarca.

Acto seguido, le dio un beso en el hombro a la chica mientras con una mano le apretaba un pecho para recordarle a Ethan a quién pertenecía.

—Un honor, señor.

Evelyn luchaba como un pez recién pescado bajo los brazos del rey. Gritaba, pero su voz salía distorsionada a causa de la mano que le tapaba la boca. Estaba muy agitada por culpa de todos los sentimientos enfrentados que notaba en su interior. Pensaba que Atticus había decidido cambiar, pero justo cuando creyó que estaba dispuesto a convertirse en un hombre mejor y había decidido entregarse a él hacía apenas unas horas...

Se habían reído juntos.

Ella se había apoyado en su hombro y él le había sonreído y besado la frente.

Finalmente se habían abierto los corazones el uno al otro.

«¿Por qué? —se preguntaba—. ¿Por qué ha pasado esto?».

Miró a Ethan, el hombre a quien había amado durante tanto tiempo.

Él no la miró y Evelyn ya no sintió la atracción hacia él que sentía antaño. En su estómago ya no revoloteaban mariposas sólo con verlo.

De hecho, Evelyn apenas si reconocía al que había considerado su amor eterno en alguna ocasión. No con aquel uniforme rojo y negro y el rostro desprovisto de cualquier emoción. Había algo en su semblante que le recordó a Atticus, y eso la aterrorizó. Su cerebro le hacía mil preguntas a la vez y no tenía respuesta para ninguna.

Ethan y el rey no le prestaban la menor atención.

—Castiga a ese indeseable como se te ocurra —le ordenó Atticus al chico—. Pero asegúrate de que sufre.

—Por supuesto, alteza. No podemos dejar que imbéciles como él merodeen por el palacio pensando que es suyo, dirigiéndose a usted y a la señorita Blackburn sin ningún tipo de respeto.

Atticus sonrió y se inclinó para murmurar al oído de Evelyn:

—¿Lo ves, amor mío? Incluso Ethan Redfern sabe que eres mía. Ahora, dale las gracias por salvarte de la bestia salvaje que es Hansel Alexander —dijo quitándole la mano de la boca. Ella se quedó mirando y Ethan asqueada—. Agradéceselo —ordenó Atticus.

Pero ella no le dirigió palabras de gratitud, sino que en su lugar le soltó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo... cómo puedes estar de acuerdo con él? —Miró a Atticus con desprecio—. ¡Está loco!

El monarca sonrió y Ethan se encogió de hombros.

—La gente acaba distanciándose, señorita Blackburn. Usted ya no me interesa del modo en que lo hacía antes. Su alteza es el rey, y lo correcto para mí es respetarlo y servirle como merece. Es nuestro salvador y nuestro amo. Todos deberíamos arrodillarnos ante él. Considérese afortunada de poder servirle de maneras que a la mayoría de la gente le están vedadas, señorita. Es un honor para usted que el rey la desee. Debería dar las gracias cada vez que se abre de piernas para él, porque eso quiere decir que aún no se ha cansado de usted.

Evelyn se había quedado boquiabierta. Sin dudarlo ni un segundo, abofeteó a Ethan. Cada emoción que quemaba en su interior se había convertido en energía. El sonido de su mano colisionando contra la mejilla de él resonó en toda la estancia, pero el semblante inexpresivo de Ethan ni se inmutó.

—No me puedo creer que alguna vez fuera capaz de querer a alguien como

tú.

Evelyn no pensó que sus palabras causaran un impacto drástico en Ethan, pero sí esperaba alguna clase de reacción por su parte. Después de todo, se conocían desde que eran niños y se habían querido, o eso creía ella. Todos aquellos años habían creado un amor inconmensurable entre ambos, o eso era lo que le parecía.

«Soy tan estúpida...», pensó Evelyn. Incluso quiso reírse de su estupidez.

Él ni siquiera había pestañeado al oírla. Tan sólo añadió con una sonrisa:

—Tan ilusa como siempre... ¿Cuándo vas a crecer? Todo ese rollo de «oh, soy tan dulce e inocente» ya cansa un poco. Y, francamente, ni siquiera se te da bien.

Un inesperado gruñido salió de lo más profundo de la garganta de la chica. Estaba a punto de volver a abofetearlo cuando el brazo de Atticus la agarró por la cintura para apartarla. El rey se echó a reír.

—Puedes irte, Redfern —le dijo a Ethan sin mirarlo.

Tenía la mirada fija en Evelyn. Observaba aquel fuego nuevo que había visto en su interior, y le encantaba.

—¡No! —gritó ella—. ¡No te atrevas a irte de aquí sin darme una explicación!

Ethan la ignoró de nuevo. Su expresión fue fría y distante cuando se inclinó ante el rey y se alejó.

Evelyn notó un fuerte dolor en el pecho al verlo irse con la cabeza bien alta, como si estuviera tan orgulloso de sus acciones, como si no le importara lo más mínimo dejarla en una habitación con un tipo que había intentado violarla hacía unos instantes.

Se le secaron las lágrimas de golpe.

El dolor agónico se convirtió en una fuente de anestesia que se multiplicó hasta abarcar todas y cada una de sus células y embotó su capacidad de sentir cualquier tipo de emoción.

Notaba la mano de Atticus sobre la suya, describiendo pequeños círculos, pero no le correspondió. Sintió sus labios sobre su piel, dulces y cariñosos,

mientras la besaba en la nuca de un modo que parecía pedirle perdón.

Permaneció con la mirada perdida en dirección hacia la puerta por la que acababa de salir Ethan, la misma por la que se habían llevado a Hansel tan sólo unos momentos antes.

Atticus dijo algo, pero ella no lo oyó, o, mejor dicho, no le prestó atención. Esperaba que llegara la siguiente oleada de lágrimas, de gritos, de dolor, pero no llegaron.

Había esperado sentir algo, pero no sintió nada. Evelyn no sentía nada aparte de una especie de entumecimiento, de vacío. Tanto que le pareció que se había convertido en una cáscara hueca.

No estaba segura de adónde había ido a parar el dolor, de si se la estaba jugando, aguardando el momento perfecto, el de mayor fragilidad, para atacarla y así destruirla por completo más fácilmente.

Estaba segura de que eso era lo que sucedería.

Recordó lo que Atticus le había dicho la noche anterior. Lo que había dicho acerca de que Ethan se cansaría y buscaría a otra más guapa, más joven y mejor una vez ella fuera vieja. ¿Sería cierto?, pensó.

Pero, aunque lo fuera, Atticus no había acertado con lo de que Ethan esperaría a que ella se hiciera vieja, porque parecía que ya había perdido todo el interés.

—¿Quieres desayunar?

Se había pasado tantos años de su vida adorándolo, admirando su compasión, su inteligencia y todas las cualidades por las que lo amaba.... Pensaba que era la personificación de todo lo bueno que había en el mundo.

«Soy idiota».

—¿Te gustan los *hot cakes*?

Notó un peso en los hombros.

«¿Es este peso lo que acompaña a ser incapaz de sentir nada?», se preguntó. Varios pensamientos inconexos asaltaron entonces su mente para distraerla.

Era agradable distraerse.

—¿Quieres sirope, Evie?

¿Por qué habría hecho aquello Ethan? ¿Cómo había sido capaz?

El colchón se movió y la muchacha olió algo bajo su nariz.

—A mí no me gustan los *hot cakes*, pero parece que a los humanos les encantan. Son un delicatesen. ¿Los has probado alguna vez?

«Lo quise tanto... Luché por él. Fui castigada por creer que nuestro amor era algo por lo que merecía la pena luchar. ¿Tenía razón Atticus cuando dijo que era

inevitable que Ethan me abandonara un día, que su amor no era tan imperecedero como yo creía, como él me había hecho creer?», pensaba Evelyn. Seguía esperando a que el dolor llegase.

Aguardaba otra oleada de odio, de amargo resentimiento, de dolor agudo e insoportable.

Pero no llegó.

Seguía entumecida, embotada.

Notó algo caliente sobre su regazo.

Recordó el rostro impassible de Ethan cuando Atticus estaba a punto de forzarla. Se arrepintió de haber sido tan estúpida de haber depositado todas sus esperanzas en él al verlo. Había sido su primer amor, y Evelyn siempre había pensado que sería el único. Pensaba que el vínculo que los unía era tan fuerte que podría superar cualquier obstáculo. Incluso creía que, aunque no estuvieran juntos, saber que el corazón de uno pertenecía al otro era suficiente para ambos. Lo amaba, y ahora él la había destrozado con sus actos.

Atticus pensó que él sería el hombre que llevaría a Evelyn hasta el límite y rompería su corazón en mil pedazos, pero se equivocaba. Al final, Ethan Redfern había sido el primero.

«Ethan me salvará —había pensado ella. La voz interior era aguda, como una imitación de la suya propia—. Ethan me salvará. Ethan me quiere...». Ahora casi se echó a reír ante la absurdidad de sus pensamientos. «Evelyn Blackburn, eres tan idiota... Tienes cerebro de mosquito».

El momento de humor pasó rápido.

—Come algo, Evie.

«¿Cómo ha podido quedarse quieto, simplemente mirando, cuando estaba a punto de ser violada? Aunque el amor que sintió por mí alguna vez haya muerto, no puedo creer que Ethan se quedara a un lado al ver a alguien a punto de ser asaltado físicamente. No es propio de él. No tiene sentido. El Ethan que yo conozco habría hecho algo, si no salvarme, al menos sí ayudarme».

—Lo siento.

«¿Acaso he sobrevalorado siempre su valentía y su abnegación tanto como su amor hacia mí?».

—Evelyn, no quería hacerte daño. Lo siento.

«Supongo que lo he hecho. Evelyn Blackburn, ¿cómo de ciega de amor estabas que alguien tan despreciable como Ethan Redfern te había parecido digno de admiración? Eras tan ilusa... ¡Niña estúpida!». Esperó a que el odio hacia sí misma se la tragara, como un tsunami.

Pero no lo hizo.

No pasó nada.

No sintió nada.

—Yo no quería hacerlo... Las voces... las voces me dijeron que... Lo siento, Evelyn. Por favor, mi amor, mírame...

Hansel apareció en su mente.

Una oleada de felicidad la invadió.

Él la había salvado, como siempre, otra vez, él la había salvado.

Incluso después de todo lo que había perdido por su culpa, todo lo que había sufrido por ella, todavía había estado dispuesto a arriesgar su vida por ella.

Evelyn no podía creerlo.

La había salvado.

Y ahora iba a volver a ser torturado. Y todo por su culpa.

¿Cómo podía ser tan abnegado, tan noble?

—Evelyn, no volverá a pasar. Por favor, mírame. No seas así...

«Para —dijo su subconsciente—. Cuanto más sientas por él, más lo verá Atticus como una amenaza y más en peligro estará. Tienes que protegerlo, tienes que hacer que te odie a toda costa», añadió la voz.

«Soy como una enfermedad —pensó ella—. Echo a perder todo lo que toco. No puedo hacerle eso a Hansel. Es demasiado bueno, demasiado precioso para ser destruido por una desafortunada enfermedad como yo».

Evelyn se creyó lo que estaba pensando. Creyó que ésa era la solución. Aun así, seguía sintiendo una necesidad dolorosa de volver a ver a Hansel. Quería estar de nuevo entre sus brazos, sentirse segura. Quería oír su voz y abrirle su corazón.

Tras todo lo que había sucedido, necesitaba algo, alguien a quien confesar todas sus emociones reprimidas. Necesitaba alguien con quien hablar.

—Háblame, Evie, por favor. —Notó un par de fuertes brazos rodearle la cintura—. No nos hagas esto a los dos. No... no he sido yo. Yo no quería forzarte. Lo siento. Por favor, háblame.

«Ojalá pudiera hablar con alguien».

Atticus apoyó su frente contra la de ella.

—Di algo, por favor. Te lo suplico.

Atticus contempló la diminuta figura de Evelyn sobre la cama, en posición fetal, desde la mesa que había al otro lado de la estancia.

Estaba totalmente quieta. El único movimiento visible era la regular expansión y contracción de su caja torácica, expandiéndose y contrayéndose al ritmo del aire que entraba y salía por sus pulmones.

Tras horas y horas de disculpas y promesas, la joven seguía negándose a reaccionar al tacto, a los besos y a la voz de Atticus.

Su expresión mientras intentaba enfocar la mirada en él era aterradora. La crueldad de las acciones de Ethan la había desquiciado, tal como el rey esperaba. La había roto del todo. Ahora, a ojos de Atticus, estaba desmoronándose lentamente ante la presión de la vida que debía vivir.

Él levantó la copa de cristal llena de sangre y se la llevó a los labios. El sabor era agradable, pero no le proporcionó el mismo alivio que el alcohol, con su forma de nublarle la conciencia. Necesitaba desesperadamente notar algún tipo de licor fuerte bajándole por la garganta para eliminar todo sentimiento de culpa, indiscreción, abominación y odio hacia sí mismo.

Sólo pensar en un vaso de whisky lo hizo salivar. Sin embargo, no podía dejar que el alcohol nublara su mente y ejerciera influencia sobre sus actos. Ahora no.

No se fiaba de sí mismo. No sabía qué actos atroces podía llegar a cometer encerrado en una habitación con Evelyn en aquel estado, sin nada ni nadie en el mundo para impedirle que hiciera lo que quisiera con ella. Además de la Oscuridad, claro. Pero ésta no iba a luchar precisamente por defender la única cosa que lo mantenía cuerdo y relativamente estable.

Se maldijo en silencio a sí mismo por haber querido más poder tantos años atrás, y a Venecia por haberlo convertido en la criatura más poderosa del universo. Si no hubiera sido por su inmenso poder, la Oscuridad no se sentiría tan atraída por él.

El vampiro recordaba las historias que su madre solía contarle acerca de que

en el mundo había seres que pertenecían a la Luz y seres que pertenecían a la Oscuridad; cómo ambas coexistían, pero estaban siempre enzarzadas en una lucha continua por obtener mayor poder.

Atticus notó fuerzas oscuras recorriéndole el brazo, impeliéndolo a acercarse a Evelyn y a acabar el acto que había empezado unas horas antes y que no había consumado por culpa de Hansel.

Una mitad de él quería hacer caso a la Oscuridad y experimentar el indescriptible placer que el cuerpo de la joven podía proporcionarle. En cambio, la otra no se veía capaz de volver a hacerle daño nunca más.

Sólo deseaba hacerla feliz, quererla, darle todo lo que tenía. No esperaba nada a cambio, aunque el amor en forma de placer físico era algo que nunca podría rechazar.

Atticus se echó a reír. Jamás pensó que lo admitiría, pero se alegraba de que Hansel hubiera apartado su miembro de Evelyn. Se alegraba de no haber vuelto a hacerle algo innombrable.

No creía que hubiera sido capaz de vivir con su conciencia de haber cometido semejante crimen contra alguien a quien quería tanto.

Sin darse cuenta, alargó la mano como si pudiera atravesar el espacio que los separaba y tocarla. Quería tocarla. Podía tocarla. Pero se abstuvo de hacerlo.

«Lo último que necesita ahora es que le haga daño rompiendo mis promesas. —Rio—. Seguro que está soñando con dejarme, planificando su escapada. —Se sirvió más sangre—. No me quiere. Incluso después de lo que Ethan le ha hecho, seguro que todavía lo escogería a él antes que a mí sin pensar. —Vació la copa de un trago—. No tiene sentido que siga reteniéndola aquí. Debo dejarla ir antes de destruir todo lo que es. La voy a destrozar. Es tan frágil... Seré su muerte. Puede que la proteja de todos los demás peligros manteniéndola a mi lado, pero jamás podré protegerla de mí mismo», se dijo.

Deseaba poner la mano sobre el lugar en el que latía su propio corazón, atravesar la carne y arrancárselo. Quería comprobar si su cuerpo sería capaz de funcionar sin él. De todos modos, su corazón ya no le pertenecía: era de Evelyn. Si se lo arrancaba y lo ponía a los pies de ella, ¿la haría feliz? ¿Conseguiría así que lo perdonara, que lo quisiera al fin?

Cerró los ojos.

Cómo deseaba poder beber un trago de whisky.

«No la merezco, tengo que dejarla ir», se dijo.

No obstante, no eran más que palabras. No tenía ninguna intención de hacer caso de su sentido común y dejarla ir. Era tan frustrante tener que escoger entre

amarla a ella y amarse a sí mismo...

Si seguía negándole a Evelyn su derecho a la libertad simplemente porque él no sería capaz de vivir sin la chica, eso quería decir que se amaba más a sí mismo que a ella y que no le importaba condenarla a una vida desdichada.

Si le concedía la libertad y le dejaba vivir la existencia que ella quería, con quien quisiera vivirla, eso significaba que la quería más a ella que a sí mismo. Pero entonces Atticus se condenaría a llevar una vida desdichada.

¿A quién quería más: a Evelyn o a sí mismo?

No lo sabía.

Todo cuanto sabía era que ninguna de aquellas dos opciones de futuro lo hacía feliz.

«Tómala. Aprovecha la oportunidad de hacerla tuya mientras está tan débil. Hazlo. Satisface tus necesidades y tus deseos, Atticus, ¿o acaso no la deseas? ¿No quieres meter tu verga en su dulce cuerpo y notar la dicha que sólo éste puede proporcionarte?», le susurró la Oscuridad.

—¡Cierra el pico! —gruñó él.

Evelyn estaba muy débil.

La distancia es algo extraño. Es un elemento tangible y medible, capaz de separar a los amantes más apasionados, pero también de ser salvada por el amor eterno e incondicional.

La distancia es una barrera, pero también un catalizador natural de emociones. Cuando la gente dice que ésta hace que el corazón se ablande, lleva razón. Hay cierta verdad tras esa afirmación. Y en ese momento Atticus estaba experimentando ambas vertientes de la distancia a la vez.

El apuesto rey estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la puerta que comunicaba su habitación con la de Evelyn. A su alrededor había media docena de botellas de diferentes licores vacías y estaba ahogando las penas en la última que le quedaba. Sabía que la chica estaba tendida en la cama, a tan sólo unos metros de él. La distancia física que los separaba no era nada. La puerta no era nada que materialmente pudiera evitar que Atticus entrara y obtuviera lo que quería. Sin embargo, aquella puerta y aquellos pocos metros que lo apartaban de Evelyn nunca le habían parecido más infranqueables.

El fuerte sabor del alcohol le quemaba la garganta. La presencia de la sustancia en su cuerpo lograba asimismo que su conciencia se diluyera, aliviando el dolor y aplacando sus demonios. Tenía los sentidos entumecidos y, por tanto, ya no oía las constantes provocaciones que la Oscuridad había estado susurrándole en los últimos tres días.

Pese a su habitual falta de control cuando bebía, su estado de intoxicación extrema era ahora lo único que protegía a Evelyn de él en esos momentos. Sin embargo, con su propio y demoníaco deseo acechando en lo más profundo de su mente, Atticus no dejaba de ser peligroso.

Apoyó la cara enrojecida e hinchada por el alcohol contra la puerta de madera que separaba las dos estancias. Pudo oír la voz de la Oscuridad a lo lejos, impeliéndolo a que la derribase y diera rienda suelta a sus más oscuras fantasías, pero se negó a hacerlo. No sabía cómo ni por qué, pero su autocontrol había aparecido por fin, después de todo ese tiempo, para demostrar su existencia. A lo

mejor ver a Evelyn en aquel estado de abatimiento había actuado como un jarro de agua fría y había conseguido despertar la parte de Atticus dispuesta a tomar en consideración las emociones y las necesidades de los demás aparte de las suyas.

Tres días. Hacía tres días que le había propuesto matrimonio a Evelyn y tres días también desde que la había oído decir la última palabra.

Tres días.

Parecían tres milenios. Nada de lo que había vivido antes, nada de lo que Evelyn le había dicho o hecho podía compararse con aquel desolador vacío en los ojos de la muchacha humana cuando se dirigía a ella. Evelyn se negaba a reaccionar ante sus palabras o su tacto. Era como si su conciencia la hubiera abandonado y no fuera más que un caparazón vacío, incapaz de sentir.

Nada de lo que Atticus había vivido se parecía a ver a la chica que le había robado el corazón en tal estado de debilidad, rota. Y que todo fuera culpa suya lo hacía un millón de veces peor.

—Lo siento, Evie —murmuró entre dientes.

Tenía los ojos rojos y las mejillas sonrosadas por el efecto de las muchas botellas de alcohol consumidas.

Después de tres días, no podía seguir soportando su culpabilidad. El alma de Evelyn estaba hecha pedazos a causa de él. Si se hubiera negado a jugar al jueguito propuesto por Ethan, las cosas no estarían como estaban. Si no hubiera sido tan arrogante y no hubiera querido alardear de su poder delante de Hansel y del humano, si no hubiera querido ver sus expresiones de dolor, el mismo dolor que él había sentido desde el momento en que se había enterado de que el corazón de ella pertenecía a otro, si Atticus no hubiera necesitado desesperadamente demostrarse a sí mismo y a ellos dos quién mandaba..., ahora nada sería igual.

Aguzó el oído para oír el aire entrando en los pulmones de Evelyn. Su respiración pausada y regular lo tranquilizó, y la suya propia se ralentizó para acompañarse con la de ella. Cada vez que se producía alguna irregularidad, el cuerpo de Atticus daba un respingo. Su estabilidad mental dependía en esos momentos de aquellas respiraciones superficiales. Su propia vida dependía de ellas. Sin Evelyn, él estaría muerto.

Sin Evelyn, él no existiría.

Ella era su mundo.

—¡Apártate de ahí! —oyó decir a una voz familiar en el pasillo.

Atticus Lamia gruñó. Había reconocido la voz y notó cómo la furia

empezaba a acumularse en la boca de su estómago.

—¡Atrás, humano! —oyó a continuación que respondía uno de sus guardias—. El rey está ocupado, ¿por qué no te vas a hacer algo útil por ahí? ¿Es que no te han enseñado que sólo puedes verlo si es él quien requiere tu presencia? La escoria humana como tú no tiene derecho a ver a alguien tan importante como nuestro rey.

Atticus casi se echó a reír. Asintió con la cabeza y tomó nota mental de concederle un aumento y un departamento de lujo en Utopía a quienquiera que hubiera dicho esas palabras.

—¡Lamia! —gritó Ethan, ignorando por completo al guardia—. ¡Sé que puedes oírme!

—Hagan que se vaya —dijo él en voz baja, pero sus guardias eran vampiros, así que no tuvieron ningún problema en oír su orden.

No estaba de humor para lidiar con Ethan Redfern. Fuera lo que fuera lo que lo hubiera hecho enfurecer tanto, seguro que podía esperar.

—¡Lamia! —gritó de nuevo Ethan—. Había subestimado tu capacidad para condenarte a ti mismo. Ya puestos, podrías haber asesinado a Evelyn directamente. ¿Es que no lo ves? ¡No podrá soportar tu insufrible presencia durante mucho más! Pensaba que hasta alguien tan despiadado como tú tendría un límite, algún tabú, algo que no haría bajo ninguna circunstancia, pero supongo que me equivocaba. ¡Eres un jodido bastardo!

Ethan sabía que sus palabras provocarían a Atticus y lo harían reaccionar.

Como había pensado, el chico oyó un grito que parecía provenir de las entrañas del mismísimo diablo. Sonrió. Uno de los guardias apostados junto a la puerta de Atticus lo miró como diciendo «ahora sí estás en problema» y otro le dedicó una expresión que significaba «te lo dije». No obstante, Ethan los miró a ellos con una sonrisa de suficiencia. Ninguno de los dos había captado que lo había hecho a propósito: la mejor forma de llamar la atención del rey era haciéndolo enojar.

Atticus se levantó tambaleándose y corrió desde donde estaba hasta la entrada a sus aposentos en un nanosegundo. Abrió la puerta justo cuando los guardias estaban a punto de echar a Ethan de allí. Con su lado más impulsivo maximizado por el poder del alcohol, el rey no dudó en agarrar al humano por la garganta. Tenía los ojos oscuros como la noche y su sed de sangre era insaciable en esos instantes. Ahora que tenía el cuello de su enemigo bajo sus garras, se sintió feliz. Pensó que eso haría que su tristeza se disipara, pero no fue así.

—Si me matas, la perderás... para siempre —dijo Ethan.

—¡Si ahora te odia! —replicó Atticus con una carcajada—. Dudo que a mi Evie le importara.

—No es tuya. Es una persona de carne y hueso y se pertenece a sí misma. Deja de intentar convencerte de que te pertenece —le susurró Ethan en un arrebato de furia. Odiaba el modo en que Atticus hablaba de Evelyn como si fuera un objeto—. Y no me odia. Sólo está enojada. Todavía me quiere. Ambos lo sabemos.

Atticus lo agarró por el cuello con más fuerza y lo levantó del suelo.

—Estás pisando terreno peligroso.

Aún con los ojos hinchados y rojos y una obvia expresión desolada en el rostro, Atticus Lamia era la viva imagen de la intimidación. De algún modo, verlo debilitado daba todavía más miedo.

Estaba al borde de su propia destrucción. Evelyn lo odiaba más que nunca y tenía la mente destrozada por las múltiples acciones abusivas provocadas por sus celos y su incapacidad de entenderla. Ahora ya no tenía nada que perder.

Atticus Lamia era una fuerza a la que nadie en su sano juicio desearía enfrentarse, pero Ethan Redfern no le tenía miedo. El muchacho agarró la muñeca del vampiro y, tras un violento gesto, usando cada gramo de fuerza de su cuerpo y gracias al factor sorpresa, un sonido de huesos rotos rebotó contra las paredes.

Ethan se vio liberado del agarre del rey, quien dio un paso atrás atónito. Su muñeca estaba torcida y deformada, pero apenas por unos segundos. No necesitó más para que los huesos y los tendones volvieran a su posición normal. Ethan había jugado una carta arriesgada. Ahora que su arma secreta había quedado al descubierto no podría volver a utilizar el factor sorpresa nunca más. Al menos, no con Atticus.

Los huesos de un vampiro eran extremadamente fuertes y duraderos. Pero los huesos de uno de los Siete como Atticus eran todavía más poderosos e inquebrantables. Ser capaz de infligirles una herida como aquella, por breve que hubiera resultado, significaba ser muy fuerte. Hacía mucho que Atticus no había notado un dolor físico tan agudo, y que fuera precisamente Ethan Redfern quien se lo hubiera infligido hacía que resultara mucho más interesante.

—Ya va siendo hora de que tú y yo mantengamos una charla, de igual a igual —dijo Ethan.

La incredulidad se esfumó tan rápido como había aparecido del rostro del vampiro, que no tardó en esbozar una sonrisa.

—Tú y yo no somos iguales.

—Tú y yo no somos iguales. —Atticus casi le escupió las palabras a Ethan.

No hizo falta que lo insultara: su cara de asco valía más que mil palabras.

Los ojos del rey recorrieron el cuerpo del humano de arriba abajo, analizándolo con gran interés. Era obvio lo mucho que despreciaba a Ethan Redfern. Incluso ahora que sabía que su mayor rival no era un simple muchacho sin poderes ni fuerza sobrehumana, seguía viéndolo como basura, como a un idiota que no era en absoluto merecedor del amor de Evelyn.

Ambos permanecieron frente a frente y en silencio durante unos segundos con expresión amenazadora, intentando buscar un punto débil en el otro para ganar ventaja sobre él.

Ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

En lo más profundo de los ojos de cada uno no había ni un atisbo de misericordia o amabilidad, sólo determinación y violencia que aguardaba ser liberada. ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellos, cuando el trofeo que estaba en juego era el objeto de su afecto, el amor de sus vidas?

Después de todo, algunas de las mayores guerras de la historia se habían librado por amor. Y todo en el mundo giraba alrededor del sexo. Los humanos desean poder y éxito para intimidar. ¿Por qué? Para conseguir a la pareja ideal y reproducirse. Sin embargo, los humanos son también criaturas sociales. Todo el mundo quiere ser amado, y por eso el amor protagoniza tantos mitos y leyendas.

El amor es algo poco frecuente. Ethan y Atticus lo sabían, sobre todo este último. Se había pasado tres milenios intentando encontrar a alguien que reparara su maltrecho corazón, alguien que curara la pena que lo invadía cada minuto que estaba despierto. Siempre había fracasado a la hora de encontrar el amor. Efectivamente, el amor es algo poco frecuente.

Por muy superficial o vulgar que suene, y sin importar cuántos hayan intentado alterar la verdad y engañar a las masas de que esta simple ecuación es cierta: el amor y el sexo son sinónimo de felicidad. El amor y el sexo son dos de los elementos fundamentales que la gente disfruta. Amor y sexo eran dos de las

muchas cosas que Atticus quería de Evelyn. Ya había consumado la parte sexual, pero ahora también deseaba su amor.

Sin embargo, no podía conseguirlo, porque Ethan era quien lo poseía.

—Majestad... —Uno de los guardias rompió el silencio—. ¿Quiere que nos llevemos al humano?

Atticus negó con la cabeza.

—Ya no es simplemente un humano —repuso sonriendo.

De forma inesperada, su humor había mejorado de golpe. Le había picado la curiosidad, y notó la excitación recorrer su sistema nervioso y provocarle un cosquilleo por todo el cuerpo. Su mente volvió al momento presente.

—¿Ha sido Venecia? —preguntó dirigiéndose a Ethan en tono calmado, pese a saber ya la respuesta.

El joven asintió.

Atticus adoptó una expresión que significaba «debería haberlo imaginado»; no había miedo ni enojo en ella, sólo diversión.

—Entra —indicó a continuación, señalando la puerta de sus aposentos.

Ethan aceptó la invitación sin decir nada y lo siguió a su guarida.

—Que nos traigan whisky —ordenó Atticus a uno de los guardias al pasar por delante de ellos. Luego cerró la puerta tras de sí.

Los guardias apostados en el pasillo intercambiaron miradas de confusión y sorpresa. No entendían lo que acababa de suceder delante de sus narices.

Ethan tardó un rato en examinar la habitación de Atticus. Para su decepción, no había trofeos de guerra ni armas antiguas que pudieran ayudarlo en caso de que la cosa se pusiera fea. Sólo había unos pocos ornamentos de metal aquí y allá que podría usar en una situación muy desesperada. Aunque dudó de que algo como el jarrón de oro macizo colocado junto a la chimenea fuera letal en caso de arrojarlo contra alguien tan poderoso como Atticus Nocturne Lamia.

El cuarto de Atticus estaba tan poco decorado que no conseguía transmitir nada de su carácter. Estaba tan vacío como su corazón desprovisto de emociones, como su vida vacía de recuerdos agradables.

Resultaba triste. Ethan habría sentido lástima por él si no hubiera sabido todo cuanto el vampiro había hecho.

—Siéntate —le ordenó este último señalando un sillón blanco colocado en el centro de la gran área que hacía las veces de recibidor de su habitación, que estaba diseñada como un pequeño piso.

Sin mediar palabra, Ethan hizo lo que le pedía y se acomodó en el sillón que había a un lado de una mesa de café fabricada en oro y plata.

—¿Tienes miedo? —le preguntó a Atticus cuando éste se sentó en otro sillón idéntico frente a él.

—¿Miedo de ti? —preguntó el rey riendo—. ¡Pues claro que no! No eres más que una mota de polvo atrapada en una diminuta ráfaga de viento que cree que puede derribar una montaña. El hecho de que Venecia haya desbloqueado algunos de los poderes escondidos en lo más profundo de tu ADN no te convierte en alguien con capacidad para derrocarme. Soy el rey de los vampiros y de la mayor parte de la Tierra por algo. —Atticus se acomodó en su sillón—. Haz el favor de recordarlo y no me hagas enojar.

Ethan sonrió.

—Tu arrogancia ha perdido todo su atractivo. Solía fascinarme lo seguro que estabas de ti mismo, pero ahora ya me he cansado de oírte alardear de tu poder.

El vampiro sonrió a su vez.

—No alardeo. Simplemente me aseguro de que tú y gente como tú no olviden que viven bajo mi mandato. Aun así, entiendo que vivir a la sombra de mi grandeza puede ser irritante pasado un tiempo. —Su sonrisa se ensanchó—. ¿No es divertido saber que puedo arrebatarte todo lo que valoras con tan sólo chasquear los dedos?

—¿No es divertido saber que Evelyn me quiere a mí y no a ti? —contraatacó Ethan—. ¿No es divertido saber que la chica a la que amas te ve como un monstruo? ¿No es divertido saber que, si tuviera la más mínima oportunidad, se escaparía de tu palacio sin dudarlo ni un instante? ¿Eh? ¿No es divertido saber que las únicas veces que puedes abrazarla, tocarla, besarla y tener sexo con ella es cuando la chantajeas o usas tu fuerza para subyugarla? ¿No es divertido pensar en cómo has arruinado la vida de la mujer que amas? ¿No es divertido saber que la has forzado y le has hecho toda clase de cosas innombrables?

—¡Para! —chilló Atticus, pero el monólogo de Ethan siguió fluyendo de su boca como un torrente de agua liberado de una presa.

—¿No es divertido saber que cada momento que pasa en tu presencia es un momento de sufrimiento y tortura para ella? ¿Es divertido, Atticus, lo es? ¿Te divertiste al verla llorar cuando la forzaste? ¿Te divertiste al amenazarla con matar a todos a cuantos quería? ¿Lo hiciste? ¿Cómo consigues pegar ojo sabiendo que has apartado a Evelyn de todo lo que la hace feliz para dar rienda suelta a tus fantasías más oscuras y retorcidas? ¿Lo estás pasando bien? Porque, por si no lo sabías, ¡ella no lo está pasando nada bien! ¡Ha intentado suicidarse dos veces! Atticus, ¿es que no lo ves?

Ethan se interrumpió involuntariamente al notar una fuerza que le rodeaba el

cuello, ahogándolo. Sus dedos trataban de tocar el aura de energía intangible que le apretaba la garganta y le impedía respirar.

Luego notó algo sólido y poderoso colisionar con sus costillas, sacando todo el aire de sus pulmones, y oyó un crac cuando tres de los huesos que formaban su caja torácica se rompieron por la mitad. El jarrón de oro que había visto antes le cayó en el pie y el muchacho sintió un dolor muy agudo subiéndole por la pierna. Se tuvo que morder el labio para reprimir un grito.

Sus ojos verdes se enfrentaron a los castaños de Atticus. Era fácil ver en ellos la idea que el rey estaba sopesando. Ethan estaba seguro de que estaba tratando de decidir si debía acabar o no con él.

Debería haber temido por su vida. Cualquiera persona en su sano juicio lo habría hecho. Pero, en lugar de encogerse de miedo, Ethan Redfern mostró una sonrisa triunfal. ¿Por qué? Porque sabía que había dado en el clavo, que había provocado al rey, que su discurso lo había herido profundamente, tanto como para hacerlo utilizar la violencia para silenciar sus provocadoras palabras.

«Puede que después de todo todavía quede algo de esperanza para ti, Lamia».

—¿Has terminado? —gruñó Atticus después de lanzarle el jarrón.

Oyó romperse los huesos de Ethan cuando el ornamento de metal precioso colisionó contra su pie. Le temblaban las manos a causa de todo el alcohol que corría por sus venas, y estaba haciendo lo posible por mantener a raya la bestia que llevaba dentro. Pero si Ethan seguía con sus provocaciones, Atticus estaba seguro de que aquel encuentro acabaría con el cuerpo del chico frío y sin vida.

La fuerza invisible alrededor del cuello del humano desapareció.

—No... —susurró.

Como el vampiro había esperado, el cuerpo de Redfern sanaba muy deprisa. Lo escaneó de arriba abajo.

—No tendrás relación con la rama de hombres lobo de tu familia, ¿no?

Ethan negó con la cabeza. Su espalda se erguía a medida que las células de su cuerpo se regeneraban y sanaban los huesos rotos y la carne amoratada.

—Así que, ¿no eres más que un simple vampiro? —rió Atticus.

—No soy un vampiro.

—Entonces eres como Venecia y como yo, un ser inmortal con agilidad, fuerza y velocidad sobrehumanas. —Atticus puso los ojos en blanco—. No eres nada del otro mundo, niño.

—Soy como tú —replicó Ethan despacio—. ¿No te da un poco de miedo pensar lo que soy capaz de hacer?

—Ningún hombre será nunca tan poderoso como yo. Si supieras una amenaza a mi reino sobre la Tierra, la Oscuridad ya estaría intentando adueñarse de tu mente. —Atticus exhaló hondo—. No hay ninguna criatura en el universo más poderosa que yo. De lo contrario, ahora mismo ya serían desafortunadas víctimas de la Oscuridad.

—Tu ego te hará caer algún día.

El rey sonrió.

—Mi ego no me hará caer. Esa perra de Evelyn me hará caer.

Ethan apretó la mandíbula. No le gustaba la forma que Atticus tenía de

referirse a Evelyn.

—¿A qué has venido? —preguntó este último al ver que el muchacho no decía nada—. Nadie es tan idiota como para venir a verme voluntariamente, provocarme y chillarme, ni siquiera tú. Dime por qué estás aquí, Redfern.

Ethan tomó el jarrón de oro del suelo y lo colocó en la mesa de café que había entre ambos.

—¿Dónde está el whisky que habías pedido?

Atticus se encogió de hombros mientras se frotaba las sienes. Un poco de alcohol no le iría mal en esos momentos. Su boca comenzó a salivar al pensar en el licor concentrado, capaz de tumbar a un caballo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó de nuevo.

—Para tomarme una copita contigo y hacerme amigo tuyo —respondió Ethan con sarcasmo mientras se levantaba la camisa para inspeccionar su costilla.

Pasó un dedo por la carne totalmente lisa. Los huesos volvían a estar en su sitio y la piel amoratada adquiría su color habitual. Encogió los dedos de los pies y se dio cuenta de que estaban de nuevo intactos.

«Qué infantil... —pensó—, tirar cosas por los aires como un niño de cinco años».

—No tiene gracia —dijo Atticus. Tenía los ojos cerrados y seguía masajeándose las sienes.

El efecto del alcohol iba disminuyendo a cada segundo que pasaba, y podía oír los rugidos de la Oscuridad de nuevo, pidiéndole que hiciera cosas espantosas a la mujer que amaba.

«Cierra el pico».

—¿Lo sabe Evelyn? —preguntó Ethan.

—¿Si sabe el qué?

—Lo del bebé. ¿Sabe Evelyn que está embarazada?

Los ojos de Atticus se abrieron de golpe.

—¿Cómo lo sabes tú?

Ethan se señaló la oreja con el dedo y tragó saliva nervioso.

—Puedo oír los latidos de su corazón.

Los labios de Atticus formaban una fina línea.

—No lo sabe y nunca lo sabrá.

Los labios de Ethan se frunció en una mueca de odio.

—Quieres matarlo, ¿no es eso? ¡Matas a mi hijo porque no soportas que existan pruebas del amor entre Evelyn y yo!

Atticus se quedó mirando a Ethan con cara de «qué estás diciendo» unos segundos antes de procesar a lo que se refería. Abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Repitió el mismo proceso de nuevo y finalmente se echó a reír.

Era una risa genuina. La boca se le abría de par en par y los ojos le lloraban ante la situación, que le parecía de lo más hilarante.

—Oh, no... No puede ser... —No conseguía formar una frase entre cada ataque de risa histérica—. Eres... ¡eres tan estúpido como un cerdo! —Siguió riendo a carcajadas con el cuerpo inclinado hacia delante. Los músculos de su torso se movían al ritmo de los espasmos—. Cielos..., ¿de verdad crees que el niño es tuyo?

Los ojos de Ethan se abrieron como platos.

—No... no es posible. Los vampiros no pueden tener hijos. ¡El bebé que crece dentro de Evelyn es mío!

La risa de Atticus se fue apagando y él se retrepó en su asiento, pero la sonrisa de suficiencia no abandonó su rostro.

—No, claro que no, los vampiros no pueden tener hijos. Pero yo soy uno de los Siete. Soy una clase de vampiro muy especial.

—¿Qué? ¿Qué... qué estás... intentando decirme?

—Que el niño es mío, pedazo de idiota. Evelyn está esperando un hijo *mío*.

—¡Mientes! —gritó Ethan antes de que Atticus hubiera acabado de hablar—. ¡Los vampiros no pueden tener hijos!

El monarca puso los ojos en blanco y el chico notó el miedo acumulándose en la boca de su estómago. «Está mintiendo, está intentando jugar conmigo. Los vampiros no pueden tener hijos...». Al sospechar por primera vez que Evelyn estaba embarazada tres días antes, cuando él y Hansel la habían visto en la habitación con Atticus, Ethan no acababa de creérselo.

Cuando oyó los tenues latidos del corazón que crecía dentro de la joven, sin que ella lo supiera, pensó que quizá su mente se la estuviera jugando o que quizá fuera uno de los efectos secundarios de la bendición de lady Venecia. Necesitaba ver a esta última desesperadamente para que le explicara qué le había hecho, pero dudaba que pudiera ir a Australia en breve para que ella le desvelase el misterio. Aparte de ser consciente de que le había concedido poderes, no sabía mucho más.

No tenía ni idea de lo que le había hecho exactamente. No era un vampiro: no tenía ganas de beber sangre humana. No era un hombre lobo: no tenía garras, ni pelaje, ni las orejas puntiagudas ni los dientes afilados como cuchillas. Tampoco era una bruja: no era capaz de usar la magia. Pero lo que sí tenía claro es que ya no era un simple humano: ninguno sería capaz de curarse tan rápido. Las probabilidades de lo que le había hecho Venecia y sus motivos resultaban inexplicables, y cuando pensaba demasiado en ellos, le daban miedo.

Pero cuando cayó en la cuenta de que Evelyn esperaba un bebé y que seguramente debía de ser suyo, Ethan creyó comprender el misterioso plan de Venecia. Pensó que el motivo por el que lo había hecho como era había sido crear un nuevo ser que pudiera derrocar a Atticus. Era un poco aventurado, pero lo reconfortaba. «¡No lo creas! ¡Miente! ¡Los vampiros no pueden tener hijos!», repetía una voz en su cabeza como si, repitiéndolo lo suficiente, fuera a convertirse en verdad.

Ethan se había quedado angustiado y descompuesto tras oír a Atticus. Y, a

juzgar por la expresión satisfecha de éste, el muchacho entendió que el rey se había percatado de ello.

—Redfern, recuerda que soy uno de los Siete —repitió riendo—. Dices que mi poder te parece ya un tanto pesado, pero no tienes ni la más remota idea. Sé que crees que sabes de qué soy capaz, pero a ver si lo entiendes de una vez: mi poder va mucho más allá de tu imaginación. No respondo a las mismas leyes biológicas que mis creaciones. Los vampiros no pueden reproducirse, pero yo soy la excepción a la regla.

—No te creo.

—No hace falta que creas en algo para que sea verdad —dijo Atticus divertido.

—Bien, supongamos que lo que dices es cierto —repuso Ethan con la mandíbula apretada. Sus ojos se enfrentaron a los del rey con resentimiento—. El niño está muriendo, ¿no? Sus latidos son débiles y noto olor a sangre en el aire. Mi hijo...

En el momento en que pronunció esas palabras, Atticus lo corrigió.

—¡Mi hijo! —gritó.

Si Ethan Redfern hubiera sido un hombre cualquiera, con la habitual dosis de valentía, confianza y fuerza, se habría hecho pis encima al oír su alarido.

Pero Ethan no era un hombre cualquiera, así que las palabras del rey le llegaron a los oídos como una suave brisa de primavera.

—¡El hijo de Evelyn se está muriendo! ¿Tengo razón?

La irritabilidad de Atticus se desvaneció. Hubo un momento de silencio antes de que asintiera.

—¿Eres tú la causa de que se esté muriendo?

Ahora le tocaba al rey ignorar las preguntas del chico.

—Ve al grano, Redfern.

Los labios de Ethan formaron una fina línea que mostraba su frustración.

—Si el hijo es tuyo, entonces ¿por qué lo dejas morir? ¿Por qué no estás moviendo montañas y destruyendo ciudades para salvar a tu hijo, si es que lo es?

La arrogancia en la expresión del vampiro se desvaneció. Su sonrisa desapareció y su mirada pareció de repente perdida. Los recuerdos de Mira aparecieron en su mente y tuvo que sujetarse con firmeza a los brazos del sillón. Tenía los nudillos blancos por la fuerza que estaba ejerciendo y notaba el odio hacia sí mismo crecerle en el pecho.

Fue como si en la habitación alguien hubiera pulsado el botón de pausa. Y justo en ese instante apareció un guardia con media docena de botellas de un

whisky carísimo. Pobre tipo, no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Tanto los ojos de Atticus como los de Ethan miraron fijamente al vampiro.

—Llegas tarde —observó el rey con voz ronca.

El aire de la habitación podía cortarse con un cuchillo. La espalda del guardia se enderezó de golpe y le hizo una reverencia a su señor. Su expresión de pánico se asemejaba a la de un cachorro al que acabaran de atrapar haciendo alguna travesura.

—Yo... —intentó disculparse, pero el rey lo interrumpió cuando se levantó de golpe y le indicó con la mano que dejara de hablar.

—Largo —le ordenó con brusquedad.

El joven vampiro asintió, dejó la charola con las botellas sobre la mesa entre Atticus y Ethan y se apresuró a irse.

Los ojos de Ethan volvieron a los del rey. Esperaba una respuesta. En su lugar, éste simplemente siguió ignorándolo, se sirvió un vaso de whisky, echó la cabeza hacia atrás y empezó a dejar que el líquido dorado le bajara por la garganta.

Ethan siguió esperando una respuesta. Y Atticus siguió ignorándolo y bebiendo vaso tras vaso del mejor whisky escocés del mundo.

—¡Respóndeme! —gritó el chico tras varios minutos de silencio.

Su voz era tan alta y la onda de sonido que produjo tan poderosa que rebotó en las paredes de la habitación causando un eco. Igual que le pasaba a Atticus, la furia de Ethan latía bajo su apariencia calmada, dispuesta a desatarse en cualquier momento contra el rey.

Parte de aquella fuerza provenía de su sed natural de venganza, pero otra parte emanaba de lo aterrorizado que se sentía después de haber oído la versión de Atticus sobre el embarazo de Evelyn. Necesitaba conocer la verdad para poder calmar su mente. Se preguntaba cómo reaccionaría ella al saber que estaba embarazada del hombre que más odiaba en el mundo.

Solamente imaginarlo lo puso muy nervioso. Mientras su cerebro calculaba todo tipo de resultados para aquel milagro, no se dio cuenta de que se había puesto de pie. Tenía los puños apretados y el cuerpo inclinado hacia delante en posición de ataque. Parecía que, inconscientemente, estaba a punto de atacar a Atticus, y, al darse cuenta de ello, se alarmó porque no había sido su mente la que había ordenado a su cuerpo que lo hiciera.

De inmediato, forzó a su cuerpo a relajarse y volvió a sentarse en el sillón.

—Respóndeme —repitió Ethan en un tono mucho más bajo y calmado—. ¿Por qué no intentas salvar al bebé? Es porque no eres su padre, ¿no?

Atticus sonrió sibilinamente e ignoró la pregunta de nuevo.

—Venecia no te ha explicado los efectos secundarios de tus poderes, ¿verdad? Me pregunto qué pensará Evelyn cuando se entere de que eres un monstruo incapaz de controlar tus emociones, igual que yo.

Se echó hacia atrás en el sillón y tomó un trago de whisky. Su sonrisa era enfermiza.

—No soy ningún monstruo. ¡No soy un vampiro! —chilló Ethan.

Atticus puso los ojos en blanco de nuevo y le habló con condescendencia:

—Claro, no eres un vampiro, al menos no uno convencional, pero Venecia te transformó utilizando el mismo hechizo que usó con nosotros, ¿no es así? El hecho de que no empleara la magia negra adicional que te hace beber sangre humana no quiere decir que no seas un monstruo. —Apoyó los codos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante. Sus palabras eran deliberadamente ambiguas—. Te parece que ahora tu irascibilidad es mucho más difícil de controlar, ¿verdad? Apuesto a que se te pasan miles de cosas por la cabeza a la vez y que el 99 por ciento de ellas tienen que ver con la violencia. ¿A que sí?

—¡Deja de evitar el tema! —gritó Ethan—. Dime por qué, si el niño es de verdad tuyo, no estás haciendo nada por salvarlo.

Atticus sonrió de nuevo, asintió con la cabeza y continuó hablando:

—Temperamental, muy temperamental, igual que cuando me convirtieron a mí... —Miró a Ethan como si fuera un animal que estuviera considerando comprar—. Así que Venecia te hizo a imagen y semejanza nuestra, con la diferencia de que no necesitas beber sangre para sobrevivir... —Miró el torso del chico, completamente curado ya—. Interesante. Será divertido ver cómo te autodestruyes.

—¿Qué?

—Oh, no durarás ni un año. Eres demasiado terco y emotivo como para manejar tu actual poder. ¿Por qué debió de convertirme Venecia? ¿Debe de haberse vuelto loca finalmente? En el momento en que pierdas los papeles y mates a alguien, enloquecerás. Tu estabilidad mental es incapaz de soportar la inmortalidad y sus duras consecuencias —rio Atticus—. Eres demasiado bueno. La dureza de este mundo te aplastará como a un insecto. Acabarás como la mayoría de los Siete, viviendo una década o dos, sintiéndote culpable y cansado de esta clase de vida. Cuando veas morir a la gente a la que quisiste, perderás la cabeza... —El rey rio aún más fuerte—. ¡Será tan divertido ver cómo enloqueces y me suplicas que te mate!

—Estás evitando hablar del tema.

—Igual que tú, mi desgraciado amigo. Dime, ¿temes acabar como yo? Ya has visto lo loco que estoy. ¿Te asusta saber que un día puedes acabar siendo como yo? ¿Un loco, un psicópata que necesita continuamente el subidón que sólo le proporciona matar gente inocente? —preguntó Atticus—. ¡Responde a mis preguntas y yo responderé a las tuyas!

Ethan reprimió las ganas de gritar.

—Me estás distrayendo.

—No te estoy distrayendo, bobo. Te estoy formando. —Atticus le dedicó una dulce sonrisa—. Ahora dime, ¿te asusta?

—No. Yo no soy como tú. Todo cuanto me has preguntado es irrelevante. ¡Yo nunca me convertiré en un demonio atroz como tú!

—Temperamental y en negación —murmuró Atticus divertido—. Tengo más de dos mil años. Créeme cuando te digo que conozco a los hombres como tú como la palma de mi mano. Ethan Redfern, tus nuevos poderes no son un regalo, sino una maldición. Y no puedo esperar a verte sufrir por ellos. ¿Quién sabe? A lo mejor un día podremos torturar a nuestra adorada Evelyn juntos. ¿No sería divertido?

—He respondido a tu pregunta. Ahora responde tú a la mía: ¿por qué no estás haciendo nada para salvar al hijo de Evelyn?

Atticus miró a Ethan sin verlo durante un par de segundos antes de contestar y, cuando por fin lo hizo, desvió la vista.

—No quiero que tenga un niño —declaró—. Sería una tontería salvarlo si de todos modos voy a poner fin a su vida tarde o temprano.

—Es el hijo de Evelyn, ¿no crees que ella tiene derecho a decidir si vive o muere? ¡Ni siquiera sabe que va a ser madre!

—Y nunca lo sabrá —añadió Atticus tajante, ahora mirando a Ethan con una sonrisa maligna, en un discreto acto premonitorio que el muchacho no necesitaba ver.

Ya se había imaginado que habría consecuencias si se atrevía a decir que sabía que algo crecía en el vientre de Evelyn sin el permiso del rey. Seguro que aquello terminaba con una masacre de gente que tenía un gran peso tanto en su corazón como en el de ella.

—Lo sabrá tarde o temprano. Eres consciente de que el cuerpo de una mujer cambia cuando está encinta, ¿no?

—Obviamente —respondió el rey—. Pero el bebé habrá muerto antes de que sea consciente de ello. Jamás lo sabrá. Yo me encargaré de que nunca se entere.

—¿Cómo de avanzada está?

—No es asunto tuyo.

—¿Quiere eso decir que no lo sabes? —preguntó Ethan demasiado esperanzado.

—El niño no es tuyo, sino mío, así que mantente al margen —susurró Atticus—. ¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Para preguntarme por qué no voy a salvar la vida de mi propio descendiente? Porque, si es así, ya conoces la respuesta, simplemente porque no quiero hijos. No quiero que nadie se interponga entre Evelyn y yo, ¡no quiero que un niño me la arrebatte y la aparte de mí! Es mía y no la compartiré con nadie, ni siquiera con mi propio hijo.

Se habían intercambiado los papeles, y ahora fue el turno de Ethan para sonreír. Atticus era un actor de primera y un maestro de la manipulación. Aun

así, la inteligencia del muchacho y su habilidad para leer la mente de la gente eran demasiado agudas como para que lo engañaran.

—Mientes —replicó.

—Vete.

—Un hijo no apartaría a Evelyn de ti, sino que los uniría. Reforzaría su vínculo y, además, al tener la vida del pequeño en tus manos, ella ya nunca te dejaría.

—No estoy de humor para jugar a psiquiatras y pacientes contigo. Esto no te incumbe, así que, si no tienes nada más que ofrecerme, te sugiero que te vayas antes de que te mate.

—Claro que me incumbe, ¿podría ser mi hijo!

Atticus sonrió.

—No sé por qué estás tan desesperado por saber si el niño es tuyo. Si por algún extraño milagro lo fuera, entonces créeme cuando te digo que iría hasta los confines de la Tierra para asegurarme de que ese pequeño bastardo sigue con vida. ¿Por qué? Para poder meterlo en una jaula, torturarlo y hacerlo sufrir durante el resto de sus días. Y, cuando fuera viejo y marchito y estuviera a punto de morir, lo convertiría sin dudar en una de las abominables criaturas que Evelyn y tú tanto odian. Haría que ese bebé pasara la eternidad rodeado de miseria, sin ver jamás la luz del sol. No conocería nada más que pena y dolor. Oh, y no te preocupes, porque los dejaría a ti y a Evelyn visitar al fruto de su amor una vez hubiera sido molido a palos hasta quedar convertido en papilla, tan deformado y magullado que ni siquiera lo reconocerían. Ese niño no sería sólo un recuerdo del amor prohibido entre ella y tú, sino también el de mi absoluto poder sobre ustedes —rio Atticus. No era una risa de alegría o diversión, sino de puro y obscuro salvajismo.

Ethan vio cómo el rostro del vampiro se deformaba al pronunciar cada palabra. Los ojos castaños del rey brillaban con un negro profundo, vacíos de toda cordura. Pero la expresión demoníaca en su rostro apenas duró unos segundos antes de que volvieran a verse los atractivos rasgos de Atticus Lamia. Sin embargo, pese a su apariencia física, la criatura diabólica seguía ejerciendo su poder en él bajo la superficie.

—Tu mente perversa nunca deja de asquearme —dijo con brusquedad.

Aunque no había intentado ser gracioso, Atticus sonrió. Por primera vez en su vida, Ethan sentía verdadero miedo ante la representación en carne y hueso del mal que era Atticus Lamia. Bajo su leve sonrisa, su mente inestable y su bien camuflada locura empezaron a emerger.

No había nada más terrorífico que una criatura totalmente desprovista de juicio.

—¿Cuánto tiempo falta para que el bebé muera? —preguntó Ethan con voz fría.

—Una semana tal vez —dijo Atticus encogiéndose de hombros—. No tardará mucho, le he estado dando a Evelyn mercurio concentrado en carne de tiburón y muchos medicamentos para hacerla abortar. No tardará.

—Y ¿no sientes ningún tipo de remordimiento matando algo que les pertenece a ti y a Evelyn?

—No.

—No te creo.

—No tienes por qué, Redfern. Sólo recuerda apartarte de mi camino y seguir rompiendo el corazón de Evelyn. Cuanto más rota, más fácil será para mí poseerla.

—No te creo. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que el hijo es tuyo? ¿Cómo sabes que eres capaz de concebir?

Los ojos de Ethan examinaban con detenimiento el rostro de Atticus, observando cada cambio de expresión, cada tic, cada sutil movimiento.

Estaba desesperado por encontrar una grieta por la que penetrar en la fachada aparentemente infranqueable del rey, un plan tan optimista como imprudente. Debería haber sabido que esperar a que el vampiro cometiera un error era perder el tiempo. Tenía demasiada experiencia como para dar un paso en falso que pusiera al descubierto su mentira y arrojara luz en el camino en pos de la verdad de Ethan.

No, no había nada que sacar del aspecto externo de Atticus. Pese a ello, los engranajes de la mente del muchacho no dejaban de girar mientras cavilaba cómo descubrir lo que quería. Poco a poco, sus pensamientos y sus teorías fueron dando sus frutos.

¿Cómo podía saber Lamia que era capaz de procrear?, se repetía una y otra vez, hasta que, de repente, vio la luz. Sus ojos se abrieron como platos cuando finalmente comprendió la sobrecogedora verdad. Tenía la boca entreabierta, pero apenas si entraba oxígeno a sus pulmones.

—Esto... ya te había sucedido antes, ¿verdad? ¿Ya eres... ya eres... padre?

La expresión de Atticus no fue de sorpresa. Su cuerpo no dio un respingo; no le dirigió a Ethan una mirada arrogante ni temerosa. En vez de eso, su semblante era sereno, y por todo ello Ethan supo que había dado en el clavo.

—Se llamaba Mira —admitió Atticus con un gran suspiro—. Nos conocimos hace mucho. Yo la amaba.

—Y ¿murió a causa del bebé? —preguntó él—. ¿En el parto?

—No. —El rey negó con la cabeza—. El bebé no la mató. Lo hice yo. Yo maté al niño, ella se enteró y... puso fin a su vida porque ya no podía soportar mi martirizante presencia. Mira murió odiándome. Me transmitió sus últimas palabras en su nota de suicidio. —Rio con pesar—. Dijo que era el hombre más apuesto, encantador y cautivador que había conocido, pero también la criatura más horrible, repugnante y diabólica. Me deseó una eternidad de desgracias. Todo muy distinto de las cartas de amor que habíamos intercambiado cuando nos conocimos.

Ethan frunció el ceño y se quedó callado unos segundos, hasta que sentenció:

—Estás repitiendo la misma historia. ¿Qué crees que hará Evelyn cuando se entere de que has matado a su bebé? ¡La destrozarás! No importa si es tuyo o mío. Amaré la vida que crece dentro de ella. Lo sé. Le has robado demasiadas cosas ya, no le arrebatas este niño también. Está rota, pero el milagro de un hijo podría salvarla. ¿No ves que ese niño es lo mejor que podría haberte pasado?

—No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo, Atticus? ¿Qué es lo que hay que entender sobre el vínculo entre una madre y un hijo? Por el amor de Dios, ¿es que no eres capaz de ver lo mucho que te odio, lo mucho que odio el hecho de que básicamente tienes las manos alrededor del cuello de cada criatura que respira en este planeta? ¡Odio que puedas hacer lo que te dé la gana sin tener que atenerte a las consecuencias! Y, aun así, te estoy ayudando. Por Dios bendito, ¡date cuenta de una vez! Atticus, lo juro, si no salvas a ese niño, me da igual cuántas vidas ponga en peligro, iré a por mi chica y saldremos de este maldito agujero. Y me

aseguraré de que no tenga que preocuparse por ti nunca más.

El vampiro sonrió sin muchas ganas.

—¿Con cuántas mujeres crees que me he acostado en mi vida? Piensa en las probabilidades, Ethan. Ten eso en mente. Ahora, añade que nunca pude saber a ciencia cierta si el niño de Mira era mío. Sólo con eso no tendría forma de probar que puedo concebir, ninguna evidencia sólida, ¿no?

—¿Qué?

—Usa tu cerebro.

Ethan se quedó callado y luego llegó a una conclusión:

—¿Ha habido más?

—Por supuesto —respondió Atticus. Tomó la botella de whisky con la que había estado aplacando su ira hacía un rato. Ni siquiera se molestó en servir el licor en un vaso, sino que empezó a beber directamente de la botella como si fuera leche—. Hubo más, pero sólo una. Se llamaba Helena. Era... una especie de descendiente de Mira, en cierto modo. Marcus era el hermano pequeño de Mira y, antes de que yo lo convirtiera en vampiro, tuvo un hijo, y ese hijo tuvo más hijos. Marcus tenía mucho apego a su hijo, a sus nietos y a todos los que vinieron después. —La boca de Atticus temblaba, como si recordar el pasado le provocara verdadero dolor físico—. Cuando conocí a Helena, mi reducido grupo sólo lo formábamos Marcus, Jonah y yo. Cada vez que Marcus volvía a Roma, lo acompañábamos. Eso cambió cuando nació Helena.

—¿Por qué?

—Porque su parecido físico con Mira era asombroso. Cuando la curiosidad pudo conmigo, nuestros caminos se cruzaron. Yo no quería a Helena, pero tan pronto la vi, supe que debía poseerla. Para mí era la sombra de Mira y, pese al mínimo afecto que sentía por ella, sí que había querido a Mira con locura.

—Así que, ¿forzaste a una mujer inocente sólo porque se parecía a tu amante muerta?

—No la forcé. Se me ofreció con bastantes ganas, la verdad. De hecho, fue ella quien me sedujo. —Atticus tomó un largo trago de la botella que tenía en la mano—. En fin, fornicamos como conejos. Y, cuando se quedó embarazada, entendí que había matado a Mira por nada y que ella decía la verdad cuando afirmaba que el niño era mío. Pensaba que era incapaz de reproducirme, pero Helena me demostró lo contrario.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que ese hijo sí que era tuyo?

—Desde el primer momento en que Helena me puso los ojos encima, se enamoró de mí como una posesa. Ése fue su mayor error. Nunca me habría

traicionado, lo sé. Y, cuando nació el niño, todas mis dudas se desvanecieron. El parecido entre él y yo era inconfundible.

La pena se instaló en el rostro de Atticus. Ethan nunca había oído hablar de Mira, ni de Helena antes, pero por su expresión pudo entender lo mucho que Atticus había sufrido. Por el modo en que el rey hablaba de ellas, el joven casi logró sentir su dolor. Tres mil largos años de penurias y soledad. Casi sintió pena por él. Pero sólo casi.

—Cuando Helena me contó lo del bebé, no me lo creí. Mi mente llegó a la misma conclusión a la que has llegado tú. Tuvo que luchar mucho para convencerme, pero, en fin, te ahorraré los detalles. Todo cuanto necesitas saber es cómo murió ella: dando a luz a esa sabandija.

El rostro del vampiro se constriñó al decirlo. Acto seguido, lanzó la botella de whisky por los aires, que se hizo añicos al chocar con la pared del otro lado de la estancia, derramando lo que quedaba de su contenido. Luego Atticus gritó.

—Le pedí a Helena que lo matara, pero no quería escucharme. Debería haberlo matado yo mismo, pero, como tú, también pensé que estaba repitiendo la misma historia.

—Perdiste una amante, pero ganaste un hijo. ¿No te hizo eso feliz? Tú mismo lo has dicho: nunca quisiste a Helena. Sólo era una sombra de Mira.

—Mira... —Atticus negó con la cabeza—. Perder a Helena fue como volver a perder a Mira, sólo que la segunda vez fue más doloroso si cabe.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Ethan.

Suponía que debía de ser la última persona con la que Atticus quisiera compartir una historia tan íntima.

—No lo sé —admitió él—. A lo mejor es por el alcohol, o quizá porque necesito sacarlo. Normalmente le contaría algo así a Hansel, a Jonah o a Marcus. Pero Marcus está fuera, Jonah se pone de los nervios cada vez que menciono a Evelyn, y Hansel... Bueno, ahora tú cuentas con más de mi clemencia que Hansel, lo que ya es decir mucho.

—Y ¿qué hay del resto de la realeza?

—No confío en ellos. Sé que sólo están de acuerdo con cualquier cosa que digo porque soy el rey. Nadie es lo suficientemente valiente como para enfrentarse a mí hoy en día. Hasta Jonah duda ahora antes de contradecir cualquiera de mis ideas.

—A lo mejor no te temerían tanto si no los amenazaras con matarlos cada cinco minutos.

—A lo mejor.

Ethan lo estudió con atención.

—Quieres quedártelo, ¿verdad?

Los labios de Atticus permanecieron cerrados. Pero un momentáneo temblor de los mismos dijo más que mil palabras.

—Es hora de que vuelvas al cuartel.

—¡Ese bebé podría ser tu salvación! ¡Es tu hijo, Atticus!

—Vete antes de que haga que te vayas, Redfern.

—¡Evelyn sería tan feliz de ver a su bebé dar su primera bocanada de aire, su primer paso, decir su primera palabra...!

—No vivirá para verlo si salvo al bebé.

—¡No puedes saberlo!

—No subestimes lo que sé y lo que no sé.

Atticus apartó la cara. Sus ojos se posaron en la lóbrega oscuridad del exterior a través del balcón de la estancia.

Ethan sabía que ya no había nada más que pudiera decir y se levantó del sillón.

—Sabes que no tienes por qué ser un villano todo el tiempo, ¿no? El hecho de que estés maldito no significa que seas incapaz de ser bueno. No mates al bebé, Atticus.

—¡Calla! —le ordenó él entre dientes.

—Ha sido un placer hablar contigo —dijo Ethan en un tono que era casi amable.

El rey oyó la puerta cerrarse. Esperó hasta que los pasos del muchacho sonaron lejanos... Por fin estaba solo con sus pensamientos.

Dejó escapar un gemido.

—Lo siento —lloriqueó sabiendo que la persona a la que se dirigía no podía oírlo—. Papá no quiere hacer esto. Perdona a papá, por favor. Papá tiene que salvar a mamá. Papá no puede vivir sin mamá. Lo siento, pequeño. Por favor, perdona a papá... Papá te quiere.

Atticus inhaló el aire frío invernal. Estaba apoyado en la barandilla del balcón que su habitación y la de Evelyn compartían. Sus ojos se elevaron hasta posarse en el cielo gris. Había nubes de tormenta a lo lejos. Se preguntó en silencio si aquel año tendrían nieve.

Hacía mucho que no veía la nieve. Quería verla, montones de ella, y una imagen del palacio cubierto de una gruesa capa blanca cruzó su mente. Imaginó a Evelyn caminando con cuidado sobre un manto de la fría sustancia, su pelo negro en contraste con el fondo níveo que la rodeaba.

Atticus cerró los ojos y se permitió recrearse en aquella fantasía. En su mente vio a la muchacha riendo mientras observaba la nieve fascinada. Luego se volvía y le sonreía a él. Su piel estaba húmeda por los copos que le habían caído encima y se habían deshecho al contacto con su piel cálida. Su rostro era tan pálido y tan perfectamente bello como la nieve. Sus ojos brillaban preciosos, reflejando la luz que emanaba del paisaje nevado. Era la viva imagen de la pureza.

Atticus sonrió para sus adentros y pensó: «Y es mía».

Se llevó otro vaso de alcohol a los labios. Esta vez había cambiado el habitual whisky por el vodka. Este último quemaba un poco más intensamente, pero también pegaba más fuerte.

Había perdido la cuenta de las botellas que había consumido en los últimos tres días. Aunque debían de haber sido muchas.

Hacía muchas horas de la interrupción de Ethan y de la batalla de emociones que había provocado en su interior. Todos sus intentos por ahogar las penas no podían eliminar de su mente su debate interno entre su amor por Evelyn y el amor que sentía por el hijo que crecía en su vientre.

En un primer momento pensó que sería divertido tomarla con Ethan y volcar en él todas sus frustraciones, pero al final había acabado odiándose aún más a sí mismo. «Maldito Red-fern y su sentido de la ética».

El puño de Atticus se cerró sobre la barandilla, tanto que dejó los dedos marcados en el metal. Tomó otro sorbo de vodka para librarse del estrés y volvió

a pensar en Evelyn.

Su querida Evie.

Su mente se sumergió de nuevo en el seguro y placentero mundo de la fantasía. La imaginó bailando en la nieve, dando vueltas y más vueltas con gracia y elegancia, su risa llenándole los oídos. Luego corría hacia él y saltaba a sus brazos, besándolo apasionadamente. Sus labios eran dulces y deliciosos. Atticus oía latir su corazón desbocado al tenerla tan cerca, rodeándole el cuello mientras él la sostenía sin esfuerzo.

Dios, cómo deseaba que esa fantasía se hiciera realidad.

De repente, de la nada apareció otra figura. Una diminuta.

Era un niño, un chico. Tenía unos ojos azules arrebatadores, más bellos todavía que los de Evelyn. Atticus nunca había creído que eso fuera posible. Su piel era tostada, tenía el pelo oscuro y los dientes muy blancos. Llevaba un abrigo de ante negro con el cuello de piel de conejo para protegerse del frío. El chiquillo sonreía, y era la imagen más bonita que Atticus había visto en la vida.

Le recordaba a él. No, le recordaba a él y a Evelyn. Tenía los ojos de ella, pero las facciones eran las de Atticus.

En el mundo real, las manos del rey temblaban. Sabía que había llegado la hora de poner fin al pequeño escenario de pura imaginación que su cerebro estaba creando, pero no era capaz de hacerlo. El niño era tan...

Atticus se quedó sin aire.

—¡Papá! —reía el chiquillo mientras corría hacia él para que lo tomara en brazos—. ¡Papá! ¡Mamá!

Tenía la sonrisa más bonita del mundo, tan arrebatadora que casi hizo que el corazón helado de Atticus se derritiera.

Su sentido común le pedía que abriera los ojos y escapara de aquel universo que poblaba su cabeza, pero le resultaba demasiado agradable.

En su mundo imaginario, se volvía y veía a Evelyn sonriendo. La dejaba en el suelo. El chico corría. De repente, Atticus dejaba de reír al verlo caer.

Pero, como era de esperar, el pequeño enseguida volvía a ponerse en pie. Era un guerrero imposible de derrotar, como su padre. Continuó corriendo con los brazos abiertos en dirección a Atticus.

—¡Papá! ¡Papá! —lo llamaba una y otra vez, riendo con gran entusiasmo.

El vampiro volvía a mirar a Evelyn y ella le sonreía, animándolo.

—¡Romeo! —Evelyn llamaba al pequeño.

Atticus estaba tan perdido en el momento que ya no le importaba lo que

debía hacer, sino sólo lo que quería hacer.

—¡Romeo! —Atticus gritó el mismo nombre que había pronunciado Evelyn. Se agachó y le abrió los brazos al niño—. Ven aquí, hijo.

El pequeño chilló emocionado y siguió corriendo. Atticus tenía los brazos abiertos, aguardándolo, pero, por algún motivo, la distancia entre ambos parecía incrementarse en vez de disminuir.

—¡No! —gritó.

Sin querer, sus piernas empezaron a moverse por instinto hacia el lugar donde se encontraba el chico, pero ni a velocidad vampírica era capaz de alcanzarlo. Aquello no tenía sentido.

Evelyn se había quedado atrás mientras una sombra se abalanzaba sobre Atticus y su hijo. La nieve había desaparecido, la Oscuridad se lo había tragado todo.

—¡No! —gritó Atticus—. ¡No puedes llevártelo!

Detrás del chico se formó la figura de un hombre. Atticus corrió más deprisa. Pero, por mucho que corriera, la distancia entre él y el pequeño seguía aumentando cada vez más.

Nunca se había sentido tan impotente.

La sombra adoptó la forma de un hombre vestido con esmoquin.

Era el hombre que perseguía a Atticus en sus peores pesadillas.

Era la Oscuridad en su versión terrestre.

Ésta puso la mano sobre el pequeño hombro del niño y juntos desaparecieron.

El mundo imaginario de Atticus había sido destruido.

Notó un dolor físico sacudir todo su cuerpo, y tardó unos segundos en darse cuenta de que se había caído al suelo. El vaso de vodka estaba hecho añicos a su lado. Cuando abrió los ojos reconoció una figura que se cernía sobre él. La reconoció de inmediato.

—Mi querido portador —dijo la Oscuridad—. ¿Qué vas a hacer? ¿Salvarás a tu engendro o al amor de tu vida? Va a ser un espectáculo muy divertido.

—Que te jodan —gruñó Atticus.

La Oscuridad sonrió de oreja a oreja.

—Por eso eres mi criatura favorita en todo el universo, todopoderoso y todo un carácter. —Levantó la vista y vio la puerta que había a apenas un par de metros. Era la que comunicaba con la habitación de Evelyn—. Tú y la chica Blackburn son dos de las criaturas más cautivadoras que conozco. Ella es tan sensual y atractiva como la que más, y tú el más poderoso e inteligente. Si su

retoño es una chica, me voy a pasar un buen rato con esa conejita.

—¡Vete al infierno, Lucifer! —rugió Atticus.

La Oscuridad sonrió.

—Oh, el infierno es mi cielo. —Se agachó—. Deberías hacerle una visita a Evelyn esta noche. Ardo en deseos de sentir mi verga dentro de ella de nuevo. Mmm, esa chica es muy especial. Tendrías que cogértela más a menudo. Sólo hace tres días y ya echo de menos su cuerpecito caliente. Será mejor que no te despistes o entraré en otro cuerpo y me la cogeré yo cuando no puedas verme.

—¿No tienes ningún dictador a quien atormentar?

—Sí, claro, pero tú eres mi favorito, Atticus.

—Qué suerte la mía.

—Qué suerte la tuya, sí. —La mano intangible de la Oscuridad pasó por encima de la cabeza del vampiro como si le estuviera dando unas palmaditas—. Tarde o temprano, te rendirás y me darás acceso a tu cuerpo y a tu mente. Juntos podemos gobernar la galaxia. Con tus aptitudes físicas y mi poder ilimitado, podemos dominar el universo.

—Con la Tierra me conformo.

La Oscuridad se echó a reír.

—Pues yo no, Lamia.

Tras pronunciar esas palabras, se desvaneció en el aire.

Silencio. Todo estaba en silencio.

El cuerpo de Evelyn se hallaba sepultado bajo las mullidas y blancas mantas. Sus sentidos estaban apagados, desconectados del mundo.

Había una estufa plateada a unos metros de su cama para mantener la habitación caliente. Atticus no quería que le diera un resfriado por las bajas temperaturas.

Aunque la joven era incapaz de notar frío o calor. Su cuerpo se había encerrado en sí mismo, bloqueándose. Se había aislado por completo del resto del mundo, escondiéndose tras unos altos muros de contención. Si nada podía atravesarlos, nada podía entrar y lastimarla, entonces estaba a salvo.

Tenía las rodillas encogidas bajo la barbilla. Estaba acurrucada casi formando una bola, su figura apenas visible bajo las mantas.

La comida que le habían llevado aquella mañana seguía intacta junto a su cama. Gruesas rebanadas de tocino y huevos escalfados dentro de un bollo de pan blanco y queso cheddar, además de un vaso de nutritivo jugo de naranja.

Estaba más pálida de lo habitual, y en los últimos tres días había perdido mucho peso. Sabía que debía comer, pero no tenía energía ni apetito. Su mente aún estaba siendo torturada por imágenes de Ethan.

Una y otra vez, veía la expresión impasible de su rostro cuando Atticus había intentado forzarla. Ella lo quería. Había luchado por él. Se había resistido a Atticus porque lo amaba, porque creía que merecía la pena luchar por ella y por Ethan, sin importarle las amenazas del vampiro.

Ahora se sentía como una idiota.

Evelyn tenía los ojos cerrados. Había pasado los últimos tres días yendo y viniendo de la conciencia a la tierra de los sueños. Una parte de ella deseaba que todo acabara. En secreto deseaba que todo se detuviera.

Ya no sabía lo que hacía.

Ya no sabía lo que quería.

Veinte años, sólo tenía veinte años y todas esas responsabilidades a sus

espaldas. Nadie con veinte años debería tener que soportar todo cuanto ella había soportado. Aunque, a decir verdad, nadie debería hacerlo, fuera cual fuera la edad que tuviera.

Era injusto.

Mientras que el resto del mundo cantaba, bailaba y disfrutaba de las experiencias que les brindaba la vida, ella era prisionera de un monstruo. Había sido torturada sin parar por aquella vil criatura. Aunque nunca se había visto a sí misma como a una víctima, en realidad lo era.

Lo que le sucedía no era justo.

Pero, en verdad, la vida no era justa.

Cada sueño, esperanza o deseo de vivir un romance con final feliz que su corazón hubiera albergado alguna vez merecía arder en el infierno. Los cuentos con final feliz eran el invento más cruel que existía. Te doraban la píldora y te hacían creer que la vida sería un camino de rosas. Pero la realidad era amarga y desagradable.

Nada te preparaba para eso.

A los humanos les daban miedo las desgracias que les aguardaban y por eso preferían sumergirse en fantasías y expectativas poco realistas. No obstante, tarde o temprano, la realidad les explotaba en la cara.

Esperar que la vida te tratara de manera justa era como salvar a una bestia salvaje y esperar que te diera las gracias en lugar de que te devorara. Eso no sucedía.

Nadie había preparado a Evelyn para la dureza de la vida que le esperaba.

Su estómago rugió, pero permaneció quieta en la cama. Lo único que señalaba que no estaba muerta era el pausado ritmo de su respiración. Los sirvientes llegarían en cualquier momento, calentarían su sándwich y le ofrecerían pequeños bocados hasta que ella los hiciera irse. Notaba el cuerpo pesado, como si por sus venas corriera plomo en vez de sangre.

«Esperaré», pensó, y volvió a adentrarse en la seguridad del paraíso de la inconsciencia. Deseaba que el cansancio y el sueño se la llevaran lejos y la ayudaran a escapar, al menos durante un rato.

Cayó en un profundo sueño.

Cuando el poder de la Oscuridad se cernió sobre ella, la mente de Evelyn fue arrastrada hacia un paraje lejano. Su cuerpo físico seguía en aquella cama gigante, dentro de la fortaleza que simbolizaba la superioridad de Atticus, pero su mente era libre de escapar.

En el país de los sueños, sus sentidos se habían reactivado sin quererlo. El

aroma dulce y agradable de las lilas llenó sus fosas nasales; olían tan bien... Oyó el chisporroteo melódico de los pájaros romper el silencio. Entonces, la fragancia de los pinos y el ambiente húmedo la despertaron. La luz del sol brillaba tras sus párpados cerrados, pero Evelyn atravesó las sombras de la depresión en la que se había encerrado.

—Mamá —oyó decir a una vocecita.

Sus ojos se abrieron de golpe y, delante de ella, se encontró con una niña de no más de cuatro años. Su piel era pálida y tenía el pelo rubio oscuro, parecido a los rayos del sol, al color del oro y al de las campanillas en flor.

Unos ojos de un verde azulado brillante se clavaron en los ojos azules de Evelyn. El tono de los de la niña iba del color de un bosque perenne al de un océano claro y en calma.

—Mamá —susurró la pequeña de nuevo—. Ayúdame, mamá, por favor..., ¡ayuda!

El corazón de Evelyn se paró por un instante. No sabía quién era aquella niña, pero había algo en su voz que hizo que el miedo y el dolor la invadieran. Las lágrimas empezaron a asomar a sus ojos.

Dio un paso hacia la chiquilla.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Los ojos de la pequeña se humedecieron también. Tenía los labios temblorosos y sus manos se agitaban incontrolablemente.

Fue entonces cuando Evelyn notó lo delgada y frágil que era. Parecía desnutrida. Tenía la ropa raída. Llevaba un vestido de un tejido blanco y delicado, pero ahora estaba manchado de barro y de algo rojo que parecía sangre seca. Daba la impresión de que la niña hubiera ido al infierno y vuelto de él.

Tenía las mejillas tan chupadas que Evelyn estaba convencida de que la pobre no había comido nada en semanas, si no más.

De inmediato, se quitó el abrigo negro de piel y fue a colocarlo sobre los hombros de la pequeña. Pero antes de poder conseguirlo, su figura se desvaneció en el aire.

Un instante estaba allí, pero al siguiente..., ¡puf!, toda prueba de su existencia se había esfumado.

Evelyn parpadeó atónita unas cuantas veces con la boca entreabierta.

«¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó—. ¿He perdido finalmente el juicio? ¿Me he vuelto loca?».

En ese momento, alguien más entró en escena. Pero esta vez se trataba de un hombre chasqueando la lengua.

El chasquido que Evelyn había oído era gutural y profundo. Le recordó a la risa más sádica y cruel de Atticus. De inmediato un escalofrío le recorrió la espalda.

En ese instante, los pinos, el cantar alegre de los pájaros y el aroma de las lilas se esfumaron por completo. En un momento estaban ahí y, al siguiente, ya no quedaba nada. La Oscuridad descendió sobre ella como si se tragara el mundo al completo.

Aparte de la tonalidad de su propia piel y del color del abrigo que llevaba en la mano, no había nada más que negrura en el horizonte. Algo no iba bien. Pero, en su estado de inconsciencia, su cerebro no trabajaba de manera óptima. Por eso, preguntas habituales como «¿dónde estoy?» o «¿qué me pasa?» no cruzaron su mente.

Sin embargo, Evelyn Blackburn no era conocida precisamente por ser muy racional: su cabeza siempre había funcionado de forma misteriosa. Valentía y compasión tenía mucha, pero la habilidad de ser paciente y pensar en las consecuencias de sus actos no era algo que hubiera conseguido alcanzar en sus veinte años de edad.

Siguió observando la oscura inmensidad que tenía frente a sí. Estaba confundida, y oyó aquella risa de nuevo. Su primera intención fue echar a correr tan rápido como pudiera para escapar cuanto antes de la siniestra voz, pero, del mismo modo que en la escena del clímax de una película de terror, Evelyn hizo lo opuesto a lo que dictaba la lógica.

Despacio, su cuerpo se volvió para encararse con el hombre que estaba a unos metros detrás de ella. Cuando vio claramente su silueta, no sabía si era producto de su imaginación, pero le pareció que ya lo había visto antes. Lo primero que pensó fue que era realmente alto y que estaba muy cerca. Él le dirigió un saludo con la cabeza, como un caballero, le tomó la mano y se la besó. Evelyn no esperaba ese inesperado gesto amistoso y se quedó atónita.

Sus labios eran finos y gélidos. De hecho, a Evelyn le pareció que apenas si los había notado, más allá de una helada brisa contra su carne.

Sin pensar en las consecuencias, dejó escapar un grito ahogado y dio un paso atrás. Su rechazo a un gesto que quería ser caballeroso no sorprendió al hombre, que se echó a reír y levantó la cabeza.

Sus ojos oscuros se encontraron con los de Evelyn y ella chilló de nuevo.

Era inhumanamente bello: pómulos pronunciados, mandíbula cincelada, piel bronceada, cabello castaño claro peinado hacia atrás de forma elegante, ojos grandes que eran a la vez los de un inocente ciervo y un tigre amenazador. Sus iris eran peculiares. Casi habrían pasado por blancos si no hubiera sido por las motas color zafiro de los bordes. Aquellos ojos brillaban en contraste con la oscuridad reinante a su alrededor.

Igual que Atticus, el hombre que Evelyn tenía delante quitaba el aliento. Los rostros de ambos compartían algunos rasgos de belleza. Podrían haber pasado por hermanos.

Sin embargo, las apariencias engañaban. Sólo porque el hombre que tenía ante ella fuera increíblemente apuesto no quería decir que, además, fuera buena persona. Atticus tenía el aspecto más perfecto del mundo, pero su belleza escondía una gran maldad.

—Señorita Blackburn —dijo él.

Evelyn se alarmó. Sabía que estaba pisando terreno pantanoso y que debía ser cauta.

—Hola —dijo simplemente, y él sonrió.

Era una visión innegablemente magnífica, como cuando Atticus sonreía. Alargó la mano para tocarle el pelo a la joven, pero el cerebro de ella reaccionó a tiempo y se apartó. La idea de que aquel individuo la tocara le causaba rechazo.

—¿Quién eres? —le preguntó de repente.

Sus ojos se entornaron al mirarlo. Evelyn deseó que aquella mirada suya le demostrara que no le tenía miedo, que no se sentía intimidada. Quería mostrarle su coraje.

Pero no lo logró. Lo único que consiguió fue aparecer como un corderito indefenso e inconsciente que trataba de esconderse bajo una piel de lobo.

El hombre continuó sonriendo sin apartar la vista de ella.

—Dara será una niña muy guapa.

—¿Quién es Dara? —preguntó Evelyn con el ceño fruncido.

El hombre estalló en una sonora carcajada, como si acabara de oír un chiste muy divertido.

—No es nadie.

Rebuscó en un bolsillo de su abrigo y sacó una preciosa rosa blanca.

Se la ofreció a Evelyn, pero ella simplemente la miró antes de repetir su primera pregunta:

—¿Quién eres?

—No es venenosa —dijo el hombre señalando la rosa. Pero cuando Evelyn siguió ignorándolo, la rosa desapareció igual que lo había hecho la niña—. ¿Quieres que juguemos a un juego?

—¿Dónde estoy?

—Te voy a dar tres oportunidades.

—No quiero jugar a ningún juego.

—Si adivinas mi nombre, te dejaré que me preguntes lo que quieras. Cualquier cosa, pero sólo una.

—¡He dicho que no quiero jugar a ningún juego! —refunfuñó Evelyn, su voz sonaba mucho más agresiva de lo que pretendía.

Su propia explosión de ira la asustó un poco. No sabía de dónde había salido aquel pronto. Era como si su mente impulsiva lo fuera aún más en presencia de aquel hombre misterioso.

Él puso los ojos en blanco.

—Si aciertas mi nombre, te concederé cualquier cosa que desees. Pero, si no, tendrás que darme algo que yo quiero. No será mucho, lo prometo.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría que fuera una sorpresa.

Evelyn lo pensó unos segundos y luego repitió:

—No quiero jugar contigo.

—Entiendes que cuando digo cualquier cosa me refiero a cualquiera, ¿no? ¿Hay algo que desees en este mundo? ¿O algo que necesites desesperadamente y no puedas tener? —El hombre se le acercó más. Sus ojos, de un blanco grisáceo, casi brillaban—. Sea lo que sea, puedo conseguirlo. Todo cuanto tienes que prometer es que me darás algo a cambio si no aciertas mi nombre en las tres oportunidades que te concedo.

—No hay nada que merezca la pena correr semejante riesgo.

El hombre sonrió con suficiencia.

—¿Ni siquiera la muerte de Atticus Lamia? Un mundo sin Atticus..., ¿no te gustaría eso? Yo puedo hacer que suceda, querida. Todo cuanto debes hacer es acertar mi nombre. —Los ojos de Evelyn se abrieron como platos—. Eso te gustaría, ¿verdad? Ver a Atticus muerto. Yo puedo acabar con él. Únicamente debes intentar adivinar mi nombre tres veces y acertar.

—¿Quién eres?

Evelyn dio un paso atrás, asustada ante las absurdas promesas de aquel hombre tan extraño.

¿Matar a Atticus? ¿Era eso posible siquiera? ¿No era el más inmortal de entre los inmortales? No era la promesa lo que había puesto nerviosa a Evelyn, sino la confianza con la que se la había hecho. La sonrisa confiada del hombre le hizo entender que decía la verdad, que realmente era capaz de matar a Atticus.

—Me llaman de muchas formas, señorita Blackburn. —Volvió a extender la mano para tocarle el pelo. Esta vez, ella estaba demasiado aterrorizada como para apartarse. El hombre la acarició con adoración, como si fuera un precioso animal de compañía—. Tu Atticus y otra gente de su época tienen la costumbre de llamarme Oscuridad. A lo largo de la historia, los hombres se han referido a mí como Lucifer, o el diablo... Todos son lo mismo.

«¿La Oscuridad? ¿Él es la Oscuridad?», pensó Evelyn con unos ojos como platos.

Evelyn no gritó. Todo cuanto hizo fue dar un paso atrás presa del pánico. Pero entonces su pie chocó con algo oculto entre las sombras.

Cayó al suelo y Lucifer contuvo las ganas de reír.

—Lo siento —se disculpó meneando la cabeza. Había un brillo travieso en sus ojos—. Era demasiado tentador, no he podido resistirme, disculpa. Toma —le ofreció su mano para levantarse.

Ella lo miró incrédula. El corazón le latía con fuerza en el pecho. El hombre que tenía delante era la criatura más peligrosa del universo. Más que Atticus, aunque le costaba creer que eso fuera posible. Y allí estaba, poniéndole la zancadilla y riendo su propia gracia para luego ofrecerle la mano y ayudarla a levantarse como si fueran viejos amigos.

Lucifer sonreía de oreja a oreja, y de algún modo su sonrisa era mucho más terrorífica que su mirada.

Evelyn no le tomó la mano y, pese a lo que le dictaba su instinto primario, tampoco salió corriendo. En parte porque sabía que Lucifer le daría caza enseguida, pero también porque cuando había mirado a su alrededor se había dado cuenta de que lo único que los rodeaba era la oscuridad más absoluta. Aparte de ellos dos, no había más señales de vida, ni sonidos, ni luces: nada. Sólo negrura hasta donde alcanzaba la vista y más allá. No podía correr porque no había ningún lugar hacia el que pudiera dirigirse.

Sin ganas, se incorporó y miró con gesto desafiante a Lucifer para preguntarle lo que cualquier mente lúcida le habría preguntado al notar cómo el mundo a su alrededor se desvanecía como si se lo hubiera tragado un agujero negro.

—¿Dónde estoy? —Su voz era grave y apenas audible.

Lucifer le sacó la lengua, juguetón. Luego continuó sonriendo. Era una sonrisa casi genuina.

—¿A ti qué te parece?

Evelyn volvió a mirar a su alrededor y luego a él.

—No lo sé —respondió insegura—. ¿Estoy soñando? Esto es un sueño, ¿no? Este lugar no puede ser real.

Lucifer asintió.

—Jonah y los demás no te tratan como mereces. Eres mucho más inteligente de lo que ellos creen. Puede que seas un poco ilógica en tus reacciones, pero tampoco eres la luz menos brillante del árbol de Navidad —dijo, y volvió a tocar la cabeza de Evelyn como si acariciara a un perro.

Ella frunció el ceño. Toda aquella situación era absolutamente surrealista.

—Entonces ¿esto es un sueño?

—Sí.

—Y ¿tú eres producto de mi imaginación?

—No —respondió él—. Es un sueño, pero yo no soy imaginario. Soy real, tan real como tú o como Atticus o Hansel o cualquiera que exista en el mundo. Lo que pasa es que no estoy dotado de un cuerpo físico y tangible, pero por lo demás soy igual que tú. Bueno, en realidad tú no eres más que una chica humana, mientras que yo soy uno de los seres más antiguos y poderosos que han existido nunca. Pero, aparte de eso, ambos somos muy similares. —Lucifer miró a Evelyn con una sonrisa, esperando una reacción por su parte—. ¿No vas a reírte?

—¿Qué?

—Dios, eres un público difícil. Espero que Dara no salga como tú, o convertirá mi vida en un infierno.

—¿Qué? ¿Quién demonios es Dara?

—Nadie, de momento —rio Lucifer, y tocó la cabeza de Evelyn repetidas veces, como un niño hiperactivo.

A ella le resultó muy incómodo. Se suponía que aquel ser era un asesino redomado y se comportaba como un chiquillo.

«Lucifer es el nombre del diablo, pero si es el diablo, ¿no debería ser rojo y tener cuernos y rabo?», se preguntó. El hombre que tenía delante era tan guapo, tan normal, tan humano en apariencia que era difícil pensar que era el ser que vivía dentro de todas las personas y el motivo de la mayoría de los sufrimientos de la humanidad. Representaba el odio, la gula, la codicia, la ira, la agresión, el egoísmo, la arrogancia, la venganza y todo lo malo. ¿Cómo podía alguien que simbolizara todo eso tener una apariencia tan dulce e inocente?

—Me miras como si fuera una especie de rompecabezas supercomplicado —dijo Lucifer dejando de sonreír—. ¿Te morirías si sonrieras un poco, niña? Dios, ¿cómo puede Atticus soportar a alguien como tú? ¿Es que tú nunca sonríes?

¿Acaso voy a tener que hacerte cosquillas para verte reír, perra miserable?

Evelyn no prestaba atención a lo que el diablo le decía.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Él puso los ojos en blanco ante lo desagradable de sus maneras.

—Quiero ayudarte a encontrar tu libertad, a vivir una vida plena y feliz con quien tú quieras —respondió Lucifer con voz melódica.

—Pero ¿por qué ibas a querer ayudarme, si tú eres el motivo por el que Atticus me ha herido tantas veces? ¿Por qué ibas a querer ayudarme, si todo cuanto has hecho hasta ahora ha sido hacerme sufrir? —exclamó Evelyn. El miedo se había desvanecido y había sido sustituido por la furia. Estar frente a Lucifer le hacía hervir la sangre. Incluso se le escapó una risotada—. ¡Dios, si ni siquiera sé si eres real! —Meneó la cabeza—. Puede que no seas más que una creación de mi subconsciente.

La mirada de él se volvió compasiva.

—Siento todo lo que te he hecho, pero así es la vida. El hecho de que seas una persona inocente no te hace inmune a mis juegos y mis trucos —suspiró—. ¿Quieres ver a Atticus muerto o no?

Evelyn se quedó petrificada.

—Yo... —Se quedó muda. Iba a decir algo, pero finalmente cambió de idea y le preguntó—: ¿Eres capaz de matarlo?

—Sí.

—¿Cómo? Pensaba que era inmortal.

—Nada es realmente inmortal, querida, aparte de mí, de la luz, del destino y de la muerte. —Lucifer volvió a sacar una rosa blanca de su abrigo—. Y ahora, juguemos al clásico acierta-el-nombre-del-demonio un rato, ¿no? Tienes tres oportunidades. Si aciertas mi nombre, te concederé un deseo. Si no, deberás darme algo a cambio.

Evelyn tragó saliva.

—He oído historias de personas que juegan con el diablo y nunca ganan. Siempre les pasan cosas malas.

—Sí, la suerte está en tu contra. Pero piensa en lo que puedes pedirme, piensa en una vida sin Atticus. ¿No te gustaría eso, Evelyn?

—No me fío de ti.

—Y eso es muy inteligente por tu parte.

—Si pierdo, ¿qué me vas a quitar?

—Algo que quiero, y lo quiero mucho —respondió Lucifer, su expresión de pronto intensa y seria.

—¿Me vas a pedir mi alma? ¿Para controlarme y, por tanto, controlar también a Atticus?

Él esbozó una leve sonrisa.

—No, no tu alma —repuso—. Aunque haría mi vida mucho más fácil poder controlarte porque podría controlar mejor a Atticus a través de ti.

—Entonces ¿qué? No tengo nada de valor que ofrecerte.

Lucifer volvió a darle una palmadita en la cabeza.

—Tienes más de lo que crees. Hay luz, esperanza y poder creciendo dentro de ti. Si no quieres jugar a este juego, entonces no te forzaré, te lo prometo, querida. Pero recuerda que es tu única oportunidad de acabar con Atticus. —Puso la rosa blanca en sus manos—. Entiendo que esto puede ser un gran peso sobre tus hombros y que necesitarás tiempo para pensarlo. Así que tómate todo el que quieras. Cuando lo hayas decidido, arranca un pétalo de esta rosa e iré hacia ti.

—¿Cómo lo matarás? —preguntó ella una última vez.

—Eso es cosa mía y no voy a decírtelo, querida.

Lucifer desapareció.

—¿Evelyn? —Una voz familiar la sacó de su ensoñación.

—¿Evelyn? —Una voz familiar la sacó de su ensoñación.

Abrió los ojos de golpe. Lo primero que notó mientras éstos intentaban enfocar el borroso mundo a su alrededor fue un frío intenso, un frío que le dejó los sentidos entumecidos largo rato pero que de repente desapareció.

—¿Evie? —dijo la voz de nuevo.

La muchacha notó una mano en su hombro.

Era Atticus. No tuvo que acabar de ver con claridad para saber que era él. Habría reconocido aquella voz en cualquier parte. La voz que la perseguía en sus peores pesadillas.

—¿Qué pasa? —le preguntó él mientras sacudía su cuerpo con dulzura—. Tienes el corazón desbocado. Noto el olor a miedo en tus venas. Cariño, ¿qué ocurre?

Evelyn empezó a recordar escenas de su sueño. Se sucedían tan deprisa que tuvo que cerrar los ojos al notar un fuerte dolor en la sien. Sintió un mareo. Recordó a Lucifer, a la niña del vestido hecho trizas, el trato que el demonio le había propuesto.

Se preguntó si había sido real. ¿Había sido real o un sueño? ¿Podía ser más que un simple sueño?

Se le ocurrían un montón de preguntas extrañas mientras su mente intentaba encontrar sentido a todo lo que acababa de vivir, pero su cerebro seguía adormilado y no le era de gran ayuda.

La mano de Atticus seguía sobre su hombro, el pulgar describiendo círculos en su piel expuesta para consolarla. Deseaba levantarla, abrazarla y decirle que todo iba a ir bien, que la protegería y que nada podría hacerle daño si él estaba allí. Deseaba hacerlo con todas sus fuerzas, pero no lo hizo.

Sabía lo frágil que estaba Evelyn tras su encuentro con Ethan y Hansel hacía tres días. No era fácil que alguien que te importaba te dijera que no eras nada para él y darte cuenta de que lo que pensabas que era real no era más que una mentira. Atticus conocía el dolor que la joven sentía por propia experiencia.

Y era atroz.

Con cautela, se acercó a ella y le besó la frente.

—Háblame, Evie, mi amor, mi luz, mi vida. Por favor, háblame. Te quiero. Quiero hacerte feliz.

Los ojos de la chica pestañearon. De forma gradual, consiguió ir enfocando lo que tenía a su alrededor y sus pupilas se centraron en Atticus. Sus iris azules eran ahora de un tono mucho más claro. Parecía que la nube de pesadez había desaparecido. Un poco al menos, pero era un signo de esperanza.

Abrió la boca, e iba a decir algo, pero entonces su estómago rugió. Hacía mucho que no comía.

Atticus sonrió.

—Traigan un poco de sopa para la señorita Blackburn —susurró sin apartar la vista de ella.

Al principio Evelyn creyó que se dirigía a ella, pero luego entendió que era una orden para los guardias que seguramente debían de estar apostados a su puerta. Atticus le dedicó una sonrisa y luego se le acercó de nuevo para besarla.

Ella apartó la cara y se movió en la cama de forma que quedara un espacio entre ambos.

—Me gustó tu regalo —dijo Atticus de repente, y le sonrió de nuevo. Alargó la mano hacia el suelo y tomó la bolsa de regalos que Evelyn le había traído de su estancia en Utopía—. O debería decir *regalos*... Me encantan.

Primero sacó la camiseta que decía «Yo amo a Atticus Lamia» y luego el bolígrafo, la libreta, la mochila, las chapas y las estampitas con el mismo mensaje. El rey se había echado a reír al ver aquello. Supuso que reflejaba la forma en que ella lo veía, como alguien vanidoso y obsesionado con su propia persona. Algo que no podía negar.

Luego sacó un retrato suyo enmarcado. Al principio había pensado que ella lo había comprado, pero casi se le escapó una lágrima al ver la firma «E. Blackburn» al pie del mismo. La alegría que había explotado en su pecho al saber que ella lo había dibujado... Atticus estaba en éxtasis. Un regalo tan bien pensado, tan afectuoso... Al volver a verlo, notó de nuevo aquella sensación.

Además, estaba muy favorecido en aquel retrato.

Lo puso en el regazo de Evelyn, sonriéndole con entusiasmo. Esperaba que ella lo reconociera y sintiera parte de lo que había sentido al dibujarlo. O al menos lo que él creía que ella había sentido.

Pero no apareció ni atisbo de amor en su rostro inexpresivo.

Finalmente, sacó una sudadera en cuyo pecho se leía en letras blancas: «Soy

malo y lo sé». Le encantaban todos los regalos que Evelyn le había hecho.

—Gracias —dijo en voz baja, esperando recibir algún tipo de emoción por parte de ella como respuesta.

Pero sus palabras de gratitud no la hicieron inmutarse siquiera. Permaneció con la mirada perdida en su dirección, sin verlo. Pese a que su mente seguía cuestionándose la existencia de Lucifer y la realidad de su sueño, a Evelyn no le apetecía comentar esas cuestiones con Atticus. En su lugar, le preguntó lo que había estado atormentándola desde que había visto a Ethan hacía tres días.

Atticus debió de presentir lo que se le avecinaba, porque antes de que ella hablase, dijo:

—Evie, no he hecho nada malo, ¡no me trates como si hubiera matado a alguien!

—¿Qué hacía él aquí? —fueron las primeras palabras de Evelyn en tres días —. ¿Y por qué llevaba el uniforme de la guardia real? ¿Qué le has hecho?

—¡No soy un niño, deja de preocuparte por mí como si fuera un humano! — gruñó Hansel mientras Jonah intentaba darle un poco de sangre caliente.

Hacía menos de un mes, lord Hansel Alexander era uno de los favoritos del rey, así como uno de los hombres más poderosos del mundo, y ahora estaba encadenado en la celda más oscura y profunda de las mazmorras de Atticus. El vampiro de pelo rizado odiaba cómo habían cambiado las cosas, pero no se arrepentía de nada de lo que había hecho. Y su falta de remordimientos quedaba clara por la forma en que trataba a sus anteriores amigos y secuaces del rey debido a su inquebrantable lealtad. Como Jonah.

Hansel no parecía él. Estaba débil y frágil. Tenía los pómulos muy pronunciados y un aspecto poco saludable. Eso preocupaba a Jonah. Hansel, el atractivo y seductor lord. El hombre que podía conseguir que una chica mojara las bragas con tan sólo esbozar una sonrisa. Y ahí estaba ahora, con su antigua gloria desvaneciéndose. Y todo por una simple muchacha humana.

Los ojos de Jonah supervisaron sus heridas, que se negaban a curarse debido a la gran cantidad de agua dreyana que Atticus había ordenado a los guardias que le dieran a Hansel. Miró el charco de líquido negro que inundaba el suelo justo debajo de donde estaba. No era mucho, pero sí suficiente.

Jonah no sabía de dónde sacaba Atticus el agua dreyana ni qué la formaba. De lo único que estaba seguro era de que odiaba esa cosa. Era mortal para los vampiros, incluso más que una estaca clavada en el corazón. Contrarrestaba la magia de su sangre. Era tóxica hasta para los vampiros más antiguos, como él, y más incluso para los que habían sido convertidos después, como Hansel, que no tenía ni la mitad de años que su amigo.

Atticus le había ordenado que le diera aquel mejunje venenoso, pero diluido. Jonah sabía que el rey no quería matarlo porque Hansel le era más valioso vivo que muerto. Aun así, no se veía capaz de proporcionarle algo tan mortífero.

Las instrucciones eran darle una gota de la vil agua dreyana al día. Jonah había estado presente la primera vez que uno de los guardias lo había forzado a

beberla. Había oído los atroces gritos de Hansel y había visto cómo su cuerpo se contorsionaba de dolor en sus cadenas, como el de un pez acabado de pescar. Recordó la asquerosa espuma verde y negra emanando de sus labios y cómo sus heridas se inflamaron y se convirtieron en focos de infección.

Había visto a su amigo retorcerse una vez bajo los efectos del agua dreyana y con ésa ya había tenido bastante. Así que decidió encargarse de ser él quien le diera el veneno. Si Jonah hubiera sido cualquier otra persona, los guardias se lo habrían impedido. Si Atticus se enteraba de que los guardias habían desobedecido sus órdenes, estaban sentenciados. Pero Jonah Lamia no era cualquiera.

Atticus era mucho más poderoso que él, sí, pero desobedecer a Jonah significaba recibir castigos inmediatos. Mientras que al desobedecer a Atticus cabía la esperanza de evitar la muerte. Al final, los guardias habían decidido que algo de esperanza era mejor que nada, así que dejaron que fuera Jonah quien le diera la sustancia venenosa a Hansel.

—Tú bébete la sangre, ¿quieres? —le susurró. Se le estaba acabando la paciencia—. Eres un idiota. Esto es bueno para ti y el agua dreyana es mala. Estoy arriesgando mi vida para ayudarte, Hansel, ¡no seas estúpido!

—¡Vete! —gritó él. Intentó agitarse en sus cadenas, pero su cuerpo estaba demasiado débil—. Déjame. No te necesito. Ve y protege a Evelyn. No sé lo que Atticus...

Pero Jonah lo interrumpió:

—¿Evelyn? ¡Estúpido hijo de perra! ¿Es que no te has dado cuenta de la posición en la que estás? Viejo, ¡ya no puedes proteger a esa maldita humana! Cállate y bébete la maldita sangre, ¿okey? —chilló—. Dios, ¿por qué me molesto siquiera en ayudarte, pedazo de alcornoque? ¡Para que luego me lo eches en cara! Debería hacerte beber ese veneno y largarme. Por el amor de Dios, Hansel, ¡solías ser un chico listo!

—No me interesa nada revivir el pasado, Jo, déjame sufrir en paz.

Jonah lo ignoró.

—¿No recuerdas lo mucho que venerabas a Atticus cuando te convirtió? Eras tan brillante, tan inteligente y tan adorable... Él te quería, Marcus te quería, yo te quería, ¡todos te queríamos, Hansel! ¡Te tratamos como a un hijo! ¡Atticus tenía tantas esperanzas depositadas en ti...! ¿No recuerdas cuánto te mimaba? ¡La de tratos especiales que te había dado, Hansel! Siempre fuiste su ojito derecho. Te quiero tanto, viejo..., ¿cómo se te ocurrió volverte contra él y morder la mano que te alimentaba?

—¡Lo que hace está mal!

—Oh, por favor..., ¿a quién le interesa la justicia, Hansel? Sí, Atticus hace cosas que están mal, ¿y? No olvides que salvó este maldito planeta de la destrucción. ¡Él es la razón por la que la Tierra es más que un vertedero radiactivo! Esa perra de Evelyn debería estar agradecida de poder chupársela. Gracias a él, ella pudo nacer y su familia está viva. Por cada cosa mala que Atticus ha hecho, hay millones de cosas buenas. Así que ni por un momento intentes insinuar que es un monstruo. Te salvó la vida, ¿o no?

—No quiero hablar contigo, Jonah —gruñó Hansel bajando la vista al suelo de piedra.

—Sabes que Atticus es un buen hombre, es sólo que la vida lo ha endurecido. Ha pasado por tantas cosas... Se merece un poco de felicidad, ¿no crees? Ya sé que Evelyn es una perra, ¡pero Atticus la quiere tanto! ¿No ves lo mucho que significa para él? ¡Es todo su mundo! ¡Lo es todo para él, Hansel! Sí, le hizo daño en el pasado y ha tomado varias decisiones equivocadas en lo que a ella respecta, ¡pero sus intenciones eran buenas! Ha tratado de mantenerse alejado de ella, pero no puede.

—¡Vete! —gritó Hansel, sus ojos verdes empezaban a humedecerse.

Odiaba que Jonah le recordara lo mucho que Atticus necesitaba a Evelyn. Notó un sentimiento de culpa en la boca del estómago. Quería mantenerse firme en el bando opuesto al rey durante la batalla, pero no podía evitar que su conciencia vacilara. En el fondo, seguía viendo a Atticus como la persona que lo había salvado de la calle y lo había criado dándole amor y cuidados.

—Atticus se ha pasado tantos años siendo desgraciado, Hansel..., y lo sabes. Ya sé que tú también te has enamorado de ella. Pero, viejo, por el bien del hombre que te salvó la vida, ¡renuncia! ¡Nunca será tuya! No la persigas. ¿Sabes cuánto destrozaría a Atticus si llegara a pasar algo entre tú y ella? La quiere demasiado, Hansel. No puede perderla. No puede seguir ahogando las penas y la soledad en alcohol, mujeres y baños de sangre. Ella es su única oportunidad de ser feliz. Para Atticus, Evelyn no es sólo una cara bonita. ¡Es todo su mundo! No puede perderla. No puede, de verdad... Eso lo mataría.

La expresión de Hansel era sombría. Se negaba a mirar a Jonah, pero éste olió sus lágrimas a punto de caer.

Hansel se mordió el labio inferior para no temblar. Jonah observó la imagen que tenía delante con tristeza. Odiaba lo mucho que sufrían él y Atticus, y sólo era capaz de prever el mucho dolor que sentiría también Marcus cuando volviera de Australia y se encontrara a su mujer embarazada de otro.

Aunque no por primera vez en la vida, Jonah se sentía agradecido de no haberse enamorado nunca. Esperaba no experimentar en toda su vida la tortura que parecía conllevar el amor.

«¿Qué sentido tiene? Sólo trae problemas y dolor», pensó al salir de la celda de Hansel. Esperaba que sus palabras hicieran recapacitar a su amigo y lo ayudaran a ver la luz.

Todo cuanto quería era que las cosas volvieran a ser como antes.

—¿Qué hacía él aquí? —fueron las primeras palabras de Evelyn en tres días—. ¿Y por qué llevaba el uniforme de la guardia real? ¿Qué le has hecho?

Los ojos de Atticus se entornaron al oír sus preguntas. Su expresión de afecto pareció desaparecer de su rostro. La excitación y la alegría se habían esfumado por completo.

—¿Qué insinúas, amor mío? —preguntó con cínica dulzura—. ¿Crees que tengo algo que ver con el hecho de que Ethan haya perdido el interés por ti? —se burló con una risita. El sonido era aterrador.

La luz sombría del cielo encapotado que entraba por la ventana pareció oscurecerse también.

Evelyn se echó a temblar. De nuevo caminaba en terreno pantanoso. Un paso en falso y el vasto océano de la ira incontenible de Atticus se la tragaría entera de nuevo, convirtiéndola en el objeto de sus tormentos. La intimidaba la manera en que se transformaba de la criatura capaz de decirle las cosas más bonitas y dulces a amenazarla en un abrir y cerrar de ojos.

Su mirada la penetraba, como si la desafiara a que se atreviera a volver a hablar. Él era quien tenía todo poder allí, y lo sabía.

—Sí. —Evelyn habló decidida—. Eso es exactamente lo que he querido insinuar.

Las comisuras de los labios de Atticus se elevaron en una sonrisa torcida mientras se acercaba más a ella. La joven notó su aliento frío en la piel a través de la tela casi translúcida de su camisón de seda.

La mirada del vampiro descendió sin pudor hacia sus senos apenas cubiertos, liberados del sostén. Sonreía con suficiencia, y Evelyn tomó uno de los almohadones de la cama para taparse el pecho, haciendo de barrera entre su cuerpo y sus ojos.

—Quiero poseerte, Evie. —Le tocó el cuello—. Dicen que un clavo quita otro clavo.

Ella hizo una mueca de asco. Su mirada lo decía todo. Estaba harta. Se sentía

asqueada. Era en momentos como ése cuando dudaba de las promesas de amor y devoción de Atticus.

No tenía las fuerzas suficientes como para soportar el mismo proceso de nuevo. El reciente y vívido sueño sobre Lucifer seguía fresco en su mente, y aún le duraban la emoción y la esperanza que éste le había proporcionado.

—¡¿Qué le has hecho?! —chilló.

No sonó solamente como un grito fruto de la ira y la frustración, sino como un producto de su incipiente locura.

La chica que había proferido aquel punzante y desagradable grito de desesperación estaba a años luz de la dulce y gentil muchacha que Atticus había conocido aquella noche en el balcón. Había una fiereza en sus ojos que había sustituido a la luz que solía brillar en ellos sin esfuerzo alguno. Daba la impresión de que la Oscuridad estuviera empezando a retorcerse en su interior, ganando acceso más y más adentro, hasta llegar a su alma. Atticus notó todo eso desde la superficie. Y todo era por su culpa. Ésa era una de las consecuencias de que Evelyn albergase en su interior a su hijo bastardo.

La mente del rey entendió el significado de aquel grito atormentado. Lo que implicaba le explotó en la cara como los fragmentos de una bomba que acabara de estallar cerca de él, atravesándole la piel.

La miró un momento antes de abrazarla con fuerza.

Ella se resistió, pero él la ignoró.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa—. Lamento no haber hecho nada. Lamento que esté aquí, Evie, y que te haya roto el corazón. Ojalá fuera yo quien lo hubiera obligado a decir todo aquello, de verdad. Lo siento tanto... Pero esta vez no soy yo quien está detrás de todo. Lo que dijo eran palabras sinceras.

La respiración de Evelyn se aceleró y sus ojos se humedecieron.

«¡No puede ser! ¡Ethan no me diría esas cosas por propia voluntad! ¡Nunca! ¡Me quiere! Atticus debe de tener algún poder sobre él. Debió de chantajearlo para que me dijese todo aquello...».

—¡Mientes!

—Ya me gustaría, Evie, pero no es así. Lo siento tanto... Has malgastado tu amor en alguien que sólo te veía como una aventura pasajera.

Ella le dio un empujón.

—Pensé que traerlo aquí te haría feliz. Yo... no sé por qué lo hice. ¡Soy tan estúpido...! —Atticus sonrió y luego apartó la vista de Evelyn—. Nunca se me habría ocurrido pensar que tras aquella fachada amable se escondía un monstruo. No puedo ni imaginarme por qué ha decidido hacerte tanto daño —suspiró.

Parecía nervioso.

Evelyn notó su mano fría e increíblemente grande en su mejilla. Con el pulgar describía círculos bajo sus ojos, ahora anegados en lágrimas. La miró fijamente. A la joven le pareció que estaba intentando penetrar los muros invisibles que ella había levantado entre ambos para protegerse.

—Ya sé que lo quieres —prosiguió Atticus. Su voz era profunda y sonaba sincera, como si le estuviera abriendo su corazón—. Por mucho que odie reconocer tus... sentimientos por él, sé que lo que sientes es real y que ocupa un lugar especial en tu corazón, un lugar que espero sea para mí alguna vez, aunque voy a necesitar un milagro para conseguirlo. —La besó en la frente, entre las cejas—. No sé si esto tendrá algún valor para ti, pero te prometo que nunca te dejaré ni te romperé el corazón. Eres la única mujer que amaré en toda mi vida, Evie. Siempre serás la única para mí.

Ella giró la cara para evitar su beso. Estaba muy resentida, y también totalmente convencida de que todo eran argucias de Atticus.

—De verdad, pensé que traer a Ethan y a Hansel aquí te haría feliz. Te prometí que trataría de cambiar, ¿recuerdas? Quería demostrarte que me importa lo que sientes. Todo cuanto quería era hacerte feliz, lo juro.

—Tus palabras no son más que eso para mí —gruñó Evelyn—. He sido lo suficientemente estúpida como para creerte hasta ahora, Atticus, pero se acabó.

—Oh... —Él puso cara de pena y luego bajó la vista hacia su regazo como si fuera un chiquillo al que su madre acabara de reñir—. Sabías que tenía a Hansel prisionero en la mazmorra, ¿verdad?

No dio tiempo a que Evelyn respondiera a su interrogación retórica, puesto que Atticus tomó un almohadón y lo lanzó con toda su fuerza al otro lado de la estancia.

La muchacha ignoraba de qué material estaba hecho el almohadón, pero estaba segura de que ni el suave material de relleno ni su funda de algodón podían ser capaces de agrietar la pared opuesta. No obstante, eso fue lo que hicieron.

Una nueva demostración de fuerza de Atticus.

—Qué estúpido —rio él—, soy un estúpido, ¿verdad? Claro que lo sabías. Estuviste con Aspen y con Samuel, claro. Y, como son secuaces de Kainsius y fieles a su maestro, lo normal era que te mintieran para darte una imagen totalmente tergiversada de mí.

—Yo... —empezó a decir Evelyn, pero esa única y breve palabra se le atragantó y no fue capaz de decir nada más.

Atticus se echó a reír. Lo conmovía lo inocente que era.

—Incluso después de todo este tiempo te resistes a entender que no puedes esconderme nada de lo que hagas. No estoy seguro de si debería alegrarme o alarmarme ante tal muestra de optimismo.

Evelyn entornó los ojos. Sus palabras paternalistas la espolearon de nuevo.

—¿Cómo te enteraste?

—Te vi.

—¿Me seguiste? —Su voz se elevó un tono—. Dijiste que no lo harías.

—Nunca dije que no te seguiría. Dije que te concedería algo de libertad durante un día o dos y que podías hacer lo que quisieras en ese tiempo. Pero nunca dije que no te seguiría para asegurarme de que no se te ocurría hacer nada que no debías.

—Me mentiste.

Atticus puso los ojos en blanco y suspiró.

—No, no te mentí, simplemente no te dije toda la verdad, pero incluso si te hubiera mentido, ¿qué más da? La gente miente todo el tiempo. No he llegado a donde estoy siguiendo las normas y comportándome como un santo.

Ella negó con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Y esperas que te quiera? ¿Cómo podría querer a alguien en quien ni siquiera puedo confiar?

—Lo siento —se disculpó Atticus, pero Evelyn dudaba de la sinceridad de sus palabras.

El rey alargó la mano para acariciarle la rodilla, visible cuando la suave seda de su camisón dejó al descubierto su piel pálida. Ella apartó la pierna.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

Atticus se mordió el labio. Ella creyó que estaba sopesando qué decirle, considerando las varias opciones. Pensó que cambiaría de tema, pero se

equivocaba.

—Te estaba poniendo a prueba, Evelyn. Quería saber si lo que sentías por Hansel era genuino. Dijiste que tus sentimientos hacia él no eran más que platónicos, pero no me lo creo. Lo veo en cómo cambia tu expresión cada vez que oyes su nombre. —Apartó la vista con la mandíbula apretada—. Al principio no quería creérmelo, pero ahora ya no puedo ignorar la verdad flagrante que tengo delante de mis narices como una señal de alarma.

Ella le dirigió una mirada que parecía querer decir: «¿Va en serio?».

—Estás loco —replicó.

—Te conozco mejor de lo que crees, Evie. De hecho, estoy casi seguro de que te conozco más de lo que tú te conoces a ti misma.

—Eres un loco y un paranoico —murmuró ella entre dientes.

Frunció el ceño frustrada e hizo ademán de levantarse de la cama, pero Atticus la tomó de la muñeca y la acercó hacia sí.

—Evie —pronunció su nombre en el tono más meloso y tierno que ella le había oído utilizar nunca—, no hace falta que niegues lo que sientes por Hansel. Si puedo aceptar lo que sientes por Ethan, con el tiempo aprenderé a aceptar lo que sientes por Hansel. Sé que siempre habrá un lugar en tu corazón para ellos que no me pertenecerá, y simplemente tengo que aceptarlo. Siempre que quede una parte para mí seré feliz. —Se acercó para besarla.

Pero Evelyn contraatacó. Antes de darse cuenta de lo que había hecho, notó un dolor agudo cuando su mano chocó con la mandíbula de hierro de él.

La muchacha se retorció de dolor, pero, pese a que la bofetada le había dolido más a ella que a él, se sintió triunfante porque al menos había dejado clara su postura y había apartado los labios del rey de su cuerpo. Lo empujó en el pecho con todas sus fuerzas, pero Atticus permaneció impassible, como una estatua de mármol.

Evelyn vio furia en sus ojos y pensó que la atacaría, pero no lo hizo. En su lugar, profirió un grave rugido que parecía salirle de las tripas. Atticus estaba intentando mantenerla bajo control, pero la bestia estaba despertando. El rey giró la cara y luego cerró los ojos. Su respiración se aceleró y sus manos empezaron a temblar.

Evelyn iba a empujarlo de nuevo cuando él de repente apoyó su frente fría en el hombro de ella y le rodeó la cintura con los brazos, de modo que su cuerpo quedó totalmente pegado al de ella. La joven notó los latidos de su corazón inmortal y respiró hondo. El modo en que se aferraba ella le recordaba a un niño abrazado a su madre suplicando perdón.

Ser compasivo podía llegar a ser un defecto en ocasiones: Evelyn odiaba a Atticus con cada célula de su cuerpo, lo odiaba por todo cuanto le había hecho, pero cada vez que el maldito bastardo le montaba una escena como aquélla, su corazón se ablandaba. No podía evitar que una parte de ella sintiera lástima por él.

Reprimió las ganas de acariciarle la cabeza como si fuera un niño. No, no era tan buen actor como para conseguir aquello, no todavía. Pero su actuación digna de un Óscar fue suficiente como para hacerla reconsiderar toda la situación. Evelyn se quedó quieta en sus brazos y le concedió el tiempo que necesitara para calmarse. De todos modos, no sería muy inteligente provocar a un Atticus inestable.

—Casi me mata, ¿sabes? —dijo él tras una larga pausa.

—¿Qué?

—Darme cuenta por primera vez de lo mucho que Hansel significaba para ti y cuánto lo querías estuvo a punto de matarme. ¿Sabes lo mucho que duele saber que la única persona sin la que no puedes vivir, la única a la que quieres en tu vida, no puede ser tuya, pero puede que acabe en los brazos de un hombre al que has criado como a un hijo? Yo quería a Hansel. Era mi favorito de entre toda la realeza. Por su inteligencia, por su devoción, por su carisma. Los demás no tenían ni punto de comparación con él. Eso, y que es tan encantador... Ese chico tiene algo, ¿no crees? Es capaz de atraer a la gente como un imán. —Besó a Evelyn en la mejilla—. Sólo quería que supieras que no te culpo. Y, por mucho que odie a Hansel por seducirte y apartarte de mi lado para que cayeras en sus brazos, nunca le haré daño. No le tocaré ni un pelo siempre que te mantengas alejada de él y su amor no sea consumado.

Las palabras de Atticus eran bonitas, tiernas y mucho más elocuentes que la mejor poesía. Esperó que a Evelyn se le escapara una lágrima o dos. Pero eso no sucedió.

En cambio, se echó a reír. Sí, fue una risa sutil y muy breve, pero risa, al fin y al cabo. Atticus se apartó un poco de ella para poder verle la cara con una ceja levantada en señal de confusión. Evelyn negó con la cabeza incrédula.

—¿Qué clase de chica crees que soy? —preguntó sin esperar respuesta—. ¿Te parezco la clase de mujer que corre por ahí enamorándose de cada hombre que conoce? Eres un loco y un paranoico.

—Me estás malinterpretando. No intento acusarte de nada. Simplemente te digo lo que tu subconsciente ya sabe —argumentó Atticus—. No estoy loco ni soy un paranoico. Soy muy listo.

Evelyn abrió la boca para decir algo, pero se detuvo al oír que llamaban a la puerta. Se sobresaltó.

—No son más que los criados que te traen algo de comida —sonrió Atticus—. Come y ya hablaremos de esto en otro momento. —Se levantó de la cama despacio y se dirigió a la puerta—. Pasen —ordenó.

Media docena de sirvientes vestidos con el uniforme rojo y negro del personal de palacio entraron en la habitación acompañados del delicioso aroma del tocino acabado de freír, huevos revueltos, champiñones, salchichas, papas, *hot cakes*, té y todo tipo de dulces.

A Evelyn se le hizo la boca agua y su estómago empezó a protestar de hambre.

—Te quiero —le dijo Atticus con ternura desde la puerta mientras los criados montaban el bufet junto a la cama de la chica.

Ella casi se sintió culpable de no responder. A continuación, el rey salió de la habitación con un suspiro.

Evelyn permaneció sentada en la cama con las uñas clavadas en la pierna. Las terminaciones nerviosas de la misma enviaban señales de dolor a su cerebro mientras el corazón le latía a mil por hora. Consideró la veracidad de la promesa de Atticus de no tocarle un pelo a Hansel.

«¿Está siendo honesto o es el Atticus de siempre mintiéndome en la cara? ¿Debo confiar en él? ¿Le queda algún tipo de integridad que haga sus promesas creíbles?». Se sintió muy desdichada al responderse a sí misma que no.

No podía confiar en él. Le habría gustado poder hacerlo, pero ya no era capaz. A esas alturas, ya no sabía si lo que se decía a sí misma era real o si era un mecanismo necesario para manipular su propia mente.

«No quiero a Hansel —se dijo—. No quiero a Hansel y no quiero a Ethan. No quiero a nadie. No puedo querer a nadie. Los odio a los dos. Odio a Ethan por quedarse ahí de pie, mirando. Odio a Hansel por... por... por no estar ahí para salvarme cuando Atticus vino a por mí. Odio a todo el mundo. No hay nada ni nadie a quien quiera. —Evelyn empezó a llorar—. No puedo querer a nadie. La mejor forma de protegerlos es odiándolos. No puedo permitir que Atticus utilice sus vidas para chantajearme. No puedo».

Intentaba proteger a demasiada gente, y tarde o temprano eso le pasaría factura, destrozándola a ella.

—¿Señorita Blackburn? —Una voz interrumpió sus pensamientos.

Evelyn vio a una chica bonita con cara inocente y pelo rubio claro que le dedicaba una sonrisa.

Se la devolvió.

—¿Es esto suyo, señorita? —preguntó la chica.

Evelyn sintió un escalofrío.

Bajó la vista y allí estaba: entre los delicados y bronceados dedos de la sirvienta, el tallo lleno de espinas de una rosa blanca envuelto en un pedazo de tela gruesa.

No podía ser.

Había creído que todo había sido un sueño, que Lucifer había sido producto de su imaginación.

No podía ser...

—¿Dónde...? —No consiguió acabar la frase, le temblaba demasiado la voz.

—Bajo la cama, señorita. ¿Es un regalo del rey? Es preciosa.

Evelyn tragó saliva nerviosa.

«Puedo matarlo...». La voz de Lucifer resonó en su mente.

Evelyn estaba sentada en el centro de la cama. Los sirvientes se habían retirado. La rosa blanca, envuelta en un pedazo de tela negra gruesa, estaba a su lado. Sus espinas eran muy puntiagudas, por lo que Evelyn había tenido mucho cuidado al tomarla para no pincharse. Sangrar en un lugar plagado de vampiros no sería muy inteligente.

Tenía un plato con tocino y papas fritas en dados en el regazo y lo devoraba con fruición. Sabía delicioso. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que mordió el primer trozo de tocino crujiente y le supo a gloria.

Repitió una vez tras otra hasta que hubo consumido casi las tres cuartas partes de la enorme cantidad de comida que le habían llevado, incluidos varios vasos de jugo de naranja y tazas de caldo de pollo.

Cuando por fin hubo satisfecho del todo su hambre, se sirvió café recién hecho. Tomó la taza de porcelana con ambas manos, se acomodó sobre los almohadones que reposaban contra la cabecera de la cama y respiró hondo.

Los nutrientes estaban empezando a hacer efecto en su cuerpo. Ahora que ya no tenía el estómago vacío, consiguió pensar de nuevo con claridad. Notó su cerebro funcionando con mucha más eficiencia y celeridad mientras daba sorbitos al café. El cansancio acumulado pareció desaparecer también.

Hasta entonces no había sido capaz de mirar la rosa que la acompañaba en la cama, silenciosa y quieta, demasiado ocupada por cebarse como un pavo antes de Acción de Gracias.

Debería haber considerado mejor sus prioridades. Seguro que una rosa proporcionada por el mismísimo diablo era más importante que comer como si no hubiera un mañana, pero Evelyn no se arrepentía de nada. Al fin y al cabo, no era más que una rosa. Y no se iría a ninguna parte. Además, había estado demasiado hambrienta para pensar con claridad.

El aroma de la comida la había distraído por completo. Estaba demasiado hambrienta. En esas condiciones, pedirle que se concentrara en una estúpida rosa era como pedirle a un pervertido que no tuviera una erección en un club de

striptease lleno de bailarinas con las tetas como pelotas de basquetbol.

Acarició su abultado estómago y tomó la rosa. Se aseguró de que sólo las puntas de sus dedos entraban en contacto con la delicada y a la vez peligrosa flor y de sólo tocar las partes de su tallo desprovistas de espinas.

«Parece que tiene más espinas que pétalos —pensó—. Lucifer ya podría haberle quitado algunas. ¿O es que quiere que me las clave y me desangre hasta morir? —se preguntó riendo—. «Seguramente... Ya se sabe: no hay que fiarse nunca del diablo».

Con la punta de un dedo, tocó uno de los pétalos de la rosa. Era suave y sedoso. Quería arrancarlo para ver qué pasaba. No podía ser la misma rosa que Lucifer le había dado en sueños, ¿no? Pero, si no lo era, ¿qué hacía aquella flor debajo de su cama? Evelyn se sintió estúpida al considerar todas esas preguntas.

¿Aparecería una humareda en el centro de la habitación y de ella saldría una criatura roja con cuernos y rabo? Cerró los ojos ante la ridiculez de sus pensamientos.

Pero luego los abrió y miró en derredor. En la habitación no había flores ni plantas de ningún tipo, así que la rosa tenía que ser la que Lucifer le había dado. Estaba casi segura.

Volvió a pensar en la promesa que éste le había hecho: concederle una cosa, sólo una, la que quisiera, si acertaba su nombre.

«Puedo pedirle cualquier cosa, incluso que mate a Atticus... Un mundo sin Atticus... —Su ritmo cardíaco se aceleró al pensarlo—. ¿Quiero un mundo sin Atticus? —se preguntó a continuación. Y lo que era aún más importante—: ¿Quiere el mundo un mundo sin Atticus?».

Su mente volvió a recordar lo que le había contado Hansel, el lamentable estado en el que se encontraba el planeta Tierra en el siglo XXI antes de que Atticus tomara las riendas. Por mucho que Evelyn lo odiara, y por mucho que la humanidad sufriera bajo su reinado, el mundo ahora conocía la paz.

Hansel había mencionado cosas como las armas nucleares, disputas entre países, la amenaza constante de la guerra, racismo, sexismo. Había muchas cosas en el mundo de entonces que no funcionaban. Ahora, el único problema era el modo en el que eran tratados muchos humanos.

Evelyn tragó saliva nerviosa. Si Lucifer decía la verdad y había realmente un modo de matar a Atticus, ¿debería pedirle que lo utilizara para librarse de él? ¿Podía este mundo funcionar sin Atticus?

«No —respondió una voz en su cabeza de forma automática y en tono firme—. El mundo necesita a Atticus, necesita un líder supremo, alguien que no pueda

ser derrotado».

Si Lucifer lo mataba, el caos volvería a cernirse sobre el planeta, que se vería inmerso en un estado de anarquía. Si había algo que vampiros, humanos, brujas y cualquier criatura pensante tenían en común era el deseo primitivo de poder.

El poder lo era todo. Si eras poderoso, no había nada que no pudieras tener. Nada que no pudieras conseguir por la fuerza.

Una manada no podía existir sin un líder. En el mismo momento en que Atticus diera su último suspiro, no cabía duda de que todos los miembros de la realeza a los que tanto había mimado empezarían a despellejarse unos a otros en la lucha por el trono, como un puñado de salvajes.

Y lo mismo podía preverse del resto de la población vampírica, de la población humana, de los hombres lobo...

Los oscuros días de la Tercera Guerra Mundial volverían a repetirse y...

Evelyn sintió un escalofrío.

La gente moriría, y todo porque ella deseaba ser libre y no era capaz de sacrificarse. Deseaba poder ser más abnegada, más compasiva, más capaz de perdonar, pero no podía serlo. Era humana, tenía sus propios deseos. Y cuando la vida le proporcionara la oportunidad de satisfacerlos, quería aprovecharla.

¿La hacía eso egoísta?

¿La hacía eso mala persona?

¿La haría eso una especie de segunda Helena de Troya? Excepto que esta vez no sería sólo la ciudad de Troya la que sufriría por sus acciones, sino el planeta entero: millones de personas inocentes.

Y, peor aún, ¿sería capaz de vivir sabiendo que toda aquella tragedia era culpa suya?

Su mente volvió a la escena acaecida unos minutos antes, cuando Atticus se le aferraba como un niño a su madre.

Por mucho que lo odiara, también lo compadecía.

Era un hombre malo, malísimo, pero bajo aquel exterior monstruoso había... había bondad. Debía tener cierta capacidad de hacer el bien. Si no, ¿por qué Ethan y Hansel seguían vivos?

Con un ágil movimiento, abrió el cajón superior de su mesa y tiró la rosa dentro.

No sabía si era porque sería incapaz de cargar con la culpabilidad de matar a alguien y los efectos que su muerte tendría sobre millones de personas o si porque de verdad creía que había un modo de hacer cambiar a Atticus, pero una voz en su interior le suplicaba que le diera una oportunidad, que confiara en él.

No estaba segura de dónde provenía aquella súplica, pero era muy pronunciada.

«Lo decidiré más adelante», se dijo, y cerró el cajón de golpe.

«Por favor, no lo abandones —oyó decir a la voz. Era tan débil y lejana que pensó que lo había imaginado—. Por favor, te necesita».

Una oleada de emociones desconocidas la invadió al oír aquella voz en el fondo de su mente. Un torrente de energía tomó posesión de su cuerpo y la hizo levantarse y dirigirse hasta la ventana sin pensar.

Fuera, el día era gris. Pero de algún modo la consumía un repentino deseo de estar en el exterior, rodeada de árboles y aire fresco. Llevaba demasiado tiempo encerrada en aquella habitación. A lo mejor la belleza del mundo exterior la ayudaría a ver las cosas desde otra perspectiva.

Era curioso. Evelyn Blackburn vivía una vida que era la envidia de toda clase de criaturas. Muchos de ellos habrían vendido su alma al diablo por lo que ella había obtenido sin querer, sin hacer ningún esfuerzo. El poder que poseía al ser el objeto del afecto de Atticus Nocturne Lamia era algo que ella nunca había acabado de apreciar ni entender del todo.

Resultaba irónico que fuera tan poderosa, tan temida y valorada por muchos y, en cambio, ella se sintiera desvalida e impotente, completamente sola.

Atticus había ordenado a cuatro guardias que se quedaran junto a la puerta de la habitación de Evelyn día y noche. Los vampiros, especializados y entrenados para formar parte de la élite de la guardia real, estaban sobrecualificados para proteger a una simple muchacha humana, o al menos así era cómo ellos veían la situación. Habrían preferido estar en cualquier otro lugar del palacio en el que hubiera más acción, algo que les supusiera mayores retos, pero no tenían más opción, puesto que el rey les había dejado claro que su deber era vigilar a Evelyn Blackburn.

Su seguridad era prioritaria.

—Su trabajo es proteger a la señorita Blackburn. De cualquiera o cualquier cosa que pueda suponer una amenaza para su bienestar. Y cuando digo cualquier cosa me refiero a cualquier cosa. Si, bajo cualquier circunstancia, los cuatro creen que yo o la propia señorita Blackburn podemos resultar una amenaza para su persona, entonces deberán hacer lo que sea más beneficioso para ella. Eso incluye atacarme a mí o detenerla a ella. —Eran las palabras que les había dicho Atticus Nocturne Lamia, y eran las palabras que se les habían quedado grabadas a los cuatro hombres.

Cuando Evelyn abrió con cautela la puerta que separaba su habitación de los iluminados pasillos del palacio, notaba mariposas en el estómago. Se había enfundado en unos *jeans* negros, un grueso suéter y un abrigo negro que era lo bastante tupido como para protegerla del frío del exterior.

Su cuerpo necesitaba aire fresco y espacio. Y cuando abrió un poco la puerta

y vio los pasillos vacíos pensó que la suerte estaba por fin de su parte y que ese día iba a brindarle un pedacito de cielo.

Sin embargo, se equivocaba. Cuando, tras sacar la cabeza, puso un pie fuera de su nueva habitación, oyó de inmediato cuatro voces masculinas desconocidas pronunciar su nombre al unísono:

—¡Señorita Blackburn!

Las rotundas voces resonaron en el pasillo vacío y le hicieron dar un respingo. Medio segundo más tarde vio a los cuatro hombres uniformados de rojo y negro, dos a cada lado de la puerta. Al estar apostados contra la pared le habían resultado casi invisibles.

Evelyn se lamentó para sus adentros. No había nada que odiara más que a aquellos guardias que la observaban como halcones a su presa e insistían en seguirla allí adonde fuera. Todo cuanto quería era estar sola con sus pensamientos, y no con un montón de peligrosos vampiros pisándole los talones. Su presencia era casi sofocante.

Estuvo tentada de volver a meterse en su cuarto, acobardada, pero la urgencia de estar en el exterior era muy intensa como para ignorarla. Se preguntó qué harían si simplemente pasaba por delante de ellos con la cabeza bien alta.

Seguramente la detendrían y le harían toda una serie de preguntas acerca de dónde se dirigía y qué iba a hacer. Y, por supuesto, eso fue lo que hicieron cuando Evelyn ignoró sus saludos e intentó dejarlos atrás sin dirigirles siquiera una mirada, confiada.

Antes de que hubiera podido dar dos pasos, un brazo largo y musculado cubierto por una manga roja aterciopelada le cortó el paso, impidiéndole dar otro más.

—¿Adónde va, señorita?

El guardia se había dirigido a ella cortés y educadamente, así que Evelyn casi se sintió culpable al responderle con sequedad:

—Eso no es asunto tuyo.

—Señorita Blackburn, hemos recibido órdenes del rey de salvaguardar su seguridad, y no podremos hacer nuestro trabajo si no nos comunica adónde se dirige.

La cantidad de esfuerzo que Atticus invertía en cuidar de ella debería haberle resultado enternedora.

Puso los ojos en blanco.

—Quiero ir afuera.

—Señorita Blackburn, fuera hace mucho frío. Al rey no le gustaría que se

resfriara.

—¡Si llevo ropa de abrigo! —saltó exasperada.

Odiaba que la interrogaran por todo. Quería gritar que no tenía cinco años y que no hacía falta que la trataran como si los tuviera.

Clavó la mirada en los ojos del vampiro que la había hecho detenerse con el brazo. La observaba igual que lo hacía Jonah, con una mirada llena de prejuicios.

—El rey no querría que estuviera fuera con este tiempo.

—A Atticus no le gustan muchas de las cosas que hago —dijo ella casi escupiendo las palabras y devolviéndole al guardia la mirada desagradable.

Intentó sortear su brazo, pero entonces se vio interceptada por otro de los soldados que había junto a la puerta.

—Señorita Blackburn, seguro que estaría mucho mejor si se quedara dentro. Podemos traerle todos los entretenimientos que quiera. Películas, música, criados con los que jugar a juegos. No hay nada que pueda hacer fuera que no pueda hacer dentro.

—No quiero jugar a ningún juego. No soy una niña. Quiero ir afuera a respirar aire fresco. ¿Por qué son tan insistentes? No me voy a morir de hipotermia en una hora. Soy humana, no una muñeca de cristal —dijo empujando al otro vampiro. Éste ni se movió.

Evelyn vio a los dos hombres intercambiar una mirada. Se estaban comunicando en silencio, discutiendo si debían dejarla salir o no.

—Señorita... —empezó a decir uno de ellos.

Pero ella lo interrumpió:

—¡Dejen ya de llamarme señorita! ¡Déjenme salir o le diré a Atticus que los quiero muertos a los cuatro por encerrarme en mi habitación! —amenazó con la cabeza bien alta. Su voz estaba tan desprovista de cualquier emoción que le costó reconocerla como la suya.

Dejó escapar un grito ahogado al darse cuenta de lo que acababa de decir. Estaba utilizando la extorsión para conseguir lo que deseaba, algo que nunca en la vida habría pensado que haría. El chantaje no iba con ella. Atticus era la clase de villano que chantajeaba a la gente; Evelyn nunca habría pensado que caería tan bajo.

El guardia que había hablado se quedó mudo e intercambió una mirada preocupada con el resto. Ninguno sabía exactamente cómo era Evelyn Blackburn, pero sí eran conscientes de que era alguien muy cercano al hombre más poderoso de la Tierra, mientras que ellos cuatro no eran más que guardias. ¿Cómo podían desafiar su autoridad?

—Bien, puede salir al jardín, pero deberá dejar que dos de nosotros la acompañemos.

—De acuerdo —respondió ella mucho más dócilmente.

No había esperado que accedieran a sus deseos tan deprisa.

«A lo mejor debería usar el chantaje más a menudo», se dijo.

Evelyn llevaba deambulando por los interminables jardines del palacio real una hora más o menos. Dos de los vampiros que debían protegerla caminaban a una distancia de unos cien metros. La chica les había dejado claro que no le gustaba tener a gente pisándole los talones. Ya tenía que aguantar eso por parte de Atticus, a veces incluso por parte del maldito Jonah; no necesitaba recibir el mismo tipo de trato por parte de los guardias.

Dos de ellos habían insistido en hacerle de perros guardianes y escoltarla mientras los otros dos se quedaban junto a su habitación para protegerla. Evelyn no sabía por qué se tomaban tantas precauciones. Sólo estaba dando un paseo dentro del recinto del palacio y bajo la mirada de dos guardias robóticos que hacían su ronda. No tenía posibilidad de escape. Supuso que los guardias debían de sobrevalorar sus verdaderas capacidades.

Se preguntó por qué el palacio estaba tan fuertemente vigilado. ¿No vivían allí cientos de inmortales? Seguramente, éstos debían de ser sólo los miembros de la realeza. Si contaba a los guardias y al resto de los trabajadores, el número debía de ascender más bien a los mil, o dos o tres mil... En realidad, no lo sabía. Pese a llevar allí tanto tiempo, sólo había visto el interior del edificio en el que vivía y parte de los jardines. A Atticus no le gustaba perderla de vista ni que se aventurara mucho más allá de la prisión que era su cuarto.

Pero el palacio era inmenso. Evelyn era suficientemente lista como para saber que cualquier cosa que Atticus Nocturne Lamia poseyera tenía que ser tan extravagante como él mismo. Ojalá le dejara ver más de aquel lugar. Aunque seguro que eso no le gustaría al rey. Le gustaba tenerla para él solo; era otra forma de quitarle las plumas a las largas y delicadas alas que simbolizaban su libertad.

A lo mejor le gustaba tenerla sola y aislada en su propio cuarto de juegos, lista para jugar con ella cuando quisiera, como un animal de compañía.

Mientras paseaba, pensó cómo sería la vida si Atticus fuera realmente un villano, uno de los que sólo quieren matar y conquistar, el tipo de villano que

existe en los libros y que no tiene sustancia más allá de su maldad. Se preguntó cómo sería todo si él quisiera matarla en lugar de amarla. Si hubiera querido matarla, ya estaría muerta, era obvio. Pero Evelyn no estaba segura de cuál de los dos escenarios la aterrorizaba más: si el universo en el que vivía u otro paralelo en el que Atticus quería verla muerta. Puestos a elegir, seguramente optaría por el segundo. Él la mataría con facilidad, y una muerte rápida sería mucho mejor que una larga y torturada existencia.

Su mente volvió a revivir la noche en que se habían conocido.

Recordó aquel vacío que percibió en sus ojos y la pena que sintió cuando él le dedicó una breve sonrisa antes de que ella se fuera. La primera vez que lo vio creyó que era un buen tipo. Le gustó. Parecía... dulce y vulnerable. Y era increíblemente guapo. Si Atticus hubiera jugado sus cartas de otra forma, estaba segura de que podría haber acabado enamorándose de él, o al menos habrían sido buenos amigos, si es que la amistad era suficiente para él.

Desde aquella noche, bajo la tortura de Atticus, provocada por su naturaleza celosa y controladora, Evelyn había perdido demasiado. Ahora mismo, a duras penas conseguía aferrarse a las ganas de vivir.

Mientras paseaba, el aire frío invadió sus pulmones y el oxígeno fue bombeado por todo su cuerpo. A lo mejor era el cambio de escenario o la oferta de Lucifer de matar a Atticus, pero la joven estaba empezando a ver al rey desde una óptica distinta.

Intentaba ver el mundo desde su perspectiva.

De forma gradual, entendió que cuando Atticus había enviado la orden de llevarla a palacio para que viviera donde él vivía, para que comiera donde él comía, para tenerla a su lado día y noche, sus intenciones eran buenas. O al menos ésa era la historia que decidió contarse a sí misma en ese momento.

Se sentía solo y, tras aquella primera noche, había desarrollado un deseo incontrolable de tenerla cerca. La desesperación que sentía porque ella lo amara, de obtener su afecto y disfrutar de su compañía era lo que lo hacía caer precisamente en las garras de la Oscuridad. Pero esa desesperación era también lo que había convertido a Evelyn en la mujer que era ahora mismo.

Una mujer joven increíblemente sola e infeliz.

Se veía al borde de un precipicio que se elevaba kilómetros y kilómetros hacia el cielo. A sus pies, la oportunidad de acabar con su dolor, el lugar donde las almas depresivas y sin esperanza iban a morir. Cerniéndose sobre ella, Atticus, un hombre que no debería amar, que no sabía amar, pero se había enamorado perdidamente de un ángel inocente.

Debería haberla dejado en paz. No tendría que haberle cortado las alas, haciendo imposible que escapase de él.

En algún momento desde que se conocieron hasta el presente, en algún lugar entre el camino hacia la redención que Evelyn quería ayudarlo a emprender y los intentos de Atticus porque ella se enamorara de él, en algún lugar entre el odio y el amor, él había mancillado y matado al ángel que había querido huir, el que había creído inocentemente que era posible salvarlo.

Ahora, Evelyn estaba tan jodida como él.

Si no hubiera sido por Lucifer, seguiría en un estado lamentable.

Si no hubiera sido por Lucifer, por su oferta, la llama que había hecho volver a prender el fuego de sus ganas de vivir...

En cierto modo, el diablo le había hecho un favor a Atticus.

Evelyn miró a su alrededor. Quería alguien con quien hablar, alguien que la escuchara sin juzgarla, sin llamarla estúpida o echársele encima cada vez que tenía ocasión.

Echaba mucho de menos a Hansel. Echaba de menos a su madre y a su hermana. Echaba de menos a Alice. La tentación de ir a ver a su prima era una llama poderosa que abrasaba su corazón. Necesitaba que la abrazase, necesitaba oír su voz.

En sus manos estaba dirigirse hacia la habitación de Alice para saciar aquella sed, pero no podía hacerlo. Era demasiado peligroso. Su prima tenía una vida creciendo en su interior, un bebé que no era de su marido, Marcus Valerio, amigo y compañero de Atticus desde tiempos inmemoriales.

Atticus mantenía a Alice a salvo para complacer a Evelyn, y allí estaba ella, rebelándose contra él como un perro desagradecido y revoltoso. Su prima podría ser uno de los daños colaterales de su insumisión.

No, Evelyn no podía ver a Alice. Era mejor para ella y para el bebé que se mantuviera alejada de ambos. Cuanto más afecto mostrara hacia ella, más probable era que Atticus la utilizase como moneda de cambio en uno de sus chantajes.

—Señorita Blackburn. —La repentina voz de un hombre hizo que Evelyn diera un salto. El vampiro pelirrojo estaba a unos metros de ella, guardando las distancias—. ¿Cuánto más tiempo desea seguir paseando? Hemos recorrido bastante distancia desde el ala este. ¿Por qué no emprendemos ya el camino de vuelta?

Había utilizado un tono tan educado que Evelyn estuvo a punto de acceder. Pero sólo a punto...

—No quiero volver todavía —respondió sin mirarlo—. Empezaré el trayecto de vuelta cuando esté cansada.

Sus piernas echaron a andar de nuevo. Extrañamente, pese a llevar andando una hora más o menos, no estaba en absoluto fatigada.

Evelyn oyó al vampiro suspirar.

—Sabe que andando no solucionará sus problemas, ¿no, señorita?

—¿Perdón? —preguntó frenando en seco.

—Sea lo que sea lo que la esté agobiando, tendrá que enfrentarse a ello tarde o temprano. Ha salido a caminar para distraerse, ¿verdad?

Despacio, Evelyn se volvió. Sus ojos se encontraron con los del vampiro pelirrojo. El otro, de pelo castaño, estaba de pie junto a él.

—No me conoces, así que déjame en paz —respondió ella con frialdad.

No sabía por qué estaba siendo tan antipática, no era su estilo.

—Era terapeuta antes de convertirme. No intento parecer un listillo cuando digo que sé identificar a alguien que trata de escapar de sus problemas cuando lo veo. Y creo que eso es lo que usted está haciendo.

—No estoy intentando escapar.

—Me refería a escapar de forma metafórica.

Evelyn frunció el ceño. ¿Escapar? ¿De qué estaba intentando escapar?

La respuesta era sencilla: de sus sentimientos.

—Ed —medio gruñó el otro guardia—. Si la chica quiere pasear, deja que pasee. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que el rey no nos crea capaces de proteger su tesoro y por tanto nos asigne otra misión. Es lo mejor que podría pasarnos. Cualquier otro puesto dentro del palacio es mejor que hacerle de niñeras. —El soldado de pelo castaño ni siquiera intentó bajar la voz para que Evelyn no lo oyera.

Ella se vio tentada de decirle que lo estaba oyendo, pero no lo hizo. En realidad, ya había amenazado con pedir que los mataran antes para que la dejaran salir, no tenía ganas de volver a enfrentarse a ellos.

—Puede que esto le suene un poco extraño, pero creo que debería decirle al rey que la deje ver a un terapeuta. Le iría bien un poco de ayuda profesional —dijo Ed, el vampiro pelirrojo, ignorando por completo los comentarios de su compañero.

Ed tenía razón, aunque su consejo le sonó un poco extraño a Evelyn. Nunca había hecho terapia —nadie que conociera había visitado nunca a un terapeuta—, simplemente porque los humanos del siglo xxv tendían a aceptar su suerte y prestaban poca atención a su salud mental. La idea de abrir su corazón a un

extraño la asustaba.

Preferiría abrírselo a Atticus antes que a alguien que no conocía de nada.

—No necesito un terapeuta —replicó. Luego se volvió y siguió caminando.

—¿Quién era aquel chico, el que estaba con Hansel? —preguntó Ed.

Evelyn se paró de golpe. No sabía cómo ni por qué, pero aquel vampiro acababa de arrancarle las vendas con las que había intentado curar su maltrecho corazón.

«Ethan».

Pensar en él hizo que el dolor agudo volviera.

—Está intentando escapar de algo relacionado con ese chico, ¿no es así?

«¡Déjame en paz, maldito estúpido! ¡Déjame!».

—¡Eso no es de tu incumbencia! —repitió Evelyn poniéndose a la defensiva.

—Tengo la sensación de que su corazón está tratando de decirle algo y o bien está demasiado sorda para oírlo o bien prefiere no hacerlo.

—Ed, cierra el pico —le pidió Josh, el otro vampiro, a su compañero—. ¡Mantente al margen de esto! ¿O es que quieres que te maten?

Ed le lanzó una mirada.

—Esta chica es la niña de los ojos de nuestro rey. Su estabilidad mental es incluso más importante que la de él. Si ella sufre, el rey sufre.

—Viejo, te estás metiendo en un terreno pantanoso.

Ed intentó sonreírle a Evelyn, pero ella no lo miraba.

—¿Quiere hablar de ello?

«Sí, por favor», respondió ella mentalmente, pero en su lugar dijo:

—No.

—Lo único que consigue al guardárselo es castigarse.

—Lo único que harás será contarle todo lo que te diga a Atticus —replicó ella entre dientes—. Sé lo que intentas hacer. Quieres ganarte mi confianza y luego usar la información que obtengas para complacer a Atticus y... y... — Evelyn no consiguió acabar la frase.

Respiraba con dificultad y el dolor en el pecho comenzaba a ser demasiado fuerte. El recuerdo de Ethan en la habitación observándola en la cama con Atticus apareció de nuevo en su mente. Rememorar su despiadado tono de voz hizo que le dieran ganas de llorar. Pensaba que él la quería. Ella lo quería a él. Él era el motivo por el que valía la pena sufrir todo aquello. Era su rayo de esperanza en la Oscuridad en la que la había sumergido Atticus.

Había llegado a creer que su amor era algo suficientemente precioso como para soportar al vampiro, pero ¿ahora?

Había sido traicionada por el hombre al que quería.

Que te rompieran el corazón era muy doloroso.

En su mente casi estuvo tentada de jugar al juego que le había propuesto

Lucifer para pedirle que le concediera el poder de matar a Ethan.

Evelyn se relamió.

Quería ver a Ethan muerto.

Quería clavar sus uñas en el pecho de Ethan Redfern y arrancarle el corazón. Notaría su sangre caliente mientras su mano se abría paso por su piel y su carne, desgarrándolas, más y más profundamente hasta notar los latidos de aquel músculo. Quería tomarlo entre sus manos y apretarlo con fuerza hasta que dejara de latir.

Pero antes de matarlo, lo haría sufrir.

Le haría recordar los días felices que habían vivido juntos.

Le diría lo mucho que lo quería para darle falsas esperanzas.

Esperanza..., qué bonita palabra.

Cuando había esperanza, todo iba bien.

Cuando no había, no quedaban más razones por las que vivir.

Sí, le daría esperanzas, falsas esperanzas, y justo cuando creyera que podría escapar, le arrancaría el corazón del pecho.

Quería oírlo gritar.

Quería oírlo llorar y sufrir igual que ella había sufrido.

Quería pisotear su corazón y decirle que nunca lo había amado.

Quería venganza.

Su boca empezó a salivar. Muy pronto, la horripilante fantasía de su mente se volvió más sangrienta cuando la Evelyn de su cabeza se acercó al cuello de Ethan y le clavó los dientes con fuerza. La sangre empezó a manar por los orificios como un torrente.

La joven se puso a temblar y pronto despertó de su ensoñación enfermiza. Negó con la cabeza con violencia como para deshacerse de los pensamientos que la atormentaban.

«¿Qué me pasa?», se preguntó.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó Josh.

Ambos vampiros estaban consternados ante la actitud de la chica.

«¿Me estaré volviendo loca?».

—Señorita Blackburn, ¿quiere que volvamos al palacio?

—No —dijo con un hilo de voz, apenas audible—. Yo...

Intentó hablar, pero no tenía ni idea de lo que quería decir. Aunque no importó demasiado, porque, a los pocos segundos, su cuerpo empezó a inclinarse hasta que se desmayó sobre la fría hierba.

—¡Señorita Blackburn! —gritó Josh.

Instintivamente, dio un paso al frente, pero no se atrevió a agacharse para ayudarla. Atticus había dado órdenes estrictas de que nadie debía tocarla si no era una situación de vida o muerte. Que se hubiera desmayado no era exactamente de vida o muerte. Así que Josh no hizo nada, y Ed tampoco. Ninguno se atrevía a arriesgar su vida para ayudarla a levantarse.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó Ed esta vez.

—Mmm... —murmuró ella. Su cuerpo estaba tumbado sobre la hierba y no hacía ademán de intentar levantarse. Parecía contenta de estar allí tendida—. Yo... Mi cabeza... Estoy un poco mareada.

«Supongo que es por no comer durante tantos días y luego haberme cebado como un cerdo», se dijo. Aunque no se lo creía, claro. Sentía náuseas y un dolor en el abdomen que la hizo retorcerse.

—¿Señorita? —Ed fue el primero en percibir su expresión de dolor. Se arrodilló junto a ella de inmediato, sin tocarla—. ¿Está usted bien? —le preguntó.

—Sí... No... No lo sé. Dejen que me quede aquí un rato —les pidió retorciéndose de dolor de nuevo—. Supongo que es por..., ya saben, cosas de chicas humanas. Supongo que tiene que bajarme...

Ed y Josh intercambiaron una mirada.

—¡Oh! —dijeron al unísono.

Evelyn rio nerviosa.

—Pero nunca me había dolido tanto. Aunque imagino que últimamente he estado muy estresada, puede que sea normal. Denme unos minutos.

Josh se quitó la casaca, la dobló y la colocó bajo su cabeza.

Luego él y Ed retrocedieron varios pasos.

—No se duerma —le pidió este último—. Si se constipa, probablemente lo pagaremos con nuestras vidas.

—Tranquilos —respondió ella, su voz apenas un murmullo.

No podría haberse dormido de todos modos, el dolor en su bajo vientre era demasiado fuerte.

Seguramente no era muy sano que se quedara tendida sobre la hierba, pero Evelyn no sentía frío. De hecho, era agradable estar allí, puesto que le permitía calmarse tras haber reaccionado de aquella forma a las provocativas palabras de Ed.

Por instinto, llevó una de sus manos a su barriga. Los guardias la observaban desde varios metros más allá. No sabían qué hacer, al no poder tocarla sin el permiso del rey. Se preguntaron si tocar a Evelyn cuando tenía la regla pondría a

Atticus aún más furioso. ¿Se volvería más posesivo cuando ella tenía el período?

Ed y Josh no tenían ni idea. Así que se limitaron a quedarse allí como dos tontos.

Evelyn se habría echado a reír si no hubiera sido porque eso hubiera empeorado los dolores que notaba en el vientre. «¡Malditos calambres! ¡Maldito dolor de tripa!», pensó. Pero, por otro lado, le hizo gracia que hasta los hombres vampiros se pusieran nerviosos al oír hablar de la regla. A lo mejor tendría que usar esa estrategia con Atticus alguna vez... De repente, cayó en la cuenta de algo.

No había tenido la regla desde la noche del motel. Y de eso hacía ya más de un mes. «Debo de llevar algo de retraso», se dijo.

—Atticus la quiere mucho, ¿sabe? —oyó decir a Ed desde donde estaba.

El vampiro pensó que sería mejor hablarle para asegurarse de que no se quedaba dormida en el suelo.

—Todo el mundo me lo dice —respondió ella sin mirarlo.

Ed sonrió.

—No sé si hay algo de verdad en los rumores que la relacionan con lord Hansel Alexander, pero, francamente, espero que Atticus y usted acaben juntos.

«Como el maldito resto de la población —pensó Evelyn, y de inmediato notó una oleada de amargura invadir su cuerpo—. Si sólo pudiera intercambiar conmigo para hacer que tú te casaras con él... Eso sería espléndido. Parece que todo el mundo está enamorado del rey».

—Estoy de acuerdo con Ed —añadió Josh de repente, envalentonado. No le gustaba hablar delante de Evelyn por miedo a las represalias de Atticus, pero si era para halagar al rey, seguro que no le importaría, ¿no?—. Atticus la necesita y Hansel no. Si deja a Atticus, lo destruirá, será desdichado el resto de sus días.

—Me forzó, por si no lo saben.

—Lo sabemos.

—Y ¿se ponen de su parte?

—Es nuestro rey, llevamos en los genes que debemos quererlo y adorarlo pase lo que pase. Haga el bien o el mal.

—Eso no los hace muy imparciales que digamos.

—No, claro que no —respondió Ed—. Por favor, señorita, entienda que el rey intenta hacerla feliz. Aquel chico rubio, el que estaba con Hansel, es el famoso Ethan Redfern, ¿verdad?

—Si ya sabías quién era, ¿para qué me lo has preguntado antes?

—Quería estar seguro.

—Pendejo —dijo Evelyn entre dientes.

Sonaba raro cuando ella lo decía. No era habitual que dijera palabrotas. No sabía qué le pasaba ese día.

Oyó reír a Josh, pero Ed ignoró el comentario.

—Si el rey pudo apartar a un lado todo su odio por Ethan y traer al humano al palacio para que estuviera cerca de usted, ¿no cree que está intentando compensarla por sus fechorías pasadas?

Los labios de Evelyn formaron una fina línea. Ya había oído todo aquello antes. Demasiadas veces le habían recordado los esfuerzos de Atticus para hacerla feliz. Nadie dudaba de que estaba dispuesto a cambiar por ella, a hacer el bien para que ella lo viera bajo una nueva luz. Nadie era capaz de ver que Atticus siempre escogía la peor opción en el peor momento. Para haber vivido tres mil años, era un desastre cuando se trataba de autocontrol.

De repente, la joven se quedó pensativa. Sí, llevar a Ethan y a Hansel a palacio demostraba que intentaba cambiar, que quería complacerla por encima de todo y hacerla sentir bien allí. Pero había algo que no entendía, algo que no tenía sentido.

No, en realidad tenía todo el sentido del mundo.

«La gente acaba distanciándose, señorita Blackburn. Usted ya no me interesa del modo en que lo hacía antes —eran las palabras que Ethan había utilizado para romperle el corazón—. Debería dar las gracias cada vez que se abre de piernas para él, porque eso quiere decir que aún no se ha cansado de usted». Eran tan formales..., como si hubiera querido sonar distante y burlón.

Evelyn había crecido con Ethan Redfern y había estado enamorada de él desde que tenía uso de razón. Lo que la atraía de él eran su absoluta compasión y su incomparable abnegación. Era por él por lo que ella se mostraba tan recta, él la había ayudado a ser buena persona y a ver la parte buena de todo, y eso era más fácil decirlo que hacerlo.

Ethan no heriría a nadie a propósito, y menos aún a Evelyn. ¡Y vaya si sus palabras la habían herido! Ethan Redfern era la persona más benevolente y solícita que había conocido. Incluso si ya no la quería como antes, o como ella a él, nunca la trataría de forma tan presuntuosa. Su comportamiento despótico era más parecido al de Atticus que al suyo propio.

¡El rey tenía que estar detrás de todo aquello! De alguna forma, había obligado a Ethan a decir aquello. Seguro que había un motivo válido para que Ethan hubiera accedido a tratarla así.

«Deja de excusar a ese vulgar animal. Deja de aferrarte a algo que ya no

existe. Ama a Atticus, no lo trates así. No lo merece, te ama...». Evelyn volvió a oír aquella voz en su cabeza.

«No lo estoy excusando», respondió indignada. La voz no dijo nada más.

«Dios, me estoy volviendo loca...». Era el momento perfecto para reconsiderar la propuesta de Ed de que viera a un terapeuta, pero también el momento menos apropiado para pensar en ello.

Atticus le había prometido que él no tenía nada que ver con aquellos comentarios de Ethan.

¿Lo creía?

Una parte de ella lo hacía, o al menos quería hacerlo.

«Es Atticus Lamia —se dijo—. Es un mentiroso patológico. No hay ninguna barrera moral que no cruzaría. No puedo creer en nada de lo que dice. ¡La de veces que me ha mentido en el pasado! Me mintió acerca de que había dejado a Ethan libre cuando estaba torturándolo en las mazmorras; me mintió cuando me dijo que había soltado a Hansel y que estaba tan tranquilo y feliz en su departamento cuando seguramente también estaba siendo torturado...».

El flujo de conciencia de Evelyn se detuvo de golpe.

«Las mazmorras... Atticus dijo que no le tocaría un pelo a Hansel. Pero ¿y si...? ¿Y si Hansel está en las mazmorras ahora mismo siendo torturado por una bestia que responde al nombre de Atticus Lamia o por uno de sus secuaces? ¿Y si Ethan está allí con él? Puede que Atticus esté utilizando a su familia para chantajearlo y obligarlo a decirme aquellas cosas tan horribles. ¡Puede que Ethan esté ahora encerrado con Hansel! ¡Atticus Lamia, eres un gran hijo de perra!».

Se sintió estúpida por haber considerado creerlo siquiera. ¿Por qué seguía haciéndolo? ¿Qué demonios le pasaba?

«¿Por qué soy tan idiota? ¿Por qué? ¿Por qué? Regla número uno en la vida: nunca, nunca, nunca creas nada de lo que Atticus Nocturne Lamia dice. Son todo mentiras. Cada palabra suya es una mentira. ¡No se puede confiar en él! ¡Hijo de perra! Dios, si pudiera averiguar el nombre de Lucifer de alguna forma...».

La determinación empezó a crecer en el interior de Evelyn como la presión dentro de un volcán a punto de entrar en erupción. «Voy a matarlo. Mataré a Atticus Lamia. Morirá. Sea lo que sea lo que Lucifer me arrebatase si pierdo el juego, habrá valido la pena».

Apretó la mandíbula y se levantó del frío suelo. El dolor de su vientre había remitido. Sólo podía pensar en volver a su habitación, tomar aquella rosa y arrancarle todos los pétalos hasta que Lucifer apareciera. Entonces le diría su nombre. De un modo u otro, estaba decidida a ganar aquel juego y lograr la

muerte de Atticus.

Pero mientras se levantaba volvió a oír aquella voz de nuevo: «No lo hagas, por favor. Dale una oportunidad. Yo creo en él. ¿Y si dice la verdad? ¿Y si lo está intentando? ¿Quieres matar a un hombre que ha hecho por ti lo inimaginable, algo que seguramente lo destrozó? ¡El dolor que debió de sentir al traer al palacio a Ethan y a Hansel...! Puede que eso sea lo más heroico que ha hecho en la vida y el paso más prometedor en el camino hacia la redención. Y lo hizo por ti. Dale una oportunidad. Tienes que dársela».

El ritmo cardíaco de Evelyn se ralentizó.

La voz tenía razón.

«¿Y si...?».

«¿Y si...?» era una de las combinaciones de dos palabras que más miedo podía dar. Y eran las dos palabras que no paraban de resonar en la mente de Evelyn.

¿Y si...? ¿Y si Atticus decía la verdad?

Él odiaba a Ethan y ahora odiaba aún más a Hansel. Hacer que volviera a formar parte de la vida de Evelyn para que ella pudiera experimentar un poco de felicidad sería todo un sacrificio por su parte. Debía de ser el acto más abnegado que había llevado a cabo.

La chica suspiró.

«¿Y si...?».

—¿Señorita Blackburn? ¿Se encuentra mejor? Podemos pedir a la cocina que le preparen comida humana si no se encuentra bien del todo. Y tenemos muchos remedios, ¿sabe? También para dolores *mensuales* femeninos y esas cosas...

Evelyn puso los ojos en blanco ante la torpe forma en que Josh intentaba formular sus frases. ¿Qué daba tanto miedo de la regla?

—No, no quiero volver todavía. Necesito un poco más de aire fresco y tiempo para pensar.

Evelyn no se fijó en la cara de preocupación de Ed.

—Sería más feliz si se enfrentara a los problemas de frente, con valentía. Escapar de ellos y darles demasiadas vueltas es peor.

«Estamos hablando de Atticus Lamia, no existe darle demasiadas vueltas a eso, tengo que calcular muy bien mis movimientos», pensó ella. Era lo suficientemente lista como para guardarse aquellos pensamientos para sí. Si los pronunciara en voz alta, seguro que a aquel par le subirían el sueldo.

No dijo nada y echó a andar hacia el lado opuesto por el que habían venido. Odiaba tener que estar siempre pendiente de cada palabra, de cada acción. Vivir con Atticus era tan estresante... Ojalá él confiara en ella y le fuera sincero por una vez en la vida. Se lo había dicho: si quería su corazón y construir una relación o incluso un matrimonio con ella, tenía que ser honesto.

«Atticus Lamia, perro estúpido e ignorante, ¿cuántas veces tengo que decirte

que necesito ser capaz de confiar en ti antes de poder quererte? ¿Cuántas veces tengo que decirte que primero debes dejar de manipularme y de engañarme? ¿Por qué no puedes ser sincero conmigo, maldito estúpido?».

Evelyn quería pegarle a alguien.

Consideró por un momento golpear a Ed o Josh sólo para notar un subidón de adrenalina, pero se abstuvo. Aunque no podían devolverle el golpe, seguro que al pegarles se hacía más daño ella. Además, eran buenos tipos, no se lo merecían.

¿Y Atticus? La próxima vez que pudiera ponerle la mano encima, vaya si iba a descargar parte de su rabia sobre él. No podía esperar a abofetear la preciosa cara del rey.

Tardó varios minutos en calmarse. Caminaba más despacio que antes, dando un solo paso cada pocos segundos. El dolor de su vientre seguía ahí. Había disminuido, pero no desaparecido del todo.

Mientras paseaba, consideró sus opciones.

Tenía dos: confiar o no confiar en Atticus y en aquella voz que oía en su cabeza. Pero ya había confiado en él dos veces, una con Ethan y otra con Hansel, y ambos habían sufrido lo indecible por culpa de su inocencia a la hora de creer las promesas del rey.

No, no permitiría que volvieran a sufrir por ella. Evelyn prefería castigar a Atticus antes que a dos inocentes que no habían hecho nada malo. Su crimen era querer a Evelyn y dejar que ella los quisiera. Era lo mismo que con su familia. Fuera amor romántico o platónico, a ojos de Atticus parecía que todo aquel que fuera objeto del amor de la chica acababa siendo considerado un criminal que merecía ser castigado.

Era enfermizo.

«Es la última vez —pensó—. Atticus, es la última vez que te concedo el beneficio de la duda. Por favor, demuéstreme que me equivoco y que todavía puedes salvarte. Si lo que has dicho es verdad, entonces me olvidaré de Ethan y de Hansel para siempre. Seré tuya. Me casaré contigo y me convertiré en vampiro por ti y pasaré el resto de la eternidad contigo. Por favor, Dios, confírmame que parte de su antigua y dañada alma puede repararse todavía. Hazme una señal y prometo dedicar mi vida a salvarlo».

Necesitaba esperanza. Necesitaba algún tipo de prueba de que Atticus quería ser rescatado y de que era capaz de ser un buen hombre. Si había sacado a Ethan y a Hansel de las mazmorras por pura bondad, entonces ella pondría aquello en un pedestal y lo usaría como aspiración.

De lo contrario, si Atticus le había mentido y él era la motivación detrás de las palabras crueles de Ethan... Evelyn no podía imaginarse queriendo a alguien tan malvado. En ese caso, aceptaría el juego de Lucifer y le pediría que enviara a toda la gente a la que quería a un lugar inaccesible a las garras del rey.

Y luego encontraría el modo de poner fin a todo por sus propios medios.

«Por favor, Atticus, demuéstreme que no eres una causa perdida. Renunciaré a todo por ti si me demuestras que está en tu poder cambiar, ser bueno, menos egoísta...».

Hacía un rato, Josh había dicho que Atticus la necesitaba. Era verdad, lo sabía. La necesitaba y era por ello por lo que estaba dispuesta a renunciar a todas sus ambiciones, sus sueños y sus deseos para salvarlo. Y, gracias a ello, conseguir que el mundo fuera un lugar mejor.

Había llegado el momento de la verdad.

Todo cuanto necesitaba era una prueba.

No sabía exactamente en qué debía consistir dicha prueba, pero tenía una idea...

Las mazmorras.

Tenía que ir a las mazmorras para ver si Ethan y Hansel estaban o no allí.

Debía preguntarles a ellos la verdad.

Atticus le mentiría sin pensar, pero Ethan y Hansel no lo harían.

De un modo u otro, descubriría la verdad.

Esperaba que ésta coincidiera con lo que quería creer. Aunque, al mismo tiempo, ya no sabía qué era lo que quería creer.

Todo cuanto sabía era que no dejaría que nadie muriera por su culpa.

«Paso a paso —se dijo—. Ve paso a paso. La vida es un juego peligroso y Atticus es todo un veterano en el juego. Si él no sigue las reglas, entonces tú tampoco tienes por qué atenerte a ellas».

Evelyn era muy inocente. En ocasiones, lo era hasta de un modo estúpido. Parecía que la mayoría de las veces no era capaz de ver la dura realidad.

Era joven y su familia la había sobreprotegido de los vampiros, de lo malo que era el mundo real. Lo habían hecho por amor, pero ese amor desmedido había actuado en su contra, negándole las herramientas para enfrentarse a la vida.

No obstante, en todo aquel tiempo con Atticus había aprendido a lidiar con ella. En el mundo real nada era fácil, y la gente no te trataba bien sólo porque tú los trataras bien a ellos. En el mundo real sólo había dos tipos de personas: depredadores y presas. O eras uno o eras otro. No había término medio. Matabas o te mataban. Así de simple.

Evelyn era muy ingenua y optimista antes de conocer a Atticus. Hacía un año les habría pedido a Josh y a Ed de forma educada que la llevaran a las mazmorras porque creía que todo el mundo era bueno y hacía cosas por pura bondad.

Pero el mundo no funcionaba así.

Ahora, un año más tarde, y con muchas lecciones de vida bien aprendidas, ya no era tan estúpida como para pedirles a los guardias que la llevaran a donde quería ir. Sabía a quién eran leales, y no era precisamente a ella.

Para conseguir lo que quería, debía ser lista, debía ser astuta.

—Parece que tiene frío —dijo Josh—, ¿no cree que ya ha andado bastante por hoy?

—No tengo frío.

—Y ¿qué tal van los..., ya sabe..., dolores *mensuales* de..., eh..., barriga?

—Ya hace años que aprendí a soportarlos, no te preocupes —mintió. Por algún motivo, esta vez sus dolores menstruales eran mucho más intensos. Tanto que a ratos era incapaz de andar, por no hablar ya de correr—. Atticus me ha dicho que hay como unos cien miembros de la realeza viviendo en palacio. Siempre me he preguntado dónde viven todos... Llevo tiempo aquí y apenas si he

conocido a ninguno, ¿dónde se esconden?

—La mayoría viven al otro lado del palacio. Al rey le gusta la privacidad, así que guarda la mayor parte del ala este para su uso personal. Sólo algunos de sus amigos más cercanos pueden tener residencia a este lado del palacio —explicó educadamente Ed.

—¿Cómo de grande es el palacio? —preguntó ella.

—Eso no le incumbe, señorita —saltó Josh.

Evelyn se echó a reír.

—Vaya, perdone usted, señor autoridad.

—No pregunte tanto, nos va a meter en un lío.

—Sólo siento curiosidad.

—Y Hansel sólo estaba siendo amable como siempre cuando se hizo amigo suyo, y ahora mire dónde ha acabado, en...

Josh fue lo suficientemente listo como para callarse justo a tiempo antes de decir algo que pudiera costarle la vida.

—¿Ha acabado en...? —preguntó Evelyn con un grito ahogado.

—Ha acabado perdiendo todo aquello con lo que cualquier hombre sueña, y todo por usted. A la gente a su alrededor siempre le pasan cosas malas. No sé qué opina Ed, pero yo no estoy listo para enfrentarme a la ira de Atticus por su beneficio.

La chica rio.

—Supongo que es eso lo que me convierte en peligrosa, ¿no?

—Sí, es usted la segunda criatura más peligrosa de la Tierra.

A medida que Evelyn y sus dos no muy leales pero algo amistosos guardias recorrían el terreno helado, se alejaban cada vez más del ala este del palacio, hasta que al final ésta desapareció en el horizonte.

Evelyn siguió haciendo preguntas. Ya conocía algunas de las respuestas, pero se moría por conocer otras. Ed y Josh le respondían de la forma más vaga posible. Les preguntó tantas cosas que al final sólo le contestaban para ver si se callaba de una vez. La joven estaba consiguiendo derribar sus muros defensivos.

Sonrió para sí misma.

Cuanto más preguntaba, más robóticas se volvían sus respuestas; contestaban sin pensar, sin dudar, por tanto, lo que decían era la verdad, sin ningún tipo de filtro..., y eso era lo que Evelyn quería.

—¿Cuánta gente vive en palacio?

—Miles, casi doscientos lores y más de mil guardias.

—¿Ha tenido Jonah novia alguna vez, o mujer?

—No.

—¿Y Hansel?

—Muchas amantes, pero nunca mujer. Ninguno de los lores se había casado antes de que Marcus se casara con su prima.

—¿Y Atticus?

—Millones de amantes, si no más.

—¿Quién es el lord favorito de Atticus?

—Hansel. Bueno, solía serlo.

—Ahora puede que sea Jonah. O lady May Lee.

—¿Quién es May Lee?

—Una de las protegidas de Atticus, como Hansel, Jonah y Marcus. Es muy lista. Por ella ganamos la guerra. Gracias a esa chica siempre íbamos veinte pasos por delante del resto de los gobiernos.

—¿May Lee vive en palacio?

—Claro.

—¿Alguna vez ha sido novia de Atticus?

—No.

—¿Hay normas para los lores y los guardias que viven allí? Ya saben, qué pueden y qué no pueden hacer...

—Sí, muchas.

—¿Qué les pasa a los que las rompen? Me refiero a los lores..., supongo que Atticus no suele enviarlos a una prisión normal, ¿no?

—No, los retiene en las mazmorras reales, igual que a los criminales más peligrosos.

—Y ¿dónde están esas mazmorras?

—Debajo de nosotros. Son como un gran laberinto situado bajo el palacio —dijo Josh sin pensar—. Hay entradas a ellas por todo el palacio. Hay una allí, por ejemplo... —Se calló al darse cuenta de lo que estaba diciendo. Por segunda vez ese día había estado a punto de hablar demasiado.

Sin embargo, en esta ocasión no tuvo tanta suerte como en la primera. Antes de darse cuenta del peligro de sus palabras había señalado la entrada con el dedo, situada en un bosque no muy lejano. Al percatarse de ello, lo bajó de inmediato, pero Evelyn ya había visto el gesto con el rabillo del ojo. Sabía adónde había señalado. Corriendo tardaría unos diez minutos en llegar, eso si lo hacía a máxima velocidad.

Prefirió no sonreír ni hacer ningún movimiento que sorprendiera a los guardias. No reaccionó para hacer ver que toda aquella información no le

importaba tanto como lo hacía, la información que había estado esperando conseguir desde el principio.

—¿Cuál es el pasatiempo favorito de Atticus?

—Montar a caballo —dijo Ed rápidamente, como para cubrirle las espaldas a Josh.

—¿En serio? ¡Yo habría dicho coger y matar! —rio ella.

—Bueno, montar a caballo le gusta mucho.

—¿Creen que Atticus es un buen tipo? Sean sinceros.

—Sí —respondieron al unísono.

—¿Pensarían lo mismo si no fuera su rey?

—Sí.

—Interesante...

Evelyn fingió que le divertía la conversación, cuando en realidad tenía la mente ocupada intentando pensar en un modo de distraer a aquellos dos.

Nunca lograría correr más deprisa que dos vampiros.

Jamás.

Tenía que utilizar su ingenio.

«Divide y vencerás —pensó—. Un vampiro superrápido es mejor que dos vampiros superrápidos».

Evelyn Blackburn era conocida por tomar decisiones impulsivas. Si su mente le decía que una idea podía funcionar y tenía la corazonada de que así sería, se lanzaba a llevarla a cabo.

Por eso hizo lo que hizo a continuación.

—¡Au! —gritó con gran dramatismo mientras tropezaba a propósito.

De inmediato, su cuerpo obedeció a la ley de la gravedad y cayó al suelo, que no era tan mullido como la hierba sobre la que se había desmayado antes. En el terreno cubierto de nieve al que acababa de caer había muchas piedrecitas, y cuando su cuerpo perdió el equilibrio, por instinto puso las manos para amortiguar la caída. Notó las punzadas de dolor en las palmas y supo que había sido una mala idea. Las rocas más afiladas se le habían clavado en las manos y en las rodillas.

Hizo una mueca y dio rienda suelta a la hora de expresar su dolor. Lo mejor era fingir que había sido mucho peor incluso. Necesitaba que Ed y Josh se preocuparan, que temieran por sus vidas. Después de todo, ¿qué sentido tenía el chantaje si aquellos a quienes estabas manipulando no tenían miedo?

Un año antes, a Evelyn no se le habría ocurrido utilizar semejante método para obtener lo que quería. Pero ahora había aprendido que debía luchar para

sobrevivir.

—Oh, Dios... —lloriqueó.

No era la mejor de las actrices y no tenía ni idea de cómo fingir que lloraba y que resultara creíble. Así que pensó que había tenido suerte de caer y hacerse daño en las manos y las rodillas para que todo fuera más real.

—¿Está bien, señorita? —preguntó Ed.

—¿A ti te parece que estoy bien, maldición? —gritó Evelyn. Sí, un poco excesivo, pero debía convencer a aquel par de que se había lastimado de verdad y de que ellos tendrían el agua al cuello si Atticus se enteraba—. Creo que me he torcido el tobillo —murmuró en el tono más vulnerable que pudo.

Era mentira, su tobillo estaba perfectamente, pero necesitaba una excusa para no caminar.

Le salía un poco de sangre de las heridas de la mano.

—¿Puede... puede andar? —preguntó Josh.

Estaba aterrado, totalmente convencido del numerito de Evelyn.

—¿Tú crees que puedo andar, idiota? —dijo ella con brusquedad.

En silencio, para sus adentros, añadió: «Lo siento, por favor, perdóname, no eres idiota, eres buena persona, pero tengo que asustarte un poco para que mi plan funcione».

Se sentía culpable por cómo se estaba comportando, pero era absolutamente necesario.

—T-tenga... —Inmediatamente, Josh se mordió la muñeca y se la ofreció—. Esto la ayudará. Si toma un poco de mi sangre, se repondrá enseguida. Beba...

El vampiro estaba petrificado, era obvio. En sus ojos podía leerse lo que pensaba: «Por favor, póngase bien o Atticus me matará».

Pobre tipo.

«Lo siento», pensó Evelyn antes de apartarle la muñeca de un manotazo.

—¡Imbécil! —rugió en un intento de imitar la voz de Atticus y sus expresiones faciales cuando estaba furioso.

Hizo un buen trabajo. No era la clase de voz que haría que Josh se hiciera pis en los pantalones, pero tampoco era necesario. Evelyn todavía no se había dado cuenta, pero cuando se comportaba como ella misma ya resultaba suficientemente temible e intimidatoria para mucha gente.

—Yo... —El pobre Josh se puso de rodillas, temblando como un cachorro. Ed hizo lo mismo unos segundos después—. Por favor, d-disculpe...

La culpa se amontonaba en la boca del estómago de Evelyn. Se odiaba por hacer aquello, por mostrar aquella fachada insolente e irracional. Sin embargo,

dar un pequeño susto a Josh y a Ed era mucho menos dañino que dejar que Atticus siguiera torturando a Ethan y a Hansel, si es que eso era lo que estaba haciendo.

—¿En serio esperas que beba de tu sangre? ¿Es que no sabes quién soy? ¡Atticus te matará por ofrecérmela! —Negó con la cabeza simulando incredulidad—. No puedo creer que deje a idiotas como ustedes a mi cargo. ¡Son unos inútiles! ¡Los dos!

«Lo siento, no lo son. Ed, eres tan amable..., y tú, Josh, pareces un poco tonto, pero seguro que eres muy agradable. Lo siento, chicos, pero esto es necesario. Debo saber la verdad. Les prometo que le diré cosas buenas de ustedes a Atticus cuando lo vea, lo siento, perdonadme, por favor».

—Pero..., sin mi sangre, ¿cómo se curará?

—Atticus no me deja beber sangre de nadie que no sea él. Así que, adivina, bobo, tendré que beber de la suya, ¿no?

—Oh, claro, entonces ¿quiere... volver... ahora?

—Hombre, no voy a seguir de paseo con este frío y encima sangrando, digo yo —replicó cortante. Sentía tanto tratar así a aquel pobre vampiro...

—Claro, qué estúpido soy, lo siento. ¿Puede andar, señorita?

—¿Otra vez? ¡Te he dicho que no!

Parecía que, de entre los dos, Josh era el más débil. Mientras Ed sólo estaba preocupado, Josh parecía que iba a echarse a llorar como un bebé en cualquier momento y a suplicar que Atticus le perdonara la vida.

—Ed —dijo Evelyn—, hay coches en el palacio, ¿no?

—Sí...

—¿Sabes conducir?

—Sí, señorita, así es.

—Bien. Ve a por uno, conduce hasta aquí y recógeme. —Evelyn usó su tono de voz más confiado y autoritario.

Se sentía extraña al dar órdenes a un guardia real de aquella manera. Normalmente era ella la que pasaba de puntillas entre ellos y les hacía inclinaciones de cabeza cuando se los cruzaba. No sabía de dónde salía aquella repentina confianza, pero resultaba agradable. Se sintió agradecida de tener un lado mandón que desconocía.

—Sí, señorita —dijo Ed antes de volverse hacia Josh para ordenarle—: Quédate aquí y protégela. Si le pasa cualquier cosa, estamos muertos.

—Eh, no soy ningún gatito indefenso —gruñó Evelyn.

Pese a haber anticipado que Ed diría eso, no le había gustado el modo en que

se había referido a ella como si fuera una criatura desvalida.

Le parecía ofensivo que asumieran que por ser humana no sabía cuidar de sí misma.

Ambos guardias ignoraron su último comentario y Ed salió disparado a por el coche.

Josh se quedó a unos metros de ella con la cabeza alta, la espalda erguida y expresión intensamente seria. Daba la impresión de que estuviera intentando matar cualquier tipo de amenaza con la mirada.

«Y ahora, ¿cómo me libro de ti? —se preguntó Evelyn. Miró a su alrededor. No había modo de correr más que él ni de ganarle—. ¿Qué hago?».

De pronto, una idea surgió de la nada.

Miró el denso bosque que tenía a la izquierda. No estaba lejos, y podría llegar hasta allí cojeando con facilidad. No es que tuviera que cojear, pero debía hacerlo si quería que Josh siguiera tragándose su mentira.

—¿Josh? —dijo después de que Ed se hubiera ido.

—¿Sí, señorita?

—Tengo que hacer pis.

La cara de Josh tras oír aquello era todo un poema. Evelyn habría deseado llevar una cámara encima para capturar aquel instante y congelarlo para siempre. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír como una posesa.

Las mejillas del vampiro estaban de un color rojo intenso. Se había sonrojado al oír la petición de Evelyn; era obvio que estaba muy incómodo.

—Y... ¿no cree que pueda aguantarse hasta que Ed vuelva con el coche? No tardará.

—No —respondió ella tajante—. Tengo que ir ahora —dijo poniendo voz de mocosa malcriada. Necesitaba que Josh se sintiera intimidado.

—Humm... —murmuró él mirando a su alrededor en busca de un lugar en el que Evelyn pudiera aliviarse en privado. Su cara de preocupación era casi linda, parecía un niño pequeño.

Ella contuvo las ganas de sonreír. Se sentía fatal, sabía que todo aquello podría acabar metiendo a Ed y a Josh en un buen lío. Pero lo haría rápido y llevaría cuidado, y con un poco de suerte ambos tendrían tanto miedo de informar a Atticus o a sus superiores inmediatamente que le daría algo de tiempo hasta que se desatara el caos. Se prometió a sí misma que, si al final Atticus lo descubría todo, le contaría cómo había sido ella quien los había manipulado y le aseguraría que ellos no tenían culpa de nada.

Por suerte para Evelyn, la ansiedad parecía haber nublado el juicio de Josh.

—¿Qué tal ahí? —preguntó señalando el bosque a su izquierda, el mismo que había señalado antes, revelando sin querer la existencia de una puerta a las mazmorras entre los árboles. Evelyn no sabía si lo había olvidado o si no pensaba que ella lo hubiera visto señalar el lugar—. Es lo más parecido a un lavabo, y también lo más cercano.

Ella se sorprendió y se alegró a la vez de que Josh hubiera sugerido el bosque. Había planeado insistir descargando toda su artillería hasta que él accediera a acompañarla allí, pero no había hecho falta. Se lo había puesto fácil.

—¿Esperas que haga pis ahí? ¿Qué te crees que soy? ¿Un animal salvaje? —

dijo, y puso los ojos en blanco para no parecer demasiado contenta por ir al bosque y levantar sospechas.

De forma inesperada, Josh apretó la mandíbula y le lanzó una mirada matadora.

—O bien se alivia allí o espera a que volvamos al palacio. —Su voz no era seca ni agresiva, pero tampoco alegre. Evelyn estaba poniendo al pobre vampiro al límite y él estaba empezando a cansarse de su actitud.

—Bien —gruñó ella, y Josh sonrió triunfal, feliz de haberla convencido.

Recorrer el trecho que la separaba del bosque habría sido fácil de no tener que cojear, pero debía seguir con su pantomima. Dio varios saltitos poco naturales. No era el esfuerzo lo que la molestaba, sino lo lento que resultaba el proceso. Tenía que hacer que su cojera resultara creíble. Si iba demasiado rápido, Josh sospecharía. Pero no tenía todo el tiempo del mundo. Debía llegar a los árboles antes de que Ed volviera con el coche. Debía encontrar aquella entrada antes de que Josh supiera lo que hacía. Tenía que conseguir librarse de aquellos dos vampiros, capaces de correr a cien veces más velocidad que ella.

La suerte no estaba de su lado, pero Evelyn estaba dispuesta a correr el riesgo.

—Quédate aquí —le ordenó a Josh cuando habían recorrido la mitad del camino— y vuélvete. Necesito privacidad. Si te veo mirar, haré que te castren.

Josh hizo lo que ella le ordenaba y Evelyn continuó cojeando.

—Créame, señorita, no tengo intención de mirar —dijo con cara de asco—. No sé qué es lo que el rey ve en alguien tan horrible —añadió en voz baja.

Evelyn no lo oyó. Pero, de haberlo hecho, le habría dado lo mismo.

—Si hueles algo asqueroso, no te preocupes, seré yo. Creo que es por culpa del tocino que he comido antes. Me ha sentado fatal. Por favor, espera hasta que haya vaciado mis intestinos.

Era algo demasiado inapropiado y embarazoso como para revelarlo tan a la ligera, y en cualquier otro momento se habría muerto de la vergüenza, pero esta vez su plan era más importante que su dignidad.

No podía permitirse perder. Era su única oportunidad. Si decir una mentira como aquélla le permitía ganar algo más de tiempo para buscar la entrada a las mazmorras sin ser vista, entonces merecía la pena mentir.

Tras un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar que Josh seguía de espaldas, la muchacha aceleró sus pasos. Todavía no podía arriesgarse a caminar con normalidad por si él decidía girarse. No fue hasta que estuvo protegida por los frondosos árboles que se atrevió a hacerlo.

Volvió a mirar a Josh y vio que continuaba de espaldas, fiel a su palabra. Parecía totalmente ajeno a los planes de Evelyn.

Sonrió de oreja a oreja. Sus pies se movían rápidamente y sus ojos no perdían detalle para conseguir dar con la entrada a las mazmorras. Podía estar en cualquier sitio, y no tenía mucho tiempo.

¿Dónde debía de estar? Le temblaban las manos a causa del miedo y la expectación. Estaba muy asustada. Con más tiempo podría haber pensado en un plan mejor, pero las cosas habían ido así y no había vuelta atrás.

¿Dónde estaba aquella puerta? Notó cómo las lágrimas asomaban a sus ojos a medida que la frustración aumentaba con cada segundo que pasaba. El corazón le latía a mil por hora. Le habría gustado gritar.

Iba adentrándose en el bosque más y más en busca de una señal, de una pista. Sabía que las mazmorras estaban bajo tierra, y por tanto buscaba algún tipo de paso a las profundidades subterráneas. Pero no vio rastro de ninguna puerta o entrada a ningún pasadizo.

Evelyn jadeaba mientras escaneaba su entorno como un animal salvaje asustado cuando, de repente, dos fuertes manos la agarraron de los brazos con fuerza.

Ocurrió tan deprisa que su cerebro apenas tuvo tiempo de reaccionar. Su cuerpo obedeció a su instinto primario e hizo lo primero que haría cualquiera frente a un peligro: gritó.

Una mano le tapó la boca bruscamente. Fuera quien fuera aquella persona, no tenía ni idea de a quién estaba tocando. O eso, o no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le susurró su asaltante al oído.

Evelyn reconoció la voz de inmediato. En un momento de lucidez, le clavó el codo en las costillas y lo empujó para que se apartara. Su ataque ni lo inmutó, pero la soltó de todos modos. No pretendía hacerle daño.

Ella retrocedió unos pasos para poner algo de distancia entre ella y el hombre.

—¿Que qué hago aquí? —susurró—. ¿Y tú?

Jonah sonrió con suficiencia.

—La princesita de Atticus está haciendo algo que no debería estar haciendo para no variar, ¿no?

—¿Qué?

—Ya me has oído —respondió Jonah con arrogancia—. ¿Qué buscas aquí, princesa? ¿Sabe tu rey dónde estás? —Suspiró con gran dramatismo—. Gracias a Dios que no soy ni Ethan ni Hansel, porque si Atticus se enterara de que estamos solos en el bosque estarían muertos antes de que pudieras suplicar clemencia por sus vidas.

—Me das asco.

—Gracias, es un gran honor.

—¡Señorita Blackburn! —Evelyn oyó la voz de Josh llamándola. En un abrir y cerrar de ojos, el guardia la había encontrado. Se interpuso entre ella y Jonah—. ¡La he oído gritar!

Llevaba una pistola en la mano. Josh parecía dispuesto a luchar... Hasta que se dio cuenta de que el hombre que estaba con ella era Jonah Lamia. Inmediatamente, Josh hizo una inclinación de cabeza y volvió a guardar el arma.

—Lo siento, milord. Pensaba que era alguien peligroso.

Los ojos de Jonah se entornaron y pasaron de Evelyn a Josh. Su expresión no revelaba nada de lo que le pasaba por la cabeza. Los tres se quedaron en silencio

durante un par de segundos. De repente, Jonah profirió un rugido que retumbó en los troncos de los árboles, haciendo temblar sus ramas. Evelyn oyó cómo los pájaros emprendían el vuelo y pisadas de animales salvajes que se alejaban.

—¡Maldita perra!

Los ojos de Jonah ardían de rabia. Parecía una bestia furiosa. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, listo para entrar en combate, sediento de sangre.

Josh volvió a sacar la pistola, presa del pánico.

En la mente de Evelyn apareció una imagen de Atticus. «Corre —le dijo una voz—. ¡Corre, rápido! ¡Ahora!».

El corazón le latía desbocado en el pecho y la adrenalina recorría su cuerpo a una dosis insana. Su mente funcionaba a toda velocidad, todo en ella iba a mil por hora. Tanto, que parecía que el resto del mundo se hubiera ralentizado. Era como si lo percibiera todo a cámara lenta. Su cuerpo había detectado un peligro y se había puesto en modo protector.

«Corre», volvió a decir la voz.

Evelyn debería haber corrido. Pero no lo hizo.

Estaba cansada de correr, cansada de ser la víctima, de ser la presa. No, esta vez no iba a correr. Se enfrentaría al peligro de cara. Repentinamente, su corazón empezó a calmarse.

—¿Perdona? —preguntó con una voz que era de todo menos amable.

Los labios de Jonah formaron una sonrisa de suficiencia y le enseñó los colmillos.

—Ya me has oído, *perra*. —Sus ojos pasaron de Evelyn a Josh—. Y tú —rio—, oh, Atticus te va a hacer experimentar algo peor que la muerte. Esta zorra ya ha intentado proteger a demasiada gente; por muy ciego de amor que esté Atticus, ¡no permitiré que ninguna mujer juegue con él como si fuera una marioneta!

Evelyn levantó una ceja. De repente, todas las piezas del rompecabezas encajaron y entendió lo que Jonah había creído que estaba pasando. Su expresión de pánico había desaparecido y en su lugar apareció una sonrisa.

—Tú... —empezó a decir, pero no pudo seguir porque empezó a reír de forma incontrolable—. ¡Oh, Dios! ¿Has creído que él y yo...?

Se echó a reír de forma histérica y ya no pudo parar.

No se lo podía creer.

—¡No intentes manipularme, perra! —dijo Jonah.

—No lo hago. —Evelyn puso los ojos en blanco y luego apoyó una mano

sobre el brazo de Josh—. Relájate. No te va a hacer daño.

El guardia estaba temblando. Dudó un momento, pero luego decidió no bajar el arma para demostrarle a Jonah que no era una amenaza para él. Quitó el seguro con el pulgar y apuntó al pecho del protegido de Atticus.

—Milord, no sé qué es lo que ha creído que estaba pasando aquí, pero no tiene nada que ver con lo que pueda llegar a imaginar. Le debo mi vida al rey y no me atrevería jamás a poner la mano encima a algo que le pertenece.

—Mentiroso —repuso Jonah con una sonrisa torcida.

—Dice la verdad —intervino Evelyn.

—¡Tú calla, rata! ¿Es que no sabes lo destrozado que ha estado Atticus estos tres últimos días? No hablabas, no reaccionabas a nada de lo que te decía, no comías y no bebías apenas, pensaba que habías perdido la cabeza y que todo era por su culpa. ¡La de botellas de alcohol que ha consumido en estos tres días...!

—El tono de voz de Jonah iba elevándose con cada frase—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que estabas demasiado jodida como para salir de tu cuarto, pensaba que tu amantísimo chico humano había destrozado todas tus esperanzas... ¿Es ésta tu forma de vengarte? —señaló a Josh—, ¿en vez de Redfern te vengas de Atticus?

—Jonah, relájate —dijo ella con voz dulce—. No es lo que crees. No pasa nada entre Josh y yo. Necesitaba aire fresco, pero los guardias no me han dejado salir sola al jardín, así de simple. No hagas de esto algo que no es. Y, por favor, deja de insultarme, es muy desagradable.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Qué haces fuera? ¿Desde cuándo estás bien para salir? Pensaba que habías perdido el juicio después de que Redfern te rompiera el corazón.

Evelyn dudó antes de responder.

—Del modo en que lo dices, cualquiera diría que necesito una camisa de fuerza.

—Es una forma de decirlo, supongo.

—He salido de mi estado esta mañana —respondió ella.

No le dio más explicación. No le pareció apropiado mencionar el sueño en el que Lucifer se había ofrecido a matar a Atticus.

—¿Cómo?

«La promesa de Lucifer de matar al rey me ha hecho revivir», pensó para sus adentros, pero no lo dijo en voz alta.

—Eso no te incumbe.

Jonah no podía forzarla a que le dijera algo que ella no quería decirle. En otras circunstancias, seguro que la habría torturado para conseguir la verdad,

pero éstas no eran unas circunstancias cualesquiera, y Jonah tendría que pasar sobre el cadáver de Atticus antes de poder ponerle la mano encima.

—Lo que ha dicho la señorita Blackburn es cierto —terció Josh—. Quería aire, y las instrucciones del rey indican que hagamos lo que ella nos pida, siempre que eso no la ponga en peligro. Otro guardia y yo salimos a acompañarla, pero él ha ido a buscar un coche. La señorita Blackburn se cayó y nos dijo que se había torcido el tobillo. —Josh hizo una pausa para contemplar la posición ahora erguida de Evelyn sobre los dos pies, ninguno de los cuales parecía lastimado—. Aunque la verdad es que estoy empezando a dudar de la veracidad de su lesión y de lo grave que fue su caída.

Evelyn se sonrojó. La habían atrapado.

Jonah parecía divertido.

—Dime, Evelyn, ¿son las palabras de este vampiro la verdad?

Ella se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—¿Te has torcido el tobillo? ¿Cómo puedes entonces estar de pie en una postura tan equilibrada y elegante?

—Pensé que me lo había torcido —mintió—. Pero supongo que no fue más que el golpe. Ahora ya no me duele casi, no hay nada de que preocuparse.

Le sonrió burlonamente a Jonah y con cara de disculpa a Josh. Se sentía fatal por las molestias que les había causado a él y a Ed.

En el rostro de Jonah apareció una sonrisa.

—¿Es eso cierto? —Su pregunta no esperaba respuesta. Centró la atención en Josh—. Mi buen amigo, ¿por qué no dejas a la señorita Blackburn a mi cargo? Hay un asunto del que debemos hablar en privado.

El guardia pareció sorprendido ante la petición.

—Señor, mi cometido es proteger a la señorita Blackburn en todo momento y bajo cualquier circunstancia —respondió, aunque lo que quería decir era que no podía hacer eso porque no se fiaba de él y si le pasaba algo a ella no quería cargar con las culpas.

Jonah le sonrió con dulzura.

—Mi buen amigo, no era una pregunta. Ahora, desaparece.

Josh apretó la mandíbula.

—No.

—Vete o te mato.

El aire se enfrió aún más ante aquella amenaza.

—No —repitió Josh casi de inmediato. Su voz era tan agresiva como la de Jonah—. La señorita Blackburn es mi responsabilidad. No dejaré que le suceda

nada. Son órdenes del rey, lo siento.

Jonah puso los ojos en blanco.

—Vete de aquí, chico. No dejaré que le pase nada a esta perra. Atticus es mi amigo además de mi rey. Y esta cosita es la niña de sus ojos, ¿crees que no lo sé? En cualquier caso, de aparecer algún peligro, ¿quién te parece que es más capaz de protegerla?, ¿tú o yo? Piénsalo, chico, está más a salvo conmigo.

—Pero el rey me encomendó a mí la tarea de protegerla, por tanto, es mi responsabilidad.

—Dios, ¿es que te da miedo enfrentarte a la ira de Atticus? No te preocupes, si le pasa algo a esta escoria, yo me haré responsable. No soy del tipo de persona que deja que otros paguen por sus errores, no te apures.

La expresión de Josh era dura, pero parecía confundido acerca de lo que debía hacer.

—No mentía cuando te he dicho que si no te vas te mataré —prosiguió Jonah—. He sido amigo de Atticus durante tres mil años, no me encerraré en la mazmorra por matar a un simple guardia como tú, sin ofender. Deja que te lo explique de forma sencilla: ¿prefieres vivir o morir? ¿Sabes que soy capaz de matar de la manera más agónica y tortuosa posible con tan sólo mis manos?

Josh miró a Evelyn.

—¿Qué desea usted que haga, señorita Blackburn?

La mano con la que el guardia sostenía el arma era firme.

Evelyn notó unas gotas de sudor en la frente. Su expresión era la de un cordero antes de ser degollado.

—Está bien, por muy despiadado que sea, no creo que tenga intención de matarme —respondió confiada. Sus ojos se encontraron con los de Jonah—. De ser así, Atticus no querría ser amigo suyo nunca más, y creo que eso sería peor castigo que la muerte.

Complacido por el tono de provocación de la chica, Jonah juntó las manos y le sonrió al guardia.

—Genial. Ahora, muchacho, vete de aquí. Yo me encargaré de llevar a la señorita Blackburn a sus aposentos sana y salva dentro de un rato.

Josh pareció dudar al principio, pero una última mirada matadora de Jonah lo hizo decidirse. Sumiso, inclinó la cabeza y se apresuró a irse.

Tan pronto el guardia se hubo ido, la sonrisa de Jonah fue sustituida por un ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Evelyn. Parecía enojado.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya te lo he dicho, he salido a pasear.

—No me mientas, perra. Yo no soy Atticus, no puedes jugar conmigo como lo haces con él. Dime la verdad. No tienes ni idea de lo desagradable que puedo hacer que sea tu vida.

—Primero, será mejor que dejes de llamarme perra. Segundo, no intentes intimidarme, hay poco que puedas hacer contra mí. Atticus te mataría, ambos lo sabemos. Y tercero, mi vida ya es bastante desagradable, no creo que haya mucho que puedas hacer para empeorarla.

—Oh, créeme, puedo hacer que sea diez veces peor. ¿Recuerdas a tu hermana? Nora, ¿verdad? Verás, Nora es una chica muy guapa, y parece que me tiene un especial cariño. Siempre que la veo me mira con esos ojos que parecen decir «tómame y cógeme». Y debo decir que, al contrario que tú, ella me prende bastante. No me importaría hacerle un par de cosas sucias y terriblemente dolorosas.

—¡Mantente alejado de mi hermana!

—¡Pues dime qué estás tramando!

Evelyn casi gritó. Exceptuando a Atticus, Jonah era la persona más irritante del mundo. Pensó por un instante si decirle o no la verdad.

Al final decidió que daba igual. Al menos, Ed y Josh se librarían de su castigo. Jonah había dicho que se aseguraría de que no les ocurría nada. Además, tampoco estaba haciendo nada malo. Sólo quería saber la verdad. Si Atticus hubiera sido sincero con ella desde el principio, le habría ahorrado, y se habría ahorrado él mismo, muchos problemas.

—¿Buscas la entrada a las mazmorras? —sugirió Jonah antes de que ella hubiera acabado de tomar su decisión. La arrogancia extra en su voz convenció a Evelyn de que ya sabía la respuesta a su pregunta. Por tanto, mentirle sería una pérdida de tiempo.

—Sí —respondió sincera. Aquel vampiro era demasiado listo.

—¿Para buscar a Hansel?

—Sí.

—Bien —sonrió él—, vamos.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Evelyn. Como tienes tantas ganas de ver a Hansel, seré tu hada madrina, sólo por hoy, y te concederé lo que quieres.

—¿Estás borracho? —sugirió ella.

Jonah se apartó de su lado y echó a andar sin responder a su pregunta.

Acto seguido, ambos caminaron por el bosque en silencio. Jonah parecía

poco interesado en mantener una conversación con la persona que más odiaba en el mundo, y Evelyn lo intuía. Se arrebujó en su abrigo y se apresuró a ir tras él.

Era difícil seguir el ritmo de un vampiro, incluso aunque éste caminara despacio. Las piernas de Jonah eran largas y potentes; las de Evelyn, cortas y... humanas.

Cuanto más se adentraban en el bosque, más altos eran los árboles y más frondosas las hojas de aquellas criaturas productoras de oxígeno. Sus densas copas creaban una especie de toldo que bloqueaba los rayos del sol. El bosque era cada vez más oscuro.

En su mente, la muchacha se preguntó qué clase de árboles serían. Los que había en casa de sus padres solían perder las hojas con la llegada del otoño.

—Date prisa —le ordenó Jonah al ver que se quedaba atrás.

Ella resistió la tentación de tomar una piedra y tirársela a la cabeza.

Unos cinco minutos después, Jonah se detuvo frente a un árbol muy alto, de tronco bastante ancho y cubierto de abundantes hojas verdes. Por mucho que lo intentara, Evelyn no conseguía ver nada especial en él.

—Has dicho que me llevarías a ver a Hansel. ¿Dónde están las mazmorras?

—Aquí.

—¿Qué? ¿Por dónde se entra? —preguntó dando una vuelta de 360 grados sobre sus pies.

No veía puertas ni construcciones más allá de los árboles que pudieran dar acceso a un mundo subterráneo.

Jonah sonrió y dio un paso hacia el tronco. Pasó un dedo por la corteza en busca de algo mientras Evelyn lo miraba con una expresión confundida. Pronto pareció encontrar lo que buscaba y apretó un trozo cubierto de musgo que se asemejaba al panel de una puerta corrediza.

Un segundo más tarde, ella vio que era exactamente eso, una puerta corrediza. Se quedó atónita. Ni en un millón de años habría esperado que la entrada al lugar más peligroso de la Tierra estuviera camuflada en un árbol.

«Un punto por tu creatividad, Lamia».

De repente se alegró de haberse topado con Jonah, porque, de lo contrario, podría haber pasado el resto de su vida en el bosque sin dar con aquella puerta.

—Atticus es muy astuto. No hace que a su enemigo le resulte fácil atacarlo. ¿Por qué crees que es el líder del mayor imperio que ha conocido este planeta? —Jonah dijo eso con orgullo mientras metía la mano en el tronco del árbol. Al instante, apareció un halo de luz que se extendió por el húmedo y mohoso suelo del exterior—. Vamos.

Evelyn intentó echar un vistazo a la puerta, ahora iluminada. El interior del tronco estaba revestido de un metal, hierro quizá, y una línea de fino cristal descendía en espiral por él. Era la barandilla de una escalera.

—Detrás de ti —dijo Jonah apartándose para dejarla entrar.

—G-gracias, muy caballeroso por tu parte.

—No me las des. Te dejo pasar porque tengo que cerrar la puerta. No me gusta confiar tareas así, por simples que sean, a idiotas como tú —replicó él con su habitual brusquedad.

Aun así, debía de ser el gesto más amable que había tenido nunca con Evelyn.

—Por mí, bien —dijo ella adentrándose en el interior del tronco—. No me has traído aquí para matarme, ¿no?

—No me tientes.

Evelyn andaba muy despacio, tanto que Jonah la seguía a apenas unos centímetros. Se estaba impacientando. La joven notó el frío que emanaba el cuerpo del vampiro.

Jonah murmuraba por lo bajo, invitándola a ir más deprisa, pero ella no le hizo caso, en parte porque no quería —ese modo de hacerlo enojar era demasiado agradable y probablemente la única forma de vengarse de él—, pero también porque no podía.

Era obvio que los peldaños de la escalera de caracol que descendían hasta las mazmorras se habían construido para inmortales que sobrevivirían a una caída de cientos de metros. En otras palabras, aquella escalera era peligrosa: los escalones triangulares estaban demasiado juntos, y resultaba demasiado empinada.

—¿No puedes ir más rápido? —le preguntó Jonah por quinta o sexta vez en los últimos dos minutos.

—No quiero caerme —respondió ella aminorando todavía más a propósito—. ¿Este lugar ha pasado la inspección de seguridad?

—¡Y yo qué sé! —replicó él—. El inspector estiró la pata antes de poder decirme el resultado de su informe. Murió al caer por esta misma escalera.

Evelyn tardó unos buenos cinco segundos en darse cuenta de que bromeaba. Aun así, se aferró más fuerte a la barandilla. Odiaba eso.

Jonah rio con amargura.

—Las mazmorras están diseñadas como un laberinto. En cuanto entres, no intentes separarte de mi lado o escapar, y no hagas ninguna estupidez. ¿La gente encerrada ahí? Está ahí por algo, son criminales peligrosos. Si crees que Atticus es malo, no quieras saber lo que hay ahí abajo.

—¿Qué clase de criminales?

—No creo que quieras saberlo.

—¿Criminales de Australia? ¿Lobos, gente que se rebela contra Atticus...?

—Te he dicho que no creo que quieras saberlo.

Evelyn puso los ojos en blanco ante la superioridad de la voz de Jonah.

—¿Por qué tienen a tantos criminales juntos en el mismo sitio? ¿No es más peligroso tener a asesinos en serie y quién sabe qué más en un mismo recinto, debajo del palacio en el que viven el rey y la mayor parte de su corte?

—Primero, los miembros de la realeza tienen residencias aquí, pero eso no quiere decir que vivan siempre aquí. Los que tienen permitido quedarse son sólo los que Atticus quiere que estén aquí todo el año, como yo. Al rey no le gusta tener a gente sin cerebro, sin nada que ofrecerle, merodeando por su casa. Y, segundo, ¿qué hay de malo en mantener a todos los criminales bajo un mismo techo? Es práctico. ¿Tendría más sentido dividirlos y repartirlos por el mundo?

—Sí.

Jonah se echó a reír.

—Tú, Evelyn Blackburn, eres un claro ejemplo de la estupidez humana. Gente como tú, patéticos idiotas, causaron la caída de la humanidad. Si fueran más listos y un poco menos codiciosos, supongo que seguirían reinando sobre la Tierra.

—¿Por qué somos codiciosos? Si no tenemos nada, mientras que los vampiros como tú lo tienen todo. Trabajamos duro para ganarnos cuanto tenemos.

—No siempre —murmuró él mientras Evelyn seguía hablando.

—Y es egoísta e inmoral que gente como tú o como Atticus, que causan tanto daño a millones de personas, lo tengan todo. Las hambrunas, la pobreza y las torturas a la gente de mi raza son todo cosa suya. Es asqueroso cómo pueden comportarse de forma tan altiva y luego tener a seres humanos en jaulas, tratarlos como a seres sin alma sólo para alimentarse con su sangre.

—Nunca bebería algo tan vomitivo como sangre de una de esas granjas de humanos, la prefiero fresca —respondió Jonah con orgullo—. Y no nos pongamos a discutir sobre ética porque nunca ganarías. No es que tus antepasados del siglo XXI fueran mucho mejores que nosotros. Es el típico caso de sólo ver la paja en el ojo ajeno.

—¿Qué? —preguntó Evelyn confundida por la metáfora.

Como era habitual, Jonah simplemente la ignoró. Unos pasos más abajo, la chica notó una mano en su hombro.

—Hemos llegado —anunció el protegido y amigo de Atticus.

El puño de Jonah golpeó unos ladrillos de la pared. Igual que había sucedido con el árbol, no había nada fuera de lo común en aquel muro. Pero pronto se oyó un ruido, y entonces, de repente, los ladrillos empezaron a desplazarse para

revelar un túnel oscuro como boca de lobo. Ni un tímido rayo de luz iluminaba el pasadizo.

Una brisa helada surgió de su interior y a lo lejos comenzaron a oírse gritos ahogados reverberando en las paredes.

—Escondido a la vista de todos —anunció Jonah orgulloso—. Idea de Atticus. Genial, ¿no?

Por la forma en que alababa al monarca, quedaban claros la admiración y el amor infinito que le profesaba.

Evelyn lo miró fascinada hasta que él la atrapó. A veces se planteaba si el amor que Jonah sentía por Atticus debía de ser algo más que puramente platónico y filial. ¿Estaría enamorado de él?

—¿Qué pasa? —preguntó éste con brusquedad—. ¿Es que te has prendado de mí también?

Evelyn ignoró el medio insulto, medio comentario jocoso negando con la cabeza.

—¿Cuántos pasadizos secretos hay bajo el palacio?

—Más de los que se puedan contar. El único que sabe cuántos son en total es Atticus. —Jonah suspiró—. Vamos, peligro, vayamos a ver a Hansel.

—Entonces ¿está aquí de verdad?

Evelyn se había quedado sin aire.

—¡Claro! ¿Creías que Atticus iba a dejarlo suelto por ahí? Hansel casi cometió traición cuando se enamoró de ti, no finjas que no lo sabes. Su amor por ti es algo tan prohibido como tu amor por Ethan. Por mucho que Atticus quiera hacerte feliz y por mucho que quiera a Hansel como a un hijo, el rey es un hombre y tiene su orgullo. ¿De verdad eres tan tonta como para pensar que no castigaría a Hansel sólo porque tú no quieres que lo haga?

Evelyn se hundió.

Se sentía igual que cuando su mundo se había derrumbado por primera vez, cuando Marcus apareció en su casa y anunció que el rey quería que se trasladara al palacio. Aquella había sido la primera vez que había experimentado la sensación de que le robaban todos sus sueños y sus esperanzas.

No debería haber confiado en las palabras de Atticus. Debería haber sido más lista, era más lista, pero había algo en el modo en que le había prometido que no le tocaría un pelo a Hansel que resultaba tan convincente que le había hecho querer darle otra oportunidad y creer... en el mismísimo demonio.

—Atticus me prometió que no le haría daño. Por favor, dime que estaba siendo sincero, dime que no está torturando a Hansel del modo en que torturaba

a Ethan... ¡Por favor, Jonah, dime que no es verdad!

Él miró a la pobre muchacha humana que tenía delante. Por un momento, su expresión cruel habitual se tornó en una de compasión. Pero sólo por unos segundos. Si Evelyn llegaba a notar aquel cambio se hubiera dado cuenta de que, en cierto modo, Jonah se compadecía de ella.

—Lo siento. Atticus te mintió.

La muchacha se puso a temblar.

El dolor habría sido más intenso si no hubiera sido ya prácticamente insensible después de que Ethan le hubiera roto el corazón hacía tres días. Todavía no se había recuperado de aquello y no estaba lo suficientemente fuerte como para soportar emociones tan fuertes. Aun así, el dolor que estaba sintiendo era atroz.

Jonah avanzaba por el túnel. Ella iba delante con la mano del vampiro en su hombro, agarrándola tan fuerte que casi le hacía daño. Se preguntó si lo hacía por protegerla o para asegurarse de que no iba a hacer ninguna estupidez como intentar escapar.

Quiso decirle que le quitara la mano de encima; su tacto era frío y no ayudaba a evitar la carne de gallina que ya notaba en los brazos. Las mazmorras eran un lugar muy gélido. Sin embargo, finalmente no lo hizo, porque en aquel lugar tan lúgubre notar su mano era casi reconfortante.

Cuanto más avanzaban, más claros y altos eran los gritos de dolor. Evelyn temblaba como un animal antes de ser sacrificado. Había algo allí que la hacía sentir incómoda, fuera de lugar.

El corazón le latía tan deprisa a causa del miedo que le pareció que iba a partirse en dos. Y eso que todavía no había visto a ningún prisionero. Lo único bueno de aquella situación tan horripilante era que había supuesto una distracción a los pensamientos de hacía un momento sobre el nuevo engaño de Atticus.

Su cuerpo estaba alerta. Sabía que se encontraba en una situación de peligro, y por eso las sensaciones más mundanas se habían apagado. En todo cuanto su cerebro podía concentrarse ahora era en sobrevivir.

El pasillo por el que avanzaban era muy oscuro, tanto que no se veía si era un pasillo o una sala. Evelyn no veía los muros que limitaban el espacio. Todo cuanto sabía era que iban en la buena dirección porque Jonah la guiaba con la mano en su hombro.

—Relájate —le susurró él—. Nadie te va a hacer daño, princesa. Aunque me encantaría poder encerrarte en una celda con uno de esos depravados, no lo voy

a hacer. Si tú murieras, una parte de Atticus moriría contigo, y yo nunca podría hacerle eso.

Jonah había acabado de hablar apenas cuando, sin previo aviso, un brazo largo y esquelético apareció de la oscuridad acompañado de un lamento aterrador, perturbando la atmósfera oscura y sombría. Jonah apartó a la chica con rapidez de aquella criatura empujándola hacia delante.

—Avanza —le ordenó—. No intentes ver más allá de la oscuridad. Aquí abajo hay cosas bastante asquerosas. Nunca olvidarías lo que has visto.

De inmediato, Evelyn cerró los ojos, pero no antes de haber entrevisto a un ser inhumano de ojos amarillos, acechantes, como de gato, con las pupilas muy pequeñas. Sus dientes eran como dos hileras de afilados cuchillos, parecidos a los de un tiburón. Su piel era más blanca que los huesos. La criatura era macilenta, raquítica.

El miedo que sentía hizo que su corazón bombeara tanta sangre de golpe por todo su cuerpo que tuvo la sensación de que iba a explotar.

—Avanza —insistió Jonah con voz firme.

—¿Q-q-qué era eso?

Fuera lo que fuera lo que Evelyn había visto, no era humano, ni siquiera parecía un vampiro..., era algo de otro mundo.

—Un extraterrestre —confesó Jonah.

—¿Un qué?

—Alguien de otro planeta. Llegaron a la Tierra hace tiempo, pero eran débiles y estúpidos, y Atticus acabó con casi todos sin pestañear. Mantenemos a algunos con vida aquí abajo para experimentar con ellos —respondió él con rapidez—. Ahora, cierra el pico.

—Un momento, ¿qué...?

—Princesa, no te preocupes, no es asunto tuyo. Deja que Atticus se ocupe de los problemas del mundo. Tú ni siquiera tienes idea de cómo es.

Jonah le puso la otra mano sobre los ojos mientras se oían más gritos y más sonidos inhumanos en todo tipo de lenguas.

Los labios de Evelyn temblaban. Quería salir de allí. Había algo en aquellos aullidos, en aquellas voces atormentadas, que la hacía sentir mareada.

—No te harán daño. Hay guardias por todas partes —dijo Jonah—. Y en cuanto a las criaturas encerradas aquí, no te apiades de ellas. Merecen su castigo, son criminales. Son seres dementes y malignos. Atticus le hace un favor al mundo teniéndolas aquí encadenadas y aisladas.

Evelyn no tenía ni idea de si con eso Jonah intentaba defender a Atticus o

consolarla a ella.

—¿Sabes? —añadió él—. Algún día, si a Atticus se le pasa esa maldita obsesión que tiene contigo y te ve como a la vil perra que eres, me encantará encerrarte en una de estas celdas. Es aquí donde deberías estar, con estos demonios. No mereces en absoluto su amor.

Recorrer los aterradores y oscuros pasillos de las mazmorras reales no era agradable, pero la idea de ver a Hansel hizo que Evelyn consiguiera soportar la experiencia. Aunque los gritos de los prisioneros la hacían estremecer.

Cuando ya estaban cerca de la celda, la joven oyó a Jonah decir algo en otra lengua por un aparato electrónico. Se preguntaba cómo era posible que llegara la señal a tanta profundidad.

Había guardias vestidos de negro escondidos entre las sombras. Evelyn quiso preguntarle a Jonah si no le contarían a Atticus que los habían visto juntos allí abajo, pero decidió confiar en el vampiro. Era más viejo que ella, mucho más inteligente, y era obvio que le importaba mucho Hansel.

Jonah estaba ansioso por hacérselo pasar mal a ella, por verla sufrir, pero no así Hansel. Y si Hansel estaba bien, a la joven no le importaba sufrir todo tipo de castigos.

El vampiro de pelo rizado se encontraba en una celda más grande que el resto. Jonah estaba al mando de la guardia real, y por tanto era él quien controlaba las mazmorras. Se había asegurado de encerrar a Hansel en una de las zonas más tranquilas y había hecho todo lo que estaba en su mano para hacerle la estancia lo más cómoda posible dadas las circunstancias. Jonah no sabía si Atticus había estado de acuerdo con ese trato de favor o si simplemente le daba igual. El rey todavía quería a Hansel, Jonah estaba seguro de ello.

Había cuatro hombres en su celda. Los cuatro eran agentes especializados en torturas. No dudaban a la hora de burlarse y provocar a Hansel haciendo referencia a su antigua gloria. Algunas de las cosas que decían eran muy dolorosas. Pero no, no eran los insultos dirigidos hacia su persona los que más le dolían, pues éstos pasaban por sus oídos como una brisa. En cambio, las referencias a su traición lo atravesaban como un cuchillo de carnicero.

Lo destrozaba oír cómo no paraban de recordarle que Atticus lo había salvado y que él a cambio lo había traicionado por una chica. Esas palabras eran mucho más difíciles de soportar que las palizas, las balas, el agua drejana que lo

forzaban a beber. El dolor físico sólo alcanzaba la carne, pero el dolor psicológico atormentaba su mente. Las heridas del cuerpo se curaban con el tiempo; de las mentales no era tan fácil recuperarse.

Hansel tenía las manos apretadas formando puños por encima de la cabeza. En la mazmorra flotaba un nauseabundo olor acre a sangre, sudor y orina. Supuso que era de noche. Aquello era un cambio de escenario radical desde sus días en su bonito departamento, en las mansiones con hermosas mujeres, de rodillas ante él o entre sus piernas.

«Me lo merezco —pensó—. Me lo merezco. Hice lo impensable. Traicioné a Atticus, mi creador, mi rey, sólo por deseo. Merezco este dolor y más. Soy un traidor y un cobarde. Debería haber resistido a la tentación. No debería haber cedido ante mis sentimientos. Soy débil... Merezco ser castigado».

Levantó la vista y miró la celda a su alrededor. Deseaba que Atticus lo dejara allí por los siglos de los siglos. Quería ser castigado.

Hizo una mueca de dolor, pero no por los cuchillos o las balas que atravesaban su cuerpo, de un lado a otro, mutilando sus músculos y parte de sus órganos. No, era porque se odiaba a sí mismo por haber traicionado a quien sólo le había mostrado bondad. Y lo peor era que no se arrepentía de ello.

Los guardias siguieron burlándose de él. Hansel estaba a punto de desmayarse. Sus heridas no paraban de sangrar, se negaban a curarse. Sintió vergüenza de sí mismo. La cabeza le colgaba entre los hombros y tenía el cuerpo cosido a balazos.

No levantó la vista cuando las risas cesaron. Aunque no oyó los pasos de sus torturadores alejándose, notó su ausencia. De nuevo lo habían dejado con su propia soledad y sus desgracias. Cerró los ojos y sonrió, agradeciendo el dolor que sentía.

—¿Hansel? —oyó un rato después.

La voz le resultaba familiar. Era dulce, amable, melodiosa. Notó una ola de calor invadir su cuerpo, como si lo hubiera tocado un ángel. «Ya vuelvo a alucinar», pensó. Le pasaba a menudo. El agua dreyana tenía un extraño efecto sobre su cuerpo.

—Hansel —oyó decir de nuevo, pero esta vez fue más bien un gemido. Luego, un grito ahogado—. Hansel, yo... lo-lo-lo siento... —El ángel tartamudeaba. Había dolor en su tono de voz. Cada vez que hablaba y se le quebraba la voz era como si alguien le propinara una patada en el estómago.

Quería tanto a ese ángel...

Su amor por él era algo prohibido, algo que jamás podría ser consumado por

culpa del mundo en el que vivían y de los destinos que la providencia había escogido para ellos. Querer a ese ángel no tenía sentido. No había esperanza para ellos, no tenían ningún futuro, pero, aun así, Hansel no podía evitar amarlo. Se había enamorado demasiado y demasiado rápido de la chica que nunca podría ser suya.

No obstante, no se arrepentía de ello.

Quería a Evelyn.

Le daba igual si ella no le correspondía.

Le daba igual que nunca fuera suya.

Todo cuanto quería era que ella fuera feliz.

Cuando de verdad querías a alguien, lo que hacías era anteponer a esa persona incluso a ti mismo. Dejabas a un lado tus propias ambiciones con la esperanza de darle a tu amor un futuro mejor, una vida llena de dicha.

Eso era lo que Hansel había intentado hacer, y ahora estaba pagando las consecuencias de sus actos.

Pero le daba igual.

De repente, el corazón se le desbocó en el pecho al sentir el tacto de una cálida mano en la mejilla. Ya no le importaron el dolor ni la soledad. Cuando levantó la vista y vio los ojos azules que veía en sueños, una sonrisa recorrió su rostro y su mundo se iluminó de nuevo.

Evelyn estaba allí, delante de él, agachada y con los ojos llorosos.

—Yo... lo siento..., Hansel, yo nunca... Lo siento, debería haber venido antes. Yo tengo la culpa. Yo pensaba que... —tartamudeaba.

La mano con la que tocaba la mejilla del vampiro temblaba sin cesar. Sus labios estaban muy cerca, y Hansel nunca había sentido tantas ganas de besar a nadie. Todo lo que quería en ese momento era acercar sus labios a los de ella y besarla, hacerla feliz. Quería eliminar su dolor y que ella eliminara el suyo propio.

—Evelyn—susurró en un tono de voz dulce y tierno pero muy débil.

Deseaba tocarla, romper las cadenas que lo inmovilizaban, pero no podía. No se había dado cuenta de ello antes, pero ahora notó sus miembros pesados y rígidos. Su cuerpo estaba frío.

No estaba muriendo, pero su organismo iba apagándose poco a poco. Las células de su cuerpo se estaban sofocando. No lo habían alimentado en tres días, y todas las torturas le habían pasado factura.

Pero eso no evitó que intentara librarse de sus cadenas. Quería tocarla, estrecharla entre sus brazos.

—Evelyn —volvió a murmurar.

Sus ojos se iluminaron cuando los labios de ella formaron una leve sonrisa. Era forzada, pero el corazón de Hansel dio un salto al verla.

«¡Soy una idiota! ¡No se merece esto! ¡No se merece nada de esto! ¡Tendría que estar yo en su lugar! ¡Es por mi culpa! ¡Todo es por mi culpa! Yo debería estar siendo castigada y no él...», gritaba el subconsciente de Evelyn. Las manos le temblaban a causa de la rabia. No podía creer que Atticus le estuviera haciendo aquello a Hansel.

Le habría gustado tomar al monarca por el cuello y decirle lo mucho que lo odiaba por haberle mentado y por hacerle eso a su amigo, pero antes de que su mente pudiera embarcarse de una de sus fantasías, Hansel dejó escapar un gemido de dolor apenas perceptible.

El cuerpo y la mente de Evelyn habían estado tan concentrados en él que se había olvidado de la presencia de Jonah, que le quitaba las cadenas. El cuerpo de Hansel estaba tan acostumbrado a la posición en la que había estado colgado que el movimiento le dolió. Su organismo no tenía fuerza para sostener su propio peso.

Antes de que Evelyn entendiera lo que pasaba, el cuerpo de Hansel se derrumbó. Instintivamente, ella alargó los brazos para sostenerlo. El contacto hizo que su ropa se manchara de sangre, pero le dio igual.

—Hansel —susurró su nombre. Le pasó la mano por el pelo.

Sus rizos estaban llenos de sangre, pegados a su cara. Pero a ella no le importaba. Se sentó y puso la cabeza de él en su regazo para soportar su peso. Le acercó su cuello.

—Bebe —le pidió.

Había visto lo pálidos que estaban sus labios y sabía que necesitaba sangre.

Evelyn nunca le había ofrecido su sangre a un vampiro. Jamás había considerado la posibilidad de dejar voluntariamente que un vampiro bebiera directamente de las venas de su cuello. Pero el hombre en sus brazos era Hansel y lo quería, platónica o románticamente, daba igual.

—Evelyn —dijo él, y a ella le sonó a música celestial.

—Bebe —insistió la chica.

—No, me niego.

—¡Pero si te mueres de dolor! —chilló ella—. Por favor, bebe, cúrate.

—Dios... —murmuró Jonah a su espalda. Un momento después apareció una bolsa de sangre junto a Evelyn—. Perdón por destrozar un momento tan romántico, pero me ponen enfermo. —Señaló la bolsa—. Bolsa de sangre,

mucho mejor que tener tu sangre corriendo por las venas de Hansel.

—Gracias —dijo ella en un susurro, y se sonrojó al pensar en lo embarazosa que su proposición le habría parecido a Jonah. Debía de haberse reído al ver que volvía a hacer cosas estúpidas sin pensar.

Pero no podía evitarlo, su mente estaba consumida por la visión de los labios casi blancos de Hansel y sus heridas, que no paraban de sangrar. Sabía que necesitaba sangre y no le importaba darle de la suya.

—Tienen diez minutos —dijo Jonah con cara de asco—. Pero quiero que acaben con esto. Considérenlo una despedida definitiva. —Sus ojos se desplazaron de Evelyn a Hansel, así que la chica no estuvo segura de para quién se suponía que era la despedida—. No me hagan arrepentirme de esto. Tengo a gente falseando lo que graban las cámaras de seguridad. No tienen mucho tiempo.

En el momento en que dejó de hablar, salió de la celda y cerró la puerta.

Evelyn agradeció que hubiera una ventana que daba al mundo exterior y que por fin pudieran tener algo de privacidad.

—Toma —susurró, y le acercó la bolsa de sangre a Hansel.

Ni se inmutó al verlo rasgar el plástico con los colmillos y empezar a succionar.

Estaba hambriento.

Le pasó la mano por el pelo.

En unos segundos, se había terminado toda la bolsa y exhaló hondo.

Evelyn vio cómo sus heridas empezaban a sanar.

—Lo siento —repitió.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó Hansel medio riendo, su voz todavía débil—. No tienes nada por lo que disculparte. Debería ser yo quien lo hiciera por no darme cuenta de lo mal que te estaba tratando Atticus. No puedo creer que tardara tanto en ver que es un monstruo. Siento no poder protegerte de él.

—No lo sientas. —La mano de Evelyn bajó hasta su mejilla. Tenía la piel fría y rígida. Sus ojos se encontraron y ella apoyó la frente contra la de él. Le rodeó aún más la cintura con el brazo—. No, éste es mi destino. Es lo que el destino ha escogido para mí.

Sus débiles brazos la estrecharon. Sus manos tocaron la gruesa tela de su abrigo. Evelyn se sintió atrapada, sofocada. Pero no por el abrazo de Hansel, sino por su ropa. De repente notó muchas ganas de sentir la mano de él en su piel desnuda. Su cuerpo deseaba ser acariciado por alguien que no fuera Atticus, por alguien bueno y compasivo que no la amenazara con matar a la gente a la que

quería ante cada acto de desobediencia.

Se acercó más a Hansel. Era tan agradable estar en sus brazos... En ese momento de silencio, sus preocupaciones desaparecieron al son de su respiración y al tacto de su frente fría contra la suya.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Mejor que tú —bromeó ella, y él rio.

La estrechó más contra sí y abrió los ojos. Su mirada verde apagada encontró la azul de ella. Antes sus ojos brillaban con una luz especial. Ahora, después de por todo por cuanto habían pasado, ambos habían perdido aquel brillo. Pero en ese instante, al estar juntos, ambos sonrieron.

—Siento lo de Ethan —dijo Hansel—. Jonah me lo ha contado.

Evelyn tragó saliva.

—Así que es verdad, no lo dijo porque siguiera las órdenes de Atticus...

—Bueno, no soy el asesor favorito del rey en estos momentos y desconozco sus planes diabólicos, pero, por lo que sé, se sorprendió al oír lo que había dicho Redfern, no era propio de él.

Ella forzó una sonrisa.

—Supongo que me equivoqué. Pensaba que me quería, que nuestro amor era más poderoso que cualquier cosa que pudiera sucedernos, pero imagino que me equivocaba. —Rio con tristeza—. Qué humillante, ¿no? Cómo me he pasado todo este tiempo luchando por ser libre para estar con él, y él, al final... —Evelyn bajó la vista.

Hansel la atrajo hacia sí.

—No te merecía.

—Ojalá me hubiera dado cuenta de ello antes de aquella noche en la cabaña, antes de acostarme con él. —Evelyn apretó la mandíbula y sus puños se cerraron como consecuencia de la oleada de furia que la invadía—. Ojalá lo hubiera sabido. Creo que no me arrepiento de nada tanto como de aquella noche. Ni siquiera me arrepiento tanto de haber conocido a Atticus como de aquella única noche con Ethan. —Miró a Hansel a los ojos—. Ojalá no me hubieras ayudado. No deberías haberlo hecho, así nunca habrías caído en desgracia. —Le acarició la piel macilenta con el pulgar—. ¿Por qué, Hansel? ¿Por qué lo hiciste? Sé que Venecia quería que nos ayudaras, pero... ¿por qué accediste? Si sabías que Atticus se enteraría tarde o temprano y te castigaría, ¿por qué ayudaste a Venecia a liberar a Ethan para que se encontrara conmigo aquella noche? ¡Fue un suicidio!

—No lo hice por Venecia. Sí, me dijo que si conseguía juntaros a ti y a Ethan

aquella noche contribuiría a que el universo fuera un lugar mejor al salvar millones de vidas, pero no sé cómo ni por qué. A decir verdad, pese a que sé que es muy astuta y poderosa, no entiendo cómo una noche podría cambiar tanto las cosas. No me lo dijo y no me interesaba tanto como para insistir. Todo lo que sabía era que tú eras desgraciada y que quería verte feliz. Si contribuir a un encuentro entre tú y Red-fern era lo que te haría menos desdichada ni que fuera por una noche, me pareció bien ayudar. No me importaron, ni me importan, las consecuencias; mereció la pena.

—¡Pero lo perdiste todo!

—No importa, tú fuiste feliz.

Evelyn se mordió el labio. Las lágrimas empezaron a asomar a sus ojos, pero las reprimió. No quería mostrarse débil ante Hansel para que no se preocupara por ella.

—¡Eres un idiota! —le dijo sin pensar, acercándose a él.

Sus miradas se cruzaron.

Los labios de Hansel formaron una fina línea por un momento y luego parecieron torcerse, como si se estuviera librando una batalla en su mente.

—El amor nos hace hacer cosas idiotas. —Y antes de que ella pudiera reaccionar, añadió—: Te quiero, Evelyn. —Lo dijo muy rápido, como si no quisiera dar tiempo a su valentía para que flaqueara y aquella verdad permaneciera escondida para siempre.

Ella se quedó sin aire.

Lo que pasó entonces fue algo sin precedentes.

Evelyn no sabría decir cuál de los dos se acercó antes al otro, pero una fracción de segundo más tarde, sus labios se fundieron en un tierno beso.

Amor.

¿Cómo se quiere a alguien?

¿Qué diferencia el amor del deseo?

¿Cómo de lejos se está dispuesto a llegar por amor?

La mano de él descansaba sobre el pelo de ella y la de ella sobre el de él.

Él la acercó y ella hizo lo mismo.

Su beso fue como ningún otro. Empezó despacio, labios contra labios, casi inocente. Pero luego, a medida que ambos saborearon por primera vez la pasión escondida en sus subconscientes, se hizo más profundo y comenzaron a besarse desesperados, hambrientos.

Evelyn notó un calor en el pecho y su corazón se aceleró. Notar los labios de Hansel contra los suyos no estaba bien, pero... sentía que era lo correcto.

Era peligroso, ambos eran conscientes de ello.

No debían besarse, lo sabían.

Estaban arriesgando sus vidas por aquel pequeño aunque placentero gesto y lo sabían.

Deberían haberse apartado, era lo que debían hacer, pero no podían.

Permanecieron abrazados. Evelyn deseaba quitarse el abrigo. Quería sentirlo cerca. Ambos estaban poniendo en juego mucho más que sus propias vidas, pero ninguno de los dos quería parar.

En ese momento, una explosión de calor, de dicha y de alegría invadió el pecho de los amantes. Era por instantes como ése por lo que merecía la pena vivir.

Las normas estaban hechas para saltárselas. La felicidad estaba al otro lado de las barreras que los enclaustraban. A veces había que luchar por lo que uno quería, jugárselo todo a una carta, disfrutar de la felicidad que uno merecía.

Sin embargo, por muy encantador que resultó el momento, también fue la primera grieta en la fina capa de hielo que cubría el océano de desgracias en el que se encontraban Hansel y Evelyn.

Segundo a segundo, el tiempo pasaba. Con el otro entre sus brazos, a ninguno de los dos parecía importarles. Hacía mucho que Evelyn no sentía aquella especie de delirio de felicidad.

El beso la había dejado sin aliento.

Hansel la había dejado sin aliento.

Se aferraba a él como si su mente dependiera de ello.

Cuando por fin se separaron un poco, la muchacha estaba sin aliento.

Su corazón cabalgaba desbocado en su pecho. Sus pulmones se expandían y se contraían, luchando desesperadamente por obtener todo el oxígeno que su cuerpo necesitaba.

Hansel sonreía orgulloso. El corazón de Evelyn se había acelerado por él. Él era el motivo de su mirada seductora. Con el pulgar, le tocó la mejilla, resistiendo el impulso de volver a sumergirse en sus divinos y adictivos besos. Quería que ella recuperara el aliento primero.

La chica tenía las mejillas sonrosadas y sus labios hinchados por los besos resultaban aún más apetecibles. Hansel deseaba tomar uno de aquellos carnosos labios entre los suyos y mordisquearlo. No obstante, no podía hacerlo sin caer en otra espiral de deseo que conduciría a una nueva sesión de besos salvajes. Notó cómo el calor y la necesidad aumentaban en su interior. Quería tocarla, quería obtener más de ella, pero no podía hacerlo. No era ni el momento ni el lugar.

Se mordió los suyos propios.

—Te quiero —repitió.

—Yo... —Evelyn abrió la boca.

Por un momento, Hansel pensó que ella iba a decirle las mismas dos significativas palabras, pero justo en ese instante se vieron interrumpidos. Hansel nunca llegaría a saber si Evelyn había querido decirle que lo quería en ese momento.

El sonido de unas manos aplaudiendo lentamente rebotó en las paredes manchadas de sangre de la celda. Junto a la puerta había una sombra alargada. Hansel se quedó helado.

La silueta pertenecía a alguien de bastante altura. Al principio pensó que se trataba de Atticus, y en un acto reflejo, sus brazos rodearon la cintura de Evelyn. No dejaría que le hiciera daño, ya no. Aunque le costara la vida, la protegería del monstruo que era Atticus Nocturne Lamia.

Hansel profirió un rugido amenazador.

—Relájate —dijo una voz familiar—. Sólo soy yo.

La cara de Marcus apareció entre las sombras. Hansel dejó escapar el aliento

que no sabía que estaba conteniendo. Su corazón se calmó, pero no aflojó los brazos que estrechaban a Evelyn protectores. Jonah estaba detrás de él. Su expresión era seria y tenía un ojo morado, aunque se estaba curando con rapidez.

Hansel hizo una inclinación de cabeza en señal de respeto. Marcus Valerio era el primer vampiro al que había convertido Atticus, y casi tan viejo como el propio rey; era posiblemente el segundo hombre más poderoso de la Nación Vampírica. Sus ojos se posaron en Evelyn. Su expresión era ilegible. Sin duda había presenciado la sesión de besos apasionados e inapropiados entre ambos.

Hansel esperó que Marcus dijese algo al respecto, pero no lo hizo.

—Parece que es tu día de suerte, Hansel —dijo tranquilamente sin un atisbo de agresividad en su voz, en su expresión facial o en sus gestos—. Lo siento si he interrumpido algo... íntimo entre ustedes.

Sin muchas ganas, los brazos de Hansel dejaron de rodear la cintura de Evelyn. Se puso de pie con dificultad para dejar un poco de espacio entre ambos.

—Pensaba que estabas en Australia. No sabía que habías vuelto.

Sus ojos se posaron en Jonah por un momento.

Este último tenía la cabeza gacha y daba la impresión de estar asustado.

—Bueno, parece que las noticias no vuelan precisamente aquí abajo.

Marcus caminó hacia el lugar donde Evelyn estaba sentada en el suelo con los ojos muy abiertos y le tendió la mano. Su mirada era fría.

Ella tragó saliva e intentó apartar el miedo de su mente. Éste la hacía tomar decisiones irracionales sin medir las consecuencias. Ahora, el miedo y la irracionalidad eran dos lujos que no podía permitirse. No con lo que estaba en juego. Miró a Hansel.

Sabía lo que tenía que hacer. Debía culparse por todo para protegerlo, costara lo que costara. No deseaba tomar la mano de Marcus, pero se tragó el orgullo y le permitió que la ayudara a levantarse.

—Gracias —le dijo con una expresión igual de ilegible que la del vampiro.

Miró a Jonah. ¿Sería eso lo que éste había planeado al llevarla allí? ¿Era por eso por lo que había accedido a ayudarla? Se mordió el labio al pensarlo. Resistió la tentación de apretar los puños, pero el deseo de violencia la quemaba por dentro. «Traidor... —dijo para sí—. ¡Pensaba que eras amigo de Hansel! ¡Pensaba que te importaba su bienestar!».

—Jonah no sabía que estaba aquí —dijo Marcus con calma—. Y no pongas esa cara, querida, deberías alegrarte de que sea yo el que haya aparecido y no Atticus. Si hubiera sido él, esto se habría convertido en un baño de sangre en el mismo momento en que sus labios se tocaban. —Los ojos de Marcus se posaron

en Hansel. Le lanzó una mirada llena de ternura, pero sólo duró unos segundos —. ¿En qué estabas pensando? ¿No sabes que ella es intocable? ¡Serás estúpido...! ¡Conseguirás que te mate a ti y a la mitad de su familia si no aprendes a controlar tus malditos deseos!

Evelyn pestañeó ante la ira que la voz de Marcus transmitía. Su rostro era del todo inexpresivo, pero su voz era aterradora. Le pareció raro verlo fuera de sí. No le pegaba nada, pues habitualmente el hombre era un dechado de buenos modales. Llevaba un traje negro entallado; parecía la viva imagen de la ley y la justicia. Su aura le recordó a Evelyn a la de un dios.

Notó un escalofrío. Eso era exactamente lo que le había parecido Atticus el día que lo conoció. Le había parecido bueno y amable, pero eso había sido antes de descubrir que podía ser sádico y brutal.

—¡No ha sido culpa suya! —Evelyn salió en defensa de Hansel—. ¡Yo lo he besado! Si quieren acusar a alguien, acúsenme a mí. Que Atticus haga lo que quiera conmigo, me da igual. Puede encerrarme aquí con sus prisioneros y sus extraterrestres, no me importa. Puede que hasta lo pase mejor que en la habitación silenciosa en la que me tiene encerrada de todos modos.

La mirada de Marcus se posó ahora en la chica. Sonrió un poco y le dio una palmadita en la cabeza, como si fuera un adorable cachorro.

—Me recuerdas tanto a Alice... Las dos están tan dispuestas a defender a sus amantes que resulta casi enternecedor. Si no la quisiera tanto y no fuera el hombre a quien ha sido infiel, incluso sentiría compasión por ella. Pero soy el hombre que la ama y a quien pertenece, así que siempre que sale en su defensa, me enfurezco más. —Le dio un golpecito a Evelyn en la cabeza con los nudillos—. Atticus es igual. Si yo fuera Atticus, lo que acabas de decir habría firmado la sentencia de muerte de Hansel.

Evelyn abrió la boca de par en par.

—¿Se lo vas a decir? —Vio una estaca en el suelo, al otro lado de la habitación, lo suficientemente afilada como para atravesar el traje de diseño de Marcus, su carne de vampiro y llegar a su corazón. Le tembló la mano. Quería esa estaca—. ¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Para juzgarnos a Hansel y a mí por tener voluntad propia y negarnos a vivir como las marionetas de Atticus? ¿Lo haces para vengarte porque Alice no te quiere?

La sonrisa de Marcus no desapareció.

—No tengo intención de hacerles daño ni a ti ni a Hansel. Por extraño que te parezca, no todos los vampiros somos seres sedientos de sangre. No voy a contarle nada a Atticus, no te preocupes.

—No te creo.

Marcus se encogió de hombros.

—Tu fe no tiene ningún efecto sobre mí. —Volvió su atención hacia Jonah—. Siento lo del ojo, amigo, nada personal. Te he ofrecido hacerlo por las buenas y no has querido.

—No debería haberte atacado primero —murmuró Jonah.

Evelyn se estremeció al oír lo débil que sonaba la arrogante voz de Jonah en presencia de Marcus. Por muy educado que este último pareciera, no pudo evitar sentir miedo del hombre que conseguía transformar al despiadado Jonah en un cachorrillo asustado.

—No, no deberías haberlo hecho.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Hansel de pronto.

—Vivo aquí.

—Pero Atticus te había enviado a Australia, ¿sabe él que has vuelto?

Marcus sonrió de nuevo. Su mirada alegre contrastaba con su tono severo al hablar.

—Atticus lo sabe todo. Es imposible esconderle nada.

Evelyn notó un nudo en el estómago. Eso había sonado a amenaza velada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella esta vez.

—He venido a ver a Hansel.

Esperó a que ampliara algo más la respuesta, pero cuanto más le sonreía Marcus, más segura estaba de que sólo le iba a proporcionar contestaciones simples.

—¿Has visto a Alice? —preguntó a continuación.

La sonrisa de Marcus desapareció y no respondió. En su lugar, se dirigió a Jonah.

—Saca a la chica de aquí —dijo—. Quiero algo de tiempo a solas con Hansel. Espérame en la entrada.

—¿Qué? —exclamó Evelyn asustada, los ojos quemándole a causa de la humillación—. ¡No pienso ir a ninguna parte!

—No le haré daño.

—¡No te creo!

—Querida, de todos los miembros de la realeza, es precisamente en mí en quien deberías confiar. Soy el bueno de la película.

«Hansel es el bueno, es el único de ustedes con un poco de bondad», pensó ella. Pero, en vez de ello, respondió:

—Los hombres buenos no se llevan a las chicas de sus casas sin su

consentimiento.

—¿Todavía me odias por lo de Alice? ¿Cuántas veces debo repetir lo mucho que la quiero y que nunca le haría daño? Y, no, no le he hecho nada. Pese a su infidelidad, nunca le pondría la mano encima.

—Si fueras bueno, la dejarías ir.

—Querida, he dicho que soy bueno, pero no que sea un santo. Soy un hombre, después de todo. Tengo mi orgullo, y tengo mis derechos y mis esperanzas y deseos. A la gente buena le pasan cosas malas todo el tiempo. Acepta la realidad y despierta de una vez de tu sueño de color de rosa.

—Crear que los humanos no deberían ser tratados como esclavos no es un sueño de color de rosa. Nuestra libertad es tan importante como la suya.

—La libertad es una mentira, una ilusión. Una idea que sus antepasados crearon para sentirse mejor. Los humanos nunca fueron libres cuando se gobernaban a sí mismos, y ahora tampoco lo son. La única diferencia es que nosotros los vampiros tenemos la decencia de ser honestos. Sus preciados líderes humanos los mantienen en la inopia distrayéndolos con su estúpida cultura popular y sus medios de comunicación para que compartan sus estúpidas opiniones, para que crean que importan. ¿Es eso lo que tú y el chico Redfern quieren con tanto ahínco? ¿Una vida en la que se les engaña para que crean que son libres cuando no lo son? —La voz de Marcus era fría como una piedra. Parecía una serpiente siseando. Sus ojos estaban negros de odio.

Inconscientemente, Evelyn dio un paso atrás.

Hansel cruzó la celda y le puso al vampiro una mano en el pecho.

—Ya basta.

Pero Marcus lo ignoró por completo.

—Te voy a contar un secreto, Evelyn. Antes de conocer a Atticus, tú no eras nadie. Tu vida empezó a importar cuando el rey se fijó en ti. Él es la única persona en el mundo capaz de dar sentido a las vidas de la gente. Y si alguna vez se cansa de ti, entonces dejarás de importar. Alégrate de haber llamado su atención. Una vida con Atticus es mejor que vivir esa peligrosa ilusión que vivías.

—No me digas cómo debo sentirme.

—Sólo te lo aconsejo. —Volvió a sonreírle con ternura—. Ahora, vete.

Evelyn notó la mano de Jonah en el codo. Quiso protestar, pero se dio cuenta a tiempo de lo inútil que sería hacer el esfuerzo. Miró a Hansel por última vez con deseo antes de ser arrastrada fuera de la celda.

Marcus esperó varios segundos hasta que dejó de oír los pasos de la chica y de Jonah antes de recorrer la distancia que lo separaba de Hansel. Su puño chocó contra la mejilla de éste. El vampiro más joven ni siquiera pestañeó. Marcus tuvo cuidado al pegarle: no quería que le manchara el traje de sangre.

—¿En qué demonios estabas pensando? —rugió con el rostro contraído de furia y los ojos saliéndosele de las cuencas—. ¿Quieres que los mate? ¡Porque es así como van a acabar tú y la chica si Atticus se entera de esto!

—Pero no se va a enterar porque tú no se lo vas a decir —susurró Hansel.

Tenía la cara muy cerca de Marcus y su expresión era igual de desagradable.

Marcus dio un paso atrás y se pasó la mano por el pelo. Parecía dividido ante la complejidad de la situación.

—Estamos hablando de Atticus. Se enterará tarde o temprano. Hansel, eres hombre muerto. —Enterró la cara entre las manos—. Fui yo quien te encontré y fui también yo quien le suplicó a Atticus que te convirtiera... Con todo lo que está pasando, no podrías haber escogido un momento peor para presionarme más todavía.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo. —La expresión de Marcus era severa, pero enseguida se dulcificó—. Si Atticus se entera, no habrá nada que Jonah o yo podamos decir a tu favor para salvarte. Quiere a esa chica más que a su vida, Hansel. ¡Éste es el peor acto de traición posible!

—Lo siento —repitió él.

—¡Atticus te quiere! Eres como un hijo para él, y... espero que me equivoque y nuestro rey no sea capaz de matar al chico al que crio.

—Atticus es capaz de todo si tiene que ver con Evelyn. Si ella me quiere, se encargará en persona de matarme.

Marcus negó con la cabeza.

—No, todavía hay esperanza. Puedes demostrarle que tu vida tiene valor para que te la perdone.

Él rio siniestramente.

—Y ¿cómo hago eso?

—Redimiéndote de tus pecados.

—¿De qué modo?

—Dándole algo que quiere más que a Evelyn. Dándole algo que ha estado buscando toda su vida.

Hansel frunció el ceño confundido.

—Escucha —prosiguió Marcus—, si haces exactamente lo que yo te diga, puede que haya un modo de salvarte y de salvarla a ella. Pocas cosas hay que le importen más a Atticus que Evelyn, pero las hay. Puede que la quiera más que a su vida, pero hay cosas que quiere más que a una simple chica humana. Sería capaz de renunciar a ella por algo.

La expresión de Hansel no era exactamente amistosa.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Lo que estoy a punto de decirte es secreto de Estado. No puedes comentarlo con nadie en absoluto. ¿Lo entiendes? Si lo haces, me ocuparé de arrancarte el corazón con mis propias manos.

«¿Hay algo que Atticus desee tener más que a Evelyn?», se preguntó Hansel antes de asentir con la cabeza.

La superficie estaba helada. El viento frío rodeó a Evelyn y a Jonah cuando emergieron de las mazmorras. Mientras que al vampiro parecían no molestarle las dolorosas ráfagas de aire gélido, ella tuvo la impresión de que mil cuchillas le perforaban el cutis. Tembló y se arrebujó en el abrigo. Estaba impaciente porque Marcus saliera y pudieran irse.

Jonah se negaba a mirarla.

—¿Qué hacía Marcus ahí? —le reclamó ella. Su furia iba en aumento, como un volcán a punto de entrar en erupción—. ¿A qué clase de juego enfermizo estás jugando? ¿Lo habías preparado todo?

Se abalanzó sobre él y empezó a golpearle el pecho con los puños, sus ojos encendidos de furia.

Él ni siquiera pestañeó.

—No sabía que Marcus iba a aparecer.

—No te creo.

—¡Me da lo mismo! —rio él—. Nunca traicionaría a uno de los míos, y Marcus tampoco. Así que no te preocupes por ese pequeño incidente de antes, princesa. Se quedará allí abajo. Los labios de Marcus están sellados y los míos

también. —Su cara se transformó antes de exclamar—: ¿En qué demonios estabas pensando de todos modos? ¿Es que todavía no conoces a Atticus? Si hubiera sido Atticus el que los hubiera atrapado y no Marcus, ¿Hansel habría muerto antes de que tuvieras tiempo de gritar siquiera! ¿Por qué lo has besado? ¿Es que no has pensado que al hacerlo ponías su vida en peligro? ¿Vale la pena morir por un beso?

El rostro de Evelyn era del todo inexpresivo, no quería que Jonah supiera lo que estaba pensando. Pero en su mente, la respuesta a su última pregunta era un rotundo «sí». Valía la pena. Y Evelyn sabía que, si se lo preguntaba a Hansel, él le daría la misma respuesta. Merecía la pena morir por ese beso. Sus labios seguían calientes e hinchados. Una oleada de calor la invadió, y casi agradeció el viento frío a su alrededor cortándole y enrojeciéndole la cara para que no se notara.

Los labios de Jonah formaron una sonrisa torcida al ver que ella no respondía.

—Sólo hay ciertas cosas que Atticus será capaz de soportar a partir de ahora. No es un gatito con el que puedas jugar, ¿sabes? Si sigues provocándolo así, acabará por no poder más y entonces serás tú quien termine hecha trizas, no yo. En serio.

—No lo estoy provocando.

—Oh, no, claro que no...

Jonah suspiró y su expresión facial se dulcificó.

—¿Quieres a Hansel?

El pulso de Evelyn se aceleró al oír eso. ¿Lo quería? No respondió. No podía. No quería. Porque, si la respuesta era sí, entonces pondría en peligro mucho más que su propia vida. Por mucho que odiara a Ethan en esos momentos, sabía que Atticus le había hecho daño por culpa de su amor. No quería repetir el mismo error con Hansel.

Por suerte para ella, en ese instante apareció Marcus. Con rapidez, Evelyn escaneó su traje en busca de manchas de sangre. La consoló no encontrar ninguna y consiguió liberar el aliento que había estado conteniendo. Pero eso no hizo desaparecer el miedo de su estómago. Porque que no hubiera pruebas del enfrentamiento no quería decir que no se hubiera producido.

Marcus le sonrió. Ella iba a abrir la boca cuando éste se dirigió a Jonah:

—¿Por qué no vas e informas a Atticus de que he vuelto? Y dile que me gustaría mucho que me organizara una fiesta de bienvenida esta noche. He oído que Alejandro también está aquí desde hace unos días. Hace mucho que no reúne

a todos los miembros de la realeza bajo el mismo techo. ¡Los he extrañado, malditos bastardos!

La voz de Marcus era casi tan autoritaria como la de Atticus. Jonah asintió, sumiso, del mismo modo en que lo haría si Atticus le hubiera dado una orden.

—De paso te llevaré a tu habitación.

Evelyn tardó un momento en darse cuenta de que Jonah hablaba con ella.

—No, mejor, ¿por qué no acompaño yo a la chica? —terció Marcus—. Tenemos mucho de que hablar, estoy seguro.

Ella tragó saliva. No la atraía la idea de volver con Jonah más de lo que a él le gustaba estar en su presencia. Seguro que le haría un tercer grado en el camino de vuelta antes de liberarla por fin a la seguridad y privacidad de su habitación. Pero ¿Marcus? Lo miró. La sonrisa amable en su rostro la hizo estremecer. Algo le decía que estaría más segura con Jonah.

Sin embargo, antes de que pudiera tomar una decisión, este último asintió y en menos de un segundo ya había desaparecido, dejándola sola con Marcus. ¡Qué típico! Cuando quería librarse de Jonah no había modo de hacerlo, y ahora que prefería contar con su presencia, él se escabullía como un cachorro asustadizo. Evelyn casi estuvo a punto de preguntarle a Marcus cómo lo conseguía para usar el mismo truco la próxima vez que quisiera librarse de Jonah.

—Llevo muchos años vivo —explicó él al leer su expresión de curiosidad en su ceño fruncido—. Fui uno de los primeros. Jonah debe mostrarme respeto. — En un gesto caballeroso, señaló el palacio—. Espero que no te importe andar. Pediría un coche, pero necesito aire fresco y me gustaría hablar contigo. Sería un inconveniente tener a un chófer escuchando lo que decimos. Todo el mundo aquí trabaja para Atticus, y lo que digamos en su compañía acabará por llegar a oídos de él.

—No me importa —contestó ella.

—Genial.

Caminaron a paso humano, cosa que Evelyn agradeció enormemente. Su corazón ya había sufrido demasiados sobresaltos en las últimas horas, por lo que si encima debía forzarse a caminar a ritmo vampírico le daría un ataque.

—Bien —dijo Marcus tras unos minutos de silencio—. ¿Qué le vas a decir a Atticus?

La chica tragó saliva nerviosa. La ansiedad se apoderó de ella, pero se limitó a encogerse de hombros. Tras todo lo que había pasado, se había olvidado por completo de la proposición de matrimonio de Atticus hasta ese mismo instante.

Marcus le dirigió una mirada curiosa y añadió:

—Hacen una pareja formidable. Atticus y tú son como dos amantes salidos de un cuento de hadas. Él es la bestia salvaje y tú su bella, el halo de luz que lo guía para que salga del laberinto de maldad que lo tiene atrapado.

Evelyn casi se echó a reír. ¿Ella, su halo de luz? Pensó de nuevo en la oferta de Lucifer y en lo tentada que estaba de aceptarla, en cómo había manipulado a Ed y a Josh para conseguir que la llevaran hasta las mazmorras y en aquel beso irracional con Hansel. No se sentía como un halo de luz que fuera a sacar a nadie de un laberinto de maldad, sino tan mala y despiadada como Atticus. Tal vez se le estuviera pegando. Sus intenciones eran buenas, pero todo cuanto tocaba ardía, como si estuviera maldita. Era como una enfermedad que debiera evitarse. Era más seguro dejarla sola y aislada. Por eso prefería mantenerse a distancia de Alice y se resistía a hacerse amiga de las criadas del palacio. Era mejor que estuvieran lejos.

—Ser bueno no quiere decir hacerlo todo bien —dijo Marcus—. Se te permite tener instantes de debilidad. Ningún héroe está libre de defectos. No es malo tener sentimientos y tomarte un momento para considerar tus propios intereses. Tú ya haces mucho por Atticus simplemente estando viva. Le haces más bien del que crees.

Evelyn lo miró.

—¿Me has leído el pensamiento?

—No, simplemente es que se me da muy bien interpretar a la gente. Tus pensamientos estaban escritos en tu cara, querida. No te preocupes, en cierto modo, tú y yo somos familia, no le contaré nada a Atticus.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

A Evelyn no acababa de gustarle Marcus. Le parecía demasiado bondadoso. La única persona de palacio que había sido bueno con ella era Hansel. Era extraño que otra persona lo fuera también. Tenía la sensación de que jugaba con ella.

—Eres la prima de Alice, y yo su marido. Somos familia, y los miembros de la misma familia deben ayudarse.

Parecía tan sincero que la joven casi se sintió mal por dudar de él. Pero el hecho de que hablara en un tono empático no significaba que Evelyn fuera a abandonar sus sospechas tan fácilmente.

—Soy amable contigo porque te tengo lástima —añadió él—. Alice me ha hablado mucho de tu amor por Ethan, me había comentado su preocupación antes de que Atticus me enviara a Australia. Las únicas veces que podemos

hablar de algo que me hace sentir que desea remotamente mi compañía es cuando hablamos de ti, porque le interesa conocer mi opinión con respecto a Atticus. Supongo que debería agradecerte esos pequeños momentos de felicidad marital con Alice.

—¿Eres bueno conmigo porque a Alice le gusta hablar contigo de mí?

—Por eso y porque me apiado de ti. —Le puso una mano en el hombro con cautela y le dio algo parecido a una palmadita fraternal—. Atticus quiere asfixiarte para su propio beneficio. Jonah es un perro ladrador al que le encanta herir los sentimientos de la gente. Hansel está desesperadamente enamorado de ti, pero ese amor hace que sea peligroso para ustedes pasar tiempo juntos. Todo el mundo en este lugar te teme o tiene una opinión desfavorable de ti. Debes de sentirte muy sola.

El corazón de Evelyn se encogió y sus labios temblaron ligeramente. Le habría gustado poder acurrucarse y llorar, porque Marcus tenía razón: se sentía muy sola. El peso de sus problemas era demasiado para sus hombros y no había nadie en quien pudiera confiar. Todo cuanto deseaba era que alguien la escuchara, la abrazara y le dijera que todo iba a ir bien, aunque fuera mentira.

Marcus había dado en el clavo.

—Puedo prestarte mi hombro si quieres dar rienda suelta a todas esas emociones. No soy como Jonah, no voy a burlarme de ti.

Evelyn negó con la cabeza. No, había llorado demasiadas veces en los últimos meses. Tenía que ser fuerte. Ya era hora de que tomara un poco de pegamento y uniera todos los pedazos de su corazón roto. Seguía viviendo bajo el mismo techo que Atticus y debía estar fuerte para poder sobrevivir.

—¿Entiendo que tu respuesta a su petición de mano es algo así como un... «no»?

—No lo sé, ¿puedo decir que no?

—Puedes decir lo que quieras.

—¿Crees que su orgullo soportará ese golpe? Si lo rechazo, quiero decir.

—Su ego es lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

—Si dijera que no, ¿qué crees que pasaría? ¿Me dejaría ir? —preguntó ella en tono sarcástico. Le hacía gracia pensarlo. Pero nunca iba a pasar.

—A lo mejor lo haría si viera lo desgraciada que eres. Te quiere más de lo que crees, ¿sabes? Puede que te parezca egoísta, pero si tuviera que escoger entre su vida y la tuya, felizmente moriría por ti. Creo que es muy posible que te deje ir algún día.

—Dices exactamente lo contrario que Jonah.

—Jonah adora a Atticus como si fuera un dios, mientras que yo lo veo como a un amigo. Además, hace más tiempo que lo conozco. Yo sé cómo era antes de que la Oscuridad empezara a controlarlo. —Le dio una palmadita a Evelyn en la espalda, como para consolarla ante lo que estaba por venir—. Sé lo que pasó en aquel motel. Te hizo daño, ¿verdad? Te ha hecho cosas horribles, imperdonables.

Evelyn sintió un escalofrío. Asintió con la cabeza.

—Ése no era el verdadero Atticus —dijo Marcus.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo sé. Te ha hablado de Mira, ¿no?

Ella asintió.

—Mira era mi hermana.

—¿Qué? —Evelyn dejó escapar un grito ahogado y de repente se detuvo—. ¿Tú eres... el hermano pequeño de Mira?

Marcus asintió con una sonrisa.

—El mismo.

—Pensaba que estabas muerto. Creía que...

—Atticus me convirtió en vampiro. Fui el primero al que convirtió, de hecho. Es divertido, porque la historia implica mucho alcohol y dos docenas de soldados borrachos. Bueno, no fue divertida entonces, pero al mirar atrás ahora es una buena batallita que contar. ¿Por qué no le pides un día que te la cuente? Le encantaría.

—Puede —murmuró Evelyn.

—Es muy bueno contando historias. Atticus es un hombre muy carismático, ¿sabes? De hecho, la mayoría de los lores, incluido yo, encontramos divertidísima la capacidad que tiene para animar hasta la fiesta más aburrida. Aun así, pierde todo su carisma contigo. ¿No es curioso? El hombre más poderoso y deseado no sabe cómo hacer para que la chica a la que ama lo mire dos veces.

—Lo haría si no fuera tan cruel.

—Siempre había creído que era esa faceta de chico malo lo que atraía a las mujeres.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Acabas de comparar a Atticus con un chico malo? A mí me parece más bien la personificación de la maldad salida de lo más profundo del infierno.

Marcus estalló en genuinas carcajadas.

—Le recomendaré que pase más tiempo en contacto con su ángel interior cuando lo vea. A lo mejor hasta le regalo un halo para Navidad. Oh, y añadiré unos *shorts* de licra y unas alitas para completar el *look*. Podría ir volando a tu habitación y bailar para ti, ¿te gustaría?

—No.

—Sí, te gustaría, no mientas. Durante un tiempo, Atticus fue uno de los mejores *strippers* de Las Vegas.

—¿Atticus fue *stripper*?

Marcus asintió.

—¿No te lo ha contado? Las mujeres solían pagarle millones para que bailara para ellas. ¿Cómo crees que amasó su inmensa fortuna? Era uno de los tipos más *sexis* de la ciudad.

Esta vez, Evelyn no pudo reprimir las ganas de reír y empezó a carcajearse ante la visión de Atticus bailando frente a una viejecita ricachona, en calzoncillos, mientras ella se sonrojaba como una adolescente.

—Pídele que te haga un bailecito alguna vez. —Marcus le dio un codazo divertido—. Seguro que estaría más que feliz de hacerlo.

—*Stripper*... —Evelyn se echó a reír de nuevo.

—No le digas que te lo he contado.

—No lo haré, tranquilo.

Marcus observaba a la joven mientras ésta reía al pensar en Atticus haciendo de *stripper*.

—Es esa faceta suya la que debería mostrarte más a menudo. Su lado humano —añadió—. Ese idiota está tan obsesionado con hacer que la gente lo vea como a un dios invencible sin nada que temer que se le olvida que no puede tratarte a ti como a sus campesinos. No eres una más de sus súbditos, se supone que tiene que tratarte de igual a igual.

—Parece que tienes muchas opiniones formadas acerca de nuestra relación.

—La mayoría de las conjeturas provienen de mi relación con Alice. Nosotros nos perdimos en la tormenta que se formó entre ambos; odiaría que les pasara lo mismo a ti y a Atticus. No sé si sería capaz de soportar otro desengaño.

—Seguramente quemaría el mundo entero para que todos los inocentes sufrieran con él.

—Seguramente —convino Marcus. No había humor en su voz—. Entonces, sé sincera, ¿aceptarás o no su petición?

—No lo sé. —Evelyn se mordió la lengua y notó el dolor invadirle toda la boca—. ¿Qué pasa contigo y con Alice? ¿La dejarás ir alguna vez?

—No lo sé —admitió él—. Me pasa como a Atticus, supongo. Me gustaría liberarla para que fuera feliz, pero, tras tantos años de soledad, compartiendo cama con mujeres que no me importaban nada... No sé si podría volver a eso tras experimentar las alegrías que ella me da. No sé si sería capaz de vivir toda una eternidad sin ella. Pensarlo me da miedo. Si la pierdo, lo perderé todo. Mi deseo de vivir moriría con ella.

Evelyn notó una punzada de compasión hacia Marcus. El vampiro siguió hablando:

—Sé que lleva mucho enamorada de Aaran. Pensé que si intentaba con suficiente ahínco hacerla feliz se olvidaría de él. Pero supongo que hice lo mismo que Atticus al obligarte a vivir aquí. Seguro que él pensó que con tan sólo un poco de persuasión y un cargamento de regalos sería capaz de convencerte de

que era mejor para ti que Ethan. Amo a Alice del mismo modo que Atticus te ama a ti. No espero que te apiades de él, pero, de verdad, es más duro de lo que parece dejar ir a alguien a quien quieres.

«Es como si no pudiera dejar ir a Ethan —pensó ella—. El amor verdadero no desaparece simplemente cuando resulta más conveniente que ames a otro». El amor era terco y se negaba a funcionar bajo las leyes de la filosofía, la ciencia o la naturaleza. El amor era como un coche de carreras capaz de viajar a la velocidad de la luz, pero fabricado sin frenos. Si había una piedra en el camino entre tú y tu destino, saltabas por los aires.

—¿Sabes? Alice y tú están en situaciones muy parecidas, excepto porque las consecuencias de tus actos causan un mayor impacto en el mundo que las de ella. La providencia debe de tenerle mucho cariño a tu familia.

—¿Crees que la dejarás ir algún día?

—Puede. Antes de partir hacia Australia pensé hacerle una proposición: le concedería su libertad ochenta años, o hasta que ese lobo muriera, lo que ocurriera antes. A cambio, ella me dejaría convertirla en vampiro y volvería a mí cuando Aaran muriera. Me pareció que era un trato justo. Aunque me dolería lo indecible pasarme la noche despierto pensando que la mujer que quiero estaba en la cama de otro hombre.

Evelyn pensó en el bebé y en lo mucho que a Alice le gustaría verlo crecer.

—Yo creo que aceptaría el trato.

Marcus rio.

—¿Tú crees?

—Sí, creo que le gustaría, háblalo con ella, a lo mejor acepta.

Marcus dejó escapar una especie de gruñido.

—Puede que ella lo aceptara, pero ahora mismo no estoy seguro de querer proponérselo.

—¿Por qué?

Sus labios formaron una mueca de asco.

—Querida, está embarazada de ese perro, ¿de verdad esperas que eso me dé igual? ¡Me fue infiel!

Evelyn dejó escapar un grito ahogado al oír mencionar a Marcus el embarazo de su prima. No pensaba que él lo supiera.

—No te preocupes, no voy a hacerle daño —le prometió Marcus al ver la cara de miedo de la chica—. La quiero, nunca la pondría en peligro.

—¿Lo sabías? —fue todo cuanto Evelyn pudo decir.

—Pues claro. Puede que estuviera fuera, pero tengo ojos y oídos en este palacio y en todo el mundo. No creerías que un escándalo semejante no me iba a llegar, ¿no? Es evidente que lo sabía. Tenía mis sospechas antes de que Atticus me destinara a la frontera australiana, pero cuando me prohibió que me llevara a Alice conmigo, lo supe. —Se metió las manos en los bolsillos—. Pero no, no le haré daño, si es eso lo que te preocupa.

—¿Al bebé? —preguntó Evelyn en *shock*.

Marcus no respondió. Se quedó con la mirada perdida, mostrándole otra cara de póquer que descifrar. Ambos guardaron silencio, pero en la cabeza de ella todo eran murmullos. «El bebé, el bebé de Alice...». Evelyn se estremeció al pensar que pudiera pasarle algo. Alice quería a aquel bebé y, aunque no hubiera nacido todavía, ella también lo quería. Era un ser inocente.

—Deja de pensar tanto —le ordenó Marcus de repente. El grave sonido de su voz la sacó de su trance—. Deja de pensar en Alice y en sus problemas y empieza a analizar los tuyos. Tu situación actual no es mucho mejor que la suya.

—¡No mates al bebé, por favor! —le suplicó.

Él la ignoró.

—¿Quieres saber por qué todo el mundo aquí es leal a Atticus?

—¡El bebé es inocente!

—Atticus tiene poder sobre todos los vampiros de su linaje. Se doblegan a su voluntad. Por eso es el rey, porque nadie lo derrocaría nunca. Es el hombre cuyo afecto todos buscamos porque es el único cuyo afecto importa. Bueno, al menos, para los de mi raza, claro.

—¿Qué quieres que haga? ¡Haré lo que me pidas si dejas vivir a ese niño! ¡Accederé a la petición de mano de Atticus! ¡Lo querré, me olvidaré de Hansel y de Ethan y de mi familia y de todo si me prometes que no le harás daño!

Evelyn obligó a Marcus a detenerse.

—Querida, no tengo intención de chantajearte. Lo que hagas es cosa tuya. El amor no puede surgir a través del chantaje. Atticus está empezando a entenderlo, no puede usar el chantaje para que caigas en sus brazos.

—¿Qué intentas decirme? ¡Ve al grano! —exclamó ella—. ¡Dime lo que quieres!

—No quiero nada de ti.

—Entonces ¿por qué me cuentas todo esto? Lo de que Atticus tiene poder sobre todos los de su raza...

Él se encogió de hombros y siguió andando.

—Quería que estuvieras informada de varias cosas. Mucha gente adora a Atticus como a un dios. Un claro ejemplo de su poder sobre sus súbditos es Jonah. No culpo a sus adoradores, yo también lo veo como a un dios, en parte. —Miró a Evelyn de reojo—. Ahora mismo, tu archienemigo no es Atticus. Es de sus secuaces, como Jonah, de quienes deberías preocuparte. Amo a Alice. Puede que algún día llegue a querer a ese niño que crece en su interior y a aceptarlo. No importa quién sea el padre, yo tampoco quiero que le pase nada.

Evelyn se sintió aliviada, pero no por mucho tiempo.

—Pero puede que otra gente sí quiera —continuó Marcus—. Eres demasiado joven y no sabes nada de cómo funciona la sociedad vampírica. No sabes cómo de obsesionados con Atticus están la mayoría de los vampiros. Si le rompes el corazón, su gente siempre encontrará formas de hacerte daño. Jonah no lo pensaría dos veces si se le presentara la oportunidad de matarte lenta y cruelmente con las dos manos. Igual que la mayoría de los lores. Si eso sucediera, Alice y su bebé serían presas fáciles para los buitres desesperados por encontrar modos de vengar el desengaño de Atticus.

—¿Qué intentas decirme?

—No trato de chantajearte. Cuanta más presión sientas para querer a Atticus, menos natural te resultará hacerlo. Sólo quiero que sepas que tienes algo que decir en esto. Yo protegeré a tu familia. Puede que no sea un gran partidario de tu familia, pero también es la familia de Alice, por tanto, les protegería llegado el caso. Aunque no creo que Atticus llegara a asesinar a alguno de ellos para herirte, creo que te hará sentir mejor saber que alguien tan poderoso como yo los protege, ¿no? Los protegería a todos, a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a Alice y a su bebé, a todos.

—¿Me estás ofreciendo tu ayuda?

El favor de alguien tan poderoso debería haber hecho sentir mejor a Evelyn,

pero no fue así.

—Te ofrezco compartir una parte del peso que llevas sobre los hombros. Eres joven, no me parece que sea sano que debas soportar tanto peso tú sola. Quiero que te sientas libre y feliz. Quiero que Atticus sea feliz, y nunca lo será si tú no lo eres. Así que supongo que no te estoy ayudando a ti; estoy ayudando a Atticus porque ese bastardo es demasiado estúpido como para saber amar. Lo he visto en su peor momento, cuando perdió a mi hermana, y no quiero que la historia se repita. —Se acercó a Evelyn y la abrazó—. Estarás bien. No tienes por qué rendirte ante él. Sólo dale la oportunidad que merece.

—Me confundes...

—Bien —sonrió Marcus—. Oh, ¿te gustaría unirme a mí y a los demás en la cena de hoy? Hace mucho que no nos reunimos por algo puramente social. Iré a decirle a Atticus que he vuelto y organizaré la cena de esta noche. Al rey y a mí nos haría muy felices que nos honraras con tu presencia.

Evelyn se mordió el labio sin saber qué decir.

—No tienes que decidirlo ahora. Enviaré a un criado a tu habitación más tarde para que te pregunte si quieres unirme a nosotros.

La muchacha asintió con una leve sonrisa.

Cuando Evelyn llegó a su habitación, se sentó sobre la cama durante varios minutos con los ojos fijos en el cajón en el que había metido la rosa de Lucifer. La conversación mantenida con Marcus le retumbaba en la cabeza. Cuando le había hablado de la gente a la que protegería sólo había incluido a su familia. No había mencionado, en cambio, a Hansel.

No había sido un error. Marcus no podía proteger a Hansel.

Se levantó y se dirigió a la mesa de noche para abrir el cajón.

Sabía qué era lo que quería, sabía qué era lo que deseaba pedirle a Lucifer.

El tallo de la rosa estaba envuelto en una tela negra y gruesa, pero aun así las espinas la atravesaban. Tomó uno de sus suaves pétalos entre los dedos. Le temblaban ligeramente las manos, pero no dejó que el miedo afectara su decisión. Era lo que tenía que hacer.

Tomó aire.

El pétalo era suave y sedoso entre su índice y su pulgar.

Tras tragar saliva nerviosa, arrancó un pétalo del capullo en flor.

Luego lo dejó caer entre sus dedos y éste descendió poco a poco hacia el suelo, describiendo una espiral en el aire con gracia.

Esperó...

Pero no pasó nada.

Entonces Evelyn oyó llamar a la puerta.

Y a punto estuvo de soltar un grito.

Por una vez, Evelyn agradeció la presencia de las puertas dobles de acero de su habitación, porque le salvaron la vida. Eran muy pesadas, y para abrirlas era necesario utilizar ambas manos. Le habría gustado preguntarle a Atticus qué había pasado por su mente para decidir instalar semejantes portales allí, en su cuarto, aunque suponía que en realidad no era más que otra simple cortapisa.

Cuando la puerta acabó de abrirse, Evelyn vio precisamente el rostro de Atticus. Llevaba un traje de tres piezas y estaba tan atractivo y deslumbrante como siempre. Inclino la cabeza cortés al verla. La joven reprimió el impulso de salir corriendo a tomar la rosa blanca y esconderla en el cajón. La culpabilidad era algo peligroso y poderoso. «No tengo nada de lo que sentirme culpable», se dijo de inmediato. Su mano seguía aferrada con fuerza a la perilla de la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Atticus se encogió de hombros.

—Es mi casa.

—¿No tienes asuntos relacionados con el gobierno del mundo que atender?

—He sacado un poco de tiempo para mi chica favorita —dijo él sonriendo como si fueran una pareja normal, de las que van tomadas de la mano por la calle. Sus ojos eran de un precioso color marrón, no del tono oscuro que ella estaba acostumbrada a ver.

El vampiro entró en la habitación con paso confiado, como si todo le perteneciera.

Evelyn puso los ojos en blanco.

—¿Te he invitado a pasar?

—¿Podía pasar?

En un segundo, Atticus se acercó tanto a ella que sus cuerpos casi se tocaban. Con los labios, acarició la punta de la nariz de la chica. El momento era extremadamente sensual. Evelyn se apartó para poner algo de distancia entre ambos.

—Si digo que no, ¿te irás?

—No quiero irme —dijo él apoyando una mano en su cintura—. Pero eres demasiado terca. Si quieres que me vaya, supongo que tendré que irme para evitar otro de tus salvajes ataques. —Le tocó la barbilla con un dedo y la obligó a mirarlo. Sus ojos castaños permanecían fijos en los azules de Evelyn—. ¿Es eso lo que quieres, cariño, que me vaya?

La joven no estaba acostumbrada a que Atticus le pidiera permiso o le consultara su opinión, y se preguntó si eso tendría que ver con que Lucifer la hubiera visitado. ¿Lo habría dejado en paz a él? ¿Era ese Atticus un Atticus libre del influjo de la Oscuridad? Evelyn no lo sabía, no sabía cómo operaban seres como Lucifer, si respondían a leyes como la de no poder estar en dos lugares a la vez.

—Puedes quedarte si te comportas —contestó finalmente.

Atticus le guiñó un ojo, le tomó una mano y se la llevó a su propio trasero.

—Nena, puedes castigarme si me porto mal.

Las mejillas de Evelyn se encendieron. Intentó apartarlo, pero enseguida notó su cuerpo frío. Le puso las manos sobre los hombros.

—¿Estoy oficialmente perdonado? —preguntó con inocencia mientras la besaba en la nuca—. No me gusta que nos peleemos.

—Me sorprende, pues a mí me parece que lo único que haces es provocarme para que nos peleemos.

—Y tú a mí..., ¿no formamos una pareja excelente? Nos volvemos locos el uno al otro, pero no podemos vivir el uno sin el otro.

—Cuando dices que no podemos vivir el uno sin el otro, ¿te refieres a que no puedo dejarte sin que me mates?

—Romeo y Julieta estarían celosos de nosotros —sonrió Atticus.

Ni siquiera se había inmutado a causa del frío recordatorio de su dominio sobre Evelyn.

—¿Quiénes son Romeo y Julieta?

—¿Nunca has oído hablar de ellos? —preguntó el rey levantando una ceja—. Pensaba que todo el mundo los conocía.

Atticus cayó entonces en la cuenta de que Evelyn no pertenecía a la misma época que él y muchos de sus lores. La educación humana sólo permitía que se conocieran algunas historias de ficción. *Romeo y Julieta* era uno de los libros prohibidos del siglo xxv. Atticus quería..., no, *necesitaba* controlar el mundo por completo, y eso implicaba controlar lo que los humanos podían o no leer para evitar que se propagaran ideas libertarias entre la población.

Sin embargo, a título personal, al rey le encantaba el clásico de Shakespeare.

Había visto infinitas versiones de aquella historia de amor prohibido. Pero, a su manera, Romeo y Julieta eran demasiado osados y no resultaban un buen ejemplo para los humanos. Atticus quería que sus súbditos fueran dóciles, que vivieran entre vampiros creyendo a pies juntillas que éstos eran criaturas superiores y sin cuestionarse nada. Deseaba que los humanos adoraran a los vampiros del mismo modo que una vez habían adorado a Dios, y lo había conseguido en la mayoría de las regiones del mundo.

—¿Quiénes eran? —insistió Evelyn.

—Amantes, eran amantes —respondió él tras debatir internamente si debía hablarle de su historia o no—. Amantes en una obra de teatro... icónica. De algún modo, se parecen a nosotros, creo. ¿Te gustaría leerla? Tengo varias versiones en mi biblioteca. Puedes quedártelas todas, si quieres.

Evelyn guardó silencio. Solían gustarle los libros, pero ninguno le había encantado. Apartó la vista de Atticus y miró en derredor por la habitación. Sus dedos temblaban incómodos. Se preguntó dónde debía de estar Lucifer. Había arrancado un pétalo de la rosa y, aun así, él no había aparecido. No quería que lo hiciera ahora que Atticus estaba allí.

—¿Evelyn? —volvió a decirle el rey en un tono algo brusco. Necesitaba que le prestara atención a él y a nada más—. ¿Te gustaría?

La chica dio un respingo al oírlo. Su voz era profunda e intrusiva.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó.

—¿Crees que siempre quiero algo a cambio?

—Sí —respondió ella secamente.

Una sonrisa asomó a la cara de Atticus.

—No mucho esta vez..., sólo unos minutos de silencio. Hay algo que debes saber.

El vello de la nuca de Evelyn se erizó. Le picó la curiosidad. ¿Lo sabría? Su mente viajó a la fría mazmorra en la que tenía a Hansel prisionero. Sus palabras eran como cuchillas perforándole la piel. «Hay algo que quiere decirme —levantó la vista para mirarlo—. Por favor, dime la verdad, Atticus, dime los secretos que escondes, sé honesto por una vez en tu vida. No más mentiras, no más manipulaciones ni chantajes, te lo suplico. Sé un buen hombre y muéstrame que eres capaz de redimirte. Por favor», suplicaba para sus adentros.

—Marcus ha vuelto —dijo él tras unos segundos. Tomó a Evelyn y la acercó hacia sí. Tenía una mano en su hombro y la otra en la base de su cuello—. No te pongas nerviosa: todavía no ha visto a Alice. El palacio es un lugar muy grande, con cientos de residencias en miles de hectáreas. Haré lo que pueda por

mantenerlos alejados todo el tiempo que sea posible. ¿Quién sabe? A lo mejor consigo que dé a luz antes de que se encuentren. Pero si, por alguna razón, sus caminos se cruzan antes de que nazca ese bastardo, la protegeré a ella y, si insistes, también al bebé.

—Oh —fue todo cuanto consiguió decir ella.

—¿Me has oído? No dejaré que le ocurra nada a Alice —prometió Atticus, y parecía sincero.

—Te creo. —Evelyn intentó parecer animada, pero su tono de voz era monocorde y apagado.

«Te está hablando de Marcus, algo es algo, es un paso adelante —le recordó su mente—. Roma no se hizo en un día. Te está diciendo lo que va a hacer en vez de ocultártelo, y te ha prometido que protegerá a Alice sin pedir nada a cambio. ¡Esto es algo bueno! ¡Por favor, tómallo como una señal!».

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Evelyn... —Su voz era severa de repente—. Cuéntamelo. He dicho que no le pasará nada a Alice. Los protegeré a ella y a su hijo bastardo. ¡Por ti! Pensaba que eso te haría feliz...

—Me hace muy feliz. —Dio un paso atrás, pero le sonrió—. Gracias, Atticus, te estoy muy agradecida.

—Eres malísima mintiendo. Dime, ¿qué te pasa? Evelyn, ¿qué quieres?

«Que seas honesto conmigo».

—Nada... —mintió.

No podía sacar la rabia que estaba acumulándose en su interior, no sin poner en peligro a Ed, a Josh, a Jonah, a Marcus y al propio Hansel. Pedirle que fuera honesto implicaría confesar que sabía que le había mentado. Atticus era Atticus, no podía hacerles eso. Así pues, guardó silencio.

—Evelyn, mírame —le ordenó él.

Decidiendo no jugársela más, la muchacha obedeció. Al mirarlo a los ojos vio que éstos eran ahora mucho más oscuros que cuando había entrado. Notó la culpabilidad y los remordimientos formándole un nudo en la garganta.

—Atticus...

Él chasqueó la lengua enojado y apartó la vista.

—Mujeres... Son todas iguales. Les doy una cosa y quieren diez más. Mira me hacía lo mismo. ¡A veces me pregunto qué sentido tiene el amor cuando lo único que quieren todas es aprovecharse de mí y conseguir que haga realidad cualquiera de sus deseos! —Su tono de voz era parecido al rugido de un león.

Evelyn mantuvo su postura y evitó el impulso de apartarse.

—Yo...

—¡Calla! —saltó Atticus, y se dirigió a la puerta hecho una furia—. A las siete en punto habrá una fiesta abajo, en el gran salón de baile. Marcus quiere celebrar su regreso y el de Apolo. Sólo he venido a preguntarte si querías asistir porque he pensado que debías enterarte de su regreso por mí y no por los rumores que hacen correr esos estúpidos criados. La oferta está sobre la mesa, tómala o déjala, a mí me importa una mierda. Si quieres quédate aquí dentro y ahógate en tus penas. Oh, y... —Atticus se volvió, los ojos ya completamente negros, aterradores como los de un demonio sin alma— esta noche te quiero en mi cama.

Y salió sin decir ni una palabra más.

Evelyn abrió la boca de par en par. Y pensar que había entrado en su habitación con la mirada clara y feliz y una sonrisa de oreja a oreja. «¡Mira lo que has conseguido! —gritó una voz en su cabeza—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Se supone que eres su halo de luz, su esperanza, pero en realidad no eres más que un catalizador de sus demonios! Por una vez en la vida, Evelyn, deja de ponerlo al límite y ¡dale una oportunidad!».

—Para —lloriqueó.

«¡Deja que te quiera y te abrace! Sí, te ha mentado, pero ¿no le mientes tú a él también? ¿Qué has hecho hoy, Evelyn? ¿Eh? ¡Eras tú la que tenía la lengua metida en la boca de Hansel y serás el motivo por el que su corazón deje de latir y lo entierren a tres metros bajo tierra! ¡Eres un monstruo! ¡Todo lo que tocas se convierte en polvo!».

—Por favor, para, ¡para!

Notó el sabor salado de las lágrimas.

«¡Con la de oportunidades que has tenido, Evelyn! Dices que es un monstruo, que es maligno, pero en realidad el monstruo eres tú. No mereces ser feliz, no mereces nada. Tan sólo sufrir. Mereces cada castigo de Atticus, todo lo que te ha hecho y más. ¡Eres una puta! ¡Mereces morir mil muertes distintas por lo que le has hecho, zorra estúpida!».

—¡Cállate! —gritó tras caer de rodillas.

—¿Señorita Blackburn? —Una voz ligeramente familiar la sacó de su trance.

El guardia pelirrojo asomó la cabeza por la puerta de la habitación y la vio confundida y algo trastornada. «Ed dijo que había sido terapeuta cuando era humano... ¿Me verá como a una psicópata? ¿Parezco una loca?...». Evelyn sabía que si pudiera verse en esos momentos a través de los ojos de otra persona se

tildaría de desequilibrada y haría que la encerraran en el hospital mental más cercano.

—Estoy b-b-bien... —dijo con un hilo de voz.

Se levantó del suelo. No recordaba haberse caído. Forzó una sonrisa. No le veía la cara, las lágrimas nublaban su visión. Se tapó los ojos con la manga y cerró de nuevo la puerta.

«Mira el lado positivo, al menos Ed y Josh vivirán un día más —pensó apoyando la frente en la pared que separaba su santuario privado del exterior—. A lo mejor estoy comenzando a entender cómo funcionan las cosas aquí, a lo mejor estoy empezando a dominar el arte de la manipulación y de la mentira. —Rio al oír sus pensamientos—. Bueno, he tenido al mejor maestro...».

Estaba mareada y sus emociones eran un caos, pero sabía que podía recomponerse, como ya había hecho muchas veces antes, en apenas unos momentos.

—Han estado adorables los dos —dijo una voz de pronto.

Evelyn gritó.

En un abrir y cerrar de ojos, los guardias entraron en su habitación empuñando sus armas y en posición de ataque. La joven fue apartada de en medio cuando las puertas se abrieron de golpe. Gracias a Dios, no lo hicieron con la suficiente fuerza como para aplastarla entre la puerta y la pared.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de ellos mientras cuatro pares de ojos escaneaban la estancia.

A varios metros de Josh, Evelyn vio a Lucifer. Sonreía de oreja a oreja y lucía un traje granate de terciopelo que le habría quedado ridículo a cualquier otra persona, pero en él resultaba tan elegante como los trajes de tres mil dólares de Atticus. La saludó con la mano. Su sonrisa la ponía muy nerviosa.

Por un momento, la mirada de Josh pareció dirigirse al lugar donde estaba Lucifer, pero el guardia no dio un respingo ni gritó. El diablo le sacó la lengua como un niño travieso y entonces Evelyn lo entendió: sólo ella podía verlo.

—Pensaba que había visto a alguien —mintió a los guardias—. Había una silueta junto a la ventana, pero era un pájaro. Ya se ha ido. Lo habré asustado al gritar. Lo siento —Su voz era dócil.

El soldado que tenía más cerca la miró. La cara de la chica estaba roja de haber llorado. El vampiro se apresuró a apartar la vista. Un momento después, le dirigió una inclinación de cabeza e hizo un gesto a sus compañeros para que todos salieran cerrando la puerta tras de sí.

—Buena improvisación —comentó Lucifer—. Estoy orgulloso de ti.

—No pueden verte... —dijo ella sin mirarlo y sin moverse.

Él rio.

—Soy la todopoderosa Oscuridad, uno de los cinco protectores de este reino. Mi belleza y mi presencia no pueden ser contempladas por cualquiera.

—¿Pueden oírnos ahora mismo?

—No.

—¿Por qué has tardado tanto?

Lucifer se encogió de hombros y sonrió.

—El tráfico. Los dioses también sufrimos atascos, ¿sabes?

Evelyn levantó la vista y le dirigió una mirada confundida. No entendió el chiste. La palabra *dios* no era algo con lo que los humanos del siglo xxv estuvieran muy familiarizados. La religión estaba prohibida, y las únicas criaturas que debían venerarse eran los vampiros. Atticus había estructurado el mundo de forma que los humanos, descerebrados y dóciles, hicieran todo lo que sus gobernantes vampíricos querían. Y lo había conseguido.

Lucifer puso los ojos en blanco al darse cuenta.

—Oh, claro... Humanos... Cada generación es más estúpida y aburrida que la anterior.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Pero me alegro de que tus antepasados te transmitieran algo de inteligencia para que tomaras la decisión adecuada. Créeme, lo es. Participar en mi juego te beneficiará, y mucho.

—¿Cómo estás tan seguro de que voy a jugar a tu juegucito? A lo mejor sólo te he llamado para decirte que tomes tu juego y te vayas a jugar a otra parte.

Evelyn no quería demostrar que era menos débil de lo que parecía.

Por suerte, a Lucifer le hizo gracia su bravuconería.

—Me sorprendería que fueras tan estúpida como para rechazar mi trato. Llevo haciendo pactos con los de tu especie desde el inicio de los tiempos. Nadie se niega nunca a hacer tratos conmigo.

Evelyn entornó los ojos.

—¿Cuánta influencia tenías sobre Atticus la noche del motel, cuando me...?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Quieres repetir? Porque puedo hacer que suceda fácilmente.

Ella reprimió las ganas de darle un puñetazo y borrarle aquella estúpida sonrisa de la cara.

—Respóndeme.

—¿Has oído alguna vez eso de que el demonio no hace nada sin pedir nada a

cambio?

—¿Qué quieres?

—Prométeme que jugarás a mi juego y te diré todo lo que quieras saber.

No había muchas opciones: jugar o no jugar. A ojos de la chica, ninguna era mucho peor que la otra.

—Repíteme las reglas.

—Tienes tres oportunidades de acertar mi nombre. Si ganas, te concederé un deseo. Si pierdes, me lo concederás tú a mí. Te pediré algo que sea factible, querida, no te asustes. Y, como soy un tipo venerable, te daré un poco más de tiempo cada vez que no aciertes y te dejaré que me hagas una pregunta que deberás formular en los diez segundos posteriores a tu respuesta fallida. No puedes repetir las preguntas y cada nombre que digas cuenta como un intento. No tienes que decir cosas ridículas como «Creo que tu nombre es...». Responderé a tus preguntas con sinceridad. ¿Te parece justo?

—¿Ésas son las reglas y no pueden alterarse?

—¿Te parezco alguien a quien le guste hacer trampas?

—¿Has oído la frase «no te fíes del diablo»?

—*Touché*, señorita Blackburn —sonrió Lucifer—. Son las únicas e inamovibles reglas, lo prometo. —Un cuchillo se materializó en la mano de Lucifer de repente—. ¿Jugamos?

La curiosidad condujo a Evelyn hacia el peligro de lo desconocido. Su corazón latía con fuerza, y una sensación de terror la invadió. Estaba caminando por terreno pantanoso y lo sabía. «Puedes vencerlo, Evelyn —le dijo una voz, animándola a dar un salto de fe—. Hay resquicios en su contrato... Atrévete, vamos, puedes vencer al demonio».

—Trato hecho. —Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera darse cuenta.

Tras una serie de movimientos borrosos a ojos de Evelyn, el cuchillo de Lucifer acabó clavado en su palma. El demonio rodeó la mano herida de la chica con sus dedos largos y fríos. Aire, presión y energía pura, así era el tacto de la carne de Lucifer. Que el mismísimo diablo la tocara era lo más terrorífico que había experimentado en su vida. Cada miedo, cada mal recuerdo, cada pensamiento pecaminoso, cada momento de amargo resentimiento, cada pesar, cada una de las cosas que la habían hecho infeliz inundaron sus sentidos como si la presa que antes los contenía se hubiera roto. La oleada de emociones era tan fuerte que Evelyn habría jurado que notaba cómo chocaba físicamente contra su cuerpo, amenazando con hacerla caer y ahogarla en su toxicidad. Eso era lo que

se experimentaba al ser tocada por Lucifer, la sensación de ahogarse en una marea de agua tóxica, de asfixiarse en los propios pecados.

En su cabeza oyó el ruido de puños golpeando muy fuerte, pero le sonaron lejanos, como desde el otro lado de un túnel.

La voz de Lucifer cantaba algo apenas audible, una rítmica melodía de sonidos en un idioma que no le era familiar a Evelyn.

—No tienes ni idea de dónde te has metido, querida.

—¡Señorita Blackburn! —gritó alguien. A Evelyn le sonó como los chillidos de aquellos extraterrestres que había visto en las mazmorras—. ¡Señorita Blackburn!

El dolor estalló en su cabeza y notó cómo le vibraba el cráneo. Su corazón latía tan fuerte que lo notó en el estómago. Oía sonidos, ecos de sonidos amortiguados por una barrera invisible.

—Lo vamos a pasar tan bien...

Un halo de luz dorada iluminaba los pasillos, alargados y anchos, que se extendían por cada rincón de aquel inmenso lugar como las raíces de un árbol muy antiguo.

Por primera vez, Evelyn cayó en la cuenta de que nunca le había pedido a Atticus que la llevara a hacer una visita por el palacio. La idea de no haber visto nada más allá del edificio en el que se encontraba su habitación, de no haber contemplado aquella construcción en todo su esplendor, la llenó de pena. ¡Si no sabía ni cómo de grande era! Cuando se había escapado con Ethan hacía unas semanas, habían andado hasta las mazmorras y había sido una larga caminata. El plan que acababa de poner en marcha hacía un rato había aguzado sus sentidos. Pensó que quizá ahora ya nunca haría esa visita por la casa de Atticus. Sin embargo, intentó no pensar en ello.

El vestido que llevaba era uno de los muchos que el rey había pedido que confeccionaran especialmente para ella. Por experiencias previas sabía que la forma más rápida de conquistar a una mujer era a través de la ropa y las joyas, aunque esa creencia había muerto al conocer a Evelyn Blackburn. Ella era la excepción que confirmaba la regla en todas y cada una de sus técnicas de seducción.

Una mirada de tonos azules, platas y violetas descendían del cuello de la joven hasta el suelo. Su pelo había sido rizado levemente y su cara maquillada. Se había propuesto estar atractiva. Pensaba que Atticus agradecería el esfuerzo.

Ed y Josh intercambiaron una mirada inquieta; seguían con los nervios de punta tras el incidente de ese mismo día. Todos sudaban al acordarse de aquellos momentos de nerviosismo. Atticus sería capaz de hacer arder el mundo por Evelyn y, si algo le ocurriera a ella, no sólo mataría a los responsables, sino a cualquiera asociado con éstos. Era una ley no escrita en palacio. Cuando habían oído aquel chillido proveniente de la habitación de Evelyn hacía un par de horas, los cuatro guardias pensaron que se trataba de los gritos de demonios del más allá. Como vampiros de cierta edad y posición, habían vivido todo tipo de

guerras y conflictos, y se esperaba que actuaran con calma hasta bajo la mayor presión. Habían sido entrenados para no temerle a nada.

Pero cuando el grito de Evelyn llegó desde el otro lado de las puertas de acero, los cuatro sintieron miedo por primera vez desde hacía siglos. Al instante habían entrado en el cuarto, pero al principio las pesadas puertas se habían negado a ceder. Por mucho que las pateaban, que les daban puñetazos y empujones, éstas se rebelaban contra las leyes de la física y permanecían cerradas.

Los cuatro guardias no conocían el poder de quien alteraba las leyes de la realidad, pero sabían que había algo allí que no era normal.

Su terror no duró demasiado. Como si el hechizo se hubiera roto de repente, las puertas se abrieron justo cuando el grito de Evelyn había enmudecido, tan deprisa que casi se salieron de las bisagras. Dando gracias a sus ángeles de la guarda, encontraron a Evelyn sana y salva en el suelo de su habitación. Sus ojos estaban húmedos cuando Ed se acercó para ayudarla a levantarse. Estaba aturrida. Miraba hacia el techo, sin verlo.

—¡Señorita! —habían gritado, pero ella no reaccionaba.

Estaban demasiado asustados como para tocarla, y demasiado distraídos como para ver la cicatriz en su mano.

El cuerpo de la joven no tardó en recuperar la conciencia. Respondiendo a una lógica parecida a la que había cerrado y luego abierto las puertas metálicas, de repente volvió en sí con un grito ahogado. Eso no hizo que los cuatro guardias dejaran de preocuparse por ella, y así se lo comunicaron al rey al informarlo de los extraños sucesos.

Los dedos de Evelyn jugueteaban ahora, entrelazados, por delante de su vestido. Sus incómodos tacones describían un ritmo lento y sonoro contra el suelo de mármol, demasiado alto para sus oídos, un ritmo que marcaba el paso que la conducía a su cita para cenar con Atticus y los arrogantes miembros de la realeza. Había repasado el plan en su mente. Necesitaba que todo saliera a la perfección. Necesitaba maximizar su éxito tomando todas las precauciones posibles. Porque, si fracasaba, sería el fin. Lo que estaba en juego no era sólo su vida o las de la gente que más quería, sino el propio destino de la humanidad.

Había pocos lugares en los que le apeteciera menos estar que en aquel salón de baile aquella noche, pero era su obligación asistir. Las palabras de Marcus resonaban en su cabeza, recordándole de algún modo que debía estar allí.

«No puedo jugármelo todo a una carta. No tengo ninguna garantía de acertar el nombre de Lucifer. ¡Si ni siquiera sé por dónde empezar a buscar...! Además,

el propio Marcus me ha pedido que viniera. Después de que se hubiera ofrecido a proteger a mi familia, no podía negarme, ¿no? Habría sido muy maleducado por mi parte. Necesito aliados. Necesito ayuda...».

Evelyn entró en el enorme salón. Había una única mesa pequeña y circular en el centro de la estancia, larga y rectangular. El techo blanco era alto, y las paredes estaban cubiertas de espejos. El suelo era de brillante piedra negra. El salón era elegante y glamuroso. Los camareros y las camareras iban y venían con bandejas de plata llenas de copas de champán. Las risas llenaban el aire y se oían conversaciones en las que viejos amigos se ponían al día después de no haberse visto en mucho tiempo.

Todo el mundo estaba demasiado ocupado hablando como para prestar atención a Evelyn cuando la joven llegó al pie de la escalera. Se sentía como una intrusa. Se mordió el labio y consideró volver a subir para escapar a su habitación. Los miembros de la realeza que rodeaban la pequeña mesa iban vestidos con la ropa más elegante y opulenta que había visto. Quitaban el aliento. Su mera visión era una obra de arte.

Cuando su inseguridad había llegado a lo más alto, los ojos de Atticus la advirtieron. Al intercambiar una mirada con ella, el rey le dedicó una inesperada sonrisa tranquilizadora. A continuación, el monarca le pidió a un criado que se acercara y le susurró algo al oído. Evelyn vio una línea roja y negra, los colores del esmoquin del criado, cruzar la estancia a velocidad inaudita, como una rápida pincelada. En nada estaba junto a ella. Le ofreció su brazo, que ella asió tras un segundo de no entender qué había pasado, y el hombre la guio hasta donde estaba el rey.

Acto seguido, Atticus le dijo algo a Jonah al oído. Con un gruñido, la mano derecha del rey hizo un gesto y varios criados aparecieron, movieron su posición en la mesa hacia la derecha y colocaron otro juego de platos y cubiertos. Atticus no le quitó los ojos de encima a Evelyn en ningún momento mientras ella se acercaba. Uno a uno, los demás miembros de la realeza dirigieron los ojos hacia el lugar donde miraba el rey y vieron a Evelyn Blackburn, una gema de normalidad entre tanta exquisitez.

La joven divisó a una chica de pelo negro con la piel aceitunada y los ojos rasgados sentada al lado de Marcus, quien estaba a la izquierda de Atticus. Tardó un poco en darse cuenta de que la muchacha debía ser de origen asiático. Debía de ser May Lee... Josh la había mencionado. Había dicho que era muy inteligente, una de los artífices de que la Nación Vampírica hubiera ganado la Tercera Guerra Mundial. Los ojos de May siguieron a Evelyn como los de un

halcón, aunque le sonrió con expresión amable. Era la única de los doce vampiros, además de Atticus y Marcus, que le había dedicado una sonrisa. Jonah, con quien Evelyn había pasado más tiempo del que le habría gustado, tenía el ceño fruncido, como si la muchacha les hubiera aguado la fiesta con su presencia.

El salón se había quedado en silencio y Evelyn no habría sabido decir si eso era bueno o malo. De repente fue demasiado consciente de su aspecto. «Deben de estarse riendo de mí para sus adentros. Seguro que esperaban mucho más de la mujer que ha tenido a Atticus corriendo tras ella y que ha roto su corazón incontables veces. Seguro que me odian, como Jonah, por mi incapacidad de corresponder a los sentimientos de su rey». Tragó saliva. Mirar a Atticus la hizo ponerse más nerviosa. Recordaba su salida de tono en la habitación de hacía un rato y lo que había dicho antes de salir. Contra su voluntad, volvió a sentir la ya familiar sensación de miedo y de resentimiento.

Forzó una sonrisa.

«Esto no durará para siempre. Si gano el juego de Lucifer, no tendré que sentirme así nunca más. Si gano podré ponerlo todo en su sitio, haré que todo esté bien...».

—Evelyn —la saludó Atticus.

Se levantó de la silla y apartó la que habían colocado a su lado para que ella se sentara.

—Gracias —dijo ella con un hilo de voz.

—El placer es mío.

Algunos de los miembros de la realeza miraron a Evelyn con recelo, prejuicios y hasta aversión. Otros se mostraron totalmente inexpresivos. Las caras de May y de Marcus eran las únicas en mostrarle algo de simpatía. La curiosidad y la fascinación de May Lee contrastaban con las expresiones de sus colegas. Cuando sus labios carnosos y rojos le ofrecieron una sonrisa y le empezaron a hablar, tomaron por sorpresa a Evelyn:

—Tú debes de ser la famosa Evelyn Blackburn de la que hemos oído hablar tanto. —Su voz era suave como la seda, una melodía de sílabas reconfortantes—. Atticus, pequeño bastardo, ¿por qué la has mantenido escondida de nosotros durante tanto tiempo? ¿Es que no sabes que nos moríamos por conocer a la chica extraordinaria que había hecho lo imposible captando tu atención por más de una sola noche? ¡Menudo pendejo egoísta eres!

El resto de la mesa pareció no inmutarse ante las vulgares palabras empleadas por May Lee. A Evelyn le pareció raro oír a alguien que no fuera ella

misma hablarle así a Atticus. Todo el mundo que se atrevía a dirigirle la palabra lo hacía con gran respeto. Incluso cuando Jonah bromeaba con él, su tono era educado. May no parecía tenerle miedo al rey, y eso la atrajo. Le cayó bien aquel miembro de la realeza tan exótico que le sonreía abiertamente. Recordó los comentarios sobre su inteligencia y de inmediato empezaron a sonar señales de alarma en su mente. May podía ser una gran aliada o su mayor obstáculo.

«Urde tramas y complots, manipula, haz lo que esté en tu mano para asegurarte la victoria».

—¿A unos personajes tan horribles como ustedes? ¿Cómo me iba a arriesgar a presentársela? Habrían sido una mala influencia para ella.

—¿Nosotros, una mala influencia? Atticus, tú eres el malvado lobo feroz en esta mesa. En comparación, todos nosotros somos inocentes Caperucitas Rojas.

May rio, mientras que algunos de los presentes chasquearon la lengua. Incluso Evelyn se encontró a sí misma sonriendo.

—Tú mantente alejada de ella. Lo último que me hace falta ahora es que se hagan amigas y formen equipo para hacerme la vida imposible —bromeó Atticus.

May le guiñó un ojo a Evelyn.

—Si alguna vez necesitas un respiro de este idiota insoportable, llámame. Haríamos un gran equipo para darle algo de vida a este pedazo de infierno en la Tierra.

La alegría de sentirse aceptada hizo que la sonrisa de Evelyn se ensanchara.

Atticus le puso una mano fría en la espalda.

—Escuchen todos: ésta es Evelyn. Evelyn, ellos son..., bueno, mis amigos más íntimos, mi familia.

Un hombre rubio sentado al otro extremo de la mesa levantó la copa de champán en el aire.

—¡Porque la Helena de Atticus haya hecho por fin su aparición! —exclamó con las mejillas sonrojadas por culpa del alcohol consumido.

—¿Helena? —preguntó Evelyn.

—Helena de Troya... —le dijo Atticus al oído—. Tranquila, no tengo ninguna amante que se llame Helena con la que Alejandro te esté confundiendo, no te apures.

El nombre de Helena de Troya le resultaba familiar. La mujer que había hecho zarpar miles de barcos, la mujer era responsable de infinidad de muertes y del sufrimiento de varias naciones. Evelyn no estaba segura de si debía tomarse el comentario de Alejandro como un cumplido o como un insulto.

—Gracias —dijo de todos modos cuando el resto de los invitados levantaron las copas para brindar por ella, no sabía si porque querían o por obligación.

—No me puedo creer que hayas venido —le susurró Atticus al oído antes de besarla en la barbilla.

—Yo tampoco.

El asiento de Evelyn estaba demasiado cerca del de Atticus, pero no por voluntad propia. El rey tenía el brazo sobre el respaldo y de vez en cuando su pulgar tocaba ligeramente el hombro de la joven. Estaba tan cerca que ella podía percibir su perfume, que olía a mar, casi tan magnífico como él.

Pese a las miradas cínicas de algunos de ellos, los amigos de Atticus eran buena compañía. Eran cercanos en el sentido más vulgar: no parecían respetar mucho el espacio personal. Se comportaban de un modo muy diferente de lo que Evelyn había anticipado, no como dioses egocéntricos ni mucho menos. Sí, claro, eran arrogantes, tenían una opinión de sí mismos muy elevada y eso se reflejaba en la forma en que se dirigían a los que no eran de su misma condición, es decir, al resto del mundo que no perteneciera a su exclusivo club. Pero entre ellos, y con otros que no habían podido asistir a aquella cena, hablaban con el mayor respeto y amor, coronados por algún que otro insulto y comentario burlón, como en las mejores familias. Evelyn no estaba segura de si se querían tanto como hacían ver o si eran muy buenos actores. Esperaba que fuera lo primero.

El vino y la risa fluyeron sin parar aquella noche. Se sirvieron delicatessen en platos que costaban una pequeña fortuna. Evelyn miró alrededor de la mesa. Cada persona sentada a ella era tan rica y poderosa como un rey o una reina. Eran la realeza vampírica, los hombres y las mujeres más poderosos que la Tierra había conocido. Juntos poseían más del 90 por ciento de la riqueza del planeta. Aun así, todos se arrodillaban ante Atticus. Durante la velada, todos habían prestado especial atención al hombre más importante de entre todos. La mesa a la que estaban sentados era redonda, sin cantos, para simbolizar la igualdad entre todos ellos, pero estaba claro que Atticus era el cabeza. Cuando él hablaba, el resto callaban y se enderezaban ligeramente en sus sillas para escucharlo, observándolo con los ojos llenos de amor y respeto. Todos y cada uno de aquellos vampiros eran devotos de Atticus. Él era su creador y ellos lo sacrificarían todo por él sin dudarlo.

Atticus Nocturne Lamia nunca le había escondido su poder. Sin embargo,

hasta ahora Evelyn no había podido ver hasta dónde alcanzaba éste. No era un simple rey, era un dios. El dios ante el que los reyes y las reinas se arrodillaban. Su intensa mirada hizo que le faltara la respiración. Notó una opresión en el pecho.

Un criado dejó una copa color rubí con el borde dorado junto a su plato, y Atticus le sirvió una buena cantidad de vino. El rojo de la copa y el rojo del líquido se fundieron en uno solo.

—Bebe —dijo él.

Evelyn no sabía si había sido una orden o no.

Puso cara de asco. El vino no le apetecía. Sabía que debía de ser el mejor de entre los mejores; no era la primera vez esa noche que Atticus le había ofrecido alcohol, sino que en realidad era la sexta. Las otras cinco había rechazado la invitación y había optado por agua y jugos, así que no sabía por qué él seguía insistiendo.

Negó con la cabeza. Recordaba lo que había dicho Marcus unas horas antes acerca de cómo los vampiros del mundo creían cada palabra pronunciada por Atticus como si él fuera la ley y lo percibían como un ser celestial que debía ser adorado. Cuando estaba a solas en su compañía, Evelyn se mostraba valiente, pero bajo el escrutinio de todos sus seguidores, su arrojo había desaparecido. Le daba miedo lo que aquellos hombres y mujeres podían hacerle a ella o a su familia si decía o hacía algo que pudiera ofender a su rey.

Tomó su vaso de jugo de naranja para subrayar su elección y le pareció ver un ligero movimiento en la mandíbula de Atticus. Parecía ofendido, pero no dijo nada.

Ella sonrió a modo de disculpa. La noche había ido tan bien que no quería estropearla.

—Y entonces, Adán le dijo a Dios: «¡Pensaba que enseñarla a hablar sería una buena idea!» —decía Alejandro desde la otra punta de la mesa contando otro chiste más.

En respuesta, sólo recibió frías miradas de reproche.

—Es por eso por lo que cayó tu imperio, Alejandro. Ningún imperio habría prosperado o sobrevivido bajo el mandato de un machista como tú —señaló May Lee.

Él le guiñó un ojo.

—May, nena, ¿sabías que las feministas y los sexistas, cuando se juntan, tienen el mejor sexo?

—Tengo cientos de maestrías y de doctorados, mientras que lo único que tú

sabes hacer es matar y coger. —May Lee casi le escupió las palabras, ofendida ante el modo en que Alejandro se dirigía a ella.

La mayoría de los invitados se echaron a reír. Incluso Atticus.

Alejandro le dedicó a May su sonrisa más arrebatadora.

—¡Álex gusta May-chica-lista!

—No entendí el chiste —le susurró Evelyn a Atticus—. ¿Quién es Adán y qué tiene que ver con un dios?

Atticus sonrió.

—Es una vieja historia de la Biblia. Nunca has oído hablar de Adán y Eva, ¿no?

—No.

—Pues, como su nombre indica, Eva es bastante parecida a ti, y supongo que Adán es como yo, alguien dispuesto a ser condenado por la mujer que ama.

«Tú ya estabas condenado antes de conocerme», dijo el subconsciente de Evelyn.

—¿Es otra de tus historias censuradas?

—Sí.

—Carajo, Alejandro, ¿cuánto hace ya? ¿Un milenio? ¿Y May sigue dándote calabazas? —dijo alguien cuyo nombre Evelyn ignoraba.

Alejandro, que había sido el más hablador durante toda la noche, calló de repente. Evelyn habría jurado que se estaba sonrojando.

May Lee tomó un sorbo de vino.

—Me gustan los hombres inteligentes, no los que sólo saben pensar con la espada.

—Atticus, si no quieres entrar a formar parte del club de rechazados de Alejandro, será mejor que no dejes que nuestra pequeña Einstein se haga amiga de tu chica. May sería una mala influencia enviada desde el infierno.

Una nueva ronda de carcajadas llenó la habitación.

El rey sonrió.

—¿Quién ha dicho que Atticus no forma ya parte del club? —señaló otro hombre grande como una montaña.

Él cerró los ojos, pero siguió sonriendo mientras sus amigos se burlaban de su vida amorosa.

—¡Miren! ¿Alguna vez han visto a un hombre tan apaleado como él?

—Evelyn lo tiene bajo su influjo...

—Incluso el guerrero más poderoso acaba postrado a los pies de una mujer —dijo otro, y luego suspiró.

Todo el mundo siguió burlándose de Atticus hasta que alguien se dirigió a ella.

—Evelyn, ¿qué te pareció tu anillo? Tuve que matar a una familia entera para conseguir aquel pedrusco..., ¿te gusta o te encanta? —preguntó Alejandro tras otro trago de vino.

—¿Qué? —La boca de la chica se abrió de par en par.

Hasta la música de fondo, interpretada por un cuarteto de cuerda, se detuvo un instante, igual que el resto de la actividad en el salón. En apenas unos segundos el ruido volvió a ser el de antes, pero todos los pares de ojos miraban ahora a Evelyn, a Atticus o al hombre muerto que era Alejandro.

El rey puso una mueca de dolor y enterró la cabeza entre las manos.

Las risas se apagaron y Alejandro pareció tan asustado a su lado de la mesa como un ciervo cegado por las luces de un coche.

—Yo...

El corazón de Evelyn casi se había detenido. Pensó en el precioso anillo que Atticus le había dado. En cómo se había planteado aceptar su petición en lugar de rechazarla directamente. Pero ahora se sentía sucia. Sus ojos viajaron hasta él. Si las miradas mataran...

Alejandro se acabó la copa de vino. De inmediato, un sirviente se la rellenó.

—Dime que no es verdad —pidió ella.

—No es verdad —dijo Atticus en su tono más convincente.

—¡Mentiroso! —le espetó Evelyn doblando las manos sobre su regazo. Luego, en un tono más bajo, añadió—: Eres un mentiroso.

Su voz no temblaba. De algún modo, aquella revelación no le había supuesto un *shock* como otras veces. A lo mejor se estaba acostumbrando.

Se levantó para irse, pero el brazo de Atticus la detuvo.

—No irás a ninguna parte sin mi permiso.

—¿Puedo irme ahora?

—No.

—¡No fue culpa suya! —añadió Alejandro, el sudor empapándole la frente—. Atticus no lo sabía, me dijo que le comprara el diamante a un tipo, pero él no quería vendérmelo porque era alguna clase de herencia familiar con valor sentimental. Yo no deseaba decepcionar a Atticus, así que maté al tipo y a su familia por mi cuenta. Era humano y me odiaba de todos modos. A mí y a mi raza. ¡Me faltó al respeto! ¡Me llamó matón!

Una rubia muy guapa con unos fieros ojos violetas miró fijamente a Evelyn. Su sonrisa daba miedo.

—Eres tan joven y tan inocente que resulta adorable, cariño. Pero no te hagas la ofendida. Te regalaron un bonito anillo de diamantes, ¿no? No veo la hora de que mates por primera vez o pases tu primera fase patosa cuando intentes beber sangre de alguien..., ¡lo que nos vamos a reír! Me encanta cuando las manos de un hipócrita se llenan de la sangre que una vez rechazaron.

—¿Qué estás intentando decir?

—Evelyn, querida, no actúes como si fueses mejor que nosotros sólo porque seas humana y finjas que eres buena. Un día serás igual de salvaje que nosotros, cuando te des cuenta de que tienes tanto poder que puedes poseer cualquier cosa en este mundo. Un día serás tan despiadada como nosotros.

—Alaina, cállate antes de que te arranque la cabeza de los hombros —la amenazó Atticus.

—¡Sabes que es verdad! —replicó ella. Finalmente, la presa que contenía lo que opinaban en realidad los demás vampiros se había roto. No había fachada de bondad que durara para siempre. Así era cómo veían en verdad a Evelyn—. ¡Es débil y patética! ¡Es humana, por Dios! ¡Mírala, Atticus! ¡Mírala bien! ¡Mira lo fea que es! Tan sólo es una chica debilucha, ¡no es tu tipo! ¡Pensaba que te gustaban las mujeres fuertes, lo suficientemente valientes y competentes como para gobernar! Esta niña es una cobarde, ni siquiera puede soportar oír que Alejandro ha matado a una familia humana, ¿cómo va a soportar nuestro mundo? ¡Es incompatible contigo! ¡Es escoria! —Las palabras salieron como un torrente de la boca de Alaina, que llevaba demasiado tiempo callándolas. Miró a Evelyn—. Crees que eres tan noble, tan compasiva, pero ¡dejas que Atticus sufra por ti! ¡No eres ninguna santa, Evelyn Blackburn!

—Alaina, ¡basta!

—¡Deja de ponerte del lado de esa perra! —gritó ella. Y fueron las últimas palabras que pronunció en su vida.

Antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando, Atticus se había levantado, los ojos poseídos por un arrebató de locura. El cuerpo de Alaina se sacudía espasmódicamente en su silla. Le salía sangre de la boca, de los ojos, de la nariz y de las orejas. La música se había detenido ahora por completo. Todos los vasos capilares y los órganos de su interior estallaron y las partículas de energía que los habían mantenido unidos se evaporaron con un ruido como de descorche de botella de champán.

Evelyn se quedó lívida.

«Tiene mucho más poder del que puedas llegar a imaginar...».

El cuerpo de Alaina desapareció de la vista de todos cuando resbaló de la

silla hacia el suelo.

Atticus se agarró al borde de la mesa.

—May, lleva a Evelyn a su habitación —ordenó con frialdad.

Nadie se atrevió a hablar.

La joven temblaba en su silla.

Atticus no quería que viera lo que iba a pasar a continuación. Sería demasiado horripilante para ella.

May Lee no necesitó que se lo dijeran dos veces. Era suficientemente lista como para obedecer a Atticus en un momento como aquél. Tomó a Evelyn del pelo. La humana se resistió, pero ella era un vampiro y, por tanto, mucho más fuerte.

—¡No!

—¡Calla, ya no puedes salvarla!

Alaina era una gran luchadora y una seductora nata. Había ido detrás de Atticus desde el siglo XIV. Él le había concedido la inmortalidad para que pudiera preservar su belleza, y ella, a cambio, se había ofrecido a servirle eternamente. El número de hombres con los que Alaina se había acostado a petición de Atticus era incontable. Durante la Tercera Guerra Mundial, había sido una pieza fundamental en el ejército del rey. Era la belleza que conseguía que a hombres poderosos les temblaran las piernas. Había tenido a muchos de los aliados de Atticus comiendo de la palma de su mano, y todo lo había hecho por complacer al rey.

A May nunca le había gustado Alaina, era demasiado vanidosa, pero Alaina siempre había sido leal. Habría muerto por Atticus. Era un perro bien adiestrado, leal y tan devoto de su creador como el resto de la nobleza. Ciertamente, a May no le había gustado nunca Alaina, pero eso no quería decir que quisiera verla muerta, y mucho menos en esas circunstancias.

Atticus iba a matar a Alaina, May lo sabía.

Y no se iba a arrepentir de ello.

El amor podía nublar el juicio.

Acercó a Evelyn más hacia sí y ambas se apresuraron a salir del salón. Quería sacar a la chica de allí antes de que la carne de Alaina empezara a estallar y la sangre salpicara toda la estancia.

El amor era lo más peligroso en la vida.

No debería estar permitido que hombres tan poderosos como Atticus, con demonios tan oscuros como los suyos, amaran.

May tomó a Evelyn en brazos; la pobre estaba temblando demasiado a causa

del *shock* como para poder andar. Luego salió de la sala y apretó la cabeza de la chica contra su hombro para que no notara un latigazo en las cervicales a causa de la velocidad.

Atticus tenía un pronto demasiado violento.

May estrechó a Evelyn contra sí y deseó equivocarse por una vez en la vida. El rey era la clase de hombre que destrozaría lo que no podía tener sólo para que no lo tuviera nadie más. Deseó que no fuera el caso de Evelyn.

Los pasillos pasaron por su lado como un borrón. Los guardias apostados en la puerta de Evelyn abrieron los portales de su habitación para May Lee sin preguntarle nada. La vampira recorrió el cuarto y dejó a Evelyn sobre la cama. La tapó con el edredón y ella no se quejó. «Pobre chica», pensó May. Al menos Alaina tenía razón en una cosa: Evelyn era demasiado joven para soportar el trauma de estar con Atticus. May quería a Atticus tanto como el resto, pero era suficientemente lista como para ver que era un monstruo. Le daba pena Evelyn no porque Atticus la amara, sino porque ella no podía amarlo a él.

—Estarás bien —le prometió con sinceridad—. No te hará daño.

«Al menos, no esta noche...».

—¿Q-q-qué...?

—Será mejor que no malgastes tu tiempo pensando en esto. Olvida que esta noche ha tenido lugar.

Evelyn se mordió el labio.

—Ha sido por mi culpa...

Cerró los puños y May frunció el ceño.

«Demasiado joven, demasiado valiente e inocente para esta mierda».

—No, no ha sido por tu culpa. Puede que tú hayas sido el motivo de la disputa, pero no es culpa tuya que Alaina esté muerta. —Evelyn hizo una mueca de dolor al oír la brutal verdad, pero May no se detuvo—: Ella está muerta porque estaba celosa de ti. Todos sabemos lo que Atticus siente por ti. Nadie salvo Jonah tiene las narices de insultarte delante de él. En realidad, Jonah, Marcus... —iba a decir «y Hansel», pero se abstuvo— son los únicos que pueden hablar de ti delante de él sin tener que preocuparse por sus vidas. Alaina no formaba parte de ese reducido círculo. Sabía lo que le pasaría si seguía provocándolo así de terca e idiotamente. No ha sido culpa tuya.

—Sí, está muerta por mi culpa.

—La gente muere cada día, pequeña, acéptalo. —May sonrió al llamarla así, pero es lo que era. Dieciocho años, tan joven... May recordaba tener esa edad. ¡Hacía tanto!—. Sé cómo te sientes, sé qué es ser el objeto del afecto de un

hombre poderoso. Es una posición peligrosa y tienes que medir muy bien tus acciones. Pero, Evelyn, lo de hoy no ha sido culpa tuya. No le has pedido a Atticus que matara a Alaina, lo ha hecho porque ha querido. No te culpes por sus acciones. Son sus demonios, no los tuyos.

—Pero ahora ella está muerta.

—Atticus ha matado a millones de personas. Otra muerte más a sus espaldas no significa nada.

May tocó la mano de Evelyn y se preguntó si necesitaría un abrazo o algo así.

Pero antes de que pudiera decidir si dárselo o no, ella apartó a la vampira de su lado con todas sus fuerzas.

—¡Aléjate de mí!

May rio.

—Ya sé lo que estás pensando.

Silencio.

—Crees que das mala suerte, ¿no? Crees que no puedes hacerte amiga de nadie porque tu amistad les acarreará desgracias, ¿verdad?

Evelyn rio también.

—Y ¿no es cierto? Doy mala suerte. Soy una chiquilla patética que siempre hace lo que no debe. La gente siempre sufre por mi culpa. No merezco vivir. Merezco ser castigada por todo lo que le he hecho a gente como Hansel, Ethan, la familia que Alejandro ha matado para conseguir ese diamante para mí y todo el mundo a quien Atticus ha asesinado, pero no me lo ha dicho. Merezco estar en su lugar y sufrir por ellos.

May pasó la mano por el pelo de la chica.

—Hay una luz especial en ti. Eres buena. Por muy estúpida que sea tu forma de pensar. Te admiro.

Le dio unas reconfortantes palmaditas en la cabeza.

Evelyn no dijo nada.

La vampira pareció dudar un momento si quedarse o no. Debía irse, pero aquella chica le recordaba mucho a ella misma, hacía tantos años, en el palacio de un emperador que la quería tanto como Atticus a ella. Sólo que el emperador era mortal y mucho menos poderoso que Atticus. Evelyn era valiente y bondadosa.

—¿Le tienes miedo?

—¿A quién? ¿A Atticus?

May asintió.

—Claro.

—En realidad, creo que no.

Evelyn rio y negó con la cabeza, no se creía lo que May acababa de decirle.

—¡Por supuesto que le tengo miedo!

—Pero no el suficiente —dijo May—. Dime, ¿te da miedo que te mate?

—No me mataría. Es demasiado egoísta. Me mantendría viva toda la eternidad si pudiera.

—Ya has visto la facilidad con la que ha matado hoy a Alaina. Atticus tiene un pronto muy violento y demasiado poder para un solo hombre. Puede que te quiera y desee estar contigo toda la eternidad, pero no hay nada que evite que te parta el cuello en un acceso de rabia. Estás tan a salvo como Alaina hace cinco minutos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, sólo te aviso. —May se dirigió a la puerta—. Mi casa está a cinco minutos, hacia el este. Ven y hazme compañía alguna vez. Sólo ha sido una noche, pero creo que contigo soy más compatible que con el resto de los nobles. Podríamos ser amigas.

—No me quieres como amiga.

—Te equivocas, querida.

En un lugar sin luz, en el que el aire transportaba siempre lamentos y gritos atormentados, había un niño al que los gemidos de sus víctimas perseguían como fantasmas.

El chiquillo estaba de rodillas, llorando. En sus manos intentaba sostener el único rayo de luz que entraba en aquel maldito lugar, y éste formaba una pequeña llama entre sus palmas, tan preciosa, tan cercana a la extinción. El niño sollozaba.

En la llama había un recuerdo.

Una noche fría en un balcón. Evelyn recordaba aquella noche. Recordaba el sonido de la música vibrando en la sala contigua. Recordaba los olores de Utopía y el delicioso sabor del champán. Se acordaba de él, en aquel balcón, el vampiro distante con un aura de soledad que había decidido hablar con ella. Recordaba lo guapo que era y cómo había sentido lástima por él. Pese a su belleza, su atractivo, su riqueza y su poder, era infeliz, lo sabía.

—¡No me dejes! —gritó el niño—. Por favor, por favor... Todo el mundo se va. Padre, madre, Duncan, Venecia, Mira, Kainsius... Todo el mundo al que he querido se va, no puedo vivir sin ti. ¡Ámame! ¡Dime que me amas! No quiero estar solo... No quiero vivir esta vida sin ti, Evie... Por favor, no me dejes —lloriqueó. Temblaba de frío, la espalda arqueada sobre la llama, protegiéndola con su vida—. Me da miedo la Oscuridad... Me da miedo la Oscuridad... ¡No dejes que se me lleve, Evie, no quiero perderme! ¡Sálvame, por favor!

Sus gritos empezaron a mezclarse con los de sus fantasmas.

Cuando Evelyn se despertó era más de mediodía. Pese a haber dormido mucho, su cuerpo seguía exhausto. Su mente estaba aún medio dormida. Las cortinas estaban echadas y apenas si entraba luz a su habitación. Había una charola con pan tostado, tocino, huevos escalfados y jugo de naranja sobre la mesa. Estaba todo frío, pero le dio igual. Tomó la charola, la puso sobre la cama y empezó a

mordisquear uno de los panes. Estaba hambrienta. El jugo de naranja le supo a gloria: ácido y refrescante.

También había una nota:

Debo ir a la ciudad con Jonah hoy, hay algunas cosas que debo solucionar antes de que anunciemos la muerte de Alaina. May te ha invitado a comer a su casa. No tienes que ir si no quieres, ya sé que a veces es insufrible, pero me haría muy feliz que fueras.

Como siempre, te quiero con todo mi corazón,

Atticus

P. D. No te metas en demasiados líos mientras estoy fuera.

Evelyn tuvo que leerla dos veces para centrarse y recordar los sucesos de la noche anterior. Cuando por fin lo hizo, la hoja de papel se le cayó de la mano y se le encogió el estómago. Ya no tenía apetito.

Una imagen del cuerpo de Alaina borboteando como si fuera sopa le vino a la mente y pronto sintió remordimientos. Otra muerte por su culpa, por su estupidez. Se mordió el labio, pero no lloró. Se le habían acabado las lágrimas de tanto llorar. Ya no sentía pena. En su lugar, sentía un odio encendido hacia Atticus. Evelyn nunca le había pedido que matara por ella. Nunca le había pedido que matara a nadie por ella.

En un segundo, se levantó de la cama y abrió el cajón en el que había guardado la rosa de Lucifer.

«Su nombre, debo averiguar su nombre...».

Él le concedería un deseo, cualquier cosa que deseara en el mundo. Podría utilizar el deseo ahora mismo, y podría utilizar la ayuda de alguien más poderoso que Atticus.

Las palabras de May Lee resonaban en su cabeza: «demasiado poder para un solo hombre». Evelyn nunca había oído una descripción más acertada. Atticus tenía demasiado poder como para que un solo hombre lo controlara. Nadie debería poder hacer las cosas que él era capaz de hacer. El poder conducía a la avaricia, y la avaricia a la maldad, le había dicho una vez Ethan.

Alguien tenía que pararle los pies.

Miró la rosa.

Tenía dos opciones, dos deseos, dos caminos que podía tomar.

Alguien tenía que pararle los pies.

En ese instante, su mente se decantaba por la opción más segura de las dos.

Se bebió el jugo de naranja de un trago antes de dirigirse al baño para bañarse. May la había invitado a comer... Era más de mediodía, un poco tarde para avisarle, pero suponía que a May no le importaría que apareciera luego por su casa a tomar el té o una comida tardía.

Además, Atticus había dicho que eso lo haría feliz. ¿Quién iba a negarle al rey del mundo algo que lo haría feliz?

Fuera hacía un día maravilloso. En realidad, hacía mucho frío, pero el cielo era azul y el mundo parecía tener un brillo especial. Evelyn les dijo a los guardias que quería visitar a lady May y éstos no pusieron ninguna objeción. Pero cuando comentó que iba a ir hasta allí andando —supuso que no podía estar tan lejos, el palacio no podía ser tan grande—, entonces sí recibió todo tipo de quejas furibundas por parte de los soldados.

Supuso que, después de su aventura del día anterior, aunque parecía que hiciera milenios de eso, habrían perdido la confianza en ella. Gracias a Dios, Atticus no tenía ni idea de lo que había pasado ni de su visita secreta a Hansel. De lo contrario, su cabeza estaría rodando por los suelos en esos momentos, y Evelyn no podía permitir que sus manos se mancharan con la sangre de más gente que muriera por su culpa.

Tardaron unos trece minutos en llegar hasta la casa de May, al otro lado del palacio real. Por el camino habían pasado largas extensiones de hierba helada, altos árboles y muchas casas bonitas muy separadas unas de otras. Evelyn nunca había prestado mucha atención a la extraña belleza del hogar de Atticus hasta el momento y, Dios, debía reconocer que era precioso. Los kilómetros y kilómetros de tierra mostraban recreaciones exóticas de algunos de los lugares más bellos del planeta, que Atticus había visitado a lo largo de los años. Su palacio estaba lleno de réplicas de sus lugares favoritos del mundo.

El rey era un hombre que intentaba aferrarse a sus recuerdos más felices, un hombre que había intentado crear su cielo en la Tierra para evitar la soledad. Un hombre que había construido una ilusión de felicidad para protegerse.

Como el resto del palacio, la casa de May Lee era preciosa. Había muchas construcciones diferentes en el recinto, con distintos tipos de belleza y personalidad, pero a Evelyn le pareció que la de May Lee las superaba a todas, puede que incluso también a la de Atticus. Era grande y de planta rectangular, y

estaba construida en un estilo que la joven nunca había visto, de un rojo vibrante, con muchos azulejos y ornamentos que imitaban el lomo de un dragón. Evelyn se quedó atónita cuando el coche se detuvo delante. Ed y Josh se apresuraron a bajar del vehículo para abrirle la puerta y ofrecerle sus manos para ayudarla a salir, pero ella prefirió hacerlo sola.

—Prometo que no saldré corriendo —murmuró entre dientes, lo suficientemente bajo para que el chofer no la oyera—. No se preocupen, no voy a hacer nada que los ponga en peligro, al menos no de momento. —Sonrió, pero ellos no le devolvieron la sonrisa, sino tan sólo miradas de sospecha.

Evelyn tomó nota mental de ser buena con ellos en adelante.

Siguió a Josh y a Ed y pasaron frente a los guardias apostados en el exterior de la casa de May. Estaban tan quietos que por un momento le parecieron estatuas de verdad que imitaban a gente.

Cruzaron varios arcos de puertas abiertas y entraron en casa de May Lee.

—Caray... —murmuró Evelyn casi sin aliento.

El interior era tan espectacular como el exterior. Los techos eran altos, soportados por vigas rojas esculpidas con elegancia. La joven entornó los ojos para tratar de distinguir todos los detalles a la vista sobre su cabeza, pero eran demasiados. Tal vez si hubiera sido un vampiro habría tenido más suerte.

Todo el lugar estaba decorado en tonos rojos y dorados. Del techo colgaban lámparas de araña, y los azulejos color champán del suelo eran tan brillantes que se reflejaba en ellos. El recibidor olía a algo raro, raro pero agradable. Había algo en aquella casa que la hacía sentir feliz, a gusto.

—La señorita Lee la ha estado esperando —dijeron dos chicas que no debían de ser mucho mayores que Evelyn apareciendo de la nada. Acto seguido, le sonrieron y añadieron—: La ha estado esperando en el balcón. —Y le dirigieron un gesto para que las acompañara.

Josh y Ed intentaron hacer lo mismo, pero las dos chicas levantaron la mano a la vez para evitar que las siguieran.

—A la señorita Lee no le gusta tener extraños en su casa. Por favor, esperen en el recibidor. Si necesita algo de ustedes, se lo hará saber —dijo la de la izquierda.

Josh y Ed intercambiaron miradas de alarma. De nuevo recordaron el incidente del día anterior con Jonah.

—Somos los guardias de su majestad. No seguimos más órdenes que las suyas, y su majestad quiere que estemos con la señorita Blackburn en todo momento para asegurarnos de su bienestar.

—La señorita Lee es mayor que ustedes dos juntos. Si existiera algún peligro, es bastante improbable que los necesite a ustedes dos para protegerla —dijo la otra chica en un tono tan educado que Ed y Josh no pudieron decir nada más.

A continuación, las dos muchachas aprovecharon para llevarse a Evelyn hasta la escalera, dejando a los guardias de pie en medio del espectacular recibidor sin saber muy bien qué hacer.

Evelyn sonrió y pensó que debía pedirles a aquellas chicas que le enseñaran a hablar de un modo tan categórico para poder utilizar esa habilidad la próxima vez que quisiera convencer a los guardias de hacer algo que no quisieran hacer.

Condujeron a la joven por la escalera dos pisos más arriba, hasta la tercera planta. Cuando llegaron al balcón, May estaba sentada allí.

—Has tardado lo tuyo —dijo en broma, y las dos muchachas se inclinaron con rapidez antes de irse a velocidad vampírica.

—Me he dormido —se disculpó Evelyn.

—No me extraña, lo que pasó anoche fue... inesperadamente aterrador. Seguro que Atticus te ha traumatizado y ahora saltas con cada pequeño ruido. — May seguía de espaldas a ella; el respaldo del sillón rojo en el que estaba sentada escondía su cuerpo, pero con la mano señaló la charola de té colocada en una mesita a su lado y le indicó que se sentara junto a ella—. Toma una taza, te ayudará a relajarte.

Evelyn caminó hacia allí y tomó una taza de porcelana. Bebió un sorbo del líquido caliente y un poco amargo. Le gustó.

—Siéntate, querida —le pidió May sin apartar la vista del paisaje—. No te voy a morder, lo prometo.

Evelyn obedeció y se sentó junto a ella.

Ambas permanecieron en silencio unos minutos. El balcón daba a una zona verde con tan sólo un par de majestuosas mansiones a lo lejos, era una vista preciosa.

—Eso de allí es Utopía —dijo May tras una pausa para que Evelyn contemplara los alrededores.

En el horizonte, lo que parecía el cuadro de un paisaje se rompía con las siluetas grises de varios rascacielos. Desde donde estaban, Utopía parecía una ciudad en miniatura.

—Y allí —May señaló la mansión blanca y negra que se veía a cierta distancia— está la casa de tu mejor amigo, el palacio de Jonah Lamia dentro del palacio real.

Evelyn chasqueó la lengua divertida, pero sólo un momento. Había algo

absurdo en sonreír en un momento como aquél, y tuvo la sensación de que, si lo hacía, indicaría que tenía un corazón despiadado. Alaina había muerto apenas unas horas antes, no había pasado un día siquiera. Evelyn no la conocía, pero seguro que había gente en el mundo que la quería, y ella había sido el catalizador que había causado su muerte.

—¿A Jonah le caía bien Alaina? —preguntó.

May sonrió con amargura.

—Sí, mucho. Solían ser muy buenos amigos.

Evelyn asintió, asimilando la información.

—Ahora tiene otro motivo más para odiarme, otro motivo que demuestra que no traigo más que mala suerte.

—No hables así, cariño. Jonah odia a todo el mundo, y su relación con Alaina fue breve. Además, se ha acostado con casi todas las mujeres de este palacio. Incluso yo tuve un romance con él hace años. Y deja que te diga que ese *ego suyo* no es tan grande como le gusta hacer ver, no sé si me entiendes... — May le guiñó un ojo traviesa.

Evelyn dejó escapar una risita.

—Vamos, no te culpes. Alaina sabía muy bien lo que estaba haciendo y lo que se jugaba cuando empezó a provocar a Atticus. No es culpa tuya que haya muerto. Es sólo de ella. —May le dio un pellizquito en la mejilla—. Ahora, sonrío para mí, pequeña. Atticus no querrá verte triste y, francamente, creo que ya es hora de que te liberes de esas cadenas que te tienen en un estado de permanente tristeza. La primavera está al caer, quiero que empieces a sonreír, a reírte con ganas y a divertirte. Hay un montón de cosas divertidas que se pueden hacer aquí, ¿sabes?

—¿Como qué?

—¿Has ido alguna vez a bucear?

—¿Hay un sitio para bucear en el palacio?

Evelyn abrió la boca de par en par.

—¡No, jajaja...! Pero podemos ir a bucear a algún sitio si quieres. Tomamos uno de los jets y vamos a algún arrecife de coral, si es que queda alguno, y estaremos de vuelta antes de la cena. ¿Te gustaría?

Sonaba muy atractivo, pero, de nuevo, la idea de tomar un jet para volar hasta un lugar exótico y divertido justo después de una muerte la hizo sentir inapropiada.

—Hoy no, a lo mejor otro día.

—Claro. —May le dedicó una sonrisa—. Entonces ¿ya has decidido si

merece la pena salvarlo o no?

La frágil taza de porcelana cayó de las manos de Evelyn y se hizo añicos contra el suelo.

El té salpicó la ropa de la muchacha al caer. Junto a sus pies había trozos afilados de porcelana.

May le dio un pañuelo, riendo.

—¡Qué torpe eres, pequeña!

—Lo siento.

Evelyn se levantó a recoger los pedazos, pero la vampira le puso una mano en el hombro para detenerla.

—Limpien esto —ordenó.

De inmediato, la joven vio unos pies con la pedicura hecha y plataformas con el rabillo del ojo. Levantó la vista y vio a una chica que no conocía que comenzaba a recoger los trozos de porcelana del suelo.

—No te molestes con cosas que no merecen que les dediques esfuerzo. Para esto tenemos servicio. —May volvió la cabeza—. Tráele a la señorita Blackburn otra taza de té.

Por un momento, Evelyn pensó que hablaba para sí, pero entonces un chico apareció de la nada y le sirvió otra taza.

—Que lo disfrute —dijo el muchacho sin mirarla a los ojos.

—Gracias.

May Lee suspiró y volvió a tomar el pañuelo, con el que dio unos toquecitos sobre la ropa de Evelyn, para acabar de limpiarla.

—Menos mal que ya no estaba tan caliente. Si llego a quemarte, Atticus tendría mi cabeza ensartada en una lanza en menos que canta un gallo. Creo que es la primera vez que la tardanza de alguien me ha salvado la vida.

Había una nota maternal en el tono que May utilizaba para dirigirse a ella. Era agradable. Pero entonces Evelyn recordó lo que le había dicho justo antes de que se le cayera la taza: «¿Ya has decidido si merece la pena salvarlo o no?».

La rosa de Lucifer... ¿Lo sabría ella? ¿Sabía que tenía la oportunidad de pedir un deseo, un deseo que podía implicar acabar con la vida de Atticus? Ese pensamiento hizo que el ambiente agradable se transformara en uno de terror. Si

lo supiera May, ¿qué haría? ¿La ayudaría? Evelyn sintió una punzada de optimismo, pero enseguida regresó a la realidad: claro que no, la lealtad de May pertenecía a Atticus.

La bonita chica de piel aceitunada, que había vuelto a su elegante posición sentada, sonreía. Había dejado el pañuelo manchado en la mesita junto a su sillón. Bebió un sorbo de té.

—¿Sabes qué es más peligroso que un hombre que te odia?

—Pues...

—Un hombre que te quiere. —May la miró—. Ya sé que es poco probable, pero ¿te ha hablado Atticus alguna vez de mi pasado?

Evelyn negó con la cabeza.

—¡Ese narcisista incorregible...! —exclamó May, y ella no pudo evitar reírse. Era el tipo de risa que hacía mucho que no experimentaba, el tipo de risa genuina que borraba todas las preocupaciones.

May sonrió. Era un triunfo ver a Evelyn así.

—Jonah dijo que eras una perra fría y sin sentido del humor —prosiguió guiñándole un ojo a Evelyn—. Lo que pasa es que estás sola y nadie te entiende. —Puso su mano sobre la de ella en un inesperado gesto de consuelo y amistad—. Si me dejas, te cuento una historia. ¿Te gustaría oírla?

—Nada me gustaría más.

—Bien.

May se echó hacia atrás para apoyarse en el respaldo de su sillón. Seguía teniendo la mano sobre la de Evelyn. Su piel era fría, pero aquella simple interacción era agradable, y no quería que la apartara.

La delicada sonrisa desapareció de los labios de la vampira cuando empezó a hablar y fue sustituida por una expresión de pena contenida.

—En otro tiempo, un tiempo mucho más oscuro, en una tierra en la que la igualdad era algo con lo que la gente no podía ni siquiera soñar, había un emperador. Tenía... muchas, muchas, muchas mujeres, concubinas, sirvientes y esclavas. Era un hombre despiadado con una insaciable sed de poder. Gobernaba su tierra sin que nadie se opusiera a él. Gobernaba a través del miedo y sin piedad. Pero ni siquiera los mayores héroes y tiranos pueden comparar su poder con el poder incomparable que es el amor. Un día, se enamoró. Aquellos tiempos, como he dicho, eran diferentes; las leyes eran injustas y no tenía ninguna consideración hacia su pueblo. Las mujeres eran consideradas inferiores entonces. —May apretó la mandíbula un momento—. El amor del emperador no le correspondía, pero no tuvo más opción que casarse con él porque no tenía

ningún derecho. Era un hombre terrible con un genio espantoso.

»De algún modo, ella era muy parecida a ti. Con la diferencia de que Atticus realmente te quiere lo suficiente como para contenerse, para tomar en consideración lo que sientes. El emperador no lo hacía. La chica intentó quitarse la vida demasiadas veces para contarlas. Pero, a diferencia de ti, no había ningún Hansel para salvarla. En su lugar, tenía doncellas y guardias que la devolvían de las puertas de la muerte y un emperador que la torturaba de la mañana a la noche. No quería matarla, no quería marcar su piel, pero había muchas otras formas de destrozarse un alma. Asesinó a todos a quienes ella amaba e hizo a la muchacha infeliz para verla suplicarle clemencia. —May hizo una pausa—. Entonces, un día, un hombre increíblemente apuesto de un país lejano llegó al palacio. Llevaba consigo un séquito de gente exquisita.

»Se quedaron en el palacio varias noches, y durante ese tiempo nació el fuego del amor. —Los labios de May temblaron—. ¿No es increíble lo que uno puede llegar a hacer por amor? —preguntó de forma retórica—. Resultó que hacía mucho tiempo que había una disputa entre aquel extranjero y el emperador. El hombre le ofreció a la muchacha una oportunidad de ser libre, y la inmortalidad. La chica mató al emperador a cambio de aquella oportunidad de ser llevada lejos y estar con el hombre al que amaba. Creyó que sería feliz. —May miró a Evelyn con los ojos humedecidos y una sonrisa—. La chica se parece mucho a ti, ¿verdad?

—¿Eras tú? —preguntó ella.

May asintió.

—Dios, ¡Jonah no te hace justicia! Eres más lista de lo que pareces.

—¿Era Atticus...?

—¿El hombre del que me enamoré?

Evelyn asintió. Sus ojos se humedecieron también.

May se echó a reír.

—¡Ojalá! Habría sido menos malo. —Apretó la mano de Evelyn—. Dale un poco de crédito a Atticus. Ya sé que estás enamorada de Ethan Redfern, y que ahora sientes algo por Hansel..., ¿no es así?

El cuerpo de Evelyn se quedó frío. Intentó ordenar sus pensamientos y darle la respuesta más segura que su mente pudiera idear, pero May se limitó a volver a apretar su mano. No hacía falta que respondiera. Ya sabía la respuesta.

—Igual que yo, te enamoras de los buenos. O, al menos, de los chicos que aparentan serlo. Y, por incomprensible que sea, y por mucho que lo quiera con locura, necesitaría muchos argumentos para convencerte de que Atticus es tan

bueno como tu amante humano o como Hansel. —May puso cara de asco, en broma—. Pero, por favor, ponte en su lugar. Gobernar el mundo no es tarea fácil. Y ya sé que quieres ver un mundo mejor en el que las cosas sean perfectas, pero... una utopía no es tan fácil de conseguir. Además, pese a lo que puedas creer, Atticus ama este mundo. Ama a los humanos y a los vampiros y a todas las especies que siguen poblando el planeta.

Evelyn le apartó la mano.

—Pero eso no justifica las hambrunas, la pobreza y el sufrimiento.

—Cariño, ya sé que no, pero el sufrimiento es parte necesaria de la vida. No hay arcoíris sin lluvia. En el reino animal, para sobrevivir, un león debe atrapar a sus presas, más débiles. Así es la cadena alimentaria. Un mundo en el que todos sean felices es imposible. Pero, aun así, las cosas son mucho mejores que antes. Lo entiendo, eres joven y te han metido en la cabeza muchas ideas equivocadas sobre mi raza. Pero pregúntale a cualquiera que viviera en el siglo XXI. La Tierra es ahora sostenible. Ya no contaminamos como antes. La amenaza nuclear que podía llegar a destruir la humanidad ya no existe. Los niños no mueren innecesariamente por problemas que no les incumben. Ya sé que la desigualdad todavía es grande, pero eso es algo que simplemente debemos aceptar como parte de la sociedad. No hay forma de superar la desigualdad, créeme, lo hemos intentado todo.

—¿Qué tratas de decirme?

—Gobernar el mundo no es fácil, y ya sé que no es culpa tuya, todo responde a las ideas que te inculcaron al crecer, pero Atticus es un buen hombre. Es mejor que el emperador. ¡Mucho mejor! No ha matado a tu familia, no ha matado a Ethan, ¡ni siquiera ha matado a Hansel! Pese a todos los motivos que tiene para acabar con sus vidas, no lo ha hecho porque te quiere. Te quiere más que a sí mismo. Ya sé que te ha hecho cosas terribles. Nada justifica sus acciones, y tienes todo el derecho a odiarlo. Pero, ten esto en cuenta: ha vivido muchas vidas en soledad. Lo aterra perderte porque sabe que la maldición de los Ancianos le hace perder todo lo que ama. Quiere romper aquella maldición. El miedo a perderte lo ha vuelto loco, no soportaría perder la única cosa que lo ha hecho sentirse vivo en años. Con ese miedo, y la Oscuridad siempre al acecho, susurrándole cosas, haciéndole tomar decisiones que no tomaría, pero ante las que cree que no tiene opción... —Los ojos de May se clavaron en los de Evelyn. El poder de sus palabras era brutal—. Te ha roto, pero tú también lo has roto a él. Y le da demasiado miedo mostrar sus grietas.

—No creo que pueda llegar a quererlo.

—No tienes por qué. —May contempló las mansiones que se veían en la distancia—. Apolo y yo tenemos suficientes influencias, dinero, poder y materia gris para sacarte de aquí. También podríamos poner a salvo a Ethan, a Hansel y a tu familia, a quien creas que podría verse afectado por la situación. A juzgar por tu carácter, no creo que quisieras ir a Australia y arriesgarte a hacer estallar una guerra, pero hay otros modos de esconderte. El mundo es muy grande y podrías llevar una vida humana feliz, con quien tú quieras. Pero una existencia sin ti podría destrozar a Atticus. Perderte será lo peor que le ha pasado nunca, multiplicado por mil. Le romperás el corazón. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Evelyn abrió la boca, pero la cerró al ver que May seguía hablando.

—No tienes que decidirlo ahora. Tómate tu tiempo para pensarlo.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque el sufrimiento de uno siempre será menos que el sufrimiento de dos. Lo romperá vivir una vida sin ti, pero ya lo está destrozando verte sufrir por culpa de su incapacidad para dejarte ir.

Unos ojos grandes con el iris cristalino, entre azul y verde, pestañeaban alertas, temerosos.

El hombre con el traje del color de la medianoche estaba apoyado contra un muro. Tenía un cuchillo sujeto entre el índice y el pulgar y lo balanceaba delante de él haciéndolo girar con gracia, como una bailarina de puntillas.

Había una leve sonrisa en el rostro de Atticus. Tenía los ojos puestos en el cuchillo entre sus dedos. De vez en cuando, la hoja captaba un rayo de luz que se reflejaba bien en Atticus, bien en Hansel o bien en la pared como una cicatriz alargada y blanca, fugaz.

—Acaba con esto —le pidió Hansel volviéndose hacia él—. Has venido a matarme, ¿no?

—¿Acabar con esto? —rio él. Su risa hizo que el estómago de Hansel se encogiera—. ¿Por qué iba a hacerlo? Después de todo lo que has hecho, si estuviera aquí para matarte sería una muerte lenta y dolorosa, increíblemente dolorosa. ¿No te parece?

—¡Pues hazlo! —lo provocó—. Hazlo, mátame. Es lo que quieres, ¿no? La mujer de tu vida se ha enamorado de mí, y tu ego infantil no puede soportarlo. —Hansel sacudió la cabeza y añadió—: ¿En serio crees que teniéndola en una jaula, abusando de ella y haciéndole daño se enamorará de ti? Eres un pendejo enfermizo y retorcido. No mereces ser amado. ¡Ni siquiera sabes qué es el amor! ¿Llamas amor a lo que sientes por ella? ¡Atticus! ¿Qué has hecho tú para demostrarle tu amor? ¡El amor consiste en dar tanto como tomar! Tú lo único que haces es tomar, no has hecho el menor sacrificio por ella... Eso no es amor.

La sonrisa del rey desapareció.

Y el corazón de Hansel se encogió.

La expresión de Atticus se volvió sombría y los labios le temblaron.

De repente, la pena fue como un jarro de agua fría lanzado a la espalda de Hansel. Sus tripas se estremecieron ante la visión.

El notorio rey cerró los ojos y respiró hondo.

Por un momento, el vampiro de pelo rizado pensó que iba a llorar, a desmoronarse allí mismo como una pila de runa. Quiso decirle que lo sentía, pero no pudo. Algo lo detenía. El mundo parecía limitarse a su celda, el resto desapareció cuando vio al hombre que lo había salvado volver la cara.

Las lágrimas asomaron a los ojos del monarca.

«Lo siento, lo siento, lo siento».

Hansel abrió la boca, pero de ella no salió palabra alguna.

En ese momento se odiaba a sí mismo. No sólo por lo que acababa de decir, palabras que habían hecho daño a Atticus, sino por querer a Evelyn, por ser tan débil como para enamorarse de la mujer a la que amaba su creador. También se odiaba por no haber intentado con la suficiente fuerza que Atticus fuera menos violento e irracional con ella. Aquel hombre era un monstruo, un horrible monstruo sin alma, pero, a la vez, era el hombre que lo había salvado a él, concediéndole la inmortalidad, la vida.

Hansel lo odiaba y lo amaba a partes iguales.

—Yo... —empezó a decir. Se dio cuenta entonces de que él también estaba llorando.

—No te disculpes —saltó Atticus—. Por favor, no. Merezco lo que has dicho. Merezco cada insulto y más... —Negó con la cabeza—. No me perdones. No merezco el perdón. —Tiró el cuchillo y éste rodó sobre el suelo empedrado. Su mirada se elevó para encontrarse con la de Hansel—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de cambiar la situación?

—No. —La respuesta salió de su boca antes de que Hansel se diera cuenta. Luego hubo una pausa. Un instante de remordimiento. Y añadió—: O a lo mejor sí, si encuentras la forma de borrar sus recuerdos.

Silencio.

Justo después, en la celda se oyó una leve risa. Ambos rieron. Un momento fuera de lugar, un momento de normalidad en aquella cámara de sufrimiento.

La música de fondo eran los gritos y los gemidos de los torturados. Hansel había sido objeto de los sádicos pasatiempos de Atticus hacía menos de una hora, pero, de algún modo, casi ni lo recordaba.

Atticus era su amigo. Atticus estaba destrozado.

Hansel habría deseado saber cómo consolarlo, cómo curarlo, encontrar la luz que reparara su alma. Pero no podía hacerlo. Sólo Evelyn podría. Y esa oportunidad se había desvanecido la noche del motel. Atticus había abusado de su confianza y le había hecho lo indecible. Ya no había nada que pudiera hacerlo rebobinar y borrar todo aquello.

—Siempre te perdonaré, incluso cuando no lo merezcas, incluso después de que me hayas encerrado en una celda y me hayas torturado. Algo que, por cierto, es extremadamente doloroso. Viejo, no es algo bonito —añadió Hansel con una sonrisa en un intento de mejorar el humor de Atticus—. ¿Y si intercambiamos los roles y te torturo yo un rato?, ¿cómo lo ves?

El rey levantó la vista. Sus ojos castaños estaban llenos de lágrimas.

El corazón de Hansel se partió en dos al verlo.

Una brisa fría recorrió la celda.

—Hansel —la voz de Atticus era poco más que un susurro—, he hecho algo terrible...

Antes de acabar su confesión, cayó de rodillas.

—Atticus...

Un gemido.

Hansel contuvo la respiración.

El destrozado rey sollozaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hansel tirando de sus cadenas, desesperado por estar al lado de su amigo.

—Romeo, mi hijo... Lo he matado.

Hansel lo supo casi de inmediato.

«Romeo».

El recuerdo era lejano y se habría quedado en el fondo de su mente, acumulando polvo, si no hubiera sido porque era el mismo recuerdo que no paraba de visitar una y otra vez para torturarse desde el momento en que se había dado cuenta de que sentía algo por Evelyn que iba más allá del amor puramente platónico.

Rememoraba aquello como un castigo, como un recordatorio de lo mucho que Evelyn le importaba a Atticus.

Había herido a su amigo y ahora quería sufrir por ello, como si estar encerrado en aquel infierno sin luz e infestado de ratas no fuera suficiente. Día tras día tras día de latigazos hasta ser convertido en picadillo, para luego permanecer colgado hasta que se curara y vuelta a empezar. Aun así, Hansel quería más. Daba la bienvenida al dolor con los brazos abiertos, lo deseaba, porque sabía que, por mucho daño que le hicieran, nunca sentiría el dolor que Atticus había sentido al darse cuenta de que Evelyn se había enamorado de su mejor amigo.

El recuerdo era claro, como si acabara de suceder, la expresión en el rostro de Atticus y el tono tan dulce en el que había dicho: «Si vuelvo a enamorarme y tengo otro hijo, lo llamaré Romeo». Eso era lo que Atticus había dicho, a nadie en particular, en la oscuridad de aquel teatro.

Hansel estaba seguro de que no se había dado cuenta de que lo había pronunciado en voz alta. A lo mejor el destino había jugado a un enfermizo juego con él. A lo mejor Hansel tenía que oír aquellas palabras para que siglos más tarde, cuando ya no llevaban sombrero de copa y los días de bailes en el Londres de la alta sociedad se hubieran terminado, entendiera su impacto y deseara la muerte.

Romeo. Atticus nunca había dicho nada más al respecto de por qué quería ponerle ese nombre a su hijo. Y ahora, cuando estaba acurrucado como un bebé,

con las rodillas contra el pecho, no parecía el mejor momento para preguntárselo. Hansel nunca lo había visto tan devastado. Era como si tuviera un cuchillo atravesándole el corazón. No uno, sino millones de ellos. No había palabras para describir el dolor de todas aquellas cuchillas cortando su corazón en pedazos. No parecía haber suficiente aire en la celda para sus pulmones, para su cuerpo.

Fue dándose cuenta poco a poco de lo que su amigo había querido decir. Sintió su dolor y se odió todavía más, porque la persona a la que Atticus necesitaba en ese instante era Evelyn, y ambos sabían que no encontraría consuelo en ella.

Las lágrimas eran como agujas que le pinchaban los ojos. Hansel se mordió la mejilla en un intento de contener las lágrimas.

No tenía derecho a llorar, a sentir remordimientos.

—Yo... —empezó a decir Atticus, pero se ahogó con sus palabras.

Volvió a proferir un agudo gemido, y Hansel notó un escalofrío recorrerle la espalda.

«Mátame, por favor —pensó suplicando en silencio—. Mátame. Véngate de mí. Merezco morir».

Las tripas se le revolvieron y empezó a llorar. El mundo a su alrededor se derrumbó. Unos pocos metros nunca le habían parecido tanto. Necesitaba estar allí, al otro lado de la celda, junto a Atticus. Quería decirle lo que su rey necesitara oír, hacer lo que su rey quisiera que hiciera. Y, si eso significaba arrancarse el corazón en aquella celda oscura y maloliente, lo haría.

Lo haría.

Haría cualquier cosa por Atticus, cualquier cosa que le pidiera.

Siempre.

Para siempre.

El amor era un nudo alrededor del propio cuello.

Uno caía cuando quería.

Morir por aquellos a los que uno amaba podía ser una dicha.

¿Qué mejor modo de partir?

Hansel moriría por Atticus.

El amor platónico valía mucho más la pena que el amor romántico.

El romance ardía con fuerza, pero acababa consumiéndose.

Pero el amor platónico, si se cuidaba, podía durar eternamente.

Y Hansel amaba a Atticus. Tanto como a Evelyn, si no más.

Todos aquellos siglos de amistad.

No renunciaría a todo por ella, por mucho que su corazón se lo pidiera, por muy desesperado que estuviera por abrazarla, por intensa que fuera la alegría que notaba en el pecho cuando ella sonreía. No importaba si deseaba una vida junto a ella con todas sus fuerzas. No importaba si nunca podría querer a nadie del mismo modo que a ella.

Atticus siempre la querría más. El despiadado y desalmado rey, el monarca sin principios, lloraba al ver *Romeo y Julieta*. Lloraba por ellos no porque sintiera su pasión o estuviera de acuerdo con sus estúpidos actos. Lloraba por ellos porque deseaba amar como ellos lo hacían. Él moriría por Evelyn. Quería a Evelyn con cada célula de su cuerpo y quemaría el mundo por ella hasta los cimientos. Haría cualquier cosa por ella.

El diablo se había enamorado de una humana, y ella había roto su corazón en mil pedazos. Luego él había puesto los pedazos a sus pies, se había arrodillado y le había pedido perdón por todos los pecados que había cometido, aunque sabía que nunca sería perdonado. No merecía serlo. Ni ahora, ni nunca. Pero lo intentaría. Porque tenía toda la eternidad por delante.

Y un día, quizá, ella lo perdonaría. Si no hubiera sido por el diablo que había llegado antes hasta ella, si no hubiera sido por aquel vengativo diablo, a lo mejor la humana y él ya estarían viviendo felices a esas alturas.

Hansel sollozó.

Se odiaba.

Maldecía el día en que había nacido.

Deseaba haber muerto antes de nacer.

Deseaba que Atticus hubiera pasado de largo y hubiera dejado morir a aquel chiquillo. Porque merecía morir por lo que le había hecho a su amo, a quien le había salvado la vida.

—Lo siento —dijo en tono tembloroso, casi agonizante—. Lo siento..., yo nunca... —La voz de Hansel se quebró.

En ese instante, se unió a la pena de Atticus, convirtiendo su solo en una sonata. Y aunque los sollozos de ambos eran apenas perceptibles, resonaron por toda la celda.

Los de Atticus, por su hijo.

Los de Hansel, por su creador.

—No es culpa tuya —dijo el rey al darse cuenta de lo mucho que sufría su amigo. Se levantó y cruzó la celda a toda prisa. Tomó la cara de Hansel entre las manos y le acarició la mejilla con el pulgar—. Nunca ha sido culpa tuya. Hemos llegado hasta aquí por las decisiones que yo he tomado. Me lo merezco. Cada

dolor, cada momento de dolor.

Hansel no sabía qué esperar a continuación. Atticus siempre se mostraba más amable antes de sus peores y más violentos ataques.

No, no era cierto. Hansel sabía exactamente lo que llegaría a continuación.

La enésima variación del mismo tema, sí.

Pero todos acababan igual.

Su corazón ensangrentado acabaría en el suelo.

Su cabeza rodaría por el empedrado, cubierto de sangre.

Su columna, arrancada de su espalda, estaría en la mano de Atticus como un trofeo.

Todo ello y más. Imágenes escabrosas poblaban la mente de Hansel cuando Atticus cruzó la celda en una fracción de segundo.

Cuando el rey le secó las lágrimas, su tacto era amable. Él no dijo nada. Esperó a que llegara el dolor por última vez. Esperó que apareciera la muerte para llevarse su alma. Esperó el infierno, o alguna clase de vida en el más allá, si es que existía.

Esperó y esperó.

Su mente, tan preparada ante la idea de morir, anticipando el dolor, no notó que las manos de Atticus se dirigían a las cadenas de sus muñecas.

No fue hasta que oyó el chirrido del metal rompiéndose por la acción de las manos desnudas de su amigo que supo lo que ocurría: Atticus iba a dejarlo ir. Con vida.

—Lo siento —dijo este último, los ojos todavía llenos de lágrimas. Incluso en aquella celda inmunda, parecía un dios. Inmaculado con su elegante traje, hermoso en todos los aspectos—. «Si la amas, déjala ir. Si vuelve, es tuya para siempre, de lo contrario es que no lo ha sido nunca, y ambos seremos felices». Es lo que me dijiste una vez, ¿recuerdas? —añadió con voz temblorosa, todavía al borde del llanto—. No va a volver. No lo hará. Nunca ha sido mía y nunca lo será. —Atticus hablaba en un hilo de voz, consumido por el dolor y el odio hacia sí mismo—. Cuídala, por favor, dale la felicidad que yo no he podido darle. Ámala con todo tu corazón. Por favor.

Incluso si el mundo ardía en llamas, con todos los demonios y las víctimas de su pasado, amenazando con consumirlo por toda la eternidad y más allá, no le importaba. Habría dado la bienvenida a la llama, a la muerte. Era invencible. Era Atticus Lamia. Podía tener el mundo a sus pies con tan sólo chasquear los dedos, pero no había sido capaz de ganarse el corazón de la mujer que amaba. No merecía ser feliz. Tan cerca, pero, a la vez, tan lejos.

Tenerlo todo y, aun así, no tener nada.

Se apoyó contra la ventana de la habitación y examinó el lugar donde ella pasaba sus noches. Incluso la habitación parecía vacía y sin vida. Jamás había considerado el palacio de él su casa, supuso. Era sólo algo temporal. A lo mejor siempre había sabido que algún día la dejaría ir y que su tiempo allí se iba acortando cada día que pasaba, hasta que al fin él vería la luz y la dejaría ir. A lo mejor tenía fe en que habría un resquicio de bondad entre aquellos pensamientos monstruosos.

El corazón de Atticus sangraba. Deseaba hundirse, caer de rodillas y llorar y llorar hasta que no le quedaran lágrimas y todos sus recuerdos de ella se hubieran evaporado y él estuviera finalmente libre de aquellas cadenas.

—No lo hagas —le advirtió Lucifer. Su afilada figura se manifestó entre las sombras de la luna plateada. Pasó la mano por la espalda del rey, haciéndole notar un escalofrío, intentando despertar la furia y la Oscuridad que habitaban en su interior—. No la dejes ir. El bebé puede salvarse todavía. Yo puedo salvarlo. Déjalo vivir. Ella querrá al niño y te querrá también a ti. Puedes hacer que te ame. Rómpela hasta que no sea nada. Quema las partes de ella que quieren a Hansel. Reemplázalas por amor hacia ti.

—Déjame en paz.

—No la dejes ir.

—¡Que me dejes en paz! —gritó Atticus, su expresión cada vez más sombría, los colmillos asomando bajo su labio superior. Sus ojos, rojos de tanto llorar, ardían con sed de sangre, igual que cada célula de su cuerpo, ávidas de notar el

dulce placer de una muerte violenta, la delicadeza de la sangre en sus manos.

—Es tuya, ¿sabes? Todo en este mundo lo es. Te pertenece. Todo te pertenece. Te la puedes coger y jugar con ella. Es tuya. Si la quieres de rodillas, con la boca alrededor de tu verga y sus tetas en tus manos, puedes hacer que suceda. Tienes que luchar por lo que deseas, Atticus. No eres un cobarde. —Las palabras de Lucifer eran como una canción, melódicas y suaves, rítmicas y elegantes, cada una danzando en la punta de su lengua y saliendo como un torrente.

Atticus apartó la cara. Con la mandíbula apretada y los puños contra el alféizar de la ventana, deseó poder aniquilar a Lucifer, cortar al bastardo en pedazos hasta que no fuera más que un picadillo de sangre y huesos, un festín para las ratas. Deseaba que su corazón no se decantara por hacerle caso, que su interior no danzara al son de la idea de futuro ofrecida por la siniestra bestia a su lado.

Todo cuanto decía aquel demonio era verdad. Atticus estaba escogiendo el camino menos transitado. Uno en el que él iba a sufrir todo el dolor y el néctar de la felicidad sólo lo saborearían otros, nunca él. Pero también podía quedarse con Evelyn, su Evelyn, allí mismo, encerrada en su palacio para ser su puta y su juguete y su amante y su reina y todo lo que él quisiera. Podía hacerlo. Sólo necesitaba determinación y un corazón de piedra.

Miró la oscuridad de la noche ante él, el jardín moteado con puntos de luz. Pensó en Hansel, esperando en los establos. Todo cuanto necesitaba era un gesto de la cabeza, un movimiento rápido y la tierra se teñiría de rojo con la sangre de su amigo. Evelyn lloraría, sí, pero se le pasaría. Atticus se aseguraría de ello. Una vez supiera lo del bebé, puede que al principio se asustara, deseara su muerte. O a lo mejor eso la llenaría de alegría y los amaría a los dos, a él y al pequeño, con todas sus fuerzas. En cualquier caso, daba igual. Si Atticus quería quedarse el bebé, el bebé viviría.

—Te pertenece. Y el niño también. Eres Atticus Lamia, no te arrodillas ante nadie. No temes a nada. Toma lo que quieres, lo que mereces, la felicidad que se te debe desde el inicio de los tiempos. Toma a la mujer que amas y hazla tuya.

—¡Cierra el pico! —rugió Atticus, sus palabras una explosión que quemaba con la promesa de la muerte. La habitación tembló cuando las ondas de sonido reverberaron en las paredes. Apartándose de Lucifer, que se había ido acercando a él con cada frase, añadió—: Déjame.

El diablo sonrió.

—Sabes que es la verdad. ¿Por qué soportar ese dolor? Ser altruista está

sobrevalorado. ¿Por qué anteponer a nadie? No hay sentimientos más importantes que los tuyos. Evelyn no ha hecho más que herirte, Atticus. Haz que pague. Espera a que vuelva, espera a que puedas tenerla entre tus brazos, espera a tenerla contra la pared, su cuerpo tan suave y tan joven contra el tuyo. No podrás dejarla ir. Nunca has tenido la fuerza de voluntad para dejarla ir. Siempre te querrás más a ti que a ella.

—Te equivocas. —La voz del vampiro era un gruñido vacío.

Algunas cosas era más fácil decir las que hacerlas.

Lucifer le mostró una última sonrisa de oreja a oreja; sus ojos rojos brillaron en la oscuridad antes de desvanecerse entre las sombras.

Un segundo después, Atticus oyó pasos en el pasillo, ligeros y rápidos.

Evie.

Su Evie.

Evie, su Evie.

—Vengo de Oriente, de un lugar que solía llamarse China —le había dicho May Lee justo cuando Evelyn estaba a punto de irse, la taza de té de porcelana vacía y fría como la puesta de sol—. Mi marido adoraba a los dioses, pero sólo a cinco. Solía llamarlos *los Guardianes*: la Vida, la Muerte, el Destino, la Oscuridad y la Luz. —May sostenía su taza en la mano y de ella emergía un vapor que olía a deliciosa canela. Dio un sorbo antes de proseguir—: Mi marido apostó con la Muerte y ganó. Intentó adivinar el nombre del Guardián y acertó.

—¿Acertó el nombre de la Muerte? —preguntó Evelyn. Notó frío y el resto del mundo desapareció a su alrededor. Oyó cada latido de su corazón. El nombre de la Muerte... Tragó saliva al pensarlo, excitada, pero mantuvo un semblante inexpresivo—. ¿Era...?

—Nunca me lo dijo. Pensaba que yo era lista, mucho más que él. A lo mejor imaginó que haría un trato con la Muerte, o quizá que le vendería mi alma para que lo matara.

La mirada de May Lee descendió hacia el té, como si hubiera encontrado algo de gran interés en él. Su índice acarició el borde dorado de la taza con un suspiro.

Era una especie de disculpa, Evelyn estaba casi segura. Notó la pena, el odio hacia sí misma, el remordimiento.

May Lee lo sabía, sabía del juego que Evelyn iba a jugar con Lucifer y la naturaleza de su deseo.

—Me dijo una adivinanza —añadió la vampira tras un momento de silencio, y sus ojos castaños se elevaron para contemplar los últimos rayos de la puesta de sol, los vibrantes últimos coletazos de vida antes de que la oscuridad tomara el relevo y el día pereciera—. Un nombre se da, me dijo. Un nombre es un regalo, se ofrece. Es descaradamente obvio y a la vez increíblemente astuto. Me hizo que lo adivinara, pero no acerté. —May Lee dejó la taza—. Es toda la ayuda que puedo ofrecerte, me temo. Sé inteligente, Evelyn. Con la respuesta y con el deseo.

El recuerdo de su conversación era ahora una sombra en el fondo de la mente de la chica, palideciendo y oscureciéndose bajo la luz titilante de su conciencia, que quería examinar cada detalle, cada fractura, cada palabra de aquella adivinanza.

«Descaradamente obvio e increíblemente astuto...».

Las teorías empezaron a formarse en su cabeza mientras sus pasos resonaban por el pasillo, ligeros y rápidos, una melodía constante que la acompañaba mientras caminaba por los largos corredores del palacio con toda su energía concentrada en la materia gris de su cerebro, trabajando para encontrar la respuesta a aquel juego de palabras.

«Un nombre se da. Un nombre es un regalo, se ofrece...».

«Descaradamente obvio...».

Llevó la palma de la mano a la perilla de las puertas metálicas de su habitación, su peso cediendo ligeramente al entrar en la estancia, ignorando la sombra que se escondía junto a la ventana.

La muchacha dejó escapar un suspiro, creyéndose a salvo.

«Toda tuya», le dijo Lucifer a Atticus.

Sus palabras hipnotizaron al rey y, pese a que éste había querido hacer lo correcto, intentando que el amor que sentía por Evelyn lo ayudara a conseguirlo, se encontró indefenso.

Fuego contra fuego. Siempre había uno que brillaba con más intensidad, con más fuerza.

Se sentía en llamas, cada bocanada de aire era costosa.

Le temblaban las manos.

«Toda tuya».

«Toda mía».

«Eres el rey».

«Soy el rey».

«Es tuya».

«Es mía».

«No la dejes ir».

«No... —Dio un respingo—. No la dejaré ir».

«No la dejes ir».

«La quiero».

«No la dejes ir».

Con los puños apretados, Atticus vio a Evelyn entrar, el pelo despeinado por el viento, el corazón latiéndole a mil para poder aclimatarse a la nueva temperatura.

—¿Dónde has estado? —preguntó con expresión neutra, aunque la frialdad de su tono resultó amenazadora.

Al oír aquella voz, la del hombre que la atormentaba en sus peores pesadillas, el hombre que se lo había arrebatado todo, dejó escapar un grito ahogado. Su corazón se aceleró y las manos comenzaron a temblarle, sus pupilas dilatadas como las de un cervatillo cegado por los faros de un coche.

«Toda tuya».

Atticus se pasó la lengua por los labios.

«Suave, dulce y deliciosa. Mírala. Recuerda cómo te sientes al tocarla, al poseerla, al meterte entre sus piernas. Es tuya», oyó que le decía la voz de Lucifer de nuevo, seductora, apelando a la parte que más odiaba de sí mismo.

Como la serpiente que sedujo a Eva, Lucifer seducía a Atticus apelando a su orgullo, a su naturaleza egoísta, a su infinito poder: «Tienes el mundo a tus pies, ¿por qué no tenerla a ella también? Haz que te ame, enséñale, cogétela hasta que lo haga. No es más que una humana, una patética humana sin valía. Basura. Piensa en tu bebé, el bebé dentro de ella, en Dara, tu hija, y en Romeo, tu hijo. Son tus niños, son tu sangre. Tuyos. Los dos. Siguen vivos, sus corazones siguen latiendo. Son fruto de tu semilla, no es tan fácil destruirlos con cualquier veneno. Puedes salvarlos. Puedes ser padre. Puedes formar una familia y ser feliz. Por primera vez desde hace mucho, puedes ser feliz y amar y ser correspondido. No lo dejes escapar. Lucha por ello...».

—Yo... —La voz de la chica era un susurro.

—No te molestes en mentirme. Dime la verdad, Evelyn.

Ella comenzó a retroceder hasta que se encontró contra la pared. En apenas un segundo, Atticus cruzó la estancia y se le plantó delante.

Su olor penetró en los pulmones del vampiro: manzana, miel y canela.

—Estás fría —le dijo.

Con el índice, le acarició la mejilla sonrojada antes de pensar en lo que hacía. El tacto encendió una llama en su interior que se convirtió en fuego. El remordimiento no tuvo tiempo de aparecer antes de que su mente se viera nublada por pensamientos pecaminosos y peligrosos que podrían destruir todo lo que había intentado hacer, destrozando la vida de sonrisas y risas que desesperadamente quería brindarle hasta convertirla en grises cenizas que se llevaría el viento.

—He salido a dar un paseo por los jardines. Para aclararme las ideas.

Él se echó a reír y la vio encogerse. Vio cómo su mandíbula se apretaba y aparecía un gesto de miedo en su rostro. Evelyn ni siquiera se molestó en esconder el asco y el odio que él le causaba.

«Haz que pague. Haz que se arrepienta de haberse enamorado de Hansel, de haberlos escogido a él y a Ethan antes que a ti. No seas cobarde. Mira cómo juega contigo, baila, sonrío y se sonroja ante todo hombre menos tú. No te merece. Haz que se arrodille. Haz que se incline, haz que entienda por qué eres el rey. No retrocederás. No tendrás miedo. Eres Atticus Lamia y lucharás por lo

que quieres...».

Antes de que Lucifer hubiera terminado su discurso, la mano de Atticus rodeó la garganta de la chica. Su piel era tan suave y sus huesos tan débiles a su tacto... Era terciopelo envolviendo cristal. No podía tenerla, a no ser que quisiera verla hecha pedazos en el suelo. Si no la dejaba ir en ese instante, acabaría manchándose las manos con su sangre.

—¡Sé dónde has estado y también con quién! —le susurró al oído con severidad—, ¿acaso me tomas por tonto?

«Es tuya, es sólo tuya. Ahora y para siempre. Mírala a los ojos. ¿Mira así a Hansel, con ese asco? Cuando están juntos, piensa en él, sueña con él mientras está en la cama contigo, dice su nombre en voz baja mientras la abrazas. Lo desea. Y si supiera que está libre y la espera en los establos, correría hacia él sin dudarlo. Huirían juntos y no volverías a verla jamás. Cuando salga el sol, la perderás. Para siempre...».

«Te quiero..., Hansel», dijo ella acercándolo hacia sí, con él entre sus piernas.

Sintió el aliento de Lucifer en la nuca y vio a Evelyn en los brazos de Hansel, sus cuerpos entrelazados, la mano de ella en el pelo de él, los labios de Hansel besando el suave cuello de Evelyn. Susurros y gemidos y fuertes suspiros. Manos que agarran fuerte y caderas que se mueven lenta pero firmemente, con pasión. Algo evidente por la manera como se miraban el uno al otro, las frentes juntas, el aliento compartido.

La contención de Atticus se derrumbó al desatarse su furia. Sus ojos se encendieron y apretó más fuerte el cuello de la chica.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te está permitido tocarlo, ni siquiera pensar en él? Eres mía, Evelyn, acéptalo. Eres mía y sólo mía.

Ella se estremeció, pero él no se apartó, no se detuvo. Presionó los labios contra los suyos, pese a que ella no le devolvía el beso.

—No —le suplicó Evelyn—, por...

Atticus la hizo callar con un beso, su labios calientes y salvajes mientras los de ella eran gélidos. Su rechazo le llegó como un cubo de agua fría, apagando las llamas de su odio y haciendo que recuperara la cordura por un momento.

Rompió a llorar, pero no la soltó.

Había tres caminos para escoger, pero sólo se permitiría tomar dos de ellos. No podía ser tan egoísta.

Por última vez, sus labios se juntaron con los de ella, intentando memorizar su forma, su tacto, la sensación que le provocaban. No le importó que las manos de Evelyn le golpearan el pecho, que luchara. La salvaría de aquella miseria

dentro de un momento. Sólo quería un último beso antes de que partiera, antes de que se fuera con el viento, antes de que sus vibrantes ojos azules se tornaran vidriosos y su corazón se detuviera.

«Es tuya. Si no puedes tenerla, nadie podrá. Si la dejas ir, te hundirás en la tristeza, me aseguraré de ello».

—No te obligaré a sufrir ni un segundo más —le prometió Atticus mientras se apartaba de ella—. Te quiero, Evelyn Black-burn. Te quiero ahora y para siempre.

Con el pulgar le tocó el labio inferior, hinchado por el beso. Sus ojos no estaban húmedos como las otras veces que la había besado a la fuerza, pero tampoco encendidos por la ira. Eran silenciosos, como si no tuvieran nada más que decir, como si conocieran su suerte.

—Te quiero —le prometió él una última vez mientras apretaba su cuello con fuerza.

Lucifer nunca la dejaría ir, igual que nunca había dejado ir a Atticus. La Oscuridad estaba en todas partes. No podías escapar de ella, no podías ocultarte de ella. Sólo si te amparabas en la protección de otro Guardián podías huir de verdad. Atticus percibió a la Muerte merodeando entre las sombras, lista para recoger su premio.

Le estaba haciendo un favor a Evelyn.

Le evitaría el sufrimiento antes de que todo fuera a peor, antes de que la Oscuridad la invadiera también a ella.

La muerte era fácil, rápida, pacífica.

Le dio un último beso en los labios.

Él viviría. Soportaría el dolor. Pasaría el resto de su vida con tan sólo medio corazón. Puso las manos alrededor del cuello de ella.

—Quiero hacer un trato. —Las palabras de Evelyn le pararon de golpe—. Te diré el nombre de la Oscuridad a cambio de que me dejes libre.

Atticus abrió mucho los ojos.

—¿Conoces su nombre?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Prométeme que dejarás que me vaya y te lo diré.

Su mandíbula se tensó un momento. Frunció el ceño. Pero al final asintió. Dio un paso atrás, poniendo distancia entre sus cuerpos. Evelyn sería feliz sin él. Tenía que dejarla ir. Y lo haría. No podía soportar hacerla sufrir más.

Ella sonrió.

—Ya he alejado la maldición. Cuando supe su nombre, le pedí que te liberara a medianoche, y por lo visto lo ha hecho. La Oscuridad no tiene nombre. Los nombres son regalos que dan los creadores, y la Oscuridad no tiene creador. Ha existido desde el inicio de los tiempos, así que no tiene nombre. Era una pregunta trampa. No puedes adivinar el nombre de alguien que no lo tiene.

Una sonrisa asomó a los labios de Atticus, y sus ojos se abrieron como platos. Evelyn había resuelto el misterio que él había pasado media vida intentando resolver.

—No puede ser tan fácil.

—A veces, las preguntas más difíciles son en realidad las más sencillas.

—Gracias —dijo Atticus. E hizo una lenta reverencia—. Ahora eres libre. Ve, sigue tu corazón. Viaja por todo el mundo. Ya he tomado demasiado de tu tiempo. Después de todo lo que he hecho... deberías haber pedido mi muerte, pero no lo has hecho. Te estoy agradecido.

Evelyn le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Espero verte como un rey mejor, sin la influencia de la Oscuridad.

—Y yo espero que tú tengas una vida feliz. Liberaré a Hansel inmediatamente. Sé que querrá verte. Y que tú quieres verle. Y si lo quieres y lo eliges a él, les daré mi bendición.

El rostro de Evelyn se iluminó.

—¿De verdad?

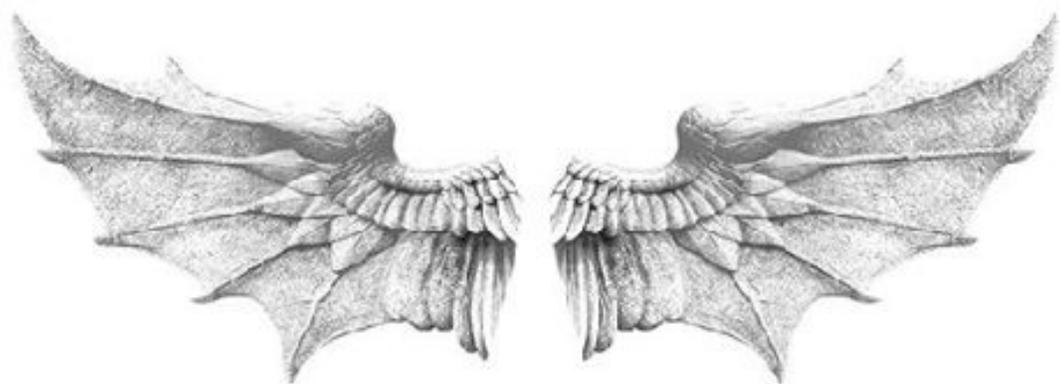
—De verdad —respondió Atticus.

Y lo decía en serio. Quería que fuera feliz. Aunque eso significara dejarla ir. Atticus dio otro paso atrás, y ése no le dolió tanto como el primero. Casi podía sentir cómo las sombras se disipaban. La ira, la furia que había llevado tan dentro se disolvía como si fuera humo.

—Adiós, Evelyn.

Esas palabras le dolieron en el corazón, pero se recuperaría. Sin la Oscuridad dentro de su corazón y susurrándole al oído, dejarla ir no dolía como antes. Y si eso significaba que ella iba a ser feliz sin él, Atticus se quedaría aparte. Quería devolver la rosa al jardín para que floreciera, sabiendo que nunca más sería suya.

Con ese pensamiento, el rey vampiro se arrodilló y besó la mano de Evelyn. Por última vez.



Acerca del autor

MOLLY NIGHT nació en la ciudad de Harbin, China, y aprendió inglés a los doce años viendo la televisión, siguiendo series, escuchando música y leyendo la saga *Crepúsculo*. Pasa los días bebiendo demasiadas tazas de café para mantenerse despierta y cuidando su eterno resfriado. Vive en Inglaterra y empezó a escribir su novela en Wattpad a los quince años.

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Dark and Dangerous Love*

Diseño de portada: © CoverKitchen

Fotografía de la autora: © Jenna Been

© 2018, Molly Night

© 2018, Traducción: Patricia Valero

© 2018, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18694-6

Primera edición en formato epub: julio de 2018

ISBN: 978-607-07-4983-4

Primera edición impresa en México: julio de 2018

ISBN: 978-607-07-4982-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE